

UNA ESPOSA PARA STANFORD



S. Giner

Capítulo 1

—Deberíamos pensarlo mejor. Estoy de acuerdo en que el emplazamiento del edificio es inmejorable, pero está en muy mal estado. Te costaría unos cuantos millones acondicionarlo.

—Podríamos forzarlos a que bajaran el precio gracias a su deterioro. Además, vamos a pagar al contado y si insistiéramos un poco apuesto a que conseguiríamos un buen precio. Quiero ese edificio, Nathan. Tiene clase.

—De acuerdo. Volveré a reunirme con los propietarios y les haré una nueva oferta a ver por donde respiran.

—Bien.

—¿Algo más?

—Voy a casarme —dijo Delaney apagando el ordenador.

—¿Perdona? —preguntó el abogado que estaba de pie delante de la mesa de despacho.

—He dicho que voy a casarme.

—¿Con la mujer con la que estás saliendo?

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

—¿Puedo preguntar con quién?

—Todavía no lo sé.

—Bueno, cuando lo sepas, me presentas a tu novia —dijo el abogado sonriendo.

—Lo haré —dijo Delaney levantándose de la butaca.

—Un momento, ¿hablas en serio?

—Por supuesto.

—¿A qué se debe ese cambio? Siempre has dicho que no te casarías.

—Las cosas cambian y el que haya cambiado de parecer se debe a la llamada de mi madre de esta mañana. Estoy harto de que mi familia me presione para que lo haga. Bueno, en realidad es mi madre la que no se cansa de decirme que me estoy haciendo mayor, que necesito sentar la cabeza y buscar a una buena mujer, que necesito tener hijos... Sabes, hasta hace poco lo insinuaba de vez en cuando, pero últimamente me lo dice cada vez que hablamos. Estoy harto de oír la misma historia una y otra vez. Llevo pensándolo desde hace unos días. Si me caso, me dejará en paz.

—Vas a casarte, así, sin más.

—Sí —dijo Delaney saliendo del despacho con su amigo.

—Y dices que no sabes con quien.

—He pensado buscar a una mujer atractiva, inteligente y necesitada. Me refiero a que no tenga dinero pero sí ambiciones.

—Pues la harás muy feliz —dijo el abogado caminando junto a él hacia los ascensores.

—No busco una esposa, Nathan. Quiero a alguien que represente el papel de esposa. Quiero una boda para que todos piensen que estoy felizmente casado, sobre todo mi madre.

—No te entiendo. ¿Pretendes casarte con una desconocida?

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Y ante todo, quiero que sea una desconocida. Nuestro matrimonio solo será un negocio, no pienso tener relaciones sexuales con ella. Yo seguiré con mi vida como hasta ahora, pero me acompañará a algunas fiestas y cenas. La prensa se encargará del resto.

—Parece que hablas en serio. Sabes que tendremos que redactar un acuerdo prematrimonial.

—De eso ya te encargarás tú —dijo Delaney entrando en el ascensor seguido por su amigo.

—Y ¿dónde se supone que vas a buscar a esa *esposa*?

—No tengo ni idea, pero no tengo prisa. Cuando encuentre a la mujer adecuada, lo sabré.

—¿Vas a cargar con una esposa de por vida solo para guardar las apariencias?

—Por supuesto que no, ¿crees que soy estúpido? Un año será suficiente. Luego nos divorciaremos y nadie me dará la lata durante un buen tiempo.

—¿Por qué no eliges a una de tus amantes? Cualquiera de ellas aceptaría sin pensárselo.

—Porque todas tienen en mente un único propósito, *pescarme*. Además, ya me he acostado con ellas. Esto va a ser solo un acuerdo y sabes que no mezclo los negocios con el placer.

—¿Crees que la mujer que elijas no se casará contigo por el dinero?

—Tengo que pensar en ello detenidamente.

—Mantenme informado.

Había pasado más de un mes desde que Delaney Stanford, el magnate

hotelero hablara con su abogado y amigo, Nathan Brooks, sobre casarse con una extraña. Sin embargo, Delaney no había encontrado a ninguna mujer que le llamara la atención para su propósito. Había pensado detenidamente en cómo le gustaría que fuese esa mujer, pero trabajaba demasiado y demasiadas horas y no tenía mucho tiempo para dedicarse a ello. Y a eso, había que añadir que viajaba a menudo para visitar sus hoteles. Y, normalmente, cuando daba por terminada su jornada de trabajo salía a cenar con alguna mujer y luego pasaba un par de horas con ella. De manera que, no podía decirse que dispusiera de mucho tiempo para dedicarle a su búsqueda.

Normalmente, Delaney compraba las novelas por Internet para que se las llevaran a casa. No le gustaba ir de compras, como a la mayoría de los hombres, pero ese día estaba saturado por haber tenido una reunión tras otra durante toda la mañana y le apetecía salir a despejarse un poco.

Salió del edificio en donde tenía las oficinas, que era de su propiedad, y sintió sobre el rostro el frío de finales de Enero. Decidió ir caminando a la librería en donde solía comprar las novelas, que no estaba lejos de su trabajo. Era la librería más importante de Nueva York. Había ido allí un par de veces, pero ya hacía mucho tiempo de eso.

Pasó cuarenta y cinco minutos seleccionando los libros que quería acompañado de una de las empleadas que se ocupaba de ir anotándolos. Cuando los tuvo todos fue al mostrador a pagarlos y pidió que se los enviaran a casa.

Ya que estaba allí decidió ir a comer algo a la cafetería que tenía el establecimiento, antes de volver al trabajo.

Subió a la planta superior y se sentó en una de las mesas. Pidió un sándwich y una cerveza y cogió el móvil para contestar un correo que acababa de recibir.

Levantó la mirada al oír la voz de una mujer y ya no pudo apartar la vista de ella. Era una chica joven, muy joven, demasiado joven, pensó Delaney. Era bastante alta. Calculó que mediría alrededor de un metro ochenta. Aunque, deslizando la mirada hasta sus pies, comprobó que llevaba unos botines de piel con un tacón de unos seis centímetros. Tenía el pelo moreno y liso y le llegaba hasta un poco más abajo de los hombros. Sus ojos eran grises, rasgados y exóticos y sus labios, carnosos y muy sensuales. Vestía unos vaqueros estrechos que se ceñían a unas curvas nada despreciables y un

suéter negro con los hombros caídos y pegado, por lo que se podía apreciar su precioso y escultural cuerpo. Delaney la encontró preciosa.

Delaney no sabía nada de esa chica y era la primera vez que la veía pero la deseó en el momento que la vio entrar en la cafetería. Quería estar con ella. Quería estar sobre ella. Quería estar dentro de ella. La deseaba como no había deseado antes a ninguna mujer.

La chica se detuvo a hablar con un hombre que se dirigía a las escaleras. El local no era muy grande por lo que Delaney pudo oír la conversación.

—Hola Mark, ¿qué tal estás?

—Muy bien, Tess, gracias. A ti no hace falta que te pregunte, estás tan preciosa como siempre.

—Gracias, eres muy amable. Te he echado de menos. Pensé que habías buscado consejo en unos de mis compañeros.

—Eso nunca. Tú eres la mejor, y siempre aciertas con tus consejos.

—Gracias. ¿Te gustaron las novelas?

—Todas y cada una de ellas, y a mi mujer también le gustaron las que elegiste para ella.

—Me alegro.

—He venido a tomar un café. ¿Cuándo estarás en la librería?

—En cuarenta y cinco minutos. Voy a almorzar.

—Entonces te veré un poco más tarde.

—De acuerdo, hasta luego entonces.

Tess se dirigió a la barra.

—Hola Josh —dijo ella inclinándose hacia delante para darle un beso al chico.

—Hola, preciosa. Eres lo que necesitaba para alegrarme el día.

—Tú también me alegras el día cuando te veo, ¿por qué crees que vengo a almorzar aquí?

—Porque no tienes tiempo suficiente para ir a comer a otro sitio.

—Tienes razón —dijo ella riendo—. ¿Me pones un sándwich de pollo y un zumo?

—Claro. Ve a tu mesa y descansa, te lo llevaré enseguida.

—Gracias.

Tess se dio la vuelta y fue caminando hasta la mesa que solía ocupar. Delaney no le quitó la mirada de encima mientras caminaba. La miró desde la cabeza a los pies, y luego volvió a hacerlo.

Tess se sentó en su mesa, que estaba separada de la de Delaney por otra.

Esa chica es perfecta para mi propósito. Es preciosa, tiene un cuerpo de infarto y parece inteligente. Al menos sabe de libros, pensó Delaney sin apartar la mirada de ella. *Tess, la han llamado Tess, ¿de que será diminutivo?*

El móvil de Delaney sonó y antes de que sonara una segunda vez colgó.

Tiene una boca hecha para besarla, pensó Delaney sonriendo por las ideas que pasaban por su mente.

El camarero, de quien Delaney pensó que trataba a la chica con demasiada familiaridad, cosa que a él no le gustó, sin llegar a entender la razón, le llevó a la mesa el sándwich y el zumo que ella había pedido.

Después de que Tess le diera las gracias, el chico se marchó a atender a los clientes que acababan de entrar en el local. Pero no antes de revolverle a Tess el pelo de forma cariñosa.

Delaney la observaba con disimulo mientras hacía como que estaba leyendo algo en el móvil.

Tess sacó el kindle de su bolso y empezó a leer mientras comía. Poco después ella se rio por algo que había leído y Delaney levantó de nuevo la vista para mirarla.

La risa de esa chica le llegó a Delaney al alma y de pronto supo, que esa era la mujer que estaba buscando.

El camarero volvió a acercarse a la mesa de la chica poco después y se sentó frente a ella, aprovechando que los clientes estaban atendidos.

—He visto que te reías, ¿a qué se debía?

—En la novela que estoy leyendo, la protagonista va a Irlanda de vacaciones y alquila un coche. Me ha hecho gracia lo aterrorizada que decía que se sintió al conducir por primera vez por el carril contrario. Y sobre todo en las rotondas.

Tess levantó la mirada hasta el reloj que había en una de las paredes.

—¡Mierda! Tengo que irme, llego tarde. Te pagaré mañana.

—No te preocupes.

Tess se levantó, le dio un beso a su amigo y salió de la cafetería.

Minutos después Delaney pidió la cuenta y el chico se la llevó.

—La chica que acaba de irse, ¿trabaja aquí? —preguntó Delaney tratando de parecer desinteresado.

—Sí, en la librería.

—¿Viene a menudo?

—Cada día. No tiene mucho tiempo para comer y por eso viene aquí.

Delaney dejó veinte dólares en el plato.

—Cóbrese también lo de ella.
—¿La conoce? Bueno, supongo que no, de lo contrario no me habría preguntado. ¿Por qué la invita, si no la conoce?
—Estoy teniendo un mal día y el verla reír me lo ha alegrado.
—Ese es el efecto que suele producir ella. Le daré las gracias en su nombre. Enseguida le traigo el cambio.
—No hace falta —dijo él levantándose.
—Gracias. Vuelva por aquí.
—Lo haré —dijo Delaney antes de marcharse.

Al día siguiente Tess entró en la cafetería poco después de la una de la tarde, como siempre.

—Hola, Josh.
—Hola, guapísima. ¿Qué vas a tomar?
—Un cruasán vegetal y un café con leche.
—Marchando. Un tipo pagó ayer tu almuerzo —dijo antes de que Tess fuera a su mesa.
—¿Quién? ¿Un cliente de la librería?
—No lo sé. Me dijo que tenía un mal día y que le había gustado verte reír. Le di las gracias de tu parte.
—Muy bien. ¿Lo habías visto antes por aquí?
—Los tipos como él no suelen venir a comer aquí.
—¿Tipos como él?
—Sí, con su aspecto.
—¿Y qué aspecto tenía?
—Treinta y pocos, ojos verdes, pelo castaño oscuro con mechas doradas, como los surfistas.
—¿Cómo los surfistas? —dijo ella riendo—. Tienes razón, por aquí no vienen muchos surfistas.
—Es cierto —dijo él riendo también—. Además, estaba bronceado y en esta época del año, eso no es normal. El traje que llevaba costaría lo que yo gano en un año. Así que, supongo que será rico.
—¿Cómo va a valer un traje tanto?
—Ese traje sí.
—¿Algo más?
—Cuerpo atlético... Me pareció bastante serio. Si vuelve por aquí, que

estoy seguro de que lo hará, te avisaré.

—¿Crees que volverá?

—Ese tío va a por ti.

Tess soltó una carcajada. Cogió el plato con el sándwich y fue a sentarse a su mesa.

Al día siguiente Tess estaba en la cafetería esperando a que su amigo le llevara el almuerzo.

Josh, el camarero vio entrar al hombre con aspecto de *surfista* y dirigirse a una de las mesas cerca de la de Tess.

El camarero le llevó a su amiga lo que había pedido y le habló en voz baja.

—Cuando tengas ocasión mira hacia el hombre que está sentado en la mesa que está detrás de mí, la que está junto a la ventana. Lleva traje negro y camisa gris. Ese es quién pagó tu almuerzo el otro día. Pero hazlo con disimulo, de lo contrario sabrá que te lo he dicho yo.

—Es normal que me digas quién me invitó.

—Tú disimula. Ese tío es un pez gordo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Tess riendo.

—Ese hombre ha vuelto aquí por ti.

—Puede que haya vuelto porque le gusta tu café.

—Sí, es una posibilidad.

Cuando el chico se retiró Tess sacó el kindle de su bolso y antes de empezar a leer levantó la vista hacia la mesa que Josh le había indicado y vio a Delaney. Se quedó boquiabierta.

¡Santo Dios! Es el hombre más atractivo que he visto en mi vida, pensó Tess.

Bajó la mirada para centrarse en la lectura pero no lo conseguía. De pronto, tuvo el presentimiento de que él la estaba observando. Levantó los ojos de la novela y lo miró. Delaney le sonrió y ella bajó la mirada rápidamente avergonzada.

Cuando Tess terminó de almorzar fue a la barra a pagar y su amigo le dijo que la había invitado el mismo hombre del otro día. Tess se giró para mirarlo, pero Delaney tenía la vista en su móvil. Ella caminó hacia su mesa. Se sentía nerviosa y no comprendía la razón.

—Perdone que le moleste.

Al verla Delaney se levantó. Cuando se puso de pie todavía se puso más nerviosa. Ese hombre mediría casi un metro noventa, y el traje le quedaba impecable.

—Quería preguntarle por qué me pagó el almuerzo hace un par de días y lo ha vuelto a hacer hoy.

—Usted me cae bien —dijo él con una cálida sonrisa que hizo que Tess se sintiera turbada.

—¿Le caigo bien? Usted no me conoce.

—Me gusta verla leer, los gestos que hace, cómo se ríe...

—Es usted un poco raro —dijo Tess interrumpiéndolo—. Por favor, no vuelva a invitarme. Si vuelve por aquí un par de veces, le pagaré el almuerzo y estaremos en paz.

—De acuerdo.

Tess se dio la vuelta y se alejó pensando que sería uno de esos tíos ricos que se aburrían de no hacer nada. Aunque, tenía que admitir que era guapísimo.

Cuando Tess se fue a la cama esa noche cogió una libreta para usarla como diario y antes de dormirse escribió unas líneas en ella.

Al día siguiente Delaney llegó a la cafetería a la una y cuarto. Tess estaba en su mesa concentrada en la lectura mientras comía. Levantó la mirada y lo vio sentarse en la misma mesa del día anterior. Estaban el uno frente al otro, separados por una mesa que permanecía vacía.

Tess no quería engañarse, pero desde que había llegado al trabajo esa mañana, había deseado volver a verlo. Levantó la vista al oírle hablar por teléfono y lo miró furtivamente.

Pasaron unos minutos en los que Tess fingía que estaba concentrada en la lectura, cosa que no fue capaz de hacer. Sentía que él la miraba fijamente.

—¿Por qué me mira? —preguntó ella sin levantar la vista de su novela.

—¿Cómo sabe que la estoy mirando? —preguntó él a su vez sabiendo que le hablaba a él.

—Lo presiento. Y me pone nerviosa.

—Lo siento, no era mi intención. Aunque no puedo decir que me moleste ponerla nerviosa. ¿Solo la pongo nerviosa yo o le sucede con cualquiera?

Tess levantó la vista y se encontró con unos ojos verdes que la penetraban, y una sonrisa divertida en los labios que hizo que ella se

ruborizara.

—No es que me ponga nerviosa exactamente, pero no deja que me concentre en la lectura.

Del hizo más amplia su sonrisa.

—¿Qué está leyendo?

—El testamento, de John Grisham.

—¿Es buena?

—Sus novelas son interesantes, aunque para mi gusto les falta algo.

—¿Algo?

—Sí. Todavía no estoy segura de qué es.

—¿Trabaja cerca de aquí?

—¿Por qué pregunta algo que ya sabe?

—Tiene razón —dijo él sonriendo—, supongo que ya sabe que le pregunté a su amigo dónde trabajaba.

—¿Por qué hizo eso? —dijo ella mirándole.

—Ya se lo dije. Me cae usted bien.

—¿Es usted uno de esos ricos excéntricos que buscan algún entretenimiento porque se aburren?

Delaney se rio. A Tess le turbó el verlo reír.

—¿Cómo sabe que soy rico?

—Puede que por su forma de vestir.

—Muy observadora. Pero, no hay que ser rico para vestir bien.

—Lo cierto es que no sé si es rico o no. Mi amigo me hizo una descripción de usted el día que me pagó el almuerzo, para ver si me recordaba a alguien que yo conociera, y mencionó que era rico. Cómo comprenderá, a mí me importa un pimiento si es rico o no.

Delaney soltó una carcajada.

—Es usted muy simpática. ¿Puedo hacerle una foto?

Ahora fue Tess quien se rio.

—¡Dios! Sí que es un tipo raro. ¡Por supuesto que no puede! ¿Para qué querría una foto mía?

—Es usted preciosa.

—Gracias. Usted tampoco está mal..., nada mal por cierto —dijo ella sonriendo—. ¿Permitiría usted que le hiciera una foto?

—Me trae sin cuidado —dijo pensando que su vida era de dominio público y que salía a menudo en revistas sensacionalistas, en los periódicos e incluso en la televisión.

—Pensaré en lo de la foto y le contestaré.

—De acuerdo.

Tess bajó la mirada a su kindle. Se esforzaba en concentrarse en la lectura pero su mente no se lo permitía. Ese hombre la incomodaba y la intrigaba al mismo tiempo. Y era tan atractivo que no podía olvidar que estaba allí, frente a ella. Le gustaba hablar con él, era divertido. Y, realmente, deseaba tener una foto suya en el móvil. Por suerte solo lo pensó y no lo dijo en voz alta. Esperaría a ver si él volvía a mencionar el asunto. Eso, si volvía a verle.

Cuando terminó de comer Tess fue a la barra y pagó lo suyo y lo de Delaney. Luego salió de la cafetería sin ni siquiera girarse para mirarlo.

Él sonrió cuando la vio desaparecer. Delaney sabía que él no le era indiferente. Tenía demasiada experiencia con las mujeres para saber que él la alteraba.

Esa noche Delaney y Nathan fueron a tomar una copa después del trabajo como hacían algunos viernes.

—Creo que he encontrado a la que va a ser mi esposa.

—¿En serio? —dijo el abogado sonriendo.

—Sí.

—Háblame de ella, ¿dónde la has conocido?

—Bueno, todavía no sé mucho de ella. Trabaja en una librería. Es joven, tal vez demasiado joven, pero no me importa. Es realmente preciosa. Bastante alta, medirá un metro setenta y cinco, y tiene un cuerpo de escándalo. Y es muy simpática.

—Creía que no pensabas acostarte con ella.

—Y no voy a hacerlo. Pero me gusta que mi mujer sea atractiva.

—¿Dónde la has conocido?

—En la cafetería de la librería en donde trabaja. Suele almorzar allí cada día. Y yo estoy yendo también desde hace unos días. Ni siquiera hemos estado juntos en la misma mesa.

—¿No sabes nada más de ella?

—No. Mañana te daré su nombre y el de la librería para que averigües lo que puedas.

—De acuerdo. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Completamente seguro.

Al día siguiente, sábado, Tess entró en la cafetería a la una y diez y vio a Delaney sentado en la mesa de al lado de la que ella solía ocupar.

Vaya, ya no ha dejado una mesa entre las dos, pensó Tess.

Se dirigió a la barra y pidió la comida. Esperó a que el camarero le preparara el sándwich. Poco después lo cogió, le dio un beso a su amigo y se marchó.

Delaney sonrió al ver que se iba. Tess llevaba una minifalda, una camiseta, una cazadora y botas. A Delaney le gustaron sus piernas.

Tess pasó el fin de semana en casa. No solía salir porque tenía que ahorrar.

De vez en cuando salía con Carter, su mejor amigo. Carter era ginecólogo. Se conocieron en la universidad cuando ella tenía diecisiete años y estaba en primero de carrera. Carter ya estaba en primer año de la especialidad de medicina. Se conocieron por casualidad en la cafetería del campus y enseguida congeniaron, a pesar de la diferencia de edad. Carter entró en la cafetería y al no haber ninguna mesa libre le preguntó a Tess si le importaba que se sentara con ella y le dijo que no. Y desde entonces eran amigos, más que amigos.

Tenía otro amigo a quien también había conocido en la universidad, Logan. Él y Carter se conocían desde la infancia y la habían incluido a ella como amiga. Logan era sacerdote.

Tess pensó en Delaney muchas veces durante el fin de semana. Nunca se había sentido tan atraída por un hombre. Tampoco es que se esforzara mucho por conocer a ninguno. Y, decididamente, nunca se había fijado en un hombre tan mayor.

Los fines de semana los dedicaba a limpiar su minúsculo apartamento, a ir a la lavandería, a hacer la compra y a ir al gimnasio. Y cuando acababa las tareas le gustaba sentarse con un buen libro.

A veces iba a ver a Logan y comía con él.

De vez en cuando solía ir a patinar con los chicos del barrio, pero solo en verano. En invierno iba de vez en cuando a patinar sobre hielo.

El domingo, cuando se fue a la cama no podía dejar de pensar en Delaney. Le deseaba hasta la locura y jamás le había ocurrido nada parecido.

Se durmió deseando que llegara el día siguiente y rezando para que él volviera a la cafetería.

Tess pasó toda la mañana del lunes pensando en él. Se sentía intranquila solo por pensar que posiblemente lo viera en su descanso. Dios, cómo deseaba verlo.

A pesar de los nervios que sentía por, la expectación de volver a verlo, se le hizo la mañana interminable.

Cuando entró en la cafetería y lo vio en la mesa junto a la suya sonrió de satisfacción. Fue a la barra a pedirle a su amigo la comida y luego se dirigió a su mesa. Miró a Delaney y sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

—¿Por qué no comió aquí el sábado?

—Los sábados trabajo solo por la mañana y no suelo quedarme a comer.

—Podía habérmelo dicho y no me habría molestado en venir —dijo él.

—¿No me diga que viene a comer aquí por mí?

—Pues sí. ¿Me ha echado de menos el fin de semana?

—No sabe cuánto —dijo ella con una sonrisa radiante.

—Me gusta más con falda. Y eso no quiere decir que no le sienten bien los vaqueros. Pero con falda se le ven unas piernas de un kilómetro.

—¿Está flirteando conmigo?

—Es posible —dijo él con una sonrisa encantadora—. ¿Puedo hacerle una foto?

—De acuerdo —dijo ella riendo—. Siempre que yo pueda hacerle una a usted.

—Bien —dijo él cogiendo el móvil y haciéndole la foto mientras ella se reía—. Ha salido preciosa.

—Ahora le haré yo una a usted. Aunque mi móvil no es como el suyo y seguro que no sale tan bien.

—Puedo prestarle el mío para hacerla y luego se la enviaré a su móvil.

—Mejor no, porque sabría mi teléfono. No quiero que empiece a llamarme insistentemente para que nos veamos.

Delaney soltó una carcajada porque jamás había hecho algo así con ninguna mujer. Tess aprovechó para hacerle la foto cuando reía.

—¡Dios! Ha salido guapísimo. Lástima que no tenga amigas para presumir de usted.

—¿No tiene amigas?

—No, solo tengo amigos. Los hombres me parecen más interesantes que las mujeres. Lo cierto es que no tengo muchas cosas en común con las mujeres.

—Eso es extraño. A las mujeres les gusta hablar entre ellas de ropa, zapatos, hombres...

—Supongo que es así, por lo general. A mí no me gusta perder tiempo hablando de ropa y zapatos. Cuando necesito algo voy y lo compro. En cuanto a hablar de hombres..., creo que es más divertido hablar de hombres, con los propios hombres. Bien, ya tenemos una foto, ¿está contento?

—Sí, gracias. Lo siento, tengo que marcharme.

—¿Por qué lo siente?

—Porque me gustaría quedarme más tiempo hablando con usted. Pero tengo una reunión ineludible.

—Puede que nos veamos en otra ocasión.

—Es posible —dijo él dirigiéndose a la barra a pagar lo de los dos.

Tess estuvo contemplando la foto de él hasta que tuvo que volver al trabajo.

Al día siguiente, cuando Tess llegó a la cafetería, Delaney estaba sentado en la mesa junto a la de ella. Después de hacer su pedido fue a sentarse.

—Hola —dijo ella con una sonrisa resplandeciente.

—Hola —dijo él contento porque sabía que esa sonrisa era especialmente para él—. ¿Le importa que me siente en su mesa?

—Tal vez sea lo mejor, así los demás clientes no tendrán que especular sobre cual es nuestra relación.

—¿Vive cerca de aquí? —preguntó él nada más sentarse frente a ella.

—¿Ahora quiere saber dónde vivo? —dijo Tess con una pícaro sonrisa—. Lo único que me faltaba es encontrármelo en el supermercado o merodeando por los alrededores de mi casa. Pero le diré que no vivo precisamente en el centro. ¿Usted vive cerca?

—No, vivo bastante lejos, en una casa, a las afueras de la ciudad.

—En una casa, no en un apartamento.

—En una casa —repitió él.

—Tiene suerte.

—Suerte no, dinero.

—Un poco arrogante, ¿no?

Josh se acercó con el sándwich y el café con leche de Tess.

—¿Va todo bien?

—Sí, gracias, Josh —dijo ella dedicándole una tierna sonrisa.

—No soy arrogante.

—Si usted lo dice...

El camarero volvió con el pedido que había hecho Delaney. Luego se retiró.

—Su amigo, el camarero, ¿es uno de los amigos que ha mencionado antes?

—En realidad, no. No suelo salir con él. De vez en cuando vamos a tomar un café pero, poco más.

—Se tratan con mucha familiaridad.

—Supongo que es porque ambos somos cariñosos.

—¿Es igual de cariñosa con sus *amigos*?

—Ese *amigos* ha sonado extraño en sus labios —dijo ella mirándole precisamente la boca—. Madre mía, tiene una boca... Sus labios son pura perfección.

Del la miró con una sonrisa que a Tess le pareció extraña. Entonces se dio cuenta de que había dicho en voz alta lo que pensaba.

—Disculpe —dijo toda seria y sonrojada—. No pretendía decir eso. Solo estaba pensando. A veces no me doy cuenta de que digo las cosas en voz alta.

—No hace falta que se disculpe. No ha sido precisamente un insulto —dijo él sonriendo—. ¿Estaba pensando en mis labios?

—Bueno... —dijo ella algo incómoda—. A veces suelo decir lo que se me pasa por la mente. ¿De qué hablábamos?

—Del trato que tiene con sus amigos.

—Mis amigos también son muy cariñosos y puede que, por ser mucho mayores que yo, me traten con más familiaridad.

—¿Cuánto más mayores que usted?

—Digamos que se acercan a los treinta.

—Ha dicho que no vive en el centro, ¿tiene coche?

—No.

—¿Puedo acompañarla a casa después del trabajo?

—¿Qué?

—Si la llevara a casa, podríamos hablar por el camino.

—Me da la impresión de que usted y yo no nos movemos en los mismos

círculos. Y me temo que no tenemos mucho en común. Así que, ¿para que vamos a perder el tiempo?

—A mí también me gusta leer, tenemos eso en común. ¿Qué clase de novelas le gustan?

—Leo mucha variedad, así conozco un poco de todo y puedo aconsejar a mis clientes. Se aprende mucho leyendo.

—Sí, es cierto. ¿Va a estar en la librería esta tarde?

—¿También va a ir a verme allí?

—Es posible —dijo él con una sonrisa que hizo que a Tess se le acelerara el pulso.

—Escuche, señor...

—Stanford.

—¿Cómo la universidad?

—Eso es.

—Bien, pues... Escuche señor Stanford, hoy pagaré su almuerzo, porque ayer pagó usted el mío pero, por favor, a partir de ahora, no vuelva a invitarme.

—¿Por qué le molesta algo tan simple? Podría invitarla cada día y mi bolsillo no se resentiría.

—Es usted un arrogante engreído. Yo no acostumbro a permitir que hombres, que no son amigos míos, me inviten más de una vez. Esos hombres siempre quieren algo. ¿Qué quiere usted?

—Lo único que quiero es conocerla, saber todo sobre usted. De momento.

—¿Por qué?

—Estoy pensando en algo desde hace algún tiempo y puede que usted encaje en ello. Digamos que es una especie de negocio. Quiero hacerle una proposición.

—Proposición —repitió Tess—. Esa palabra expresa connotaciones, y algunas no son muy adecuadas.

—No van por ahí los tiros —dijo él ofendido.

—¿Piensa ofrecerme trabajo? Porque de ser así, no se moleste. Me gusta mi trabajo.

—No es trabajo exactamente lo que tengo en mente.

—Yo no acostumbro a hacer negocios con desconocidos. De hecho, no hago negocios con nadie —dijo ella riendo.

Delaney pensó en cuanto le gustaba verla reír.

—Esa es la razón de que esté interesado en que me conozca.

—Me ha dado a entender que no tiene problemas de dinero. Podría hacer que me investigasen.

—Podría, es cierto. Pero no sería tan divertido. Si no se da prisa, llegará tarde al trabajo —dijo él mirando su reloj.

—¡Mierda! Usted ha hecho que pierda la noción del tiempo. De... debería olvidar que nos hemos conocido. Me... mejor no vuelva por aquí —dijo ella levantándose nerviosa y yendo a la barra a pagar lo de los dos.

Delaney llegó a la cafetería al día siguiente y fue directamente a sentarse en la mesa en la que estaba Tess.

—Hola.

—Hola —dijo ella mirándole aturdida porque no esperaba que él volviera por allí—. No pensé que fuera uno de esos que vuelven cuando les han rechazado.

—Yo tampoco. Siento llegar tarde.

—¿Teníamos una cita? —preguntó ella intentando no sonreír.

—No, pero quería hablar con usted.

—Bueno, ya que se ha molestado en venir... Hable, le escucho.

—No tengo tiempo para explicarle todo lo que quiero decirle. Tengo que volver a la oficina en quince minutos.

—Ya me lo dirá otro día.

—Quiero que sea cuanto antes.

—¿Es sobre el negocio que mencionó?

—Sí.

—¿No va a tomar nada?

—No.

—No creo que haga falta que me hable de su negocio. No nos conocemos y no sabemos nada el uno del otro.

—Yo sé muchas cosas sobre usted.

—Me ha investigado.

—No me ha dejado otra opción. Tenía que saber si había algo turbio en su pasado que pudiera perjudicarme.

—En ese caso, yo también debería investigarlo, antes de que me hable de su negocio.

—¿Sabe quien soy?

—¿Debería?

—¿No sabe nada sobre mí?

—Parece contrariado. Siento decepcionarle pero, no, no sé quien es ni a qué se dedica.

—¿Ve la televisión, lee revistas, periódicos...?

—No tengo televisión.

—¿No tiene?

—¿Está prohibido no tener televisión? —dijo ella sonriendo.

Delaney se rio.

—Veo las noticias y las películas en el ordenador. No suelo leer revistas. En cuanto a periódicos, leo cada mañana el New York Times.

—Entonces, ¿es cierto que no sabe nada sobre mí?

—No sé quién es, pero sí sé quién no es. No es un político porque lo habría reconocido. No es un actor, aunque muchos actores le envidiarían. Es demasiado serio para ser un cantante. Y, por supuesto, no es un escritor.

—Es usted una adúladora —dijo él con una devastadora sonrisa.

—¿Lo soy?

—Sin lugar a dudas —dijo él sacando del interior de su cartera el carnet de conducir—. Este soy yo.

—En esta foto no está muy bien —dijo ella cogiéndolo—, es más guapo en persona.

—¿Está flirteando conmigo?

—Espero que no —dijo ella riendo—. Delaney Stanford —dijo ella leyendo el nombre de él en el carnet—. Bonito nombre. Encantada de conocerle, señor Stanford. Yo soy Theresa Scott. Aunque supongo que ya lo sabe.

Tess le tendió la mano por encima de la mesa y él se la estrechó sonriendo. Delaney mantuvo la mano sujetándola y le acarició los nudillos con el pulgar.

Ese simple tacto provocó en ella una profunda reacción que la dejó paralizada y aturdida. Sintió una sacudida que le atravesó el cuerpo. El ritmo cardíaco se le aceleró de tal forma que llegó a pensar que él podría oír sus latidos.

Este hombre es irresistible. Es tremendamente masculino y..., Dios, es perfecto, pensó Tess abstraída en sus pensamientos.

—Sí, ya lo sabía, y es un verdadero placer.

Por suerte él pronunció esa frase y la ayudó a salir de su absurda

ensoñación.

—¿Sigue sin saber quien soy?

—Pues..., sí. Lo siento —dijo ella con una tímida sonrisa. Se sentía turbada. Notó incluso que se había ruborizado.

Delaney sonrió. No había pasado por alto su alteración, y le gustaba saber que no era inmune a él. Y también le gustaba que no supiera quien era.

—Veamos si le suena esto de algo —dijo él sacando una tarjeta de visita de la cartera y entregándosela.

—Stanford..., si no me equivoco, este logotipo es el del hotel Stanford. ¿Trabaja usted allí?

—Se podría decir que sí. El hotel es mío.

—Vaya, eso no me lo esperaba.

—¿Y qué esperaba?

—No sé lo que esperaba. Tiene aspecto de... No tengo ni idea de qué —dijo ella riendo—. Josh, el camarero, cuando me lo describió, dijo que tenía aspecto de surfista. Si no se va ya, llegará tarde a su reunión —dijo ella mirando el reloj de la pared—, y yo también.

Los dos se levantaron y se dirigieron a la barra.

—¿Permite que la invite?

—Ahora que sé que tiene un hotel, no me importa. Gracias. Y hasta la vista —dijo ella girándose para ir hacia la escalera.

—Espere un momento —dijo él cogiéndola de la mano para que no se marchara.

A Tess se le alteró el pulso de nuevo con el roce de su mano. *¿Qué me pasa?*, pensó sintiéndose completamente turbada.

El camarero se acercó a ellos. Delaney dejó veinte dólares sobre el mostrador.

—Cóbrese lo de la señorita Scott, por favor —dijo sin esperar el cambio.

—Hasta mañana, Josh —dijo Tess.

—Adiós, preciosa. Gracias, señor.

—Mi almuerzo no costaba más de cinco dólares —dijo ella mientras bajaban la escalera, el uno junto al otro—, y le ha dado veinte.

—No importa. ¿Puedo invitarla hoy a cenar?

—No.

—¿Por qué?

—Es demasiado guapo —dijo ella mientras bajaban la escalera.

Delaney la miró sonriendo y ella le devolvió una breve sonrisa.
—Y yo no me fío de los hombres tan guapos —dijo ella ampliando la sonrisa. Delaney se rio—. Además, yo no salgo a cenar con desconocidos.
—Ya sabe mi nombre.
—A pesar de saber su nombre, no lo conozco.
—Comemos juntos cada día —dijo él con una sonrisa seductora.
—Porque usted se sienta en mi mesa.
Delaney se rio.
—Sería una cena de negocios.
—Lo siento, hoy no puedo, mejor mañana. Antes tengo que averiguar algunas cosas sobre usted.
—De acuerdo. Mañana tenía planeado ir a Boston, pero lo cambiaré a hoy. La recogeré mañana después del trabajo.
—¿No almorzará mañana conmigo?
—Si va a echarme de menos puedo cancelar el viaje —dijo con una sonrisa que podría parar el corazón de cualquier mujer.
—Termino a las siete y media —dijo ella sintiendo que le ardían las mejillas.
—Estaré esperándola en la puerta.
—Que tenga un buen vuelo —dijo ella cuando llegaron a la planta baja.
—Gracias. Hasta mañana.
—Hasta mañana.
Tess respiró profundamente cuando él se alejaba.

Al día siguiente Josh se acercó a la mesa de Tess para llevarle su comida.
—¿Hoy comes sola?
—Sí. El señor Stanford está en Boston. Aunque hoy cenaré con él.
—Stanford. ¡Hostia! Sabía que me sonaba su cara, pero no lo situaba. Es el hotelero.
—El mismo.

La noche anterior, Tess había investigado sobre él en Internet. Averiguó muchas cosas, entre otras, que era uno de los hombres más rico del país, y un soltero muy codiciado.

Vio cientos de fotos de él y de sus acompañantes. Ninguna de esas mujeres tenía el más mínimo parecido con ella. Eran increíblemente atractivas,

elegantes, sofisticadas... Tess se preguntó qué querría ese hombre de ella, porque estaba claro, que no la quería por su físico.

Tess estuvo toda la tarde nerviosa. Delaney no era el primer hombre con quien iba a salir a cenar. A veces salía con alg'un cliente, o con sus amigos Carter y Logan. Ellos también eran ricos y atractivos, pero a Tess, ninguno de los dos la alteraban. Delaney era el único que hacía que se sintiera así, solo con su presencia.

Esa mañana, cuando elegía la ropa para vestirse, se decidió por una falda muy corta y un suéter gris. Lo acompañó con una botas altas de piel negras por debajo de las rodillas.

Cuando terminó su jornada de trabajo fue a coger la chaqueta y el bolso y se retocó los labios. No solía ir muy maquillada excepto por una raya en el ojo y máscara de pestañas, y lápiz de labios. Tenía una piel perfecta, seguramente debido a su juventud, y no necesitaba maquillaje.

Llevaba las uñas con una manicura francesa impecable. Siempre llevaba las manos bien cuidadas. Para ella, las manos eran muy importantes y más en su trabajo.

Capítulo 2

El Mercedes plateado de Delaney estaba parado en la puerta cuando Tess salió de la librería. Al verla, Delaney bajó del coche. A ella le extrañó que estuviera sentado en el asiento trasero.

—Hola.

—Hola —dijo él poniéndose a un lado para que ella subiera al vehículo. Él entró por la otra puerta.

—¿Tiene chófer? —preguntó en voz baja para que el hombre no la oyera.

—Así me ahorro de buscar aparcamiento —dijo él con una sonrisa—. ¿Tiene algún restaurante preferido?

—No, vamos donde usted quiera.

—Bien. Jack, llévanos al restaurante de Carlo.

—Muy bien, señor.

—Theresa, él es Jack, mi chófer y guardaespaldas.

—Un placer conocerlo.

—El placer es mío, señorita Scott.

Tess miró a Delaney sorprendida de que el hombre supiera su apellido.

—Lámeme Tess, por favor.

—De acuerdo, Tess. ¿Se ha puesto falda por mí?

—Pues no —dijo ella sonriendo nerviosa—. ¿Se ha vestido usted de manera informal por mí?

—Lo cierto es que sí —dijo él dedicándole una sonrisa que hizo que Tess se derritiera—. No quería parecer un hombre de negocios con usted.

—Muy amable, aunque no tenía que haberse molestado.

A los diez minutos el coche se detuvo en la puerta del restaurante. Jack bajó para abrirle la puerta a Tess y Delaney salió tras ella. Él le puso la mano en la espalda para dirigirla hacia el restaurante lo que le produjo a Tess un acelerón en su corazón.

—¿Nos tuteamos? —le preguntó él antes de entrar en el local.

—Vale.

Nada más entrar el maître les llevó al reservado y mandó llamar a Carlo, el propietario, para que saliera ya que Delaney y él eran amigos. Carlo

se reunió con ellos cuando todavía no se habían sentado.

—Vaya sorpresa. Hacía tiempo que no te caías por aquí —dijo Carlo dándole la mano a su amigo.

—Hola, Carlo. Tampoco hace tanto tiempo —dijo Delaney estrechándose.

—Veo que esta vez te has superado con tu acompañante —dijo el hombre mirando a Tess.

A Delaney le sorprendió el comentario.

—Carlo, ella es Tess, una amiga. Tess, él es Carlo, un buen amigo mío.

—Preciosa. Realmente preciosa. Un placer conocerte, Tess.

—Mucho gusto —dijo ella dándole la mano que el hombre besó.

Carlo retiró la silla para que Tess se sentara y ella le dio las gracias.

—¿Qué os apetece cenar? —dijo Carlo sin apartar los ojos de ella.

—Yo comeré cualquier cosa, estoy hambrienta, así que lo dejo en tus manos. Sorpréndeme —dijo Tess con una sonrisa radiante.

—Estupendo. ¿Hay algo que no te guste?

—Me gusta todo.

—Tú y yo nos vamos a llevar muy bien —le dijo el hombre a Tess—.

¿Qué tomarás tú, Delaney?

—Para no quedar mal, dejaré que me sorprendas también a mí.

—Perfecto. Ahora os traerán el vino y unos entrantes —dijo mirando a Tess.

—Gracias.

—Tess, no te enamores de este tío. Lleva años practicando con las mujeres.

—Puede que me interese un hombre que sabe lo que tiene entre manos.

A Delaney le complació mucho ese comentario. Carlo sonrió.

—Esta chica sí que merece la pena —le dijo Carlo a Delaney al oído antes de dirigirse a la cocina.

Ese comentario también sorprendió a Delaney.

Estaban sentados el uno frente al otro.

—¿Qué has averiguado sobre mí? —preguntó Tess.

—Veamos, tienes veintitrés años. Naciste en un pueblecito de Nueva Inglaterra. Tu padre, John Scott, era ebanista, y tengo entendido que muy bueno. Tu madre se llamaba Brianna y era de ascendencia irlandesa. Ambos murieron en un accidente de tráfico hace tres años. Estudiaste en un prestigioso internado desde los diez a los diecisiete años. Y luego fuiste a

Columbia donde estudiaste literatura. Acabaste la carrera a los veintiún años. Ese verano trabajaste sirviendo mesas en un restaurante. Y cuando finalizó el verano te trasladaste aquí, a Nueva York y, dos meses después empezaste a trabajar en la librería en la que sigues trabajando. Ah, y eres hija única.

El camarero se acercó para servirles el vino y después de que Delaney diera su aprobación les sirvió en las copas. Luego el hombre se retiró.

—¿Por qué hacen eso?

—¿El qué? —preguntó Delaney.

—Servir el vino al hombre para que lo pruebe. ¿Acaso piensan que las mujeres somos estúpidas?

—Lo cierto es que nunca me lo había planteado —dijo él sonriendo—. Le diré a Carlo que la próxima vez que vengamos dé la orden de que te lo den a probar a ti. ¿Te parece bien?

Tess no dijo nada porque se encontraba algo aturdida por sus palabras. Y por su sonrisa. La sonrisa de él la trastornaba. Esa sonrisa mostraba una sensualidad que Tess pensó que debería estar prohibida.

—Estoy sorprendida por tu investigación.

—No he podido saber nada en cuanto a tus relaciones con los hombres. Pero, dame tiempo.

—Eso me ha decepcionado. Después de averiguar ciertas cosas sobre ti, pensé que tendrías poder para saber todo lo referente a mí, en solo unos minutos.

—Tendré que cambiar de compañía de investigación —dijo él sonriendo.

—Creo que yo he averiguado mucho más que tú y, además gratis.

Delaney la miró sonriendo. Le gustaba esa chica.

—¿Has descubierto algo interesante?

—Yo creo que en la vida todo es interesante. Unas cosas más, otras menos.

—Bien, sorpréndeme.

Tess desdobló la servilleta y la colocó sobre sus muslos. Él la imitó. Un camarero se acercó y dejó sobre la mesa unos buñuelos de bacalao y unas gambas al ajillo, y poco después les llevaron un plato con salmón ahumado con cebolletas y alcaparras.

—Mmm, qué bien huele. Me encanta el ajo.

—¿En serio? —dijo él con una sonrisa burlona—. Normalmente, las mujeres no suelen tomar ajo.

—A mí me gusta y no tengo porque ocultarlo. Supongo que las mujeres no lo comen por si las besas. Reconozco que sería desagradable. Pero, yo no voy a besar a nadie así que...

En ese momento Delaney bajó la mirada hasta la boca de ella y deseó lamer esos labios.

—Veamos, tienes treinta y dos años y eres el soltero más codiciado de la ciudad.

Delaney soltó una carcajada.

—Eso es lo que provoca el tener dinero. ¿Se puede saber dónde has buscado?

—En Google. Tu padre, Patrick es multimillonario. Tiene propiedades por toda la ciudad, hoteles, restaurantes, apartamentos de lujo, edificios de oficinas... Empezó prácticamente de la nada. Se casó con Louise, tu madre, hace treinta y cuatro años. Y según dicen, siguen enamorados.

—Puedo dar fe de ello.

—Eso me parece admirable. Veamos, estudiaste en colegios privados. Fuiste un adolescente conflictivo. Problemas en el colegio, peleas en el instituto..., pero parece ser que sentaste la cabeza al ir a la universidad, a Stanford, precisamente. Estudiaste económicas y empresariales, ambas al mismo tiempo. Eso es digno de admiración.

—Me gustan los números.

—Cuando acabaste la universidad, a los veintidós años, tu padre te ayudó a empezar en los negocios y te regaló tu primer hotel. Lo cierto es que lo tuyo también ha tenido su mérito ya que en diez años has pasado de tener un pequeño hotel a ser propietario de ciento ochenta hoteles de lujo repartidos por todo el mundo.

—Ya te dije que trabajo mucho.

—Eso parece. Y por lo que dicen, eres millonario. Más bien, multimillonario. Además de magnate hotelero eres accionista mayoritario en empresas multinacionales, compañías ferroviarias, mineras, navales y aéreas. Habían algunas cosas más sobre tus negocios pero, da igual. Cuando supe que no tenías un hotel, como creía, sino ciento ochenta, ya me quedé traspuesta.

Delaney se rio.

—Sigamos. Tienes un solo hermano, Sean. Me gusta ese nombre, cuando tenga un hijo voy a llamarle así —dijo ella dedicándole una cálida sonrisa—. Tu hermano tiene veintinueve años y es... increíblemente atractivo. Es arquitecto y parece ser que ha construido edificios y mansiones magníficos. Es

también soltero y por lo visto, casi tan codiciado como tú.

—Se ve que viene de familia —dijo él con una cálida sonrisa.

—Eso será.

—Estoy impresionado.

—No he terminado.

—Usted perdone —dijo él riendo.

—En cuanto a tus relaciones con las mujeres... Al ser un hombre importante es fácil saber sobre ti. Tuviste novia durante tres años. Emily... no se qué.

Delaney volvió a reír por la forma en que lo había dicho.

—Era abogada y muy guapa. Has salido con infinidad de mujeres. Todas preciosas, elegantes, sofisticadas... Y, con tu aspecto no me extraña en absoluto —dijo ella sonriendo tímidamente.

—Muy amable.

—Eso me hace pensar que el negocio que quieres ofrecerme, no tiene nada que ver con que yo sea mujer. No encajo en el patrón que tienes de ellas. Vamos, que no soy tu tipo. Eso me lleva a la conclusión, de que me necesitas para algo, que no tiene nada que ver con mi físico. Aunque, no comprendo que alguien como tú, pueda necesitar a una chica de pueblo como yo que no es atractiva, ni sofisticada ni elegante.

—Muy lista, sí señor. Aunque hay algo en lo de lo que no estoy de acuerdo contigo.

—¿Y qué es?

—Te encuentro atractiva, elegante y, eres una preciosidad. Además de divertida e inteligente.

—Eso sí es ser amable.

—¿Crees que es amabilidad?

—Sabes, anoche, después de ver todas las fotos que hay sobre ti en la red me sentí ridícula. Yo que había estado presumiendo con mis compañeras de trabajo sobre ti y enseñándoles la foto tuya que tenía en mi móvil —dijo ella riéndose—, y resulta que hay cientos de fotos al alcance de cualquiera en Instagram, en Facebook, en las revistas... ¡Qué ingenua fui!

—Bueno, no sabías quien era. ¿En serio presumiste de mí con la foto de tu móvil?

—Sí. Y ya hice bastante el ridículo, no hace falta que me lo restriegues más por la cara.

—Me gustó saber que no tenías ni idea de quien era.

—Seguro que era la única mujer, de toda la ciudad, que no sabía de ti —dijo ella riendo—. Me parece extraño verte sin traje —dijo Tess cambiando de tema—. Aunque he de reconocer que esos vaqueros te sientan realmente bien.

—Muchas gracias —dijo él sintiéndose algo incómodo por su nuevo halago—. No quería parecer demasiado formal.

—¿Y eso por qué? Dijiste que sería una cena de negocios.

—Dije una *especie* de negocio.

—Ah... ¿Has tenido un buen vuelo?

—Sí, gracias.

—Una mujer ha de tener cuidado cuando trata con un hombre atractivo y desconocido. Bien, Delaney, ¿de qué va esto?

Un camarero se acercó para servirles vino y retiró los platos de los entrantes. Y nada más llevárselo se acercó otro camarero con el primer plato, sopa de pescado.

—Esta sopa está deliciosa —dijo ella después de tomar la primera cucharada.

—Carlo es un dios en la cocina.

—Vayamos al grano, Delaney. ¿En qué consiste esa especie de *negocio* como tú lo llamas?

Delaney la miró fijamente antes de hablar. Tess sintió esa mirada tan intensa y se ruborizó ligeramente.

—Quiero casarme —dijo sin preámbulos—. Necesito una esposa de cara al exterior. Quiero que todos sepan que me caso y que estoy fuera de circulación.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Quiero casarme contigo.

Tess lo miró fijamente durante un instante. Luego soltó una carcajada y siguió riendo.

—Sabes, Delaney, sabía que eras simpático y divertido. Y ahora veo que también tienes sentido del humor. Eres fantástico.

—Hablo en serio.

—¿Qué estás diciendo?

—Sé que parece extraño.

—¿Extraño? Debes estar muy aburrido para jugar con alguien como yo. O tal vez eso sea lo que te divierte. Yo no soy muy ducha en lidiar con hombres como tú. Puede que *tus mujeres* estén a tu altura, pero te aseguro que

yo no. Si lo que buscas para entretenerme es jugar a la seducción conmigo, deberías poner tus miras en otra dirección. Yo no tengo experiencia en esas contiendas y estoy segura de que tú lo sabes, pero además, esos juegos no son de mi agrado y te aseguro que no los busco ni los deseo, así que, si no te importa, empiezas a molestarme —dijo ella haciendo mención de levantarse.

—¡No! Por favor —dijo él cogiéndola de la mano para que no se levantara.

—Delaney, yo no tengo experiencia para jugar con un hombre como tú a este juego desconocido para mí. Te sugiero que busques a otra con quien jugar. Este es el momento de cortar y echar a correr. Cuando te conocí supe que eras tentador como el pecado y, sin duda alguna, igual de perverso. Será mejor que demos por terminada nuestra cena de *negocios*. No te molestes en llevarme a casa, cogeré el metro —dijo ella levantándose.

—Espera, por favor —dijo Delaney levantándose y cogiéndola del brazo. Concédeme unos minutos. Solo te pido eso. Déjame que te lo explique durante la cena. Si cuando termine no he logrado convencerte te llevaré a casa y no volverás a saber de mí. Por favor.

—Bueno, estamos en un restaurante, no creo que vaya a sucederme nada aquí y no perderé nada por escucharte. Además, me ahorraré de cocinar —dijo ella sonriendo y sentándose.

—Gracias —dijo él sentándose también frente a ella.

—¿Por qué quieres hacer algo así? Y, sobre todo, ¿por qué yo? Eres un bombón de tío y, encima millonario. Puedes tener a la mujer que quieras.

—Es lo que estoy intentando hacer —dijo él algo confuso por lo de bombón—. Tú eres la mujer que quiero para esto. Llevas flirteando conmigo desde que nos conocimos, con tus halagos. Y me haces sentir muy incómodo.

—Yo no estoy flirteando contigo —dijo ella sonrojándose.

—Oh, sí, por supuesto que lo estás haciendo. El problema es, que ni siquiera sabes que lo haces.

—En ese caso, no me puedes culpar. Lo siento. Te aseguro que no es mi intención incomodarte. Aunque, no lo entiendo. Estarás acostumbrado a que las mujeres te halaguen.

—Las mujeres no van por ahí diciendo cosas como esas a los hombres.

—Serán las mujeres que están ciegas.

Delaney no pudo evitar reírse.

—Bien, antes de nada me gustaría saber cuales son tus planes de futuro.

Tess le miró con cara de sorpresa.

—¿Qué es lo que deseas para tu futuro?

—Eso es algo que a ti ni te va ni te viene. Pero, lo que sí tengo claro es que casarme contigo, no está ni en mis deseos ni en mis planes de futuro.

—Vaya, eres muy directa. ¿Siempre eres tan franca? —dijo él extrañado porque era la primera vez que se encontraba con una mujer, que no se sentía atraída por él.

—Sí.

—Te he preguntado tus planes de futuro porque está relacionado con lo que quiero proponerte.

—En ese caso te responderé. Pero solo porque me lo has explicado con amabilidad.

—Gracias por ser tan considerada.

—De nada.

Un camarero se acercó para retirarles los platos de la sopa. Y otro les llevó dos platos con un filete de pescado acompañado por raviolis rellenos de jamón serrano, y ensalada.

—Esto tiene buena pinta —dijo ella probando la pasta.

—¿Está bueno?

—Mmm, está delicioso.

Delaney no pudo evitar desplazar la mirada hasta la boca de ella, otra vez.

—Habla, puedo escucharte mientras como.

—Eres tú quién tiene que hablar.

—Oh, perdona. No estoy acostumbrada a comer con hombres tan atractivos como tú. El tenerte ahí delante hace que me sienta algo turbada. ¿De qué tenía que hablar? —preguntó ella sonriendo tímidamente.

Delaney levantó los ojos al cielo resignándose porque estaba seguro de que esa chica le decía todas esas cosas, de manera tan natural y que ni siquiera se daba cuenta de que estaba seduciéndolo.

—De tus planes de futuro. Pero, si no puedes concentrarte en la conversación, podemos dejarlo para después de cenar.

—Mejor no. Las cosas que se hacen después de cenar suelen comportar alguna clase de peligro. Y tú, ya me parece bastante peligroso, incluso antes de cenar.

Delaney no pudo evitar reírse.

—¿Peligroso? —dijo él riendo todavía.

—Mejor acabar cuanto antes con esto. Veamos, mis planes de futuro. Me

gustaría tener una librería.

—¿Cómo en la que trabajas?

—No creo que pueda aspirar a algo así —dijo con una cálida sonrisa—.

Algo más pequeño y sencillo y, por supuesto, no en pleno centro ya que los alquileres serían desorbitados. Desde que salí de la universidad estoy ahorrando para ello.

—¿Algo más?

—¿Algo más? —repitió ella sorprendida.

—Me refiero a si eso es lo único que deseas tener.

—Pues..., sí. Y *eso* a lo que te refieres me llevará algunos años conseguirlo. A lo mejor piensas que todo el mundo es como tú. Sí, es cierto que has logrado un éxito envidiable pero, has de reconocer que tuviste ayuda para empezar. ¿Crees que si hubieras sido un simple trabajador estarías ahora donde estás?

—Supongo que no.

—Por supuesto que no. Como mucho tendrías un hotel y no precisamente céntrico. Tal vez una pensión.

—Tampoco te pases.

—Tú no puedes saber lo que cuesta ahorrar una mísera cantidad cada mes. Has de privarte de muchas cosas. Puedo asegurarte que hay que hacer malabarismos.

—Puedo imaginármelo.

—Por supuesto que puedes imaginarlo, sobre todo, cuando sales de un restaurante después de pagar una cena astronómica para dos y luego llevas a tu chica a tu casa de ensueño... —dijo ella con sarcasmo—. No seas ridículo. Alguien como tú no puede ponerse en la piel de un simple trabajador, ni siquiera en tu imaginación. No estoy criticando tu comportamiento, no me malinterpretes, solo te estoy haciendo ver la realidad. Y te aseguro que sé de qué hablo. ¿Crees que puedes imaginar vivir con mil dólares al mes y tener que pagar un alquiler? ¿Sueles tener contacto con simples trabajadores? Y no me refiero a ejecutivos. ¿Tienes amigos entre ellos?

—La verdad es que no.

—¿Por qué buscas una esposa para unos fines tan inusuales? ¿Por qué no esperas a que aparezca la mujer de tus sueños y te casas con ella? Así no tendrías que fingir en ningún sentido.

—Yo no quiero casarme. No quiero una esposa. No quiero una familia. No quiero hijos. Lo único que necesito es una *supuesta esposa*. No quiero

cambiar mi estilo de vida.

—Con tanto dinero y con el poder que conlleva ello, ¿qué te obliga a pensar siquiera en hacer algo como eso?

—Mi familia. Estoy harto de que me presionen para que siente la cabeza, me case y tenga herederos.

—No los culpo. Lo cierto es que tienes edad para ello —dijo ella sonriendo.

—¿Estás insinuando que soy muy mayor?

—Insinuándolo no, asegurándolo. Y has de reconocer que, comparado conmigo, sí eres muy mayor.

—Muchas gracias.

—Veamos, tienes ciento ochenta hoteles de lujo repartidos por todo el mundo. Además de otros muchos negocios. Tendrás digamos... tres mil, cuatro mil empleados.

—ocho mil doscientos.

—Manejas a ocho mil doscientas personas, ¿y no puedes manejar a tu madre?

—¿Cómo sabes que es por mi madre?

—Puede que porque la mía era un verdadero incordio.

—De acuerdo, tienes razón, se trata de mi madre —dijo él riendo—, y quiero acabar con eso.

—Bien, háblame de lo que tienes en mente, será divertido —dijo ella sonriendo.

—No tiene gracia.

—Sí la tiene. Es una idea ridícula. Pero habla, te escucho.

—Te lo estás tomando a broma. ¿Puedes al menos pensar que estamos hablando de negocios y los dos somos los interesados?

—No se puede decir que yo esté muy interesada.

Delaney la miraba insistentemente.

—Vale, de acuerdo. Supongo que puedo imaginar que estoy interesada. A pesar de que lo que pretendes me parece de lo más estúpido. ¿Podré hacer preguntas?

—Por supuesto. Te hablaré claro sobre todos los aspectos y seré franco contigo.

—En una ocasión oí hablar a alguien sobre lo que era hacer un buen negocio. Por lo que recuerdo *tengo que identificar mis necesidades y fijar un punto del que no tengo que moverme. Además, tengo que ser consciente de lo*

que puedo permitirme ceder y de lo que puedas conceder tú para conseguir lo que deseas. ¿Es correcto? —preguntó ella toda seria—. Yo no he hecho negocios nunca, pero tú serás un experto.

—Sí, así es exactamente cómo se hace un buen negocio —dijo él extrañado.

—En ese caso, estoy preparada. Dispara.

Delaney volvió a reírse. No recordaba cual había sido la última vez que había reído tanto y había disfrutado tanto con una mujer, sin estar en la cama.

—He pensado que podríamos salir un tiempo, digamos dos o tres semanas. A comer, a cenar... Los periodistas me persiguen a todas partes y enseguida se correría el rumor de que eres mi siguiente conquista.

—¿Por qué has de ser tú quien me conquiste?

Delaney se rio de nuevo.

—De acuerdo. Daremos a entender que has sido tú quien me ha conquistado.

—¿Cuánto tiempo sueles salir con una mujer antes de desecharla?

—Eso no ha sonado muy bien.

—Puedes decirlo con tus propias palabras, si te hace sentir mejor.

—De acuerdo —dijo él dándole la razón—. Cuando conozco a una mujer suelo salir con ella un par de semanas, tal vez tres. Luego corto con ella.

—¿Porque te aburres?

—Eso no viene al caso.

—Necesito saber la razón.

—¿Por qué?

—Piensa que este es uno de los puntos del negocio, del que no me voy a mover.

Delaney la miró asombrado por lo rápida que era con las palabras.

—De acuerdo. Sí, porque me aburro.

—Y pasas a la siguiente.

—Eso es lo que hago.

—Supongo que tienes un buen abogado.

—Uno de los mejores. Y además es amigo mío.

—¿Qué piensa él de tu *negocio*?

—Dice que estoy loco.

—Menos mal que no soy la única que lo piensa. Bueno, sigue.

—Después de que salgamos dos o tres semanas, te presentaré a mi familia. Y luego haré una declaración a la prensa. Te compraré un anillo de

compromiso y nos casaremos cuanto antes. ¿Quieres una boda por todo lo alto?

—Te veo demasiado confiado en que voy a aceptar. Recuerda que subestimar al adversario es la primer paso para el fracaso.

—Eres muy lista, ¿no?

—No me considero estúpida. Pero creo que vas demasiado deprisa. Yo no he mencionado que vaya a aceptar.

—Solo estoy diciendo lo que sucedería si aceptaras.

—En ese caso, yo prefiero una boda sencilla, únicamente con los más allegados.

—Eso no le gustará a mi madre. Pero, tiene tantas ganas de verme casado que aceptará.

—Estupendo —dijo ella sin dejar de comer—. ¿Nos iremos de luna de miel?

—Yo viajo a menudo por trabajo así que pensaremos en el país más adecuado, uno en donde haya uno de mis hoteles, y permaneceremos allí un par de semanas.

—¿Sabrán en ese hotel que estamos casados?

—Se enterará todo el mundo tan pronto anunciemos nuestro compromiso.

—Pero, en realidad, no estaremos de luna de miel.

—No, Tess, esto será un negocio. Yo iré a trabajar y tú de vacaciones.

—Bien.

—Cuando regresemos te instalarás en mi casa.

—¿Tendré que pagarte alquiler?

—Por supuesto que no —dijo él riendo—. Tengo una buena casa con servicio. No tendrás que ocuparte de nada en ella. Tendrás una habitación junto a la mía y podrás dar órdenes en la casa como si fueras la señora.

—¿Es grande tu casa?

—Sí, bastante grande. Antes de cerrar el trato te llevaré a verla y, si hay algo que no te guste lo cambiaremos.

—Gracias.

—Me gustaría ver tu casa. Quiero saber cómo vives.

—No hay problema, y es tan pequeña que no tardarás más de cinco segundos en verla.

Delaney volvió a reír.

—Te daré una tarjeta del banco y podrás comprar con ella todo lo que

desees, ropa, zapatos, joyas..., lo que quieras.

Tess le miró sorprendida.

—Tendrás que comprarte un buen vestuario porque me acompañarás a cenas y fiestas de etiqueta y tienes que vestir elegante. Podrás comprar cualquier cosa que necesites o te apetezca.

—¿Todo con tu dinero?

—Para eso te daré la tarjeta.

—Bien.

—Antes de casarnos tendrás que firmar un acuerdo prematrimonial.

—Lo supongo.

—Como vivo en las afueras de la ciudad te compraré un coche para tus desplazamientos. Aunque podrás utilizar el coche con chófer, cuando lo necesites.

—Eso no será necesario.

—Si quieres puedes dejar de trabajar. Puedo mantenerte.

—No lo dudo. Pero, si no te importa, seguiré trabajando.

—Es tu elección.

—¿Qué hay del sexo? —preguntó ella sonrojándose.

—¿Qué pasa con el sexo?

—¿Tendremos relaciones sexuales?

—¿Quieres mantener relaciones sexuales? ¿Ese también es un punto en el que no te vas a mover?

—Por supuesto que no, era solo una pregunta. Yo no quiero acostarme contigo.

Delaney se quedó mirándola un instante, sorprendido por sus palabras. Todavía no se había encontrado con una mujer que no quisiera acostarse con él. Eso le hizo gracia y sonrió.

—Estupendo, porque esto será un negocio y yo no me acuesto con mis socios.

—¿Cuánto tiempo durará nuestro *matrimonio*?

—Un año será suficiente, pero no me importa que sea algo más.

—Un año será más que suficiente —añadió ella—. Hablemos de lo que obtendría yo a cambio, porque un coche para los desplazamientos y vivir en tu casa no me parece suficiente para tener que vivir contigo durante un año.

Delaney la miró de nuevo sorprendido porque estaba seguro que muchas mujeres lo harían gratis.

—Además de la tarjeta que he mencionado para realizar las compras

que desees, me haré cargo de todos los gastos del vehículo durante el año que estemos casados.

—¿El coche será mío cuando finalice el año?

—Sí, lo pondré a tu nombre el último día del vencimiento de nuestro acuerdo.

—¿Algo más?

—Te compraré un apartamento. De hecho, ya lo tengo visto. Podrás amueblarlo y comprar todo lo que quieras para decorarlo. Podrás quedar allí con tus citas. Aunque, tendrás que ser discreta con las relaciones con otros hombres. Piensa que la prensa nos va a perseguir y no quiero escándalos. Por supuesto, el apartamento también lo pondré a tu nombre. Yo correré con todos los gastos mientras estemos juntos.

—¿Tú también serás discreto cuando salgas con mujeres?

—Seré todo lo discreto que pueda.

—Bien.

—Además, te compraré un local y te montaré la librería que quieras. Y correré con todos los gastos mientras dure nuestro acuerdo. Quiero decir que me ocuparé de todo, incluidas las obras que haya que realizar, el mobiliario que necesites y de todo lo necesario para que la inaugures.

—¿No tendré que pagarte nada?

—Nada. Cuando nos divorciemos podrás llevarte todo lo que hayas comprado con la tarjeta que te daré, y los regalos que te haga mientras estemos juntos, serán tuyos.

—¿Lo pondrás todo por escrito?

—Sí, si es lo que quieres.

—Es la primera vez que hago negocios y supongo que eso es lo normal. Pero, a mí me basta con tu palabra.

—Gracias por confiar en mí.

—Quiero hacerte una pregunta, cómo hombre.

—Adelante.

—Si aceptase tu propuesta, se supone que nadie estará al corriente de nuestro acuerdo.

—Eso es, excepto mi abogado. Y él no dirá nada.

—Después de separarnos, si me enamora de otro hombre, ¿sería perjudicial para mí el haber estado casada contigo?

—¿Crees que casarte conmigo repercutirá en ti de forma negativa?

—No lo sé, por eso te lo pregunto.

—Sinceramente, creo que no —dijo él extrañado—. De hecho, creo que más bien te beneficiará.

—Me estás ofreciendo muchas cosas, ¿dónde está el truco? Nadie ofrece algo así a cambio de nada.

—Tess, no hay truco. Te ofrezco todo eso a cambio de que seas mi esposa durante un año.

—¿Podré salir con mis amigos?

—Por supuesto. Yo también lo haré.

—¿Podré recibir visitas en tu casa?

—Siempre que no sea alguien con quien vayas a acostarte en ella.

—¿Crees que haría algo así?

—Supongo que no. Podrás recibir a quien quieras como si fuera tu casa.

—Vale.

—Dormiremos en habitaciones contiguas que se comunicarán por una puerta. Pero la puerta permanecerá cerrada.

—¿Por tu parte o por la mía?

—¿Qué?

—Que por qué lado de los dos estará cerrada.

—Por la tuya, por supuesto —dijo él riendo.

—El servicio sabrá que dormimos separados.

—Hay matrimonios que lo hacen.

Se acercó un camarero para retirarles los platos y al instante les llevaron el postre. Dos trozos de tarta.

—Las tartas son diferentes, ¿las compartimos? —preguntó ella.

—Claro —dijo él sonriendo.

—Comemos la mitad y luego cambiamos los platos.

—Estupendo —dijo él—. Quiero saber si estás interesada.

Tess estuvo un tiempo sin hablar, concentrada en su postre.

—Esta tarta está buenísima.

—La mía también —dijo él mirándola durante un instante—. ¿No vas a decir nada?

—Estoy pensando, ¿vale? No es tan fácil tomar una decisión como esta.

Delaney se rió pensando que cualquier mujer aceptaría su proposición sin pensarlo ni un segundo.

—¿Crees que no es suficiente lo que te ofrezco?

—Yo no he dicho eso. Pero no puedo decidirme a la ligera. Tengo que sopesar los pros y los contras.

—Muchas mujeres estaría locas por aceptar algo así.

—Entonces, ofréceselo a una de esas mujeres. Está claro que yo no soy como ellas.

—Dime, Tess. ¿Cuánto tiempo tardarías en ahorrar el dinero necesario para montar la librería que quieres?

—Puede que cuatro o cinco años.

—Y tendrás un local en alquiler.

—Claro.

—Yo compraré el local tan pronto aceptes y en un año tendrás abierto tu propio negocio.

—¿Por qué yo?

—Bueno, eres joven, culta, preciosa, simpática, educada, inteligente, tienes un cuerpo increíble, sabes comportarte y tienes clase. Creo que reúnes todo lo que yo desearía en una esposa. Si pensara casarme, claro.

Tess se quedó pensando de nuevo.

—Veamos, pondré un poco más de azúcar —dijo él sonriendo—. Tengo un par de aviones. Digamos que podrás disponer de uno de ellos para viajar a cualquier parte del mundo. Y además, dispondrás de una suite en cualquiera de mis hoteles.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy intentando ofrecerte algo que no puedas rechazar. Acepta y los dos conseguiremos lo que queremos.

Tess le miró y empezó a reírse. Delaney no pudo evitar reír al verla.

—¿Tendría una suite disponible en cualquiera de tus hoteles?

—Más de una si te acompaña alguien.

—¿Y dispondría de un avión privado?

—Eso es. Y coche con chófer del hotel para tus desplazamientos.

—¡Dios, eres la hostia!

Delaney se rio por la expresión.

—Pero aún no estás convencida.

—Es que...

—¿Quieres que te ofrezca algo más?

—¡No! No digas nada más —dijo ella porque se sentía aturdida—. Te estás comiendo mi parte de tu tarta.

—Lo siento. Pediré otra ración si te quedas con hambre —dijo él sonriendo y pasándole el plato y cogiendo el de ella.

—¿Por qué dudas?

—Porque... —dijo ella levantando la vista para mirarle—. Yo soy una chica sencilla y de pronto me encuentro con un atractivo, muy atractivo empresario, enigmático y poderoso. Que tiene dos aviones y ciento ochenta hoteles —ella se rio—. Y sin saber la razón, ese hombre, que es guapo hasta resultar humillante para el resto de los mortales, me ofrece el cielo. ¿No crees que es normal que tenga miedo?

Delaney la miraba sin dar crédito a sus palabras. Esa chica estaba claramente flirteando con él y al mismo tiempo evitaba aceptar su propuesta. Era una contrariedad que le descolocaba.

—Yo no suelo ruborizarme ni escandalizarme pero, te aseguro, que tú consigues ambas cosas con tus halagadoras palabras. Y eso hace que me pregunte si tienes algún interés en mí.

—¿En ti? —dijo ella sorprendida—. ¡Por supuesto que no! La verdad es que si pudiera volver atrás habría preferido no conocerte. Y respecto a esas palabras halagadoras que has mencionado, no tienen nada que ver contigo. Simplemente sé apreciar las cosas bien hechas.

Del la miraba extrañado intentando descubrir el comportamiento de esa chica. Estaba acostumbrado a que las mujeres le persiguieran y no a que intentaran librarse de él, como estaba haciendo esa cría.

—¡Madre mía! —dijo él algo turbado y extrañado porque una chica tan joven le hiciera sentir así—. Puede que me haya equivocado y no seas la mujer que busco.

—Llevo intentando que te des cuenta durante toda la cena.

Esta chica lleva seduciéndome desde que nos hemos sentado aquí, sin ni siquiera darse cuenta, pensó Delaney sonriendo.

—Contestando a tu pregunta de antes, no sé por qué has de tener miedo. Esto es un negocio. Cuando quiero algo, me limito a hacer una oferta.

—¿Siempre lo consigues?

—Todo es cuestión de dinero.

—¿Por qué no buscas a una esposa de verdad? ¿Alguien que realmente esté interesada en ti?

Delaney seguía sin entender por qué no mostraba el más mínimo interés por él.

—Te ahorrarías un montón de pasta —añadió ella viendo que él no decía nada.

—No necesito ahorrar. ¿Eso quiere decir que no estás interesada en mí? Delaney supo que no debía haber hecho esa pregunta pero estaba

irritado. Sin saber la razón deseaba que, precisamente ella, se interesara por él. No por lo que le estaba ofreciendo sino por él, como persona.

—En ti no, por supuesto.

—Entiendo que no estés interesada en mí. Pero, sigues teniendo dudas respecto a mi propuesta.

—Yo no soy escéptica ni desconfiada, más bien todo lo contrario. Pero, me temo que contigo no puedo evitarlo —dijo sonriendo—. Lo siento.

—No me importa que desconfíes de mí.

—No desconfío de ti. Desconfío de mí.

—No sé que más puedo decirte.

—No parece que se te den muy bien los negocios —dijo ella con una tierna sonrisa.

—Es la primera vez que me encuentro con un *posible* socio como tú. No sé la razón, pero me tienes un poco confundido.

—Disculpa, no era mi intención confundirte. Para mí, esto es nuevo.

—Pues lo estás haciendo muy bien.

—A veces, suelo tratar con escritores y me cuesta llegar a un acuerdo con ellos, aunque casi siempre consigo lo que me propongo. Pero tú..., contigo es... es diferente. Esto es más que un negocio, más que un acuerdo. Los hombres sois capaces de enfrentaros a determinadas situaciones y por supuesto, lográis resolverlas. Sois genios en muchos aspectos, pero hacer frente a problemas emocionales o personales no es una de vuestras habilidades. Para ti es un simple negocio pero para mí, que no tengo ninguna experiencia en algo tan absurdo como lo que me has propuesto, es algo personal. Mi vida se va a ver implicada durante un año.

—Me gusta cómo hablas.

—Gracias... ¿Cómo puedo estar segura de que eres todo lo que dices? ¿Cómo puedo estar segura de que no estás loco? Has de reconocer que además de mí, eso es lo que piensa tu abogado y según tú, es un tío inteligente.

—Hoy ya es un poco tarde y mañana tenemos que levantarnos temprano. Pero, ¿qué te parece si mañana te recojo después del trabajo y vamos a ver tu casa? Luego te llevaré a mis oficinas y más tarde iremos a mi casa. Me gustaría que vieras en dónde tendrías que vivir durante un año, si aceptaras.

—De acuerdo.

—Piensa en todo lo que hemos hablado. Consúltalo con la almohada y mañana me contestas.

—No sé si habré tomado una decisión para mañana.

Al día siguiente, viernes, el coche de Delaney estaba en la puerta de la librería cuando Tess salió.

—Señorita Scott —dijo el chófer abriendo la puerta para que la chica entrara.

—Hola, Jack. Me gustaría que me llamara Tess, de lo contrario tendré que dirigirme a usted por su apellido.

Delaney que estaba en el interior del vehículo sonrió al oírla.

—Un placer volver a verla, Tess —dijo el chófer.

—Lo mismo digo, Jack —dijo ella sonriéndole y subiendo al coche—. Gracias.

—Hola —dijo Delaney cuando ella se sentó a su lado.

—Hola.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien, ¿y el tuyo?

—Como siempre. Dile a Jack la dirección de tu casa.

Tess se la dio y el chófer introdujo los datos en el GPS.

—¿Has tomado una decisión?

—No.

—¿Lo has pensado al menos? —preguntó él contrariado.

—Eso sí. Estuve despierta hasta bien entrada la madrugada. Hasta ahora, ningún hombre me había quitado el sueño.

—Pues fíjate que eso me gusta —dijo él girándose para mirarla sonriendo.

—Puede que el ver tu casa me ayude a decidirme. Si me gusta, es posible que acepte —dijo ella sonriéndole también.

—En ese caso, espero que la casa sea de tu agrado.

Delaney recibió una llamada y contestó después de disculparse con ella.

Tess estaba muy nerviosa. Había decidido aceptar su propuesta independientemente de si le gustaba su casa o no. Aunque estaba segura que, dada su posición, sería una casa de ensueño. Y no iba a aceptar por todo lo que iba a conseguir con ello, que no era poco, sino porque estaba enamorada de él y no quería dejar de verle, lo que él le había dicho que ocurriría, en caso de no aceptar su proposición. Tess sabía con seguridad que lo iba a pasar mal y que él nunca se interesaría por ella, pero no le importaba. Había tomado una decisión.

El coche se detuvo en la puerta de un edificio. Tess no vivía precisamente en el centro, pero la zona no era mala, era un barrio de trabajadores.

Jack les abrió la puerta y los dos salieron. Se encontraron a un vecino en la puerta y Tess y el hombre cruzaron unas frases amables. Delaney se dio cuenta que se hablaban con afecto.

—¿Conoces a todos los del edificio? —preguntó Delaney cuando el hombre salió.

—Sí. Son buena gente, ya sabes, trabajadores. No como tú.

Delaney la miró con mala cara y ella le dedicó una cálida sonrisa. Subieron las dos plantas, sin ascensor. Tess abrió la puerta de su casa y entró. Delaney la siguió.

—Ya lo has visto todo, podemos marcharnos —dijo ella sonriendo.

—No es tan pequeño... —dijo él dando unos pasos hacia el salón—. Mi despacho es bastante más grande, pero me gusta.

—Pero qué engreído —dijo ella intentando aparentar seria.

—Es muy bonito.

—No hace falta que te burles.

—No me estoy burlando. ¿Los muebles son tuyos?

—Sí, lo alquilé vacío. Supongo que si acepto tu propuesta tendré que dejar el apartamento.

—Si prefieres conservarlo yo me ocuparé del alquiler y los gastos durante ese año. Aunque cuando acabe nuestro acuerdo tendrás un apartamento de tu propiedad. Y bastante más grande que este.

—Es cierto, lo había olvidado.

—Me gusta este salón —dijo él acercándose a las estanterías para ver los libros. Luego echó un vistazo a los cedés de música.

Se dirigió hacia la cocina y se detuvo detrás de la barra de desayuno.

—La cocina también es bonita.

—¿Quieres ver el dormitorio? —dijo ella mirándolo sonriendo.

—Claro. ¿Por qué sonríes? —dijo él siguiéndola.

—Hay algo en ti. Supongo que es todo en conjunto, que hace que la boca se me haga agua —dijo ella sin detenerse y sin volverse para mirarlo.

Delaney no pudo evitar soltar una carcajada. Ella se volvió entonces para mirarle ligeramente.

Tess no se dio cuenta de sus propias palabras. Y Delaney supo, una vez más, que ella no intentaba seducirlo. Ni siquiera estaba intentando flirtear con él. Comprendió que lo decía de forma natural sin ser consciente de lo seductora que parecía a los ojos de un hombre. Al menos a los ojos de él. Delaney no hizo ningún comentario al respecto.

—Todavía no puedo creer que me esté planteando aceptar tu proposición. Es una locura.

—No lo es. El dormitorio también es bonito. Tienes buen gusto.

—Gracias.

—¿Puedo abrir el armario?

—Claro.

Después de que abriera las cuatro puertas del armario y echara una ojeada las cerró. Luego Tess le mostró el baño que estaba en el dormitorio.

—Salgamos de aquí. Es demasiado tentador tenerte en mi dormitorio.

Delaney salió de la habitación intentando no reírse. Pensó que debería empezar a acostumbrarse a la manera que tenía Tess de tratarlo. Su comportamiento le turbaba pero, al mismo tiempo le hacía sentir bien, muy bien.

—Me gusta tu casa.

—En ese caso podemos vivir aquí el año que dure nuestro acuerdo.

Tess lo dijo tan seria que Delaney tardó unos segundos en darse cuenta de que bromeaba.

—Aquí no cabríamos los dos —dijo él siguiéndole la broma—, además sería un poco difícil dormir en la misma cama durante un año y no mantener relaciones sexuales.

—Difícil no, sería imposible —dijo ella sonriendo aunque estaba ruborizada.

—Eres muy ordenada.

—¿Cómo sabes que no lo tengo todo ordenado porque sabía que vendrías hoy?

—Tu armario está impecable.

—De acuerdo —dijo ella sonriendo—, soy una maniática del orden.

—Eso no es un defecto. He visto que no tienes mucha ropa.

—Tengo la que necesito.

—Eso tendrá que cambiar.

—Todavía no he aceptado. ¿Nos vamos o quieres hacer algo aquí?

—¿Algo cómo qué?

—No lo sé —dijo ella riendo y algo intranquila.

—Veo que tienes sentido del humor.

—Espero no perderlo en caso de que me case contigo.

—¿Crees que casarte conmigo haría que lo perdieses?

—No lo sé. Pareces un poco estirado. Y nunca he estado casada.

Salieron del apartamento y se encontraron en la escalera a un chico, era el vecino de Tess. Delaney siguió bajando la escalera.

—Hola, guapísima.

—Hola, Dany.

—¿Estás bien?

—¿Tengo mal aspecto? —preguntó ella sonriendo.

—Tú nunca tienes mal aspecto, pero es la primera vez que viene un hombre a tu casa.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Estás vigilando mi casa?

El chico se rio.

—De todas formas, ese tío tiene buena pinta.

Delaney oyó la conversación desde el descansillo en el que esperaba a Tess, a pesar de que el chico hablaba en voz baja.

—Yo también pienso lo mismo de él —dijo ella sonriendo.

—Pórtate bien, y no vengas muy tarde.

—Lo intentaré.

Tess bajó la escalera para reunirse con Delaney.

—¿Quién es? —preguntó él.

Fue una pregunta algo brusca que hasta a él mismo le sorprendió.

—Vive en el apartamento de al lado del mío. A veces cenamos juntos y vemos una película.

—¿Te acuestas con él?

—Eso no es asunto tuyo —dijo ella tajante.

—Disculpa —dijo abriendo la puerta del zaguán para salir a la calle.

Delaney se preguntó por qué coño le había preguntado algo así cuando a él no le importaba en absoluto.

—Hola, Jack.

—Hola, Tess —dijo el hombre abriendo la puerta del coche para que ella subiera.

Delaney y él se miraron y Jack disimuló una sonrisa. Luego rodeó el vehículo para sentarse al volante.

—¿Dónde vamos, señor?

—Llévanos a la oficina, por favor.

Tess se acercó a Delaney para hablarle al oído.

—¿Por qué le hablas de tú y él te habla de usted?

—Solo me habla de usted cuando estoy acompañado. Jack está en casa desde que era un crío —dijo el murmurándole al oído.

Tess sintió un escalofrío por todo el cuerpo al sentir el aliento de él en su cuello.

—Entonces, si me caso contigo, ¿tendré que hacer lo mismo con él?

Tess se separó un poco y su mirada se desplazó a los labios de él.

Estaban muy cerca y su respiración se aceleró. Apartó la mirada rápidamente.

—Supongo que sí, si es lo que quieres —dijo él mirándole también la boca.

Tess se apartó de Delaney y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Giró la cabeza para mirar por la ventanilla. Se había puesto muy nerviosa y necesitaba tranquilizarse.

El vehículo se detuvo en la puerta del edificio. El chófer abrió la puerta del coche y Tess bajó seguida por Delaney.

—¿En este edificio tienes las oficinas?

—En realidad, todo el edificio es mío. Las oficinas ocupan varias plantas. En las otras están el gimnasio, la cafetería, el restaurante, la guardería para los hijos de los empleados, el almacén...

—Pensé que sería un edificio moderno con cristal y acero por todas partes.

—Y no te equivocas. Pero cuando lo construí decidí respetar la antigüedad de la planta baja. Me gustan los edificios antiguos. Vamos —dijo Delaney cogiéndola de la mano. El cuerpo de Tess se alteró con el contacto.

En la parte superior de la puerta de entrada rezaba el nombre Stanford en letras doradas. Delaney abrió la puerta de madera y cristal y la dejó pasar delante. El guarda de seguridad salió de detrás del mostrador para hacerles pasar por el arco del detector de metales, pero al reconocerlo se acercó a ellos.

—Hola, Charlie.

—Señor Stanford.

—¿Va todo bien?

—Todo controlado, señor. El señor Brooks todavía no se ha marchado.

—Bien —dijo Delaney dirigiéndose hacia los ascensores.

—Deberías soltarme la mano.

—Lo siento, no me había dado cuenta —dijo soltándola y entrando en el ascensor detrás de ella. Apretó un botón y el ascensor empezó a subir.

Entraron en una planta que solo estaba iluminada por luces de seguridad. Delaney pulsó el interruptor y toda la planta se iluminó.

—Vaya, hay muchas mesas —dijo Tess caminando entre ellas.

—Las oficinas están separadas por secciones. Cada planta está destinada a diferentes negocios. Lo tengo todo en un mismo edificio, pero separado.

—Es una buena idea. Esto es enorme.

Delaney le enseñó las plantas empezando por la primera y dando un recorrido rápido por ellas.

—La siguiente planta es la que se ocupa del grueso de la empresa, los hoteles. Y en ella tengo mi despacho.

Toda la planta estaba iluminada cuando salieron del ascensor.

—Estoy impresionada —dijo Tess mirando a su alrededor.

—Me alegro. Vamos, te enseñaré mi despacho.

—¡Madre mía! —dijo Tess entrando en la estancia—. Tenías razón, es más grande que todo mi apartamento. Pensaba que bromeabas. Esto es.... ¿por qué necesitas un despacho tan grande?

—Paso muchas horas en él y me gusta tener espacio.

—Hola, no sabía que pensabas volver —dijo Nathan, el abogado de Delaney, entrando en el despacho.

—Nathan, te presento a Tess Scott. Tess, él es Nathan Brooks, mi abogado y amigo.

—Un placer —dijo el abogado tendiéndole la mano sin la más mínima sonrisa.

—Encantada —dijo ella estrechándose la firmemente y mirándole a los ojos.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó Delaney.

—Quería echar un último vistazo a los informes de la reunión de mañana. Supongo que vendrás.

—Estaré aquí a las ocho.

—Hasta mañana entonces. Un placer conocerla —dijo el abogado mirando a Tess.

—Lo mismo digo. A ese tío no le caigo bien —dijo ella cuando el

abogado salió.

—¿Por qué dices eso?

—He visto su mirada de desprecio. Si sabe que soy un negocio tal vez debería haber sido un poco más amable, como con cualquier socio de tu empresa. Puede que sea porque soy mujer. ¿No le gustan las mujeres?

—Oh, sí, las mujeres le gustan mucho.

—Entonces soy yo. No es partidario de lo que me has propuesto y está cabreado. Me ve como una aprovechada.

—Vamos a aprovecharnos mutuamente. No tienes que preocuparte por Nathan. Si te casas conmigo, te aseguro que te tratará como a mi esposa. Vamos, te enseñaré la última planta.

Volvieron al ascensor. Delaney introdujo una llave en la ranura del panel y el ascensor empezó a moverse.

—Esta planta es un apartamento pequeño. A veces paso aquí la noche si termino tarde.

—No deberías haber dicho *pequeño* después de haber visto mi apartamento. Es humillante —dijo ella mirando a su alrededor—. Dios, es enorme.

Había un precioso salón separado de la cocina por una barra. Los muebles antiguos se mezclaban con los modernos y el resultado era exquisito. Había una habitación escandalosamente grande y un baño en ella con jacuzzi y todos los adelantos en duchas. Había otro baño completo en el pasillo y un segundo dormitorio algo más pequeño que el anterior también con su propio baño.

—Supongo que este apartamento sirve para otras cosas, además de dormir —dijo ella con una sonrisa.

—Siempre es bueno tener una habitación a mano por si se presenta algo interesante.

—Sí, es una buena idea.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Bajaron en el ascensor hasta la planta baja y salieron a la calle. Jack les esperaba. Subieron al coche y Jack subió al volante. Tess estuvo todo el trayecto mirando por la ventanilla. Ninguno de los dos había pronunciado una sola palabra.

—Estás muy callada.

—Me estás mostrando un mundo desconocido para mí. Estoy apabullada

—dijo ella sonriendo.

—No es para tanto. Ya llegamos. Espero que te guste la casa y accedas a mi propuesta.

Se abrieron las puertas de la verja por las que no se veía ni el menor resquicio del interior de la propiedad. El Mercedes avanzó por el camino asfaltado hasta detenerse delante de la mansión de estilo victoriano.

—¡Santo Dios!

Eso fue lo único que salió de la boca de Tess tan pronto vio la casa. El chófer bajó y abrió la puerta del vehículo para que Tess bajara.

—Gracias —dijo Tess a Jack.

—Jack, ya no te necesitaré. Yo llevaré a Tess a casa.

—Bien, señor.

—Jack, me ha gustado conocerle.

—Lo mismo digo, Tess. Que tenga una velada agradable. Espero verla de nuevo.

—Muy amable, gracias.

Delaney la cogió de la mano y subieron los escalones.

—Muy bonita tu choza —dijo Tess dedicándole una radiante sonrisa cuando entraron en la casa.

—Gracias —dijo él riendo.

Catherine, el ama de llaves y cocinera, salió a recibirles.

—Hola —dijo la mujer entusiasmada.

—Cath, ella es Tess. Tess, Catherine.

—Un placer conocerla —dijo la mujer dándole la mano.

—El placer es mío. Y por favor tutéeme.

—De acuerdo. Me extrañó cuando el señor Stanford me dijo que traería a una mujer a cenar.

—Cath, olvida las formalidades —dijo Delaney.

—Vale. Delaney nunca ha traído a una mujer a casa. Y ahora lo entiendo. Tú no eres como las mujeres que salen con él.

Delaney puso los ojos en blanco.

—Voy a enseñarle la casa —dijo él quitándose la chaqueta y ayudando a ella a quitarse el abrigo.

—Avisadme cuando queráis cenar. ¿Sirvo la mesa en el comedor?

—Cenaremos en la cocina —contestó Delaney—. Acompañame.

—Este recibidor también es más grande que mi casa —dijo ella cuando salieron de la cocina.

—¿Qué problema tienes con el tamaño de las cosas?

—No tengo problema, pero el tamaño es importante.

Delaney la miró con una sonrisa traviesa y ella se la devolvió aunque algo ruborizada.

—¿Aquí es dónde se supone que tendría que vivir durante un año?

—Sí.

Tess soltó una carcajada.

—No puedo creer que me esté ocurriendo esto. Es alucinante.

—Veamos la casa a ver si consigo que tomes la decisión que quiero.

En la planta baja había un salón increíblemente grande. Los muebles y las alfombras eran exquisitos. Unos lienzos fabulosos colgaban de la paredes. La chimenea estaba encendida y hacía la estancia muy acogedora. A Tess le pareció un salón en el que se podía estar cómodo. Le dio la impresión que allí, la comodidad era lo principal.

Luego le enseñó su despacho. Era elegante y pensó que Delaney quedaba bien en él.

En la planta baja había también un comedor enorme y dos baños. Además de las dependencias del servicio, aunque Delaney no le enseñó esa zona.

La cocina también tenía un buen tamaño. Había una mesa con seis sillas en uno de los lados. Y había otra mesa con ocho sillas separada por un tabique que no llegaba al techo.

—Esta se supone que es la zona de desayuno aunque yo siempre desayuno en la cocina. A veces lo usamos cuando viene alguien de confianza a comer.

Tess estaba impresionada. Subió la escalera a su lado.

—En esta planta hay diez habitaciones, todas con su baño —dijo él cuando llegaron a la planta superior.

—Tendrás que darte prisa porque necesitarás muchos niños para llenar esta casa. Y te estás haciendo mayor. Tal vez deberías replantearte tu proposición y buscar una esposa de verdad para empezar a hacer bebés.

—Ya te dije que no quiero esposa ni hijos.

La habitación de Delaney era la más grande de todas y a Tess le encantó.

—Esta sería tu habitación —dijo él abriendo la puerta de al lado de su cuarto y dejándola entrar primero.

—La tuya es más bonita.

—Esta es casi tan grande como la mía. Si aceptas, esta semana vendrán a hacer un vestidor y abrir una puerta aquí para que comunique esta habitación con la mía.

—Con cerradura.

—Por supuesto —dijo él con una seductora sonrisa.

—De todas formas, podría hacer una barricada con los muebles tras la puerta, no vaya a ser que tus instintos libertinos se despierten con la luz de la luna.

Delaney se rio.

—Eres muy divertida —dijo él abriendo la puerta de la siguiente habitación—. Como ves, este es el gimnasio.

—Santa madre de Dios. Es más completo que al que voy yo. También voy a ahorrarme el gimnasio.

—¿Vas al gimnasio?

—Es el único capricho que me concedo, aunque solo en invierno. En verano voy a correr a la calle, y a patinar.

—Puede que algún día coincidamos aquí.

Mejor no, pensó ella que ya se lo imaginaba sudoroso y con la piel brillante.

Luego le enseñó el siguiente dormitorio que era el de su hermano. No es que lo usara mucho, pero a veces se quedaba a dormir. El resto de los dormitorios estaban amueblados aunque nadie los usaba.

—Nos queda ver la segunda planta —dijo él subiendo la escalera—. Esta planta es como si fuera un piso de la ciudad. Solo tiene una entrada —dijo abriendo la puerta. Tess entró.

Había un salón bastante grande, tres dormitorios un aseo y un baño, pero solo con ducha. El suelo era de madera oscura y estaba reluciente. Tenía una terraza con una vista increíble de la parte de atrás de la casa en dónde había un jardín con unos árboles preciosos.

—¿Por qué está vacía esta planta?

—Todavía no he decidido qué hacer con ella.

—Muchos matarían por disponer de algo así. Es enorme.

—Vuelves a mencionar el tamaño.

—¿Y qué pasa?

—Nada —dijo él riendo.

—Catherine también te tutea.

—Y me riñe —dijo riendo—. Ya trabajaba en casa de mis padres cuando yo nací. Se vino conmigo cuando decidí independizarme. Dijo que alguien tenía que cuidar de mí.

—Y lo ha hecho.

—Supongo que sí. Jack también trabajaba para mis padres. Y de vez en cuando me pega alguna bronca. Yo le amenazo con despedirle pero no le intimido —dijo mientras bajaban la escalera.

—Ambos parecen buenas personas.

—Lo son. Antes de bajar, me gustaría que me dieras una respuesta —dijo él sujetándola del brazo para que se detuviera.

—¿Vas a echarme a la calle antes de cenar si no acepto?

—No sería capaz. Te daría de cenar y luego te llevaría a casa. Y no volveríamos a vernos.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Que me casaré contigo. Será toda una aventura.

—No deberías esperar demasiado de este corto matrimonio. Ni llamarlo una aventura.

—No me has entendido. La aventura eres tú.

—Vamos a cenar —dijo él que de repente porque se sintió...
¿incómodo?

—No me habías dicho que cenaríamos aquí.

—Es la hora de cenar. No iba a llevarte a casa sin darte de comer. Cath va a acosarte a preguntas.

—¿Cómo sabré qué contestar?

—Puedes ser sincera excepto en que la boda será fingida.

—De acuerdo.

—Si hay algo que no sepas contestar, lo haré yo. De todas formas ella ya sospecha que hay algo serio entre tú y yo, de lo contrario sabe que no te habría traído a casa.

—Bueno, lo que hay entre nosotros es serio. Los negocios siempre son serios.

—Tienes razón.

—¿Por qué no traes aquí a mujeres?

—Porque es mi casa. Tú serás la única que este aquí.

—Eso es un honor.

Se sentaron a cenar. Cath ya había cenado pero estuvo rondando por la

cocina hasta que Delaney le dijo que se sentara a tomar el postre con ellos.

—¿Cómo os conocisteis?

—Cath, no te pases con el interrogatorio, ¿vale? No se vaya a asustar y se largue.

—No parece de las chicas que se asustan fácilmente.

—Nos conocimos en la cafetería de la librería en la que trabajo.

Delaney fue varios días y al final se sentó en mi mesa y almorzamos juntos. Y luego repetimos durante algunos días.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Nos conocimos hace unas semanas.

—¿Vais en serio?

—Todo lo serio que te puedas imaginar —dijo Delaney sonriendo a la mujer.

—¡Oh, Dios mío!

—He traído a Tess para que te conociera y viera la casa.

—¿Te ha gustado?

—Es una casa de ensueño.

—¿Lo sabe tu madre, Delaney?

—No.

—Se va a poner muy contenta. ¿Qué planes tenéis?

—Casarnos cuanto antes —dijo Delaney.

—Madre mía. A tu madre le dará un infarto cuando se entere. Lleva esperando esto desde hace mucho. Se volverá loca organizando la boda.

—Cath, Tess y yo aún no hemos hablado de la fecha, pero en lo que sí estamos de acuerdo es en que queremos una boda sencilla, solo con los más allegados.

—Tu madre no lo permitirá.

—Tendrá que hacerlo porque será nuestra decisión.

—¿Cuándo la llevarás a que la conozcan tus padres?

—Pronto. Y no se lo digas a mamá porque se cabreará de que te haya presentado a Tess antes que a ellos.

—¿Dónde está el anillo de compromiso?

—Estoy en ello.

—No me lo puedo creer. Me gustas mucho, Tess.

—Gracias, Cath.

—Pensé que no encontraría a una mujer normal para casarse.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Delaney extrañado.

—Bueno, las mujeres con las que sales, con las que salías —dijo la mujer rectificando—, no son como ella.

—¿Eso es un cumplido?

—Por supuesto. Con Tess has acertado —dijo mirando a Tess con una sonrisa de satisfacción.

Después de cenar se despidieron de Cath. Delaney la ayudó a ponerse el abrigo. Entraron en el garaje por la puerta que había en el recibidor. Delaney encendió las luces.

—¡Hala! ¿También te dedicas a la venta de coches? —dijo Tess al ver la flota de vehículos.

—No. Estos son míos.

—¡Dios mío! Todos son fantásticos.

—¿Tienes predilección por alguno para que te lleve a casa?

—Nunca he subido en un deportivo.

—Entonces, creo que te gustará este —dijo él llevándola hasta un Maserati blanco. Abrió la puerta del coche y ella subió.

—Es precioso —dijo ella cuando él se sentó a su lado—. Me tienes aturdida.

—¿Por qué será que eso me gusta? —dijo abriendo la puerta del garaje con el mando.

—Esto es excitante.

—¿Un coche te excita?

—Bueno, este coche conducido por ti, sí. Además es mi primer deportivo. Por supuesto que estoy excitada.

—Pues me temo que me gusta excitarte —dijo mirándola con una sonrisa. Ella le devolvió una sonrisa radiante.

Delaney sacó el coche del garaje y se dirigió a la entrada de la verja.

—¿Quién vive en esa casa?

—Jack —dijo atravesando la puerta y cerrándola con el mando—. Vaya, creo que la prensa nos ha descubierto.

Frente a la puerta había dos vehículos que les siguieron.

—Hoy los despistaremos —dijo él acelerando.

—Buena idea. No me gusta la idea de que nos persigan.

—Entonces, ¿te casarás conmigo?

—Sí, ya te lo he dicho antes.

—No sabes cuanto me alegro —dijo cogiéndole la mano y llevándosela a los labios para besarla.

—Espero no arrepentirme de mi decisión.

—No lo harás. ¿Estás lista para que los periodistas nos vean juntos mañana?

—No. ¿Sales a menudo en las revistas?

—Me temo que sí, aunque yo no me molesto en verlas. Mi abogado es quien lo hace por si publican algo que pueda perjudicarme. Bien, a partir de ahora, cuando estemos en la calle o en algún lugar público, vamos a fingir que estamos enamorados.

Yo no tendré que fingir, pensó Tess.

—¿Siempre hay fotógrafos esperándote cuando vas a algún sitio?

—Casi siempre.

—No sé si podré acostumbrarme a algo así.

—Lo harás.

—¿Qué pasará a partir de ahora?

—Antes de nada tenemos que comprar un anillo. ¿Tienes planes para mañana después del trabajo?

—No. Terminaré a la una.

—Perfecto. Te recogeré a esa hora e iremos a comprar el anillo. Me encargaré de que no haya periodistas siguiéndonos. Y luego iremos a comer. Lo arreglaré para que la prensa esté fuera del restaurante y nos vea.

—¿Lo arreglarás?

—Ellos tienen sus fuentes para informarse de mis movimientos y yo tengo las mías para informarles a ellos, cuando me interesa. Apuesto a que van a tener la misma reacción contigo que Cath. No entiendo por qué le ha extrañado a Cath que salga con una mujer como tú.

—¿Una mujer como yo?

—Supongo que es porque eres diferente a las otras. Y además mucho más joven.

—No hemos firmado nada. Creo que me estoy arrepintiendo.

—Cariño, nuestro trato se ha sellado cuando has dicho sí. Y, firmaremos lo que haya que firmar tan pronto lo tenga preparado Nathan. Este es un acuerdo entre tú y yo, y ya está cerrado. Yo confío en ti, ¿confías tú en mí?

—Si no confiara en ti no habría aceptado.

—Bien. Hasta el día de la boda tendremos que vernos a menudo. A ser posible para cenar. ¿Tienes algún inconveniente con eso?

—Delaney, cumpliré con mi parte del trato.

Detuvo el coche en la puerta del edificio de Tess, después de que el

GPS le diera la última información. Bajó del coche y lo rodeó por delante para abrirle la puerta a ella. Le cogió la mano para ayudarla a salir del vehículo que era muy bajo y a Tess se le aceleró de nuevo el pulso al sentir el contacto de su mano. La acompañó hasta la entrada.

—Disfruta del poco tiempo que te queda de soltera porque luego tendrás que ser discreta.

—Lo mismo te digo —dijo ella regalándole una cálida sonrisa.

—Buenas noches —dijo besándola en la mejilla.

—Buenas noches. Y gracias por la cena —dijo ella abriendo la puerta.

—Ha sido un verdadero placer cenar contigo.

Capítulo 3

El sábado, cuando Tess salió del trabajo poco después de la una, uno de los coches de Delaney, un Lexus blanco, estaba estacionado en la puerta y Jack esperaba junto a él.

Delaney la vio salir de la librería. Llevaba un vestido rojo bombero y un abrigo negro desabrochado. Le miró las piernas y pensó que esos zapatos le favorecían. La encontró preciosa.

—Me alegro de verle de nuevo, Jack. Me temo que vamos a vernos a menudo a partir de ahora.

—Eso será un placer —dijo el hombre abriendo la puerta para que ella entrara.

—Hola —dijo Tess sentándose al lado de Delaney.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí. Hoy no te has puesto vaquero.

—No quería avergonzarte en la joyería ni en el restaurante. Estás muy guapa.

—Gracias. Te echo de menos en los almuerzos.

—¿En serio? —dijo él mirándola.

—Sí.

—En ese caso, tendré que volver por allí algún día para recordar viejos tiempos.

—Eso me gustará.

A Delaney le gustó oír que le echaba de menos. Y lo cierto era que él también la echaba de menos.

El vehículo se detuvo en la puerta de la joyería y Delaney y ella entraron.

El propietario les esperaba, ya que Delaney había pedido cita, como hacía siempre que iba a comprar alguna joya. El hombre los llevó a uno de los reservados como tenía costumbre cuando se trataba de él para que no se filtrara ninguna información a la prensa.

—Un placer verle de nuevo, señor Stanford.

—Lo mismo le digo, señor Stuart.

Cuando entraron en el reservado el joyero cerró la puerta.

—Siéntense, por favor.

Ellos dos se sentaron frente a la estrecha mesa y el hombre se sentó tras ella.

—Le presento a mi novia, Theresa Scott.

—Un placer conocerla, señorita Scott.

—Encantada de conocerle.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Queremos ver anillos de compromiso.

—¿Tienen alguna idea de lo que buscan?

Delaney miró a Tess y tuvo que sonreír al ver la expresión de su rostro. Delaney le cogió la mano y notó lo nerviosa que estaba.

—No sabemos lo que queremos —dijo él—. Muéstrenos lo más interesante que tenga.

—De acuerdo. Vuelvo enseguida —dijo el hombre levantándose y saliendo de la estancia.

—Estás nerviosa.

—Es mi primer anillo de compromiso. ¿Vas a ponerte de rodillas cuando me pidas que me case contigo?

—Ni lo sueñes.

—Yo creo que deberías hacerlo. Seguramente tú volverás a casarte, porque necesitas descendencia, pero imagina que yo no vuelvo a casarme nunca. Al menos habría experimentado eso una vez en la vida.

—No esperes eso de mí. Cuando elijas el anillo, te lo pones y listo.

—De eso nada. Al menos tendrás que dármelo fuera de la joyería. Ya es bastante raro que me hayas traído para elegirlo. La novia no ve el anillo antes de que el novio le pida que se case con él.

—Nuestro compromiso será diferente.

—Aguafiestas.

Delaney la miró sonriendo. Pero pensó que ella tenía razón. No en lo de ponerse de rodillas, por supuesto, pero sí buscaría el momento adecuado para ponerle el anillo en el dedo.

—¿Cuánto dinero vas a gastarte?

—No pienso preguntar el precio. Y no se te ocurra hacerlo a ti. Límitate a elegir el anillo que más te guste y punto.

Delaney seguía sujetándole la mano que ella tenía sobre su regazo y le

acariciaba los nudillos con el pulgar. Ella sabía que lo hacía para calmarla pero, esa simple caricia le estaba produciendo una desazón en su interior que la hacía sentirse incómoda y excitada a la vez.

El joyero volvió a entrar y se sentó detrás de la mesa. Dejó las bandejas a un lado y luego cogió una de ellas y la puso delante de ellos. Descubrió el terciopelo negro que la cubría.

—¡Hala! —dijo Tess en voz baja, deslumbrada por todas esas piedras fabulosas.

Delaney le apretó la mano para que se comportara. Ella le miró. Delaney estaba sonriendo.

El joyero la miró un instante y le sonrió.

—¿Me permite que tome medida a su dedo?

—Claro —dijo Tess ofreciéndole la mano que tenía libre.

—La otra mano, por favor.

—Lo siento —dijo dedicándole al hombre una deslumbrante sonrisa—.

Es mi primera vez.

—Lo supongo, ya que es usted muy joven.

Delaney miró al hombre para recriminarle su comentario, pero el joyero estaba pendiente únicamente de ella. El hombre anotó la medida en un bloc de notas.

—¿Ven algo que les guste?

—Todas son preciosas, pero...

—¿Qué ocurre? —le preguntó Delaney.

—Las piedras son demasiado grandes, ¿no crees?

Él la miró sorprendido. Cualquiera otra habría elegido la más grande.

—No sé... Me gustaría algo más sencillo.

—No pensarás que voy a comprarte un anillo corriente.

Tess le miró y Delaney vio inseguridad y tristeza en sus ojos.

—En ese caso, será mejor que lo elijas tú —dijo ella. Y luego añadió —. Pero si es muy grande no me lo pondré.

—Por supuesto que te lo pondrás, y lo llevarás siempre.

—Si es muy grande no me lo pondré —volvió a repetir Tess.

Delaney cogió uno de los anillos de la bandeja que tenían delante y se lo puso a Tess en el dedo. Luego se lo quitó.

—Ella tiene razón, estos son muy grandes.

—¿Por qué no se centran primero en las piedras que les gustan?

Partiendo de ahí podré mostrarles los anillos de los que disponemos con esas

piedras y de varios tamaños.

—Me parece bien —dijo Delaney—. ¿Qué piedras te gustan, cielo?

Ella le miró y se rio. Le había hecho gracia que la llamara *cielo*.

—Del, elígelo tú, por favor.

—¿Me has llamado Del? —le preguntó él al oído.

—Lo siento —dijo ella en voz baja.

—No lo sientas. Me gusta. De acuerdo —dijo dirigiéndose al hombre—.

Me gustaría que tuviera una sola piedra y no tan grande como estas.

—En ese caso, retiraré esta bandeja —dijo el hombre cubriendo la bandeja y dejándola a un lado.

Colocó otra delante de ellos y la descubrió. Había esmeraldas, rubíes y zafiros de la más alta calidad.

—Esas no me gustan —dijo Delaney de pronto—. No quiero decir que no sean bonitas pero, para ella prefiero un diamante clásico.

—Buena elección —dijo el joyero retirando la segunda bandeja y colocando otra en su lugar. Desdobló el terciopelo negro.

Los diamantes brillaban lanzando colores al posarse sobre ellos los rayos del sol que penetraban por la ventana.

—Desechemos estos, son demasiado grandes —dijo Delaney—. Sus manos son delgadas y delicadas.

A Tess le agradaron sus palabras y no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Esta fila de aquí son las tallas más puras y creo que el tamaño le quedará bien —dijo el hombre.

—Sí, me gustan. Hagamos que se pruebe algunos. Vamos, cielo, creo que uno de estos anillos será el tuyo —dijo Delaney dejando los tres anillos que él había elegido sobre el terciopelo que Tess tenía delante.

Delaney le cogió la mano y le puso el primer anillo. Las manos de Tess eran preciosas y el diamante resaltaba con su perfecta manicura y el esmalte del mismo color que el vestido. Tess se miró la mano. No podía creer que tuviera en su dedo un anillo como ese. Era increíblemente precioso.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

—¿A ti te gusta?

—Creo que queda fantástico en tu mano.

—A mí también me gusta.

—Entonces, no se hable más. Nos quedamos con este —dijo Delaney sacándole el anillo del dedo y entregandoselo al joyero.

—Han elegido bien. Y además, es de su medida —dijo el hombre después de medirlo—. ¿Desean algo más?

—¿Quieres que elijamos ahora las alianzas para la boda?

—Es demasiado pronto —dijo ella.

Delaney volvió a cogerle la mano porque la expresión de su rostro era de pánico.

—Nos casaremos en unas semanas —dijo Delaney al hombre.

—Felicidades.

—Gracias.

—En un par de semanas recibiré unas alianzas dignas de admiración.

—En ese caso, mejor esperar a verlas. ¿Podría llamar a mi secretaria cuando las reciba?

—Por supuesto.

Delaney le entregó su tarjeta del banco.

—Enseguida vuelvo —dijo el hombre saliendo de la habitación.

—No sabes el precio. A lo mejor cuesta una fortuna y excede del crédito de tu tarjeta —dijo ella mirándole con una cálida sonrisa.

—No creo que eso suceda.

El hombre volvió a entrar en el reservado poco después. Le entregó a Delaney el pequeño estuche de terciopelo negro que guardó en el bolsillo de la chaqueta. El hombre le dio la factura y la garantía de calidad del anillo junto con la tarjeta.

—Gracias —dijo Delaney.

—Gracias a ustedes. Ha sido un placer, como siempre.

—¿Cuándo vas a decirle a tus padres que sales conmigo? —preguntó Tess cuando iban camino del restaurante.

—Mi madre se enterará tan pronto salgamos en una revista. De todas formas, esta noche la llamaré y le diré que he conocido a alguien.

—Gracias por el anillo. Es una maravilla.

—De nada.

—Parece que vas a menudo por la joyería.

—Espero que no seas una esposa celosa —dijo él mirándola.

—Lo he dicho por la forma de tratarte el joyero. Como si fueras un buen cliente.

—Y lo soy.

—Me sabe mal que te hayas gastado tanto dinero conmigo.

—Es por una buena causa —dijo él sonriéndole—. Además, he gastado mucho más que eso en otras mujeres.

Tess se sintió como si le hubieran echado un cubo de agua helada por la cabeza.

—Me alegro de oír eso. Ahora ya no me siento tan culpable. La verdad es que me siento bien.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que regalas joyas a tus amantes porque se acuestan contigo. Yo lo he conseguido y sin necesidad de que me lleves a la cama.

Él la miró con una sonrisa traviesa.

Nada más bajar del coche, un par de fotógrafos empezaron a hacerles fotos. Delaney la cogió de la mano y entraron en el restaurante.

Ya tenían la mesa reservada y el maître les condujo hasta ella.

Un camarero les llevó las cartas del menú y se retiró.

—¿Los periodistas estarán fuera cuando salgamos?

—Sin lugar a dudas. Estarán intrigados por verme contigo.

Delaney vio en su rostro que no le gustaba la idea.

—¿Qué vas a comer?

—Pide por mí, por favor, estoy nerviosa.

—No tienes que sentirte nerviosa porque nos hagan unas fotos. Pronto te acostumbrarás. ¿Quieres vino?

—Sí, si tú tomas también.

Cuando el camarero se acercó, Delaney pidió la comida para los dos y una botella de vino.

—¿Quieres que le diga al camarero que te dé a probar a ti el vino? —dijo él con una sonrisa para que se olvidara de la prensa.

Ella lo miró y al verlo sonreír todavía se puso más nerviosa.

—No. Yo no entiendo de vinos. Sé que unos me gustan más que otros, eso es todo.

Después de que el camarero sirviera el vino en sus copas Tess lo probó.

—Este sí me gusta. Supongo que tú sí entiendes de vinos.

—Un poco.

—¿Quieres que hablemos de nosotros para conocernos?

—Tess, no hace falta que nos conozcamos. Esto es solo un negocio y no

debemos involucrarnos más de lo necesario.

—Pero..., vamos a vivir en la misma casa, durante un año.

—Eso no quiere decir que tengamos que conocernos. Creeme, es mejor guardar las distancias.

—Por tus palabras, deduzco que en alguna ocasión te has implicado personalmente.

—Por eso te lo digo.

—De acuerdo. ¿Hay algún tema del que te interese hablar o prefieres que permanezcamos en silencio?

—Podemos abordar varios temas, trabajo, noticias, viajes, deportes, lo que estudiamos o dónde estudiamos...

Tess cogió un trozo de pan, extendió mantequilla en él y empezó a comer dejando a él que eligiera el tema para hablar.

Cuando el camarero se acercó con los entrantes todavía no habían cruzado ni dos frases.

—Gracias —dijeron los dos al mismo tiempo.

—¿Dónde estudiaste antes de ir a la universidad? —preguntó él.

—Estudí en Boston, en un colegio privado hasta que cumplí diez años. Y desde los diez a los diecisiete en un internado, en Atlanta. Mis padres eran simples trabajadores y no podían permitirse gastar tanto dinero en mi educación, pero esa educación tenía un propósito determinado.

—Explícame eso.

—Los años que estuve en el colegio, en Boston, fueron más o menos bien. No voy a decir que vivíamos desahogadamente porque mentiría, pero podíamos permitirnos un mes de vacaciones en verano en la playa en una casa de alquiler. Cuando decidieron enviarme al internado, la cosa cambió. Se acabaron las vacaciones, se terminó el comprar ropa innecesaria... Apenas llegábamos a final de mes. Mi padre empezó a hacer horas extras en el trabajo y prácticamente no veía a mi madre porque llegaba a casa muy tarde.

—¿Por qué estudiaste en un internado si no podían permitirselo?

—Fue mi madre quien tomó la decisión y no pudimos hacerla cambiar de opinión.

—¿Por qué lo hizo?

—No quería que yo llevase la vida que había llevado ella, siendo la mujer de un simple trabajador. Quiso que yo estudiara con gente de clase alta. Durante toda mi vida he escuchado lo mismo: *Tienes que tener una buena educación, y el que tus compañeros sean de clase alta te ayudará a*

mezclarte entre ellos. Asistirás a fiestas con gente importante y así tendrás oportunidad de conocer a un millonario con quien casarte.

—Parece ser que tu madre va a conseguir lo que quería —dijo él sonriendo.

—A mi madre le habría costado creerse que quisieras casarte conmigo. Siempre hice todo lo contrario a lo que ella deseaba. Nunca salí con un chico rico. Aunque, tengo que decir que mis dos únicos amigos son millonarios. Uno es ginecólogo y el otro sacerdote. Desde que conocí a Carter en la universidad, Carter es el ginecólogo —explicó ella—, mi madre insistió en que saliera con él. Odiaba que mi madre pensara así. Mi padre y yo hablábamos muchas veces sobre el tema. Si no hubieran gastado tanto dinero en mi educación habrían tenido una vida mejor. Ella nos privó de las vacaciones que tanto anhelábamos y necesitábamos mi padre y yo. La odié por ello.

El camarero se acercó para retirar los platos y les sirvió más vino. Poco después volvió con dos ensaladas.

—He pensado que, tal vez deberíamos tener nuestros teléfonos. No pienso llamarte, pero...

—Qué fallo, ¿eh? —dijo él riendo—. Estamos casi comprometidos y ni siquiera tenemos nuestros teléfonos. Los intercambiaremos en el coche.

—Supongo que debería saber algo sobre tu familia, antes de conocerlos. ¿Puedes hablarme sobre ellos o es demasiado personal?

—Estás en tu derecho. Mi madre es muy abierta. Muy inteligente. Y siempre consigue lo que quiere.

—Ya me he dado cuenta. Va a conseguir que te cases, sin tú quererlo.

—Sí —dijo él riendo.

—¿A qué se dedica?

—Supongo que a lo mismo que te dedicarás tú cuando nos casemos, a gastar el dinero de su marido.

Tess le miró fijamente por un instante. Él no supo adivinar lo que pasaba en ese momento por su mente. Delaney pensó que ella haría algún comentario al respecto, pero Tess siguió comiendo en silencio.

—Mi padre, como yo, trabaja muchas horas al día. Mi hermano y yo solemos ir a comer o a cenar con ellos un día a la semana. Aunque a mis padres me los encuentro a menudo en algunas de las fiestas a las que asisto.

El camarero volvió a acercarse para retirar los platos de las ensaladas y luego volvió con los segundos platos.

—¿Cuándo los conoceré?

—Esperaremos a que las fotos que nos han hecho salgan a la luz.

Cuando mi madre las vea me llamará.

—¿Te llama cada vez que sales con una mujer en las revistas?

—No, no me llama nunca, pero cuando te vea, lo hará. Y tan pronto le diga que me gustas y estoy interesado en ti, organizará algo para conocerte.

—¿Crees que lo haré bien? Yo no suelo mentir. Puede que todos, incluida la prensa, se den cuenta de que estoy mintiendo.

—Cath te creyó. Y por la prensa, no tienes que preocuparte, les convenceremos. ¿Tienes algún problema en que te bese? Para dar más credibilidad, ya sabes.

—Pues..., supongo que no. Cuando esté contigo imaginaré que soy una actriz.

—Buena idea. Yo haré lo mismo. Deberíamos vernos dos o tres veces la próxima semana. Para cenar o tomar una copa y que nos vean juntos.

—De acuerdo.

—O, puedo ir a tu casa y pasar allí un rato.

—¿Y qué haremos cuando estemos dentro?

—No sé... Puedes usar el ordenador, si te aburres conmigo.

—¿Por qué iba a aburrirme contigo? Siempre podemos hablar de algo *impersonal*.

—Claro. Y cuando vaya, puedo llevar la cena.

—Vale.

Tess no quiso tomar postre y él tampoco así que, decidieron marcharse. Delaney la ayudó a ponerse el abrigo y salieron a la calle cogidos de la mano. Jack les abrió la puerta y subieron al coche después de que los fotógrafos les hicieran unas cuantas fotos.

Jack paró el vehículo en la puerta del edificio de Tess. Los fotógrafos detuvieron el coche detrás del de ellos.

Tess se despidió de Jack y Delaney la acompañó hasta la puerta del edificio.

—Ya tienes mi teléfono. Llámame si surge algo.

—¿Cómo qué? —preguntó ella.

—No lo sé —dijo él sonriendo.

—De acuerdo.

—Te llamaré para decirte los días que dispongo de tiempo para que nos veamos.

—Vale.

—¿Un beso de despedida?

—Si lo crees necesario... —dijo ella nerviosa.

Delaney sonrió. Se acercó a ella y la besó ligeramente en los labios. Luego la miró a los ojos. Subió la mano hasta la nuca de ella y la acercó. Le acarició los labios con los de él. Tess estaba temblando, cosa que a Delaney no le pasó desapercibida.

Ella pensó en rodearlo con sus brazos, pero no podía moverse. Se le había cortado hasta la respiración por lo que tuvo que abrir ligeramente los labios para coger aire. Delaney aprovechó para meter la lengua en su boca y la exploró. Y Tess entró en shock. Delaney se apartó de ella y la miró fijamente.

—Interesante —dijo él.

Tess no pudo abrir la boca para decir nada. Sacó la llave de su bolso y por suerte atinó a meterla en la cerradura. Ni siquiera se volvió para decirle buenas noches o darle las gracias por la cena.

Esa chica no sabe besar, pensó Delaney cuando se sentó en el asiento trasero del vehículo.

Tess entró temblando en su apartamento. Supo, cuando él la miró después de besarla, que él se había dado cuenta de que era la primera vez que la besaban. En realidad, no era la primera vez, aunque sí era la primera vez que la habían besado de esa forma. Además, hacía mucho tiempo de ello.

Tess se duchó después de cenar y se puso el pijama. Luego se metió en la cama y escribió unas líneas en su diario.

Cuando ya estaba con la luz apagada y dispuesta a dormir se preguntó qué estaría haciendo él. ¿Estaría con alguna mujer?

Repasó mentalmente el tiempo que habían pasado juntos ese día. Sonrió al pensar en su anillo de compromiso. Era precioso. Y volvió a sonreír al saber que había conseguido que él lo eligiera. Y le gustó que no se lo diera en la joyería. Aunque le extrañó que no se lo hubiera dado al salir de allí. Se preguntó dónde y cómo lo haría.

Recordó a la prensa y las fotos que les habían hecho y, a pesar de que no le hacía gracia salir en las revistas, rezó para que hubiera salido bien. No quería que él se avergonzara de ella.

Y luego recordó el beso. Se había quedado paralizada al sentir los labios de él sobre los suyos y no fue capaz de pensar en nada más. Se

preocupó por ello. ¿Le preguntaría él si había sido el primero en besarla? Si lo hacía, le diría que no, por supuesto.

Para Tess todo lo relacionado con Delaney iba a significar mucho. Pero no debía, no, no podía olvidar que para él, ella era solo un negocio. Y si había tenido alguna duda al respecto, Delaney se lo había dejado muy claro durante la cena.

Al día siguiente, domingo, Tess llamó a su amigo Carter.

—Hola, preciosa.

—Hola, Carter. ¿Sabes si hay algo abierto hoy para comprarme ropa?

Ropa elegante.

—¿Y eso?

—He conocido a alguien y me ha dicho que nos veríamos la semana que viene para salir a cenar o tomar una copa y..., bueno, necesito comprar un par de vestidos.

—Las tiendas están cerradas, pero puedes ir a las boutiques de los hoteles.

—¿Podrías venir conmigo esta tarde?

—Cariño, hoy no me va bien. Pero, si sales un poco antes mañana del trabajo, podría acompañarte.

—Bah, no te preocupes. Solo era para que me asesoraras en lo que debo comprar, pero llamaré a Logan. Él también tiene buen gusto. Si no puede, te llamaré para que me acompañes mañana.

—Vale.

—Te dejo que voy a ir a la lavandería.

—Bien. Pasa un buen día.

Eran las diez y media de la noche. Delaney estaba en el apartamento de una mujer. Ella estaba hablando por teléfono con su hermana y, como parecía que iba para largo, salió al salón a servirse una copa. Pensó en llamar a Tess, pero desechó la idea, tres veces. Pero cuando volvió a pensarlo la llamó.

Tess estaba colgando en su armario los vestidos que se había comprado esa tarde cuando sonó su móvil. Lo cogió y se puso tan nerviosa al ver el nombre de Delaney en la pantalla que casi se le cae el teléfono. Respiró hondo para intentar tranquilizarse y contestó.

—Hola.

—Hola, Tess, ¿qué tal has pasado el día?

—Bien —dijo ella sorprendida de que la llamara.

—¿Qué has hecho hoy?

—He ido a comer con un amigo y luego me ha acompañado a comprar ropa.

—Hoy es domingo.

—Ya, pero, como bien sabes, mi vestuario es bastante limitado y tú me llevas a sitios elegantes. Necesitaba algunos vestidos y mi amigo me ha llevado a un hotel y...

—Cielo, ¿qué haces? Vuelve a la cama, aún no he terminado contigo —dijo una voz de mujer, que Tess oyó por el teléfono.

—¿Me has llamado estando con una mujer? —preguntó Tess.

—Ella estaba hablando con su hermana por teléfono.

—Y necesitabas a alguien para no aburrirte mientras tanto. No vuelvas a hacerlo —dijo Tess antes de colgar.

Tess apagó la alarma del móvil cuando sonó a las siete de la mañana. No había pasado una buena noche, no había parado de dar vueltas en la cama. Volvió a recordar la llamada de Delaney de la noche anterior y se levantó rápidamente. Fue a la cocina, se preparó el desayuno y se sentó a desayunar.

—Me temo que esta será mi vida a partir de ahora. ¿Por qué tiene que importarme que se acueste con otras mujeres? Porque le quiero para mí —dijo malhumorada—. Debería quitármelo de la cabeza, pero ¿cómo puedo hacerlo? Tengo que olvidarme de él como hombre y asimilar de una vez por todas, que esto es solo un negocio. Pero, ¿cómo voy a poder olvidarme de él viéndolo a menudo? ¿Y, qué pasará cuando nos casemos y vivamos en la misma casa? Tengo que centrarme en otras cosas —dijo Tess como si hablara con alguien—. El trabajo es la mejor opción.

Tess fregó lo del desayuno y pasó una bayeta por la bancada. Luego fue a su dormitorio a arreglarse. Se puso uno de sus vestidos nuevos. Era negro y bastante corto. Se miró en el espejo y al ver su imagen pensó que Logan tenía buen gusto. Se calzó unos zapatos negros de tacón bastante altos. Sabía que al final del día estaría muerta de cansancio con esos tacones, pero había decidido que, a partir de ahora, se arreglaría más de lo normal, por si acaso tenía que salir con Delaney a cenar.

En la hora del almuerzo, Tess subió a la cafetería, como siempre. Mientras comía la llamó su amigo Carter para invitarla a cenar esa noche y ella aceptó. No tenía intención de cambiar de vida y de planes, esperando que Delaney la llamara. Además, habían dejado claro que sus vidas no tenían por que cambiar.

Nada más colgar la llamó la secretaria de Delaney para decirle que su jefe la recogería a las siete y media en el trabajo para ir a cenar. Tess le dijo con toda amabilidad, y con plena satisfacción, que esa noche no podía porque tenía una cita previa.

Cuando Tess salió del trabajo, Carter la estaba esperando en la puerta apoyado en su Mercedes. Al verlo se dirigió a él y le besó en los labios antes de abrazarlo. Él le rodeó la cintura y permanecieron así un instante. No se dieron cuenta de que estaban haciéndoles fotos. Carter abrió la puerta para que ella subiera y luego rodeó el coche para sentarse al volante.

—Estás muy guapa.

—Gracias, tú también.

—¿Va todo bien?

—Sí, todo normal.

Un tío me ha comprado un anillo de compromiso y nos casaremos en unas semanas, nada extraordinario, pensó ella sonriendo.

Entraron en el restaurante y el maître les acompañó a la mesa que Carter había reservado previamente.

—Ayer no hablamos del hombre ese que has conocido.

—¿Por eso me has invitado hoy a comer?

—Tenía ganas de comer contigo.

El camarero se acercó con las cartas. Después de decidir lo que tomarían y pedirlo, el camarero se retiró.

—Te vi hace tan solo unos días, y hablamos por teléfono casi a diario, y ninguna de las veces mencionaste a ningún hombre.

—Estoy saliendo con él desde hace unas semanas.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Hace poco que salimos y no estaba segura.

—¿Y ahora estás segura?

—Sí. Estoy enamorada de él.

—No me jodas.

Les llevaron el vino. Y poco después la sopa.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—¿Quién es? ¿Lo conozco? ¿Dónde lo has conocido? ¿Es un cliente de la librería?

Tess se rio.

—Muchas preguntas seguidas, ¿no crees? Veamos, intentaré contestarlas en el mismo orden. Se llama Delaney. No sé si lo conoces. Lo conocí en la cafetería del trabajo. Y creo que compra en nuestra librería.

—Delaney. Delaney...

—Stanford.

—¿Delaney Stanford? ¿El hotelero?

—El mismo.

—¡Hostia puta! ¿Estás mal de la cabeza?

—¿Por qué dices eso?

—No puedes salir con ese tío. Las mujeres no le duran ni dos semanas.

—Mira quién habló. Y tengo que decirte que yo llevo saliendo con él más de dos semanas.

—¿Te has acostado con él?

—¿Lo pregunta el ginecólogo o el amigo?

—Los dos.

—Pues no, no me he acostado con él.

—Por eso sigue contigo. Cariño, se acostará contigo y en un par de semanas se cansará de ti y te dejará.

—¿Crees que un hombre no puede enamorarse de mí?

—Tess, tú eres la mujer perfecta para cualquier hombre. Pero te aseguro que ese hombre no se enamorará de ti.

—Puede que ya esté enamorado.

—No digas tonterías.

—Carter, le quiero.

—Por supuesto, todas las mujeres se enamoran de él. ¿Te ha dicho que te quiere?

—Con esas palabras no, pero yo lo sé.

—Tess, ese hombre nunca te dirá que te quiere porque esas dos palabras, juntas, no están en su vocabulario.

—Sé que le gusto.

—Por supuesto que le gustas. Tú le gustarías a cualquier hombre. Pero, lo que él siente por ti no es amor.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. Cariño, tú eres una chica muy inteligente. Abre los ojos.

—Yo sé que me quiere.

—Tess, dices que hace más de dos semanas que estáis saliendo. La semana pasada coincidí con él en una fiesta benéfica y te aseguro que no se comportaba con la mujer que lo acompañaba como si fuera una *amiga*. ¿No te importa que el hombre a quien quieres se acueste con otras mujeres?

—¿Cómo sabes que se acuesta con otras mujeres?

—¡Por favor...! No puedes ser tan ingenua.

—Hemos acordado que seguiremos viéndonos con nuestros amigos. Estoy aquí contigo, ¿no?

—Tú y yo no nos acostamos.

—Deberías tener un poco más de fe en las personas.

—De acuerdo, tendré fe. ¿Te ha pedido que te acuestes con él?

—No.

—Sabes, tan pronto quiera acostarse contigo no tendrá ni que preguntártelo. Tardará cinco segundos en seducir a alguien tan inocente como tú. ¿Sabe que eres virgen?

—¿Por qué debería saberlo? ¿Acaso se me nota?

Carter se rio y le cogió la mano por encima de la mesa.

—No quiero que te hagan daño. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. A veces me pregunto por qué tú y yo nunca hemos tenido relaciones sexuales.

—Cuando nos conocimos eras muy joven. Aunque no es tarde para eso.

—¿Me estás pidiendo que me acueste contigo?

—Es posible.

—¿Y me lo pides ahora, que salgo con alguien?

—No sabía que querías acostarte conmigo. Pero, te lo pediré en unas semanas, cuando se canse de ti y te deje.

—A lo mejor quiere casarse conmigo.

—Cariño, ese hombre no es de los que se casan —dijo riendo—, le gustan demasiado las mujeres.

El camarero se acercó para retirarles los platos de la sopa. Y poco

después volvió para llevarles los segundos platos.

—Sé de un trabajo que posiblemente te interese —dijo Carter para cambiar de tema.

—¿De qué se trata?

—Tengo un amigo que está montando un pub y lo abrirá en unos días. Está buscando una cantante.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Le he dicho que tengo una amiga que canta muy bien.

—Yo no voy a cantar en un pub. No soy cantante.

—Cualquier persona que sepa cantar le sirve. Y tú, cariño, cantas como los ángeles.

—No digas tonterías. Reconozco que me gusta cantar y sé que no lo hago mal, pero yo no puedo cantar en un bar.

—Tendrías que trabajar dos o tres días a la semana, a elegir por ti. Un par de horas cada día. Cobrarías doscientos dólares por noche.

—Eso serían dos mil dólares al mes y me vendrían muy bien. Pero creo que pasaré.

—Piénsalo. Si quieres quedamos un día y vamos al pub a tomar una copa. Puedes hablar con mi amigo y ver el local. Sin compromiso.

—De acuerdo.

Carter quería que aceptara. Quería que estuviera tan ocupada que no tuviera tiempo para pensar en Delaney Stanford.

Después de cenar fueron a tomar una copa y luego Carter la llevó a casa. Se despidieron con un abrazo largo y cuando Tess entró en el edificio Carter subió al coche y se marchó.

Carter pasó el trayecto hasta su casa pensando en Tess. Tenía que quitarle de la cabeza a ese hombre. Sabía que Delaney haría con ella lo que quisiera y ella ni se daría cuenta.

Tess fue directamente a su habitación y se quitó la ropa. Entró en el baño, se desmaquilló, se lavó los dientes y se recogió el pelo con una pinza antes de meterse en la ducha.

Después de secarse y ponerse crema en el cuerpo se puso el pijama y se metió en la cama.

Escribió unas líneas en el diario y cuando cogió el móvil para programar la alarma vio que tenía cinco llamadas perdidas de Delaney. Eran

las doce menos cuarto de la noche. No sabía si llamarlo pero, al recordar que la noche anterior estaba con una mujer descartó la idea. Dejó el móvil en la mesita de noche, apagó la luz y se tapó.

Media hora después sonó el móvil. Tess se sobresaltó al oír la llamada.

—Diga —dijo medio dormida.

—¿Te he despertado? —preguntó Delaney.

—Sí.

—Lo siento. ¿Por qué no has contestado a mis llamadas? Te he llamado varias veces.

—Tenía el móvil en silencio y las he visto cuando me he metido en la cama, pero he pensado que podrías estar acompañado.

—Tú puedes llamarme siempre que quieras, ya te lo dije.

—Vale. Aunque no lo haré. ¿Por qué me has llamado tantas veces?

—¿Hace mucho que has vuelto a casa?

—Hace un rato.

—¿Has salido a cenar?

—Sí. ¿Me has llamado para preguntarme eso?

—¿Has cenado con un hombre?

—Esa es una buena pregunta, viniendo de ti. A mí no se me ocurriría llamarte para preguntarte con quien has pasado la velada. Pero no quiero ser maleducada. Sí, he cenado con un hombre y luego hemos ido a tomar una copa.

—Espero que hayas tenido cuidado. Quedamos en que serías discreta.

—Yo no tengo que ser discreta cuando salgo con mis amigos. Además, los fotógrafos te persiguen a ti, no a mí.

—Cielo, estás muy confundida. Te aseguro que en estos momentos tú les interesas más que yo. Quieren saberlo todo sobre ti.

—No temas, no he hecho nada que tengas que reprocharme.

—Me alegro. Anoche me colgaste cuando estábamos hablando.

—No te colgué. Simplemente no tenía nada más que decirte.

—Me estabas contando que habías ido a comprar ropa con un amigo y no terminaste de contármelo.

—No entiendo por qué has mencionado lo de esa llamada. Si yo fuera tú, me sentiría avergonzada y preferiría olvidarla. Llamar a una mujer mientras estás con otra no me parece de muy buen gusto.

—Tampoco es para tanto. Además tú no eres... —Delaney se quedó un instante en silencio.

—Una mujer —dijo ella acabando la frase—. Solo soy un negocio. Sí,

lo sé. Pero sabes, coincide que este socio tuyo, además de socio, es una mujer, aunque tú no me veas como tal.

—Creo que estás exagerando una situación que no tiene la más mínima importancia. No hace falta que te enfades.

—¿Qué te hace pensar que estoy enfadada? Podría haberme enfadado, si tú significases algo para mí, pero no es el caso. Simplemente pensé que tenías más clase.

—Vaya, menos mal que no has aceptado a salir a cenar conmigo. Parece que no estás de humor.

—Si hubiera ido a cenar contigo habría pasado un rato muy agradable. Eres un socio divertido y lo paso bien cuando estamos juntos.

—En ese caso, siento que no aceptarás cenar conmigo.

—Me da la impresión de que tú no invitas a cenar a las mujeres, simplemente te limitas a ordenar que te acompañen. Pero, me temo que yo no me parezco a ellas. Yo no recibo órdenes. De nadie. Ni siquiera mi jefe me da órdenes. Cuando quiere que haga algo me lo plantea como una sugerencia.

—¿Eso hace tu jefe? —preguntó él riendo.

—Sí. Dijiste que me informarías de los días que disponías de tiempo para que nos viésemos para que yo pudiera organizar mis citas. Pero no lo has hecho. Lo que sí has dejado muy claro es que nuestra relación debe ser impersonal. Tal vez por eso ordenaste a tu secretaria que me llamara. No hay nada más impersonal que eso.

—¿Eso también te ha molestado?

—¿Por qué iba a molestarme? Sarah me ha parecido muy agradable.

—¿Con cual de tus amigos has salido esta noche, con el cura?

—No, con el médico.

—¿Tienes una relación íntima con él?

—Bueno..., si tengo en cuenta que cada vez que voy a su consulta para una revisión, me abro de piernas para que me meta mano, y que me toca los pechos con toda minuciosidad en busca de algo extraño..., podría decirse que sí tengo una relación íntima.

—No hacía falta que lo explicaras de manera tan explícita.

—Tú has preguntado.

—¿Le has hablado de mí?

—Sí. Le he dicho que salimos desde hace unas semanas. Parece ser que te conoce. Bueno, no sé si realmente te conoce, pero sabe quien eres y habéis coincidido en algunas fiestas.

—¿Le ha parecido bien que salgas conmigo?
—Lo cierto es que no. Me ha dicho que tú te limitas a utilizar a las mujeres y que nunca te comprometes.
—¿Y él que sabe cómo soy?
—Supongo que lo sabe porque él se comporta con las mujeres como tú. Le he dicho que tal vez te has cansado de la vida que llevabas hasta ahora y quieres sentar la cabeza. Dice que vas a hacerme sufrir.
—¿Eso ha dicho?
—Me ha preguntado si nos habíamos acostado y al decirle que no ha dicho: *por eso no ha cortado todavía contigo*. Parece que te conoce bien.
—Sabes que no puedes hablar con nadie de nuestro acuerdo.
—Y no lo haré. Entre otras cosas, porque es denigrante para mí.
—¿Es denigrante casarte conmigo?
—Es denigrante casarme contigo, para conseguir algo.
—No pienses en ello. Es solo un negocio.
—Lo sé. Ya te encargas tú de que no se me olvide.
—¿Quieres que nos veamos mañana?
—Si tú quieres...
—Te recogeré a las siete y media en el trabajo. Podemos comprar comida y cenar en tu casa.
—Puedo preparar yo algo para cenar.
—No hace falta. Te veo mañana.
—Vale. Buenas noches.
—Buenas noches.

Mientras Delaney se ponía el pijama se preguntó por qué le había preguntado a Tess si tenía relaciones íntimas con su amigo, el médico. A él no le importaba con quien se acostaba Tess. ¿O sí?

Tess salió del trabajo con una de sus compañeras. Delaney estaba de pie junto al coche hablando por teléfono.

—¡Madre mía! ¿Has visto a ese pedazo de tío? —dijo la chica.
—Sí, lo he visto. Es mi novio —dijo Tess mirándola y sonriendo—. Hasta mañana.

Al verla, Delaney cortó la llamada y se acercó a ella. Le rodeó la cintura con sus brazos y la miró sonriendo antes de besarla en los labios.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó sin darle importancia al beso y

sin soltarla.

—No ha estado mal —dijo ella intranquila—. ¿Y el tuyo?

—Podría haber sido mejor —dijo separándose y abriendo la puerta del coche para que ella subiera—. Felicidades, hoy es San Valentín —dijo él cerrando la puerta y mirándola con una sonrisa—. Aunque no te he comprado nada. Acabo de oírlo en el restaurante donde he comprado la cena.

—No tienes que regalarme nada por ser San Valentín. Ya sé que estás enamorado de mí.

Delaney se rio abriendo la puerta para que ella subiera.

—Hola, Jack, me alegro de verle.

—Lo mismo le digo —respondió el hombre poniendo el coche en marcha.

—¿Te gusta la comida china?

—Sí.

Jack paró el coche en la puerta del edificio de Tess y bajó para abrirle la puerta. Luego sacó del maletero dos bolsas que le entregó a Delaney.

—Jack, recógeme en tres horas.

—De acuerdo.

—Buenas noche, Jack.

—Buenas noches, Tess.

Empezaron a subir la escalera. Tess iba delante. Llevaba un vaquero muy ceñido y una cazadora corta de cuero.

Delaney no podía evitar mirarla. Ese vaquero tan ajustado lo estaba matando.

¿Qué estoy haciendo? ¿Desde cuándo me llama la atención una cría con un simple vaquero? Esto es solo un negocio, se dijo Delaney apartando la mirada de ella.

—¿Tienes hambre? —preguntó él para quitarse de la cabeza lo que en esos momentos imaginaba, con ella.

—Yo siempre tengo hambre —dijo ella volviéndose a mirarlo con una sonrisa de infarto que hizo que él diera un traspiés.

Tess abrió la puerta del apartamento y entró seguida de él.

—Deja las bolsas en la cocina, por favor. Es la sexta puerta de la derecha —dijo bromeando sobre el reducido tamaño del apartamento.

—No te preocupes, la encontraré —dijo él sonriendo por su humor.

Tess fue al salón. Se quitó la bufanda y la dejó sobre un sillón. Cuando se desabrochó la cazadora Delaney estaba detrás de ella para ayudarla a quitársela. Ese simple detalle la intranquilizó. Él se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo del sillón junto a la de ella.

—Se está bien aquí. La temperatura es agradable.

—Tengo la calefacción programada para que se encienda a las siete y como el apartamento es tan pequeño se calienta enseguida.

—Claro.

—Como ya no voy a salir, y como casi estamos comprometidos, ¿te importaría que me pusiera ropa cómoda?

—Por supuesto que no.

—Enseguida vuelvo. Siéntate y sírvete una copa si te apetece. Solo tengo whisky y vino y están en el armario de encima de la nevera. Y el hielo..., bueno, el hielo ya sabes donde está —dijo dirigiéndose a su dormitorio.

Delaney entró en la cocina dispuesto a servirse esa copa y preguntándose qué llevaría ella puesto cuando volviera a aparecer. Él sabía bien que las mujeres, cuando decían que iban a ponerse algo más cómodo, volvían con algo de seda o encaje y, normalmente, transparente.

—¿Sueles beber whisky? —preguntó Delaney subiendo ligeramente la voz para que lo oyera.

—Solo de vez en cuando. Lo tengo para cuando vienen mis amigos. Ellos sí toman whisky. De hecho yo ni siquiera lo compro, suele ser Carter y cada vez que viene a cenar trae algunas botellas. Elige el vino para la cena —dijo ella desde el dormitorio.

Delaney volvió a abrir el armario y eligió una de las botellas de vino. Tuvo que reconocer que ese Carter tenía buen gusto en cuanto a whisky y vino. Encontró las copas en uno de los armarios y sacó dos.

—¿Ese Carter es ese al que te abres de piernas?

Tess entró en ese momento en la cocina riendo.

—El mismo —dijo ella sin dejar de reír.

Delaney se giró para mirarla. Tenía los brazos en alto sujetándose el pelo con una pinza. Él le dirigió una lenta mirada a su rostro sin maquillaje. Sus brazos tenían unos músculos bien definidos, y su pecho que, por cómo se movía, sabía que no llevaba sujetador. Siguió deslizando la mirada hasta sus pantalones atados a las caderas con una cinta y que estaban muy usados. Iba descalza.

El aspecto de ella con esa ropa tan simple lo descentró. Lo encontró conmovedor e inquietante. Le pareció la mujer más sexy que había visto en su vida. Apartó la mirada de ella para concentrarse en el vino.

—¿Has encontrado todo? —dijo Tess acercándose a él.

Delaney volvió a mirarla de arriba abajo. No quería hacerlo. Ella llevaba un simple pantalón viejo y una camiseta de tirantes, sin sujetador. *¿Qué me pasa?*, se preguntó.

En su interior, Delaney sabía que estaba cometiendo un grave error. Había elegido a una mujer por la que sentía un deseo irrefrenable desde el primer instante en que la vio.

—Sí, me he inclinado por el vino —dijo intentando no mirarla de nuevo.

Tess sacó el sacacorchos de unos de los cajones y se lo dio.

—Gracias.

Tess puso un mantel sobre la mesa de la cocina, porque no tenía comedor, y dos servilletas de tela. Luego colocó sobre la mesa las cajas con la comida. Puso la ensalada en un bol. Delaney dejó sobre la mesa el vino y las copas.

—¿Comes con cubiertos o con palillos?

—Me da igual —dijo él aflojándose el nudo de la corbata y desabrochándose el primer botón de la camisa.

—Yo prefiero cubiertos. No logro coger el truco a los palillos. Siéntate, por favor.

—Me has decepcionado. Pensé que en tu educación se incluiría el comer con palillos —dijo él mientras se sentaba.

—Sí, decididamente tuve una deplorable educación —añadió ella sentándose frente a él.

—Este vino es muy bueno —dijo él mientras lo servía en las copas.

—Puede que todos los millonarios tengáis el mismo gusto. Tal vez, al entrar en la órbita de un hombre enigmático, poderoso y con buen gusto, como tú, se me pegue algo. Ahora me codeo con la élite —dijo ella sonriendo.

—Eso parece. Puede que la cena esté fría.

—La calentaré —dijo ella levantándose y llevando las cajitas de la comida hasta el microondas.

Delaney no pudo evitar mirarla de nuevo, esta vez por detrás. *Dios mío, ¿cómo es posible que desee a esta chica?*, se preguntó.

Tess volvió a dejar la comida ya caliente sobre la mesa y se sentó.

—¿Hace mucho que conoces a ese amigo tuyo, el médico?

—Conocí a Carter en mi primer año de universidad. Yo tenía diecisiete años y él veintitrés. Ya había terminado medicina y estaba en la especialidad.

—¿Cómo os conocisteis?

—En la cafetería del campus. Él entró y no había mesas libres. Al verme sola me preguntó si podía sentarse conmigo y le dije que sí. Yo estaba leyendo una novela mientras comía.

—Parece que eso no ha cambiado.

—Cierto. Pero no pude concentrarme al tenerlo delante de mí. Empezó a hacerme preguntas y..., no sé realmente lo que sucedió. Yo era una cría y él era un hombre y además médico. Pero, a pesar de la diferencia de edad, congeniamos. Y cada vez que coincidíamos en la cafetería nos sentábamos juntos.

—¿Os veíais fuera de la universidad?

—Ese año no, aunque me invitó a cenar cuando terminé el curso, para celebrar que había aprobado. El siguiente año salimos a cenar algunas noches, y fuimos al cine en alguna ocasión. Y en las vacaciones de verano vino a casa a pasar una semana.

—¿A casa de tus padres?

—Sí. A mis padres les cayó muy bien, sobre todo a mi madre, que intentó por todos los medios que saliéramos juntos. Decía que era perfecto para mí, era guapo, inteligente y, lo más importante para ella, millonario.

—¿Mantenéis relaciones sexuales?

—Los amigos no mantienen relaciones sexuales. Y Carter y yo somos amigos.

—¿No lo encuentras atractivo?

—Oh, sí. Es guapísimo. Creo que tiene todo lo que una mujer puede desear.

—¿No ha conseguido seducirte en todos estos años?

—Yo no soy su tipo.

—¿Te lo ha dicho él?

—No ha tenido que decírmelo. Él y tú tenéis en común el mismo gusto por las mujeres. He visto a las mujeres con las que sale y, es normal que yo no sea su tipo. Ocurre lo mismo contigo.

—Yo sí me fijé en ti.

—Porque buscabas algo diferente a lo que acostumbras a tener. De esa forma, te aseguras que la prensa vea que sales con una mujer distinta a las que suelen rodearte, y así pueden pensar que eso es lo que te ha atraído de ella.

Delaney soltó una carcajada y ella se rio también.

—¿Y tu otro amigo?

—A Logan también lo conocí en la universidad. Carter y él son amigos desde pequeños. Al final ha resultado ser un buen amigo mío también.

—¿Tiene tu edad?

—No, tiene la edad de Carter. Los dos tienen veintinueve años. A mi madre también le gustaba Logan para mí.

—Porque también era millonario.

—Veo que ya lo has pillado. Dijo que cualquiera de los dos sería bueno para mí. No sabes el disgusto que cogió cuando se enteró de que iba a ser sacerdote —dijo ella sonriendo.

—Bueno, al menos vas a casarte con un millonario.

—Sí. Y menos mal que mi madre no me verá. Si estuviera aquí para cuando nos divorciáramos me diría: Eres *una inconsciente. Qué lástima de dinero malgastado en tu educación.* O lo que a mí me gustaría más. Eres *incapaz de mantener a un hombre a tu lado.*

Delaney vio cómo se le humedecían los ojos y maldijo a su madre por ser tan materialista y haberla tratado de ese modo durante años.

—Le has dicho a Jack que te recogiera en tres horas.

—Lo siento. No te he preguntado si te parecía bien.

—No importa, no pensaba salir, pero no llevas aquí ni una hora y ya estamos terminando de cenar. ¿Qué se supone que haremos durante las dos horas restantes?

Delaney la miró directamente a los ojos y ella sintió un escalofrío en todo su cuerpo. Los pezones se le irguieron y se maldijo por haberse puesto esa camiseta tan pegada. Rezó para que él no lo advirtiera, pero a Delaney, algo así no le pasaba desapercibido.

—No es que me preocupe por estar sola en mi casa contigo, ya sé que no soy tu tipo. Además, eres un hombre de negocios y esto es solo un negocio.

—¿Qué sueles hacer cuando vuelves a casa por la tarde? —preguntó él para quitarse de la mente todo lo que se le había ocurrido hacer con ella durante dos horas.

—Hoy tenía que haber ido al gimnasio, suelo ir tres veces a la semana. Ayer no fui porque salí a cenar con Carter y hoy estoy cenando contigo. Estoy tan solicitada últimamente... —Los dos se rieron—. Cuando no voy al gimnasio me preparo la cena y luego me conecto un rato. Veo si hay algún escritor nuevo y las últimas novelas publicadas, hablo con algunos amigos que

tengo en la red, veo las noticias y luego me ducho y leo un rato en la cama. Cuando no me apetece hacer nada de eso voy a buscar a mi vecino y cenamos juntos, y vemos una película.

—He visto en el salón un tablero de ajedrez, ¿sabes jugar?

—¿Para qué iba a tener un tablero de ajedrez si no supiera jugar?

—Hay gente que lo tiene de decoración.

—Vaya estupidez.

—¿Dónde aprendiste a jugar?

—En el internado, era una actividad extraescolar. Solía jugar con mi padre.

—¿Con quién juegas ahora?

—Con Carter y con Logan.

—Podemos jugar una partida si quieres.

—Me parece bien, así se nos pasará el tiempo más deprisa.

—¿Quieres que el tiempo pase rápido?

—Me temo que tú y yo no tenemos muchas cosas en común. Pero me gustaría jugar contigo. Me gusta hacerlo con personas diferentes, para comparar.

Delaney la miró con una sonrisa insinuante.

—Me refiero al ajedrez —dijo ella avergonzada al darse cuenta del doble sentido de la frase.

—Lo sé.

—Dios, nos lo hemos comido todo. No debería comer tanto.

—Un par de kilos más no te vendrían mal.

—Seguro que ni siquiera con esos dos kilos más me acercaría a tu tipo de mujer. ¿Te apetece algo de postre? —dijo ella rápidamente para evitar que él hiciera ningún comentario al respecto.

—No, gracias.

—¿Un café? Tengo descafeinado.

—Eso sí me apetece.

—Lo preparo enseguida. Ve al salón y coloca las fichas en el tablero.

—¿No quieres que te ayude a recoger la mesa?

—Lo haré mientras se hace el café. Por cierto, ¿cómo lo tomas?

—Con un poco de leche y una cucharada de azúcar.

—Bien.

Se levantaron los dos de la mesa y Delaney fue al salón. Tess respiró hondo. Estaba nerviosa. Se preguntó si se sentiría siempre así en su presencia.

Tess llevó los cafés al salón y los dejó sobre la mesita con dos servilletas.

—Para querer que nuestra relación sea impersonal, me has hecho muchas preguntas personales.

—Es difícil estar con una persona y no hablar.

—Cierto, pero dijiste que hablaríamos de noticias, deportes, trabajo...
—dijo ella sentándose en el suelo frente a él.

—¿Por qué te sientas en el suelo?

—No estoy en el suelo, estoy sobre la alfombra. Y en mi casa hago lo que quiero.

Delaney sonrió.

—Bien, hablemos de trabajo. Cuéntame qué tal te va en la librería.

—Me gusta lo que hago y sobre todo, aconsejar a los clientes.

—¿Siempre aciertas en tus consejos?

—Hasta el momento sí. Tengo algunos clientes fijos y procuro hablar con ellos para conocer sus gustos.

—¿Haces algo más, además de atender al público?

—Soy la única entre mis compañeros que ha ido a la universidad, incluido mi jefe. Y él delega en mí varias cosas.

—¿Por ejemplo?

—Soy quien hace los pedidos, quien está al tanto de los nuevos escritores y las últimas novedades, quien organiza las visitas de escritores para que firmen sus novelas en la librería, quien lleva al día el inventario...

—Llevas muchas cosas entre manos.

—Soy buena en lo que hago y me gusta aprender. La experiencia en este trabajo me ayudará para cuando tenga mi propio negocio.

—El café está bueno.

—Gracias. Además tengo otro trabajo.

—¿Fuera de la librería?

—No, lo hago mientras trabajo allí o en casa o por la calle. El trabajo consiste en escribir frases para tarjetas. Para el día del padre o de la madre, para el día de los enamorados, aniversarios, defunciones, agradecimientos..., ese tipo de cosas. Es una multinacional. Me pagan mil dólares al mes y no tengo que hacer ningún esfuerzo. Cuando se me ocurre una frase la grabo en el móvil y a final de mes les envío por correo electrónico la lista con todas las frases que tengo.

—Eso está bien. ¿Cómo se te ocurren esas frases?

—No lo sé, me vienen a la cabeza de pronto —dijo ella sonriendo—. Carter me dijo anoche que va a llevarme a un pub de un amigo suyo que inaugurará en unos días para ver si me gustaría trabajar allí.

—¿Vas a dejar la librería?

—No, sería para después del trabajo.

—No puedes trabajar en un bar.

—Esa decisión no es tuya. De todas formas, no trabajaría de camarera, así que no te preocupes que no te pondré en evidencia, en caso de aceptar. Pagan bien. Tendría que trabajar dos o tres días a la semana, dos horas cada día. Y cobraría doscientos dólares por noche.

—Yo te pagaré lo mismo y sin tener que hacer nada.

—Ya habló el multimillonario. Ni lo sueñes.

—¿Qué se supone que tendrías que hacer?

—Cantar.

—¿Cantar? —dijo él sonriendo—. ¿Sabes cantar?

—Carter y Logan dicen que sí. Tomaré una decisión cuando vea el local y conozca al dueño. Quiero ahorrar todo lo posible.

—Vamos a casarnos, no necesitas ahorrar.

—Supongo que el que nos casemos no hará que interfieras en mis negocios. Porque yo no interferiré en los tuyos.

—Por supuesto que no. Pero debes ser consciente de que tendrás que acompañarme a cenas, fiestas, tal vez a algún viaje...

—Me organizaré.

—Bien, dejemos de hablar y juguemos.

—¿Quieres apostar algo?

Delaney se rio.

—¿Por qué te ríes? Crees que vas a ganar, ¿no? —dijo ella.

—Puede. ¿Quieres apostar dinero?

—¿Qué otra cosa podríamos apostar? Dinero, por supuesto.

—De acuerdo. ¿Qué cantidad?

—Una suma que esté de acuerdo a mis posibilidades.

—Entonces dí tú la cantidad. Yo no tengo problemas de dinero.

—¿Cien?

—Por mí está bien.

—¿Tienes el dinero? —preguntó ella.

—¿No confías en mí? —dijo él mirándola y sonriendo—. Voy a ser tu marido.

Tess no apartó la mirada de sus ojos.

—Sí, tengo el dinero.

—Vale. ¿Quieres elegir color?

—No tengo problema con los colores —dijo él desabrochándose el chaleco para estar más cómodo.

Tess lo observaba cómo desabrochaba los botones y se le aceleró la respiración.

Delaney se quitó la corbata y la echó sobre la silla donde estaba su chaqueta.

—Entonces dejaremos el tablero como está. Empiece cuando quiera, señor Stanford —dijo ella respirando profundamente.

—Muy amable, señorita Scott —dijo él moviendo un peón.

—¿Con quien sueles jugar tú? —preguntó Tess después de que movieran unas cuantas piezas.

—Con mi padre, con mi hermano, con Nathan...

—¿Nathan es el tío ese a quien le caigo tan bien?

—Se le pasará —dijo él sonriendo—. Deberías dejar de hablar y concentrarte.

—Puedo hacer las dos cosas a la vez.

—Puede que yo no.

—Eso es porque eres hombre. Está demostrado que los hombres no son capaces de hacer varias cosas a la vez, al contrario de las mujeres.

—¿En serio? ¿Dónde has oído eso?

—Lo leí en una revista científica.

—Eso son chorradas.

—Si tú lo dices...

Después de unos minutos Tess se levantó.

—Voy a coger un helado. ¿Quieres algo de la cocina?

—Me tomaría un whisky.

—¿Con hielo?

—Sí, por favor.

—Ahora te lo traigo. No hagas trampas —dijo ella mirándolo seria y señalándolo con el dedo.

—¿Por quien me tomas?

—Los hombres de negocios tienen fama de jugar sucio —dijo ella dirigiéndose a la cocina.

—¿Eso también lo has leído en una revista científica?

—No, eso lo pienso yo —dijo ella desde la cocina.

Delaney se rio. Se estaba divirtiéndolo. No estaba acostumbrado a divertirse con las mujeres de esa forma. Claro que Tess no era para él como las otras mujeres. Ella era diferente. Completamente diferente. No la veía como a una mujer. Tess era un negocio, se repetía Delaney una y otra vez.

Tess volvió y le dio el vaso de whisky.

—Gracias.

—De nada —dijo ella sentándose de nuevo en el suelo frente a él.

Tess movió una pieza y luego le quitó el papel al cucurucho de vainilla y chocolate.

Delaney movió las siguientes piezas sin saber lo que hacía. No podía apartar la mirada de la boca de ella. Se estaba excitando al ver cómo lamía el helado. Tess le mató varias piezas.

—Deberías concentrarte. Vas a perder.

Él tomó un sorbo de whisky y la miró por encima del borde del vaso.

El frío del helado o tal vez cualquier otra cosa, había hecho que los pezones de Tess se endurecieran y Delaney no podía dejar de pensar en ello desde que se había dado cuenta.

—Necesito ir al baño.

—Adelante. Ya sabes que está en el dormitorio.

Delaney se levantó y fue hacia la habitación. Vio que ella había guardado la ropa que se había quitado al llegar y todo estaba ordenado. Entró en el baño y lo encontró muy limpio. Había dicho que necesitaba ir al baño porque se sentía intranquilo y necesitaba serenarse.

Ya que estaba allí orinó, y cuando se estaba lavando las manos se miró en el espejo.

¿Qué cojones me pasa? ¿Cuándo me he sentido nervioso con una mujer? Dios, no puedo evitar desearla. ¡Hostia puta! No puedo sentirme atraído por ella. Esto es un maldito negocio. Si me siento así ahora, ¿qué pasará cuando viva en mi casa? Tal vez me haya equivocado y no sea la mujer adecuada para mi propósito, pensó.

Cuando terminó de lavarse las manos se las secó y luego llamó a Jack para que fuera a recogerlo.

—¿Te importa si terminamos la partida otro día? Estoy cansado —dijo cuando volvió al salón.

—Por supuesto que no. Recuerda que te toca mover a ti. Y no olvides la apuesta —dijo ella sonriendo mientras se levantaba del suelo.

—Dejaré sobre el tablero los cien dólares para que no desconfíes.

—Vale, yo pondré los míos luego. Todavía no han pasado tres horas, ¿vas a irte en taxi?

—Acabo de llamar a Jack, no tardará en venir —dijo abrochándose el chaleco.

Delaney se puso la chaqueta y dobló la corbata antes de guardarla en el bolsillo. Luego se dirigió a la puerta y Tess le acompañó. Antes de abrir él se volvió hacia ella y la cogió de la cintura para acercarla a él. Se inclinó hacia Tess y le rozó los labios con los suyos. Delaney se apartó un poco y la miró a los ojos y luego deslizó la mirada hasta sus labios.

Tess le miró la boca y solo podía pensar que esa boca podría volver loca a una mujer. No podía moverse. Se sentía aturdida por la devastadora respuesta de su cuerpo ante la proximidad de Delaney. Únicamente le había rozado los labios con los suyos pero, ese simple roce hizo que todos sus sentimientos revolotearan en su interior devastándola por completo.

Delaney sentía correr la sangre por sus venas a toda velocidad. Notaba todos los músculos de su cuerpo en tensión y el deseo por esa chica crecía y crecía en su interior a una velocidad pasmosa.

Delaney seguía rodeándola con sus brazos. A Tess se le aceleró el corazón y entreabrió los labios para poder respirar. Y Delaney no pudo evitarlo. Subió una de sus manos y la introdujo en el pelo de ella, lo que hizo que la pinza que lo sujetaba saltara y cayera al suelo. Él se inclinó de nuevo hacia su boca y le perfiló los labios con la punta de su lengua. Luego la saboreó a placer.

Tess no trató de resistirse. Dirigió su lengua a la de él tímidamente mientras nuevas sensaciones la invadían y se acumulaban en su interior. De pronto se encontró pegándose a él y rodeándole el cuello con los brazos.

Delaney dejó de besarla lentamente cómo si no quisiera finalizar. Pero en vez de apartarse siguió allí, sujetándola y con su cara pegada a la de ella.

—Eso no era necesario —dijo ella cuando salió de su aturdimiento y pudo hablar—, aquí no hay periodistas.

—Lo sé, y espero que no te haya molestado —dijo él soltándola al fin y apartándose un paso de ella.

—¿Por qué lo has hecho?

—El otro día, cuando te besé, me di cuenta de que necesitabas práctica —dijo con una cálida sonrisa.

—¿Y vas a practicar conmigo?

—Más bien serías tú quien practicara conmigo, yo ya sé besar. Eso si a ti te parece bien.

—La verdad es que sí me parece bien. De esa forma, cuando finalice nuestro acuerdo, seré una experta besando. Eso, suponiendo que beses bien. No puedo estar segura de si eres bueno. Ya has visto que no tengo demasiada experiencia.

—Hasta ahora no he tenido quejas —dijo él sonriendo.

—En ese caso, gracias por la primera lección.

—Te aseguro que ha sido un verdadero placer. Te llamaré.

—Vale. Buenas noches, y gracias por la cena.

—No las merece. Que descanses.

Cuando Delaney salió Tess cerró la puerta y se apoyó en ella. Las piernas le temblaban.

Tengo que recordar que Delaney es solo un negocio y no puede significar nada para mí. Pero, ¿cómo voy a poder hacer eso si me besa sin previo aviso? Y me temo que lo repetirá. ¡Dios cómo besa!

Delaney subió al coche junto a Jack.

—¿Va todo bien?

—Sí. Creo —dijo Delaney.

Nada va bien, ¿qué mierda me pasa? Nunca he tenido problemas para contenerme con una mujer. Y menos aún con un socio. ¿Una cría va a poder conmigo?, pensaba Delaney.

Sacó el teléfono del bolsillo e hizo una corta llamada. Luego colgó.

Jack, llévame a casa de Jessica, por favor.

—¿Estás seguro?

Delaney se limitó a mirarlo.

—Cómo quieras —dijo el chófer.

—¿Qué ocurre, Jack?

—Tess es una buena chica. Si vas a hacerle daño tal vez deberías plantearte no volver a verla.

—¿Por qué iba a hacerle daño?

—Ella no es como las mujeres con las que sales. Esas mujeres están acostumbradas a tu forma de vida, pero Tess...

—Ella es diferente, lo sé. ¿No se te ha ocurrido pensar que esa es la razón de que esté interesado en ella?

—En ese caso, ¿por qué te estoy llevando a casa de Jessica?
—Necesito distraerme un rato y no pensar.
Jack detuvo el vehículo en la puerta de la casa de la chica.
—Puedes marcharte, cogeré un taxi.
—Esperaré aquí.
—Como quieras —dijo Delaney bajando del coche.

Al día siguiente, cuando Tess subió a almorzar a la cafetería del trabajo, su amigo Josh le dijo que la había visto en una revista. Tess se preocupó por la noticia por si habían dicho algo que le molestara a su *casi prometido*.

Cuando salió del trabajo fue a un quiosco con la idea de comprarla. No sabía de que revista se trataba, pero no le hizo falta. El ejemplar estaba expuesto y las fotos de Delaney y ella estaban en la portada.

Al llegar a casa se cambió de ropa y se fue al gimnasio. Ni siquiera se había molestado en hojear la revista. Fue cuando se metió en la cama por la noche cuando la abrió y leyó el artículo.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a verme en las revistas. Y ahora piensan que salgo con dos hombres a la vez, dijo sonriendo.

Louise, la madre de Delaney lo llamó ese día al despacho a media tarde.

—Hola mamá.

—Hola, Delaney. He visto un artículo sobre ti en una revista.

—Eso sí es una novedad —dijo él de manera sarcástica.

—¿Lo has leído?

—Yo no suelo leer esas revistas, mamá. Nathan es quien se encarga de ello.

—Pues deberías leer esta, en especial.

—¿Hablan mal de mí?

—No exactamente. ¿Sales con esa chica?

—¿Qué chica?

—No te hagas el tonto conmigo.

—Supongo que te refieres a Tess.

—La misma.

—Pues sí, estamos saliendo.

—No es el tipo de mujer con las que sales.

- ¿No? ¿Y de qué tipo es?
—No me hagas preguntas estúpidas. ¿Te gusta esa chica?
—Me temo que sí, me gusta mucho.
—Lo sabía. ¿Cuándo la traerás a casa?
—Un día de estos. Te llamaré. Mamá, tengo que dejarte.
—Quiero conocerla esta semana.
—Lo arreglaré. Te quiero.
—Y yo a ti.

Cuando Delaney colgó el teléfono le dijo a su secretaria que comprara la revista y la mujer le dijo que tenía un ejemplar en su cajón y que lo tendría en su mesa cuando volviera de la reunión a la que tenía que asistir en unos minutos.

Una hora después, cuando Delaney volvió a su despacho, cerró la puerta y se sentó en la butaca detrás de la mesa. Sonrió al ver la foto de ellos dos en la portada. Buscó la página en la que estaba el artículo y lo leyó.

Parece ser que el magnate hotelero Delaney Stanford ha empezado una nueva relación con una mujer. Eso no llamaría nuestra atención de no ser por el aspecto de la mencionada. Parece una chica sencilla, nada que ver con las mujeres a las que el empresario nos tiene acostumbrados.

La elegida es una chica muy joven ya que cuenta solo con veintitrés años. Estudió lengua y literatura en Columbia, y actualmente trabaja en la prestigiosa librería Newsbook, como dependienta.

Nos preguntamos cuanto tiempo tardará el señor Stanford en cambiar el aspecto de la joven hasta conseguir que se parezca a una de las mujeres con las que sale. No podemos decir que no sea una chica agraciada porque realmente es una preciosidad, de la cabeza a los pies, solo que, es diferente. Theresa Scott, que así se llama, vive en un discreto apartamento nada céntrico. Suponemos que, si su relación con el magnate se alarga más de lo usual, le procurará un apartamento más céntrico.

También nos preguntamos si el señor Stanford tendrá que disputarse a esta mujer con el conocido ginecólogo y millonario Carter Hirsch, ya que el lunes pasado cenó con la mencionada y luego la llevó a tomar unas copas. Se les veía con mucha confianza en la puerta de la librería en donde ella trabaja y donde él la recogió, y caminando por la calle.

¿Habrá cambiado el empresario de gustos y ahora se inclina por las chicas mucho más jóvenes que él? ¿O acaso está pensando en tener una

relación sería porque ha decidido sentar la cabeza?

Los dos millonarios se consideran de los más codiciados del momento. Nos preguntamos por quién se inclinará la jovencísima Theresa Scott.

Delaney miró las fotos de Tess con el médico. En una iban caminando por la calle, él le rodeaba los hombros con el brazo y ella le cogía por la cintura. En otra iban cogidos de la mano. Y había dos en la puerta de la librería, en una se besaban en los labios y en la otra estaban abrazados.

—¡Mierda! —dijo Delaney al ver que ese hombre la trataba con total familiaridad.

Delaney salió del trabajo y, después de comprobar que no hubiera fotografías, subió en el asiento del copiloto junto a Jack.

—¿Vamos a casa?

—No, he quedado con Jessica para cenar. Vamos a su casa.

—¿Qué estás haciendo, Delaney? —preguntó el hombre poniendo el vehículo en marcha.

—¿A qué te refieres?

—Estás llevando la atención de la prensa hacia la relación que tienes con Tess.

—¿Y?

—¿Por qué le haces esto? ¿Crees que es de las chicas que aceptan que el hombre con quien sale salga con otras?

—Tú no lo entiendes.

—Es cierto, no lo entiendo. Explícamelo porque me gustaría estar al corriente de tus planes.

—A veces me pregunto por qué sigues trabajando para mí.

—En estos momentos yo también me lo pregunto, creeme.

—De acuerdo, te lo explicaré. Voy a casarme con Tess.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. Y nos casaremos pronto —dijo Delaney—. Supongo que, como la prensa, te preguntarás qué he visto en ella, ya que no es el tipo de mujer con las que salgo.

—Sé perfectamente lo que has visto en ella. Y eso es, precisamente, lo que te ha interesado. Que no se parece a las demás, en ningún sentido.

—Puede que tengas razón, pero no es lo que piensas. Le he hecho una

proposición de negocios y ha aceptado. Se casará conmigo a cambio de algunas compensaciones.

—¿Se casará contigo por dinero?

—Ya no está en un pedestal tan alto, ¿verdad?

Delaney le explicó el acuerdo con todo detalle y la razón por la que iba a hacerlo.

—¿Y no tendréis relaciones sexuales?

—No, solo serán negocios.

—Sabes, yo no suelo equivocarme con las personas, y nunca habría pensado que Tess aceptaría algo así.

—Jack, en el fondo, todas las mujeres son iguales. Solo van por interés.

El hombre no se quedó muy convencido. No sabía la razón pero algo le decía que esa chica no era así.

Delaney fue con su amante a cenar y luego estuvieron un par de horas en el apartamento de ella. A las once y cuarto se marchó. Nunca pasaba la noche con sus amantes.

Quando llegó a casa tomó una ducha y se metió en la cama pensando en Tess. No podía apartar de su mente la escena de ella comiéndose el helado frente a él. Sabía que era tarde pero deseaba hablar con ella. Sin pensarlo dos veces cogió el teléfono y la llamó. Tess contestó al segundo tono.

—Hola.

—Hola, ¿te he despertado?

—Hoy no, estaba en la cama leyendo.

—¿Has tenido un buen día?

—Sí, ¿y tú?

—Como siempre. Hablan sobre nosotros en una revista. ¿La has visto?

—No suelo comprar esa clase de revistas —dijo ella mintiendo, aunque era la primera vez que compraba una—, pero no ha hecho falta. Me ha llamado un amigo y me ha leído el artículo.

—Tu amigo nos va a dificultar las cosas. Han dado a entender que sales con los dos.

—La prensa se lo inventa todo. Del, yo no voy a cambiar mi vida porque salga contigo. Acordamos que seguiríamos con nuestras vidas como si nada, ¿no?

—Sí, pero también acordamos que serías discreta.

—Seríamos.

—De acuerdo. El problema es que *tu* comportamiento con *tu* amigo da pie a que piensen que hay algo más entre vosotros.

—¿Mi comportamiento? ¿Qué estás insinuando? Fuimos a cenar a un restaurante y luego a tomar una copa, ¿qué hay de malo en eso?

—Ibais abrazados por la calle y cogidos de la mano. Y os besasteis en la boca en la puerta de la librería. Y os abrazasteis.

—¿Y qué? ¿Cual es el problema? Somos amigos. Y no voy a cambiar mi comportamiento con mis amigos, por ti. Lo que diga la prensa me trae sin cuidado.

—Bueno, ya arreglaremos ese asunto.

—No hay nada que arreglar al respecto. ¿Algo más?

—Parece que tienes prisa por colgar.

—No es eso, pero se me cierran los ojos. Hoy me he dado una buena paliza en el gimnasio, y como hacía varios días que no iba, estoy cansada.

—¿Has ido después del trabajo?

—Sí. ¿Qué has hecho tú después del trabajo?

La pregunta le cogió a Delaney por sorpresa y permaneció unos segundos sin decir nada.

—¿Sigues ahí?

—Perdona. He ido a cenar con alguien.

—Espero que no te hayas aburrido.

—Quiero preguntarte algo.

—Dime.

—¿Tienes planes para mañana por la noche?

—De momento, no.

—Perfecto. Mañana cenaremos en casa de mis padres. Mi madre me ha llamado esta tarde. Te ha visto en la revista y quiere conocerte.

—¿Llevas a conocer a tu madre a todas las mujeres con las que sales?

—Nunca he llevado a ninguna mujer a casa de mis padres. Y tampoco a mi casa. Le he dicho que me gustabas y, por supuesto, quiere conocerte.

—Supongo que en algún momento tendríamos que pasar por eso.

—Escucha Tess, yo no quiero presionarte. Es cierto que quiero seguir adelante con nuestro acuerdo. Pero si tú no estás convencida..., si quieres echarte atrás, mejor que lo hagas antes de conocer a mis padres.

—Sabes, Del, puede que sea una sencilla chica de pueblo, pero cuando doy mi palabra, la cumplo. Pero..., si lo has dicho porque eres tú quien no

está seguro, solo tienes que decírmelo. No te preocupes que lo entenderé. Además, no tengo el más mínimo interés en casarme contigo.

Delaney habría preferido que Tess se echara atrás. O tal vez era él quien debería haber anulado el acuerdo. Porque la deseaba como no había deseado a ninguna mujer antes. Y eso, no era bueno para el negocio. Por suerte podía desahogarse con otras mujeres y mantener el control con Tess. Más o menos.

—Yo también cumplo siempre mi palabra.

—En ese caso, iremos a cenar a casa de tus padres mañana y que Dios se apiade de nosotros.

—Cuando te conozcan ya no habrá vuelta atrás.

—Seguiré adelante con nuestro negocio, tranquilo.

—¿Quieres que quedemos el sábado para comer?

—¿Por qué me lo preguntas ahora si nos vamos a ver mañana?

—Porque no quiero que quedes con nadie.

—Vale.

—Luego podríamos ir a tu casa y terminar la partida de ajedrez.

—¿No tienes nada mejor que hacer un sábado por la tarde?

—He quedado con alguien para cenar, pero puedo estar contigo hasta última hora de la tarde.

—Me parece bien. Iré al gimnasio cuando te marches.

—¿No tienes nada mejor que hacer un sábado por la noche?

—No.

—Hoy me has llamado también Del, como el día de la joyería.

—No me he dado cuenta. Lo siento.

—Todos me llaman por mi nombre completo, pero creo que me gusta que me llames así.

—Mejor, es más corto.

Delaney no quería colgar, deseaba hablar con ella toda la noche. Pero sabía que estaba cansada y tenía que levantarse temprano. Lo que él no sabía era que eso era lo que Tess deseaba, seguir hablando con él, durante toda la noche.

—Bueno, te recogeré mañana a las siete y media en el trabajo.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches, Tess.

Capítulo 4

Tess terminó de almorzar y se dirigió a la planta baja a reanudar su trabajo.

Echaba de menos a Delaney durante el almuerzo, cada día.

No sabía cómo iba a manejar sus sentimientos. Se sentía aturdida cuando él estaba cerca y tenía miedo de que se diera cuenta, porque sabía que era un hombre muy observador y cuando la miraba a los ojos sentía como si pudiera ver en ellos todos sus pensamientos. Esa era la causa de que se sintiera incómoda y que evitara su mirada siempre que podía.

Cuando se acercaba la hora de finalizar el trabajo empezó a sentirse intranquila. Delaney iba a llevarla a conocer a sus padres y era consciente de que era la primera mujer que llevaba a su casa. Iba a conocer a sus futuros suegros y ella quería que realmente fueran sus futuros suegros y no tener que interpretar el papel de *novia de su hijo* ante ellos. Aunque, como estaba enamorada de Delaney lo tendría más fácil a la hora de interpretar el papel, porque no tendría que mentir. Pero, por otra parte, no quería que él lo malinterpretara. Quería que pensara que solo estaba desempeñando un papel, como él.

Cuando salió del trabajo vio el coche en la puerta y a Jack junto a él.

—Hola, Jack —dijo acercándose.

—Tess —dijo el hombre a modo de saludo y abriendo la puerta para que ella subiera.

Tess notó la frialdad en la voz del chófer y lo miró a los ojos.

—¿Ha tenido un mal día?

—No peor que otros —dijo el hombre sin mirarla.

—Hola —dijo Tess a Delaney al entrar en el coche.

—Hola.

—¿Has hecho cabrear a Jack? —preguntó ella antes de que el hombre se sentara al volante.

—No, ¿por qué lo dices?

—Parece enfadado conmigo.

—Estará preocupado por algo.

Delaney se maldijo por haberle hablado a Jack del acuerdo que tenía con Tess, porque ella había notado su enfado en el hombre y él sabía que esa

era la causa.

Antes de saber sobre la propuesta, para Jack, Tess era una buena chica, pero desde que lo supo, el concepto que tenía de ella había cambiado. Y Tess había percibido ese cambio.

—Es posible, aunque no creo que sea eso.

Tess alucinaba cuando traspasaron la verja de la finca de los padres de Delaney y se dirigían hacia la mansión. Era una casa fantástica. Estaba iluminada en su totalidad y parecía sacada de un sueño. Los jardines eran increíbles, a pesar del frío de febrero.

—Parece que mi hermano también tiene prisa por conocerte —dijo Delaney al ver el Porsche de su hermano en la puerta de la casa.

—Si soy la primera que traes a tu casa, supongo que es lo normal.

—Eso parece.

—Estoy muy nerviosa.

—Vas a conocer a los padres de tu novio. Se supone que es así cómo debes sentirte.

—No me gusta sentirme así. Puede que me hagan preguntas y no sepa qué decir.

—Estaré a tu lado en todo momento —dijo él cogiéndole la mano y acariciándole los nudillos.

Jack la miró por el retrovisor y vio la preocupación en su rostro.

—Me da la impresión de que me sentiré aún más nerviosa estando tú a mi lado.

Delaney subió la mano de ella hasta sus labios y la besó sonriendo.

—¿Tú no estás nervioso?

—No —dijo él riendo.

—Pues deberías, si soy la primera mujer que traes a tu casa. Imagina que en vez de casarnos por un tiempo fuera para toda la vida, ¿cómo te sentirías?

—Aterrado —dijo él volviendo a reír.

Jack bajó del vehículo para abrirle la puerta a Tess.

—Pues así es como debes mostrarte para interpretar bien tu papel.

—Por el momento no vamos a pensar en la boda. Solo voy a presentarte a mi familia.

—Eso es peor que la boda.

Tess bajó del vehículo y miró a Jack a los ojos.

—Gracias.

El hombre no contestó, se limitó a cerrar la puerta cuando ella salió.

—¿Preparada? —dijo Delaney reuniéndose con ella y cogiéndola de la mano.

—No. Quiero irme a casa.

Delaney la miró sonriendo mientras la llevaba hacia los peldaños de entrada.

—No me gusta mentir.

—Bueno, si lo piensas bien, no vamos a mentir. Estamos saliendo juntos y vamos a casarnos. Lo único que vamos a omitir es que nos divorciaremos en un año.

—No estamos enamorados.

—Eso solo nos incumbe a nosotros. Tess, relájate, todo va a salir bien.

Una mujer baja y un poco rellenita abrió la puerta. Se le iluminó el rostro al ver a Delaney.

—Ay, señor Stanford, qué alegría verlo.

—Muchas gracias, Susan. Yo también me alegro de verte y por favor, déjate de formalismos —dijo abrazando a la mujer—. ¿Va todo bien?

—Sí, como siempre.

—He venido a presentarle a mi novia a mis padres.

—Ya lo sé.

—Susan, te presento a Tess. Tess, ella es Susan, quien manda en esta casa.

—Eso es mucho decir. Me alegro de conocerte, Tess. Eres muy guapa.

—Gracias, yo también me alegro de conocerla.

—Puedes tutearme, todos lo hacen.

—De acuerdo.

—¿Dónde está la familia?

—En el salón principal —contestó la mujer.

Delaney volvió a coger a Tess de la mano y se dirigieron hacia el salón.

—Hola, familia. Ya estamos aquí.

Los padres de Delaney se levantaron, al igual que su hermano. La madre se acercó a Delaney y lo abrazó.

—Hola, hijo. Me alegro de verte.

—Hola, mamá. Mamá, te presento a Tess. Tess, Louise, mi madre.

—Me alegro de conocerte —dijo la mujer besándola en la mejilla.

Louise era una mujer alta, delgada y muy elegante. Llevaba un vestido negro ajustado y lucía un precioso collar de perlas de dos vueltas. Tenía el cabello rubio y recogido en un moño.

—Es un placer conocerla, señora Stanford.

—Llámame Louise.

—De acuerdo.

El padre de Delaney se acercó a ellos.

—Papá, te presento a Tess. Tess, Patrick, mi padre.

—Me alegro de conocerle, señor Stanford.

—Nada de señor, llámame Patrick. Yo también me alegro de conocerte —dijo besándola en la mejilla.

El padre de Delaney era muy atractivo a pesar de sus cincuenta y ocho años. Era moreno y tenía las sienes plateadas lo que le confería un atractivo extra a su aspecto. Era tan alto como su hijo y se le veía en forma.

—Y este es mi hermano pequeño, Sean —dijo Delaney cuando su hermano se acercó a ellos.

—Un placer conocerte, Tess —dijo besándola también.

—El placer es mío.

—¿Os apetece tomar algo? —preguntó Patrick.

—Yo me tomaré un whisky —dijo Delaney.

—Yo no quiero nada, gracias —dijo Tess. Aunque se habría tomado de buen grado un coñac, doble.

—Sentaos, por favor —dijo Louise.

Sean cogió a Tess de la mano y la sentó en el sofá a su lado. A Tess le gustó el detalle y le dio confianza. Delaney se sentó al otro lado de ella, le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de ella. Ese detalle no pasó desapercibido para el matrimonio que se sentaba frente a ellos en el otro sofá.

—¿Hace mucho que os conocéis? —preguntó Louise.

—Nos conocimos el día dos de este mes —dijo Tess.

A Delaney le extrañó que recordara la fecha exacta. Aunque también podría haberla inventado. Pero, sin saber la razón, estaba haciendo memoria para recordar la fecha en que se habían conocido y supo que ese era exactamente el día que ella lo había visto por primera vez. Aunque él se había fijado en ella dos días antes.

—No os conocéis desde hace mucho —dijo Louise.

—Yo la vi dos días antes de esa fecha. Creo que fue un flechazo —dijo Delaney girándose para mirarla. Los dos se sonrieron.

—¿Para ti también fue un flechazo, Tess? —preguntó Louise.

—Mentiría si le dijera que no. Me pareció el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Y lo encontré muy divertido.

—¿Divertido, mi hermano?

—Sí, ¿a ti no te lo parece? —preguntó Tess a Sean.

—Por supuesto que no —dijo él riendo.

—¿Dónde os conocisteis? —preguntó esta vez Patrick.

—En la cafetería de una librería de la Quinta Avenida, yo trabajo allí. No en la cafetería sino en la librería.

—¿Eres dependienta en una librería? —preguntó Louise aunque ya lo sabía por las revistas.

—Sí, y me gusta mi trabajo.

—Esto parece un interrogatorio —dijo Delaney.

—Es la primera chica que traes a casa, ¿qué esperabas? —dijo Sean divertido.

—Únicamente queremos conocerla un poco.

—Háblanos de tu familia, Tess. ¿A qué se dedican? —preguntó Patrick.

—Papá...

—No te preocupes, Delaney —dijo Tess—. No me importa contestar a las preguntas que me hagan. No tengo familia, Patrick. Mis padres eran hijos únicos. Murieron en un accidente de tráfico hace tres años. Y no tengo hermanos. Mi padre era ebanista.

—Lo siento.

—Gracias.

—Así que no tienes a nadie —dijo Louise.

—Eso es.

—¿Tienes estudios, Tess?

—Ahora soy yo quien piensa que os estáis pasando —dijo Sean—. Si seguís con este interrogatorio, saldrá corriendo en cualquier momento.

—No lo haré —dijo Tess—. Yo no soy de las que salen corriendo. Puede que lleguemos a ser familia de manera que, creo que es justo que se interesen por mí.

El matrimonio se miró cuando Tess dijo que podrían llegar a ser familia.

—Nací en un pequeño pueblo de Nueva Inglaterra, pero nos trasladamos a Boston cuando tenía cinco años. Mi madre era de ascendencia irlandesa. Estudié en un colegio privado hasta los diez años. Y desde los diez a los diecisiete estuve en un internado religioso en Atlanta. Luego fui a la

universidad, a Columbia y estudié lengua y literatura.

—Con tus estudios podrías aspirar a algo más que el trabajo que tienes en la librería —dijo Patrick.

—Me gusta leer, y me gustan los libros.

—Pareces muy joven —dijo Louise.

—Tengo veintitrés años.

—Eres demasiado joven.

—¿Lo dice por la diferencia de edad que hay entre su hijo y yo?

—Os lleváis nueve años, es bastante.

—Yo no sé si son muchos o pocos. Supongo que el amor no sabe de edades. Y yo, estoy irrevocablemente enamorada de su hijo.

—Pareces una romántica y muy segura de tus sentimientos.

—La literatura inglesa es mi favorita y supongo que es porque soy una romántica. Y tiene razón, estoy muy segura de lo que siento por Delaney.

—Os conocéis desde hace solo dos semanas. No puedes estar segura de estar enamorada.

—Señora Stanford, Louise, quiero a su hijo. Estoy loca por él. Sé que nos conocemos desde hace poco pero he de decirle que me enamoré de él en el momento en que levanté la vista de mi almuerzo y lo vi.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Yo nunca había estado enamorada antes, pero reconozco los síntomas.

—Puede que solo sea atracción sexual —dijo Louise algo inquieta por las rotundas afirmaciones de Tess.

—Mamá, por favor... —dijo Delaney.

—Del, déjame terminar. Y no me molestan sus preguntas. Seguro que de estar en lugar de tu madre haría las mismas.

—De acuerdo.

—Voy a serle sincera, Louise. Estoy completamente segura de que no habrá ninguna mujer que vea a su hijo y no desee tener relaciones sexuales con él. Y he de admitir que yo me encuentro entre ellas. Pero, lo que yo siento por él, lo que experimenta mi cuerpo cuando lo veo o lo tengo cerca, le aseguro que no es únicamente deseo físico. Estoy perdidamente enamorada de él y eso no va a cambiar. De manera que, tal vez debería preguntarle a su hijo si él siente lo mismo por mí. A mí ya me ha dicho que me quiere, y yo confío en él. No tengo duda de que siente lo mismo que yo.

Delaney giró la cabeza para mirar a Tess sorprendido por sus palabras.

—Pero...

—Déjeme terminar, por favor. Delaney me ha hablado de matrimonio y, he de reconocer que eso me asusta un poco. Bueno, un poco no, estoy aterrada. Le he dicho que deberíamos esperar, que no tenemos prisa. Pero, tal vez sea esa diferencia de edad que hay entre nosotros, la causa de que él quiera casarse cuanto antes. Si por mí fuera, le aseguro que esperaríamos. Pero, él es mayor que yo y se supone que sabe más que yo, sobre cualquier cosa. De manera que, nos casaremos cuando él lo decida.

—Has salido en una revista con un médico. Y os besabais en la boca —dijo la madre de Delaney ahora asustada porque pensaran en casarse.

—He visto las fotos. He de decirle que odio esto de salir en la prensa sensacionalista y del corazón. No estoy acostumbrada a esto y dudo que pueda llegar a acostumbrarme. Lo que sí puedo decirle es que Carter, el médico al que se refieren, y yo, somos amigos desde hace seis años. Y no voy a cambiar mi comportamiento con él por el mero hecho de que salga con su hijo. En cuanto al beso..., no nos besábamos en la boca sino en los labios, cosa que hemos hecho desde que nos conocemos. Empezamos a hacerlo por una tontería y luego ya no cambiamos. Carter es como un hermano para mí. Es la única familia que tengo. Ha estado conmigo cada vez que lo he necesitado. Lo veo dos o tres veces cada semana y hablo con él a diario. Y puede estar completamente segura de que no mantenemos relaciones sexuales.

—Sabéis, no pensé que esta reunión fuera a ser así. Solo quería que la conocierais.

—Pues yo creo que está yendo muy bien. ¿Qué piensas tú, Tess? —dijo Louise.

—A mí me gusta la sinceridad. Me gusta que las cosas estén claras. De manera que, sí, pienso que está yendo bien —dijo Tess sonriéndole a la mujer. Louise la miró y luego miró a Delaney.

Tess colocó la mano sobre el muslo de Delaney y lo apretó. Luego lo miró con una tierna sonrisa.

A Delaney se le alteró el pulso y se le tensó el músculo del muslo al sentir la mano de Tess sobre él.

—Delaney, ¿estás enamorado de Tess? —le preguntó su madre.

Él se giró para mirar a Tess y colocó la mano sobre la de ella, la cual seguía sobre su muslo.

—Estoy loco por ella, mamá —dijo cogiendo la mano de Tess y llevándola hasta sus labios para besarla. Los dos se miraron cómplices.

—Has dicho que te gusta la sinceridad —dijo Patrick mirando a Tess.

—Sí.

—Entonces, no te importará que hablemos de cosas materiales.

—He de admitir que no esperaba una reunión de este calibre, al menos, no la primera vez. Y he de confesar que estoy un poco nerviosa. Yo nunca he tenido una relación con un hombre y es la primera vez que me encuentro en una situación como esta. Pero le aseguro que puede hablarme de lo que desee o preguntarme cualquier cosa que le preocupe.

Delaney le soltó la mano, que ella no apartó del muslo de él, y Delaney pasó el brazo por detrás de los hombros estrechándola un poco hacia él.

—Gracias, Tess —dijo Patrick—. Supongo que sabes que Delaney es muy rico.

—Eso tengo entendido.

Delaney y su padre se miraron sonriendo.

—Y supongo que también sabes que mi mujer y yo también lo somos.

—Es de dominio público.

—Lo que quiere decir que, cuando fallezcamos, nuestros hijos heredarán una fortuna considerable.

—Sus hijos tienen suerte.

—Sabes que tendrás que firmar algunos documentos antes de que os caséis, si llega el caso.

—Papá, eso no es asunto tuyo.

—Delaney, tu padre está hablando conmigo, no contigo. Y sí es asunto suyo. Una de sus obligaciones es ocuparse del bienestar y futuro de sus hijos —dijo Tess a Delaney para que se tranquilizara—. Patrick, estoy segura de que no considera a su hijo un estúpido. Entre otras cosas, porque si lo fuera, no habría llegado donde está. A pesar de mi edad, le aseguro que tampoco me considero una estúpida. Puede estar seguro de que firmaré los documentos necesarios. Yo no quiero el dinero de su hijo. Lo quiero a él. Sé que al casarnos, si se da el caso, tendré una vida privilegiada a la que pocas personas tienen acceso. Viviré en una casa preciosa. Tendré un marido maravilloso que, según sus palabras, está loco por mí. Viajaré por todo el mundo, cosa que, de seguir con mi vida actual no podría permitírmelo. Sé que mi vestuario cambiará. Que mi vida dará un vuelco, para mejor, espero. Patrick, esto será para mí como haber encontrado al príncipe de los cuentos. Y he de añadir que, todos esos cambios me aterran. Pero, vuelvo a repetirle que a mí, solo me importa él. Si pudiera seguir con mi vida como hasta ahora, pero teniéndolo a él, firmaría en este instante.

—¿Tienes planes de futuro?

—Supongo que todos tenemos planes de futuro. Me gustaría tener mi propia librería. Llevo ahorrando para ello desde que terminé la carrera. Me he privado de muchas cosas durante años con ese propósito. Lo cierto es que tenía mi vida programada. Planeaba que si la librería iba bien invertiría las ganancias en fondos de inversión inmobiliaria y bienes raíces. Sobre todo, locales comerciales, modestos, por supuesto, pero que me proporcionarían buenos alquileres. Ahora, todo depende de lo que suceda. Me he dado cuenta de que no es bueno hacer planes a largo plazo porque las cosas pueden cambiar de la noche a la mañana.

—Sí, es cierto que las cosas pueden cambiar, pero es bueno tener sueños.

—Supongo que los sueños no deben abandonarse. Y, hablando de sueños. ¿Sabe que si me caso con su hijo podré viajar en un avión privado? ¿No le parece una pasada? ¿Cuántas personas pueden decir que tienen a su disposición un avión privado?

Todos se rieron.

—Supongo que estaréis satisfechos —dijo Delaney.

—Cariño, teníamos que saber sobre ella —dijo su madre.

—Prefiero que me hayan hecho todas estas preguntas. Así saben cuales son mis sentimientos y mis intenciones.

—Me alegro de que no estés disgustada.

—¿Les importaría que saliera unos minutos al jardín?

—Por supuesto que no. Te avisaremos cuando la cena esté lista —dijo Louise.

—Iré contigo —dijo Delaney.

—Si no te importa, prefiero ir sola.

Tess se levantó y abandonó el salón. Se puso el abrigo, el gorro y la bufanda en el recibidor y salió de la casa. Respiró hondo un par de veces para tranquilizarse.

Caminó hacia el jardín y se sentó en uno de los bancos. Hacía mucho frío pero no le importó. Reconoció que no se sentía tan mal como esperaba. No había tenido que mentir a ninguna de las preguntas que le habían hecho, pero sentía una opresión en el pecho que no podía evitar.

Delaney había tenido que admitir que la quería. Había sido ella quien le había obligado a que se lo dijera a sus padres porque quería oírlo de sus labios, pero ella sabía la verdad. Para él, ella era un simple negocio, una más

de las transacciones a las que él estaba acostumbrado.

—Vaya, hermano, deberías estar orgulloso de esa mujer.

—Lo estoy. Y vosotros os habéis pasado —dijo Delaney a sus padres.

—Necesitábamos saber sobre ella —dijo su madre de nuevo.

—Podíais haberme preguntado a mí.

—Parece una buena chica. Me gusta —dijo Patrick—. Y se desenvuelve bien con las palabras. Ha contestado a todo con sinceridad y sin titubear.

Parece segura de sí misma. ¿Pensáis casaros pronto?

—Ya tengo el anillo de compromiso.

—¿No crees que deberíais esperar un poco más? —dijo su madre—.

Ella está de acuerdo con esperar.

—Mamá, la quiero y nos casaremos lo antes posible.

—Sabía que cuando pensaras en el matrimonio buscarías a una mujer diferente —dijo su hermano—. Aunque he de admitir, que no tan diferente.

—¿Diferente a qué?

—A las mujeres con las que acostumbras a salir. Snobs, guapas, y con nada en el cerebro excepto el interés por tu dinero. Tess no es como ellas, y me gusta. ¿Qué dices tú, mamá?

—Creo que es sincera. Y por la forma en que mira a Delaney, sé que le quiere. Tu padre tiene razón, se ve segura de sí misma y honesta. Y no se deja intimidar. Y..., ¡demonios! Sabe expresarse. No me disgusta en absoluto. Avísame cuando decidáis la fecha. Se tardará cinco o seis meses para organizar la boda.

—Te lo diré cuando lo sepamos. Pero será una boda sencilla con la familia y los amigos más allegados.

—Pero..., eso no es posible.

—Sí que lo es. Queremos una boda sencilla, no un circo. Mamá, eso es lo que queremos.

—Bueno, ya hablaremos. ¿Qué sabes del médico ese con quien Tess salió en la revista? Parece que hay algo entre ellos. Y su cara me es familiar.

—Parece ser que hemos coincidido en algunas fiestas. Yo lo conozco de vista. Y, en cuanto a la relación que tiene con Tess, ya lo ha explicado ella. Y yo la creo.

—Espero que tengas razón.

La sirvienta les anunció la cena.

—Cariño, ve a buscar a Tess.

Delaney se puso el abrigo y salió al jardín. Se acercó al banco donde se

encontraba ella.

—Hola.

—Hola.

—¿Estás bien? —preguntó él sentándose a su lado.

—Sí, solo necesitaba tomar el aire.

—Siento el interrogatorio.

—Tal vez haya sido mejor así, todo de una vez. Estaba muy nerviosa.

—Lo he notado. Así y todo, has estado fantástica. De haber sido actriz, te habrían nominado para un óscar —dijo él sonriendo.

—Sí, me he sorprendido hasta yo misma.

—A partir de ahora, todo irá bien. Ya lo saben todo sobre ti y no habrán más preguntas.

—Me gusta tu hermano.

—¿Te gusta?

—¿A quién no le va a gustar? Es guapísimo.

—No te gustará más que yo.

—Eso nunca.

Delaney se acercó a ella y la besó. Fue un beso ligero aunque seductor y ella se lo devolvió de la misma forma.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó ella cuando se separaron.

—Cómo premio por haber soportado el interrogatorio.

—¿Por qué piensas que un beso tuyo es un premio?

—Tienes razón —dijo él sonriendo—. Lo dejaremos en que me apetecía besarte. Para que practiques, me refiero.

—Espero que esté aprovechado tus lecciones y aprecies la diferencia.

—He notado la diferencia. Vamos, la cena está lista —dijo él levantándose, porque de seguir allí volvería a besarla y no de manera tan sutil. La cogió de la mano.

—Hueles a pecado —dijo ella sin mirarlo mientras caminaban hacia la casa.

—¿A pecado? —preguntó él sorprendido.

—Sí —dijo ella mirándolo con una sonrisa traviesa—. A pecado cubierto de chocolate.

Delaney la miró algo incómodo, pero muy halagado por sus palabras y se rio.

—No sé por qué he dicho algo así. A veces se me ocurren estupideces y las suelto sin más. No quiero decir con esto que no crea que lo que he dicho es

cierto porque eres un bombón —dijo ella aturdida.

—Te aseguro que no me importa oír tus estupideces, que para mí no lo son.

Entraron en la casa. Delaney le quitó el gorro y luego la bufanda sin dejar de mirarla a los ojos. Luego empezó a desabrocharle el abrigo.

—¿Vas a desnudarme? —preguntó ella mordiéndose el labio inferior.

—Este no es el lugar adecuado —dijo él con una sonrisa seductora.

Delaney le bajó el abrigo por los hombros y ella se tensó al sentir la caricia de sus dedos.

—La cena no ha estado mal, ¿no? —dijo Delaney cuando iban en el coche.

—No. Ya no me han hecho más preguntas. Sean es divertido, como tú.

El coche se detuvo frente a la casa de Tess. Bajaron los dos y caminaron hasta la puerta del edificio.

—Lo he pasado bien. La casa de tus padres es fantástica, y ellos también. Y la cena ha sido deliciosa.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien. No hagamos esperar a los fotógrafos. Bésame, Tess. Demuéstrame lo que has progresado.

—¿Yo? ¿Quieres que te bese yo? Me da vergüenza.

—Cielo, cualquier día de estos voy a pedirte que te cases conmigo —dijo Delaney riéndose.

—¿No crees que deberíamos esperar unas semanas?

—Que te pida que te cases conmigo no significa que vayamos a casarnos enseguida. Puede pasar todo el tiempo que queramos —dijo él esperando a que Tess lo besara—. Bésame.

—De acuerdo —dijo ella acercándose a él.

Tess posó la boca sobre la de él y le dio un beso suave. Delaney no hizo nada, estaba decidido a esperar que ella hiciera el trabajo. Tess le rozó los labios de manera delicada y le mordisqueó el labio inferior insistiendo hasta que él entreabrió la boca. Delaney empezó a sentirse alterado. Tess subió las manos hasta el pelo de él e introdujo los dedos entre sus cabellos. Ese beso tan lento y esas manos suaves entre su pelo iban enloqueciéndolo poco a poco. A Delaney se le aceleró la respiración y empezó a sentir la sangre correr por sus venas a toda velocidad y el deseo torturando su cuerpo. Tess enredó la lengua con la de él. Lo besó lentamente explorando su boca sin importarle el

tiempo empleado. Le rodeó el cuello con los brazos y se acercó más a él.

Tess tuvo que apartarse para tomar aire y le acarició el pelo antes de hacerlo.

Del le rodeó la cintura acercándola a él. Ese beso había devastado a Delaney y tuvo muy claro que si seguía besándola era porque eso era lo que deseaba. Además de porque estaba desesperado por hacerlo.

—Progresas deprisa —dijo él todavía aturdido.

—Gracias.

—Pero..., yo no te he enseñado a besar así.

—Me gusta experimentar cosas nuevas.

—Me temo que ni siquiera el diablo besaría mejor que tú.

—Puede que sea porque ha sido el mismo diablo quien me ha enseñado.

—Eso es halagador. Gracias por ese beso.

—Ha sido un verdadero placer. Tus labios son firmes pero al mismo tiempo delicados y dulces como el calor de los rayos del sol en invierno.

Delaney la miró a los ojos y no pudo evitar reírse.

—Dios, eres fantástica.

De pronto un hambre desmesurada se apoderó de él con una urgencia que no pudo evitar y entonces, la besó él.

Sus lenguas se movían y sus alientos se entremezclaban como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Hasta ese instante, Delaney no había sabido lo que era realmente besar a una mujer. Jamás había sentido algo semejante a lo que acababa de experimentar.

Delaney la mantuvo abrazada hasta que sus respiraciones volvieron a la normalidad.

—Con tanta práctica, cuando termine nuestro negocio, podré conquistar a cualquier tío, simplemente besándolo. Así que, espero que me enseñes todo lo que sabes.

—Sí, cuando acabe contigo podrás hacerlo —dijo él sintiendo una punzada de celos que no se esperaba—. Te recogeré el sábado en el trabajo.

—Vale. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo él caminando hacia el coche.

Delaney se sentó en el asiento del copiloto sin importarle el que los fotógrafos lo vieran.

—Vamos a casa, Jack.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Cómo han ido las cosas con tu familia?

—Mejor de lo que esperaba. Han sometido a Tess a un interrogatorio que nadie habría soportado. Pero..., Dios, esa chica es increíble. Se los ha ganado a todos.

—¿Incluido tu padre?

—Sobre todo mi padre.

—Tal vez deberías olvidarte del asunto. No creo que sea buena idea.

—Ya hemos cerrado el trato. No me echaré atrás.

—Esa chica puede crearte problemas.

—No creo que sea problemática.

—Si se ha ganado a tu padre quiere decir que Tess sabe lo que hace. Puede que te saque más dinero del que piensas.

—Jack, no soy estúpido. Que le de una tarjeta del banco no quiere decir que no vaya a controlar lo que gasta.

—Piénsalo bien antes de casarte.

—Está decidido.

—De acuerdo.

Del apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. A su mente volvió el beso que Tess le acababa de dar.

Mierda, mierda, mierda. He estado a punto de arrastrarla hasta su apartamento y devorarla. ¿Acaso no se da cuenta de que un beso así puede anular el cerebro de un hombre? ¡Por supuesto que no lo sabe! De haberlo sabido, no me habría besado de esa forma. ¿Cuánto tiempo hace que no deseaba tanto a una mujer? ¿He sentido ese deseo alguna vez? Ninguna mujer al besarla me ha excitado hasta el punto de hacer que sintiera el latido de la sangre bajo mi piel, pensaba Delaney sorprendido con él mismo.

Tess se pasó media noche dando vueltas en la cama. Sabía, no, estaba completamente segura de que a Delaney le había afectado el beso que ella le había dado. Se preguntaba si él esperaría que ella lo besara de esa forma. Esa noche decidió, que a partir de ahora, cuando se besaran ella procuraría que Delaney perdiera el control, como le había sucedido esa noche. Porque él había perdido el control. Su erección no había pasado desapercibida a Tess. A pesar de que siempre lo veía muy seguro de sí mismo, el señor Stanford había sucumbido ante ella con un simple beso. Cabía la posibilidad de que Delaney

perdiera el control besando a cualquier mujer, pero Tess estaba segura de que no era así, aunque eso tampoco le preocupaba. Lo que a Tess le importaba era que ahora sabía que Delaney no era inmune a ella.

El viernes Tess salió del trabajo y subió al BMW que la esperaba en la puerta. Se percató de que había un fotógrafo a un lado pero no le dio importancia. Debería empezar a ignorar a la prensa y acostumbrarse a ella. Besó a su amigo Logan y se pusieron en camino.

Entraron en el restaurante cogidos de la mano. Al llegar a la mesa que tenían reservada Logan la ayudó a quitarse la chaqueta y se sentaron el uno frente al otro.

—Siento que te enteraras por la prensa, pero ha sido todo tan rápido...

—¿Qué es lo que ha sido rápido? —preguntó Logan.

—Todo.

Un camarero se acercó a tomarles nota y luego se retiró.

—¿Tiene algo que ver con el hombre ese que decías que salías cuando te acompañé a comprar ropa? ¿El de la revista es el mismo hombre?

—¿Con cuántos hombres crees que salgo a la vez?

—Perdona, cariño —dijo él riendo—. Carter me ha hablado de ese tipo y he de decirte que yo también estoy algo preocupado.

—Lo sé. Pero me gusta. Qué digo, estoy loca por él. Es solo que, estoy un poco agobiada por la prensa, y por lo rápido que está yendo todo.

El camarero les trajo el vino y después de que Logan lo aprobara lo sirvió en las copas.

—¿Por qué no me habías hablado antes de él?

—Porque solo lo conozco desde hace dos semanas. ¿Recuerdas que te comenté algo sobre un hombre que me había pagado el almuerzo en el trabajo?

—¿Ese que dijiste que estaba para comérselo?

—El mismo —dijo ella riéndose—. Ese era Delaney. Estoy aterrada.

—Después de saber quien es, te aseguro que lo entiendo. Salir con el soltero más codiciado de Nueva York no es poca cosa. ¿Es tan bueno en la cama como dicen?

—No puedo contestarte a eso porque sigo siendo virgen. Solo nos hemos besado.

—No puede ser, ¿hablamos del mismo hombre? ¿O está perdiendo facultades?

—No creo que le falten facultades.

—¿No ha intentado llevarte a la cama?

El camarero les llevó la ensalada y dos minutos después volvió con la cena.

—Hemos decidido ir despacio.

—¿Sabe que eres virgen?

—¿Qué os pasa a Carter y a ti con eso? ¡Por supuesto que no lo sabe! Yo no voy por ahí contándoselo a todos los hombres con quien salgo.

—¿A todos los hombres con quien sales? —dijo él riendo—. Cariño, es el primer hombre con el que sales. Y después de saber de quien se trata, me extraña que aún sigas siendo virgen. ¿Por qué no se ha acostado contigo todavía?

—No lo sé, Logan. Pero, me ha dicho que quiere que nos casemos.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Completamente. Ya me ha llevado al edificio en donde tiene las oficinas, me ha presentado a su abogado, me ha llevado a su casa para que la viera, y anoche me llevó a cenar a casa de sus padres.

—Madre mía, entonces va en serio. ¿Cómo es su casa?

—Perfecta.

—¿Qué tal su familia? Tengo entendido que también son millonarios.

—Sí, lo son. Sus padres... Me interrogaron despiadadamente, pero son agradables. Y el hermano de Delaney es guapísimo. Ese es otro soltero al que merece la pena tener en cuenta.

—No puedo creer que estés saliendo con ese tío. Esa es la razón de que Carter y yo estemos preocupados. Tu primer hombre debería haber sido alguien a quien pudieras manejar. Stanford sabe todo lo que hay que saber sobre la vida y está de vuelta de todo. Y tú, ni siquiera has empezado a caminar.

—Yo tampoco puedo creer que esté saliendo con él, creeme.

—Tu novio, porque supongo que podemos llamarlo así, ¿ha dejado de salir con sus *amigas*?

—Supongo que seguirá viéndolas, como yo salgo con Carter y contigo. Pero si te refieres a si se acuesta con ellas, supongo que habrá cortado con eso.

—¿Cómo se tomó lo de las fotos tuyas con Carter en la revista?

—No demasiado bien, pero a mí eso no me importa. Apuesto a que en la próxima revista salimos tú y yo —dijo ella riendo—. Le quiero, Logan.

—¿Él también de quiere?

—Eso dice. Y, de no quererme, no me habría hablado de boda, ¿no crees?

—Supongo. ¿Cuándo nos lo presentarás?

—Tan pronto como pueda.

Después de cenar fueron a una discoteca en la que Logan había quedado con unos amigos.

—¿La prensa te sigue a todas partes? —preguntó Logan al ver a un fotógrafo haciéndoles fotos en la discoteca.

—Sí. Es horrible.

Al día siguiente Tess salió del trabajo poco después de la una y subió al Mercedes de Delaney que estaba parado en la puerta. Notó que el chófer seguía estando frío con ella cuando le abrió la puerta del vehículo para que subiera. Se sentó al lado de Delaney que estaba hablando por teléfono. Sin dejar de hablar cogió la mano de Tess y se la llevó a los labios para besarla. A ella le dio un salto el corazón.

—Hola —dijo él después de colgar y guardar el móvil en el bolsillo.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí, ¿y tú?

—Todo bien. Hoy vistes de manera muy informal.

—Me he cambiado antes de venir.

—Parece que supieras que yo llevaría vaqueros.

—Puede que lo supiera —dijo él sonriendo.

Delaney la llevó a un restaurante que no era precisamente elegante pero que se comía muy bien. Estuvieron hablando del trabajo de los dos durante las dos horas que estuvieron allí. Tess sabía que él no quería hablar de nada personal y a ella le pareció bien. Era como estar comiendo con un socio.

Delaney se dio cuenta de que podía hablar con ella de cualquier tema. Tess era inteligente y lo comprendía todo a la primera. Y cuando no entendía algo no le importaba preguntar por ello para que se lo aclarara. Le prestaba toda su atención y Delaney pensó que era el socio perfecto. Él no solía hablar de trabajo con las mujeres con las que salía, pero si en alguna ocasión había comentado algo con ellas, había notado que se aburrían. Pero a Tess..., a ella le interesaba absolutamente todo.

Cuando terminaron de comer salieron a la calle. El chófer les esperaba

junto al coche y ellos subieron.

—¿Saliste anoche?

—Sí, fui a cenar con mi amigo Logan.

—¿El sacerdote?

—Sí. Y luego fuimos a bailar a una discoteca. Te advierto que los periodistas me siguieron desde el trabajo y estaban en la discoteca. Y bailé con un montón de hombres, amigos de Logan —dijo ella sonriendo.

—Estupendo, ahora dirán que también te acuestas con un cura.

Ella soltó una carcajada.

—Sí, seguramente. Los periodistas tienen una inventiva pasmosa. ¿Qué hiciste tú anoche?

—Salí a cenar con una amiga.

—Escucha, Del. Sé que hablamos de ir a mi casa a terminar la partida de ajedrez, pero no es necesario. Supongo que encontrarás algo mejor que hacer un sábado por la tarde.

—No tengo nada mejor que hacer.

—La prensa no estaba en la puerta del restaurante y no nos han seguido, de manera que no tienes porque acompañarme.

—¿Te molesta que vaya a tu casa?

—No es eso.

—¿Qué harás si no voy?

—Iré al gimnasio.

—Estaré contigo un par de horas. Me marcharé sobre las siete, he quedado con alguien para cenar.

—Vale.

—¿Qué harás cuando me marche a las siete?

—Ir al gimnasio.

—O sea que, vaya o no a tu casa, irás al gimnasio.

—Sí.

—¿Has quedado con alguien esta noche?

—No. Si mi vecino no tiene planes le diré que venga a cenar conmigo. Y luego puede que veamos una película.

—Parece que te llevas bien con ese chico.

—Lo pasamos bien juntos.

—¿Qué planes tienes para mañana?

—Me levantaré lo más tarde posible. Limpiaré la casa. Iré a la lavandería y daré un paseo mientras se lava la ropa. Y luego..., no sé, puede

que trabaje un poco.

—¿En qué?

—Estoy intentando que tres escritores vengan a la librería a firmar sus últimas novelas.

—¿Te pagan por trabajar en domingo?

—No, pero será una especie de entrenamiento para cuando tenga mi negocio.

—Como lo de los besos —dijo él mirándola con una sonrisa maliciosa.

—Sí, algo así —dijo ella un poco ruborizada.

Jack detuvo el coche en la puerta de la casa de Tess y bajó para abrirle la puerta.

—Jack, si quiere puede subir con nosotros en vez de esperar aquí y puede tomar un café o una copa en mi casa.

—Se lo agradezco pero esperaré en el bar de enfrente.

Mientras subían la escalera Delaney procuró no mirarle las piernas ni el trasero. No quería que el deseo que sentía por ella volviera a su mente.

Tess encendió la calefacción al entrar en el apartamento.

—La casa estará caldeada en unos minutos. Ponte cómodo, enseguida vuelvo.

—¿Vas a ponerte el pijama?

—No, porque luego iré al gimnasio. Solo me quitaré los botines —dijo ella mientras se quitaba el abrigo dirigiéndose a la habitación.

Delaney se quitó la cazadora y la dejó sobre un sillón. Tess volvió al salón descalza. Delaney se preguntó por qué el simple hecho de verla descalza lo intranquilizaba.

—¿Te apetece un café? ¿O una copa?

—Me tomaría un whisky, si no es molestia.

—No es ninguna molestia. Enseguida te lo preparo —dijo ella dirigiéndose a la cocina.

Unos segundos después el teléfono vibraba en el bolso de Tess.

—Tu móvil está sonando —dijo Delaney desde el salón.

Tess volvió al salón y cogió el móvil del bolso.

—Hola sexy —dijo ella a Carter mientras volvía a la cocina. Puso el manos libres para poder preparar la bebida de Delaney.

—Hola preciosa. ¿Qué planes tienes para esta noche?

—¿Quieres salir conmigo?

—Sí.

—Es sábado. ¿Dónde están esas mujeres fabulosas con las que sales?

—Quiero descansar un poco de ellas, y me apetece estar contigo.

—Vaya honor. Pero, lo cierto es que no me apetece salir. ¿Por qué no vienes a casa y preparo algo para cenar?

—Perfecto. Eso es lo que me apetece hoy, una cena en casa y buena compañía. ¿A qué hora quieres que vaya?

—Delaney está aquí pero se marchará a las siete. Ha quedado con alguien para cenar.

—Por supuesto. Con alguien que no eres tú.

—Carter, no empieces. Te dije que íbamos en serio. Ya me ha presentado a sus padres.

—Vais demasiado deprisa.

—Yo también lo creo pero..., ya ha mencionado lo de casarnos en un par de ocasiones. Así que, no creo que esperemos mucho.

—Dale largas. Si aguantas unas semanas se olvidará de ti.

—Gracias por tu voto de confianza. ¿Crees que no puedo mantener a un hombre a mi lado más de unas semanas?

—No he dicho a un hombre en general, me refiero a él, precisamente.

—Crees que no soy suficientemente buena para él.

—Cariño, él no es bueno para ti. Tú eres la mujer perfecta. Te dejo. Iré a tu casa a las siete.

—Aquí estaré.

—Oye.

—Dime.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Y yo te quiero a ti.

Delaney estaba que se lo llevaban los demonios. Se quitó el suéter y se quedó con la camiseta de manga corta. Sentía un calor agobiante, y no era por la calefacción. Estaba cabreado con ese

Carter. No le gustaba que ese hombre, que ni siquiera lo conocía, le dijera a Tess todas esas cosas. ¿Quién era ese tío para desprestigiarlo ante ella? Y, lo que más le cabreó fue que se despidieran con un *te quiero*.

Tess volvió al salón. Le dio a Delaney el whisky y dejó su taza sobre la mesa después de dar un sorbo del té.

—Parece ser que hoy no irás al gimnasio.

—Eso me temo. Pero, entre pasar dos horas machacándome y una cena con Carter, me quedo con lo segundo —dijo ella poniendo el tablero de ajedrez sobre la mesa con cuidado de que no se movieran las piezas—. Supongo que quieres terminar la partida.

—Claro.

—Pues te toca a ti mover —dijo ella sentándose en el suelo frente a él y sacándose el suéter por la cabeza.

Del la miraba mientras se quitaba el suéter y volvió a sentirse intranquilo. No llegaba a entender lo que le sucedía con aquella chica.

Tess cogió el billete que Delaney había dejado sobre el tablero la última vez que jugaron y lo dejó en la mesa.

Delaney movió su caballo. Tess movió un peón después de observar las piezas atentamente.

—Háblame de cuando te llevaron al internado. ¿Cuántos años tenías?

—Diez. Creo que fue la experiencia más traumática de mi vida. Fue terrible. Y estaba tan asustada, más bien aterrada —dijo ella mirándolo y sonriendo—. No podía entender por qué mis padres me habían llevado allí. La primera noche no conseguí dormir. La pasé llorando. Durante el primer trimestre pensé que me habían abandonado. Lo pasé realmente mal. Me volvía loca pensando qué había hecho que les molestara tanto para obligarles a castigarme de esa manera. Supongo que cuando eres un niño, cualquier cambio en tu vida es aterrador. Y para mí, el estar allí, significaba que mis padres querían que estuviera encerrada —dijo ella moviendo una pieza.

—¿Ibas a casa a menudo?

—Solo en las vacaciones. Los dos primeros años iban a verme entre unas vacaciones y otras y pasábamos el día juntos fuera del colegio.

La primera vez que fueron a verme les pregunté si había hecho algo malo. Mi madre dijo que no, que simplemente querían que tuviera la mejor educación. No creo que un niño de diez años pueda entender algo así. Cuando volvimos al colegio por la tarde les rogué que no se marcharan, que no me dejaran allí sola.

Recuerdo que mi padre tenía los ojos brillantes, como si fuera a llorar. Dios, les pedí y les supliqué que no me abandonaran. Mi madre dijo que cuando fuera mayor y estuviera casada con un millonario se lo agradecería. Supongo que ese fue el momento en que empecé a odiar a los millonarios —dijo ella riendo.

—¿En serio?

—Sí. Y, seguramente como castigo Dios ha hecho que me rodee de ellos, porque mis dos únicos amigos son millonarios. A veces, Carter y Logan bromean con eso. Dicen que mi madre me lanzó una maldición y únicamente me relacionaría con gente como vosotros.

Los dos se rieron.

—Siempre les eché en cara el que me enviaran al internado. Yo sabía que había sido idea de mi madre, pero mi padre lo permitió, así que era tan culpable como ella. Cuando tenga hijos no permitiré que nada ni nadie me separe de ellos.

—¿Cuándo empezaste a sentirte bien en ese colegio?

—En el segundo año. Aunque siempre que iba a casa por vacaciones no quería volver al colegio. Llegué a pensar en escaparme de casa, pero..., ¿dónde iba a ir?

Supongo que uno se acostumbra a cualquier situación. Las monjas eran agradables e hice buenas amigas —dijo ella moviendo una pieza.

Tess continuó hablando, pero Delaney dejó de escuchar. Prefirió perderse por un instante en el placer de ver cómo se movían los labios de ella mientras hablaba. Estaba fascinado al ver los gestos que hacía con las manos acompañando las palabras. Cada movimiento, cada gesto, cada sonrisa, le recordaba lo preciosa que era esa mujer.

—Te toca mover.

—Lo sé, estaba pensando en ello —dijo él volviendo a la realidad y moviendo una pieza—. ¿Resultó para ti una experiencia positiva, después de todo?

—Supongo que sí. Aprendí a cocinar, cosa que me ha sido muy útil. Me enseñaron a coser, y eso tampoco está de más. Y a ser ordenada. Cuando te acostumbras a algo durante varios años no es fácil cambiar. Así que, soy muy ordenada. Supongo que eso también es algo positivo.

—¿Y qué me dices de lo negativo?

—Creo que lo peor fue estar lejos de casa. Echaba de menos a mis padres. Pero, además, perdí la oportunidad de hacer amigos. Solo estaba en casa durante las vacaciones y los chicos de mi edad ya tenían sus amigos del colegio y del instituto. Cuando volvía a casa me sentía como si ya no perteneciera allí. Comprendí que mis amigas eran las del internado, pero estaban lejos de mi casa. Me sentía muy sola durante las vacaciones. Tal vez esa fuera la razón de que me interesara por la lectura. Recuerdo que siempre, fuera donde fuese, llevaba un libro conmigo. No has movido.

El teléfono de Tess vibró sobre la mesa. Después de comprobar quién era, colgó.

—No me importa que contestes —dijo él matándole una de las piezas.

—Era Logan. Suele llamarme los fines de semana por si estoy sola. Le llamaré más tarde.

—Tus amigos se preocupan mucho por ti.

—Sí, tal vez demasiado.

Delaney cogió el whisky y dio un sorbo.

—¿Hiciste amigos en la universidad?

—Los compañeros de clase. Aunque no intimé con ninguno de ellos. Lo cierto es que los estudios ocupaban todo mi tiempo. Eso no quiere decir que no fuera a fiestas y me emborrachara de vez en cuando, pero no era lo habitual en mí.

Tess le mató el alfil.

—Los únicos amigos que conservo de la universidad son Carter y Logan. Aunque a Carter lo veía mucho más.

—Dijiste que os llevabais varios años. Si tú estabas en la carrera y él en la especialidad..., no es normal que saliera contigo.

—Creo que Carter se dio cuenta de que estaba un poco perdida y necesitaba algo de apoyo. Su familia tenía dinero y en mi segundo año de carrera empezó a invitarme a cenar. ¿Sabes lo que es que invite a cenar un tío que sale con las mujeres más guapas? Bueno, supongo que sí lo sabes —dijo ella con una cálida sonrisa—. Es una sensación fantástica. Te hace sentir realmente bien. Contigo me sucede lo mismo, aunque sepa que tampoco es real. Salir con Carter me hizo popular. Él era muy guapo, bueno, lo es. Tenía un deportivo, su propio apartamento... Todos empezaron a pensar que había algo entre nosotros. Cuando nos enteramos de que pensaban que éramos pareja fue cuando decidimos mostrarnos más cariñosos. Esa es la razón de que nos besemos en los labios, o que vayamos abrazados por la calle, o cogidos de la mano. Aunque con Logan también lo hago —dijo ella riendo.

—¿También lo besas en los labios?

—Sí, porque cuando le dijimos por que nos besábamos en los labios, él dijo que no iba a ser menos. Logan se unió a nosotros poco después de conocernos y, cuando no estaba con Carter, me acompañaba Logan. ¿Puedes imaginarte que yo, precisamente yo, saliera con dos tíos como esos? Las chicas se morían por salir conmigo. Logan ya sabía que iba a ser sacerdote, pero a las chicas, eso no les importaba. Él también es guapísimo.

Volvieron a mover ficha los dos.

—Carter salía con las mujeres más increíbles y yo era del montón. Estoy reviviendo esa situación, contigo —dijo riendo—. Y supongo que seré popular hasta que nos divorciemos.

—Tú nunca podrás ser una chica del montón. Jaque mate.

—Oh, no..., lo has hecho a propósito.

—¿El qué? —dijo él sonriendo.

—No has dejado de hacerme preguntas para distraerme.

—Dijiste que podías hablar y concentrarte en el juego al mismo tiempo.

—Eso pensaba yo. Pero, estando contigo, es difícil concentrarse.

—¿Yo soy el culpable? —dijo él riendo—. ¿Tampoco puedes concentrarte cuando juegas con los demás hombres?

—Tú eres diferente. ¡Mierda! ¿Sabes lo que suponen cien dólares para mí?

—Supongo que lo mismo que para mí, cien dólares son cien dólares.

—No me hagas reír —dijo ella estirándose para alcanzar el bolso que estaba sobre el sillón.

Sacó la cartera y miró en el billetero.

—Vaya, ahora no tengo dinero.

—No te preocupes, ya me pagarás otro día.

—Que no tenga dinero en la cartera no quiere decir que no tenga en casa —dijo levantándose y cogiendo una caja de madera tallada que había en una estantería.

Tess se sentó al lado de él en el sofá y abrió la caja. Buscó entre los billetes y cogió dos de cincuenta dólares. Luego cogió los cien de él que estaban sobre la mesa y le dio los doscientos.

—Gracias —dijo él metiendo el dinero en la cartera que dejó sobre la mesita.

Tess apartó la cartera de él a un lado para dejar la caja de madera sobre la mesa.

—No hay de qué —dijo ella sonriendo.

—Cuando quieras la revancha, dímelo.

—Lo haré.

—Tengo que irme —dijo levantándose porque deseaba tumbarla en el sofá.

—Vale —dijo ella levantándose también.

—El lunes por la tarde me marcho de viaje y estaré fuera unos días.

—Gracias por la información —dijo ella sonriendo—. ¿Crees que sería muy personal que te preguntara adónde viajarás?

—A Londres —dijo él sonriendo también. Cogió el suéter y se lo puso.

—¡Uau!

—¿Uau?

—Se nota que no viajo demasiado, ¿verdad?

—Solo un poco. Volveré el jueves o el viernes. Te llamaré cuando vuelva.

—¿Para qué?

Delaney se rio.

—Supongo que tendremos que seguir aparentando que salimos juntos —dijo cogiendo la cazadora y poniéndosela.

—Ah, es verdad.

Delaney se dirigió hacia la puerta.

—Del —dijo acercándose a él.

—¿Sí? —preguntó él volviéndose a mirarla.

—¿Estás completamente seguro de que quieres que sigamos adelante con nuestro trato?

—¿Tienes dudas?

—Dijimos que no romperíamos nuestra palabra, pero, si los dos estamos de acuerdo en no seguir adelante, no la romperemos.

—¿Quieres echarte atrás?

—No lo sé. Tú eres un hombre de negocios yo confío en ti. Si tú crees que hacemos bien...

—¿Me dejas a mí toda la responsabilidad?

Tess se apoyó en la puerta de la calle.

—Es que..., a veces noto que estás ausente cuando estamos juntos y me pregunto si es porque tienes dudas. Lo que quiero decir es que, si te echas atrás, no pasa nada. Mi vida no va a cambiar.

Santo Dios, tenía que besarla. Tess estaba allí apoyada en la puerta, tan frágil, tan desvalida, tan vulnerable, y diciéndole que confiaba plenamente en él. Delaney le miró la boca. Tess tenía una boca para pecar. Entonces se acercó a ella y la besó.

Fue un largo, suave y perezoso encuentro de sus labios que se prolongó hasta estremecer cada milímetro de sus cuerpos.

Desesperado, se pegó a ella hasta que todo el calor que emanaba de los dos se concentró en sus bocas. Delaney la devoró con un beso totalmente

lujurioso acariciando el interior de su boca.

Tess jamás habría imaginado que lo que Delaney le estaba haciendo fuera simplemente un beso. Se sentía ardiendo por la tórrida invasión, y aturdida por el placer que sentía, por cómo sus sentidos le decían que quería más. Quería seguir así durante horas.

Delaney podría haberla tenido en ese momento y eso es lo que deseaba. A pesar de saberlo, logró controlarse. Se separó de su boca y apoyó su frente en la de ella intentando serenarse. Luego la besó ligeramente en los labios.

—Seguiremos adelante con nuestro acuerdo. Todo irá bien —dijo él haciendo a Tess a un lado y abriendo la puerta—. Te llamaré.

Tess no pudo hacer nada más que asentir con la cabeza mientras lo miraba aturdida y devastada.

Que Dios me coja confesado, pensó Delaney mientras bajaba la escalera. *No sé si podré mantenerme alejado de ella.*

El beso le había provocado a Delaney un hormigueo de pies a cabeza y en todas las zonas intermedias.

Dios mío, esto no lo voy a poder soportar. Va a notar que siento algo por él. ¿Por qué me besa así? Puede que eso sea lo normal en él y no le afecte, pero debería pensar en mí. Él sabe que no tengo mucha experiencia. Si supiera que no tengo ninguna... Qué vergüenza si se entera. Espero que no llegue a averiguarlo, pensaba Tess sentada en el sofá.

Carter entró en el edificio cuando Delaney llegaba al pie de la escalera. Los dos se miraron. Ambos se reconocieron aunque sabían que no les habían presentado.

—Hola —dijo Delaney.

—Hola —dijo Carter dirigiéndose a la escalera.

Delaney salió del edificio y subió al coche, junto a Jack.

—¿Dónde vamos?

—A casa.

—¿Saldrás esta noche?

—No. Estoy cansado.

—¿Va todo bien?

—Sí.

Delaney apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y la giró para mirar por la ventanilla.

Sabía que Tess no estaba utilizando ninguna de las artimañas que solían

utilizar las mujeres para atraer a los hombres. No se insinuaba con la mirada, ni le tocaba. Y no se sentía impresionada por él ni por lo que era. Tess era ingenua y, sí, a veces decía algunas cosas que podrían hacerle pensar que quería seducirle, pero Delaney se había dado cuenta de que era, simplemente sincera, y que no se paraba a pensar dos veces en lo que decía. Tess se expresaba de todo corazón sin tener la menor sospecha de que un hombre podría pensar que quería seducirlo. Delaney sabía todo eso y no podía dejar de preguntarse *por qué esa mujer había despertado en él ese deseo irrefrenable*. Y no era el deseo normal que se siente al tener delante a una mujer, era algo..., era algo que hacía que ardiese por dentro cuando la tenía cerca, algo que hacía que su cuerpo se excitara sin él desearlo. Algo que le hacía sentir enfermo.

Al llegar a casa Delaney llamó por teléfono a la mujer con la que había quedado para cenar y canceló la cita. No le apetecía estar con nadie esa noche. Estaba preocupado por lo que sentía cuando estaba con Tess.

Esa noche, después de besarla, pensó en decirle que no quería seguir adelante con su acuerdo. Pero no fue capaz. Sabía que no iba a poder estar sin verla. ¡Dios! Cuánto la deseaba. Y sabía también que ese deseo no se extinguiría hasta que estuviese con ella, hasta que la hiciera suya.

Por otra parte sabía que entre ellos no habría relaciones sexuales. Eso lo tenía claro. Pero, al menos, la vería y podría robarle algún beso cada vez que se le presentara la ocasión. Podría desahogarse con otras mujeres. Y, tal vez, solo tal vez, podría estar con ella después de que se divorciaran. De lo que sí estaba seguro era de que en algún momento sería suya.

Cuando Delaney subió a acostarse se dio cuenta de que la cartera no estaba donde solía dejarla siempre cuando llegaba a casa y se cambiaba. Buscó en los bolsillos de la cazadora que había llevado esa tarde y no la encontró. Entonces se acordó de que había sacado la cartera en casa de Tess para guardar lo que había ganado al ajedrez y la había dejado sobre la mesita, junto al tablero. Así que decidió llamar a Tess. Ella contestó al tercer tono.

—Hola.

—Hola. Perdona que te moleste tan tarde.

—Tú nunca me molestarías.

—Gracias. ¿Estabas acostada?
—Sí, pero no durmiendo. Carter acaba de irse.
—Me he dejado la cartera en tu casa.
—Lo sé. Pensé en llamarte porque supuse que la necesitarías en el restaurante, pero no quise molestarte. La verdad es que prefiero no llamarte.
—Te dije que podías llamarme cuando quisieras.
—Lo sé, pero no lo haré.
—Al final no fui a cenar.
—¿Por no tener la cartera?
—No —dijo él riendo—. Me di cuenta de que no me apetecía salir.
—Es una lástima que no lo pensaras antes de marcharte de mi casa. Podrías haber cenado con Carter y conmigo.
—No le caigo bien a tu amigo.
—Eso es porque no te conoce.
—¿Crees que le caeré bien cuando me conozca?
—Por supuesto. Aunque eso no quiere decir que vaya a dar su aprobación de que salgamos juntos.
—Él no es tu padre ni tu hermano para que tenga que aprobarme.
—Para mí, él es mi familia.
—Supongo que en algún momento tendré que conocerlo. ¿Te importa que envíe a alguien el lunes para que recoja la cartera en tu trabajo? Tengo varias reuniones y no tendré tiempo para ir yo.
—Claro. Aunque puedes recogerla mañana, si quieres.
—Mañana pasaré el día con mi hermano fuera de la ciudad y saldremos temprano.
—De acuerdo. La meteré en el bolso antes de irme el lunes.
—Gracias.
—Supongo que no hablaremos ni nos veremos antes de que salgas de viaje. Así que, que tengas un buen viaje.
—Gracias. Cuídate.
—Lo haré. Tú también.

Cuando Tess colgó siguió escribiendo en su diario. Nunca había escrito un diario pero, desde que conoció a Delaney sentía la necesidad de escribir sus pensamientos, sus deseos...

Delaney se acostó. No le extrañó que tardara en dormirse, siempre era así. Lo que no entendía era por qué no podía apartar a Tess de su mente. Se repetía a sí mismo, una y otra vez, que ella era solo un negocio, pero en su

mente no la consideraba como tal.

El lunes, Tess entró en la cafetería del trabajo poco después de la una, como cada día. Le pidió a su amigo el almuerzo y se sentó en su mesa. Poco después el chico le llevó un bagel de salmón y un zumo y se sentó un instante con ella.

—¿Va todo bien?

—Sí, genial. Estoy saliendo con alguien.

—Estupendo —dijo el chico.

Delaney entró en la cafetería.

—Acaba de entrar ese alguien —dijo Josh sonriendo.

—¿Qué? —dijo ella girándose a ver de quién se trataba—. Ese es el hombre con quien salgo.

—¿No me digas?

Delaney se acercó a ella y Tess le dedicó una cálida sonrisa que hizo que a Delaney se le tensara el cuerpo. Se inclinó hacia ella y la besó en los labios. Josh se levantó de la mesa.

—Hola —dijo Delaney al chico.

—Hola, señor.

—¿Podría traerme un café con leche y un trozo de tarta de manzana?

—Por supuesto —dijo el chico alejándose.

—Dijiste que hoy estarías muy ocupado.

—Y lo estoy, pero quería salir un rato de la oficina —dijo Delaney sentándose frente a ella.

—Me alegro de verte. Te echo de menos cuando subo a almorzar.

—En ese caso, me alegro de haber venido.

—¿A qué hora es tu vuelo?

—A las siete y media.

—¿Volarás en uno de tus aviones?

—Para eso los tengo.

—Cómo te envidio.

—¿Por ir a Londres o por tener un avión?

—Supongo que por las dos cosas.

—Podrás viajar cuando estemos casados.

El camarero se acercó y dejó sobre la mesa el café con leche y la tarta.

—Gracias —dijo Delaney.

—No hay de qué. Que aproveche —dijo el chico antes de retirarse.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Delaney tomando un sorbo del café.

—Estaba pensando —dijo ella sonriéndole—. Sabes, cuando te vi por primera vez pensé que eras el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Y te aseguro que me llevó unos segundos en volver a catalogar mi idea de belleza masculina para poder enjuiciarte debidamente.

Delaney se quedó mirándola fijamente a los ojos mientras masticaba la tarta que se acababa de meter en la boca. Tess se sintió turbada por un instante al sentir la intensidad de su mirada.

—Cielo, no deberías decir cosas como esa.

—¿Por qué?

—Bueno, cualquier hombre tomaría tus halagos como un flirteo.

—Ahora no hay ningún hombre aquí. Tú no cuentas —dijo ella rápidamente antes de que él dijera nada—. Además, yo no le digo a ningún hombre nada por el estilo.

—¿Por qué a mí sí?

—Puede que porque seas el hombre más atractivo del planeta. O tal vez, no, seguramente porque no te considero como a un hombre sino como un convenio, o un contrato, o un acuerdo, como quieras llamarlo. Así que, no te des por aludido cuando diga algo que te halague. Ya sé que tengo un problema con mi forma de ser. Soy demasiado sincera y suelo decir lo que siento.

—Me gusta que seas sincera. El sábado me encontré con tu amigo Carter en el portal de tu casa.

—Me lo dijo.

—Tenías razón, lo conozco de vista. ¿Lo pasaste bien con él?

—Siempre lo paso bien con él.

—¿Te hizo alguna proposición deshonesta?

—Por supuesto que no. Yo no me acuesto con mis amigos. ¿Tú lo haces?

—La verdad es que sí. Quiero decir con mis amigas.

—Te he entendido. Me temo que tú y yo pensamos de diferente forma. Creo que el sexo enturbia la amistad.

—¿Por qué crees eso?

—No sé la razón pero, estoy convencida de ello. Otra cosa muy diferente es que dos buenos amigos pasen a ser algo más, con un futuro por delante. Dicen que *las mejores relaciones comienzan con una buena amistad*.

—¿Quién lo dice?

—No tengo ni idea. Lo habré leído en algún sitio. ¿Tú comportamiento con tus amigas cambió después de acostarte con ellas?

—No puedo saberlo porque las conocí, precisamente, acostándome con ellas.

—¿A eso le llamas tú amistad?

—¿Por qué no?

—¿Has pasado con ellas tiempo, simplemente hablando, o paseando, o sentados en un parque en silencio? ¿Alguna vez habéis hablado de vuestras vidas, de vuestros problemas, de vuestros trabajos, de vuestros deseos o ambiciones, de vuestro futuro, y sin hacer el amor?

—Yo no voy a pasear a parques. Y no hablo con ellas de todas esas cosas que has mencionado. Y, sobre todo, yo no hago el amor, simplemente, follo con ellas.

—¿Entonces para ti, amistad es sinónimo de sexo?

—Yo no he dicho eso.

—Sí lo has dicho. Dime, ¿de qué hablas con tus *amigas*?

Delaney se quedó mirándola.

—¿Por qué no me contestas?

—Estoy intentando recordar alguna conversación que haya mantenido con alguna de ellas.

—Habría asegurado que tenías buena memoria —dijo ella después de esperar suficiente tiempo.

—De acuerdo. Admito que nuestras conversaciones no son interesantes, fuera de la cama.

—O sea que cuando más habláis es en la cama.

—Es posible.

—Bueno, es un buen sitio para hablar de vuestras vidas, así os vais conociendo.

—Yo no hablo de mi vida con nadie. Y tampoco me importa la de ellas.

—Entonces, me temo que yo soy lo más parecido a una amiga que tienes. Me haces un montón de preguntas sobre mi vida personal, a pesar de que querías tener una relación impersonal conmigo. Hablamos de nuestros trabajos cuando vamos a cenar. Hablamos de mis amigos. Y de tu familia. Me pregunto por qué hablas conmigo de todas esas cosas y no con ellas.

—Puede que sea porque eres mi novia y nos casaremos pronto.

—¿Vas a hablarme alguna vez de ti? ¿De lo que no es de dominio público?

—No creo.

—O sea que, tú puedes hacerme todas las preguntas que desees sobre mí, pero yo no puedo preguntarte nada sobre ti. Creo que en las pocas veces que nos hemos visto has averiguado todo sobre mi vida.

—Puede que con el tiempo te hable de mí.

—¿Puede? Me temo que ya no contestaré a ninguna de tus preguntas. Pensé que debíamos conocernos, al menos un poco, ya que vamos a casarnos. Pero, he estado pensando en ello y, el matrimonio es un simple contrato civil que se elimina con otro documento. Y, si lo piensas detenidamente, es bastante impersonal, ¿no crees? Tal vez tengas razón y una relación impersonal sea lo mejor. Solo por curiosidad, ¿podrías decirme de qué hablas con tus amigas cuando estáis a solas? Parece ser que habláis de cosas impersonales. Tú y yo podríamos hablar de lo mismo.

—Quieres que te diga de lo que hablo con ellas cuando estamos a solas?
—dijo él mirándola y sonriendo.

—Si vamos a dejar nuestras vidas a un lado, tendremos que hablar de algo, y parece que con ellas te funciona. Tal vez deberías darme una lista de los temas que podemos abarcar. Me aburriría si no hablásemos de nada.

—Tú y yo nunca nos hemos aburrido.

—Porque has estado acosándome a preguntas.

—Te hablaré sinceramente. Cuando hablo con ellas, en la cama, hablamos de sexo, porque es lo que hacemos en la cama. Cuando vamos a cenar solos, normalmente, es ella la que habla y yo me limito a escuchar o a hacer como que escucho. Y en las cenas o fiestas estamos con otras personas y normalmente ellas hablan con las mujeres y yo con los hombres.

Tess lo miró fijamente pero no dijo nada.

—Yo no las llevo a pasear. Tampoco las llevo al cine. Yo no voy a cenar a casa de ninguna ni veo películas con ellas. Ni juego al ajedrez.

—Vaya, tu vida es patética.

Delaney se rio.

—¿No sales con mujeres inteligentes?

—En alguna ocasión, pero suelo evitar a las mujeres inteligentes.

—¿Porque tu prometida era abogada?

—No voy a hablar de eso.

—A ver si lo entiendo. ¿Utilizas a esas mujeres para que adornen tu brazo en las cenas y en las fiestas? ¿Y como objeto sexual? —dijo Tess riendo
—. Ahora eres tú quien me parece patético.

—Eres un poco cruel, ¿no te parece?

—Eso es lo que tú me has dicho, con todo detalle. Dios, debes aburrirte mucho. Decididamente ya no me interesa saber nada sobre tu vida.

—¿Por qué no dejamos esta conversación? Tú no tienes nada que ver con esas mujeres. La relación que hay entre tú y yo es completamente diferente.

—Por supuesto que es diferente. Con ellas te acuestas y, entre tú y yo no hay ni habrá ninguna relación. Y, por supuesto, yo nunca seré una mujer florero. Tú eres demasiado guapo para necesitar ningún adorno, aunque ese adorno sea una mujer. Te he echado de menos cada día durante los almuerzos —dijo ella para cambiar de tema.

—¿En serio? —dijo él sonriendo

—Es aburrido comer sola.

—Yo también he echado de menos comer contigo. Pero soy un hombre muy ocupado. Y más ahora, que voy a casarme. Dicen que las esposas gastan mucho dinero.

—¿Eso dicen?

—Sí.

—Al principio de conocernos venías cada día a comer aquí, ¿no estabas ocupado entonces?

—Sí, tan ocupado como ahora. Pero desde que te vi necesitaba convencerte de que aceptaras mi propuesta, y eso me llevó tiempo —dijo él sonriendo.

—Sí, soy muy dura para los negocios.

—Sí, lo eres. La próxima vez que nos veamos hablaremos sobre mí. Y podrás hacerme las preguntas que quieras.

—¿Estás haciéndome una concesión?

—Sí, y créeme, no acostumbro a hacer concesiones. Tengo que marcharme.

—Vale.

—Pórtate bien estos días.

—¿Tú te portarás bien?

Delaney le sonrió. Se levantó y se acercó a ella. Tess levantó el rostro para mirarlo. Delaney se inclinó hacia ella y la miró a los ojos. Tess bajó la mirada hasta su boca.

La boca de ese hombre era puro pecado. Sus esculpidos labios tenían el tamaño perfecto, ni muy gruesos ni muy finos. Eran firmes y tan

vergonzosamente sensuales que Tess no pudo evitar sonrojarse por sus pensamientos.

Delaney sabía que ella deseaba que la besara y la complació. Le acarició los labios de tal forma que la hizo temblar.

¡Dios! La boca de esta chica está hecha para besarla, pensó Delaney mirándole los labios.

Fue un largo y tierno beso que hizo que a Delaney se le tensara cada músculo de su cuerpo. Delaney se apartó de ella, y no porque lo deseara.

—Me gusta muchísimo besarte. Cuídate —dijo alejándose de ella.

Tess se sentía abrumada siempre que él estaba cerca. Pero cuando la besaba le quitaba el aliento.

Sabía que tenía que mantener las distancias con él. Esos pecaminosos labios la llamaban con tanto ardor que era hasta doloroso no dejarse llevar por ellos. Porque si no se mantenía alejada de él sucumbiría sin remedio.

Antes de abandonar la cafetería Delaney sabía que no le había pedido la cartera a Tess. Lo hizo a propósito. Así tendría una excusa para llamarla.

Tess llegó a casa a las once de la noche. Encendió el móvil y vio que tenía una llamada de Delaney. No pensaba llamarlo pero le envió un WhatsApp.

Hola, acabo de llegar a casa. Tenía el teléfono desconectado y no he visto tu llamada hasta ahora. Ya sabes que yo no voy a llamarte, por si estás acompañado. Si necesitas hablar conmigo por algo en especial, cosa que dudo, llámame tú.

Unos segundos después de enviar el mensaje sonó el teléfono de Tess.

—Hola.

—Hola. Has llegado tarde a casa.

—¿Y eso es un problema?

—No.

—¿Dónde estás?

—Volando.

—Desde los aviones no se puede llamar.

—Desde este sí.

—Claro, cómo no. ¿Por qué me has llamado? ¿Ya me echas de menos?

—Es posible, aunque no te llamo por eso.

—¿Entonces que necesitas de mí? Te advierto que lo del sexo por teléfono no se me da bien.

—Vaya, es una pena —dijo él riendo—. He ido a verte a la librería para recoger la cartera.

—¡Mierda! Lo siento, lo olvidé por completo.

—No lo sientas. Yo he ido a recogerla y también lo he olvidado.

—Seguro que no lo has olvidado por los mismos motivos que yo.

—¿Cuáles han sido tus motivos?

—Me tienes aturdida.

Delaney se rio.

—No te rías. No puedo acostumbrarme a esto..., a ti..., a los periodistas..., a todo. Me siento abrumada. Te aseguro que cuando estás cerca, mi cerebro deja de funcionar. Es como si provocaras interferencias en él.

Delaney volvió a reírse.

—No tiene gracia.

—Sí la tiene.

—Para ti es fácil porque es lo normal en tu vida, pero yo todavía no me he acostumbrado, y no creo que llegue a hacerlo. Y el problema se acentúa cuando me besas. Entonces sí podría decir que pierdo completamente los papeles.

—Si te molesta no volveré a besarte.

—No me molesta en absoluto. Es solo que, cuando me besas me siento desconcertada.

—Bueno, yo me sentí así cuando me besaste tú el otro día. No esperaba un beso como ese.

—Supongo que enseñar a una chica a besar también te divertirá.

—No creo que ese término sea el adecuado. Pero reconozco que me gusta besarte. Y que me beses.

—Tal vez el término adecuado sea que te doy lástima.

—¿Lástima? Puedes estar segura de que no siento ninguna lástima por ti. Simplemente me gusta ayudarte. Los tíos con los que has salido deberían haberte prestado un poco más de atención. Besarte es algo sencillo, algo que no supone ningún esfuerzo. A mí me agrada mucho hacerlo. Y a partir de ahora tendremos que besarnos a menudo.

—Bueno, pues..., gracias por tus servicios.

—Un placer —dijo él sonriendo.

Dios, esos tíos deberían haberse ocupado de esa boca... Aunque, mejor que no lo hayan hecho. Para mí será un verdadero placer ocuparme de ella durante el próximo año. Pensaba Delaney.

—Siento lo de la cartera. Aunque, un hombre con tus recursos, no creo que tenga problema.

—No, no los tendré.

—¡Hostia! Acabo de acordarme de que tu cartera sigue en mi bolso. Si me la hubieran robado... ¿Llevas mucho dinero en ella?

—¿No lo has comprobado?

—¿Por qué iba a curiosear en algo que no es mío?

—¿No sentías curiosidad?

—A mí no me gustaría que nadie mirara entre mis cosas. Así que no, no sentía ninguna curiosidad.

—Eso es raro en una mujer.

—Entonces seré rara. O, tal vez, las raras sean esas mujeres con las que sales.

—Olvidémonos de la cartera, ya me la darás cuando nos veamos.

—Del, voy a poner el manos libres mientras me desnudo. Acabo de llegar a casa y todavía no me he cambiado —dijo ella dejando el móvil sobre la cama.

—¿Por qué has mencionado eso?

—¿Poner el manos libres?

—No, lo de desnudarte —dijo él sonriendo.

—Supongo que tú también lo haces cuando llegas a casa.

—Sí, es cierto. Si quieres, puedes ir diciéndome las prendas que te vas quitando.

—Ja.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien.

—Cuéntame lo que has hecho.

—¿Ya empezamos con las preguntas?

—Solo he preguntado sobre tu día.

—Del, a mí no me importa contestar a cualquier pregunta que me hagas del pasado, del presente o del futuro. Yo no tengo nada que ocultar y siempre, repito, siempre seré sincera contigo. De hecho, lo soy con todo el mundo. Pero, después de nuestra conversación de hoy, he decidido que no te haré ninguna pregunta sobre ti ni sobre tu vida. Así que, dejaré en tus manos el que

quieras hablarme de algo. De momento sé de ti lo mismo que cualquier persona que tenga ordenador. Si quieres que sepa algo tuyo, personal, será tu decisión.

—De acuerdo.

—Y contestando a tu pregunta te diré que Carter me ha recogido esta tarde en el trabajo. Por cierto, los fotógrafos estaban esperando en la puerta.

—Seguro que sales de nuevo en alguna revista con él.

—Apuesto a que sí. Y, como el otro día le dije a Carter que no te había hecho gracia que nos portáramos de forma tan íntima, creo que lo ha profundizado. Porque después de besarme en los labios en la puerta de la librería me ha dado un abrazo que ha durado una eternidad.

—Pues tu amigo nos está ayudando mucho.

—Le he dicho que no te iba a gustar y ha dicho, *¡que se joda!*

—Decididamente a tu amigo no le caigo bien.

—No puedes caerle mal porque no os conocéis. Él solo está preocupado por mí. Dice que vas a hacerme daño.

—Tu amigo es un cretino. ¿Tú crees que voy a hacerte daño?

Ya me lo estás haciendo saliendo con esas mujeres, pensó Tess.

—No lo sé. Espero que no. Y no es un cretino. Se porta así porque me quiere. Y le gustaría que me abandonaras, como haces con todas.

—Pues esta vez se va a joder él.

—No te enfades, Del. De todas formas, los fotógrafos son un coñazo.

—¿Has ido a cenar con tu amigo?

—Sí, hemos comido un bocadillo en un bar al que nos gusta ir de vez en cuando. Y luego me ha llevado al pub ese que te comenté.

—¿En el que buscaban una cantante?

—Sí. Y Logan nos estaba esperando allí. El pub me ha gustado. Y el dueño es guapísimo. Es de la edad de Carter. Tiene contratado a un cantante, un chico muy simpático, por cierto. Me he sentido algo nerviosa cuando el propietario ha dicho que quería oírme. Carter y Logan me han obligado a tomarme un coñac para que me tranquilizara, y la verdad es que ha funcionado.

—¿Has cantado?

—Sí. He hablado con los músicos y me sabían dos de las canciones de su repertorio, y las he cantado. Me han dado el trabajo.

—Enhorabuena. ¿Le has dicho a tu nuevo jefe que algunos días no podrás ir?

—No hay problema. Ha dicho que cuando uno de los dos cantantes no

pueda ir el otro lo sustituirá. He hablado con el que será mi compañero y está de acuerdo. Trabajaremos tres días a la semana cada uno, de ocho a diez de la noche. Cobraré doscientos dólares cada día, que no está nada mal, para mí, claro. Supongo que para ti será una nimiedad.

—¿Cómo te has sentido cantando?

—Creo que bien.

—¿Te han seguido los fotógrafos hasta dentro de pub?

—No, hay un portero bastante aterrador.

—Encontrarán la manera de entrar. Si quieres dedicarte a cantar, ellos te lanzarán.

—Yo no quiero cantar, lo hago únicamente por el dinero.

—No vas a necesitar dinero.

—Del, yo no doy nada por sentado. Nunca se sabe lo que nos deparará el futuro. A lo mejor incluso te arrepientes y decides no casarte conmigo.

—Eso no sucederá. Tess, es tarde y supongo que estarás cansada.

—Lo cierto es que estoy muerta. Voy a meterme a la ducha y luego me acostaré.

—Gracias por informarme que vas a ducharte, desnuda —dijo él riendo.

—Si haces esos comentarios para que piense que te excita el pensar en mí, puedes ahorrártelos. Sé que eres un hombre con suficiente experiencia como para que pierdas el control. Y menos aún tratándose de mí.

—No te creas.

—Y, no podemos olvidar que yo no soy tu tipo. Así que, si lo haces para que me sienta halagada, te aseguro que no es necesario. Tú para mí eres solo un negocio.

—Tú también para mí. Te dejo para que te duches. Buenas noches.

—Buenas noches, Del. Cuídate.

Tess pensó mucho en Delaney durante toda la semana. Confiaba en que hubiera regresado de Europa el día anterior, jueves, pero no tenía noticias suyas. No recibió ni una llamada, ni un mensaje durante el tiempo que estuvo ausente. Tess pensó que tal vez ya estuviera de vuelta pero, ¿por qué iba él a informarla de ello?

A la una subió a la cafetería a almorzar. A Tess le dio un vuelco el corazón cuando vio a Delaney junto a la mesa que ella solía ocupar. Estaba de pie hablando por teléfono mientras miraba al exterior a través de la ventana.

Cuando colgó se dio la vuelta y la vio.

Delaney la miró a los ojos y vio un brillo especial, y quiso pensar que ese brillo era por él. Tess se acercó a él. Sintió que la sangre se le calentaba y su corazón aceleraba sus latidos. Su cuerpo siempre la traicionaba cuando él estaba cerca o, simplemente con una mirada intensa como la que tenía en ese momento.

Tess le dedicó una sonrisa tan brillante que casi lo cegó.

—Hola.

Delaney no pudo contenerse. La había deseado cada día desde que se había marchado de viaje. La cogió de la cintura para atraerla hacia él y posó sus labios sobre los de ella. A Tess no le dio tiempo de reaccionar. Pero, al sentir la lengua de él en su boca, le rodeó el cuerpo con sus brazos por dentro de la chaqueta, algo que hizo a Delaney temblar. Tess le devolvió el beso con más intensidad incluso de la que él pretendía.

—Parece que me has echado de menos —dijo ella con la respiración entrecortada cuando se separaron.

—No lo voy a negar.

—¿Cuándo has vuelto? —dijo ella sentándose en la mesa.

—Acabo de llegar. He venido directamente del aeropuerto.

—Vaya, eso es un honor. ¿Te quedas a almorzar conmigo o solo has venido para besarme y dejarme aturdida para toda la tarde?

—Almorzaré contigo —dijo él riendo por sus palabras.

—¿Qué quieres comer?

—Lo mismo que tú.

—Ahora vuelvo —dijo Tess levantándose y dirigiéndose a la barra.

Delaney la contempló como se alejaba. Había deseado llamarla cada día, pero no tenía excusa para ello. Y era cierto que la había echado de menos, a pesar de que él tenía su vida. En cada país al que iba se hospedaba en uno de sus hoteles. Y en cada país había mujeres que con solo una llamada acudían a él. Y Delaney había estado ocupado cada noche con una de ellas desde que llegó a Londres hasta que lo abandonó.

Así y todo, cuando se metía en la cama, para dormir, pensaba en Tess. Y a menudo se preguntaba qué sentiría si la tuviera en la cama, debajo de él. Se había permitido incluso soñar con ella en más de una ocasión.

Tess volvió a la mesa y se sentó frente a él.

—Antes de nada te daré la cartera para que no se me olvide —dijo ella sacándola del bolso—. Dijiste que volverías ayer u hoy y pensé que podrías

necesitarla.

—Gracias —dijo él guardándola en el bolsillo de la chaqueta—. Te he traído algo de Londres.

—¿Un regalo?

Josh apareció y les dejó la comida y los zumos. Luego se retiró.

—Eso es —dijo Delaney entregándole la bolsa que había sobre una de las sillas.

—Muchas gracias. No tenías porque traerme nada —dijo ella sacando el paquete de regalo de su interior. Lo desenvolvió.

Era un pijama. El pantalón era negro con corazones en blanco. La camiseta era negra de tirantes y llevaba escrito en blanco la frase *soy sexy*, en inglés.

—¿Soy sexy? —dijo Tess riendo.

—Si es una pregunta, sí, eres muy sexy. Lo vi en un escaparate y pensé en ti.

—¿Pensaste en mí?

—Sí, precisamente por lo de sexy.

—¿Crees que soy sexy?

—Sí, mucho.

—¿El magnate Delaney Stanford ha ido de viaje de negocios a Europa y se ha molestado en comprarme un regalo, a mí? —dijo ella sonriendo—. Me has comprado un pijama de corazoncitos —añadió soltando una carcajada.

—Ese sería un buen titular para la prensa. Reconozco que no es mi estilo. Aunque podrías haber disimulado y no reírte.

—Me encanta tu regalo —dijo ella incorporándose para acercarse a él y besarlo en los labios—. Es, sencillamente fantástico.

—¿Te pones tan contenta por un pijama?

—No es el pijama en sí, Del. Lo has visto en un escaparate y has pensado en mí al verlo. Y te has molestado en entrar en la tienda para comprarlo. Y sé que tú no acostumbras a hacer este tipo de regalos. Este es el mejor regalo que podrías hacerme. Y además, no puedo olvidar que un hombre con tu experiencia y que sale con todas esas bellezas, me ha dicho que soy sexy. Sé que no es cierto, pero de todas formas, me ha gustado oírlo.

—Y todo eso es porque te he comprado un simple pijama.

—Sí. Ese detalle de tu parte me ha alegrado el día. Me encanta. La próxima vez que vayas a mi casa me lo probaré para que veas cómo me sienta.

Sí, eso es lo único que necesito para dejar de pensar en ti, pensó

Delaney sonriendo.

—Si te has puesto tan contenta con el pijama, no quiero imaginar cómo te vas a sentir cuando veas mi otro regalo. Hay algo más en la bolsa.

—¿Algo más? —dijo ella mirando en el interior de la bolsa y sacando un paquete pequeño alargado.

—Espero que te guste.

Tess rasgó el papel y vio el estuche de terciopelo negro. Lo abrió y se quedó perpleja al ver la pulsera de brillantes.

—¿Te gusta?

—Es muy bonita. De hecho, es preciosa. Creo que no he visto nada tan bonito en mi vida.

—En ese caso, deberías mirarte más a menudo al espejo.

—Gracias, eres muy amable.

—Tess, no es amabilidad.

—Agradezco que hayas pensado en mí al comprar algo de tanto valor. Y, no quiero que te molestes pero, no puedo aceptarlo —dijo ella cerrando el estuche y deslizándolo por la mesa hacia él.

—Por supuesto que puedes que aceptarlo. Lo he comprado expresamente para ti.

—Ya me dejaste claro que estás acostumbrado a hacer regalos de ese tipo pero yo no lo quiero. Lo siento.

—Pero...

—No insistas, por favor. ¿Puedo preguntarte como lo has pasado en Londres? —dijo ella para cambiar de conversación.

—He ido a trabajar.

—Supongo que habrás hecho algo más, además de trabajar.

—Fui a comprar tus regalos y no acerté en la elección.

—¿Qué dices! Me encanta el pijama.

—Eres una chica muy extraña.

—¿Tú crees?

—Sí, nadie rechazaría algo así.

—Del, ese es el regalo que le hace un hombre a una amante, puede que para agradecerle sus servicios. Pero yo no soy tu amante y nunca lo seré. Así que, no te molestes en gastar dinero conmigo. Aceptaré el anillo de compromiso y la alianza de boda porque lo necesitamos para sellar nuestro acuerdo. De lo contrario, tampoco los aceptaría.

—Te gusta llamarme Del por lo que veo.

—Bueno, tu nombre es largo. Pero si te molesta, te llamaré Delaney.

—Me gusta. Eres la única que lo hace.

—Vale.

—¿Qué has hecho estos días?

—He ido a trabajar al pub dos noches. He ido al gimnasio. Y he terminado mi lista del mes de las tarjetas.

—¿Te acompañó tu amigo Carter al pub?

—Un día me acompañó Carter y el otro Logan. Estoy ganando un montón de pasta ahora, más de cinco mil dólares al mes.

—No está mal.

—Sé que para ti no es una gran cantidad, pero para mí significa mucho.

—Me alegro por ti. ¿Has tenido algún problema con los fotógrafos?

—No. Procuro olvidarme de ellos. ¿Vas a ir a trabajar hoy?

—No sé, ¿te apetece hacer algo conmigo?

—No —dijo ella ruborizándose.

—¿No? —preguntó él extrañado.

—Voy a ir al pub después del trabajo.

—¿Quieres que vayamos a cenar cuando termines?

—Acabaré tarde, mejor otro día.

—¿Mañana?

—No sé...

—No nos han visto juntos en toda la semana.

—De acuerdo, mañana entonces. Pero..., no sé si sabes que es sábado.

—¿Te parece bien que te recoja a las ocho?

—Sí, perfecto.

Delaney no podía apartar la mirada de la boca de ella. Tess tenía una boca que prometía todo tipo de pecados. Y Delaney deseaba que la empleara con él.

—Tengo que volver al trabajo —dijo ella haciendo una señal al camarero para que trajese la nota—. ¿Qué harás ahora?

—Creo que iré a casa a dormir unas horas.

—Buena idea. La gente no lleva bien lo del cambio de horario. Al menos eso dicen.

—Y tienen razón.

Josh dejó la nota sobre la mesa y Delaney puso el dinero sobre el papel. Luego se metió el estuche de la joyería en el bolsillo de la chaqueta y abandonaron la cafetería.

Llegaron a la planta baja y Tess le acompañó hasta la puerta. Delaney la cogió de la mano para llevarla a un lado y tener más intimidad. Ella lo miró y se sonrojó ante la expectativa. Sabía que iba a besarla.

Delaney la miró a los ojos y descendió la mirada hasta su boca. Colocó la mano en la nuca de ella y se acercó para besarla. Le gustaba besarla. Y no únicamente por el placer que sentía al hacerlo sino porque siempre que la besaba lograba dejarla aturdida.

La boca de Tess era exquisita, y ese ligero temblor de su cuerpo le resultaba a Delaney tremendamente erótico.

Delaney apartó la boca de la de ella y se miraron a los ojos.

—No puedes besarme en el trabajo. Podrían despedirme.

—Si te despiden, compraré la librería y conservarás tu trabajo.

Tess soltó una carcajada que hizo que Delaney se sintiera muy, muy bien.

—Te recojo mañana a las ocho en tu casa.

—Vale. ¿Cómo debo vestirme? Si supiera dónde me vas a llevar a cenar sabría lo que ponerme.

—Tú siempre estás perfecta.

—Pero, si me llevas a comer una hamburguesa o una pizza, puedo ir en vaquero.

—Entonces, ponte un vestido, iremos a un restaurante.

—De acuerdo.

—Hasta mañana.

Delaney entró en el coche junto a Jack. Estaba muy cabreado.

—¿Qué sucede?

—¿Qué le pasa a esa chica? No la entiendo. ¿Puedes creer que se ha vuelto loca de contenta cuando le he dado un ridículo pijama que le compré en Londres?

—¿Y eso es malo? —preguntó el chófer.

—No ha aceptado la pulsera que le compré —dijo abriendo el estuche para que Jack la viera—. ¿No te parece bonita?

—Sí, es muy bonita. ¿Qué razón te ha dado para no aceptarla?

—Ha dicho que este es el regalo que se le hace a una amante, y que nosotros no lo somos ni lo seremos nunca.

—Vaya —dijo Jack disimulando una sonrisa y pensando que tal vez había juzgado mal a Tess.

—¿Qué mujer en su sano juicio rechaza algo así?

—Una que espera de un hombre algo más que joyas —dijo Jack.

Capítulo 5

Era sábado, el día que Tess había quedado con Delaney para cenar.

Tess no había podido dormir la noche anterior. Le dio por imaginar que Delaney la llevaría a cenar y luego irían a su casa y le haría el amor. Y estuvo dando vueltas en la cama pensando en esa absurda idea.

Cuando se levantó y fue al baño se miró en el espejo y vio el cansancio en sus ojos.

—¡Perfecto! —dijo.

La mañana se le hizo interminable en el trabajo. Antes de marcharse de la librería subió a la cafetería y compró un sándwich que se comió mientras se dirigía a la estación del metro.

Cuando llegó a casa fue directamente al dormitorio, se quitó la ropa y se puso el pijama. Luego se metió en la cama. Quería dormir aunque fueran un par de horas. Puso la alarma a las seis por si no se despertaba y se tapó. Poco después estaba dormida.

Nada más apagar la alarma la invadió la intranquilidad. *¿Siempre va a ser igual?*, se preguntaba. *Que esté enamorada de él no quiere decir que tenga que parecer una gilipollas cuando lo veo. ¡Tranquilízate!* se decía una y otra vez. *Seguro que él no está nervioso. ¿Por qué iba a estar nervioso? Él está acostumbrado a hacer negocios, y esto es solo un negocio. ¡Mierda, mierda! ¿Por qué he tenido que enamorarme de él?*

Tess abrió el grifo de la bañera para que se fuera llenando mientras se desmaquillaba.

Encendió un par de velas que tenía sobre la repisa que bordeaba la bañera y se metió en el agua caliente. Apoyó la cabeza y cerró los ojos para relajarse.

Veinte minutos después seguía tan nerviosa como antes de entrar, si no más. Se afeitó las piernas y las axilas y tras aclararse con la ducha salió de la bañera. Se envolvió en una toalla y fue al dormitorio. Se secó y se puso crema en el cuerpo.

Entró de nuevo en el baño con la ropa interior, se lavó los dientes y se puso crema en la cara. Luego se maquilló ligeramente, como hacía siempre. Una raya en los ojos, máscara en sus ya largas y espesas pestañas, perfilador

en los labios y lápiz de labios rojo.

Las uñas las tenía perfectas, como siempre, pero cambió el tono natural que llevaba por uno rojo a juego con el lápiz de labios. Luego hizo lo mismo con las uñas de los pies.

Se puso perfume y luego el vestido. Era negro y estrecho. Tenía manga larga y el cuello de barco. Se puso las medias de seda negras y los zapatos altos con tacón de aguja de ocho centímetros.

En el cuello se puso una fina cadena de oro con una cruz. Y un anillo con una piedra negra a juego con los pendientes.

A las ocho menos dos minutos estaba en el salón esperando. Y dos minutos después Delaney la llamó al móvil.

—Hola.

—Hola. Estoy en la puerta, ¿quieres que suba?

—No hace falta, ya estoy lista. Bajo enseguida.

Delaney estaba en la puerta del edificio. La vio bajar la escalera a través de la puerta de cristal, llevaba el abrigo sin abrochar y la encontró de lo más elegante. Le gustaba verla con falda.

Dios, tiene unas piernas increíbles, pensó él antes de que ella llegara a la puerta.

—Hola —dijo ella dedicándole una sonrisa gloriosa que hizo que su rostro se iluminara.

—Hola. Estás deslumbrante —dijo él besándola en la mejilla.

—Gracias.

Jack estaba junto al coche y miró a Tess.

Esa chica tiene clase, pensó el chófer.

—Hola, Jack.

—Tess.

El coche se puso en marcha.

—Hoy llevas otro perfume.

—Lo guardo para las ocasiones especiales. Me lo trajo Carter de París, ¿te gusta?

A Delaney no le gustó saber que era un regalo de su amigo Carter. No quería que nadie le regalara nada, excepto él.

—Sí, hueles muy bien. ¿Fuiste ayer al gimnasio?

—Sí. Fue duro, bueno, siempre es duro.

—¿Qué tal te ha ido hoy el trabajo?

—Bien. Cuando he ido a casa me he acostado y he dormido una siesta de

casi cuatro horas.

—Eso no es una siesta.

—Ya, pero la pasada noche no pude dormir y no quería que me vieras con aspecto de cansada. No es que eso me preocupara especialmente —dijo ella dedicándole una sonrisa—, pero me sentía cansada y me ha venido bien.

—¿Por qué no pudiste dormir anoche?

Tess no esperaba esa pregunta, y de pronto volvieron a su mente sus pensamientos de la noche anterior. Se ruborizó ligeramente y evitó mirarlo. Pero Delaney vio el rubor en sus mejillas.

—Por nada en concreto. A veces me sucede. Me pongo a pensar en mis cosas y...

—¿En qué cosas pensabas? —preguntó él antes de que acabara la frase y mirándola.

—Bueno, lo cierto es que pensaba en un negocio que tengo entre manos y que me tiene algo inquieta.

—¿Ese negocio al que te refieres, soy yo?

A Delaney le gustaba verla inquieta y le encantaba cuando conseguía que se ruborizara.

Tess soltó el aire que estaba reteniendo, y Delaney sonrió sin poder evitarlo.

—Pues sí, tú eres ese negocio.

—¿Pensabas en el negocio o en mí?

—Tú eres el negocio, ¿cuál es la diferencia?

—Te noto un poco alterada —dijo él con una sonrisa maliciosa que le iluminó los ojos.

—No me digas. ¿Eso lo has descubierto tú solo? —dijo ella de manera sarcástica.

—No tienes por qué estar tan nerviosa.

—Si tú lo dices... ¿Fuiste ayer a casa después de dejarme?

—No, cambié de opinión y fui a la oficina. Después del trabajo fui a casa. Estaba cansado y con el cambio horario..., eso es lo que peor llevo de viajar.

—Con tanto dinero que tienes podrías hacer que cambiaran el horario del país al que viajas durante el tiempo que permanezcas en él.

Delaney soltó una carcajada. Incluso Jack se rio en silencio.

—Eso estaría bien, no lo había pensado —dijo él riendo todavía.

—A veces se me ocurren buenas ideas —dijo ella sonriendo.

El coche se detuvo en la puerta del restaurante detrás de dos coches que había aparcados. Tess esperó a que Jack le abriera la puerta. Eso la hacía sentirse incómoda, pero era el trabajo de Jack y no quería que el hombre se molestara. Ya estaba bastante molesto con ella, y sabía que la causa era estar al corriente del acuerdo entre Delaney y ella.

Tess bajó del vehículo y le dio las gracias a Jack. Delaney la cogió de la mano y entraron en el restaurante.

—¿Has llamado a la prensa para que estuviera esperándonos aquí? —preguntó Tess al ver a los fotógrafos en la puerta.

—No, pero nos ayudará el que nos hagan algunas fotos. Hacemos buena pareja, ¿no crees? —dijo él mirándola y sonriendo.

—Yo no lo creo. Eres demasiado mayor para mí.

—Vaya, acabas de hundirme.

—No creo que algo así pueda afectarte.

—Puede que te equivoques.

—No creo que seas de los hombres que les afecta algo así. De hecho, creo que a ti no te afectaría nada —dijo ella cuando entraban en el restaurante.

El maître les acompañó a su mesa y se retiró. Delaney la ayudó a quitarse el abrigo. El maître se acercó para dejarles las cartas. Tess abrió la suya.

—¡Santo Dios! ¿Has visto los precios? —dijo ella en voz baja.

—Olvídate de los precios.

—De acuerdo.

—¿Ves algo que te apetezca? —preguntó él.

Tess le miró y tuvo que bajar la mirada a la carta porque no pudo evitar sonrojarse. Del se dio cuenta y sonrió ligeramente.

—No sé por qué sonríes, ¿vale? Me siento aturdida cuando estás cerca de mí. Yo no estoy acostumbrada a esto. Quiero decir a salir con hombres como tú.

Pidieron el vino y la cena.

—¿Quieres decir a hombres tan mayores como yo?

—Por supuesto que no.

—¿Qué tienen los hombres *como yo* para que te sientas aturdida?

—No puedo contestar a eso. Pero sí sé que todos saben que tú y yo no encajamos. La prensa está sorprendida. Tu familia se extrañó cuando me vio. Incluso mis amigos.

—Sabes, tus amigos no me caen bien.

—No te preocupes, eso es recíproco. Yo no tengo mucha experiencia, en nada. Y tú estás flirteando conmigo, y empleas frases con doble sentido para que me ruborice.

El camarero se acercó con el vino y después de servirles se retiró.

—Yo no empleo frases con doble sentido. Puede que tú seas una mal pensada —dijo él evitando sonreír—. ¿Estoy flirteando contigo?

—Puede que no tenga mucha experiencia, pero no soy estúpida.

—No, no lo eres. Y tengo que decirte que, no soy yo sino tú quien está flirteando conmigo, desde que nos conocimos.

—No digas tonterías. Yo no sabría hacer algo así.

—Puede que lo hagas sin ser consciente de ello, de hecho, estoy seguro de que ni siquiera lo sabes. Esa es la razón de que no lo tenga en cuenta.

—No sabes ni lo que dices. Del, sé que sientes lástima de mí. Me besas de esa forma... Sabes que nadie me ha besado así. Y estoy segura de que lo haces para provocarme, para que me sienta aturdida. Porque te has dado cuenta de que cuando me besas entro en shock.

Delaney empezó a reír cuando el camarero les llevó los entrantes.

—No tiene gracia —dijo ella cuando el chico se retiró.

—Disculpa.

—Debo darte mucha pena para que te sientas obligado a flirtear conmigo.

—¿Pena?

—Sé que no necesitas besarme cuando la prensa no está a la vista, o cuando estamos solos. Y solo hay dos razones para que lo hagas. Que sientas lástima porque soy un desastre besando o porque quieras enseñarme a hacerlo bien para que cuando bese a alguien, ese alguien no sienta lástima de mí.

—¿Crees que te tengo lástima?

—Sí.

—¿Crees que quiero enseñarte a besar para que satisfagas a otro hombre?

—Puede. Y eso me lleva a hacerme una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Si besas así a una mujer por lástima, a una mujer que ni siquiera te gusta, y que además no es para nada tu tipo, ¿cómo besarás a una mujer a quien encuentres atractiva y que realmente te guste y que desees?

—¿Eso es lo que te estás preguntando? —dijo él sin poder evitar reírse.

—Lo cierto es que sí, me gustaría saberlo.

—En ese caso, contestaré a tu pregunta, cuando estemos en un lugar adecuado.

—No he querido decir con eso que tengas que besarme para demostrármelo —dijo ella avergonzada.

—No creo que haya otra forma de contestar a tu pregunta.

—Olvida lo que he dicho. Cuando estoy intranquila digo sandeces.

—A mí no me importa que digas lo que piensas. La verdad es que me gusta que seas sincera. Pero sí quiero dejarte clara una cosa. No siento ninguna lástima de ti. En ningún sentido. Es cierto que la primera vez que te besé supe que no tenías experiencia, o eran los hombres que te habían besado quienes no la tenían. Pero que te quede claro, que no siento ninguna pena por ti. Y si te beso es porque me apetece y si no me gustase hacerlo no te besaría. Yo no suelo hacer lo que no quiero. ¿Ha quedado todo claro?

—Más claro que el agua.

—Y otra cosa. A mí, me importa bien poco lo que la prensa diga de mí o de nosotros. Me da igual que la prensa, mi familia o tus amigos piensen que no eres mi tipo. Los dos sabemos que nunca he salido con una mujer como tú, y puede que yo mismo me haya encasillado en cierto tipo de mujeres. Pero eso no quiere decir que no te encuentre atractiva. Eres diferente a las mujeres que conozco y te considero muy por encima de todas ellas.

—Gracias por tus palabras. Olvidemos esta conversación y centrémonos en la comida. Estoy hambrienta.

—¿No has comido al medio día?

—Me comí un sándwich cuando iba a coger el metro.

—¿Vas siempre a casa en metro?

—Alguna vez he ido en autobús, pero el metro es más rápido.

—¿Tienes carnet de conducir?

—Por supuesto —dijo ella comiendo uno de los canapés.

Delaney la observaba. Tenía unos ojos grises increíbles. Y una boca... Prestó atención a su cuello y a sus hombros. En ese instante sintió deseos de arrancarle el vestido.

—Eres católica —dijo él mirando la cruz de su escote.

—Sí, ¿y tú?

—También.

—Al menos tenemos algo en común.

—Los diamantes que llevas son bonitos, y nada comunes.

—¿Diamantes? Yo no llevo diamantes.

—Los pendientes y el anillo.

—No son diamantes. Son alguna especie de cristal —dijo ella mirándose el anillo.

—Yo no entiendo de cristales, pero reconozco los diamantes.

—Pero..., eso no puede ser. Me los regaló Carter en Navidad. Yo pensaba...

—De manera que —dijo él interrumpiéndola— aceptas diamantes de tu amigo, pero no de mí.

—Yo no sabía que eran diamantes. Pero, de todas formas, Carter y yo somos amigos.

—Y tú y yo no, claro.

—Tú sabes que no. Los amigos se hacen regalos. Él tiene dinero y puede comprarme lo que quiera. Aunque he de reconocer que no pensé que me hiciera un regalo de tanto valor.

—No me gustó que rechazaras mi regalo.

El camarero se acercó y retiró los platos de los entrantes. Y poco después volvió con la parrillada de verduras y el solomillo para Tess, y el rodaballo para él.

—Supongo que es porque no estás acostumbrado a que nadie te rechace nada. Lo siento.

—No importa.

—Cuando hablamos sobre nuestro acuerdo dejaste claro que nosotros y tu abogado seríamos los únicos que estaríamos al corriente.

—¿Y?

—Entonces, ¿por qué lo sabe Jack?

—¿Por qué piensas que lo sabe?

—Porque no soy estúpida. Su comportamiento conmigo ha cambiado, y yo no he hecho nada para que sienta desprecio por mí. Dijiste que no hablaríamos con nadie sobre ello. Y has roto tu palabra.

—Tienes razón. Un día, después de estar contigo, le dije que me llevara a casa de una amiga. Empezó a decirme que eras una buena chica y que no podía seguir con mi vida como hasta ahora si pretendía casarme contigo. Tuve que decírselo, de lo contrario no me habría dejado en paz.

—Ahora piensa que soy una oportunista.

Delaney la miró esbozando una ligera sonrisa.

—Vaya, tú también lo piensas. Supongo que eso es lo que parezco.

—Jack no hablará del asunto con nadie, y jamás te faltará al respeto.

—Eso es un consuelo. Tú lo tienes fácil, puedes hablar del asunto con tu abogado y también con Jack. Y yo, solo puedo comentarlo conmigo misma. Eso no es justo. Sabes, yo tengo mis dudas respecto a nuestro acuerdo y sería de gran ayuda poder contar con otra opinión. Aunque, claro, podría hablar de ello con Jack, o incluso con el señor Brooks.

—¿Por qué lo llamas por su apellido?

—Es una manera de guardar las distancias. No voy a permitirle que se dirija a mí por mi nombre, y menos aún que me tutee. Tu abogado y amigo me desprecia, y no me extraña, casi estoy empezando a despreciarme yo misma. Puede que ellos tengan razón y sea una mujer despreciable. Lo que me cabrea es que me hayan juzgado sin ni siquiera conocerme. Bueno, tú también piensas como ellos, y tampoco me conoces.

—Sé que tienes razón en que deberías tener a alguien con quien hablar de lo nuestro, pero, tengo que decirte que yo no comento con ellos nada al respecto. Yo tomé una decisión y no es asunto suyo.

El camarero se acercó y les sirvió más vino.

—¿Qué me dices de tus amigos? Podrías hablar con ellos.

—Si lo supieran irían a buscarte y te darían una paliza, o al menos lo intentarían, por hacerme esa proposición. Y me recriminarían por aceptar dinero de ti cuando ellos llevan mucho tiempo ofreciéndome su ayuda, y sin pedir nada a cambio. Así que, estoy sola en esto. Mi mejor opción sería hablar con Jack porque me cae bien.

—¿Te cae bien Jack?

—Sí.

—Es raro, a nadie le cae bien.

—Entonces, puede que la rara sea yo.

—También puedes hablar conmigo. Parece que soy tu mejor opción.

—Me gusta hablar contigo, lo admito. Pero no puedo hablarte de lo que pienso o de lo que siento. Eres una parte del trato y no puedes ser imparcial. Bueno, no importa. He sobrellevado cosas peores y he sobrevivido. Además, ¿qué puede haber de malo el que viva un año en el palacio de un príncipe?

—¿El príncipe soy yo?

Tess asintió sonriendo.

—Esta carne está deliciosa.

Seguro que no está tan deliciosa como tú, pensó él mirándola.

—Puedes coger verduras de mi plato, están muy buenas.

—De acuerdo —dijo él pinchando una rodaja de berenjena.

—Háblame de algo. Sé que no te gusta hablar sobre ti así que, cuéntame algo de tu trabajo.

—¿De qué quieres que te hable?

—Del negocio del ferrocarril. Tengo entendido que eres accionista mayoritario en la compañía número uno del país.

—De acuerdo.

Delaney empezó a hablarle de fusiones, adquisiciones, acciones... De vez en cuando Tess le preguntaba el significado de alguna palabra, o le pedía que le explicara algo que no acababa de entender. Le habló sobre sus negocios durante casi media hora.

—¿Te parece interesante?

—No creo que nada sea interesante, si lo comparo contigo pero, no está mal. Además, me gusta el sonido de tu voz.

Delaney se rio. Esa chica le hacía sentirse muy bien. Demasiado bien.

—¿Has terminado?

—Sí —dijo ella.

—¿Te apetece algo de postre? —preguntó Delaney evitando sonreír por lo que estaba pensando en ese momento.

Delaney deseaba que ella fuera su postre. La imaginó sobre su cama, desnuda y un poco sofocada, con el pelo revuelto y los labios hinchados. Con el aspecto que tiene una mujer después de un sexo devastador. Se imaginó saboreándola centímetro a centímetro hasta hacerla perder la razón. O devorándola con violencia de la cabeza a los pies. ¡Santo Dios! ¿Cuándo había tenido fantasías con una mujer? No podía recordar si realmente las había tenido.

—¿Del?

—Disculpa, me he distraído pensando en algo. ¿Decías?

—Me has preguntado si quería postre y, sí quiero.

El camarero les retiró los platos y les dejó la carta de postres.

—¿Tú vas a tomar algo? —preguntó ella.

—Creo que solo tomaré café, ¿y tú? ¿Te has quedado con hambre?

—¿Te molesta que coma?

—Todo lo contrario. No estoy acostumbrado a ver a las mujeres comer con placer. Y he disfrutado viéndote.

—La comida es uno de los placeres de la vida.

—¿Qué quieres tomar entonces para seguir disfrutando?

—Tarta de frambuesas y un café descafeinado.

Cuando el camarero se acercó Delaney pidió el postre de Tess y dos cafés descafeinados.

—Ha sido una cena muy agradable.

—Para mí también —dijo Tess—. ¿Vas a besarme cuando salgamos si hay fotógrafos?

—¿Quieres que te bese? —preguntó él sonriendo.

—No lo sé. Aunque lo cierto es que prefiero no saber si lo harás. Me gusta lo que siento cuando me besas sin esperarlo.

—¿Qué siente?

—La verdad es que no puedo explicarlo porque cuando me besas mi cerebro deja de funcionar.

Delaney no pudo evitar reírse.

—¿Sabes que lo paso muy bien contigo?

—Me alegro.

El camarero les llevó el postre de ella y los cafés. Tess probó un trozo de tarta.

—Mmm. Esta tarta está de muerte. Tienes que probarla —dijo cogiendo un poco con el tenedor y acercándoselo a él a la boca.

—Muy buena.

Tess se terminó la tarta y acercó el café a ella.

—Quiero preguntarte algo —dijo Delaney.

—Dime.

Delaney sacó del bolsillo el estuche con el anillo de compromiso y lo abrió.

—¿Quieres casarte conmigo?

Tess miró el anillo y luego lo miró a él. Delaney vio que los ojos de Tess estaban brillantes y le preocupó que empezara a llorar. Los de la mesa de al lado estaban mirándolos y esperando a que Tess le contestara.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres?

—Completamente —dijo él sin apartar la mirada de la de ella.

—Sí, me casaré contigo.

Delaney sacó el anillo del estuche, cogió la mano de ella y se lo puso en el dedo anular. Luego acercó la mano de ella a sus labios y la besó.

—Es un anillo fantástico —dijo Tess mirándose la mano.

—En tu mano queda precioso. Ahora ya estamos prometidos. Con esto hemos cerrado el trato y ya no hay vuelta atrás.

—Todo irá bien, ¿verdad?

—Sí —dijo él acariciándole la mano por encima de la mesa.

Después de que Delaney pagara la cuenta se levantaron. Delaney volvió a mirarla de arriba abajo. Ese vestido tan corto hacía que la deseara con desesperación.

Delaney la ayudó a ponerse el abrigo. Luego la cogió de la mano y caminaron hacia la salida. El portero les abrió la puerta y salieron del restaurante.

El Mercedes estaba parado allí y Jack de pie junto a él. Una periodista se acercó a ellos.

—Señor Stanford, ¿nos concedería unas palabras?

—Sabe que no acostumbro a hablar con ustedes, pero hoy es un día muy especial para mí así que, de acuerdo.

—¿Cuál es la razón de que sea un día especial? ¿Ha cerrado algún negocio interesante del que pueda hablarnos?

—Puedo decirle que he cerrado el mejor negocio de mi vida. Acabo de pedirle a la señorita Scott que se case conmigo y ha aceptado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la periodista— ¿Habla en serio?

—Jamás he hablado más en serio —dijo Delaney rodeando a Tess por los hombros para acercarla a él.

—Señorita Scott, ¿puede mostrarnos el anillo?

—Por supuesto, ¿no le parece precioso? —dijo Tess tendiéndole la mano.

Delaney la acercó más a él y Tess apoyó la mano en el pecho de él sobre su chaqueta. El diamante resaltaba encima del negro de la chaqueta. Los dos se miraron y Delaney la besó ligeramente en los labios. Un cámara estaba grabándoles y un fotógrafo no dejaba de hacerles fotos.

—¿Saben ya la fecha de la boda?

—Todavía no lo hemos decidido. Pero, sí puedo decirle que será pronto. Tenemos que marcharnos.

—Gracias por concedernos esta noticia.

—Ha sido un placer.

Jack abrió la puerta del coche para que Tess subiera y Delaney rodeó el coche para subir por el otro lado. El vehículo se puso en marcha.

—Dios mío, ¿dónde me he metido?

—Todo va a ir bien —dijo Delaney cogiéndole la mano—. ¿Quieres que vayamos un rato a mi casa?

—De acuerdo.

—En llegar hablaremos sobre la fecha de la boda.

—Vale.

—Jack, vamos a casa.

—Bien, señor.

Delaney seguía sujetando la mano de Tess y jugueteaba con el anillo.

—Tienes unas manos preciosas.

—Gracias. Y me alegro de ello, de lo contrario el anillo no me sentaría bien. Nunca pensé que llevaría en el dedo un anillo como este.

—¿Y eso por que?

—Había planeado casarme con un hombre sencillo. Ya sabes que los millonarios no me gustan —dijo ella sonriendo—. Y con el sueldo de un hombre sencillo no podría permitirse algo así.

—Entonces me alegro de habértelo comprado.

—Vas a ofrecerme una experiencia que pocas mujeres tienen oportunidad de vivir. Tal vez sea algo positivo para mí, después de todo.

—Además de la experiencia obtendrás otras cosas y ya no tendrás que preocuparte por el futuro.

—Cierto. Aunque eso no es algo de lo que me sienta orgullosa. Yo creo en el destino, y en que las cosas que nos suceden están predestinadas. Y sé que el que me ofrecieras este acuerdo es por alguna razón.

—¿Cual crees que es la razón?

—No tengo ni idea —dijo Tess volviendo la cabeza para mirar por la ventanilla.

Tess sintió de pronto un nudo en el estómago. Delaney nunca sentiría lo mismo que ella sentía por él y eso la hizo sentir mal. Cerró los ojos e intentó serenarse. Bajo ningún concepto iba a llorar y darle a él qué pensar.

Jack detuvo el vehículo delante de la casa de Delaney. Tess abrió la puerta sin esperar a que el chófer se la abriera. En ese momento no quería ver la mirada de desprecio de Jack.

Delaney bajó tras ella y subieron los escalones. Él abrió la puerta y la dejó pasar delante. Tess se desabrochó el abrigo y Delaney la ayudó a quitárselo. Luego lo colgó en el armario del recibidor.

—Ah, hola. Has vuelto —dijo Cath, el ama de llaves acercándose a Tess.

—Sí. Me alegro de volver a verla.

—Y yo de verte a ti. Tuteame, por favor.
—De acuerdo.
—Estás muy elegante. Ese vestido te queda realmente bien.
—Gracias —dijo Tess sonriendo.
—Hola, Delaney.
—Hola, Cath. Acabo de pedirle a Tess que se case conmigo.
—¿Qué?
—Lo que has oído.
—¡Madre mía! ¿En serio? ¿Y tú has aceptado? —dijo la mujer alterada mirando a Tess.
—Me temo que sí —contestó Tess mostrándole el anillo.
—No sabéis cuanto me alegro —dijo Cath abrazando a ella y luego a él —. ¿Lo sabe tu madre?
—Tú eres la primera que lo sabe. Bueno, además de la prensa que estaba en la puerta del restaurante.
—¿Lo habéis anunciado públicamente?
—Sí —dijo Delaney.
—Voy a encender la televisión, seguro que hablan de vosotros en algún canal.
—Bien, avísanos si es así. Estaremos en el salón.
—Puedes estar seguro de que saldréis.
Delaney cogió a Tess de la mano y se dirigieron al salón.
—Siéntate, por favor. ¿Quieres tomar algo?
—No, gracias.
Él fue al mueble bar y se sirvió un whisky.
—¿En serio vamos a salir en la televisión?
—Es posible.
—No me puedo creer que me esté pasando esto, a mí. Se va a enterar todo el mundo.
—De eso se trata.
Jack estaba sentado en la mesa de la cocina cenando con Cath.
—Tess es muy guapa —dijo Cath.
—Sí, lo es.
—Parece una buena chica.
—Eso parece —dijo Jack.
—¿Qué ocurre, Jack? ¿No te cae bien Tess?
—No la conozco lo suficiente para responder a eso.

—¡Venga ya! Jack, tú sabes cómo es una persona con solo mirarla.

—Tal vez con Tess no me funcione.

—Ahí están. Delaney, pon el canal cinco —dijo Cath levantando la voz para que él la oyera.

Catherine se sentó delante de la pantalla.

—Qué guapos están los dos. Fíjate cómo se miran. Se nota que están enamorados.

—Si tú lo dices...

—No ha estado mal, ¿eh? —dijo Delaney apagando el televisor— Parecíamos incluso enamorados.

—Sí, somos buenos mintiendo —dijo Tess muy desanimada.

—No te preocupes por nada —dijo Delaney sentándose en el sofá a su lado—. La semana que viene iremos a comprar las alianzas.

—Eso ya me tranquiliza más.

Delaney se rio por su sarcasmo.

—Mañana me voy de viaje.

—Acabas de volver de viaje. Parece que viajas mucho.

—Últimamente no he viajado tanto como estoy acostumbrado. He aplazado muchos vuelos por lo nuestro.

—¿Cuándo volverás?

—El jueves.

—El jueves —repitió ella—. Ese día tiene algo que ver con Júpiter, el dios romano.

Delaney soltó una carcajada.

—Sí, ya lo sé. Sé un montón de cosas totalmente inútiles. Son las cosas que utilizo cuando me siento insegura. Y no me gusta sentirme así. Supongo que son de esas cosas estúpidas que se leen en las novelas. No entiendo por qué mi cerebro retiene esas sandeces para soltarlas cuando menos lo espero y hacerme sentir tan ridícula como me siento ahora.

—Yo no te veo ridícula. Me haces reír cuando estoy contigo, y te aseguro que no me rio demasiado.

—En ese caso, me alegro de saber cosas estúpidas para alegrarte de vez en cuando.

Delaney volvió a reír.

—Volviendo a las alianzas. ¿Qué día quieres que vayamos a

comprarlas?

—Me da igual.

—Bien, hablaremos de ello a mi vuelta.

Tess se levantó y se acercó a la ventana para ver el jardín. Delaney la estaba mirando. Notaba lo intranquila que estaba. Tess empezó a caminar por el salón mirando los cuadros de las paredes, los objetos de decoración que había sobre los muebles y en la repisa de la chimenea acariciando ligeramente con los dedos cada cosa.

Delaney la seguía con la mirada. Deseaba besarla y acariciarla. No sabía la razón, pero el verla provocaba en él los pensamientos más sensuales.

¡Por Dios, qué atractiva es! Se repetía una y otra vez que tenía que apartarla de sus pensamientos, pero, ¿cómo hacerlo?

Ese vestido me está matando y es tan corto... Tess tiene unas piernas increíbles. ¿Cuándo me he sentido atraído por una mujer como ella? Sabía perfectamente la respuesta. Nunca se había sentido atraído por ninguna mujer como por Tess. Sintió esa atracción desde el momento en que la vio por primera vez.

Deseaba besarla en ese momento. Quería besarla con desesperación.

—Podrías estar por ahí divirtiéndote y nuestro estúpido acuerdo te obliga a tener que perder tiempo conmigo —dijo ella sin mirarlo.

—Me gusta estar contigo. Si hubiera querido te habría llevado a casa después de cenar. Pero, tal vez tú sí piensas que estás perdiendo el tiempo conmigo.

—No, yo no salgo muy a menudo que digamos.

—¿Por qué?

—Porque tengo que ahorrar. Y además, no tengo muchos amigos.

—Menos mal, porque parece que ves a tus dos amigos muy a menudo.

—Bueno, cuando salgo con ellos no tengo que pagar —dijo ella mirándolo con una sonrisa—. Pero, no los veo tan a menudo. Estos últimos días los he visto más por lo del trabajo del pub y por salir contigo. Pero, normalmente, declino muchas de sus invitaciones. Sobre todo de Carter. Él sale con muchas mujeres y prefiero no inmiscuirme demasiado. Pero cuando lleva unos días sin verme viene a casa y trae la cena, y nos quedamos hablando hasta tarde.

—¿Te has planteado el que puedas gustarle a Carter?

—No es eso. Es sólo que se preocupa por mí.

—¿Y tu otro amigo?

—A él lo veo más a menudo. Va a casa a verme de vez en cuando. Me lleva a cenar, a bailar. A veces se ha quedado conmigo todo un fin de semana. Lo paso bien con él.

—¿Los curas van a bailar?

—Claro.

Sonó el teléfono de Tess y ella lo sacó del bolso para comprobar quien era.

—¡Mierda! Es Logan. Ya se ha enterado de nuestro compromiso.

—Contesta, no te preocupes por mí.

—Vale. Hola, Logan.

—Acabo de verte en la televisión.

—¿A mí?

—Podías haberme dicho lo de tu compromiso.

—Logan, no lo sabía. Delaney me ha invitado a cenar y me ha sorprendido. Iba a llamarte cuando llegara a casa.

—Tess, esto va demasiado deprisa.

—Dímelo a mí.

—Acabáis de conoceros.

—Lo sé. Si por mí fuera, te aseguro que iríamos más despacio pero Delaney..., él quiere casarse.

—Es muy precipitado. ¿Estás embarazada?

—¡Por supuesto que no!

—Tess, tenemos que hablar.

—De acuerdo.

—Te quiero.

—Yo también —dijo ella antes de colgar.

Antes de guardar el móvil en el bolso lo apagó. Delaney vio que se secaba las lágrimas.

—¿Qué ocurre? El cura tampoco quiere que te cases conmigo, ¿es eso?

—Cree que deberíamos esperar un poco más. Piensa que nos precipitamos porque estoy embarazada.

—Debemos pensar en la fecha de la boda.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Tess acercándose de nuevo a la ventana para mirar al exterior.

—La primavera es una buena época para casarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo que dicen —dijo él sonriendo.

—El mes que viene es primavera —dijo ella aterrada.

—No quiere decir que tenga que ser al principio de la primavera.

Revisaré la agenda con mi secretaria y lo organizaré para que nos vayamos de luna de miel un par de semanas.

—¿Vamos a ir de luna de miel?

—La gente tiene que pensarlo. Tú estarás dos semanas de vacaciones, y yo trabajando. ¿Tienes preferencia por algún país en especial?

—Si me das opción a elegir me gustaría un lugar cálido.

—De acuerdo. Piénsalo con tranquilidad y cuando decidas dónde quieres ir me lo dices. Pero tendrá que ser a algún lugar donde haya uno de mis hoteles.

—A lo mejor tú prefieres un lugar frío.

—Tess, yo voy a ir a trabajar. Tú serás quién disfrute de las vacaciones.

—¿Tenemos que esperar mucho tiempo para que me lleves a casa?

—¿Quieres irte ya?

—Sí, si no te importa.

—No, no me importa. Creo que deberíamos casarnos en abril, así no tendremos que alargar demasiado el que tengamos que vernos a menudo.

—Lo que tú decidas estará bien. Si tengo que contribuir con alguno de los gastos de la boda, dímelo.

—Cielo, ¿crees que permitiría que gastases el dinero que has ahorrado con tanto esfuerzo por un negocio que te he propuesto yo?

—He empezado a salirte cara, ¿eh? El anillo, la alianza, la boda, la luna de miel... Todavía estás a tiempo de echarte atrás.

—No voy a echarme atrás. Ve pensando en cómo te gustaría la boda y dónde.

—Me imagino que tu madre querrá opinar.

—Tú eres quien se va a casar, y haremos lo que tú decidas.

—No quisiera tener desavenencias con tu madre.

—Yo me encargaré de mi madre.

—¿Tú? —dijo ella riendo—. ¿Tú que has montado toda esta farsa precisamente porque temes a tu madre?

—Ella quería que me casara, y es lo que voy a hacer. El resto no es de su incumbencia. ¿Nos vamos?

—No hace falta que me acompañes. Jack puede llevarme.

—Quiero acompañarte.

Fueron a la cocina para que Tess se despidiera de Cath y luego salieron

de la casa. Jack se había adelantado y les esperaba junto al coche para abrirles la puerta. Delaney le dijo al chófer que los llevara a casa de Tess. Nada más sentarse en el asiento sonó el teléfono de Delaney.

—Mi madre —dijo él después de colgar.

—¿Por qué no has hablado con ella?

—La llamaré más tarde. ¿Vas a portarte bien cuando esté fuera?

Recuerda que estamos comprometidos.

—No soy una niña a quien tengas que imponer normas de comportamiento. Además, tú no eres nadie para advertirme sobre lo que debo o no debo hacer. Yo no tengo nada de qué avergonzarme. Y tampoco tengo que esconderme de nadie. Así que, te agradecería que no volvieras a decirme algo así. Porque, no sé si te has dado cuenta, pero es la segunda vez que lo haces. Ocupate de tu comportamiento y yo me ocuparé del mío.

Delaney la miró serio.

—Y no me mires así. Es cierto que este *asunto nuestro* me tiene algo intranquila. En realidad, muy intranquila, pero no me intimidas.

Delaney se rio. Enfadada, todavía le gustaba más.

—¿Puedo preguntarte qué harás mañana?

—¿Puedo preguntártelo yo?

—Voy a ir de viaje de negocios, y será una semana muy dura.

—¡Por favor! ¿Crees que soy estúpida?

Delaney volvió a reír.

—¿Qué harás mañana? —volvió a preguntar él.

—No tengo ni idea.

—¿Quieres que te llame algún día? —dijo él sonriendo.

—¿Para decirme que me porte bien?

Él volvió a reír.

—Mira a ver si puedes organizar tú agenda para estar de viaje un par de meses, así no tendríamos que vernos.

—Apuesto a que me echarías de menos.

—Sí, sobre todo eso.

—Yo sí te echaría de menos.

—No me hagas reír.

El coche se detuvo delante de la casa de Tess.

—No hace falta que me acompañes —dijo ella al ver que él se disponía a bajar.

—Subiré contigo. Jack, volveré en unos minutos.

Delaney no pudo evitar mirarle las piernas mientras subían los dos pisos.

—¿Te queda bien el pijama? ¿Es tu talla? —preguntó él mientras Tess abría la puerta.

—Sí, me queda perfecto.

—Dijiste que te lo pondrías cuando viniera para que te lo viera puesto —dijo él cerrando la puerta.

—Pensé que solo me acompañarías hasta la puerta.

—No tengo prisa —dijo él dirigiéndose al salón y sentándose en el sofá.

—¿Estás esperando a que me ponga el pijama? —preguntó ella riendo —. ¿En serio?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Confío en que luego te marches. Es tarde y quiero meterme en la cama.

—¿Es una invitación?

Tess le miró entrecerrando los ojos y luego fue hacia el dormitorio. Poco después volvió al salón. Llevaba el pantalón de corazoncitos a la cadera y la camiseta corta de tirantes negra, con las palabras sobre el pecho *soy sexy*, que le dejaban dos dedos del estómago al aire.

Delaney la miró de arriba abajo. La camiseta tenía razón, pensó. Esa chica era de lo más sexy. Delaney le miró los pies descalzos, luego subió la mirada hasta sus caderas en dónde se veían dos dedos de piel. Deslizó su mirada hasta sus pechos y luego hasta su boca. Y suspiró.

Delaney apartó la mirada de ese cabello suelto que lo distraía. Y se esforzó en alejar de su mente, que imaginaba sus manos en el cabello de ella, introduciendo los dedos en él, como deseaba hacer. Tess lo estaba volviendo loco y ni siquiera era consciente de ello.

—Tengo que marcharme —dijo él levantándose del sofá.

Tenía que salir de allí, de lo contrario se abalanzaría sobre ella. Nunca había deseado tanto a una mujer.

Delaney caminó hacia la puerta de la calle y ella lo siguió. Por un momento pensó en no acompañarlo, pero la última vez que lo había hecho, Delaney la había besado y deseaba que la besara de nuevo. Tess se detuvo junto a la puerta.

—Pareces disgustado. ¿No te gusta cómo me sienta el pijama?

Delaney la miró a los ojos. Tess notó que sus iris eran más oscuros de lo normal y tenían un brillo especial. Pero ella no era buena interpretando las

miradas de los hombres.

Delaney la cogió de la cintura y la arrastró hasta pegarla a la pared.

—Me gusta como te queda. Estás muy sexy.

Delaney se acercó a ella y la besó en los labios. No pretendía nada más, pero era tan tentador... Tess estaba frente a él, mirándolo con esos increíbles ojos grises. Parecía incluso asustada. No pudo reprimirse. La sujetó por la nuca y la besó.

Tess cerró los ojos y respiró profundamente. Era consciente de que estaban jugando a un juego muy peligroso, en el que él llevaba todas las de ganar.

Delaney había convertido la falsedad de su *acuerdo* en un tormento erótico. Tess podía notar cómo se le endurecían los pezones y se incrementaba la temperatura entre sus piernas.

Lo que empezó con un cálido beso fue convirtiéndose en tortura y desesperación para ambos.

Mientras Delaney le devoraba la boca, Tess ronroneaba y emitía unos sonidos de placer que podrían volver loco a cualquier hombre.

Delaney se acercó más a ella y Tess se apretó contra él inconscientemente subiendo sus manos para acariciarle el pelo. Él se tensó al sentir sus caricias y aumentó su excitación.

Tess aceptó con gusto cada acometida de su lengua, cada mordisco de sus dientes, cada una de las caricias de sus impecables labios y con sus gemidos le suplicaba que no parara.

Delaney se detuvo de repente y se apartó de ella. Los dos tuvieron que tomar aire.

Tess lo miraba sin poder decir nada. Estaba temblando y le flaqueaban las piernas. El corazón se le había desbocado e intentaba concentrarse en controlar su respiración.

Tal vez fuera él quien había iniciado el juego, pero Tess lo había seducido por completo.

—Esta ha sido mi contestación a la pregunta que te has hecho en el restaurante —dijo él esbozando una sonrisa.

—La respuesta ha quedado muy clara —dijo ella al recuperar el aliento—. Parece que sabes como noquear a una chica de pueblo. Creo que yo me he excedido. No estoy acostumbrada a esto y no he podido evitar dejarme llevar. Que tengas un buen viaje.

—Gracias. Cuídate.

Cuando Tess se quedó sola y se sintió relajada llamó a Carter.

—Hola, preciosa.

—Hola, espero que no hayas visto la televisión.

—No, no la he visto. ¿Ha ocurrido algo interesante?

—¿Puedes hablar?

—Estoy tomando una copa con una amiga.

—Entonces hablaremos mañana.

—¿Qué ocurre?

—Delaney me ha pedido que me case con él. Hemos salido en las noticias. Quiere que nos casemos en un par de meses.

—Voy para tu casa.

—Carter, no hace fal...

No pudo acabar la frase porque Carter había colgado.

—¿Te has vuelto loca? —dijo Carter tan pronto ella le abrió la puerta de su casa.

—Yo también me alegro de verte —dijo Tess cerrando la puerta después de que él entrara como una tromba.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? ¿Dónde está la chica sensata y prudente que presumías ser?

—¿Quieres un whisky?

—Sí, doble —dijo siguiéndola a la cocina—. Tess, no puedes casarte con él. Tienes que tomarte un poco más de tiempo. Ni siquiera lo conoces.

—Le quiero.

—Eso no es suficiente. Tú no lo entiendes. ¿Crees de verdad que está enamorado de ti?

—Sí. ¿Tan difícil te parece? —dijo ella entregándole el vaso.

Fueron al salón y se sentaron en el sofá. Carter le cogió las manos.

—Cariño, no es que me parezca difícil. Cualquier hombre podría enamorarse de ti. Pero él no.

—¿Por qué no?

—Porque..., creo que se parece demasiado a mí. Los hombres como nosotros no se enamoran.

—¿Nunca? —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—Puede que cuando nos cansemos de la vida que llevamos.

—Tal vez él ya se haya cansado, es mayor que tú.

—No llores, por favor. Yo no quiero hacerte daño, lo único que quiero es que no sufras por alguien como él.

—¿No puedes darle un voto de confianza? Faltan aún unos meses para que nos casemos. En ese tiempo podemos conocernos. Carter, estoy loca por él, ¿por qué no puedes entenderlo?

Carter le secó las lágrimas y luego la abrazó.

—De acuerdo. Que conste que no me gusta lo que vas a hacer, pero confío en ti. El anillo es muy bonito.

—Sí —dijo ella sollozando.

Al día siguiente, Tess se olvidó de limpiar el apartamento, de ir a la lavandería, de ir al gimnasio..., se olvidó de todo lo que tenía previsto hacer ese domingo. Estuvo todo el día deambulando por la casa como un zombi a causa de lo rápido que estaba yendo todo con Delaney y la charla que le dio Carter la noche anterior. Nunca se había sentido tan insegura.

Tess estaba echada en el sofá tapada con una manta. Su amigo Logan había ido a verla y le había dado otra charla respecto a Delaney muy parecida a la de Carter. Y ahora estaba sola y deprimida.

Sonó el móvil y Tess lo cogió de la mesita para comprobar quien era.

—Delaney, perfecto —dijo ella antes de contestar—. Hola Del.

—Hola. ¿Te llamo en mal momento?

—No, estoy tirada en el sofá. ¿Dónde estás? Creo que no te pregunté dónde ibas.

—Estoy en Los Ángeles. Te he llamado porque quiero disculparme por lo de anoche.

—¿Qué pasó anoche?

—Lo del beso.

—¿Y por qué quieres disculparte? ¿Tan mal te sentiste al besarme?

—¡Qué dices! Siempre me siento bien cuando te beso, o me besas. Es solo que he pensado que tal vez fuera muy brusco.

—Bah, no te preocupes. Además, solo estabas contestando a una pregunta que yo me hacía. No tienes por qué disculparte. Olvídalo.

—Es difícil controlarse cuando se tiene a una mujer entre los brazos.

—Vaya, pensé que tu autocontrol era perfecto.

—Yo también.

—Bueno, me dejaste claro cómo besas a una mujer que te gusta.

—No es simplemente eso. El deseo también juega un papel.

—En ese caso tendré que darte las gracias. Para ti supondría un gran esfuerzo. Yo no te gusto, por lo tanto, es imposible que sientas placer al besarme. Siento que te molestaras hasta ese punto.

—¿Molestarme? —dijo él riendo.

—Será mejor que olvidemos ese episodio. Al fin y al cabo, no se repetirá.

—¿Qué has hecho hoy?

—Me he levantado muy tarde, después de las doce. Y he decidido no hacer nada.

—Eso está bien. ¿Por qué te has levantado tan tarde?

—Porque anoche me acosté pasadas las cuatro de la madrugada.

—Pensé que no ibas a salir después de que te dejara en casa.

—No salí. Cuando llegué a casa llamé a Carter para decirle lo de nuestro compromiso. No quería que se enterara por las noticias. Me dijo que estaba con una mujer y le dije que le llamaría en otro momento. Pero me preguntó qué ocurría, y al decirle lo de nuestro compromiso me dijo que venía hacia casa.

—¿Dejó plantada a una mujer para ir a verte?

—Ya sé que es algo que cuesta creer —dijo ella con sarcasmo—, pero podías haber disimulado un poco.

—Perdona, no quería decir eso.

—Has dicho precisamente lo que querías decir. Pero no te preocupes. El caso es que a los quince minutos estaba en mi casa. Ojalá no hubiera venido porque estuvo martirizándome hasta que decidió marcharse a las cuatro de la mañana. A las dos, viendo que no tenía intención de irse me puse a cocinar y cenamos de nuevo. Y luego bebí, creo que demasiado, porque me he levantado con resaca y con el cuerpo revuelto.

—¿Con qué te estaba martirizando?

—Quería convencerme para que no me casara contigo, al menos, tan pronto. Cuando le dije que nos casaríamos en unos meses, me dijo que había perdido el juicio. Al igual que Logan, pensó que estaba embarazada. Menos mal que le dije que nos casaríamos en unos meses. Si llego a decirles que esos meses solo serán dos... A pesar de que le dije que no estaba embarazada, no me creyó. Estaba furioso. Así que mañana me espera en su consulta, después del trabajo, para asegurarse de que no espero un bebé. Realmente cree que estoy embarazada porque empezó a decirme que incluso, si lo

estuviera, no tenía que casarme contigo. Empecé a beber para ver si conseguía no oírlo.

—¿Qué le pasa a ese tío? Ni siquiera me conoce.

—Es un poco protector conmigo. Dice que soy una cría y que no estoy preparada para manejar a alguien como tú.

—Me da la impresión de que está loco por ti.

—De ser así, lo habría mencionado alguna vez, ¿no crees?

—No lo sé, pero yo no me preocupo por nadie.

—Puede que tú y él seáis diferentes. Y no te lo pierdas, esta tarde he tenido otra visita. Logan ha venido a verme.

—¿Para convencerte también de que no te cases conmigo?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —dijo ella riendo.

—¿Vas a ir a la consulta de tu amigo Carter?

—Sí. De esa manera sabrá que no hay nada que nos obligue a casarnos y se quedará tranquilo. De todas formas, me hace una revisión cada seis meses y me tocaba pronto.

—¿Por qué tiene que ser él tu ginecólogo? ¿No había más ginecólogos en la ciudad?

—¿Por qué iba a ir a otro cuando le tengo a él?

—Pues..., no sé.

—¡Dios! Tuve que repetirle a los dos, mil veces, que estoy enamorada de ti. Al final me lo voy a creer hasta yo —dijo riendo—. Carter dice que tú no me quieres.

—¿Y por qué razón piensa que quiero casarme contigo?

—Dice que me utilizarás durante un tiempo y luego me darás la patada. Supongo que es lo que sueles hacer.

—En ese caso, debería saber que si esa fuera mi intención, no me casaría contigo, ¿no crees?

—Está un poco ofuscado. Mañana cuando descubra que no llevo un bebé tuyo en mi vientre, se quedará más tranquilo.

—Eso espero. No me gusta que pase tiempo contigo.

—¿Perdona? —dijo ella, que no creía o que acababa de oír.

—Olvídalo.

—He estado haciendo una lista de las personas que quiero invitar a la boda. No son muchas y como no tengo familia, he pensado que no te importaría. Pero quería comentarlo antes contigo.

—Tess, es tu boda y puedes invitar a quien quieras.

—Pero como dijimos que sería una boda sencilla, solo con los más allegados...

—Sé lo que dijimos, pero no creo que mi madre se limite a la familia. Para ella, una boda sencilla son trescientos o cuatrocientos invitados.

—Pero, eso te costará muy caro, y no tienes por qué gastar tanto dinero.

—No te preocupes por el dinero.

—De acuerdo. ¿Has hablado con tu madre sobre nuestro compromiso?

—Sí, la llamé anoche cuando volví a casa. Creo que a ella también se le pasó por la cabeza lo de un posible embarazo, cuando le dije que nos casaríamos en abril.

—Es que es muy precipitado. Incluso a mí me intranquiliza que sea tan pronto.

—No tienes que preocuparte de nada. Solo tienes que limitarte a decir *sí quiero* el día de la boda.

—Bueno, tengo hasta ese momento para arrepentirme.

—Espero que no se te ocurra arrepentirte en el último momento. De ser así, me enfadaría, y te aseguro que no te gustaría verme enfadado.

—Si has dicho eso para asustarme, no ha surtido efecto. Yo no te tengo miedo, Del. Y si me arrepiento de casarme contigo, incluso en el altar, diré que no cuando me lo pregunte el cura.

—Vaya. Así que no me tienes miedo.

—Es cierto que a veces me desconciertas un poco, y me siento algo abrumada. Pero te aseguro que no es miedo. Si te temiese no habría aceptado tu propuesta, ¿no crees?

—Eres la única persona, además de mi familia, que no me teme.

—Puede que sea porque voy a formar parte de tu familia.

—¿Te gusta ser parte de mi familia?

—No especialmente. Hay otra cosa de la que debemos hablar referente a la boda.

—¿De qué se trata?

—De la lista de bodas.

—¿Qué es eso?

—Son las cosas que las parejas que van a casarse eligen en algún establecimiento para que se las regalen los que asisten a la boda.

—Saltémonos eso.

—De ser por mí, me saltaría incluso la boda. Pero si no tenemos lista de bodas la gente se preguntará cuál es la razón.

—¿Hay algún problema con eso?

—La prensa se enterará.

—Bueno, pues elige las cosas que quieras en alguna tienda y listo.

—De eso nada, guapo.

—Gracias por lo de guapo —dijo él riendo.

—De nada. Me refiero a que no voy a hacerlo sola. En primer lugar, porque lo que nos regalen se quedará en tu casa, y en segundo lugar, porque no me caso sola. Tendrás que acompañarme y elegiremos esas cosas juntos.

—Yo no tengo tiempo para eso. Puedo decirle a mi secretaria que se encargue ella.

—Eso sí que le gustaría a la prensa.

—Puede acompañarte mi madre. De todas formas, yo no necesito nada para mi casa, así que, puedes ir sola y elegir lo que tú quieras y podrás llevártelo cuando nos divorciemos.

—Eres muy amable, pero yo no quiero nada. No te vas a escaquear. Yo no iré si no me acompañas.

—Tess, voy a estar muy ocupado las próximas semanas. Tengo la agenda completa y tengo muchos viajes pendientes.

—En ese caso, olvidaremos nuestro acuerdo. Ya no quiero casarme contigo.

—¿Qué?

—Para ti es muy fácil, ¿verdad? Eres un hombre poderoso y puedes hacer lo que te plazca. Pero, ¿qué puedo decirle yo a mis amigos, o a los amigos de mis padres, o a mis conocidos? Tú no tienes ningún problema. Puedes permitirte, incluso, decirle a quien quieras que yo soy solo un negocio. Pero, ¿qué puedo decirles yo? Sé que este asunto nos llevará solo un año pero, ¿sería muy complicado para ti hacer las cosas que normalmente se hacen para que al menos mis conocidos no sospechen que hay algo extraño en nuestro comportamiento? Pero..., bah, no te preocupes. Ahora soy yo quien no quiere ir a elegir la puta lista de la boda. Que se encargue tu secretaria, o tu madre, o cualquiera de *tus amigas*. Solo necesitarás decirme el establecimiento en el que estará la lista.

—No te enfades, Tess.

—No estoy enfadada.

—Sí, lo estás.

—Es que no dejo de pensar que en cualquier momento, la gente que me conoce se enterará de lo que estoy haciendo y se reirán de mí.

—¿Crees que voy a permitir que nadie se ría de ti?

—No creo que a ti te preocupe mucho ese detalle.

—Desde ahora y hasta que nos casemos, voy a preocuparme de que estés bien. Y haré lo mismo durante el tiempo que dure nuestro matrimonio. Y nadie, ni ahora ni cuando nos divorciemos, sabrá nada de nuestro acuerdo. No vas a sentirte avergonzada, nunca.

—No te preocupes por eso. Mira, lo mejor es que tu madre y tú os encarguéis de todo. A partir de ahora no quiero saber nada de la boda. Limitate a decirme el día, la hora y dónde se celebrará y yo me limitaré a hacer acto de presencia vestida de novia. Elegiré un vestido bonito para que no te avergüences de mí y Carter me entregará a ti.

—¿Carter?

—Claro, él será mi padrino.

—Y estará hasta el último momento intentando convencerte de que no soy el hombre adecuado para ti.

—De eso puedes estar seguro. ¿Y sabes qué es lo más irónico?

—¿Qué?

—Que tú no eres el hombre adecuado para mí. Del, es tarde y voy a acostarme. Ya ha quedado todo claro así que, no hay nada más de qué hablar.

—Tu tono de voz me dice que sigues enfadada.

—Antes estaba algo molesta, pero ahora que he delegado en ti todos los preparativos, me siento bien.

—¿De verdad no vas a encargarte de nada?

—Me ocuparé de comprar un vestido de novia.

—Cuando lo haga quiero que me pases la factura.

—Perdona pero, el vestido lo compraré yo. Y será el mismo que utilizaré cuando me case de verdad con un hombre.

—Vas a casarte conmigo así que, de momento, deja de pensar que te casarás con otro hombre.

—Es que me casaré en un futuro.

—¿Me acompañarás para elegir las alianzas? —dijo él para cambiar de tema.

—El joyero ya sabe la medida de mi dedo. Y tú tienes buen gusto y además, estás acostumbrado a comprar joyas para tus amantes. Elígelo tú. Al fin y al cabo vas a ser quién lo pague. Te dejo Del. Que pases una buena semana.

—Te llamaré cuando vuelva y quedaremos un día para cenar.

—Te acompañaré, si crees que es imprescindible para nuestro acuerdo.
Buenas noches.

—Buenas noches.

Tess dejó el teléfono sobre la mesita y se tapó con el edredón. Pensó que había sido una estúpida al creer que él iba a ayudarla a organizar algo de la boda. Delaney era un hombre de negocios y esto solo era un negocio para él. Así que también lo sería para ella. Se portaría con él de manera agradable, como haría con cualquier *socio*. Y, a partir de ese momento, procuraría verlo lo menos posible. Él le había dicho que estaría muy ocupado las próximas semanas así que, ella también lo estaría.

Tess fue a la consulta de Carter al día siguiente después del trabajo.

—¿Estás satisfecho? —preguntó Tess después de que él comprobara que seguía siendo virgen.

—En cuanto a lo del embarazo sí. Pero no respecto a la boda.

Cuando terminaron en la consulta Carter la llevó a cenar.

—¿Cómo es que tu novio te deja salir conmigo? —preguntó Carter mientras cenaban.

—No es que le haga mucha gracia. Delaney asegura que yo te gusto.

—¿Eso dice?

—Sí, creo que está celoso de ti. Y quiero aclararte que él no va a impedir que salga contigo o con Logan cuando quiera.

—De todas formas, él no ha dejado de salir con sus amantes. A pesar de que estáis comprometidos.

—Carter, no empieces.

—¿Es que no te das cuenta? Él no va a cambiar ni siquiera cuando os caséis.

—Que lleve a cenar o a fiestas a sus amigas no quiere decir que me engañe. Es lo mismo que cuando salimos tú y yo.

—Confío en que antes de casarte te des cuenta de que estás equivocada. Tess, no te digo todo esto para que te sientas mal, es solo que, no quiero que te haga daño. Stanford es un hombre con mucha experiencia, en todos los sentidos, y puede manipularte a su antojo.

—Muchas gracias.

—No me malinterpretes, Tess. Tú no has salido con ningún hombre y a él se le dan muy bien las mujeres. Puede conseguir lo que quiera de ellas, y tú

no vas a ser diferente a las demás.

—Carter, todo va a ir bien.

—No ha ido a verte cantar ni una sola vez. ¿Crees que eso es normal en un hombre que está comprometido y enamorado?

—Está en Los Ángeles, y la semana pasada estuvo en Europa. Está demasiado ocupado.

—Está demasiado ocupado para verte a ti pero no para ver a otras mujeres. Sabes, cariño, hay una cosa que no me cuadra en todo esto.

—¿Sólo una? —preguntó ella con sarcasmo.

—Me pregunto por qué sigues siendo virgen.

Delaney llegó a Nueva York el jueves siguiente a primera hora de la mañana y fue directamente al trabajo. Pensaba ir a almorzar con Tess a la librería, pero se le complicó la mañana con una reunión tras otra.

Por la noche, cuando llegó a casa, cerca de las once, llamó a Tess por teléfono pero ella no contestó. Volvió a llamarla quince minutos después y lo mismo.

Tess se metió en la cama a las once y media y al coger el móvil para poner la alarma vio las llamadas de Delaney y lo llamó. No le importó si estaba acompañado o no. Imaginó que lo llamaba como si fuese un compañero de trabajo.

—Hola.

—Hola, Del. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, gracias. Te he llamado dos veces.

—Lo sé, acabo de ver las llamadas. Estaba en la ducha y luego con el secador y no me he enterado.

—No importa. Hoy he comprado las alianzas. ¿Quieres que quedemos mañana y las ves? Así podré cambiarlas si no te gustan.

—Tú eres un hombre con gusto y confío en ti. No necesito verlas.

—De acuerdo. A propósito de la boda. Hoy he estado organizando la agenda y puedo arreglarlo para que podamos ir de luna de miel las dos últimas semanas de abril. ¿Qué te parece si nos casamos el día quince?

—¿Del mes que viene?

—Sí.

—Solo faltan seis semanas.

—¿Y?

—De acuerdo, si es lo que quieres. ¿Se lo has dicho ya a tu familia?
—Tenía que hablar antes contigo. ¿Sigues sin querer saber nada de los preparativos?
—Sí.
—Vale, hablaré con mi madre para que se encargue ella.
—Te daré la lista de las personas que quiero que asistan a la boda para que tu madre sepa las tarjetas que necesito.
—Bien.
—No olvides decirme también la tienda en donde estará la lista de bodas.
—Lo haré. ¿Te recojo mañana en el trabajo y vamos a cenar?
—Lo siento, mañana he quedado con un amigo para ir a patinar a la pista de hielo después del trabajo.
—¿A qué hora volverás a casa?
—No lo sé. Él me llevará a casa.
—¿Quieres que compre algo para cenar y voy a tu casa cuando termines?
—¿Crees que es necesario?
—Necesario no, pero hace tiempo que no nos vemos. Deberíamos hablar, me refiero a la boda.
—De acuerdo.
—Aunque, puedo recogerte en la pista de patinaje y ahorrarme a tu amigo que te lleve a casa —dijo Delaney que no le gustaba la idea de que un tío la llevara en su coche.
—Bien. Te enviaré un mensaje con la dirección de la pista.
—Vale. Buenas noches.
—Buenas noches.

Delaney recibió al día siguiente el mensaje de Tess con la dirección de la pista de hielo, y le dijo que la recogiera a las nueve y media.

Delaney llegó media hora antes y la estuvo contemplando desde las gradas. Llevaba un vestido negro muy corto con medias negras tupidas.

Un fotógrafo lo siguió desde las oficinas y estaba haciendo fotos a Tess. Delaney calculó que el chico con el que patinaba tendría algo menos de treinta años. A Delaney le cayó mal al instante.

La contemplaba embelesado por lo bien que se le daba patinar. Su

compañero la cogía de la mano y la levantaba por los aires, y la abrazaba mientras patinaban juntos. Tess cogió impulso y el chico la cogió por la cintura para elevarla pero se cayó hacia atrás y Tess cayó sobre él. Los dos se levantaron riendo.

Tess no sabía que Delaney estaba allí observándolos. Aunque tampoco le habría importado saberlo.

A pesar de que a Delaney no le gustaba que ese tipo la monoseara, tenía que reconocer que los dos patinaban muy bien y que estaban muy compenetrados. Estaba sorprendido porque hacían cosas que Delaney solo había visto en los campeonatos de patinaje artístico en televisión.

Poco antes de las nueve y media Tess le dio dos besos a su amigo y fue patinando hasta donde tenía la mochila. Se sentó en la grada para quitarse los patines.

—Hola —dijo Delaney acercándose a ella.

—Ah, hola. Has llegado pronto. Pensé que esperarías fuera.

Delaney se sentó a su lado y la besó en los labios. Pero, antes de apartar la boca de la de ella volvió a darle un beso más profundo.

—¿Hay algún fotógrafo cerca?

—Me temo que sí —dijo él notando la frialdad de Tess—. Patinas muy bien.

—Gracias. ¿Hace mucho que esperas?

—He llegado hace una media hora. Veremos lo que dicen en las revistas de ti los próximos días.

—¿De mí?

—Parece que estás muy unida a ese tío con quien patinabas. Apuesto a que te han hecho una foto cuando estabas encima de él.

—Es mi entrenador, y eso ha sido un accidente. Y si estabas aquí para verlo, te habrás dado cuenta.

—Sí, lo he visto, pero ya conoces a la prensa.

—Dijiste que a ti no te importaba lo que dijese la prensa.

—Me importa si hablan de mi prometida.

—Apuesto a que lo que digan de mí no te va a quitar el sueño —dijo ella poniéndose el gorro, la bufanda y luego la chaqueta—. Ya podemos irnos.

—Vamos entonces.

Delaney la cogió de la mano y se dirigieron a la salida.

—No llevas el anillo —dijo él tanteando sus dedos.

—No me lo pongo para patinar. Además, me da miedo perderlo.

—Si lo pierdes te compraré otro igual.

Ella lo miró con una sonrisa.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien, aunque estoy cansada. Hacía mucho tiempo que no patinaba y tengo las piernas doloridas.

—No sabía que patinaras.

—Vaya, con las preguntas que me has hecho hasta ahora, no sabía que hubiera algo de mí que desconocieras.

—No hace falta que seas sarcástica. Y ya te dije que podías hacerme preguntas sobre mí.

—Tenías razón con lo que me dijiste, es mejor que tú y yo guardemos las distancias. Hola Jack, me alegro de verle —le dijo al chófer que les esperaba junto a la puerta del coche.

—Tess —dijo el hombre secamente abriéndole la puerta.

Delaney subió por el otro lado.

—No te acerques mucho, tengo la ropa sucia y necesito una ducha.

—No importa. ¿Qué te apetece cenar?

—Cualquier cosa estará bien.

—¿Vamos a un restaurante?

—Prefiero ir a casa, no estoy presentable.

—Bien. Jack, llévanos al restaurante de Carlo.

—De acuerdo —dijo el hombre poniendo el coche en marcha.

—Llamaré a Carlo para que nos prepare algo. ¿Lo dejamos a su elección?

—Sí —dijo Tess.

—Tendrá la cena preparada en veinte minutos —dijo Delaney después de colgar el teléfono.

Jack entró en el restaurante y poco después salió con dos bolsas que dejó en el maletero del vehículo. Luego subió al coche y arrancó.

—Jack, si le apetece subir a casa..., puede cenar con nosotros —dijo Tess cuando el coche se detuvo delante de su edificio.

—Es usted muy amable, tal vez en otra ocasión.

Jack bajó del vehículo, abrió la puerta para que bajara Tess y sacó las bolsas del restaurante y otra más y se las dio a Delaney.

—Ya es la segunda vez que le dices a Jack que suba a tu casa. No hace falta que insistas porque no lo hará —dijo Delaney entrando en el edificio detrás de ella.

—Lo sé, pero no me importa ser educada. Seguro que si se lo ordenaras tú lo haría —dijo ella mientras subían la escalera.

—Puedes estar segura. ¿Te preocupa estar a solas conmigo?

—¿Por qué habría de preocuparme?

—No lo sé, es lo que me pregunto. ¿Qué llevas debajo del vestido?

Ella se volvió para mirarlo extrañada por la pregunta.

—Lo digo porque con esa falda tan corta y haciendo todas esas piruetas en la pista...

—Es raro que no te hayas fijado más detenidamente. Los hombres es lo primero que hacen.

—Estabas lejos de mí —dijo él sonriendo.

—No temas, que tu honor sigue intacto. Llevo ropa interior tupida y cómo ves, las medias son muy gruesas.

—Buena chica.

Ella se volvió de nuevo a mirarlo y lo vio sonriendo. Tess abrió la puerta de su casa y entró seguida por él que cerró la puerta con el pie. Tess se quitó el gorro y la bufanda. Se desabrochó la chaqueta y se la quitó también.

—Tengo que ducharme.

—Hazlo luego. La cena está caliente —dijo él dejando las bolsas sobre la bancada de la cocina.

—Vale. Pero dame un minuto para que me saque las medias y la ropa interior, están húmedas.

—¿Qué?

—Me he caído varias veces en la pista y las tengo mojadas. Y estoy congelada.

—¡Ah! —dijo él sonriendo—. Pensé que estabas húmeda por mí.

Ella le miró y miró al techo al oír sus palabras.

—Vuelvo enseguida.

—Te he traído un regalo de Los Ángeles.

—Espero que no sea una joya —dijo ella desde el dormitorio—.

Además, no hace falta que me traigas nada de tus viajes.

Delaney se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de un sillón del salón. Luego volvió a la cocina y sacó la comida de las bolsas.

Tess apareció dos minutos después. Él se volvió a mirarla y se le aceleró la respiración al verla con esa falda, que aún parecía más corta al no llevar las medias, y esas piernas tan largas, y descalza.

—¿Cuánto mides?

—Un metro setenta y seis —dijo ella sorprendida por la pregunta—. ¿Y tú?

—Uno ochenta y ocho. Hacemos buena pareja, ¿no crees?

—Eres demasiado mayor para mí.

—Es la segunda vez que me lo dices.

—Lo sé —dijo ella sin mirarlo.

Tess puso el mantel y las servilletas en la mesa. Luego colocó los platos, las copas y los cubiertos.

—¿Qué tenemos para cenar?

—No tengo ni idea.

—Estupendo, me gustan las sorpresas. Y además, estoy hambrienta. Hoy no he comido nada al medio día.

—¿Estás a dieta?

—¿Lo necesito?

—Para mi gusto, no —dijo él sonriéndole.

—Si lo dice un experto en mujeres, supongo que será cierto —dijo ella llevando la comida a la mesa—. No hacía falta que trajeras vino —dijo mientras ponía la ensalada en una fuente y la aliñaba.

—Solo faltaba que tu amigo pensara que soy un gorrón.

—Carter no es así.

Delaney abrió los recipientes de la comida. Tess cogió dos cucharas para servirse y se sentó a la mesa. Él se sentó frente a ella.

—Tu amigo ha preparado dos platos diferentes, ¿los compartimos?

—Claro.

Tess sirvió la carne con verduras en los dos platos.

—Te he dicho que no quiero ninguna joya —dijo ella al ver que Delaney le acercaba un estuche pequeño de terciopelo granate por encima de la mesa.

—Ábrelo.

—¿Es un regalo por lo bien que patino?

—Mira, eso no se me había ocurrido —dijo él sonriendo—. No es un regalo. Son las alianzas. Quería que las vieras. Tendrás que llevarla siempre, bueno, durante el tiempo que dure nuestro matrimonio. Y quiero saber si te gusta.

Tess abrió la cajita. Había dos alianzas, una más grande y más ancha que la otra. Tenían rubíes alrededor pero sin sobresalir de la superficie del anillo.

—Dios todopoderoso. Son una maravilla.

—Pensé que cómo tu anillo de compromiso es un diamante blanco, quedaría bien el contraste con el rojo al llevarlos juntos.

—Me encanta.

—Póntelo a ver si te queda bien.

Tess se lo puso junto al anillo de pedida que se había puesto en el dormitorio y le mostró la mano por encima de la mesa.

—Te quedan preciosos.

—Te estás gastando mucho dinero conmigo —dijo ella quitándose la alianza y poniéndola de nuevo en el estuche.

—El dinero no importa. Además, puede que no vuelva a casarme. ¿Has reconsiderado lo de implicarte en los preparativos de la boda?

—No, prefiero no encargarme de nada.

—Al principio querías ocuparte de ello y te molestó que yo no quisiera ayudarte.

—Para mí, el matrimonio es algo muy serio, y cuando hablamos de la boda me hacía ilusión.

—¿Hacía?

—Sí, porque, una boda es una boda. Y da la casualidad de que se trataba de la mía.

—¿Y ya no te hace ilusión?

—No.

—¿Qué ha cambiado? Sigue siendo tu boda.

—Por fin me he dado cuenta. No es que no lo supiera, es solo que no lo había asumido.

—¿De qué te has dado cuenta?

—De que lo que hay entre tú y yo es sólo un negocio, y la boda será la firma de nuestro acuerdo. Así que, me limitaré a presentarme delante del sacerdote para cerrar nuestro trato, y punto. Ya es suficiente con que tenga que molestarme en buscar un vestido adecuado.

—Sigues molesta conmigo.

—No, simplemente he abierto los ojos. Me repetiste en varias ocasiones que no debíamos implicarnos, que no debíamos intentar conocernos, que tuviéramos una relación impersonal... Me ha costado asimilarlo, puede que por mi vena romántica, pero al fin lo he entendido.

—Nuestra relación ya no es impersonal.

—Pues tiene que volver a serlo. De hecho, ni siquiera tenías que estar cenando en mi casa.

—Vaya, no estás molesta conmigo. Estás realmente cabreada.

—Del, yo no soy como tú. Puede que tú te muestres frío para los negocios, y supongo que es lo normal. Pero, yo no soy una mujer de negocios, y para mí esto es nuevo. Es difícil mantener una relación impersonal con un hombre que me lleva a cenar a su casa y viene a la mía. Necesito tiempo para acostumbrarme a ello y poder conseguir ser tan fría como tú.

—Tess, yo no quiero que cambies.

—Yo no voy a cambiar, no podría cambiar mi forma de ser. Únicamente voy a intentar mantenerte fuera de mi vida, y fingir que me importas únicamente, cuando estemos en público. No puede ser tan difícil. Y sabes, me alegro de que nos casemos tan pronto. Tenías razón en lo que dijiste, que así no tendríamos que vernos y fingir durante mucho tiempo.

—¿Yo dije eso?

—Sí. Cambiemos de tema.

—De acuerdo.

—Pero tengo que advertirte algo. Aunque tu familia y tú seáis millonarios y vuestros invitados sean gente importante, no pienso llevar un traje ostentoso. Así que no esperes ver a una especie de princesa caminando por el pasillo central de la iglesia. Entre otras cosas, porque tú no eres un príncipe.

Delaney se rio, a pesar de que sabía el embrollo que Tess tenía en su cabeza. Y no quería que ella cambiara. Era cierto que al principio era él quien quería tener una relación impersonal, pero las cosas habían cambiado.

—Lleves lo que lleves estarás preciosa. Te encuentro preciosa incluso con pijama.

—Muy amable.

—¿Quién es el hombre con quien patinabas?

—Es monitor de patinaje.

—Pues parece que no hace muy bien su trabajo. Esa caída podía haber sido algo serio.

—Ha sido culpa mía, no cogí suficiente impulso y lo he empujado. Él podía haberse hecho mucho daño, y más aún habiendo caído sobre él.

—No parecía importarle mucho que estuvieras encima.

—Sí, lo sé —dijo ella sonriendo.

—¿Hay algo entre vosotros?

—Al igual que tú, yo no mezclo el trabajo con el placer. Aunque no quiera cobrarme, lo considero mi profesor.

—¿Él te considera su alumna?

—Bueno..., lleva pidiéndome de salir desde hace más de un año.

—¿Y no lo ha conseguido en tanto tiempo? ¿No te gusta?

—De físico no está mal, nada mal. Pero, cuando estoy con él no siento nada. Quiero decir que..., no se mueve nada dentro de mí. No siento ese..., ese algo especial que dicen que se siente. Hoy estaba un poco cabreado conmigo porque en un principio íbamos a cenar juntos y le he dicho que hoy no podía. Y luego le he dicho que estaba comprometida.

—¿Por qué se ha cabreado?

—Ha dicho que no le he dado ni la más mínima oportunidad. ¿La prensa no se preguntará por qué no pasamos nunca la noche juntos?

—¿Quieres que pasemos la noche juntos? —dijo él con una sonrisa divertida.

—Por supuesto que no. Solo me lo preguntaba.

—Yo nunca he dormido con una mujer y supongo que la prensa lo sabe.

—¿Por qué no has dormido con ninguna mujer?

—Pues..., no sé. Me gusta dormir en casa. Pero si quieres puedo hacer una excepción contigo y probar.

—Mejor que pruebes con otra con quien no tengas negocios. Esto estaba muy bueno. ¿Probamos el otro plato?

—Claro.

Tess sirvió el cordero en los dos platos limpios y lo probó.

—Umm, está delicioso.

—Sí, Carlo es muy bueno en lo que hace. Le he dicho a mi madre que tiene que encargarse ella de todo lo de la boda.

—Bien.

—Se ha extrañado de que no quieras ocuparte de nada.

—Supongo que me habrás excusado de alguna forma.

—Le he dicho que tienes tres trabajos y que no tienes mucho tiempo libre.

—Estupendo.

—Quiere que nos casemos en su casa en vez de en una iglesia.

—Me parece bien.

—¿No prefieres que nos casemos en la mía?

—A mí me da igual. Decididlo vosotros.

—No sé por qué pero, a mí me gustaría casarme en mi casa.

—Esto es un negocio, pero si a ti te hace ilusión... Por mí no hay problema.

—¿Prefieres casarte por la mañana o por la tarde?

—Me es indiferente.

—¿Quieres salir de viaje el día de la boda o al día siguiente?

—Decídelo tú.

—Tenemos que decidir dónde pasaremos la noche de bodas.

Tess lo miró sonriendo.

—Eso también puedes decidirlo tú, Delaney. Lo único que necesito saber es cuánto tiempo estaremos fuera para decirlo en el trabajo.

—Volveremos el domingo, treinta de Abril.

—¿Cuándo tendré que mudarme a tu casa? Es por saber cuando dejo el apartamento. Tengo que avisar con dos semanas de antelación.

—Cuando volvamos de viaje, ¿no? El día de la boda trae la maleta contigo e iremos al aeropuerto directamente. Aunque podemos ir a tu casa antes de ir al aeropuerto y así te cambias allí.

—Vale. ¿Qué clase de ropa tendré que llevarme?

—De verano. Todavía no sé el lugar, pero será un sitio cálido. Es lo que quieres, ¿no?

—Si tienes que ir a trabajar a un sitio frío, a mí me da igual.

—Yo también prefiero el calor.

—¿Tengo que llevar algún vestido de fiesta?

—Para acompañarme a mí no.

—¿Dónde está el postre? Porque seguro que Carlo también ha pensado en ello.

Delaney se levantó y cogió una caja plana. La llevó a la mesa y la abrió.

—Tarta de arándanos. Perfecto —dijo ella.

—¿Todavía te cabe más comida?

—Pues sí —dijo Tess levantándose a retirar los platos de la mesa.

Cogió dos platos pequeños y dos cucharas y sirvió la tarta.

Delaney la miraba cómo se metía la cuchara en la boca una y otra vez y deseó besarla. Dios, no sabía lo que le ocurría con ella pero siempre deseaba besarla. Bueno, en realidad, deseaba algo más que eso.

—Madre mía, voy a reventar —dijo Tess comiéndose el último trozo de tarta—. Si sigues trayendo cenas como esta voy a engordar.

—Eso no me gustaría.

Tess se levantó para recoger la mesa y él la ayudó. Lo metieron todo en el lavavajillas.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—¿Quieres que me vaya?

—Yo no he dicho eso. Es solo que necesito ducharme.

—Adelante. Prepararé un café mientras te duchas.

—Vale.

Tess se dirigió al dormitorio, se quitó la ropa y la metió en el cesto de la ropa sucia. Luego entró en el baño, se duchó y se lavó el pelo. Se desmaquilló antes de secarse el pelo. Volvió al dormitorio para ponerse crema en el cuerpo y el pijama. Luego volvió al salón.

—¿Has encontrado lo necesario?

—Lo cierto es que no he preparado café en mi vida. Y además, no sé cómo lo tomas.

—Yo suelo tomarlo con leche. ¿Tú lo quieres como siempre?

—Sí —dijo él levantándose para ayudarla.

—Quédate ahí, lo llevaré al salón —dijo ella caminando hacia la cocina —. ¿Tienes algún otro viaje previsto?

—Sí, el martes me voy a París.

—¡Uau!! Tienes suerte de poder ver todos esos lugares.

—Voy a trabajar.

—Así y todo, es fantástico. Me gustaría ir a París, iré en un futuro — dijo llevando las tazas a la mesa.

Delaney probó el café y vio que estaba como a él le gustaba.

—¿Quieres venir conmigo?

—Supongo que me lo pides porque sabes que no puedo ir.

—Lo digo en serio.

—Te lo agradezco de todas formas.

—Te eché de menos cuando estaba en Los Ángeles.

—Ya.

—Si no fuera cierto, no te lo diría.

—No estarás flirteando conmigo, ¿verdad?

—No me atrevería —dijo él sonriendo.

—¿Cuándo volverás?

—El sábado o el domingo. Me gustaría que tomáramos juntos algunas decisiones sobre la boda.

—Ya te he...

—Sé lo que has dicho —dijo él interrumpiéndola—. Pero, por favor, compláceme en esto.

—Si me lo pides así tendré que hacerlo.

—¿Cuándo crees que es mejor que nos casemos por la mañana o por la tarde?

—Si es por la mañana tendré menos tiempo para arreglarme. Tú solo tendrás que vestirme, pero yo..., ya sabes, el pelo, el maquillaje, las uñas... Se que nuestra boda no será real pero puede que no vuelva a casarme y quiero pasar por todo el proceso.

—¿Por qué no ibas a casarte? Eres muy joven.

—No lo sé, pero es posible. Y por si acaso, me gustaría arreglarme como si la boda fuese auténtica.

—La boda será auténtica.

—Ya me entiendes.

—Entonces decidido, nos casaremos por la tarde. ¿Dónde prefieres que nos casemos, en mi casa o en la de mis padres?

—Has dicho que te hace ilusión casarte en tu casa. Además, así no tendré que ir a mi casa a por la maleta. Puedo llevarla a tu casa y cambiarme allí después de la boda.

—Entonces, nos casaremos en mi casa. Y lo celebraremos con una cena.

—¿Habrá suficiente espacio?

—Lo celebraremos en el jardín.

—Puede que haga frío.

—De eso se encargará mi madre.

—Bien.

—¿Prefieres que salgamos de viaje esa noche o al día siguiente? Es para organizar lo del vuelo.

—Será un día ajetreado y puede que estemos cansados para viajar.

—En el avión podemos dormir. Hay una suite.

—Perdone usted —dijo ella sonriendo—. No he visto un avión privado en mi vida.

Delaney se rio.

—En ese caso, decídelo tú. ¿Solo hay una habitación en el avión?

—Hay otra, pero la ocupará Jack. Pero no tienes que preocuparte porque la cama es muy grande. Si decidimos acostarnos, ni siquiera nos rozaremos. Y supongo que la tripulación esperará que pasemos juntos la noche de bodas.

—En ese caso, podemos irnos después de cenar.

—¿Qué día del mes pagas el alquiler?

—El uno.

—Hoy es dos de marzo, o sea que este mes ya lo has pagado.

—Sí, lo cargaron en mi cuenta ayer.

—Si quieres ahorrarte el próximo alquiler puedes mudarte a mi casa a final de este mes.

—¿Seguro que no te importa?

—Vas a vivir en mi casa después de la boda, ¿qué importa que estés allí unos días antes?

—Gracias. Buscaré un trastero para guardar mis muebles.

—Puedes llevarlos a mi casa. Ya viste que la segunda planta está vacía.

—Si a ti no te importa.

—No me importa en absoluto.

—Vale. ¿Qué día te parece bien que lleven mis cosas a tu casa?

—Decídelo tú.

—Intentaré conseguir alguna empresa de mudanzas que trabaje fuera de los horarios de trabajo para poder estar allí.

—No te preocupes por eso. Cath estará en casa, y le diré a Jack que esté en tu casa para cuando lleguen los de la mudanza.

—De acuerdo. Gracias. Lo arreglaré para el día treinta. Así al día siguiente puedo devolverle la llave al casero. ¿Seguro que no te importa que viva en tu casa antes de casarnos?

—Por supuesto que no. Así me ahorraré de ir a verte, ya sabes, por los fotógrafos. Con que salgamos a cenar algún día será suficiente.

—Bien, me encargaré el lunes de contratar la mudanza. Mañana por la tarde he quedado con Carter y Logan para ir a ver trajes de novia.

—¿No sería mejor que te acompañara alguna mujer?

—Confío más en el gusto de los hombres. Y te aseguro que mis amigos tienen buen gusto.

—Toma —dijo él dándole una bolsa de una tienda.

—¿Qué es esto?

—Lo que te compré en Los Ángeles.

Tess sacó el paquete de la bolsa y rasgó el papel. Era un gorro, una bufanda y unos guantes en tonos grises. Ella le miró con una sonrisa radiante.

—Muchísimas gracias. Me encantan —dijo acercándose y besándolo en la mejilla.

¿Qué le pasa a esta mujer? Parece feliz con un regalo de cuarenta dólares, se preguntó Delaney.

—No hay de qué. Eres fácil de contentar.

—Me haré fotos con los vestidos de novia que nos gusten y te las enviaré para que me des tu opinión. Sé que trae mala suerte que el novio vea el vestido antes de la boda, pero lo peor que podría pasar sería que tuviéramos que adelantar la fecha del divorcio. Y, pensándolo bien, eso no sería tener mala suerte sino todo lo contrario, ¿no crees? —dijo ella sonriendo.

—Supongo.

—Tal vez deberías marcharte. Hemos tenido tiempo de cenar y darnos un revolcón. La prensa no sospechará.

—Tienes razón.

—Por una parte está bien que viajes tan a menudo, así no tienes que preocuparte por verme ni salir conmigo.

—No me importa verte, y tampoco salir contigo.

—Pero es mejor así. Para los dos. No hace falta que te acompañe a la puerta. Vamos a casarnos y se supone que ya tenemos confianza.

—Cierto —dijo él acercándose a ella para besarla.

Delaney la besó con tanta pasión que la hizo arder. El calor se deslizaba por sus venas y le recorrió el cuerpo hasta detenerse en su entrepierna. Y para su sorpresa, a Delaney le sucedió algo idéntico. Ambos eran vulnerables ante aquella ardiente arremetida de deseo.

—Supongo que no querías acompañarme a la puerta para que no te besara —dijo él levantándose y poniéndose la chaqueta.

—Es que en mi casa no hay ningún fotógrafo —dijo ella intentando serenarse porque el beso la había dejado aturdida.

—Quedamos en que debías practicar y, aunque has progresado, apuesto a que puedes hacerlo mejor.

—Supongo que cuando viva en tu casa dejarás de besarme.

—Dejaré de besarte cuando me pidas que lo haga.

—Gracias por el regalo —dijo ella levantándose del sofá.

—No hay de qué.

—Y por la cena.

—Ha sido un placer cenar contigo.

Todo el esfuerzo que había hecho Tess por mantenerse alejada de él había fracasado.

Había planeado tomarse la boda y a Delaney como un experimento, una experiencia inusual. Y no podía decir que esa experiencia, con él, no fuera agradable. Pero esos besos, esos besos largos y perturbadores, a los que él no daba importancia, la abrasaban por dentro de una forma devastadora.

Capítulo 6

Cuando Tess salió del trabajo a la una, sus dos amigos estaban esperándola en la puerta. La llevaron a comer y después de tomar café en una terraza acristalada fueron a la tienda de novias.

Permanecieron allí casi cuatro horas. Luego fueron a tomar una copa y a cenar. Y después de cenar fueron a tomar otra copa.

Tess volvió a casa a media noche. Estaba exhausta y harta de los vestidos de novia. Se había probado un montón. Cada vez que se había mirado al espejo con cada uno de los vestidos pensaba en Delaney, esperándola al final del pasillo para decirle el *sí quiero*, se había sentido bien por un instante, pero ese sentimiento se esfumaba pronto.

Fue directamente al dormitorio, se quitó la ropa y los zapatos y se puso el pijama. Luego se dirigió al baño a lavarse los dientes y desmaquillarse y volvió a la habitación.

Se metió en la cama y cogió el móvil para ver las fotos de los tres vestidos de novia que les habían gustado. Pensó en enviarle las fotos a Delaney, como le había dicho que haría, pero, seguramente estaría con alguna mujer, y si viera fotos de vestidos de novia tal vez haría que su plan con la mujer se echara a perder.

—Qué se jodan los dos —dijo al tiempo que le enviaba las fotos.

Después de escribir unas líneas en su diario apagó la luz y se durmió rápidamente.

Se despertó sobresaltada al oír la llamada. Cogió el móvil y contestó sin ver quien era.

—Diga.

—Hola, soy yo.

—¿Quién es yo? —preguntó medio adormilada.

—Delaney —dijo él riendo—. ¿Estabas dormida?

—Sí.

—Siento haberte despertado. Cuando he recibido las fotos no estaba solo y por eso no te he llamado.

—No esperaba que me llamaras esta misma noche.

—Te has acostado muy pronto para ser sábado.

—Estaba muy cansada.

—¿Por qué estabas tan cansada?

—He tenido un día muy completo.

—¿Me cuentas qué has hecho?

—Carter y Logan me han recogido en el trabajo y me han llevado a comer.

—Supongo que no habrán desaprovechado la ocasión para intentar convencerte de que no te cases.

—No, no la han desaprovechado. Luego hemos ido a tomar café. Y más tarde a la tienda de novias. Pensé que después de esa tarde ya no querrían saber nada de mí pero estaba equivocada. Me han llevado a tomar una copa, luego a cenar, y a tomar otra copa. Cuando he llegado a casa estaba muerta. Te aseguro que probarse vestidos de novia es agotador. ¿Has visto las fotos?

—Estás preciosa con los tres vestidos. Aunque espero que el día de la boda no tengas esa cara de pena.

—Tú no sabes la tarde que he pasado. Me habré probado al menos treinta vestidos. Te aseguro que en algún momento he pensado en llamarte para anular la boda y nuestro acuerdo.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Sí. Bueno, ¿qué me dices? ¿Qué vestido te gusta más?

—Es difícil porque me gustan los tres.

—Los tres no los voy a comprar. No son nada baratos, sabes.

—Escucha Tess, yo pagaré el vestido. Ese será mi regalo de bodas.

—No digas estupideces. Tú no tienes que hacerme regalos y menos aún un regalo por casarnos. Además, si me caso alguna vez, llevaré el mismo vestido y no me gustaría casarme pensando que el vestido lo ha pagado mi *exmarido*.

—De acuerdo.

—Dime, ¿tienes preferencia por alguno?

—Déjame que lo piense y mañana te contesto.

—Vale.

—No te molestes más, vuelve a dormirte. Miraré las fotos detenidamente y te daré mi opinión.

—Gracias por tomarte la molestia. Y gracias por llamarme. Buenas noches, Del.

—Buenas noches.

Tess se levantó temprano a pesar de ser domingo. La semana anterior no había hecho ninguno de los quehaceres de la casa y debía encargarse de ellos hoy. Después de desayunar limpió la casa y luego fue a la lavandería.

Después de comer se preparó un café y se sentó en el sofá con el portátil.

Lo primero que hizo fue ver lo reciente de Delaney. Averiguó que la noche anterior había cenado con una tal Claudia, una mujer preciosa, según pudo comprobar, con un cuerpo de infarto y un vestido fantástico. Después de salir del restaurante los habían fotografiado entrando juntos en un edificio. Sin duda la casa de ella.

Ya estaban especulando sobre si Delaney se había cansado de su prometida, antes de la boda. Tess se preguntaba si él seguiría viendo a otras mujeres, de esa manera tan descarada, después de que se casaran. Por lo visto él no se daba cuenta de que comportándose de esa forma la estaba humillando. Pero, ¿por qué iba a pensar él en ese detalle? Delaney no sentía nada por ella, con boda o sin boda.

A las ocho y media fue a la cocina a prepararse algo de cenar. Sacó las cosas del frigorífico y se disponía a empezar cuando sonó su móvil. Fue al salón y se sentó en el sofá para contestarle a Delaney.

—Hola.

—Hola, Tess.

—¿Ya has decidido el vestido que te gusta?

—No, todavía no. Lo siento.

—¿Y para qué me llamas?

—¿Te apetece cenar conmigo?

—Gracias, pero no. No me apetece salir. Iba a prepararme la cena. Si no tienes nada que hacer puedes venir. Prepararé cena para los dos.

—¿No te importa?

—Por supuesto que no, eres mi prometido.

—Bien, voy para allá.

—Hasta ahora.

Delaney llamó al interfono y ella le abrió mientras hablaba con Carter por teléfono. Abrió la puerta de casa y la dejó entornada. Luego se dirigió al dormitorio y puso el manos libres para poder guardar la ropa que había traído

de la lavandería y que seguía sobre la cama.

Delaney entró en el apartamento y cerró la puerta. Oía a Tess hablar en el dormitorio así que fue al salón y se sentó en el sofá. No pretendía escuchar pero el apartamento era muy pequeño.

—No entiendo por qué tienes tanta prisa en casarte —dijo Carter.

—Yo no tengo prisa, pero Delaney..., bueno, supongo que le apetece estar conmigo.

—No seas ridícula. A ese tío no le importas. Solo quiere lucirte durante un tiempo.

—Carter, él me quiere.

—Cariño, no te creía tan estúpida. Sale con las mujeres más guapas y elegantes, ¿crees que alguien como él se iba a fijar en alguien como tú?

—Vaya, eso no ha sido muy amable de tu parte —dijo ella empezando a llorar.

—No quería decir eso.

—¿Qué diferencia hay entre él y los demás hombres?

—La diferencia es que él puede conseguir a cualquier mujer que desee.

—Ya entiendo. Te parece ridículo que se interese por alguien como yo.

¿No es posible que te equivoques y que realmente esté enamorado de mí?

—Tess, no llores.

—Lloraré cuando quiera. Además, estoy en mi casa. Pensé que tenías mejor concepto de mí. Ahora sé que piensas que soy alguien inferior, y que ningún hombre puede sentirse atraído por mí. No sabía que eras tan cruel.

—No he querido decir eso. Tess, por favor, no llores.

—¿Por qué no voy a llorar? Siempre he creído que eras un buen amigo. ¿Tan difícil es creer que estamos enamorados?

—De ti no tengo dudas, él es quien me preocupa.

—Te aseguro que me quiere. Lo sé.

—Lo siento cariño, pero eso no me lo creo.

Tess seguía llorando.

—De acuerdo. Cálmate, cariño. Tal vez tengas razón y él te quiera.

—¿Serás mi padrino?

—Por supuesto.

—¿Y vendrás mañana a elegir el vestido de novia?

—Claro que iré. Te recogeré en el trabajo a las siete y media.

—¿Seguirás queriéndome, aunque me case con él? —preguntó ella sollozando.

—Te querré más cuando te cases con él. Hasta mañana.

Delaney estaba sentado en el sofá pensando en la conversación que acababa de oír.

¿Por qué si era su amigo la hacía llorar diciéndole esas cosas tan horribles? ¿Sería imposible que un hombre como él se enamorara de una chica como ella?, se preguntaba Delaney en silencio.

—Oh, hola. Me había olvidado de que estabas subiendo —dijo Tess secándose las lágrimas.

—Hola —dijo él mirándola.

—¿Qué te trae por aquí un domingo por la noche?

—Estaba en un restaurante con alguien, pero ha decidido marcharse antes de empezar a cenar.

—Vaya, eso no te habrá sentado muy bien. No pareces la clase de hombre a quien las mujeres dejen plantado —dijo ella dirigiéndose a la cocina e intentando sonreír.

—Es la primera vez que me sucede —dijo él quitándose la chaqueta y siguiéndola.

—¿Quieres hablar de ello? Estamos prometidos y se supone que confiamos el uno en el otro —dijo ella sin volverse a mirarlo—. Supongo que se tratará de una mujer.

—Supones bien. Era una mujer con la que había tenido una relación muy corta con anterioridad. Estábamos tomando una copa de vino y de repente me ha preguntado sobre el futuro.

—¿Sobre el futuro?

—Quería saber que planes de futuro tenía con ella. Parece ser que pensó que el invitarla a cenar significaba que la echaba de menos.

—Tess se rio sin mirarlo.

—¿Te hace gracia?

—La verdad es que sí. ¿Puedo saber que le has contestado?

—Que estaba prometido y que me casaba el mes que viene. Pero que podríamos vernos de vez en cuando. Y se ha largado.

—Qué raro que se haya molestado por algo así. Esa mujer es muy poco considerada.

—Tu sarcasmo no me hace sentir mejor.

—Es probable que no haya sido muy sensato por tu parte haber venido a mi casa, cuando sigues enfadado con ella. Y es posible que todavía sientas cierta excitación por lo que te ha ocurrido.

—Dios, me encanta cómo hablas —dijo él riendo.

—¿Te sientes mejor? —dijo Tess volviéndose para mirarlo.

—La verdad es que sí. Creo que me vas a ser de gran ayuda cuando vivamos juntos.

—Del, yo soy una cría comparada contigo. Seguramente serás tú quien me ayude con tu experiencia.

—Eres una mujer muy madura para tu edad.

—¿Puedo preguntarte por qué me has llamado a mí?

—Mi hermano había quedado con una mujer, y Nathan está fuera de la ciudad.

—Así que, soy tu tercera opción.

—No, eres mi primera opción. He pensado en ti cuando me he quedado solo en el restaurante. Pero pensé que habrías salido, o que no te apetecería verme. Por eso les he llamado a ellos primero.

—Muy considerado por tu parte. Y no me importa que hayas venido. Lo cierto es que no me gusta comer sola.

—Entonces me alegro de estar aquí. No sabía que cocinaras. ¿Te enseñó tu madre?

—Aprendí algunas cosas en el internado, y luego, he ido cogiendo un poco de aquí y un poco de allá. De todas formas, al igual que en lo referente a la vida, uno siempre sabe más de lo que piensa. Creo que no lo hago mal. Aunque claro, tú estás acostumbrado a comer en los mejores restaurantes y puede que no te guste cómo cocino.

—No me quejaré. ¿Qué estás preparando?

—Ternera a la pimienta verde y verduras en tempura. Abre una botella de vino y sirve unas copas, por favor.

Delaney sacó del armario una botella de Willamette Pinot Noir. Luego cogió el sacacorchos del cajón y abrió la botella. Tess dejó dos copas sobre la bancada y Delaney sirvió el vino en ellas. Le dio una a Tess y rozó con la suya la de ella.

—Por nuestra vida juntos.

—Espero que no nos arrepintamos —dijo ella antes de dar un sorbo.

Tess colocó las cosas sobre la mesa mientras terminaba la cena y el chocolate que estaba preparando para rociar las fresas con él y que serviría de postre.

—Vaya, esto está delicioso —dijo él cuando estaban ya sentados y después de probar la cena.

—Gracias.

—¿Has tenido un buen día?

—He seguido la rutina de los domingos, limpiar, lavar, planchar, y descansar.

—Cuando vivas en mi casa no tendrás que hacer nada de eso, excepto en lo de descansar. El servicio se ocupará de ello.

—¿Cuál es el trabajo que desempeña Catherine en tu casa?

—Es quien se encarga de organizarlo todo. Además, hace las compras, y cocina para mi y para Jack.

—¿Quién se encarga del resto de las tareas?

—Todos los días va una chica a casa. Se llama Karen.

—¿No vive allí?

—En casa solo vivimos Catherine y yo. Jack vive en la propiedad, en la casa que te dije.

—Háblame de Jack. De él no te importa hablar, ¿no?

—¿Qué quieres saber?

—Todo lo que puedas decirme. Ya que no estás dispuesto a hablarme de ti, al menos sabré de él.

—Yo no he dicho que no quiera hablarte de mí.

—Crees que hablarme de ti es intimar, y tienes razón.

—¿Qué quieres saber sobre mí?

—Lo cierto es que ya no me interesa saber nada sobre ti. Prefiero que me hables de Jack.

—De acuerdo. Tiene cincuenta y cinco años. Empezó a trabajar para mi padre hace treinta años.

—¿Cómo chófer?

—Y guardaespaldas. Él era quien nos llevaba al colegio a Sean y a mí. Y lo hizo hasta que tuvimos nuestro primer coche.

—¿Está casado?

—Lo estuvo, pero Laura, su mujer, murió cuando yo era pequeño.

—¿Tuvieron hijos?

—No.

—Una lástima porque así no se sentiría solo al llegar a casa.

—Tú también estás sola.

—Por eso lo digo. A veces es aburrido. ¿Cómo fue el irse a trabajar contigo?

—Cuando terminé la universidad, fui a trabajar con mi padre un par de

años a uno de sus hoteles. Era el hotel más pequeño que tenía entonces, y el mismo con el que él empezó. Mi padre me enseñó todo lo que tenía que saber. Cuando creyó que estaba preparado para valerme por mi mismo me regaló el hotel en el que estaba trabajando. Entonces decidí independizarme. Mis padres no querían que me marchara de casa, sobre todo mi madre. Pero un hombre con su propio negocio necesita independencia. Y yo quería empezar mi vida. Quería demostrarme a mi mismo de lo que era capaz. No quería estancarme en ese hotel. Quería que mi padre se sintiera orgulloso de mí. ¿Por qué sonrías?

—Me gusta oírte hablar. Sobre todo, cuando hablas sobre ti. Tampoco ha sido tan difícil, ¿no? ¿Te has sentido mal por hacerlo?

—No.

—Tu padre se siente muy orgulloso de ti. Solo hay que verlo, cuando te mira se le cae la baba. Entonces, ¿te marchaste de casa? —dijo ella para que él no se sintiera mal por lo que le había dicho.

—Sí. Les dije a mis padre que iría a vivir al hotel hasta que tuviera mi propia casa. Mi padre dijo que le parecía bien siempre que Jack fuera conmigo. En principio no me disgustó la idea porque yo quería mucho a Jack. Y a él también le gustó la idea de acompañarme. Yo estaba empezando y no necesitaba un chófer pero, no me importó que estuviera conmigo. De hecho me ayudó a resolver muchos de los problemas que se me presentaron. Él había trabajado con mi padre muchos años, y aprendió mucho de él y de sus negocios, simplemente haciendo de chófer.

—¿Jack también vivía en el hotel?

—Sí, vivíamos los dos en la última planta, en habitaciones contiguas. Nunca me lo ha dicho pero estoy seguro que mis padres le pidieron que viniera conmigo y que cuidara de mí.

—¿Por qué no ha vuelto a casarse? Es un hombre atractivo, y muy amable. Bueno, ahora no es muy amable conmigo porque me desprecia, aunque es correcto.

—Jack no te desprecia.

—Sí lo hace.

—Supongo que no se ha casado porque no ha querido. Él tiene las noches libres, y cuando necesita algún día más, simplemente me lo dice.

—¿A qué se dedicaba antes?

—Era marine. Lo dejó cuando se casó. ¿Quieres que te hable ahora sobre Catherine?

—No, pasaré mucho tiempo con ella cuando viva en tu casa. Prefiero ir

conociéndola poco a poco. ¿Has terminado?

—Sí. Todo estaba buenísimo.

—Gracias —dijo ella levantándose para retirar los platos—. Quédate sentado, solo voy a coger el postre.

Tess sacó las fresas de la nevera y las dejó sobre la mesa. Luego llevó el bol con chocolate y puso dos platos delante de ellos.

—No tengo nata para las fresas, lo siento —dijo Tess sentándose.

—Me gusta el chocolate. Y también las fresas solas.

—Me estás dando demasiada información sobre ti —dijo ella sonriendo mientras se metía una fresa en la boca, después de sumergirla en el chocolate.

Delaney la miraba. No había visto a ninguna mujer deleitarse con la comida como lo hacía ella. Era un placer contemplarla. Y la encontraba extremadamente sensual comiendo las fresas. Al morder una de ellas se le quedó un poco de chocolate en el labio. Delaney no pudo evitar acercar un dedo hasta su boca para limpiar el chocolate y luego lo chupó.

Tess lo miró hipnotizada y se puso a cien por ese pequeño detalle.

Delaney estaba excitándose viéndola comer las fresas. Dios, cómo la deseaba. Tenía que marcharse de allí.

—Ha sido una cena estupenda. Y he de añadir que no tenía nada que envidiar a ningún restaurante en los que he estado.

—Muy amable. ¿Vas a decirme qué vestido has elegido de los tres? Mañana iremos de nuevo a la tienda de novias y elegiremos uno de ellos.

—Tus amigos juegan con ventaja ya que van a verte con ellos puestos.

—En las fotos que te he enviado se ven perfectamente los vestidos. No deberías tener problema para elegir uno. Ojalá coincidiáis en la elección.

—Si le has pedido a ellos que te acompañen es porque confías en su opinión.

—Pero no me voy a casar con ninguno de ellos.

—Sabes, Tess. Si elijo uno y mañana ellos eligen otro, te encontrarás en un dilema. Creo que es mejor que lo decidan ellos.

—De acuerdo. Aunque, me habría gustado saber tu opinión. Pero, tienes razón, es mejor así, de esa forma no es personal.

—¿Puedes enviarme la foto del vestido que elijáis?

—¿Para qué?

—Para ver si coincide con el que he elegido yo.

—Entonces, sí que has elegido uno.

—Sí, pero no te lo diré.

—Vale.

—Creo que voy a marcharme —dijo él levantándose y cogiendo un par de platos de la mesa.

—Deja eso, por favor, lo recogeré cuando te vayas.

Delaney fue al salón a coger la chaqueta y se la puso. Se dirigió hacia la puerta seguido por Tess y se giró al llegar allí. Los dos se miraron.

—¿Por qué no me besas hoy tú, para variar?

—¿Crees que me intimidas? Yo no soy una cobarde. Y tampoco tímida. Sabes, esto es únicamente una practica, como si me enseñaras a conducir o a usar un ordenador. Esto no es más que un trato que he hecho con alguien con quien tengo un negocio entre manos. Y que conste que te beso solo por interés. Tú eres mayor que yo y tienes más expe...

—Estás hablando demasiado —dijo él, sin dejarla terminar la frase—. Bésame.

Tess se acercó hasta estar casi pegada a él. Lo miró con una cálida sonrisa y él se la devolvió.

A Delaney le resultó muy fácil perderse en la belleza de aquellos ojos grises y sucumbir a la trampa de la cálida sonrisa de Tess.

Tess subió la mano hasta el pelo de él. Sumergió sus dedos entre sus sedosos mechones y colocó la mano en su nuca para atraerlo hacia ella. Lo besó en las comisuras de la boca y luego deslizó la punta de la lengua acariciándole los labios y haciéndolo temblar.

Delaney entreabrió los labios y ella introdujo la lengua en su boca. La lengua de Tess era devastadora. Delaney le rodeó la cintura y la atrajo hacia él.

Los labios de Delaney estaban allí, firmes, húmedos y absolutamente apetecibles. Tess sintió una descarga eléctrica en el cerebro que se expandió por todo su cuerpo.

Delaney la deseaba con una urgencia que no recordaba haber sentido por nada ni por nadie en toda su vida. La mordió locamente porque esa boca abrasadora estaba hecha para que él la devorara.

Tess sentía la humedad entre sus piernas y no la ayudaba el sentir la erección de él, ahí.

Los dos se apartaron al mismo tiempo porque se ahogarían de no coger aire.

—¡Vaya! —dijo él. Era lo único que se le ocurrió porque su mente estaba en blanco.

Tess se apoyó en la puerta para evitar que cedieran sus piernas intentando serenarse.

—Tengo que irme.

—Sí —dijo ella abriendo la puerta.

Delaney salió sin decir nada más y ella cerró la puerta.

Delaney la encontraba sexy, pero de una manera que jamás habría imaginado posible. Las mujeres con las que salía le atraían, por supuesto, pero todas ellas eran... *¡Dios! Todas ellas son tan diferentes a Tess*, pensaba Delaney mientras bajaba la escalera.

Cuando Tess se acostó esa noche recordó la fuerza y la turbulencia del beso que habían compartido. Sin siquiera conocerle ni haber estado con él en la intimidad, sabía que él sería un amante exigente. Y fascinante. Sabía que era un hombre a quien no se podría manejar con facilidad. Y menos aún, ella.

Delaney también pensó en Tess cuando se acostó aquella noche. Se sentía cada vez más aturdido. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para no llevarla al sofá y follársela. O allí mimo, contra la puerta. La deseaba y no sabía cómo evitarlo.

Tess entró en el trabajo al día siguiente, lunes. Odiaba los lunes. Fue directamente a su taquilla a dejar el bolso y se encontró allí con una de sus compañeras.

—Has salido en una revista que compré ayer, ¿la has visto?

—No, estoy harta de la prensa y de los fotógrafos.

—Es lo que tiene salir con un hombre importante.

—¿Hablan bien o mal de mí?

—No estoy segura. Estabas en una pista de patinaje y en una de las fotos estabas en el suelo encima de un tío —dijo la chica riendo.

—Son tan oportunos... Compraré la revista cuando salga del trabajo.

Tess aprovechó el descanso para comer y contrató a una agencia de mudanzas. Alguien iría a su casa al día siguiente a las ocho de la tarde para ver las cosas que tenían que trasladar y darle un presupuesto.

Carter y Logan la esperaban en la puerta de la librería apoyados en el coche cuando Tess salió. Ella los abrazó. Carter la retuvo en sus brazos más tiempo del necesario. Se sentía culpable por lo que le había dicho por teléfono la última vez que habían hablado.

—Siento lo de anoche —le dijo él al oído.

—Lo sé. No importa. Sé que estás preocupado por mí —dijo ella abrazándolo más fuerte.

—No me importa que sigáis abrazados pero he de deciros que hay un par de fotografías que no dejan de haceros fotos —dijo Logan.

—Que se jodan —dijo Carter.

Los tres se rieron.

—Te he traído una revista de la consulta para que sepas lo que se cuece sobre tú y tu novio —dijo Carter.

—Gracias.

Carter le abrió la puerta trasera del BMW de Logan para que ella subiera y luego subió en el asiento del copiloto.

La dueña de la tienda de novias estaba esperándolos. La mujer sabía quién era Tess y quién era su prometido porque los había visto en revistas y en la televisión. Y que ella comprara allí su vestido de novia era una buena publicidad para su negocio. Aunque era ella quién se encargaba personalmente de atenderlos, para evitar que alguna de las empleadas hablara del vestido que llevaría. Además le caía muy bien Tess y sus dos apuestos amigos.

Probarse vestidos con ellos era divertido porque bromeaban con ella. Al final se decidieron por uno de los tres.

Tess volvió a probarse el vestido con los zapatos para que la mujer comprobara si había que hacer algún arreglo. Pero el vestido le quedaba como si se lo hubieran hecho a medida. Era de manga larga con un escote de barca que dejaba sus hombros al descubierto, y entallado hasta la cintura. Era un vestido sencillo, pero sus amigas la encontraron preciosa.

Lo pagó Logan a pesar de las protestas de Tess. Dijo que era su regalo de boda y ella ya no pudo decir nada más al respecto.

Dejaron el vestido en la tienda porque la mujer le dijo que ella se lo llevaría planchado el día de la boda y la ayudaría a vestirse.

Cuando terminaron fueron los tres a cenar y luego llevaron a Tess a casa. Carter bajó para acompañarla hasta la puerta.

—Tengo que decirte algo sobre el regalo que me hiciste en Navidad.

—No irás a decirme que quieres devolvérmelo. Han pasado tres meses —dijo Carter sonriendo.

—No voy a devolvértelo.

—¿Y qué es lo que tienes que decirme?

—Pensaba que eran cristales negros.

—¿Crees que yo te regalaría cristales?

—Nunca me habías regalado algo tan caro.

—Te estás haciendo mayor y los regalos tienen que ser más importantes.

¿No te gustó?

—Por supuesto que me gustó. Pero no quiero que gastes tanto dinero conmigo.

—Sabes que puedo permitírmelo.

—Lo sé, pero es demasiado.

—Tess, nada es demasiado contigo. Eres como una hermana para mí y a ella le haría esa clase de regalos. Cosa que pienso seguir haciendo contigo.

Buenas noches, cariño —dijo besándola en los labios.

—Buenas noches.

Cuando Tess entró en su apartamento le hizo una llamada perdida a Delaney y colgó. Diez minutos después él la llamó.

—Hola, ¿puedes hablar o estás acompañado?

—Hola. Acabo de llegar a casa.

—Ya tengo el vestido de novia.

—Estupendo.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Cielo, tú puedes pedirme lo que quieras, eres mi prometida.

—Muy amable —dijo ella riendo.

—¿Qué necesitas de mí?

Tess permaneció un instante en silencio.

—¿Me harás el favor?

—No sé de qué se trata pero si está en mi mano, lo haré.

—¿Puedes decirme el vestido que tú elegiste?

—¿Cuál habéis elegido vosotros?

—No me contestes con otra pregunta. Has dicho que me harías el favor. Ya sé que yo no te importo así que no supone un problema para ti. Pero para mí es importante saberlo.

—De acuerdo. Espero que hayamos coincidido en la elección. No me gustaría que tuvieras dudas ahora que ya lo has comprado.

—Al final no lo he comprado yo. Me lo ha regalado Logan.

—A mí me gusta el que tiene los hombros al descubierto.

—¡Bien! Ese es el que han elegido ellos.

—Me alegro.

—¿Por qué has elegido ese?

—Tienes el cuello y los hombros muy bonitos.

—¿Eso piensas? —dijo ella riendo—. Yo creía que los hombres se fijaban en el pecho y en el trasero.

—Supongo que eso depende del hombre. A mí me gustan cosas diferente en diferentes mujeres. Pero, claro, hay que ver esas cosas antes de juzgarlas. En ti, por ejemplo, me gusta tu cuello, tus hombros y tus piernas. El resto del cuerpo no lo he visto, por lo tanto, no puedo opinar. Además, tienes unos ojos fantásticos, con un color increíble. Y tu boca..., tienes una boca muy sensual. Tal vez esa sea la razón de que me guste besarte.

—Stanford, pierdes el tiempo si estás flirteando conmigo. No estoy interesada en ti.

—Cualquier mujer, en su sano juicio, sabe que una declaración como esa representa un desafío para un hombre.

—Eso podría aplicarse a otros hombres, pero no a ti... en relación conmigo. Aunque, he de admitir, que no esperaba que me dijeras esas cosas. Después de ver a las mujeres con las que sales, no pensé que nada en mí, pudiera llamarte la atención. Lo cierto es que pensé que no encontrarías nada atractivo en mí.

—No sé quién te ha metido en la cabeza que no eres una preciosidad, porque lo eres. Y puedo asegurarte de que, si tú y yo no tuviéramos negocios juntos, ya habría intentado seducirte.

—Dada mi escasa experiencia con los hombres, no te habría sido difícil hacerlo. Pero, como bien has dicho, somos socios en un negocio y tú y yo no intimaremos nunca.

—*Nunca* es mucho tiempo.

—En el momento que demos nuestro matrimonio por finalizado desapareceré de tu vida y no volveremos a vernos.

—Lo sé. ¿Cómo has pasado el día?

—No ha estado mal. En el trabajo todo ha ido bien. Te he echado de menos en el almuerzo, pero ya estoy acostumbrada porque me pasa cada día.

En la tienda de novias lo he pasado bien. Carter y Logan han hecho que me sienta bien. Creo que a la dueña de la tienda le gustan mis amigos porque se ha pasado el tiempo flirteando con ellos, y ellos le seguían la corriente. Luego me han llevado a cenar a una marisquería. Carter se ha disculpado conmigo porque me dijo unas cosas por teléfono que no me gustaron. Y ahora

estamos bien.

—¿Discutisteis?

—No, más bien fue una diferencia de opiniones. Por cierto, hoy he contratado la agencia de mudanzas —dijo ella sin darle tiempo a que le preguntara cuál era esa diferencia de opiniones—. Trasladarán mis cosas el jueves, día treinta.

—Bien. ¿Quieres saber lo que he hecho yo?

—No especialmente. Ya sabes que no te haré ninguna pregunta.

—Pero no te importa contestar a las mías.

—Yo no soy como tú.

—Te aseguro que no me importa que me hagas preguntas.

—En ese caso, ¿has tenido un buen día?

—No ha estado mal.

—¿Has hecho algo interesante después del trabajo?

—Eso tampoco ha estado mal.

—Por favor, no hace falta que me lo detalles todo tan minuciosamente.

—Lo siento —dijo él riendo por su sarcasmo—. Es que no estoy acostumbrado a que me hagan preguntas.

—Lo sé. Esa es la razón por la que no las hago. ¿A qué hora te marchas mañana?

—A las ocho de la mañana.

—Te deseo un buen viaje.

—Gracias. Anoche fui a cenar con una mujer y luego estuve en su casa —dijo él de pronto porque se sentía mal por no contestar nunca a sus preguntas, cuando ella siempre contestaba a todas las suyas y no le ocultaba nada. O eso creía.

—Supongo que no sería la misma que te dejó plantada anoche en el restaurante.

—No, no lo era.

—Tienes una facilidad envidiable de encontrar mujeres. Buenas noches, Del.

—Buenas noches, Tess.

Después de ducharse Tess se puso el pijama, cogió la revista que le había dado Carter y se metió en la cama.

Dios, estaba en la portada en el suelo sobre un hombre.

¿Tendrá que preocuparse el magnate hotelero de los hombres con los que se relaciona su prometida?

Tess se rio de la frase que estaba escrita junto a la foto.

En el interior de la revista había fotos de Delaney saliendo de un restaurante con una morena despampanante. La llevaba cogida de la mano. Como cuando iba con Tess.

Había otra frase debajo de esas fotos. *¿O tal vez deba ser Tess Scott, su prometida, quién deberá preocuparse? No parece que Stanford haya cambiado su forma de vida por estar prometido.* Vio otra foto de Delaney sentado en las gradas de la pista de patinaje y con otro comentario junto a ella. *Aunque por la expresión del rostro del empresario se diría que está celoso y completamente enamorado de ella.*

—Sí, está loco por mí. Deberías ser un poco más discreto con tus citas, Del —dijo ella cerrando la revista.

Al día siguiente, cuando Tess salió del trabajo, el Mercedes de Delaney estaba parado en la puerta y Jack esperando junto al vehículo.

—Hola, Jack, ¿qué hace aquí?

—Tengo órdenes de recogerla cada día en el trabajo y llevarla adónde quiera. Y por las mañanas la recogeré en casa para traerla a trabajar.

—Se lo agradezco pero no es necesario.

—No me lo agradezca a mí, obedezco órdenes. Por favor, suba al coche —dijo el hombre abriendo la puerta trasera.

—De acuerdo. Permitiré que me lleve hoy a casa, pero subiré delante con usted.

—Prefiero que suba detrás.

—Sabe, Jack, puede que usted esté obligado a acatar órdenes, pero yo no —dijo Tess parada delante de la puerta del copiloto para que el hombre la abriera.

Jack suspiró y le abrió la puerta. Cuando Tess subió la cerró y rodeó el vehículo para sentarse al volante.

—¿Dónde la llevo?

—A casa, por favor. Me alegro de haber encontrado este momento para hablar a solas con usted.

—¿Sobre qué tiene que hablarme?

—Sé que Delaney habló con usted sobre nuestro acuerdo.

—Sí, lo hizo —dijo poniendo el coche en marcha.

—Su trato conmigo ha cambiado desde entonces.

Jack se giró para mirarla, pero no dijo nada.

—Sé que piensa que soy una oportunista.

—¿Y no lo es?

—Bueno, supongo que en parte sí. Llevo ahorrando desde que terminé en la universidad, y trabajado muy duro persiguiendo un sueño. Mi sueño es tener una librería.

—Supongo que todos tenemos sueños.

—Yo no busqué a Delaney. Ni siquiera se me hubiera ocurrido algo semejante. Fue él quien se presentó ante mí y me ofreció hacer realidad mi sueño, a cambio de casarme con él.

—Estoy al corriente.

—Sé que usted le quiere como a un hijo, pero quiero que sepa que tengo una razón poderosa para haber aceptado lo que me propuso. Es cierto que me voy a beneficiar con esta especie de negocio, pero ese no es realmente el motivo de haber aceptado. Si cree que voy a perjudicarlo de alguna forma o que voy a intentar sacarle más de lo que me ha ofrecido, está muy equivocado. Puedo afirmarle que no voy a casarme con él por lo que me ha prometido, ni siquiera porque vaya a tener una vida desahogada durante un año.

—Si no ha aceptado por dinero, no entiendo que puede alentarla a seguir con el acuerdo.

—Podría hablarle de la razón que me hizo aceptar, pero usted es leal a Delaney y seguramente le hablaría a él de ello. Jack, yo no voy a pedirle que me trate de manera agradable como si realmente fuera la prometida de Delaney, pero usted me ha juzgado sin siquiera conocerme. Y sabe, Jack, dar por hecho cosas respecto a la gente, es el primer paso para equivocarse por completo.

—Puede que tenga razón, pero al aceptar ese acuerdo con Delaney, ha demostrado que usted es como todas las mujeres que salen con él. Solo les interesa su dinero.

—Eso es un poco triste, ¿no cree? Con esas palabras está diciendo que él no podría interesarle a ninguna mujer, si no tuviera dinero. No parece que tenga muy buen concepto de él.

—Tess, Delaney es un buen hombre.

—Yo también soy una buena persona, aunque usted no lo crea. Para mí es incómodo que las personas que me rodean sientan desprecio por mí. Y me temo que cada vez que una persona nueva sabe sobre nuestro acuerdo, se añade a la lista. De momento, el abogado de Delaney y usted. Y por supuesto

la lista la encabeza Delaney.

Después de esas últimas palabras, permanecieron en silencio.

—Yo no siento desprecio por usted —dijo el hombre deteniendo el coche en la puerta de la casa.

Tess le miró con una triste sonrisa.

—No hace falta que baje a abrirme la puerta. Usted no es mi chófer, y yo no estoy acostumbrada a esta clase de lujos —dijo Tess abriendo la puerta y bajando del coche.

—¿A qué hora la recojo mañana?

—No se moleste en venir porque no iré al trabajo con usted. Pero de todas formas, dele las gracias a su jefe. Y gracias por traerme —dijo cerrando la puerta despacio.

Delaney estuvo tentado de llamar a Tess por la noche, pero no lo hizo. No sabía lo que le sucedía con esa chica. ¿La echaba de menos? ¿Cómo iba a echarla de menos si la veía tan solo una vez a la semana y a veces ni eso? ¡Por Dios! Sabía que tenía que apartarla de sus pensamientos porque se sentía demasiado bien cuando estaba con ella. Le gustaba su sencillez. Su forma de hablar. Las cosas que le decía, como si quisiera seducirlo. Y aquel cuerpo suyo lo volvía loco. Sabía que no podría hacerla suya pero, Dios, cómo la deseaba.

Al día siguiente, Tess salió de casa a las ocho y cuarto de la mañana para ir al trabajo y se sorprendió al ver el coche de Delaney en la puerta y a Jack de pie junto a él.

—Buenos días, Jack.

—Buenos días, Tess.

—Le dije que no se molestara en venir.

—Cumpló órdenes.

—Siento que se haya molestado, pero iré al trabajo en metro.

—Suba al coche, por favor.

—No hace falta que se muestre amable conmigo. Piensa que yo no merezco nada de lo que Delaney vaya a darme. Y no quiero que usted me lleve a ninguna parte, si él no está conmigo. Dígale a su jefe que no se meta en mis asuntos.

—Eso no le va a gustar.

—Eso no es problema mío. Y si no le gusta, que rescinda nuestro

acuerdo. Lo siento, tengo que marcharme o llegaré tarde —dijo ella empezando a caminar por la acera.

Jack llamó a su jefe a las ocho de la mañana, hora de París.

—Hola, Jack, ¿va todo bien?

—Bueno... Esta mañana estaba esperando a Tess en la puerta de su casa como me pediste, pero no ha querido subir al coche. Le he dicho que cumplía órdenes. Y se lo he pedido por favor.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no necesitaba que fuera amable con ella. Y que sabía que yo pensaba que no merecía nada de lo que le habías ofrecido. Ha dicho que no permitirá que la lleve a ninguna parte si no va contigo.

—Qué testaruda.

—Ha dicho algo más.

—¿Qué?

—Ha dicho: *dígale a su jefe que no se meta en mis asuntos.*

Delaney se rio.

—Le he dicho que eso no te iba a gustar.

—¿Y qué te ha contestado? —preguntó Delaney divertido.

—Ha dicho: *eso no es asunto mío. Y si no le gusta, que rescinda nuestro acuerdo.*

Delaney volvió a reírse.

—Esa chica tiene carácter.

—Sí, eso parece. Jack, aunque no quiera ir contigo, ve a buscarla cuando salga del trabajo e intenta llevarla a casa.

—No creo que lo consiga, pero lo intentaré.

—Y otra cosa. Échale un vistazo para ver lo que hace.

—De acuerdo.

Tess subió a la cafetería a comer y mientras esperaba que le llevaran lo que había pedido comprobó el móvil y vio que tenía varias llamadas de un número desconocido. Marcó el número.

—Hola, Tess, gracias por llamar.

—Hola, no sé quién es usted.

—Soy Louise, la madre de Delaney.

—Ah, hola. ¿Sucedo algo? ¿Delaney está bien?
—Supongo que sí. Tenemos que hablar de algunas cosas. ¿Quedamos mañana para comer?
—A mediodía no tengo mucho tiempo.
—Entonces, podemos quedar para cenar, si a ti te va mejor.
—De acuerdo.
—¿Te parece bien mañana después del trabajo en mi casa?
—Vale, llegaré sobre las ocho.
—Estupendo. ¿Va todo bien?
—Sí. ¿No cree que sería mejor que esperáramos a que Delaney volviera de su viaje?
—Esto no tiene nada que ver con él. ¿Puedes traer mañana la lista con los nombres de tus invitados?
—Claro, la haré esta noche.
—Perfecto. Enviaré a alguien para que te recoja a la salida del trabajo.
—No hace falta que envíe a nadie, cogeré un taxi.
—Habrá alguien esperándote cuando salgas.
—Cómo quiera. Terminó a las siete y media.

Tess pensó en llamar a Delaney para decirle que iría a cenar al día siguiente a casa de sus padres, pero al final decidió no hacerlo. Se había propuesto tener el mínimo contacto con él, como si fuera un simple negocio.

Delaney pensó también en llamarla esa noche. Estaba un poco molesto con ella por rechazar que Jack la llevara. Aunque esa no era la razón de que no la llamara. Quería dejarla un poco de lado porque últimamente pensaba en ella más de la cuenta, y el recordar los besos que habían compartido, no le ayudaba.

Delaney y su abogado tuvieron una mañana completa con una reunión tras otra. Delaney propuso a Nathan que dieran un paseo para ir a comer y despejarse un poco.

Estaban caminando por el centro de París cuando Delaney se detuvo delante de un escaparate porque le llamó la atención el vestido que lucía una de las maniquís.

—Entremos aquí, quiero comprar un regalo.
—¿Un regalo? ¿En esta tienda? —preguntó el abogado extrañado porque Delaney solo compraba regalos en joyerías y esa tienda ni siquiera era de una

firma importante— ¿Para tu novia?

—Exactamente —dijo Delaney entrando en la tienda.

Las dependientas miraron boquiabiertas a los dos hombres.

—Hola —dijo una de las chicas— ¿En qué puedo ayudarles?

—Hola, me ha gustado el vestido rojo del escaparate.

—¿Qué talla está buscando?

—La cuarenta.

—Voy a comprobar si queda alguno de esa talla —dijo la chica dirigiéndose a uno de los percheros.

—¿Sabes la talla de tu novia?

—Vi la etiqueta de uno de sus vestidos.

—Te estás tomando mucho interés en ella.

—Quedaba uno —dijo la chica reuniéndose con ellos.

—Estupendo. ¿Podría envolverlo para regalo?

—Por supuesto.

Después de envolverlo con un bonito papel lo metió en una bolsa de la tienda.

—¿Desean algo más?

—De momento no, gracias.

—Son cuarenta y dos euros.

Delaney pagó con la tarjeta.

—Muchas gracias.

—Gracias a usted. Vuelvan por aquí.

Los dos sonrieron a la chica y salieron de la tienda.

—Ese vestido le va a parecer poco a tu novia después de haberle regalado la pulsera que le compraste en Londres. —dijo Nathan mientras comían en un sencillo restaurante.

—La pulsera sigo teniéndola yo. No la aceptó.

—¿No la aceptó?

—No. Pero el pijama le encantó —dijo Delaney sonriendo—. Le sienta de puta madre.

—¿Por qué no aceptó la pulsera?

—Dijo que no podía aceptar regalos como ese.

—Apuesto a que te cabreaste.

—Por supuesto. Nadie antes me había rechazado un regalo.

—Y ahora te dedicas a comprarle regalos baratos.

—Eso es.

—¿Y por qué le compras regalos?
—Es mi prometida.
—Es solo un negocio, ¿cierto?
—Por supuesto.
—No estarás interesado en ella, ¿verdad?
—Claro que no, ¿acaso no me conoces?
—Sí, creo que te conozco, y sé que no mezclas los negocios con el placer, pero también sé que siempre hay una primera vez para todo.
—Yo no rompo mis propias reglas.
—Me alegro. Porque esa chica solo se casa contigo por lo que va a recibir de ti. Es como todas.
—Lo sé. Aunque, ¿no te parece extraño que no aceptara la pulsera?
—Bueno, un poco raro sí que es.
—Ten en cuenta la fecha de la boda. Prepara el acuerdo prematrimonial.
—Ya lo tengo redactado.

Al salir Tess del trabajo vio a Sean, el hermano de Delaney apoyado en su Porsche color plata.

—Hola, Tess.
—Hola, Sean, ¿qué haces aquí? —preguntó ella acercándose a él para besarlo en la mejilla.
—Mi madre me llamó anoche para invitarme hoy a cenar y me ha pedido que te recogiera.
—Perfecto. Ahora saldré en las revistas besando a otro tío —dijo Tess al ver al fotógrafo.
—Olvídate de la prensa —dijo él abriéndole la puerta del deportivo para que ella subiera.

Sean rodeó el coche por delante y se sentó al volante.
—Cuando he llegado, Jack estaba esperándote. Le he dicho que fuera a casa de mis padres para que puedas irte cuando quieras.
—¿Por qué has hecho eso?
—¿El qué? —dijo poniendo el coche en marcha y uniéndose al tráfico.
—Decirle que fuera allí. No quiero que Jack me lleve a ningún sitio. Tu hermano no debería haberle dicho que estuviera cada día esperándome en el trabajo.
—Delaney se preocupa por ti, es normal.

—Pues no le sirve de nada porque nunca subo al coche con Jack.

—A Delaney no le gustará saber eso —dijo Sean riendo.

—Yo no soy uno de sus subordinados para aceptar órdenes.

—Creía que todos hacían siempre lo que él quería.

—Yo no.

—Así me gusta, una chica temeraria —dijo riendo—. Va a ser divertido tenerte como cuñada. ¿Qué pasa hoy para que mis padres nos hayan invitado a los dos a cenar?

—Tu madre me llamó ayer para decirme que quería consultarme algo, supongo que sobre la boda.

—¿Cómo llevas los preparativos?

—Yo no me estoy encargando de nada.

—¿De nada?

—Solo de comprar el vestido de novia, y ya lo tengo.

—Pensaba que a las mujeres os gustaba organizar vuestra boda.

—Yo no estoy acostumbrada a esta vida de lujo y creo que haría el ridículo si me ocupara de algo.

—No digas tonterías.

—Le dije a tu hermano que teníamos que ir a elegir los regalos para la lista de bodas y me dijo que él no tenía tiempo para eso. Eso sí, me ofreció que me acompañara su secretaria.

—Así que te enfadaste.

—No me sentó muy bien. De todas formas, tu hermano no necesita nada en su casa. El caso es que le dije que se encargara él de todo. Y él lo ha delegado en tu madre.

—Mi madre estará encantada. Se le da bien organizar cosas.

—Además, en estos momentos no es que disponga de mucho tiempo.

Ahora tengo otro trabajo.

—¿Has dejado la librería?

—No, tengo otro trabajo, además del de la librería. Trabajo en un pub tres días a la semana.

—¿Trabajas en un pub? —dijo él riendo—. ¿Lo sabe tu novio?

—Sí.

—¿Y está de acuerdo?

—A mí no me importa lo que él piense.

—¿Eres camarera? —preguntó él divertido.

—No, trabajo cantando. Y parece ser que no lo hago mal.

—Tendré que ir a verte. ¿Trabajas los fines de semana?

—Sí. Si quieres acompañarme el sábado, las copas correrán de mi cuenta.

—¿A qué hora tienes que ir?

—A las ocho.

—De acuerdo. ¿Te recojo en el trabajo a la misma hora que hoy?

—Los sábados solo trabajo por la mañana. Pero puedes recogerme en casa a las siete y media, si quieres, e iremos juntos.

—Bien. Iremos a cenar cuando termines. Luego me das tu dirección.

—Vale. No sé por qué tu madre no ha esperado a que vuelva Delaney de su viaje. Yo no tengo ni idea de nada respecto a bodas. Estoy algo intranquila. A lo mejor me pregunta algo que no sé contestar.

—No me pareces una persona que tenga dificultades para expresarse.

—Ya, pero...

—Yo estaré contigo.

—No sabía que eras experto en bodas —dijo ella sonriendo.

Sean abrió la puerta de la casa de sus padres y dejó entrar a Tess primero. La ayudó a quitarse el abrigo y luego fueron juntos al salón.

—Hola, familia —dijo él besando a su madre.

—Hola, hijo.

—Hola —dijo Tess.

—Hola —dijeron Patrick y Louise al mismo tiempo. Tess les besó.

—Me alegro de verles.

—Creo que ya es hora de que nos tuteemos —dijo Louise—. Vas a casarte con nuestro hijo, y serás la hija que nunca tuvimos.

—Me parece bien, siempre que no tenga que llamarles papá y mamá.

El matrimonio y Sean se rieron.

—Enséñame el anillo —dijo Louise.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo Tess mostrándole la mano.

—Sí, es precioso. Acompáñame al estudio, quiero que me des tu opinión sobre algo —dijo la mujer.

—Claro —dijo Tess mirando a Sean.

—Os acompañaré.

Louise se sentó detrás de su mesa nada más entrar.

—¿Has traído la lista de tus invitados?

—Sí —dijo Tess sacando el papel del bolso y entregándoselo.

—¿Solo estos?

—Ya os dije que no tengo familia. Son algunos amigos de mis padres con los que tengo contacto, mis jefes, y mis amigos.

—Bien. Quiero que me ayudes a elegir entre estas tarjetas.

—Puedes elegir tú la que creas más adecuada. Yo no entiendo. Supongo que te extrañará que no quiera implicarme en nada referente a la boda.

—No, cielo. Delaney me dijo que estás muy ocupada.

—Espero que no te importe ocuparte de todo.

—Estoy encantada de hacerlo. De todas formas, échale un vistazo a las tarjetas para ver que te parecen.

—Todas son bonitas —dijo Tess mirando las cuatro tarjetas que Louise le había puesto delante sobre la mesa.

—Y muy parecidas —añadió Sean.

—Louise, en serio, toma tú las decisiones. Sé que todo resultará perfecto.

—Agradezco tu confianza.

—No hay más que ver tu casa y tu aspecto para darse cuenta que tienes un gusto exquisito.

—Muchas gracias. Delaney me dijo que queréis casaros en su casa. Aunque aquí hay más espacio.

—A Delaney le hace ilusión casarse allí. Pero si crees que es mejor hacerlo aquí, hablalo con él.

—Si a Delaney le hace ilusión, os casaréis allí. Te daré las tarjetas de tus invitados cuando las tenga y la del establecimiento donde estará la lista de bodas. Y las tarjetas de agradecimiento de los regalos. A no ser que quieras que me encargue yo de dar las gracias a todos los invitados.

—No, lo haré yo.

—Como la casa de Delaney, vuestra casa —dijo la mujer rectificando— ya está decorada y no necesitaréis nada he pensado elegir cosas de decoración.

—Me parece bien. Respecto a eso... Algunos de mis invitados están en buena posición, pero otros no.

—No te preocupes, elegiré algunas cosas asequibles.

—Gracias.

—¿Estás viendo ya vestidos?

—Ya lo he comprado. En realidad me lo ha regalado un amigo. Él y otro

amigo me ayudaron a elegirlo.

—¿Tus amigos?

—Sí, Carter, el doctor Hirsch y Logan Hunter. Logan es sacerdote y él es quién me ha regalado el vestido. Por cierto, Logan quiere casarnos, ¿habría algún problema?

—Por supuesto que no. Una cosa menos de la que tendré que encargarme. ¿Y fuiste a probarte los vestidos con tus amigos?

—Sí. Ellos tienen un gusto infalible. El vestido es sencillo pero según ellos me sienta bien. Todavía tengo que decidir lo que llevaré en el pelo.

—Vayamos a cenar —dijo la mujer levantándose.

—Estupendo, estoy hambrienta.

Fue una cena muy agradable. A Tess le gustaba Sean. Puede que porque se parecía mucho a Delaney. Era simpático y divertido.

Tess y Sean salieron juntos de la casa después de cenar. Tess saludó a Jack amablemente pero subió en el coche de Sean.

Al llegar a casa de Tess, Sean le dijo a Jack, que se había dado cuenta de que les seguía, que vigilara su coche porque iba a subir a tomar una copa con Tess.

—Jack nos ha seguido —dijo Tess abriendo la puerta del edificio.

—Supongo que Delaney le ha dicho que cuide de ti.

—O que me vigile por si no me porto bien —dijo ella volviéndose a mirarlo sonriendo.

—¿Es que no te portas bien? —dijo él sonriendo también.

—Soy una buena chica.

Sean tomó un whisky en casa de su futura cuñada y se marchó media hora después.

Jack llamó a su jefe como hacía cada noche.

—Hola, Jack.

—Hola, Delaney.

—¿Va todo bien?

—Sí.

—¿Tess sigue sin utilizar tus servicios?

—Sí.

—¿Qué ha hecho hoy?

—Tu hermano la ha recogido en el trabajo y la ha llevado a casa de tus

padres. Tu madre quería comentarle algo sobre la boda. Han cenado allí y luego Sean la ha llevado a casa y ha subido con ella. A la media hora ha bajado y se ha marchado.

—Cuida de ella, Jack.

—Lo haré.

A Jack le extrañaba que su jefe le pidiera una y otra vez que cuidara de Tess. Parecía que realmente le importaba esa chica.

A Delaney le habría gustado que Tess lo llamara para decirle lo que su madre tenía que comentar con ella. O para decirle que había comido con sus padres. Pero no lo hizo. ¿Por qué iba ella a molestarse en llamarlo? Fue él quien le dijo que no estaba interesado ni tenía tiempo para organizar nada. Y además, ¿la llamaba él alguna vez cuando estaba de viaje?

Cuando Delaney se acostó esa noche no podía dejar de pensar en Tess y en Sean, juntos. Se preguntó por qué había subido su hermano a casa de ella. Delaney sabía que a Tess le había caído muy bien Sean. De pronto se encontró preguntándose qué demonios le ocurría. *¿Estaba celoso de Sean? ¿Qué le importaba a él si Tess se veía con su hermano o no? Por él, podían acostarse juntos, siempre que fueran discretos.*

Empezó a darle vueltas a esa idea y se sintió mucho peor. Imaginaba que Tess besaba a Sean del mismo modo que lo besaba a él. *¡Hostia puta!* Deseaba volver a casa cuanto antes.

El sábado Tess durmió una buena siesta. Luego tomó un baño, se puso crema en el cuerpo y se maquilló. Decidió ponerse uno de los vestidos que había comprado con su amigo Logan y que aún no había estrenado.

Sean llamó al interfono a las siete y media y Tess bajó.

—¡Uau! —dijo besándola—. Estás preciosa.

—Gracias. Tú tampoco estás mal. Vaya, ya tenemos espectadores —dijo ella mirando al fotógrafo—. Parece que están esperando cogerme in fraganti.

—Entonces les daremos motivos. Hace tiempo que no salgo en las revistas —dijo él abriéndole la puerta del coche para que subiera—. ¿Te importa que hablen de nosotros?

—No pienso acostarme contigo, así que...

—Eso que has dicho es todo un desafío para un hombre —dijo él cerrando la puerta y dando la vuelta por delante del coche para sentarse al volante.

—Eso mismo le dije a tu hermano en una ocasión, y creo recordar que me contestó exactamente como tú.

—Supongo que no cejaría en su empeño hasta conseguirlo.

—¿Qué te hace pensar que lo ha conseguido?

Sean la miró con una sonrisa, sin saber si hablaba en serio o en broma.

—Creo que eres un hombre honesto y leal, y no de los que se enrollan con mujeres comprometidas.

—Vaya, me has calado.

—Pero, que no vaya a acostarme contigo no quiere decir que no podamos divertirnos.

—Estupendo. ¿Cuándo vuelve tu novio de París?

—No lo sé. No he hablado con él desde antes de irse de viaje.

—¿No te ha llamado?

—Ya sabes que es un hombre muy ocupado.

A Sean le extrañó que su hermano no la hubiera llamado en toda la semana. Cuando Delaney llevó a Tess a casa de sus padres para que la conocieran, habría jurado que estaba loco por ella.

Cuando llegaron al pub, Sean aparcó en un hueco que encontró. Vio a Jack que paraba el coche enfrente del pub y le saludó con la mano.

Tess y Sean se sentaron en una de las mesas. La camarera se acercó a ellos. Saludó a Tess y volvió rápidamente la mirada para concentrarse en Sean. Tess los presentó.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó la camarera a Sean.

—Chivas con hielo, por favor.

—Te lo traeré enseguida.

Tess le dijo a la chica que le sirviera a él todo lo que pidiera y que ella se haría cargo de la cuenta.

Tess dejó el bolso y el abrigo en la silla junto a él.

—Tengo que ir a trabajar —dijo al ver que los músicos se estaban preparando.

—Adelante.

Sean la miraba desde la mesa. Pensó que su hermano había tenido buen gusto a elegirla. Pero seguía preguntándose por qué no la llamaba estando de viaje.

Tess estuvo cantando dos horas, haciendo un intermedio de diez minutos

cada media hora, que aprovechaba para sentarse con Sean y beber algo.

A las diez salieron del pub, subieron al coche y se marcharon.

—Cuando me dijiste que cantabas en un pub, no esperaba algo así.

¡Santo Dios! Eres fantástica en el escenario.

—Gracias.

—Delaney estará orgulloso de ti.

—Él no me ha oído cantar.

—¿No ha venido a verte?

—Tiene cosas más importantes que hacer.

Sí. Sean sabía cuales eran esas cosas que su hermano hacía después del trabajo. Ahora estaba convencido de que sucedía algo. Ya le parecía raro que Delaney no la llamara estando fuera del país durante varios días, pero que no hubiera ido a verla cantar... Sabía que su hermano se preocupaba por ella, la prueba era que Jack la seguía a todas partes pero, ¿trabajaba en un pub y no había ido a verla ni una sola vez? Sabía que Delaney era sobreprotector con lo que era suyo y había algo en su proceder que no le cuadraba.

Llegaron al restaurante y Sean le dio las llaves al aparcacoches. Luego cogió la mano de Tess y entraron en el local.

Durante la cena Tess descubrió más cosas sobre su prometido que en todas las veces que habían estado juntos desde que se conocían.

Sean le habló de su época del colegio, del instituto, de la universidad... Le dijo que Delaney siempre había sido muy protector con él. Le contó anécdotas de la época en que salieron juntos, a pesar de la diferencia de edad. Y le habló de las mujeres con las que habían salido cuando eran más jóvenes. Le contó incluso la primera vez que Delaney había estado con una mujer.

Tess le preguntó sobre su ex prometida, pero Sean le dijo que eso tendría que preguntárselo a él.

Luego hablaron de sus trabajos y de sus familias. Y Tess le habló de la época en que estuvo interna en Atlanta.

—El anillo te sienta genial. Tienes unas manos preciosas.

—Gracias.

—¿Te gusta bailar? —preguntó Sean cuando les trajeron el café.

—Sí.

—¿Vamos a una discoteca?

—Sí, me gustaría.

Cuando salieron del restaurante Sean le dijo al aparcacoches que recogerían el coche más tarde. Luego le pasó el brazo por los hombros a Tess y empezaron a caminar.

—¿Vamos a ir andando?

—No, iremos en el coche de tu novio —dijo cruzando la calle.

Dos fotógrafos les estaban haciendo fotos pero a ellos les traía sin cuidado. Sean seguía rodeándola por los hombros y ella por la cintura.

Sean no esperó a que Jack bajara del coche. Abrió la puerta de atrás para que Tess subiera y luego subió él tras ella.

—Hola, Jack.

—Hola, Tess.

—He subido al coche porque voy con Sean —dijo ella.

—Lo imaginaba —dijo el hombre.

—Hola, Jack.

—Sean.

Sean le dio el dirección de la discoteca y Jack puso el coche en marcha.

—Jack, ¿podrías encargarte de que lleven mi coche a casa? Lo he dejado en el restaurante —dijo dándole la ficha del aparcamiento.

—Claro, me encargaré tan pronto os deje en la discoteca.

—Gracias. Hemos preferido que nos lleves tú porque vamos a beber y no sería seguro conducir.

—Mejor así.

Era casi medianoche cuando Jack detuvo el coche en la puerta de la discoteca. Jack bajó para abrirle la puerta a Tess.

—Gracias —dijo ella.

—No hay de qué. Sean, llámame cuando penséis salir y estaré en la puerta.

—De acuerdo —dijo el chico sacándose la chaqueta del traje y dejándola en el asiento trasero.

—¿Dejo mi abrigo también? —preguntó Tess.

—Sí. Dentro hace calor y no lo necesitarás.

Sean la ayudó a quitarse el abrigo y lo echó en el asiento sobre su chaqueta. Tess dejó también allí el bolso.

—Sean, cuida de ella —dijo Jack.

—Descuida —dijo Sean rodeando a Tess por la cintura para llevarla a

la entrada.

Los fotógrafos, que les habían seguido, no paraban de hacerles fotos. La gente les miraba preguntándose quiénes eran.

Ocuparon una mesa que acababa de quedar libre y una camarera se acercó a ellos. La chica posó la mirada en Sean, sin prestar la mínima atención a Tess.

—Hola, ¿qué vais a tomar?

—¿Hace mucho que no te emborrachas? —preguntó Sean.

—¿Te refieres a sentirme morir?

—Exactamente.

—Desde la universidad —dijo Tess.

—¿Te apetece recordar viejos tiempos?

—Creo que hoy es el día más adecuado.

—Traenos una botella de Chivas, preciosa.

—Enseguida —dijo la camarera sonriéndole.

—¿Hablabas en serio sobre lo de emborracharnos?

—Tú misma has dicho que es el día adecuado. Y tenemos chófer para volver a casa.

—Si te vomito encima, no te quejes.

—Cada vez me gusta más la idea de tenerte como cuñada. Tú y yo nos vamos a llevar bien.

—Serás una buena vía de escape cuando tenga problemas con tu hermano.

—Tengo la impresión de que vas a saber manejarlo mejor que nadie.

—Yo no quiero manejarlo. Delaney tendrá su vida y yo la mía, independientemente de que estemos casados. Yo no voy a dejar de salir con mis amigos y él tampoco lo hace.

—Ahora, Delaney se limita a que te siga un guardaespaldas. Cuando os caséis, te atará corto.

—¡Ja! Eso no va a pasar. A no ser que yo también pueda atarlo corto.

—Me temo que sí vas a necesitar una vía de escape —dijo él riendo—. Apuesto a que vais a tener muchos problemas.

—Yo no lo creo.

La camarera llegó con la bebida y lo dejó todo sobre la mesa. Le entregó a Sean la nota y él le dio el dinero con una buena propina.

—Gracias —dijo ella sonriendo antes de retirarse.

Sean sirvió el whisky en los vasitos. Bebieron el primero, y luego el segundo.

—Vamos a bailar —dijo él levantándose y llevándola de la mano a la pista que estaba muy cerca de la mesa.

—Bailas bien —dijo Tess.

—Tú también.

Poco después volvieron a la mesa sudando.

—¿Sales a bailar con Delaney?

Tess soltó una carcajada.

—¿Te imaginas a tu hermano aquí? Creo que es un poco estirado para eso.

—A él siempre le ha gustado venir a bailar a estos sitios.

—Pues, si sigue haciéndolo, te aseguro que no soy yo quien le acompaña.

Sean sirvió dos chupitos y se los bebieron, y luego dos más.

—¿Qué ocurre entre Delaney y tú?

—¿A qué te refieres?

—No se comporta contigo cómo yo suponía que lo haría.

—Me temo que Delaney es un hombre serio, no es como tú.

—¿Qué sucede entre vosotros? —volvió a preguntar.

—¿Por eso querías emborracharme? ¿Pensabas que te contaría nuestros trapos sucios estando borracha?

—¿Tenéis trapos sucios?

—Sean, creo que eres un buen tipo, pero yo no te conozco lo suficiente para confiarte mis problemas.

—Crees que si me cuentas algo iré a decírselo corriendo a mi hermano.

—Bueno, es tu hermano, y yo soy una intrusa. Además, no creo que estando borracha sea el mejor momento para hablar de mis... asuntos.

—O sea que, tienes problemas.

—Dejémoslo estar, Sean. Hemos venido a divertirnos. Y te aseguro que me vendrá bien estar borracha. Muy borracha. Así podré olvidarme de mi vida por una noche. Sírveme otro, por favor.

—Tess, tenemos que hablar.

—Agradezco tu interés pero no creo que seas la persona adecuada para hablar de mis problemas. De hecho, no tengo ninguna persona adecuada para hablarle de ellos.

Empezó a sonar música lenta.

—Vamos a bailar —dijo ella levantándose. Sentía que las piernas le flaqueaban.

—¿Crees que podrás?

—Por supuesto. Y tú no dejarás que me caiga.

Fueron hasta la pista. Tess le rodeó el cuello y se pegó a él.

—Estás borracha.

—Todavía no, pero empiezo a sentirme bien.

—¿Quieres que hablemos mañana?

—Mañana estaré con resaca.

—Cuando se te pase. Me quedaré a dormir en tu casa esta noche.

Tess empezó a reír sin apartarse de él.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—La prensa estaría encantada de verte entrar en mi casa, y no salir.

—La prensa siempre se lo inventa todo.

—Yo puedo dar fe de ello. Aunque, pensándolo bien, tu hermano también va a casa de sus amigas por la noche. Si te quedas a dormir en mi casa habrás hecho más que Del, porque él nunca ha pasado una noche conmigo.

—¿Me creerías si te dijese que puedes hablarme de cualquier cosa y que lo que hablemos quedará entre nosotros?

—Delaney, no puedo pensar con claridad.

—No soy Delaney.

—Oh, perdona. Os parecéis tanto... Te aseguro que me gustaría tener a alguien en quien poder confiar al cien por cien, pero tú eres su hermano. Reconozco que necesito a alguien a quien poder hablarle de lo que me está pasando y de lo que me sucederá en un futuro cercano, pero...

—Pero no confías en mí.

—Delaney me dijo que no podía hablar de ello con nadie, que era un asunto entre él y yo. Además, si lo supieras, me despreciarías.

—Parece que no tienes muy buen concepto de mí.

—Me caes bien, Sean. Y creo que eres un buen tipo. Pero, créeme, las personas que están al corriente me desprecian. Empezando por Delaney.

—No digas eso. Nadie podría despreciarte, y menos aún él. Delaney te quiere. Lo conozco bien y lo sé.

—Entonces, me temo que no lo conoces. Volvamos a la mesa y sigamos bebiendo. Todavía no he olvidado nada y te aseguro que quiero olvidarme de todo. Al menos, por una noche —dijo ella separándose de él.

—¿Quieres beber más? —dijo él llevándola a la mesa sujeta por la cintura porque iba dando traspiés.

—Quiero emborracharme hasta perder el sentido.

Cuando la botella de whisky se terminó, Tess se levantó y se cayó hacia atrás, volviendo a sentarse.

—Ahora me encuentro perfectamente para volver a casa.

Sean llamó a Jack para que fuera a recogerlos a la puerta de la discoteca y Jack le dijo que ya estaba allí.

Sean se levantó y la ayudó a levantarse. Sujetándola fuertemente por la cintura la llevó hasta la salida.

—Ya veo lo bien que has cuidado de ella —dijo Jack cuando llegaron al coche.

—Solo está un poco borracha —dijo Sean ayudándola a entrar en el coche—. Llévanos a su casa.

Tess apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

—¿Por qué has permitido que bebiera tanto? —preguntó el chófer poniendo el coche en marcha.

—Vamos, Jack. Solo ha tomado unos chupitos. No tiene mucho aguante.

—Tess no está acostumbrada a beber.

—Por una vez no va a pasarle nada.

—Mañana querrá morirse.

—Tess, ¿estás bien?

—Estoy enamorada de Del.

—Ya lo sé —dijo Sean sonriendo.

—No, tú no lo entiendes. Cuando lo vi por primera vez sabía que había pasado algo. Había oído hablar de los flechazos pero, no sabía que pudiera suceder algo así —dijo ella enredándose un poco con las palabras—. Yo lo sentí con solo ver a Del.

Tess dejó de hablar. Jack, que había oído sus palabras, se preocupó por si mencionaba el acuerdo que tenía con Delaney, estando medio inconsciente. Deseó que estuviera dormida. Pero Tess volvió a hablar.

—Pero, lo que siento ahora..., lo que siento ahora es diferente. Sé que no voy a poder vivir sin él. Cuando no está cerca me falta la respiración. Lo echo tanto de menos... Lo echo de menos incluso cuando está conmigo. Del lo es todo para mí.

Tess volvió a callarse. Sean la miraba sorprendido por sus palabras. Incluso Jack se sorprendió por esa declaración.

—Estoy muy asustada. Él sale con otras mujeres y tengo miedo de que se enamore de una de ellas.

—Cariño, Delaney te quiere. Puede que salga con algunas amigas pero te ha elegido a ti para compartir su vida.

—Yo no soy su tipo. Me lo repito una y otra vez —dijo Tess empezando a llorar—. Pero, por mucho que lo intente, no puedo sacármelo de dentro. Se me ha metido en la piel. Lo siento correr por mis venas. He intentado que se me pasara pero..., ¡Dios mío! Cada vez es peor. Me he esforzado mucho en proteger mi corazón. He evitado conocer a hombres porque tenía planes para mi vida —dijo secándose las lágrimas con las manos—. Sé que a veces hay que arriesgarse y pensar en que todo saldrá bien. Sé que la vida es así, correr riesgos sin garantías, que no hay que perder la esperanza y conservar la fe. Pero yo no puedo tener esperanza porque conozco mi futuro.

—Cielo, estás diciendo cosas sin sentido —dijo Sean, aunque para él las palabras de Tess tenían mucho sentido—. Mañana lo verás todo de forma diferente. Ahora estás un poco borracha y no sabes lo que dices.

—Pero, sabes, el amor no está mal después de todo —volvió a decir Tess con la lengua enredada—. Hace que te sientas realmente vivo. ¿Y sabes otra cosa? Del es el hombre más sexy que he visto en mi vida. Y solo con pensar en él hace que me mantenga en un continuo estado de excitación —Tess dejó de hablar por un instante y luego continuó—. Cuando me levanto por las mañanas no deseo nada. Hasta que lo veo a él. Entonces lo quiero todo. Lo que siento por él es tan intenso... Nadie debería ejercer un efecto tan devastador en otra persona. Debería ser pecado o al menos, estar prohibido.

Sean se rio por como hablaba trabándosele la lengua a cada instante. Tess posó la cabeza en el hombro de Sean y de repente se quedó profundamente dormida.

—Me da la impresión de que está loca por mi hermano.

—Eso parece —dijo Jack sin salir de su asombro al descubrir lo que Tess sentía por Delaney.

Jack empezó a tener dudas por cómo la había juzgado. Se dio cuenta que su interés por Delaney no era material. Aunque no tenía intención de comentar con él las palabras que había pronunciado Tess.

—Me quedaré con ella esta noche.

—A tu hermano no le va a gustar saber que la has emborrachado y que

pasarás la noche en su casa.

—Mi hermano no está aquí. Y no parece que se preocupe mucho por ella.

—Yo me ocupo de que no le pase nada —dijo Jack.

—Lo sé. Pero sabes, tal vez le haya venido bien salir esta noche. La ayudaré a subir a casa y cuando se duerma iré a mi casa a coger una muda. Luego volveré. Me aseguraré de que mañana se sienta bien.

—Yo iré a tu casa y te traeré lo que necesites.

—¿Llevas las llaves de mi casa?

—Sí, siempre las llevo encima.

—Gracias, Jack.

—Sabes que tengo que contarle a Delaney lo sucedido.

—Haz lo que tengas que hacer.

Sean la despertó cuando llegaron a la casa y la ayudó a bajar del coche. Jack sacó las llaves del bolso de Tess y abrió la puerta.

—Cuando te traiga lo de tu casa te daré su abrigo y su bolso —dijo el hombre entregándole las llaves.

—Vale.

Sean y Tess entraron en el edificio. Sean la sujetaba para que no se cayese. Al ver que ella no podría subir la escalera la cogió en brazos y subió.

Cuando estaba llegando a la planta de Tess se encontró con un chico.

—¿Tess? ¿Qué le ha pasado?

—Ha bebido más de la cuenta.

—Tess no se emborracha.

—Hoy sí —dijo Sean.

—Te acompañaré.

Al llegar a la puerta Sean le dio las llaves al chico y él abrió la puerta. El chaval entró y Sean le siguió al interior.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. La meteré en la cama.

—¿Quién eres?

—Sean, el hermano de su prometido.

—Yo soy Dany, su vecino. ¿Va a quedarse sola?

—No, me quedaré con ella. Dormiré en el sofá.

—Vale. Si necesitas algo, vivo en el apartamento de al lado. Voy a salir

pero volveré a casa en un par de horas.

—Gracias.

El chico se marchó y cerró la puerta. Sean se dirigió al dormitorio y la sentó en la cama.

—Tess. Tess.

—Sí —dijo ella medio inconsciente.

—Ya estás en casa. Deberías quitarte la ropa y ponerte el pijama —dijo quitándole los zapatos.

—Vale —dijo ella echándose hacia atrás y cayendo sobre la cama.

—No, Tess. Tienes que cambiarte —dijo Sean sonriendo y dándole unas palmaditas en la cara.

Ella abrió los ojos y Sean la ayudó a incorporarse.

—Voy a vomitar —dijo levantándose precipitadamente.

No se desplomó en el suelo porque Sean la sujetó. La llevó al baño y le sujetó el pelo con una mano y con la otra manteniéndola por la cintura mientras vomitaba en el inodoro.

—Me voy a morir —dijo sin dejar de tener arcadas.

—No te vas a morir —dijo él riendo.

Tess vomitó de nuevo. Cuando parecía que había terminado Sean la acompañó a la cama y la sentó en ella. Luego volvió al baño mojó una toalla y regresó al dormitorio. Le pasó la toalla por la cara y la nuca.

—Quítate la ropa y ponte el pijama. Mañana te encontrarás mejor. Ahora tienes que acostarte.

—¿Vas a acostarte conmigo?

—Si me acostara contigo Delaney me mataría —dijo él riendo—. Pero me quedaré aquí esta noche. Dormiré en el sofá. ¿Dónde tienes el pijama?

—Aquí —dijo ella sacándolo de debajo de la almohada.

—¿Puedes cambiarte sola?

—Sí. Desabrochame la cremallera del vestido. Él lo hizo.

—Te traeré un vaso de agua.

—Vale.

Tess se quitó el vestido y el sujetador y se puso la camiseta del pijama. Luego se puso el pantalón, con bastante esfuerzo.

Cuando Sean entró en el dormitorio Tess estaba con la cabeza inclinada hacia delante. Él se agachó frente a ella. Tess levantó la cabeza y lo miró. Sean sonrió al ver las palabras que había en la camiseta.

—En estos momentos no estás muy sexy que digamos.

—Gracias. Delaney me trajo este pijama de Londres.

—¿Delaney te compró un pijama?

—Sí. La habitación me da vueltas.

—Mañana te encontrarás mejor.

—Eso ya lo has dicho.

Sean se rio.

—Gracias por traerme a casa. No hace falta que te quedes.

—No tengo nada mejor que hacer, y el sofá parece cómodo.

—En el armario hay sábanas y una manta. Y puedes coger esa almohada —dijo ella señalando la almohada que había en el otro lado de la cama.

—De acuerdo. Bebe el agua.

—¿Por qué tú no estás borracho?

—Puede que esté acostumbrado al alcohol —dijo él mientras sacaba del armario las sábanas y la manta—. Metete en la cama.

Llamaron al interfono. Ella lo miró sorprendida.

—Seguro que son los fotógrafos. Ahora sí que la hemos hecho buena —dijo Tess riendo—. Nos van a coger en la cama.

Sean se rio.

—Es Jack. Ha ido a mi casa a traerme ropa para mañana.

—Al menos ha servido de algo que Del le ordenase que me siguiera para ver si me porto bien.

—Jack no te sigue, se asegura de que no te pase nada.

—Jack me desprecia.

Sean fue a contestar al interfono pensando en lo que acababa de decirle Tess. Poco después Jack entró en el apartamento.

—¿Cómo está?

—Ha vomitado un par de veces y ahora está acostada —dijo Sean mientras colocaba la sábana sobre el sofá—. Gracias, Jack.

—No hay de qué. ¿A qué hora quieres que venga a por ti mañana?

—Pasaré el día con Tess y me ocuparé de que coma. ¿Cuándo vuelve Delaney?

—Si no hay ningún problema, le recogeré mañana a las cinco de la tarde en el aeropuerto.

—No te preocupes por mí, iré a casa en taxi. Pero te llamaré para que sepas a qué hora me marcho.

—De acuerdo. Toma las llaves de tu coche. Está en el garaje de tu casa.

—Gracias por todo. Buenas noches.

Cuando Jack se marchó Sean entró en el dormitorio. Tess estaba profundamente dormida. Luego volvió al salón y sacó de la bolsa de viaje las cosas que le había llevado Jack.

Jack nunca olvida nada, pensó sonriendo.

Había un vaquero, un suéter, deportivos, calcetines, un bóxer, una cazadora... incluso un pijama y todo lo necesario de aseo.

Se puso el pijama y se lavó los dientes en el fregadero porque no quería despertar a Tess entrando en el baño que estaba en el dormitorio. Luego se acostó en el sofá.

Se levantó un par de veces al oír vomitar a Tess en el baño.

Delaney llamó a Jack cuando Tess y Sean estaban en la discoteca. El hombre le contó lo que había hecho Tess durante el día.

A Delaney no le gustaba la idea de que su hermano saliera con ella. Sabía que Tess lo encontraba atractivo y que le había caído muy bien. No quería imaginarlos, abrazados bailando, pero era lo que estaba haciendo.

¿Qué problema tengo con que Tess salga con Sean o con cualquier otro? Se preguntaba Delaney. *Yo también salgo con mujeres.*

Delaney había cenado con una mujer e iban camino de su suite. Él no había podido quitarse de la cabeza a Tess, con su hermano, desde que había hablado con Jack.

Después de hacer el amor con ella, Delaney la envió a casa con un coche del hotel. Cuando se quedó solo volvió a hablar con Jack.

El hombre le informó de lo que había sucedido el resto de la noche.

Delaney no quería pensar mal de su hermano. Lo conocía bien y sabía que nunca lo traicionaría. Pero eso no evitó que dejara de pensar que Sean y Tess pasarían la noche juntos.

Sabía que no tenía ningún derecho a pensar en ello. Tess era libre de estar con quien quisiera. Y además se preguntaba qué demonios le pasaba. Tess no significaba para él más que cualquier acuerdo, fusión o... Sin proponérselo, sin quererlo, esa mujer lo tenía turbado. Tess abría puertas que él quería mantener cerradas. Y cada día se sentía más y más confuso.

Tess se despertó a las once de la mañana y se dirigió a la cocina al percibir el delicioso aroma del café.

—Buenos días —dijo Tess a Sean que estaba sentado a la mesa escribiendo algo en el móvil.

—Hola. ¡Dios! —dijo riendo al verla—. ¿Te has mirado al espejo?

—No. Supongo que tendré un aspecto terrible. Me va a estallar la cabeza.

—Prepararé el desayuno.

—Puedo hacerlo yo, no estoy enferma.

—Por esta vez, me encargaré yo. ¿Por qué no te lavas la cara y te peinas mientras lo preparo?

—Vale —dijo ella volviendo al dormitorio.

Tess se asustó al mirarse en el espejo del baño. Tenía la máscara de pestañas corrida y el pelo alborotado. Poco después volvió a la cocina.

—Ahora sí eres tú —dijo Sean mirándola con una sonrisa.

—¿Lo que llevas es un pijama?

—Sí, Jack me trajo algunas cosas anoche. Luego me ducharé, si no te importa.

—Claro.

—¿Quieres un café?

—Sí, por favor, con leche. Y me tomaré dos aspirinas. La cabeza me va a estallar. Gracias por cuidar de mí.

—Para eso está la familia.

—¿Me pusiste tú el pijama?

—No, te cambiaste tú solita.

—No lo recuerdo.

—Puedes estar tranquila, no me sobrepasé contigo —dijo él sonriendo. Llamaron a la puerta.

—A lo mejor es tu hermano.

—Delaney no llegará hasta esta tarde.

—¿Te ha llamado? —preguntó ella dirigiéndose a la puerta para abrir—. Hola Dany.

—Hola, preciosa.

—Pasa, ¿has desayunado?

—Sí —dijo el chico entrando y cerrando la puerta.

—Sean, él es Dany, mi vecino. Dany, Sean, el hermano de mi prometido.

—Me alegro de verte de nuevo —dijo Sean.

—Lo mismo digo.

—¿Os conocíais?

—Nos encontramos anoche en la escalera —dijo Sean.
—Al ver que te llevaba en brazos pensé que estabas enferma, pero Sean me dijo que solo estabas borracha.
—No tengo costumbre de beber. Tendré que practicar.
Los dos chicos se rieron.
—¿Te encuentras bien?
—Más o menos.
—Dany, ¿desayunas con nosotros? —preguntó Sean.
—No, gracias. He quedado con unos amigos. Solo quería saber como se encontraba Tess.
—Muchas gracias.
—Bueno, tengo que marcharme. Sean, me alegro de haberte conocido.
—Lo mismo digo.
Tess acompañó al chico a la puerta y le dio un beso. Cuando se marchó volvió a la cocina.
—¿Me subiste a casa en brazos?
—Qué remedio. Ese chico se preocupa por ti.
—Es un buen chaval. A veces cenamos juntos y vemos una película.
—No tienes televisor.
—Voy yo a su casa.
—Siéntate, el desayuno está listo.
—¡Vaya! —dijo ella al ver los dos platos con huevos, tomates fritos, champiñones y beicon—. Esto es un señor desayuno.
—Tienes la nevera bien provista —dijo él sentándose frente a ella.
—Yo no suelo salir mucho. Y me gusta comer bien.
—Anoche dijiste algo y me gustaría preguntarte sobre ello.
—Sean, no puedes tener en cuenta lo que dijera, fuera lo que fuese, no era consciente de lo que decía.
—No dijiste nada de lo que tengas que avergonzarte.
—Gracias a Dios.
—¿Por qué piensas que Jack te desprecia?
—¿Eso dije?
—Sí.
—No estaba consciente. Jack siempre ha sido correcto conmigo.
—¿Y por qué no permites que te lleve a ninguna parte?
—No es por nada importante.
—Hoy es el día perfecto para hablar de cosas sin importancia.

Tess le miró y siguió comiendo sin decir nada.

—¿No crees que tú y yo deberíamos hablar? Sé que hay algo raro en la relación que tienes con mi hermano. Ayer dijiste que las personas que estaban al corriente te desprecian y que Delaney era uno de ellos. Ahora he deducido que Jack es una de esas personas.

Tess volvió a mirarlo pero no dijo nada.

—Esta tarde se lo preguntaré a mi hermano.

—No, por favor. Si oyes su versión también me despreciarás.

—¿Hay más de una versión?

—Sí, aunque mi versión solo la sé yo. Sean, te aseguro que me gustaría hablarte de ello, porque realmente necesito hablar con alguien. Pero, si lo supieras, te sentirías incómodo con Delaney y no puedo permitirlo.

—¿Y contigo no me sentiría incómodo?

—No, si me creyeses.

—Tú necesitas hablar con alguien y yo necesito saber lo que sucede. Tu versión.

—De acuerdo. Pero, necesito que me des tu palabra de que lo que hablemos quedará entre nosotros.

—Tess, tienes mi palabra.

—Además, tienes que prometerme que tu comportamiento con tu hermano no cambiará, después de que sepas lo que ha hecho. Lo que hemos hecho.

—Me estás asustando.

—No es tan importante como para que te asustes. Seguramente, tu comportamiento conmigo sí cambiará. Pero..., yo no importo. Y si cuando lo sepas me desprecias también, te añadiré a la lista. Uno más no importa.

—Mi comportamiento contigo no cambiará, sea lo que sea que vayas a decirme.

—De acuerdo entonces. Te lo contaré todo desde el principio.

—Te escucho.

Tess empezó a hablarle desde el primer día que vio a Delaney y fue avanzando en su historia hasta que le habló de la propuesta de Delaney.

—¿Te propuso un falso matrimonio para que mi madre dejara de presionarle?

—Sí.

—Y tú aceptaste.

—Bueno..., su oferta era tentadora. Aunque esa no fue la razón de que

aceptara. El problema fue que me enamoré de él. Al principio pensé que era atracción sexual. Cuando lo vi la primera vez... ¡Dios! Era guapísimo. Era guapo de caerse de espaldas. Pero después de unos días me di cuenta de que lo que me sucedía no eran solo síntomas de una atracción física. Aunque la energía sexual que desprendía me hacía sentir como si me arrastrara un tornado.

—Te aseguro que cuando Delaney te llevó a casa de mis padres habría asegurado que estabais enamorados.

—Yo no tuve que fingir. Nunca he tenido que hacerlo porque le quiero. Pero, he de admitir que Del es un buen actor. Supongo que, el que haya salido, que salga con todas esas mujeres —dijo ella rectificando para dejar claro que seguía saliendo con otras mujeres—, le da esa seguridad en sí mismo.

—No me lo puedo creer. Lo que hizo fue una estupidez.

—Que conste que intenté disuadirle de que se olvidara de ese acuerdo. Aunque he de reconocer que en el fondo no quería que se echara atrás. Era consciente de que si yo no aceptaba su propuesta, no volvería a verle. Y, lo siento, no quería perderlo.

—Tú no tienes ninguna culpa.

—Luego empezó con los besos. Ya sabes, para que la prensa constatará que lo nuestro era cierto. La primera vez que me besó se dio cuenta de que yo no tenía experiencia, y me dijo que practicaría conmigo.

—Muy agudo. Seguro que te besa por lástima.

—Eso pensé yo también, cuando empezó a besarme, incluso cuando estábamos solos. Pero me aseguró que no sentía lástima, que si me besaba era porque quería hacerlo.

—Qué considerado.

Tess se secó con la servilleta las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—No llores, Tess, Delaney no lo merece.

—Yo sé que los besos es lo único que voy a tener de él. Del no siente nada por mí.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente. Acepté su propuesta porque deseaba verle cada día, aunque solo fuera durante un año. A mí el dinero no me importa. Pero, si no hubiera aceptado, dejó muy claro que no volveríamos a vernos. Sé que he obrado egoístamente y me siento avergonzada de haber aceptado. Más que nada porque sé que él me desprecia. Pensará que soy como todas las que salen

con él, que voy por interés. Pero le quiero, y no lo puedo evitar —dijo llorando de nuevo.

—Cariño, nadie puede evitar enamorarse —dijo cogiéndole la mano por encima de la mesa.

—Ojalá no hubiera aparecido nunca por la cafetería. Tenía que ir precisamente allí, y a la hora que yo solía ir a comer.

—¿Se ha acostado ya contigo?

—En nuestro acuerdo especificamos que no tendríamos relaciones sexuales.

—¿Y tú estuviste de acuerdo con eso?

—El dijo que no mezclaba los negocios con el placer y a mí me pareció bien. Sabes, yo nunca he estado con un hombre y solo de pensar que pudiera acostarme con un hombre como él me aterraba.

—¿Eres virgen?

—Sí.

—¿Delaney lo sabe?

—No llevo un cartel en la frente anunciándolo.

Sean se rio.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sientes por él.

—No voy a hacer nada respecto a eso. Él no tiene porque enterarse. Estaremos casados un año y luego nos divorciaremos. Por supuesto, cuando me marche de su casa no me llevaré el coche y tampoco aceptaré el apartamento ni la librería. Y no pienso usar la tarjeta que me dará del banco. Entonces sabrá que no me casé con él por su dinero. Aunque nunca sabrá el motivo de que aceptara su propuesta.

—O sea que vas a perder un año de tu vida más el tiempo hasta que os caséis, simplemente porque le quieres y podrás verle cada día.

—Sí. Soy una gilipollas, ¿no es cierto?

Sean se rio.

—Por lo que me has dicho, él seguirá con su vida viendo a otras mujeres. ¿Cómo te sentirás?

—Igual que me siento ahora. Imaginaré que este año que tengo por delante será como un regalo o una experiencia. Voy a vivir de una manera a la que no estoy acostumbrada. Y posiblemente viajaré. Eso será suficiente. Y cuando nos divorciemos tendré que olvidarme de todo.

Lo único que deseo es que mis amigos y conocidos no se enteren. Eso sería terriblemente embarazoso para mí. Dios, sería humillante.

—¿Quiénes están al corriente de vuestro acuerdo?

—Del, su abogado y Jack.

—¿Y crees que los tres te desprecian?

—Sí, lo llevan escrito en el rostro. El abogado me importa un pimiento porque es un capullo arrogante y un engreído.

—¿Eso piensas de Nathan? Las mujeres lo adoran.

—Sí, ya se que es muy guapo. Yo entiendo lo que le pasa. Él quiere a Delaney y no le hace gracia ese acuerdo. Pero, el que me importa en realidad es Jack. Al principio, cuando no sabía nada del asunto, era amable conmigo. Pensé incluso que yo le caía bien. Ahora se limita a saludarme con un frío *Tess*. Hace que me sienta realmente mal —dijo ella secándose de nuevo las lágrimas.

—¿Ahora lloras por Jack?

—Me cae bien ese hombre, y ahora me desprecia. Se que en realidad no le gusta sentirse así conmigo. Se preocupa por Delaney y piensa que voy a sacarle todo lo que pueda. Y supongo que Del piensa lo mismo de mí.

—¿Cómo te sientes cuando ves a Delaney en las revistas, con mujeres?

—Tengo que admitir que es humillante. La gente que las compra sabe que me engaña. En realidad no es que me preocupe lo que piense la gente pero, sí los que me conocen y las leen. Sobre todo mis amigos. Ellos están preocupados por mí.

—Siento por lo que estás pasando pero, Delaney es un hombre de negocios. Te ha ofrecido un trato y tú has aceptado.

—Lo sé. Pero acordamos que seríamos discretos.

—Escucha, ya que vais a seguir adelante, puedes gastar su dinero. Él nunca te lo echará en cara. Ni siquiera notará el dinero que gastas. Y además, debes aceptar todo lo que te ha ofrecido.

—No lo haré. Eso va en contra de mis principios.

—¿Por qué no le dices que lo has pensado mejor y no quieres seguir adelante?

—Me moriría si no volviese a verlo.

—¿Por qué sigues siendo virgen?

—He estado ocupada trabajando y no he salido demasiado porque quería ahorrar. Aunque, puede que no haya conocido a nadie que me atrajera lo suficiente, hasta ahora.

—Y ahora que has conocido a alguien que te atrae, no puedes acostarte con él.

—Habrá otros. ¿No le dirás a Delaney que estás al corriente de nuestro acuerdo, verdad?

—Por supuesto que no. Y, escúchame. Ahora tenemos un secreto que nos une. Así que, cuando quieras hablar, solo tienes que llamarme.

—Te lo agradezco.

—Y cuando Delaney esté de viaje, o cuando estéis casados y él no tenga tiempo para ti, saldremos a cenar. O a emborracharnos.

—No creo que vuelva a emborracharme —dijo ella sonriendo—, pero gracias. Es bueno tener a alguien con quien poder hablar. Por cierto, el día treinta me mudo a casa de tu hermano. Quiere que me ahorre el alquiler del mes que viene.

—Al menos se ha preocupado por ti en ese aspecto. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Supongo que cuando te vayas volveré a la cama y me regodearé en mis penas.

—¿Vendrá a verte Delaney esta tarde?

—¿Por qué iba a venir a verme? Entre él y yo no hay nada.

—¿Te apetece que pasemos el día juntos?

—No quiero que pierdas tiempo conmigo. Ya me dedicaste la noche anterior.

—Lo pasé muy bien contigo. Podemos ir a dar un paseo para que te despejes y luego ir a comer. Y por la tarde iremos al cine, o a mi casa a ver una película. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea tentadora pero, no sé si debería aceptar. No sé lo que la prensa diría de nosotros después de pasar juntos todo el fin de semana.

—¿Quién te preocupa la prensa o tu novio?

—No quiero hacerle daño ni perjudicarlo.

—Eres muy graciosa —dijo él riendo—. ¿Acaso Delaney no te está haciendo daño a ti saliendo con otras mujeres?

—Se supone que eso no debería importarme. Delaney no sabe lo que siento por él, y si lo supiera cancelaría nuestro acuerdo.

—Bueno, conmigo estás segura, soy tu futuro cuñado. Dúchate mientras recojo la cocina.

—Tú has cocinado, yo recojo. Dúchate tú primero.

—De acuerdo.

Sean entró en el dormitorio de Tess llevando la bolsa con sus cosas.
Llamó a Jack.

—Hola, Sean.

—Hola, Jack.

—¿Cómo está Tess?

—Con resaca y dolor de cabeza. He conseguido que desayune.

—Bien hecho.

—Le he propuesto ir a dar un paseo y a comer. Y puede que por la tarde vayamos al cine.

—¿No tienes nada mejor que hacer que pasar el día con la prometida de tu hermano?

—Me ha dicho que pensaba acostarse de nuevo después de desayunar. Creo que le vendrá bien salir. Me da la impresión de que se siente un poco sola.

—¿A qué hora quieres que os recoja?

—No te molestes, iremos al centro en taxi.

—Os recogeré para llevaros al centro. ¿A qué hora?

—Voy a ducharme y luego tendrá que arreglarse ella. ¿En una hora?

—Allí estaré.

Sean y Tess dieron un largo paseo por Central Park y luego caminaron por las céntricas calles de la ciudad viendo escaparates hasta que decidieron ir a comer.

Comieron en un sencillo restaurante al que Sean solía ir cuando vestía de manera informal, como les ocurría en ese momento, y donde se comía muy bien.

Luego fueron a tomar un café y terminaron en casa de él viendo una película y comiendo palomitas. Más tarde prepararon la cena entre los dos.

A Tess le gusto muchísimo la casa de Sean. No estaba lejos de la de su hermano pero no era una mansión como la de Delaney. La casa de Sean era un edificio moderno de dos plantas con más ventanas que paredes. Tenía una luz increíble.

Sean la llevó a casa a las once de la noche.

Tess entró en su apartamento, se quitó la ropa y se puso el pijama. Después de lavarse los dientes se metió en la cama y escribió en su diario durante unos minutos. Luego apagó la luz.

Entonces se permitió pensar en Delaney. Sabía que había llegado a Nueva York esa tarde y ni siquiera se había molestado en llamarla.

—¿Y por qué tendría que llamarme?

Dos días después, cuando Tess estaba almorzando en la cafetería del trabajo, recibió una llamada de la secretaria de Delaney. Sarah le preguntó si quería cenar con su jefe y después de que Tess aceptara le dijo que Delaney la recogería en el trabajo a las siete y media.

Muy bien, Del, sigues esmerándote porque nuestra relación sea impersonal, se dijo Tess.

El Lexus de Delaney estaba parado en la puerta de la librería cuando Tess salió.

—Hola, Jack —dijo ella acercándose al vehículo en donde el chófer esperaba.

—Tess —dijo el hombre abriéndole la puerta para que ella subiera.

—Gracias —dijo ella mirándole a los ojos.

Tess se sentó junto a Delaney que estaba revisando unos papeles.

—Hola.

—Hola —dijo él mirándola.

—Hacía tanto tiempo que no te veía que me había olvidado de lo guapo que eras.

Delaney sonrió.

—Disculpa que te llamara mi secretaria, pero tenía muchas cosas en la cabeza y no quería olvidarme de llamarte.

—Las secretarias también se encargan de recordar las cosas a sus jefes para que no las olviden. Pero, no tienes por qué disculparte. De hecho, es mejor que nos comuniquemos a través de tu secretaria. Es más impersonal. Lo que siento es no tener una secretaria para que se comunique con la tuya.

—Perfeccionas tu sarcasmo por momentos.

—Gracias.

—Espero que no tuvieras nada importante para hoy.

—Tenía que ir a trabajar al pub, pero he pensado que como hacía tanto tiempo que no me veías, tendrías ganas de verme y he cambiado el día con mi compañero.

—Muy considerada —dijo él sonriendo—. Mi madre me ha llevado esto a la oficina. Son las tarjetas de tus invitados.

—Gracias —dijo ella dejando la bolsa sobre el asiento—. ¿Qué tal te fue el viaje?

—Bien. He estado muy ocupado. ¿Qué tal te ha ido a ti la semana?

—Bien. Y muy ocupada también.

Él se giró para mirarla.

—Supongo que ya te habrán pasado el informe detallado de todos mis movimientos. Es una pena que yo no pueda permitirme pagar a alguien para que te siga a ti y me informe de los tuyos.

—Parece ser que has tenido un intenso fin de semana —dijo él sonriendo por lo que le acababa de decir.

—¿Por qué dices *intenso*? No creo que Jack pueda saber lo que ocurre en el interior de las casas.

—Lo he sabido por una revista.

—Yo no leo esa clase de revistas. Pero, ya sabes que siempre exageran y sacan conclusiones erróneas. He decidido hacer caso de tu consejo y ya me es indiferente lo que la prensa dice sobre mí. O sobre ti.

—Te he traído un regalo —dijo él dándole la bolsa.

—No tenías que haberte molestado.

—Espero que te guste. Ábrelo.

Tess sacó de la bolsa el paquete, lo abrió y levantó el vestido.

—Es muy bonito, gracias.

—Hay algo más en la bolsa.

Tess sacó dos paquetes, uno alargado y el otro pequeño y cuadrado.

—Espero que no los hayas comprado en una joyería.

—Pues la verdad es que uno de ellos sí. Pero te aseguro que no es un regalo ostentoso.

Tess abrió el paquete más grande. Era un perfume de Chanel.

—Gracias. Es mi primer perfume de Chanel.

—Entonces, me alegro de habértelo comprado yo.

—¿Por qué me has comprado tantas cosas? Una era más que suficiente.

—Estoy practicando, necesito saber las cosas que te gustan. Para mí no es fácil comprar regalos sencillos, te lo aseguro. Espero que el otro también te guste.

Tess abrió el pequeño paquete. Era una cadena de oro muy fina con un colgante en forma de círculo delgado que estaba unido a la cadena por dos lados.

—Vaya..., me encanta —dijo ella acercándose a él para besarle en la

mejilla—. Gracias. ¿Te importa abrochármelo?

—Por supuesto que no —dijo él cogiendo la cadena y rodeándole el cuello con ella.

A Tess se le tensaron los músculos al sentir los dedos de él en su nuca. Luego se volvió hacia él para que viera el colgante.

—¿Te gusta?

—Tienes un cuello precioso, y sí, te queda genial.

—Te agradezco que te hayas molestado en comprar todas estas cosas. Pero no hace falta que me compres algo cada vez que vas de viaje. La prensa no va a enterarse así que, no hace falta que pierdas tiempo conmigo.

—Me gusta perder tiempo contigo.

—En ese caso, gracias de nuevo.

El vehículo se detuvo en la puerta del restaurante.

—Menos mal que se me ha ocurrido ponerme vestido. Este restaurante es muy elegante —dijo ella bajando del coche cuando Jack le abrió la puerta —. Gracias, Jack.

—Aunque llevaras vaquero estarías perfecta.

Delaney le cogió la mano y entraron en el restaurante. A Tess se le aceleró el pulso con su contacto.

El maître se apresuró a recibirles y les acompañó a la mesa que tenían en un reservado. Delaney la ayudó a quitarse el abrigo y a ella le dio un escalofrío al sentirlo tan cerca.

El maître le separó la silla para que ella se sentara.

Delaney la miró y pensó que iba a ser difícil apartar la mirada de ese escote tan tentador.

—Ese vestido te sienta muy bien.

—Gracias. Lo eligió Carter.

—Carter tiene buen gusto.

Un camarero se acercó a la mesa y les dejó la carta.

—¿Tienes hambre?

—Yo siempre tengo hambre —dijo ella sonriéndole.

—Estupendo. ¿Qué te apetece comer?

—Pide tú por los dos, por favor. A mí se me revuelve el estómago cuando veo los precios. Deberían haber dos cartas diferentes, una para la gente normal con los precios y otras sin precios para los millonarios.

Delaney estaba sonriendo cuando el camarero se acercó. Delaney pidió el vino y la cena.

Poco después el chico volvió con el vino. Después de que Delaney diera su aprobación lo sirvió en las copas.

—Háblame de tu fin de semana.

—¿Te interesas por mí? Eso es muy personal —dijo ella sonriendo.

—La prensa ha dejado entrever algunas cosas y me gustaría oír tu versión de los hechos.

—Pensaba que estabas muy ocupado. Y resulta que has tenido tiempo de ir de compras y de leer los cotilleos de esas estúpidas revistas.

—Mi abogado está al corriente de lo que escriben sobre nosotros.

—Tu abogado, por supuesto. Tal vez deberías informarme tú también, con tu versión, sobre lo que dicen de ti.

—¿Quieres decir con eso que no me hablarás de tu fin de semana?

—Apuesto que estás al corriente de todo lo que he hecho, a qué hora, y con quien. De manera que, ¿para qué quieres que te lo repita?

El camarero les llevó unos cócteles de langosta.

—Esto está de muerte —dijo ella después de probarlo.

—Me gusta oír las dos partes. En este caso, las tres, si contamos la de Jack.

—Bien, en ese caso, te lo diré. Y luego, ya que estás al corriente de lo que dicen también sobre ti, me contarás, detalladamente, con tu versión, a qué se refiere la prensa con tu aparición en las revistas durante las semanas.

—Yo no tengo culpa de que me persigan.

—Yo tampoco tengo culpa de que me persigan a mí.

—De acuerdo —dijo él—. Te hablaré detalladamente de esos artículos, como quieras. Ahora, háblame de tu semana.

—El jueves fui a casa de tus padres a cenar. Tú madre me llamó para decirme que quería comentar algo de la boda conmigo. Le dije que era mejor que esperara a que tú volvieras pero parece que no la convencí.

—Esa es mi madre.

—Cuando salí el jueves del trabajo, tu hermano estaba esperándome en la puerta.

—¿De qué quería hablarte mi madre? —preguntó bajando la mirada al escote de ella sin poder evitarlo.

—Quería que la ayudara a elegir las tarjetas de las invitaciones. Cosa que podía haber hecho perfectamente sin mí. Y le di la lista de mis invitados,

como me pidió.

—¿Te preguntó por qué no tomabas parte en nada referente a la boda?

—Antes de que lo hiciera le dije que yo estaba muy ocupada y que además, ella lo haría mucho mejor que yo. Después de cenar, tu hermano me llevó a casa.

—¿Por qué no te llevó Jack?

—Pregúntaselo a tu hermano, o a Jack.

—Jack dice que no has querido que te llevara a ninguna parte.

—Es cierto. Pero debes saber que ha cumplido tus órdenes al pie de la letra. Siempre que salía de casa, del trabajo, del pub, del gimnasio..., allí estaba Jack —dijo ella sonriendo.

El camarero se acercó para retirar las copas de los entrantes.

—¿Por qué no quieres que Jack te lleve?

—Él es tu chófer y tu guardaespaldas, no el mío.

El camarero se acercó para servirles más vino. Y poco después volvió con la cena.

—¿También harás lo mismo cuando estemos casados?

—Dijiste que dispondría de un vehículo así que, no necesitaré chófer.

—¿Por qué subió Sean a tu casa cuando te llevó el jueves?

—Esto es un interrogatorio en toda regla. ¿Va a ser así siempre? ¿Es porque estás celoso?

Delaney la miró serio.

—Ya veo que no tiene nada que ver con los celos —dijo sonriendo divertida—. Me extrañaba que esa fuera la razón. Yo le pedí que subiera. Me pareció lo más lógico, tratándose de tu hermano. Pensé que lo normal sería invitarle a tomar una última copa y que viera mi casa.

—Y el sábado, ¿os encontrasteis por casualidad?

—¿Cómo iba a ser por casualidad si me recogió en casa? —dijo ella riendo—. El jueves le hable de mi trabajo en el pub y quiso verme cantar. Me llevó a cenar y luego fuimos a una discoteca.

Bebí algo más de la cuenta, lo admito. No me había emborrachado desde la universidad. No me siento muy orgullosa de esa parte, pero no me arrepiento. Lo pasé realmente bien. Tu hermano es genial —Tess volvió a sonreírle—. Luego creo que Jack nos llevó a casa aunque, a partir de ahí, tengo que decir que está todo un poco borroso. Bueno, un poco no, porque no recuerdo nada. Sean subió a casa conmigo. Bueno, yo subí con él porque tengo entendido que me subió en brazos —dijo ella riendo—. No es que me diera

cuenta, me enteré por mi vecino que por lo visto nos vio. Del resto de la noche no puedo hablarte, no porque no quiera hacerlo sino porque no lo recuerdo con precisión. Tendrás que preguntárselo a Sean. Al día siguiente, como es de suponer, tenía un terrible dolor de cabeza. Tu hermano preparó el desayuno. Luego nos duchamos, no juntos, uno detrás del otro —dijo ella riendo—. Jack nos llevó al centro. Dimos un paseo por Central Park. Luego recorrimos algunas calles viendo las tiendas y cuando sentimos hambre me llevó a comer. Más tarde fuimos a una cafetería a tomar un café, y terminamos en su casa viendo una película. Por cierto, la casa de tu hermano es fantástica. Después de la película teníamos hambre, pero como no nos apetecía salir, preparamos la cena entre los dos y cenamos. Y después de hablar un rato me llevó a casa.

—¿Por qué fuiste a su casa?

—¿Y por qué no? Va a ser mi cuñado. Me cae muy bien y me gusta estar con él.

—En la revista han insinuado que os habéis acostado juntos.

—No hagas caso de lo que dicen.

—¿Te has acostado con él?

—Ya sabes que no hay nada respecto a nuestro acuerdo que nos prohíba mantener relaciones sexuales con otras personas. Tú deberías saber eso mejor que nadie. Podría decirte que eso no es asunto tuyo y no rompería ninguna de las reglas.

—Lo sé.

—Pero, también tengo que decirte que me acostaré con quien me apetezca mientras dure nuestro acuerdo, pero no lo haré con Sean, al menos mientras tú y yo estemos juntos. No porque no desee hacerlo o no lo encuentre atractivo, simplemente, porque es tu hermano. Y además, si me hubiera acostado con él, te lo diría sin ningún problema. Al igual que tú, yo no tengo que esconderme.

Dios, Tess era demasiado independiente y valiente. Era obstinada y exigente. Delaney sabía que no podría dominarla como hacía con cualquier otra mujer. Pensaba que Tess hacía las cosas solo para desafiarlo, con la intención de volverlo loco. Y tal vez por esa razón Delaney pensaba que Tess era perfecta para él.

—¿Contento con el informe?

—Sé que Sean no se acostaría contigo.

—Pero no estabas seguro de que yo no intentara seducirle. Gracias por la confianza que tienes depositada en mí. Hoy he sido condescendiente

contigo, hablándote de lo que deseabas saber, pero no volveré a hacerlo. Tú no tienes derecho a preguntarme nada sobre mi vida personal. No tienes derecho a saber nada sobre mí. Así que, para evitarnos problemas, cuando quieras saber algo, házmelo saber por tu secretaria y decidiré si contesto o no.

—Vaya, estás enfadada. Y ahora entiendo que es porque te ha llamado mi secretaria, otra vez, en vez de hacerlo yo.

—Estás muy confundido. Lo cierto es que prefiero hablar contigo o verte lo menos posible. Cuando estás de viaje todo es perfecto.

—Se trata de eso, no quieres verme, no quieres tenerme cerca.

—Delaney, desde que nos conocemos, la tranquilidad ha desaparecido de mi vida. Y cada vez que te veo es como si el cielo se desplomara sobre mí.

Delaney se apoyó en el respaldo de la silla mirándola y no pudo evitar sonreír complacido por sus palabras.

—Decididamente, te he echado de menos. Sabes, ninguna mujer me trata como tú.

—Puede que tú no trates a ninguna mujer como me tratas a mí. Bien, te toca.

—¿Qué?

—Dame tu versión, detallada, de las veces que has salido en la prensa esta semana. Aquí, el lunes y en París, varias veces. Solo será por esta vez.

—De acuerdo. El lunes fui a cenar con una amiga.

Tess le miraba sin dejar de comer.

—Luego fuimos a su casa.

—¿Te acostaste con ella?

Delaney se limitó a sonreír. Luego siguió hablando.

—En París..., bueno, vi a un par de amigas.

—Parece que tu concepto de *detalladamente* y el mío, difieren bastante —dijo ella sin mirarlo y centrada en la comida.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me acosté con todas ellas? Pues sí, lo hice. ¿Te interesa saber también cuántos orgasmos tuve o cuántos les proporcioné a ellas?

—Ves, a eso me refiero. Eso que tanto te molesta contestar es lo que me has preguntado respecto a tu hermano. A mí no me importa con quien estés ni lo que hagas con esa persona. Y a ti tampoco tiene que importarte con quien esté yo o lo que haga con él. Cambiemos de tema.

—¿Te ha gustado la cena?

—Sí, todo estaba delicioso.

Un camarero se acercó a retirar los platos y poco después volvió para dejarles la carta de los postres.

—¿Qué vas a tomar?

—Nada.

—¿Nada? Eso es raro en ti —dijo él sonriendo.

—He comido suficiente, pero tú puedes pedir lo que quieras.

—Yo tampoco quiero nada. ¿Tomamos el café en tu casa?

—Si nos siguen los fotógrafos, de acuerdo. De lo contrario, no.

Delaney le cogió la mano cuando iban en el coche camino de casa de Tess. Los dos permanecían en silencio. Delaney le acariciaba el lateral de la mano. Eso desconcertó a Tess que apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Esa caricia inconsciente se precipitaba a otras zonas de su cuerpo. Tess intentó con ahínco pensar en algo que alejara esas sensaciones de su cuerpo, y no en ese hombre que tenía a su lado que sin saberlo estaba alborotando todos sus sentidos.

Los fotógrafos detuvieron el coche detrás del de Delaney y se precipitaron a salir para fotografiarlos cuando bajaran del vehículo.

—Al menos en la siguiente revista no tendré que darte explicaciones de con quien estaba —dijo ella subiendo la escalera.

—No tendrás que darme explicaciones nunca más, y yo tampoco a ti —dijo él serio subiendo la escalera tras ella.

—¿Prefieres café o una copa? —preguntó ella cuando entraron en el apartamento y mientras se quitaba el abrigo.

—Prefiero café.

—Lo preparo enseguida —dijo ella quitándose los zapatos—. Estoy muerta de cansancio. Llevo los tacones desde las ocho de la mañana.

Tess fue a la cocina a hacer el café y mientras se hacía preparó una bandeja con las tazas, la cucharitas, el azúcar y la leche. Cuando estuvo listo lo llevó al salón y lo sirvió. A Delaney le gustó que ella recordara como le gustaba tomar el café.

—Espero que el vestido sea de tu talla. ¿Por qué no te lo pruebas?

—¿Quieres que me lo pruebe, ahora?

—Me gustaría vértelo puesto.

—De acuerdo —dijo levantándose del sofá. Luego volvió a sentarse—. Ya que estás aquí, ¿te importa bajarme la cremallera?

—Por supuesto que no.

El sujetador de Tess era de encaje azul eléctrico, del mismo color que el vestido. Delaney sintió deseos de acariciarle la espalda y desabrocharle el sujetador. No comprendía lo que le pasaba. ¿cómo podía excitarse simplemente por ver un trozo de la piel de su espalda?

—Vuelvo enseguida —dijo ella cogiendo la bolsa con los regalos, su abrigo y sus zapatos y dirigiéndose al dormitorio.

Delaney se quitó la chaqueta y la echó sobre el sillón de al lado. De pronto sentía calor y no debido a la temperatura de la habitación.

Tess regresó unos minutos después. Delaney se volvió a mirarla al oír el sonido de sus tacones contra el suelo. Le dedicó una mirada lenta de la cabeza a los pies que hizo que a Tess se le pusiera la piel de gallina y apareciera un ligero rubor en sus mejillas.

El vestido era rojo con dibujos en color crema y muy, muy corto. *Demasiado corto*, pensó Delaney. La parte de delante estaba completamente cubierta y se recogía en el cuello abrochándose con un lazo en la nuca y cuyas puntas caían sobre la espalda completamente desnuda. Se ceñía a la cintura, y la falda, sin vuelo, quedaba lo suficientemente pegada para definir sus curvas. El vestido tan corto y los tacones super altos hacían que sus piernas parecieran no tener fin. La clase de piernas que un hombre podía imaginar recorriendo con sus manos o sus labios durante mucho tiempo. A Delaney se le hizo la boca agua.

—¿Qué tal lo ves? —dijo ella dando una vuelta para que la viera por detrás.

—Creo que es demasiado corto.

—No, está bien.

—Estás fantástica.

—Gracias. Me he puesto también un poco de tu perfume —dijo ella apoyando una rodilla en el sofá junto a él y ofreciéndole el cuello para que lo oliera.

—Decididamente, ese perfume es el tuyo.

—Huele muy bien. Aunque es para invierno. Es bastante fuerte.

—En mi próximo viaje te traeré el mismo para verano.

—No hace falta —dijo ella sonriendo.

De pronto Tess se acercó a él y le rozo los labios con los suyos. Fue un beso dulce, tierno, suave y delicado como el roce de una caricia. Delaney sintió que las piernas le flaqueaban y agradeció el que estuviera sentado.

Tess no pretendía pasar de ahí. Pero de pronto se le echó encima, le rodeó el cuello con los brazos y presionó la boca sobre la de él.

Delaney no estaba preparado para aquello, para aquella desesperación de Tess. ¿Cómo podía estar preparado para ello?

Tess jadeaba y gemía levemente mientras lo devoraba.

Delaney tuvo una rápida erección y sintió correr la sangre por sus venas hasta que se detuvo en su entrepierna. Estaba temblando. Sintió el deseo arder en él y se dijo a sí mismo que deberían darle un premio por mantener su autocontrol intacto. Bueno, casi intacto.

Tess se separó de él con la respiración entrecortada. Se sentó a su lado y se quitó los zapatos. Luego cogió la taza aunque con las manos un poco temblorosas.

—Gracias por tus regalos —dijo ella sin mirarlo.

Delaney no fue capaz de decir nada. Estaba obnubilado. Cogió su taza y tomó un sorbo del café. Ni siquiera se acordaba de si le había devuelto el beso o no.

Después de estar con tantas mujeres, de haberlas besado de mil maneras, nunca, jamás, ninguna de esas veces podría compararse con las sensaciones, los sentimientos y las reacciones que había experimentado con Tess con ese beso.

—¿Esta semana también irás de viaje? —preguntó ella ya más tranquila.

—Me temo que sí —contestó aún algo aturdido—. Tengo muchas cosas que solucionar. Pero esta vez no saldré del país. Iré a Miami y Boston. Te librarás de mí por unos días.

—¿Cuándo te marcharás?

—Seguramente el viernes. Tendrás el fin de semana para ti sola.

—También tengo los fines de semana para mi sola cuando estás aquí. No es que nos veamos mucho. Pero, vernos de vez en cuando no está mal. Es agradable disfrutar de una buena cena con alguien tan atractivo como tú.

—Yo pienso lo mismo —dijo él con una cálida sonrisa.

—¿Cuándo volverás?

—El jueves o el viernes de la próxima semana, si no se complican las cosas.

—Organiza la agenda con tu secretaria no vaya a ser que estés de viaje el día de la boda.

—¿Crees que iba a olvidarme de mi boda?

—Entre los viajes, los cambios de horario y las mujeres... No me

gustaría verme vestida de novia, rodeada de invitados y que no aparecieras.

—Cielo, soy yo el más interesado en casarme.

—¿Tienes algún hotel en Las Galápagos?

—Sí.

—¿Podríamos ir allí de luna de miel? Anoche vi un documental de esas islas y me gustaron.

—Buena elección, y hace mucho tiempo que no voy por allí. Lo arreglaré.

—¿En serio? Así, sin más.

—Te dije que podías elegir el sitio al que ir.

—Gracias.

—¿Tienes planes para el fin de semana?

—De momento, no.

Permanecieron un instante en silencio.

—¿Por qué sonrías?

Tess se giró para mirarlo sin apartar la sonrisa de sus labios.

—Todavía no puedo creerme que un hombre como tú esté en mi casa. Tú eres de los hombres que se ven en los anuncios de los diseñadores importantes, por los que las mujeres babeamos. Nunca antes había estado tan cerca de un hombre tan sexy y tan atractivo como tú. Dios, eres la perfección física. La belleza masculina en estado puro.

A Delaney le encantaba esa inocencia y esa falta de experiencia con los hombres. Por las palabras que le dedicaba a él, cualquier otro hombre creería que era una seductora experimentada, pero él sabía que era el único destinatario de esa seducción sin propósito.

Esa inocencia contrarrestaba con la forma de mover sus manos o su pelo, o su boca, con lo que conseguía que el cuerpo de Delaney se tensase de repente con un creciente deseo hacia esa sensualidad pura y salvaje que Tess desprendía.

—He de admitir que no suelo sorprenderme pero, te aseguro que tú lo logras cada vez que nos vemos. ¿Qué se supone que debo hacer después de decirme todas esas cosas?

—Terminarte el café antes de que se enfríe y luego marcharte.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo tomándose lo que le quedaba de café en la taza—, tengo que irme. Los fotógrafos pueden pensar que ha sido un polvo rápido porque es tarde —dijo levantándose y cogiendo la chaqueta.

—No te preocupes por los fotógrafos. Inventan lo que les interesa para

vender más ejemplares en sus revistas. Sus artículos son imprevisibles. No entiendo por qué siguen acosándome a mí. Tú sales con mujeres interesantes y se supone que eso atrae más. Y teniendo en cuenta que la mayoría de las personas que compran esas revistas son mujeres, es lógico pensar que tú les interesas más que yo.

—También les atrae que puedas engañarme con otro y mi reacción —dijo él mientras se ponía la chaqueta.

—No podría entender que una mujer que te tuviera pudiera engañarte con otro.

—Gracias. Tal vez debería tener alguna reacción cuando insinúen que tú te acuestas con otro.

—¿Y que harías? ¿Provocar una escena de celos en público? —dijo ella caminando hacia la puerta de la calle.

Delaney la detuvo antes de que abriera la puerta e hizo que se diera la vuelta y quedara frente a él. Igual que ocurría siempre que él la tocaba Tess sintió un calor que la acariciaba levemente, como un beso furtivo. Delaney hacía que ella perdiera el aliento y le diera un salto el corazón simplemente por estar cerca.

—¿Vas a besarme? —dijo ella mirándolo a los ojos y algo ruborizada.

—Nada podría impedirlo.

Delaney desplazó las manos hasta la espalda de ella y en su mente recordó que no llevaba sujetador porque llevaba la espalda al descubierto. Ningún hombre con sangre en las venas podría haber evitado ese latigazo de excitación al saberlo.

Delaney la besó de una forma tan lenta y profunda que a Tess se le distendieron todos los músculos del cuerpo. Un beso era algo simple y sencillo, sin embargo, hacía que todo el mundo de Tess se volviera del revés. Sintió un golpe de calor en su interior cuando la boca de él presionó la suya. El cuerpo de Delaney se apretó contra el de ella pegándola a la puerta. Tess se acomodó entre sus brazos sintiendo con toda claridad aquel calor avanzando a través de su sangre y se permitió que la inundara.

Delaney se apartó de ella de golpe y la apartó para poder abrir la puerta. Luego salió del apartamento sin pronunciar palabra.

Delaney había deseado antes a otras mujeres, desesperadamente. O eso era lo que había pensado. Hasta ese momento no había entendido del todo el verdadero significado de la desesperación. Hasta ese momento no había tenido conocimiento de lo que era desear. Estaba confuso. Se preguntaba por qué el

besar a Tess era más divertido y más placentero que acostarse con cualquiera de las mujeres con las que salía. Había sentido una sensación dura y acuciante que temblaba dentro de él, y había reconocido que era deseo.

Delaney bajaba la escalera pensando hasta cuándo podría contenerse. Jamás había sentido algo así por una mujer. Y menos aún, por una mujer como Tess, una cría inexperta. Una cría que le seducía inconscientemente con sus palabras. Y él se estaba dejando seducir inexorablemente. Deseó que fuera jueves o viernes para salir de la ciudad. Tenía que poner distancia entre ellos. ¡Santo Dios! ¿Qué iba a hacer cuando la tuviera viviendo en su casa?

Tess cerró la puerta todavía temblando. Se dirigió al dormitorio, se quitó la ropa y entró en el baño. Abrió el grifo de la bañera para que se fuera llenando mientras se desmaquillaba.

Se recogió el pelo para no mojárselo y se sumergió en el agua caliente. Necesitaba serenarse. Jamás se había sentido tan intranquila como cuando estaba con él. Pero cuando se besaban, Tess perdía los papeles, y estaba preocupada por si en algún momento él adivinaba que deseaba hacer el amor con él. Siempre había pensado que era una mujer fuerte, segura de sí misma y que hacía exactamente lo que quería. Y que jamás perdía el control. Pero con Delaney se sentía débil y vulnerable. Y además, no ayudaba el que lo deseara con tanta intensidad. Y Dios, lo deseaba con cada centímetro de su cuerpo.

Capítulo 7

Tess no tuvo noticias de Delaney desde el martes que habían cenado juntos, y era sábado. Aunque sí había sabido por internet que había salido a cenar con una rubia despampanante el miércoles, un día después de estar juntos, y también al día siguiente. En las dos ocasiones la había llevado a cenar y luego los habían fotografiado entrando en el edificio de Delaney. Sin duda para ir al ático que Delaney tenía arriba de sus oficinas. Tess no llevaba bien el que él estuviera con otras mujeres, pero lo que le enfadaba más era que la prensa hablara en sus artículos sobre *la ignorancia de su prometida*.

A Carter y Logan les hacía gracia volver a la tienda de novias para que Tess se probara de nuevo vestidos de novia, después de lo que les había costado decidirse por uno de ellos.

La dueña de la tienda de novias había llamado a Tess un par de días antes para decirle que había recibido un vestido que tenía que ver. Así que quedó con sus dos amigos para que la recogieran ese día a la una en el trabajo.

Fueron a comer al restaurante de Carlo porque al estar Delaney de viaje no había posibilidad de que se lo encontraran. Tess le presentó sus amigos a Carlo y los tres se cayeron bien. El dueño del restaurante se unió a ellos para tomar el café. Le contaron su experiencia con Tess y sus vestidos de novia.

Cuando salieron del restaurante fueron a la tienda de novias.

Tess se había percatado de que Jack la había esperado a la salida del trabajo, y luego lo vio parar el coche frente al restaurante de Carlo. Y más tarde vio el coche aparcado delante de la tienda de novias cuando ellos entraban.

La dueña les llevó a uno de los reservados y los tres se sentaron en los sofás. Poco después la mujer apareció con el vestido que ellos habían elegido y lo colgó en un perchero para que lo vieran.

—Es precioso, ¿no cree? —dijo Tess a la mujer.

—Sí, es muy bonito, y está preciosa con él. Ahora traeré el vestido que quiero que vean —dijo la mujer saliendo de la habitación.

Minutos después regresó y colgó el vestido junto al otro para que lo

vieran.

—¡Uau! —dijo Tess.

—Eso dije yo cuando lo vi. Y no sé la razón, pero al verlo pensé en usted.

—Es una maravilla —dijo Logan.

—¿Qué dices tú, Carter?

—Creo que es muy bonito.

—¿Puedo probarme los dos?

—Es lo que pretendía que hiciese. Acompañeme.

—¿Le importaría esperar dos minutos? —preguntó Tess.

—Por supuesto.

—Vuelvo enseguida —dijo Tess levantándose y abandonando la estancia.

Sus amigos se miraron extrañados.

Tess salió a la calle y se dirigió al coche de Delaney. Al verla, Jack se preocupó y bajó del vehículo.

—¿Ocurre algo?

A Tess le gustó el tono de preocupación del hombre.

—¿Puedo pedirle un favor, aunque esté fuera de sus obligaciones?

El hombre la miró sorprendido, pero no dijo nada.

—Necesito otra opinión. Tengo que tomar una decisión muy importante y yo confío en usted. ¿Podría ayudarme?

Jack se sintió aún más sorprendido al oírla decir que confiaba en él.

—¿Qué necesita?

—Usted conoce bien a Delaney y a su familia. Tengo que decidir entre dos vestidos de novia. Usted y yo sabemos que esta boda no será real, pero no quiero que Delaney se sienta mal por haberme elegido.

—Sus amigos están dentro.

—Cierto. Pero ellos me quieren. Usted será imparcial.

Jack no pudo evitar recordar lo que Tess había declarado sobre sus sentimientos por Delaney cuando estaba bebida. Y le conmovió que estuviera preocupada por lo que Delaney pudiera pensar de ella.

—De acuerdo, le daré mi opinión.

Jack volvió al coche, cogió las llaves y lo cerró con el mando. Luego entró con ella en la tienda. Sus amigos se sorprendieron al verlos entrar juntos. Tess les presentó a sus amigos y a la mujer y luego se sentó en uno de los sofás. Carter y Logan estaban en el otro. Tess acompañó a la mujer, que

llevaba los dos vestidos, al probador.

—Parece que Tess no confía mucho en nosotros si necesita una tercera opinión —dijo Carter mirando a Jack.

—Supongo que es una decisión importante para ella —dijo Jack.

—Yo creo, que para una mujer, esta es la decisión más importante de su vida —añadió Logan.

Tess entró luciendo el vestido que habían elegido. Dirigió una mirada a Jack y el hombre no pudo evitar esbozar una cálida sonrisa al verla. La encontró preciosa. Y ahora que sabía que estaba enamorada de Delaney deseó que no existiera ese acuerdo entre ellos.

—Dios, estás preciosa —dijo Carter—. ¿Qué le parece, Jack?

—Estoy de acuerdo con usted.

—Cariño, no podrías estar más guapa —añadió Logan.

—Me temo que con su altura y su figura cualquier vestido le quedaría bien —dijo la mujer—. Veamos que opinan del otro. Vamos, querida.

—Jack, ¿se ha fijado bien en el vestido? —preguntó Tess sonriendo al hombre.

Jack encontró esa sonrisa genuina. A Tess le importaba su opinión.

—Me he fijado perfectamente.

La mujer y Tess abandonaron la habitación.

—Está increíblemente preciosa con ese vestido —dijo Carter.

—Es increíblemente preciosa —repuso Jack, y al momento se arrepintió de sus palabras.

Carter le dedicó una sonrisa de aprobación. En ese momento supo que a Jack le caía muy bien su amiga.

Jack tuvo que tragar saliva cuando Tess entró en la habitación con el otro vestido. Parecía la princesa de un cuento y la imaginó junto a Delaney vestido de etiqueta.

Tess miró al hombre y sus miradas se encontraron. Ella pudo percibir la calidez de su mirada. Luego miró a sus amigos que no podían pronunciar palabra.

—¡Madre mía! —dijo Logan.

—¡Santo Dios! —dijo Jack emocionado. En ese momento deseó haber tenido una hija para verla allí, con el aspecto de Tess.

—Cariño, ese no es solo un vestido, es el vestido —dijo Carter—. No hace falta que lo pensemos más.

—¿Seguro? ¿No creéis que es demasiado...?

—Es perfecto —dijo Logan.

—No podrías estar más guapa —añadió Carter.

—Me han dicho que pueden realizarlo en color marfil y que estaría terminado para el día de su boda.

—El blanco es el color de la virginidad. Tiene que ser blanco —dijo Carter.

—¿Tenías que decir que soy virgen? —dijo Tess sonriendo a su amigo.

—Entonces, el blanco es el color más adecuado —dijo la mujer.

—¿Qué dice usted, Jack? —preguntó Tess—. ¿Le gusta más este vestido?

—Sí, es la novia más bonita que he visto en mi vida —dijo el hombre todavía sorprendido por lo de la virginidad de Tess.

—Gracias.

Jack vio que Tess tenía los ojos brillantes por las lágrimas acumuladas, como si la opinión de él fuera la más importante de todas.

—¿Qué son las piedras que lleva esa tiara? —preguntó Carter.

—Alguna clase de cristales, pero dan el pego, ¿no creen? —dijo la mujer—. Y la montura es de..., la verdad es que no lo sé. Puedo informarme si lo desean.

—¿Todas las que tienen son con cristales? —volvió a preguntar Carter.

—Sí. Aunque, algunas de nuestras clientas deciden comprarlas por su cuenta en alguna joyería con diamantes auténticos.

—Yo no quiero diamantes —dijo Tess—. Carter, ya me conoces. Soy una chica sencilla, aunque lleve este traje de princesa. De todas formas, estoy pensando que no me convence demasiado la tiara. Quiero llevar el pelo suelto, con el pelo recogido me siento como si no fuera yo, y preferiría algo más sencillo. Algo que sujete el velo pero que no se vea demasiado.

—Probaremos con una diadema. Vuelvo enseguida —dijo la mujer.

La mujer salió y volvió poco después.

—¿Qué le parece algo así? —dijo mostrándole dos diademas.

—Eso me gusta más.

La mujer la hizo sentarse en una de las sillas y le deshizo el recogido del pelo que cayó sobre sus hombros. Luego unió el velo a la diadema que Tess eligió, de manera provisional y se lo puso en la cabeza. Tess se levantó y se miró al espejo.

—Sí, mucho mejor.

—Yo también estoy de acuerdo —dijo Jack—. Así parece que tenga su

edad. De la otra manera parecía mayor.

—Entonces, ¿estáis seguros con el vestido?

—Sí —contestaron sus amigos al unísono.

—¿Jack? —dijo ella mirando al hombre.

—Sí —dijo Jack—. Esperaré fuera.

—Gracias, Jack —dijo ella con una cálida sonrisa. El hombre le sonrió antes de marcharse.

La mujer ayudó a Tess a quitarse el vestido y luego la dejó sola para que se vistiera. Logan aprovechó para pagar la diferencia del vestido.

Al salir de la tienda, Carter les dijo que había quedado con alguien y llegaba tarde y ellos le dijeron que se marchara. Como habían ido en el coche de Carter Tess decidió que Jack los llevara. Primero llevaron a Logan a su casa y luego Jack llevó a Tess a la suya.

—Gracias por todo, Jack —dijo ella cuando el coche se detuvo en la puerta del edificio.

—Ha sido un placer.

—De todas formas, usted sigue sin ser mi chófer, y no aceptaré sus servicios. Hoy ha sido algo especial porque no quería que Logan se diera cuenta de que había algo extraño. Hoy solo saldré para ir al gimnasio, y puede que ni siquiera vaya. Así que, no pierda tiempo esperando aquí —dijo ella saliendo del coche sin esperar a que el hombre bajara para abrirle la puerta—. Gracias de nuevo.

Tess subió a su casa. Decidió ir a la lavandería y luego al gimnasio, y al día siguiente se ocuparía de limpiar la casa.

Metió la ropa sucia en la bolsa y bajó a la calle. El coche de Delaney seguía parado en la puerta y no le prestó atención.

Tess estuvo leyendo en la lavandería mientras se lavaba la ropa. Cuando salió vio el coche parado en la puerta y sonrió.

Es un hombre insistente, pensó Tess.

Le caía bien Jack, y ahora, incluso dudaba que la despreciara. Había visto en su mirada una calidez que le decía que la apreciaba, aunque con reservas.

Después de tender la ropa junto al radiador del salón Tess cogió la bolsa del gimnasio y salió de casa.

Ya era noche cerrada. A Jack no le gustaba que fuera sola por la calle a esas horas. El gimnasio no estaba lejos, pero no hacía falta una distancia grande para que pudiera suceder cualquier cosa.

Jack la seguía con el coche a cierta distancia, y Tess se sentía segura porque sabía que Jack siempre estaba ahí para protegerla.

Eran poco más de las diez de la noche cuando salió del gimnasio y empezó a caminar hacia su casa. Ya llevaba recorrido la mitad del trayecto cuando tres hombres salieron de un callejón y la arrastraron hacia esa calle tan insegura. Jack detuvo el coche y sacó la llave del contacto. Al instante estaba lanzando a uno de los hombres por los aires y tenía a otro cogido por la pechera. El tercero peleaba con Tess. Ella le dio un puñetazo en el vientre y cuando el chico se inclinó del dolor Tess le propinó otro en la mandíbula y luego otro más. Y lo remató con un rodillazo en la entrepierna con todas sus fuerzas.

—Vaya al coche, Tess. Ya.

Tess cogió su bolsa del suelo y fue hasta el coche. Se quedó allí, de pie, mirando hacia el callejón preocupada por si Jack no volvía.

En menos de diez minutos Jack había dado una paliza a los tres jóvenes a quienes dejó tirados en el callejón con algunos huesos rotos. Luego caminó hacia el coche.

Cuando Tess lo vio se abalanzó sobre él y lo abrazó fuertemente. El hombre la apretó con sus brazos.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. Si usted no hubiera estado siguiéndome... —dijo ella sin poder evitar las lágrimas.

—¿Le han hecho daño?

—Solo me duele la mano. No creo que sea nada serio.

—Suba al coche. La llevaré a casa y me ocuparé de esa mano.

Tess subió al asiento de atrás temblando todavía.

Al llegar a casa Tess bajó del coche con la bolsa. Jack cerró el vehículo después de coger el botiquín de primeros auxilios y se reunió con ella. Luego cogió la bolsa que Tess llevaba sobre el hombro y entraron en el edificio.

Jack dejó la bolsa en el suelo cuando entraron en el apartamento de Tess y los dos se dirigieron a la cocina.

—Siéntese.

Tess se sentó en una de las sillas y se miró la mano.

—Menos mal que no tengo este golpe en la cara.

Jack sacó del botiquín gasas y un desinfectante.

—Deme la mano. Tiene un buen puño —dijo él sujetándole la mano.

—Estaba asustada. Ay, me duele —dijo ella al sentir el líquido en los nudillos de la mano.

—Tengo que desinfectarlo. Mañana tendrá la mano hinchada.

—Menos mal que me había dejado el anillo en casa. Si me lo hubieran robado...

—A Delaney no le habría preocupado ese detalle.

—Ya —dijo ella con sarcasmo.

Jack la miró.

—Tal vez debería cambiar algunas horas de gimnasio por otras de defensa personal.

—Aunque así fuera, no podría haber hecho nada contra tres.

—Podría, si estuviera preparada.

—¿Usted sabe defensa personal?

—Tengo alguna noción —dijo mirándola. No pudo evitar reírse.

—Vaya, no sabía que pudiera reír. Tal vez podría enseñarme lo básico sobre defensa cuando viva en casa de Delaney. Me refiero a cuando no esté ocupado.

—Lo pensaré.

—Gracias.

—Debería tomar algún antiinflamatorio. ¿Tiene alguno en casa? Si no iré a comprarlo.

—Tengo Ibuprofeno.

—Bien. Le prepararé algo para cenar. Luego se toma un par de Ibuprofenos y se mete en la cama. Y mañana no se le ocurra hacer nada con esa mano. Yo le traeré el desayuno.

—¿Lo de dar órdenes es contagioso?

Él la miró.

—Lo digo porque habla como Delaney.

Jack se rio.

—No hace falta que se moleste, me las apañaré.

El hombre terminó de ponerle la crema y le vendó la mano.

—¿Tengo que llevar la mano vendada?

—Solo un par de días. Es para que no se le infecte. Tiene los nudillos en carne viva.

—Le he dado unos buenos puñetazos.

—Sí, ese tío no la olvidará en algún tiempo. Espero que haya cambiado de opinión y me permita llevarla adónde tenga que ir.

—Creo que será lo mejor. Siento haber sido tan testaruda.

—No sabía que podría pasarle algo así. ¿Tiene algún golpe más?

—Me duele este brazo. Supongo que por el tirón que me han dado para llevarme al callejón.

—Sáquese la sudadera.

—Madre mía —dijo ella al verse el hematoma en el brazo.

Jack le dobló varias veces el codo y le palpó el brazo buscando huesos rotos.

—No es serio y desaparecerá en unos días.

—No quiero pensar en lo que me podría haber pasado de no haber estado usted allí.

—Hágase a la idea de que estaré siempre donde esté usted.

—Gracias, Jack. Por suerte para usted, solo tendrá que soportarme un año —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—¿Qué le apetece cenar? —dijo el hombre abriendo la nevera y cambiando de conversación.

—No se preocupe, comeré cualquier cosa.

—Tiene la nevera bien surtida.

—Sí, es una de mis manías.

—¿Le apetece una tortilla y ensalada? ¿O un filete?

—¿Cenará conmigo?

—No tiene por qué invitarme a cenar.

—¿Cuidar de mí es una de sus funciones?

—Desde hace unos días, la más importante.

—Entonces, me temo que tendrá que cenar conmigo. Puede quedarse a dormir en el sofá, como hizo Sean la semana pasada. Delaney se divertiría si la prensa le mencionara a usted como otro de mis *amantes*.

—Eso no tiene gracia.

—Sí la tiene. Tendría que darle a Delaney explicaciones de nuevo sobre mi comportamiento y eso es divertido. La prensa tergiversa la información sin importarles el daño que puedan hacer a las personas. Aunque a mí me gusta verle enfadado.

—Delaney es un hombre importante y tiene que mostrarse ante la prensa como alguien serio y responsable.

—¿Eso es lo que hace Delaney? Espero que lo haga mejor cuando tenga una prometida o una esposa de verdad.

Jack sabía que se refería a que Delaney salía con otras mujeres sin preocuparse de ser discreto y humillándola por ello.

—Si va a preparar la cena, elija lo que le apetezca a usted. A mí me gusta todo.

Jack preparó unas patatas al horno, una ensalada y unos filetes de pechuga de pollo a la plancha.

Tess dejó sobre la mesa una botella de vino y el sacacorchos.

—El vino no hace falta, yo no podría tomar más de una copa porque tengo que conducir y usted tiene que medicarse.

—Todavía no he empezado.

—De acuerdo —dijo él abriendo la botella y sirviendo vino en las dos copas.

—Jack, ¿no cree que deberíamos tutearnos? Estamos comiendo juntos.

Jack sonrió. Esa chica le caía bien. Muy bien.

—De acuerdo, pero únicamente cuando estemos a solas.

—¿Cómo haces con tu jefe? Me parece bien. Delaney me pidió que no volviera a pedirte que subieras a mi casa porque no lo harías. Y mírate, aquí estás, en mi casa y vamos a cenar juntos. Aunque ha hecho falta que me ataquen tres tíos en la calle para conseguirlo.

—Sí, cierto —dijo sonriendo.

—¿Vas a marcharte después de cenar?

—Sí, a no ser que me digas que vas a salir.

—No, no voy a salir. ¿Sabes jugar al ajedrez?

—Sí.

—¿Quieres jugar conmigo mientras tomamos un café?

—Deberías acostarte.

—Jack, solo es un golpe en la mano. Aunque, puede que hayas quedado con alguien. No lo había pensado.

—No he quedado con nadie.

—Yo creía que era buena al ajedrez. De hecho, creía que era muy buena. Pero jugué con Delaney y me ganó. Perdí cien dólares.

—Delaney es muy bueno. A mí siempre me gana.

—No creo que él juegue mejor que yo. Me ganó porque estaba un poco

distraída. Por lo visto Dios eligió a una persona y creyó que no era suficiente concederle poder y riqueza e hizo con Delaney una obra maestra.

—¿En serio has dicho lo que creo haber oído? —dijo el hombre riendo.

—Supongo. No sé lo que tiene ese hombre, pero no puedo concentrarme cuando él está cerca.

—Sí, eso suele pasarle a todos. Se sienten intimidados.

—Puede que sea eso.

Aunque Jack sabía que no se trataba de eso.

Cuando terminaron de cenar Jack preparó café y lo llevó al salón. Le dio a Tess las pastillas antiinflamatorias para que se las tomara.

Tess ya había colocado las piezas en el tablero y estaba sentada en el suelo frente al sofá en donde estaba Jack sentado.

—¿Estás cómoda ahí?

—Sí.

—¿Cómo tomas el café?

—Con leche y dos de azúcar. ¿Qué apostamos?

—¿Quieres apostar dinero?

—Yo gano bastante al mes, y me da la impresión de que tú también.

—Sí, tu prometido es muy generoso.

—Lo sé. Siempre me trae algún regalo cuando vuelve de sus viajes.

—Tengo entendido que rechazaste uno de sus regalos.

—Era algo demasiado valioso. Supongo que Del está acostumbrado a hacer ese tipo de regalos a las mujeres, pero a mí me hizo sentir muy incómoda. Yo no soy como las mujeres con las que sale.

Jack la miró.

—Supongo que estás pensando que al casarme con Del conseguiré cosas de mucho más valor que las joyas que le regala a sus amantes. Puede que un día te hable de nuestro acuerdo. Supongo que Del te ha informado en qué consiste. Pero no puede haberte dicho la razón de que yo aceptara, porque no la sabe. No sé la razón, pero me gustaría que, precisamente tú, estuvieras al corriente de todo. Me caes bien.

—No suelo caer bien a la gente. ¿Cuánto quieres apostar?

—Porque quieres aparentar ser un hombre frío. ¿Cien dólares? Y te tienen miedo.

—¿Y tú no me tienes miedo? De acuerdo, cien dólares.

—No. Cuando te miro me recuerdas a mi padre aunque no te parezcas a él en nada. Le echo de menos.

Tess le habló de sus padres y de cómo se sintió cuando fallecieron. Luego le habló de la relación que tenía con sus dos amigos.

—Si no fuera porque Carter es como un hermano para mí y será mi padrino, te lo habría pedido a ti.

—Eso me honra.

Tess le contó prácticamente toda su vida mientras seguían moviendo las piezas y sin ni siquiera Jack hacerle ninguna pregunta. Sonó el teléfono de Jack y el hombre contestó.

—Ahora no puedo hablar. Te llamaré más tarde —dijo Jack. Luego colgó.

—¿Era tu jefe?

—Sí.

—¿Y le has colgado?

—Sí.

—A lo mejor te despide.

—No lo creo. ¿Por qué tuviste que aceptar la propuesta de Delaney? ¿Por qué no te conformaste con cualquier chico con el que hayas salido?

—Cualquier chico con quien haya salido —repitió ella mirándolo—. Jack, yo no he salido con ningún chico. Del es lo más parecido a un novio que he tenido. Ya lo sé, soy patética.

—¿Entonces era cierto lo que ha dicho tu amigo en la tienda de novias?

—¿Sobre mi virginidad? Me temo que sí. Y te pediría que tuvieras un poco de compasión por mí y no se lo dijeras a nadie. Mis amigos ya se burlan de mí lo suficiente.

—Yo no tengo que hablar con nadie de las conversaciones privadas que tengamos tú y yo.

—Te lo agradezco.

—Deberías guardar las distancias con Delaney.

Tess lo miró sorprendida.

—No me malinterpretes. Delaney es una buena persona, pero en cuanto a mujeres... Él no es de los que se enamoran. Así que, procura no enamorarte de él.

—Procuraré no hacerlo. Y, por si no lo has notado, los dos estamos manteniendo las distancias. Es fácil dado que se pasa el tiempo de viaje.

—No olvides lo que te he dicho.

—Gracias por preocuparte.

—Tal vez deberíamos terminar la partida en otro momento. Es tarde y

tienes que descansar.

—De acuerdo. No olvides que te toca mover a ti.

—No lo olvidaré. ¿A qué hora te levantarás mañana?

—¿A las diez?

—Estaré aquí a esa hora. Traeré el desayuno.

—No hace falta, tengo todo lo necesario.

—De acuerdo —dijo Jack levantándose y cogiendo la chaqueta. Se dirigió a la puerta y ella lo acompañó.

—Gracias por cuidar de mí —dijo besándolo en la mejilla.

Cuando Jack subió al coche llamó a Delaney.

—Hola, Jack.

—Hola. Perdona que no pudiera hablar antes, estaba en casa de Tess.

—¿En su casa? ¿Te refieres arriba?

—Sí.

—¿Ya te has ablandado?

—Ocurrió algo esta noche cuando volvía a casa del gimnasio.

—¿Qué quiere decir algo?

—La asaltaron tres tíos.

—¿Qué? ¿Está bien? ¿Le han hecho daño?

—Ahora está bien, aunque se ha llevado un buen susto. Yo iba siguiéndola en el coche, a Dios gracias. Me he encargado de dos de ellos, del otro se ha ocupado ella. La verdad es que se ha defendido muy bien. Le ha dado un puñetazo en el estómago y dos en la cara y para terminar le ha dado un rodillazo en la entrepierna y ha caído de rodillas. Aunque tiene la mano hecha polvo.

—¿Cómo se encuentra ahora?

—El susto ya se le ha pasado. La he llevado a casa y le he curado la mano. La tiene bastante mal. He preparado la cena y he cenado con ella. Y luego hemos jugado al ajedrez mientras tomábamos un café. Acabo de salir de su casa. Ella iba a costarse. Mañana iré a prepararle el desayuno y la llevaré a cualquier parte que quiera ir.

—Gracias, Jack.

—Por cierto, a partir de ahora permitirá que la lleve a todas partes. Ha tenido que ocurrir algo así para que acepte. Esos tíos no tenían buenas intenciones.

—No la pierdas de vista en ningún momento.

—Tranquilo, no lo haré.

—¿Algo más que quieras decirme sobre ella?

—Bueno, voy a decirte algo porque me ha hecho mucha gracia, pero quedará entre nosotros. Es una buena chica y no quiero que piense que comento contigo ciertas cosas. Y no tengas en cuenta lo que te voy a decir, seguro que de haberlo pensado, no lo habría dicho.

—Jack, ¿me lo vas a decir o no?

—A dicho algo así como que *Dios no se conformó con darte poder y riqueza e hizo una obra maestra contigo*.

Delaney se rio.

—Jack, no es la primera vez que me dice cosas como esa. Parece ser que suele decir lo que piensa. Al principio pensé que estaba flirteando conmigo, pero me di cuenta de que no era esa su intención. Lo dice sin ni siquiera pararse a pensar en ello. Te aseguro que a veces consigue que me sienta incómodo.

—Me alegro de que no pienses que intenta seducirte.

—¿Qué ha hecho hoy?

—Sus dos amigos la han llevado a comer al restaurante de Carlo. Y luego han ido los tres a la tienda de novias a probarse unos vestidos.

—Me dijo hace unos días que ya tenía elegido el vestido de novia.

—Parece ser que ha vuelto a petición de la dueña de la tienda. Por lo visto quería que se probara uno que había recibido.

—Dios, con lo que le costó decidirse.

—Han entrado los tres en la tienda, y poco después ha salido Tess y me ha pedido que entrara.

—¿Para qué?

—Quería mi opinión para elegir el vestido. Ha dicho que como yo te conocía bien, quería que la viera. Estaba preocupada por si cometía un error y tú pensabas que no estaba a tu altura ese día.

—El vestido que había elegido era precioso. Me envió una foto.

—Sé que era muy bonito, la he visto con él puesto. Pero cuando se ha probado el otro... ¡Dios! Ya puedes proteger tu corazón con una coraza bien gruesa porque te aseguro que cuando la he visto se me ha alterado el pulso.

—Jack, estás desconocido.

—Aunque quisiera no podría describírtela. De todas formas, no lo haré. Quiero que ese día te sorprendas, como me he sorprendido yo.

—Vaya, no voy a poder dormir pensando en ese vestido.

—A propósito del vestido, quería comentarte algo.

—Dime.

—En un principio se había probado una tiara con cristales imitando los diamantes, pero Tess ha dicho que era muy ostentosa y quería algo más sencillo y ha elegido una diadema también con cristales.

—¿Y qué me quieres decir?

—Si la hubieses visto, te habrías dado cuenta de que ese vestido se merece piedras auténticas.

—¡Dios mío! ¿Ese cambio en ti ha sucedido por estar solo un rato con ella? —dijo Del riendo.

—Tess no aceptó la pulsera que le compraste. Y apuesto a que si la hubiera aceptado le habrías hecho otros regalos similares.

—Seguramente.

—Comprale una diadema con brillantes auténticos.

—Me encargaré de ello. Hablaré con el joyero y le preguntaré si puede hacer una réplica para antes de la boda.

—No te arrepentirás.

—Sé que no me arrepentiré. ¿Puedes pasarte por la tienda y recoger esa diadema?

—Iré el lunes y hablaré con la dueña de la tienda.

—Bien. ¿Algo más?

—¿No te parece bastante por un día?

—Esa chica te tiene ocupado —dijo Delaney riendo.

—Sí, creo que no me pagas lo suficiente.

—Jack, no olvides que Tess estará con nosotros solo un año.

—No lo olvidaré.

Nada más colgar Delaney llamó a Tess.

—Hola.

—Hola, ¿estás bien?

—Veo que ya te han pasado el informe del día.

—Jack es muy eficiente.

—Siento causarte tantas molestias. Y eso que aún no estamos casados. Espera y verás.

Delaney se rio.

—No puedes imaginar lo asustada que estaba cuando me he visto en ese callejón. No estaba segura de si Jack estaba siguiéndome. Cuando me han

arrastrado al callejón solo pensaba en dar gracias porque había dejado el anillo de pedida en casa porque si me lo hubieran robado... No quería que perdieses tu inversión.

—Mi inversión eres tú, no el anillo.

—Pero te costó mucho dinero.

—El dinero es solo eso, dinero.

—Estaba aterrada. Nunca había sentido tanto miedo.

—Lo importante es que no te ha pasado nada serio. Y me siento orgulloso de ti. Sé que le diste una buena paliza a uno de esos tipos.

—Sí, bueno, aunque tengo los nudillos en carne viva. Sé que he sido desconsiderada al no querer aceptar que Jack me llevara.

—Muy desconsiderada.

—Tampoco te pases. De todas formas, ahora te agradezco que le pidieras a Jack que me siguiera. Esos tres tíos me habrían violado. Si estuvieras aquí te daría un beso de infarto en agradecimiento.

—No sé si coger el avión y volver ahora mismo a Nueva York. Me gustaría que me dieras ese beso.

—Supongo que lo de un beso de infarto es un poco exagerado dada mi falta de experiencia.

—Yo no estaría muy seguro de eso. Jack pasará mañana el día contigo y cuidará de ti.

—No es necesario, tengo otra mano sana.

—Estará contigo. Y si necesitas ir a algún sitio, él te llevara.

—No creo que mañana salga, y tampoco recibiré visitas porque no voy a decirle a nadie lo que ha ocurrido.

—Eso no cambia nada.

—Tengo un hematoma horrible en el brazo, seguramente del tirón que me dio uno de ellos para meterme en el callejón.

—No volverá a pasarte algo así.

—Eso espero. Jack ha preparado la cena y le he pedido que cenara conmigo. No creí que lo conseguiría, pero al final ha aceptado. Espero que no te importe.

—Por supuesto que no me importa. Y estaré más tranquilo sabiendo que está contigo. Creo que lo tienes en el bote.

—No creo que nadie pueda tener a Jack en el bote. Pero ahora nos tuteamos.

—Eso es un progreso importante tratándose de Jack. ¿Qué has hecho

hoy?

—He ido a comer con Carter y Logan. Y luego hemos vuelto a la tienda de novias.

—Pensaba que ya tenías el vestido.

—Y era cierto, pero la dueña de la tienda me llamó hace unos días para que viera otro. Le pedí a Jack que entrara para que nos ayudara a decidir.

—Me lo ha dicho. Dice que estabas preciosa. Y ha añadido que me enamoraré de ti cuando te vea con él.

—Eso es muy amable de su parte. Pero, el día que un hombre se enamora de mí, me gustaría que fuese por mí y no por la ropa que lleve puesta. Lo cierto es que, cuando me he mirado en el espejo, incluso yo me he encontrado preciosa. Es un poco presuntuoso por mi parte, pero creo que el vestido es una maravilla. Logan se ha gastado un pastón con él.

—¿Tienes alguna foto con el vestido?

—No.

—¿A tus amigos les ha gustado?

—Sí. Pero me he decidido cuando Jack ha dicho que le gustaba mucho.

—Pensaba que Jack te caía mal.

—Nunca me ha caído mal. Era yo quien no le caía bien a él, pero creo que eso ha cambiado. Puede que sea temporal y solo sienta lástima por lo que me ha sucedido esta noche, pero no me importa. Ha cuidado de mí y eso significa que al menos le importo un poco. Ya sé que solo hace su trabajo, pero hoy no ha estado frío conmigo.

—¿Había fotografías cuando te han asaltado?

—No, a Dios gracias. De lo contrario serían capaces de decir que ahora me acuesto con tres más. Y menos mal que no había fotografías porque de haber estado esos tipos podrían haber averiguado dónde vivo. Fíjate que tengo miedo incluso de estar en casa. Sé que la cerradura no es muy allá. Aunque no creo que vaya a entrar nadie en casa precisamente hoy. Eso ya sería el colmo.

—¿Quieres que le diga a Jack que vuelva a tu casa?

—Por supuesto que no. No quiero que piense que soy una paranoica y una medica.

—Él no pensaría eso. Me ha dicho que has sido muy valiente.

—Supongo que ha omitido la parte en la que me he echado en sus brazos llorando.

—Jack es muy diplomático. ¿Por qué no vas a mi casa y te quedas allí?

—No digas tonterías. Tu hermano me ha llamado hace unos minutos.

—¿Qué quería? ¿Pasar la noche en tu casa, otra vez?

—No —dijo ella riendo—. Como sabía que estabas fuera de la ciudad me ha preguntado si quería comer o cenar mañana con él. Le he dicho que tenía cosas que hacer, no quería que supiera lo ocurrido. ¿Qué tal tu trabajo?

—Bien, aunque estoy muy cansado.

—¿Dónde estás ahora?

—En Boston. Estoy harto de tanto viaje.

—Tómate unas vacaciones. No creo que tus negocios vayan a hundirse porque te cojas unos días libres. Y como tú has dicho, el dinero solo es dinero.

—Puede que te haga caso y me coja unos días de descanso antes de la boda.

Tess había imaginado que le diría: *Pasaré las dos semanas de nuestra luna de miel contigo, descansando.*

—Eso está bien. Bueno, te deseo que pases una buena semana. Y procuraré no meterme en problemas.

—Los problemas no me importan siempre y cuando no te perjudiquen a ti. Y, por favor, ve con Jack a todas partes.

—Lo haré. Gracias por todo. Cuídate.

—Tú también.

Cuando Jack llegó a casa de Tess al día siguiente a las diez ella ya llevaba un buen rato levantada. Había ordenado el apartamento y dado un repaso ligero al baño.

Tess contestó al interfono y dejó la puerta entornada y volvió a la cocina.

—Buenos días.

—Hola, Jack.

—¿Qué haces?

—El desayuno. Es un poco complicado hacerlo con la mano izquierda, pero ya lo tengo casi controlado.

—He traído un pestillo para la puerta. Lo instalaré mientras terminas.

—Veo que en esta familia no vamos a tener secretos —dijo Tess porque sabía que Delaney le había dicho a Jack que no se sentía segura en casa debido a la cerradura.

—Bonitas flores —dijo Jack al ver el increíble ramo de flores de

primavera que había sobre la mesa de la cocina.

—Sí, ha sido todo un detalle. Tu jefe es muy cumplido.

A Tess la había sorprendido cuando una hora antes habían llamado a la puerta y le habían entregado el ramo de flores. Sonrió al leer la tarjeta que lo acompañaba.

Pienso cobrarle ese beso de infarto.

Cuando Tess llamó a Jack para que fuese a desayunar él ya había terminado de poner el pestillo.

—¿Has estado en las islas Galápagos? —preguntó ella cuando estaban desayunando.

—Sí, acompañé a Delaney hace..., creo que un par de años.

—¿Te gustaron?

—No tuve mucho tiempo de hacer turismo, pero lo que vi me gustó mucho. Delaney ha estado allí varias veces. ¿Por qué lo preguntas?

—Vamos a ir allí de luna de miel. Bueno, de *falsa* luna de miel.

¿Vendrás con nosotros?

—No lo sé. Delaney lo decidirá.

—Delaney ha dejado claro que él irá a trabajar.

—Entonces iré seguro. Tendré que cuidar de ti. Delaney no quiere que te pase nada.

—Claro. Si me pasara algo tendría que buscar a otra con quien casarse. Jack notó la tristeza en los ojos de Tess.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien. Ayer me sentía muy intranquila por el susto que me llevé.

—Hoy comeremos en casa de Delaney.

—Anoche hablé con él y no mencionó que volviera esta mañana.

—No, Delaney sigue en Boston. Pero le he contado a Catherine lo que te ocurrió anoche y quiere verte. Te irá bien salir de casa, y allí podrás pasear por el jardín.

—Vale. Me apetece ver a Catherine. Y así iré familiarizándome con la casa. ¿Te ha dicho Del que me mudaré allí a final de mes?

—Sí.

—Estoy un poco intranquila.

—¿Por qué?

—Se acerca la fecha de la boda y tengo muchas dudas al respecto. No

voy a echarme atrás porque yo no suelo romper mi palabra, pero algo en mi interior me dice que no debería seguir adelante.

—Entonces, no sigas adelante.

—No puedo hacer eso. Me gustaría hablarte de ello pero...

—Míralo de la forma que lo hace Delaney —dijo Jack para cambiar de tema porque sabía el motivo por el que Tess quería seguir adelante con los planes que habían establecido Delaney y ella—. Es un negocio que durará un tiempo determinado. Él obtendrá lo que quiere, y tú verás realizado tu sueño antes de lo que esperabas.

—Lo sé. Pero él está acostumbrado a los negocios. Y yo..., yo le estoy mintiendo a mis amigos. Y yo no suelo mentir.

Jack vio que tenía lágrimas en los ojos.

—Eso no es mentir. Cuando Delaney hace un negocio no va pregonándolo por ahí. Así que, es lo mismo que estás haciendo tú.

—Mis amigos no quieren que me case con él. Dicen que Del me va a hacer sufrir.

—No te hará sufrir, si no te implicas demasiado.

—Además, estoy preocupada por otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Del me dijo que tendría que acompañarle a cenas y fiestas. No es que no sepa comportarme, pero nunca he ido a una fiesta con personas importantes, con millonarios me refiero. Las mujeres que acompañan a Del son..., son exuberantes, y supongo que se mueven en su ambiente como pez en el agua. No quiero que se avergüence de mí.

—No digas tonterías. Delaney y tú ya habéis cenado juntos varias veces, ¿Lo has notado avergonzado?

—No.

—Delaney jamás se avergonzaría de ti. Y en cuanto a esas mujeres que has mencionado. Sí, es cierto que son muy llamativas, pero la mayoría de ellas tienen el cerebro de una hormiga. Delaney no las lleva a esas fiestas por su inteligencia sino como un adorno. Tú solo tienes que ser tú misma y no tienes que preocuparte de nada porque Delaney estará a tu lado. Y además, ¿qué importa si le avergüenzas o no? ¿No fue él quien te eligió?

—Ojalá no lo hubiera conocido nunca. Aunque me alegro de haberte conocido a ti.

—Eres muy amable.

—Me preocupa encariñarme contigo y con Cath, porque sé que lo haré.

Y cuando ella se entere de que soy una farsante... —dijo Tess rompiendo a llorar.

—Oh, no, por favor. Tess, a mí no se me da bien lo de consolar a la gente.

—No te preocupes, estoy bien. Es solo que, a medida que se acerca el día, me siento más asustada. Y el día de la boda..., ¡Dios mío! —dijo llorando de nuevo.

—Tess, Delaney se ocupará de ti y todo irá bien.

—Al menos tendré un vestido de novia precioso para cuando me case de verdad.

—Pareces una princesa con ese vestido.

—Me lo regaló Logan.

—Parece que tus amigos te quieren mucho.

—Y yo a ellos. Ellos son mi familia. Todo lo que tengo. Voy a ser como Cenicienta. Tendré una vida de ensueño por un tiempo y luego todo se desvanecerá.

—Así son los negocios.

Jack sabía que Tess estaba desanimada y decidió sacarla de casa cuanto antes. Después de desayunar le dijo que se vistiera mientras él recogía lo del desayuno. A las doce estaban en casa de Delaney.

—Cath, ya estamos aquí —dijo Jack entrando en la casa detrás de Tess.

—Hola, cariño —dijo la mujer saliendo a recibirlos y abrazando a Tess.

—Hola, Cath. Me alegro de verte.

—Y yo a ti. Jack me contó anoche lo sucedido.

—Fue terrible. Me asusté muchísimo. Si Jack no hubiera estado allí...

—Jack siempre estará dónde tú estés y no permitirá que te pase nada.

Vamos a la cocina, estoy terminando la comida.

—Le curaré la mano mientras terminas —dijo Jack sacando de un armario lo necesario.

Se sentaron a la mesa y Jack le quitó la venda.

—¡Santo Dios! —dijo la mujer al ver la mano de Tess.

—Parece peor de lo que es —dijo Tess.

—Estará bien en unos días —añadió Jack.

Sean entró en la cocina cuando Jack iba a ponerle la crema.

—Hola. ¡Hola! —dijo el segundo hola con mayor énfasis al ver a Tess

—. ¿Qué demonios te ha pasado?

—Un pequeño accidente.

—¿Te has peleado con alguien a puñetazos? Espero que no hubiera fotografías —dijo Sean riendo.

—Anoche la asaltaron en la calle tres hombres y la metieron en un callejón —dijo Cath.

—¿Qué? ¿Qué te hicieron? ¿Lo sabe Delaney?

—Sí, Delaney lo sabe —dijo Jack.

—No me hicieron nada, porque no tuvieron tiempo.

Jack le contó lo sucedido.

—Supongo que a partir de ahora irás con Jack a todas partes.

—Sí, lo haré. Supongo que podría haberle pasado a cualquiera, pero no puedes imaginar el miedo que pasé.

—Si te hubieran hecho algo Delaney mataría a Jack.

—No creo que fuera para tanto.

—No vas a poder utilizar esa mano en algunos días.

—No importa, tengo otra.

—Voy a dejártela sin vendar. Guarda esta crema en el bolso. Quiero que te la pongas tres veces al día.

—Vale. Gracias, Jack.

—¿A qué has venido —preguntó la mujer a Sean.

—Quiero ver lo que han adelantado los obreros. Matt me ha dicho que han terminado, pero quiero comprobarlo antes de enviar al carpintero y al electricista —dijo Sean—. Tess, acompáñame, así me dices si hay algo que no te gusta.

—¿De qué hablas?

—Estoy reformando tu habitación.

—¿Por qué? Delaney me la enseñó y estaba perfecta.

—Ha decidido cambiar algunas cosas. Vamos.

—¿Comes con nosotros, Sean? —preguntó Cath cuando salían los dos de la cocina.

—Sí.

—No sé por qué ha tenido que cambiar nada de la habitación. Total, solo estaré aquí una temporada —dijo subiendo la escalera.

—Puede que le cojas el gusto y te quedes más tiempo —dijo él mirándola y sonriendo.

—Eso no va a suceder.

Sean abrió la puerta del dormitorio y la dejó pasar delante.

—Ten cuidado que hay un par de tablas sueltas en el suelo.

—¡Dios! Es enorme —dijo Tess sorprendida.

—Mi hermano decidió unir esta habitación con la de al lado.

—¿Por qué? Madre mía, esta habitación es más grande que toda mi casa —dijo ella riendo.

—Delaney quería que tuvieras un baño mucho más grande y un vestidor. Míralo todo, si hay algo que no te guste, lo cambiaré.

—Este baño es... ¡Mira el tamaño de esa bañera! Cabrían perfectamente dos personas en ella.

—Para mi cuñada, lo mejor —dijo él sonriendo—. ¿Hay algo que no sea de tu agrado?

—Sean, es todo perfecto. Los sanitarios, el mármol de las paredes... y el suelo. Me encanta este suelo de madera oscura. Y hay tanta luz.

—Me alegro de que te guste. Ven a ver el vestidor.

—¡Oh, Dios mío! —dijo ella en el centro del vestidor—. Este es el sueño de toda mujer. Aunque mis cosas solo ocuparán un uno por ciento del espacio.

—Delaney se encargará de llenarlo —dijo volviendo al dormitorio—. Mañana traerán las estanterías y las cajoneras, y también la puerta del baño y esa que comunica con el dormitorio de Delaney.

—Esta habitación es más grande que la de él —dijo ella asomándose por el hueco en donde iría la puerta.

—Quiere que estés cómoda.

—Todo esto no era necesario.

—Me dijo que la puerta que comunica con su habitación tenía que tener llave, al menos por este lado.

—Aunque no tuviera cerradura, Delaney no entraría aquí.

—Lo sé. Cuando termine el electricista y el carpintero pintarán las paredes. Delaney las quiere blancas, pero si tú quieres otro color...

—Sean, esta no es mi casa. De hecho, en unos días ya no tendré casa. Además, el blanco me gusta.

Comieron los cuatro en la cocina.

Tess le dijo a Sean que irían a Las Galápagos de luna de miel y él le habló largo y tendido sobre las islas ya que Delaney y él habían estado allí casi dos meses unos años atrás en la inauguración del hotel. Le pidió a Tess su correo electrónico y le dijo que le enviaría las fotos de ese viaje.

La madre de Sean lo llamó después de comer. Él le dijo que estaba en casa de Delaney y que Tess también estaba allí. Y le contó lo que le había sucedido la noche anterior.

Después de tomar el café Tess salió a dar una vuelta por el jardín. Sean pensó que querría estar sola y no la acompañó.

Tess deambuló por la finca. Los jardines estaban preciosos. Caminó alrededor de la enorme piscina y luego se dirigió a la parte de atrás de la casa en donde había una cancha de tenis.

Pensó que era una casa perfecta para formar una familia y las lágrimas inundaron sus ojos.

Se sentó en un banco y lloró desconsoladamente. Se decía a sí misma que debería cancelar la boda. No debía haber aceptado lo que Delaney le propuso, únicamente porque se había enamorado de él.

Los padres de Delaney llegaron a la casa y Sean les dijo que Tess estaba en el jardín. Louise salió a buscarla y cuando la vio se dirigió hacia allí. Se sentó en el banco a su lado.

—Hola, cielo.

—Oh, hola —dijo Tess sorprendida al verla allí y algo avergonzada porque la hubiera cogido llorando.

—Debiste haberle dado unos buenos puñetazos a ese cabrón —dijo cogiéndole la mano y mirándola.

—Sí. Seguro que le dolió —dijo Tess sonriendo y secándose las lágrimas.

—¿Qué sucede?

—Cosas más.

—¿Es por lo que te pasó anoche?

—Lo de anoche no tuvo importancia. Al menos no pasó nada grave.

—Entonces es por la boda. ¿Qué ocurre?

—Tengo miedo..., estoy asustada. Creo que deberíamos aplazar la boda. O mejor, cancelarla.

—Cielo, ya he enviado las invitaciones.

—¡Oh, Dios mío!

—No te preocupes. Es normal que te sientas así. Todas las mujeres nos sentimos asustadas antes de la boda. La noche anterior a mi boda llamé a Patrick y le dije que me había arrepentido y que ya no quería casarme.

—¿En serio? ¿Qué te dijo él?

—Que si no quería casarme no nos casaríamos —dijo la mujer sonriendo.

—Pero os casasteis.

—Sí. El día de la boda estaba aturdida, asustada, y no estaba segura de nada. Pero, cuando caminaba por el pasillo de la iglesia y lo vi allí esperándome... En ese momento se me pasó el miedo y el aturdimiento. Me di cuenta de que lo único que deseaba era estar con él. Y a ti te ocurrirá lo mismo. Cuando veas a Delaney, se desvanecerán todas las dudas que puedas tener.

—Eso espero. ¿Cómo van los preparativos?

—Viento en popa, a pesar del poco tiempo del que dispongo.

Acompáñame y te explicaré todo lo que he pensado hacer sobre el terreno.

—Vaya lío —dijo Tess después de que la mujer le mostrara los lugares y todo lo que pensaba hacer en ellos.

—Está todo controlado. Y lo cierto es que me estoy divirtiendo. Me hace mucha ilusión esta boda.

—Pensé que estarías molesta conmigo por no echarte una mano.

—Cariño, sé lo ocupada que estás. Y a mí no me molesta en absoluto ocuparme de todo. ¿Tienes solucionado lo referente a ti? El vestido, el ramo...

—El vestido sí. Me lo traerán el día de la boda y me ayudarán a vestirme.

—Estupendo.

—En cuanto al ramo, no lo he decidido. Quiero algo sencillo. ¿Tendrías tiempo para acompañarme a elegirlo?

—Será un placer, cariño. Te llamaré esta semana para quedar.

—Gracias.

—Vamos dentro, empieza a refrescar.

Los padres de Delaney se marcharon después de tomar un café con leche y un trozo de tarta.

Sean se marchó poco después.

Jack llevó a Tess a casa después de cenar. La acompañó hasta la puerta de su apartamento y le recordó que pusiera el pestillo cuando él se marchara.

Tess le envió un mensaje a Delaney.

Las flores son preciosas, aunque no creo que regales flores a tus socios. Gracias.

Delaney la llamó tan pronto recibió el mensaje.

—Hola, Del.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Bien. Y tu guardaespaldas no me pierde de vista.

—Ahora su trabajo consiste en cuidar de ti.

—Me alegro de que Jack estuviera allí. Aunque, posiblemente, habría podido encargarme yo sola de los tres.

—No lo dudo, pero mejor no haberlo comprobado.

—Supongo que sabes que he pasado el día en tu casa.

—Eso me han dicho.

—Ha habido una reunión familiar. Primero ha llegado tu hermano para ver cómo iban las obras. ¿Por qué lo has hecho?

—¿El qué?

—Cambiar la que será mi habitación. Estaba perfecta.

—Quiero que te sientas cómoda el tiempo que estés en mi casa. Cuando finalice nuestro acuerdo puedo volver a dejarlo como antes.

—Luego han venido tus padres. Por lo visto tu madre había hablado con Sean y él le dijo lo que me había pasado y que estaba en tu casa. No me ha gustado mucho que me vieran allí. No quiero que piensen que me tomo libertades en tu casa, estando tú fuera.

—Tú puedes ir a mi casa siempre que quieras. Además, dentro de unos días será tu casa. Mi madre me ha llamado para recriminarme que no estuviera contigo después de lo que te ocurrió.

—Lo siento.

—Me ha dicho que estabas en el jardín, llorando.

—No era nada. Me siento un poco agobiada, eso es todo.

—¿Por la boda?

—Sí. Estoy asustada.

—¿Por qué?

—No lo sé, no puedo evitarlo.

—No tienes que preocuparte. El día de la boda no me despegaré de ti.

—Bah, no me hagas caso. Se me pasará, espero. ¿Has pasado un buen día?

—No ha estado mal. Cuando Jack me dijo anoche lo que te había pasado

pensé en volver a casa, pero al decirme que no era nada serio...

—Jack ha cuidado muy bien de mí. Y lo ocurrido ha hecho que nos conozcamos un poco. Del, será mejor que terminemos de hablar. Quiero ducharme y meterme en la cama.

—¿Puedes ducharte con la mano como la tienes?

—Si estuvieras aquí podrías ayudarme, pero me apañaré sola.

—Lo que has dicho es un poco atrevido, ¿no crees?

—Contigo no corro ningún peligro. Mi autocontrol no es perfecto debido a mi corta edad, pero el tuyo sí. Gracias de nuevo, por todo. Buenas noches.

—Buenas noches, Tess.

¿Mi autocontrol perfecto? Mi autocontrol se desmorona incluso hablando contigo por teléfono, pensó Delaney.

Tess recibió las fotos que Sean le envió de Las Galápagos. Había cientos de fotos que no habían sido publicadas en ninguna revista ni estaban en Internet. Nadie las había visto fuera de la familia. Tess estuvo más de una hora viéndolas en el ordenador. Le gustaba tenerlas en su poder. Y Delaney estaba tan joven... Tess pensó que podría disfrutar de ellas cuando se divorciaran y volviera a estar sola.

Habían pasado cinco días desde que Delaney y Tess hablaran por teléfono, el día que ella fue asaltada en la calle. Desde entonces él no había vuelto a llamarla.

Jack la llevaba cada día a la librería, al pub, y luego a casa. Y cada día Jack compraba la cena y cenaba con ella. Tess le decía que no hacía falta porque ya podía utilizar la mano, pero Jack le decía que aún no estaba curada del todo.

Tess había ido con su futura suegra a elegir el ramo de novia un día, después del trabajo y quedaron en que lo llevarían a casa de Delaney el día de la boda.

Ese viernes Jack dejó a Tess en casa a las ocho de la tarde y se dirigió al aeropuerto a recoger a Delaney.

A las nueve y cuarto Delaney llamó a Tess por teléfono.

—Hola.

—Hola, Tess.

—¿Ya estás de vuelta?

—Sí. Me gustaría verte. ¿Te recojo y vamos a cenar?

—Lo siento, ya me he cambiado y estoy preparando la cena. Puedes venir y cenamos aquí, si quieres.

—De acuerdo, voy para allá.

Tess se sintió intranquila cuando colgó. Tenía unas ganas locas de verlo. Dejó el móvil sobre la bancada y sacó dos filetes de salmón del frigorífico.

Cuando sonó el interfono el corazón le dio un vuelco. Dejó la puerta entornada después de contestar al interfono y volvió a la cocina. Delaney la encontró en plena faena cuando entró.

Tenía las judías verdes cocándose y el salmón haciéndose al vapor. Estaba preparando la salsa con aceitunas negras, yogur y algunas hierbas.

Tess no le oyó entrar.

—Hola —dijo acercándose a ella por detrás y besándola en el cuello.

A Tess se le tensaron todos los músculos del cuerpo.

—Hola —dijo ella volviéndose a mirarlo con una sonrisa—. Supongo que la casa huele a pescado.

—Huele a hogar.

—Muy amable —dijo ella riendo—. Dame diez minutos para que termine esto.

—No hay prisa. Tienes el pelo mojado.

—Es que no me lo he secado después de ducharme.

—Enséñame la mano.

—¡Dios! —dijo al ver los nudillos todavía amoratados.

—Ya estoy casi bien. Abre una botella de vino y sirve dos copas.

—De acuerdo —dijo él sacándose la cazadora y llevándola al salón.

Delaney volvió a la cocina subiéndose las mangas del suéter. Tess le miró y sonrió.

—¿Por qué sonríes?

Ella volvió a mirarlo sin dejar de sonreír.

—A cualquier mujer le gustaría colgarte del cuello un cartel que dijera *adjudicado*.

—Dios, eres la hostia —dijo él riendo—. ¿A ti te gustaría colgarme ese cartel?

—Yo no lo necesito. En tres semanas serás mío.

Delaney volvió a reír. Sacó la botella de vino del armario y cogió el sacacorchos del cajón.

—Al final recuperé los cien dólares que me ganaste al ajedrez. Le gané a Jack.

—Bien hecho —dijo él cogiendo dos copas del armario y sirviendo vino en ellas.

Tess cortó unos taquitos de queso y los puso en un plato que dejó sobre la mesa. Delaney le dio la copa de vino.

—Por tu vuelta —dijo ella levantando un poco la copa.

—Tenía ganas de volver a casa —dijo él tomando un sorbo de vino.

—¿Para verme? —dijo ella removiendo la salsa. Luego cortó muy finas el resto de aceitunas negras.

—Entre otras cosas.

—Siéntate, la cena casi está —dijo poniendo el mantel, las servilletas y los cubiertos sobre la mesa.

—Estupendo, me muero de hambre. Te he traído un regalo.

—Me estás acostumbrando mal.

—Me estás saliendo más barata que las otras mujeres.

—Eres un hombre con suerte.

Tess colocó en los dos platos las judías verdes y encima los filetes de salmón troceados. Añadió la salsa y sobre ella puso las aceitunas troceadas y un poco de aceite de oliva virgen extra. Llevó los platos a la mesa.

—Vaya —dijo él sorprendido.

—No me digas que no te gusta el salmón.

—Sí, me gusta. Es que me ha sorprendido la presentación.

—La presentación es importante.

—Tiene buena pinta.

Delaney sacó de una bolsa un paquete pequeño y se lo dio a Tess. Ella lo abrió y sonrió al ver que era otro perfume de Chanel.

—Ese es para verano.

—Gracias. Aunque no tienes por qué comprarme nada.

—Si ahora no te trajese nada cuando vuelvo de algún viaje, lo echarías de menos.

—Sí, seguramente. Pero no me moriría de tristeza —dijo ella sonriendo.

—Mmm, esto está de muerte —dijo él probando la cena.

—Gracias.

—Te he comprado otra cosa.

—Que sepas que acepto tus regalos porque sé que el dinero que gastas en ellos es insignificante para ti.

—Muy bien. A ver si te gusta este —dijo él sacándolo un paquete de la bolsa y entregándoselo.

—Este es el regalo más grande que me has comprado hasta ahora.

—Espero que te guste.

Tess rasgó el papel y vio una caja color marfil. La dejó sobre la mesa y tiró el papel al suelo. Luego abrió la caja y no pudo menos que reír al ver un suave osito de peluche, del mismo color de la caja, que llevaba un collar con piedras rojas.

—Me has comprado un osito gay —dijo ella riendo.

—¿Qué? ¿Por qué dices que es gay?

—Porque lleva un collar.

—Yo no tengo nada en contra de los gays, pero puede que sea osita.

—Es un osito. Tiene cara de osito. A lo mejor es un osito surfista. Los surfistas llevan collares —dijo ella riendo divertida—. Me encanta.

Tess se levantó con el osito y se acercó a él para abrazarlo.

—Este regalo me ha sorprendido. Me gusta muchísimo. Gracias.

—Me gusta ser yo el que te sorprenda, por una vez.

Tess dejó el osito sobre la barra del desayuno y volvió a sentarse a la mesa.

—Si la prensa se enterara de que me has regalado un pijama de corazoncitos y un osito de peluche...

—Ni se te ocurra mencionarlo. Hundirías mi reputación.

—Te haces el duro, pero yo sé que en el fondo, eres tan tierno como ese osito.

—¿Eso crees?

—Sí. Ese peluche me va a ser de mucha utilidad.

—¿Puedo preguntarte para qué?

—Los cristales del collar son del mismo color que las alianzas que compraste. Es una coincidencia, pero para mí tiene un significado. Como tú y yo no vamos a tener ninguna intimidad, dormiré con el osito el tiempo que dure nuestro matrimonio. Será tu sustituto.

—¿Vas a imaginar que el osito es tu marido?

—¿Por qué no? Nadie lo va a saber.

Delaney se percató de que Tess no había reconocido los rubíes del collar del peluche y sonrió. Al fin había aceptado una joya de él.

—He pensado mucho en ese beso de infarto que dijiste que me darías, de haber estado aquí.

—Pero no estabas aquí.

Tess le pidió que le hablara de su estancia en Miami y Boston. Delaney

no solía hablar con las mujeres con las que se relacionaba sobre su trabajo, sin embargo se encontró hablándole de las reuniones que había tenido y de casi todo lo que había hecho. Casi.

Después de comer macedonia de frutas de postre Tess preparó café y lo tomaron en la cocina. Después del café Delaney dijo que tenía que marcharse porque estaba cansado y tenía una reunión a primera hora de la mañana.

Delaney cogió la cazadora y Tess lo acompañó a la puerta. Él se puso la cazadora sin apartar la vista de ella. Luego le cogió la mano herida con suavidad.

—Menos mal que no te hicieron nada esos tíos. A pesar de tu mano, me alegro de que molieras a palos a uno de ellos —dijo acariciándole los nudillos suavemente—. ¿Vas a darme ese beso de infarto?

—¿Qué? —dijo ella aturdida.

—Pensar en ese beso no me ha dejado dormir.

Tess se rio. Luego le miró la boca. Delaney le dedicó una sonrisa cálida y deliciosa. Una sonrisa en especial para ella.

Tess cogió el rostro de él entre sus manos y posó sus labios sobre los de él. Y... lo besó hasta que Delaney casi perdió el sentido. Lo besó como si fuera la cosa más deliciosa que hubiera probado en su vida. Subió las manos hasta el pelo de Delaney y deslizó los dedos entre los mechones.

De pronto, Delaney se sintió atrapado y sometido a ella.

—¡Santa madre de Dios! —murmuró él cuando Tess se separó.

—Veo que no te he provocado un infarto —dijo ella con la respiración entrecortada—. ¿Tú sabes dar besos de infarto?

Delaney soltó una carcajada, pero no contestó porque tenía ganas de comérsela y necesitaba salir de allí.

—Tengo que marcharme. Te llamaré —dijo abriendo la puerta a toda prisa y abandonando el apartamento.

Delaney no solía perder el control con nadie, y menos aún con una mujer, pero había algo en Tess, algo que lo descontrolaba. De haber seguido allí un minuto más no habría podido detenerse.

Del abrió la puerta del coche y se sentó junto a Jack. El chófer había notado que cada vez que Delaney salía de casa de Tess estaba aturdido.

—¿Todo bien?

—Sí.

De pronto Delaney se rio y Jack se giró para mirarlo.

—Esa chica me desconcierta.

—¿Y eso?

—Le he traído de Boston un osito de peluche. Le compré un collar de rubíes y cómo sabía que no lo aceptaría se lo puse al osito con la esperanza de que lo aceptara. ¿Puedes creerte que ha pensado que el collar venía con el oso?

Jack se rio.

—Y encima me ha dicho sorprendida, que los cristales del collar eran del mismo color que las alianzas que compré para la boda. Cristales. Cree que son cristales.

—Me temo que Tess no está acostumbrada a ver muchas piedras preciosas.

—Lo sé.

—Lo que te sirve con las otras mujeres no te servirá con ella.

—Es la primera mujer que conozco que se entusiasma porque le regalen un pijama o un estúpido osito. Si le hubiera regalado algo así a cualquier otra, me lo habría tirado a la cara.

—Ella no se parece en nada a las mujeres con las que sales.

—¿Crees que no me he dado cuenta?

—Me temo que la juzgué mal cuando me hablaste sobre vuestro acuerdo. Pensaba que te sacaría todo lo que pudiera. Puede que aceptara tu propuesta para conseguir antes lo que tenía planeado para su futuro, y no hay duda de que lo habría conseguido sin tu ayuda.

—Jack, Tess te ha cautivado.

—No es eso. Estos días hemos pasado mucho tiempo juntos y he llegado a conocerla. No me equivoqué en la primera impresión que me causó cuando la conocí. Se ha tomado la boda como un simple negocio, o es lo que intenta. Pero, es primeriza en cuestión de tratos y está realmente preocupada. Creo que eso es algo suave, Tess está aterrada.

Delaney llegó a la oficina temprano al día siguiente. Tenía un montón de asuntos que tratar. Cuando salió del trabajo al medio día Jack lo llevó a la joyería y Delaney le pidió que entrara con él. Jack había recogido la diadema en la tienda de novias para que el joyero la viera.

El joyero les dijo que podrían hacer una réplica de la misma y estaría

lista para la boda, pero les enseñó algunas de las que tenía y encontraron una muy similar a la muestra que ellos habían llevado. Era sencilla, como la que Tess había elegido y los diamantes eran espectaculares.

—Jack, no olvides que Tess se mudará a casa el jueves —dijo Delaney cuando iban camino de casa.

—Descuida.

—Pregúntale a qué hora llegaran a su casa los de la mudanza y quédate con ellos hasta que terminen y los acompañas a casa.

—De acuerdo.

—Que suban todas sus cosas a la segunda planta.

—Bien. ¿Tienes previsto viajar esta semana?

—Sí. Volaré a Bruselas mañana por la noche y luego a Zurich. Volveré el jueves antes de las siete de la mañana. Cuando me recojas me llevas a la oficina y luego llevas a Tess al trabajo. Encárgate de controlar lo de la mudanza.

—No te preocupes.

Tess llamó a Carter para saber qué planes tenía para esa noche. Carter siempre le decía que no tenía planes, aunque no fuera cierto y los cancelara sin ella saberlo.

Tess no se sentía muy animada. Había cenado con Delaney la noche anterior pero él no había mencionado nada de quedar durante el fin de semana. Ni siquiera sabía si volvería a ir de viaje.

¿Por qué se molestaba en pensar en él? Delaney no era su prometido, aunque llevara un anillo que lo certificaba. Y por supuesto no se sentía atraído por ella. Se verían las veces que él creyera necesarias, ni una más.

Siempre que se besaban Tess creía que Delaney sentía algo por ella. Había notado su excitación en más de una ocasión, pero pensó que eso sería lo normal en un hombre cuando besaba a una mujer. Ella solo tenía sus besos y no podía aspirar a nada más ni ahora ni a lo largo del siguiente año.

Tess llamó a Jack y le dijo que no fuera a recogerla al trabajo porque lo haría Carter e irían a comer, y que él la llevaría a casa y ya no saldría.

Los fotógrafos estaban en la puerta de la librería cuando Tess salió. Esa fue la razón de que Carter la esperara dentro del coche ya que sabía que Tess no se sentía muy cómoda cuando había fotógrafos cerca. A pesar de ello les hicieron fotos besándose a través de parabrisas.

Carter la llevó a un sencillo restaurante al que ya habían ido anteriormente y se comía muy bien.

Lo pasaron bien, posiblemente porque ninguno de los dos mencionó a Delaney ni nada referente a la boda.

Después de comer decidieron ir a casa de Tess a tomar café. Ella le dijo, mientras subían la escalera, que iba a mudarse a casa de Delaney en unos días.

Carter se quitó la cazadora al entrar en el apartamento y Tess fue a su dormitorio a cambiarse ya que no pensaba salir.

Carter estaba enfadado y fue al dormitorio cuando ella terminaba de ponerse el pijama.

—¿Por qué tienes que irte a vivir con él antes de casarte?

—Se ofreció él para que me ahorrara el alquiler del mes que viene — dijo ella mientras guardaba la ropa en el armario.

—Muy amable por su parte. Todavía puedes pensarte lo de la boda.

—Carter, no voy a cambiar de opinión. Le quiero.

—Por supuesto que no vas a cambiar de opinión. Stanford se encargará de ello. Esa es la razón de que quiera que vayas a vivir a su casa.

—No lo ha hecho por eso, solo quiere ayudarme.

—No necesitas ahorrar dinero. Ya no tendrás que pensar en eso.

¿Duermes con un osito? Eso es nuevo —dijo al verlo sobre la cama. Lo cogió.

—Me lo trajo Delaney de Boston ayer.

—Menos mal que al menos te puso un guardaespaldas y no te pasó nada serio.

—Carter, sé que Delaney no te cae bien, pero te aseguro que es una buena persona.

—Ya. ¿Por qué le has puesto un collar al oso?

—Ya venía con él.

—No venden osos con collares de rubíes.

—No son rubíes, son cristales.

—No digas tonterías. Tu novio compró el collar y se lo puso al oso.

—No puede ser. Ya le dije que no aceptaría regalos caros.

—Entonces, por eso lo ha hecho. Lo has aceptado, ¿no?

—¿Estás seguro de que son rubíes?

—Por supuesto. Este collar vale una fortuna.

—Soy una palurda. Le dije que los cristales eran bonitos.

Después de tomar café vieron una película. Bueno, Carter vio solo la

mitad porque se quedó dormido. Tess lo despertó a las siete y media porque sabía que había quedado con alguien para cenar.

Tess se abrazó al osito cuando se quedó sola. No pensaba decirle nada a Delaney sobre el collar, de lo contrario se sentiría obligada a devolvérselo. Y quería al osito tal y como se lo había regalado él.

Capítulo 8

Jack recogió a Delaney en el aeropuerto muy temprano. Había dormido en el avión durante casi todo el trayecto y se había duchado antes de llegar a Nueva York.

Después de dejarlo en sus oficinas, Jack recogió a Tess en su casa y la llevó a la librería.

Tess no había tenido noticias de Delaney desde el viernes de la semana anterior, cuando él había vuelto de Boston. Ni siquiera sabía si estaba en la ciudad o de viaje, y no le había preguntado a Jack por él ni una sola vez.

Delaney estaba preocupado por cómo se sentía cuando estaba con Tess. Ella le hacía sentir cosas que le dejaban completamente confundido. Así que decidió mantener las distancias y verla únicamente cuando fuera imprescindible.

Después de que Jack dejara a Tess en el trabajo volvió a la casa de ella a esperar a los de la mudanza.

Dejó a los cuatro hombres en casa de Tess para que fueran embalando las cosas y él bajó al coche la maleta que Tess había dejado preparada con las cosas que necesitaría los primeros días y así no tendría que desembalar las cajas precipitadamente. Y también bajó una bolsa con el portátil y el osito. Jack sacó el osito de la bolsa para ver el collar.

—Tienes buen gusto, Delaney —dijo el hombre sonriendo.

Dos de los hombres estaban empaquetando las cosas en las cajas y los otros dos se dedicaban a desmontar los muebles. Jack iba escribiendo con un rotulador sobre cada caja una sola palabra, salón, cocina, dormitorio o baño.

A las doce y media Jack preparó unos sandwiches con lo que Tess había dejado en la nevera para ello y les dijo a los hombres que hicieran un descanso para comer y tomar una cerveza. Y luego preparó café para todos.

A las dos de la tarde habían terminado y todo estaba en el camión.

Jack condujo delante de ellos hasta la casa de Delaney. Subieron las cosas de Tess a la segunda planta y a las cinco y media se marcharon, después de que Jack les diera una buena propina.

Delaney llamó a Jack para decirle que tenía una cena esa noche y que no se preocupara por recogerlo porque iría a casa con uno de los coches que

tenía en las oficinas.

Jack recogió a Tess en el trabajo a las siete y media y la llevó a su casa. Jack subió con ella. Tess quería limpiar la casa antes de devolver las llaves.

No tardó mucho ya que estaba vacía y además, Tess la mantenía limpia. Le dio un repaso a la cocina y al baño, y pasó la mopa por el suelo de madera.

Tess se sentía extraña en el trayecto hacia casa de Delaney. Y nerviosa porque iba a vivir con él. Y a eso había que añadir que se acercaba la fecha de la boda.

Llegaron a la casa a las nueve de la noche. Tess se sintió decepcionada al comprobar que Delaney no estaba allí. Catherine tenía la cena preparada y se sentaron los tres a cenar en la cocina.

Antes de retirarse a su habitación Jack le dijo que al día siguiente llevaría a Delaney al trabajo a las ocho y que volvería a por ella. Ella se lo agradeció y les dio las buenas noches.

Entró en su nuevo dormitorio, que no había visto después de que terminaran las obras.

¡Dios! Era una maravilla. Se sentía extraña en esa habitación tan grande.

Vio la bolsa de una tienda sobre el escritorio y se acercó. Había una nota de Delaney que decía simplemente que era el regalo que le había traído de Suiza. Sacó el paquete de la bolsa y lo abrió. Era un suéter precioso. Pero más que el regalo, le habría gustado que Delaney hubiera estado allí para recibirla.

Entró en el vestidor y se rio al ver el tamaño. Abrió la maleta que Jack había dejado sobre un banco que había en el centro del vestidor y empezó a sacar la ropa y a colgarla. Luego colocó sus cosas en el baño. Y cuando la maleta estuvo vacía la subió a la segunda planta. Pensó que tendría que ordenar sus cosas porque los de la mudanza las habían dejado de cualquier manera.

Bajó de nuevo la escalera y entró en el dormitorio. Se quitó la ropa y se metió en la ducha. Después se desmaquilló, se lavó los dientes y se puso crema en el cuerpo. Entró en el dormitorio y se puso el pijama. Luego cogió su osito y se metió en la cama abrazada a él.

No pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas al pensar en Delaney. No la había llamado en toda la semana. Y dada la hora que era sabía que estaría con una mujer. Había preferido estar con una mujer antes de estar en

casa para cenar con ella en su primer día de estancia allí.

Estaba cansada y pronto se durmió.

Delaney entró en la cocina a las siete y media al día siguiente.

—Buenos días, Cath.

—Buenos días. ¿Vas a desayunar?

—No, tengo que marcharme.

—No habría estado mal que hubieras estado en casa anoche para darle la bienvenida a tu prometida.

—¡Mierda! Ayer estuve muy liado y...

—Te olvidaste de ella.

—¿Fue todo bien?

—Por supuesto.

—¿Dónde está?

—Supongo que durmiendo. No tiene que irse hasta las nueve menos cuarto.

—Asegurate de que desayuna y de que tenga todo lo necesario.

—¿Vas a marcharte sin verla?

—La veré más tarde.

Tess apagó la alarma del móvil y se despezó. Se moría por un café y como sabía que Del ya se habría marchado bajó a la cocina con pijama.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo Cath—, ¿has dormido bien?

—Estupendamente. ¿Delaney se ha marchado ya?

—Sí, suele irse sobre las siete y media o las ocho menos cuarto.

Siéntate a desayunar. ¿Quieres huevos?

—Gracias, pero yo no acostumbro a desayunar cosas pesadas. Un café y una tostada es suficiente. Yo me lo prepararé —dijo al ver que la mujer se disponía a hacerlo.

—Cariño, este es mi trabajo. Siéntate.

La mujer se sentó a tomar un café mientras Tess desayunaba. Estuvieron hablando de los preparativos que se estaban haciendo en la casa para la boda.

Después de desayunar Tess subió a su habitación a vestirse. Entró en el dormitorio de Delaney y le dejó una nota sobre el escritorio dándole las gracias por el regalo.

A las nueve menos veinte Jack y ella salieron de la casa. Tess se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Has dormido bien? —preguntó Jack mientras salían de la propiedad.

—Muy bien, gracias.

—¿Tienes todo lo que necesitas? Cuando quieras algo solo tienes que decírselo a Cath.

—Jack, si necesito algo lo compraré.

—Pareces desanimada.

—Mudarme a vivir a casa de Delaney ha supuesto un gran cambio en mi vida. He vivido mucho tiempo en un apartamento del tamaño de mi actual dormitorio. Me llevará unos días asimilarlo. ¿Crees que a Delaney le importaría que usara su gimnasio?

—Tess, ahora también es tu casa, y no tienes que pedir permiso a nadie para nada. ¿Te gusta tu habitación?

—Es fantástica.

—Delaney quiere que estés cómoda.

—¿Le has llevado esta mañana al trabajo?

—Sí. Se le olvidó que ayer te mudabas a su casa. Llegó por la mañana de viaje y tuvo el día bastante ocupado.

—Jack, Delaney no es mi prometido, no necesita estar pendiente de mí. Y si te necesita, no te preocupes por mí. Hoy trabajo en el pub y cogeré un taxi cuando termine para ir a casa.

—Delaney puede coger cualquier coche de los que tiene en el trabajo.

Jack detuvo el vehículo en la puerta de la librería. Tess abrió la puerta antes de que Jack bajara a abrísela.

—Te recogeré a las siete y media.

—Vale. Gracias.

Jack recogió a Tess en el trabajo por la tarde, la llevó a su casa porque había quedado allí con su casero para devolverle las llaves del apartamento.

Después de darle un talón de los dos meses de fianza que tenía en depósito Tess volvió al coche y Jack la llevó al pub.

Jack aparcó el coche y decidió entrar a oírla cantar. El hombre entró en el local y se sentó en una de las mesas del fondo. Se emocionó al oírla. Se dijo a sí mismo que esa chica era perfecta para Delaney.

Volvieron a casa a las diez y media de la noche. Delaney todavía no había llegado. Cath estaba esperándolos para cenar.

Tan pronto acabaron de cenar, Tess dijo que estaba cansada y subió a su habitación.

—Parece mentira que Delaney se esté comportando así con ella. Pensaba que estaba enamorado de Tess. Ahora tengo mis dudas —dijo Catherine poco después de que Tess abandonara la cocina.

—Delaney está muy ocupado —dijo Jack disculpándolo.

—No irás a hacerme creer que está trabajando a estas horas, al igual que anoche. Me da la impresión de que no piensa cambiar su forma de vida. Si sigue portándose así, no me extrañaría que Tess cancelara la boda.

—Eso no sucederá.

—No estés muy seguro, Jack.

Tess estaba en el baño al día siguiente por la mañana cuando llamaron a la puerta.

—Pasa —dijo Tess sin saber quien era.

—¿Tess? —dijo Delaney entrando en el dormitorio.

Delaney iba en pijama. Miró hacia la cama que estaba hecha y sonrió al ver al osito sobre ella.

—Pasa, estoy en el baño.

Delaney se dirigió hacia allí. La puerta estaba abierta y Tess se estaba maquillando.

—Hola.

—Hola —dijo ella sonriéndole a través del espejo.

—Siento que no nos hayamos visto desde que te mudaste aquí.

—Bah —dijo ella moviendo la mano como si no le diera importancia—.

No tienes que disculparte. Ya has hecho suficiente con dejarme vivir en tu choza unos días antes de que comience oficialmente nuestro negocio. No esperaba ningún comité de bienvenida. ¿Fue bien el viaje?

—Sí.

Tess se pintó los labios intentando que no le temblara la mano. Delaney estaba de pie apoyado en el marco de la puerta mirándola y la estaba poniendo nerviosa. Guardó el lapiz de labios en la bolsita del maquillaje y salió del baño. Delaney fue tras ella.

—Tú no tienes que hacer la cama.

—No me importa hacerla. Tengo que marcharme. ¿Estarás aquí esta noche? —dijo ella cogiendo la cazadora y el bolso.

—Esta noche tengo que volar a Atlanta.

—No te das un respiro para descansar —dijo ella saliendo del dormitorio.

Bajaron juntos la escalera y fueron a la cocina.

—Buenos días, Cath —dijeron los dos al mismo tiempo.

—Buenos días. Sentaos, enseguida os preparo el desayuno.

—Para mí no, hoy no tengo tiempo de desayunar. Quiero llegar antes al trabajo.

—¿Y no desayunarás? —preguntó la mujer.

—Tomaré algo más tarde. Que tengas un buen vuelo —dijo Tess acercándose a Delaney y besándolo en la mejilla.

—¿Comerás aquí? —Preguntó Cath a Tess.

—No, hoy comeré con un amigo. Y puede que tampoco venga a cenar. Te lo diré con tiempo para que no me esperéis. Hasta la noche.

—Que pases un buen día.

—Gracias, Cath. Tú también.

Tess salió de la cocina sin mirar a Delaney, pero él la siguió hasta fuera de la casa. Jack estaba junto al coche.

—Buenos días —dijo el hombre al verlos.

—Buenos días —dijeron los dos.

—Es temprano.

—Me gustaría llegar antes al trabajo, si no te importa.

—Por supuesto que no me importa.

Delaney abrió la puerta del coche para que Tess subiera.

—Cuando no hay periodistas subo delante con Jack —dijo ella mirándole y sonriendo.

Delaney cerró la puerta trasera y abrió la del copiloto.

—Que pases un buen día —dijo ella con una sonrisa resplandeciente que hizo que a Delaney se le debilitaran las rodillas.

—Tú también.

—Volveré a por ti cuando deje a Tess —dijo Jack.

—Bien.

A Delaney le habría gustado besarla. No había pensado en otra cosa desde que la vio por última vez hacía ocho días.

Delaney no notó ningún indicio en ella de que estuviera enfadada porque

él no hubiera estado en casa cuando se mudó allí. Aunque claro, no tenía motivo para enfadarse porque no había nada personal entre ellos. Excepto esos besos... Dios, estaba preciosa.

Delaney llamó a su hermano mientras se vestía para decirle que se iba a Atlanta esa noche.

—¿Todavía no te ha dejado tu novia?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Acabas de volver de viaje y te marchas de nuevo.

—Tengo que trabajar.

—¿Se ha mudado ya a tu casa?

—Sí.

—Entonces la llamaré para invitarla a comer.

—No hace falta que lo hagas. Me ha dicho que comerá con un amigo.

—La llamaré de todas formas. Puede que quiera cenar conmigo.

—Espero que no estés pensando en emborracharla de nuevo.

—Por supuesto que no —dijo Sean riendo—. Me portaré bien. O al menos lo intentaré. Buen viaje.

Delaney entró en el dormitorio de Tess. Era muy ordenada. No había nada fuera de lugar. Entró en el vestidor que parecía vacío con la poca ropa que había.

Luego entró en su habitación por la puerta que comunicaba con el de ella y vio que no estaba cerrada con llave. De hecho no tenía llave ni pestillo.

Se echó sobre la cama. No podía evitar sentirse mal. Se estaba comportando con Tess como si fueran desconocidos, como si ella no le importara en absoluto. Había sido muy desconsiderado al no haber estado en casa para darle la bienvenida. Sabía que había obrado mal. Y además le cabreaba que ella no estuviera enfadada. Era como si no le importase él en absoluto.

Se repetía una y otra vez que tenía que evitar verla porque cada vez que tenía a Tess en sus brazos le provocaba unos sentimientos que le aturdían. Y él no podía permitirse sentir algo así.

Delaney sabía que Tess estaba nerviosa por lo de la boda y él no estaba haciendo nada para tranquilizarla sino todo lo contrario, la ignoraba y desaparecía en sus viajes.

Faltaban dos semanas para la boda y eso le recordó que Tess tenía que firmar el acuerdo prematrimonial.

Logan recogió a Tess en el trabajo a la una y la llevó a comer.

Tess siempre se había sentido bien con Logan. Él era quien le daba tranquilidad a su alma. Ahora con la boda tan cerca ya no le decía que volviera a recapacitar sino que la animaba y le decía que todo iría bien.

Tess le habló de la despedida de soltera que tenía planeada. No quería que fuera una salida únicamente de mujeres, además de que no tenía amigas sino amigos. Así que decidió pasar esa noche con las personas que conocía y le importaban. Iba a organizarlo para el próximo sábado, a una semana de la boda.

Logan y ella estuvieron haciendo la lista de las personas a quien quería invitar mientras tomaban café.

Por la noche Carter se unió a ellos y fueron los tres a cenar y luego a una discoteca.

Eran casi las tres de la madrugada cuando Carter llevó a Tess a casa. Jack oyó entrar el coche y miró por la ventana de su casa. No se había acostado esperando a que Tess volviera.

Al día siguiente, domingo, Tess no salió de casa. Pasó el día sacando de las cajas de la mudanza la ropa, los zapatos y los bolsos y lo ordenó todo en el vestidor. Por supuesto no estaba lleno cuando terminó, pero al menos ya no se sentía deprimida al verlo con un poco de color.

Jack recogió a Delaney en el aeropuerto el siguiente miércoles a las diez y media de la noche.

—¿Tienes que hacer algún otro viaje antes de la boda? —preguntó Jack.

—Sí. Iré a Florida el viernes por la mañana y volveré seguramente el lunes por la noche.

Cuando llegaron a casa Delaney subió directamente a su habitación. Llamó a la puerta que comunicaba con la de Tess y ella le dijo que pasara.

—Hola.

A Tess se le iluminó el rostro al verlo.

—Hola —dijo ella cerrando el libro que estaba leyendo—. ¿Has tenido un buen viaje?

—Sí. ¿Va todo bien por aquí? —dijo sentándose en la cama al lado de ella y mirando el osito que Tess tenía en el regazo.

—Catherine y Jack lo tienen todo bajo control.

—¿Cómo van los preparativos de la boda?

—El jardín está patas arriba. Tu madre está volviendo locos a los jardineros. Están poniendo el suelo en donde irán las carpas. Te estás gastando un montón de pasta. No hacía falta nada de todo esto. Podríamos habernos fugado y habernos casado tú y yo, solos.

—Mi madre no me lo habría perdonado. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Supongo. Procuero estar ocupada en la librería, en el pub, en el gimnasio... todo ello hace que no me quede mucho tiempo para pensar.

—¿Tienes todo lo que necesitas en mi choza?

—Sí, gracias —dijo ella sonriendo.

—Ahora también es tu choza de manera que, lo que necesites solo tienes que pedirlo.

—Te lo agradezco aunque no necesito nada.

—Te he traído algo —dijo cogiendo la bolsa que había dejado en el suelo y dándosela.

—Esto empieza a ser embarazoso para mí. Por favor, no me traigas más regalos.

—Ya sabes que son tonterías sin importancia.

—No es por los regalos en sí. No quiero que te molestes en ir a comprarlos.

—No te preocupes por eso, suelo enviar a mi secretaria.

Tess lo miró desconcertada al no saber si hablaba en serio o bromeaba. No le gustaba la idea de que fuera su secretaria quien fuera a comprar algo para ella.

—En ese caso, no hay problema —dijo sacando un paquete pequeño de la bolsa. Lo abrió y vio una caja plana.

Al abrirla se quedó sorprendida. Había un montón de pulseras de aro muy finas y de distintos colores.

Tess lo miró sonriendo. Se las fue metiendo una a una por la mano. Cuando terminó volvió a sonreírle. Se incorporó hacia él y lo abrazó.

Todos los esfuerzos que había hecho Delaney para dejar de pensar en ella y dejar de desearla no le habían servido absolutamente para nada. Cuando ella lo abrazó había deseado tumbarla sobre la cama y poseerla de la forma más primitiva.

—Son preciosas. Me encantan —dijo ella echándose de nuevo sobre los almohadones y abrazando al osito—. Aunque ahora que sé que no eres tú quien va a comprar mis regalos ya no necesito agradecértelo con tanta efusividad.

Cuando hables con tu secretaria de Atlanta dile que me ha gustado el regalo.

Delaney se sintió algo aturdido. No le había dicho en serio lo de quien le compraba los regalos y no le gustó que ella pensara lo contrario. Ahora Tess pensaría que enviaba a su secretaria porque no quería que fuera nada personal.

—Por cierto, han enviado un montón de regalos de boda. Catherine decidió que los dejáramos en una de las habitaciones de la planta de arriba, hasta que decidas lo que quieres hacer con ellos.

—¿Qué nos han regalado?

—No es que tuviera mucho interés en abrir las cajas, al fin y al cabo van a quedarse aquí cuando me marche, pero he tenido que ver el contenido porque le dije a tu madre que me encargaría yo de enviar una nota de agradecimiento. Pero, aparte de comprobar lo que había en las cajas, no he prestado mayor atención.

—¿No tenías curiosidad?

—Esto es un negocio, ¿recuerdas? No es asunto mío. Lo que está en tu casa es tuyo.

—Tú estás en mi casa.

—Yo no soy un regalo.

—Disculpa. Bueno, los iremos dejando arriba y el día que te marches se los llevarán con tus cosas a tu nueva casa.

—Esos regalos no son míos. Y serán cosas de valor. Me llevaré únicamente los regalos de mis conocidos.

—Yo no necesito nada de eso, sea lo que sea. Y el apartamento que voy a comprarte estará vacío, así que esas cosas te irán bien.

—Lo hablaremos en otro momento. Tenemos un año por delante para decidirlo.

—Bien.

—¿Quieres que me encargue de enviar nuestro agradecimiento o quieres hacerlo tú?

—¿Tienes tiempo para eso?

—No hay problema. Tu madre me dio unas tarjetas con nuestros nombres para ello.

—Te lo agradezco.

—No es nada.

—Te he echado de menos.

¿Por qué cojones he dicho eso?, pensó Delaney.

—Deberías evitar decir sensiblerías como esa. Eso no es muy profesional —dijo ella sonriendo.

—Tienes razón. Quería decirte que, si algún día Jack no está aquí, puedes coger cualquier coche de los que hay en el garaje, hasta que te compre uno.

—Gracias.

—Bien. Te dejo para que descanses —dijo él levantándose de la cama—. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Por cierto —dijo él volviéndose a mirarla antes de entrar en su cuarto—, ¿tienes tiempo mañana para pasarte por mi oficina después del trabajo? Mi abogado tiene listo el acuerdo prematrimonial para que lo firmes.

—Claro.

—Gracias.

Al día siguiente Jack llevó a Tess a las oficinas de Delaney.

Esa mañana ella se había vestido a conciencia y antes de salir del trabajo se había retocado el maquillaje. Iba a ver al arrogante abogado de Delaney y quería estar presentable. Se había puesto un vestido color vino estrecho y muy corto y con los hombros caídos. Llevaba medias negras de seda y zapatos de salón negros con un tacón de ocho centímetros.

Jack le recordó la planta a la que tenía que subir, cuando detuvo el coche en el edificio de Delaney.

El chófer le abrió la puerta para que bajara. Tess se quitó el abrigo y lo dejó en el asiento.

Tess salió del ascensor y se dirigió a un mostrador.

—Hola.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

—Tengo una cita con el señor Stanford.

—Vaya hacia allí y a la derecha encontrará el escritorio de la secretaria del señor Stanford.

—Gracias.

Sarah, la secretaria de Delaney la reconoció por las fotos de las revistas nada más verla. Aunque le pareció mucho más guapa en persona.

—Hola, supongo que usted es Sarah. Hablamos un par de veces por teléfono.

—Y usted es la señorita Scott. Hola.

—Llámeme Tess, por favor.

—De acuerdo. Su prometido la está esperando. Puede pasar a su despacho —dijo la mujer señalando la puerta que había enfrente.

—Gracias.

Tess fue hasta la puerta, llamó y abrió antes de que contestaran.

—Hola.

—Hola, cielo —dijo Delaney levantándose del sofá y besándola en la mejilla. El abogado se levantó también—. Estás muy guapa.

—Gracias. Tú también.

Delaney le sonrió.

—¿Te acuerdas de Nathan, mi abogado?

—Por supuesto. Señor Brooks —dijo ella tendiéndole la mano.

—Señorita Scott —dijo él estrechándosela.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Delaney.

—No, gracias.

—Siéntate, por favor.

Había tres sofás formando U y una mesa baja bastante grande en el centro. Tess se sentó en el sofá que Delaney le indicó y él se sentó en el de al lado de ella. El abogado se sentó en el de enfrente de Tess. Ella cruzó las piernas y las miradas de los dos hombres se dirigieron hacia ese punto inconscientemente.

—Esto es un acuerdo prematrimonial —dijo el abogado sacando una hoja de una carpeta que había sobre la mesa y deslizándola hasta quedar frente a Tess.

Ella la cogió y se echó hacia atrás en el sofá para leerla. Cuando terminó la dejó sobre la mesa.

—¿Ha entendido todo lo que hay escrito?

—Sé leer, y no soy estúpida.

El abogado la miró y sonrió ligeramente.

—¿Hay algo en lo que no esté de acuerdo?

—Estoy de acuerdo en todo.

—¿Tiene alguna duda en cuanto a la propuesta que le hizo el señor Stanford?

—Si tuviera alguna duda, no estaría aquí.

—En ese caso puede firmar el documento —dijo el abogado entregándole un bolígrafo.

Tess lo firmó y deslizó el papel para dejarlo frente al abogado. Él puso delante de ella otro documento y Tess lo cogió para leerlo.

—Es un acuerdo de confidencialidad. Significa que no podrá hablar con nadie sobre los negocios que hay entre usted y el señor Stanford.

—Sé lo que es un acuerdo de confidencialidad, pero me temo que no voy a firmarlo —dijo ella dejando el papel sobre la mesa.

—¿Tiene algún problema?

—Cuando el señor Stanford me habló de nuestro acuerdo dejó muy claro que este quedaría entre él y yo. Él lo ha incumplido, así que este documento está fuera de lugar.

—El que yo esté al corriente no significa que el señor Stanford lo haya incumplido, soy su abogado.

—Lo sé y ese punto también lo dejó claro en su momento.

—¿Y entonces?

El abogado miró a Delaney.

—Olvida ese papel, Nathan.

—De acuerdo —dijo el abogado dándose cuenta de que su amigo había hablado del tema con alguien más—. Este documento hace referencia al acuerdo entre el señor Stanford y usted —dijo el abogado dejando otro documento sobre la mesa—. Como puede ver, el señor Stanford ya lo ha firmado. En él se hace referencia a los bienes de los que podrá disfrutar desde el día de la boda y que pasarán a ser de su propiedad, una vez finalice su acuerdo. El vehículo, el apartamento y el local. No habrá nada a su nombre hasta que haya finalizado el plazo estipulado del acuerdo, que será de un año a partir del día de la boda. Todo lo que haya adquirido usted durante ese año con el dinero del señor Stanford, así como los regalos que él le haga, pasarán a ser de su propiedad y podrá conservarlo, aunque cualquiera de los dos rompa su acuerdo antes de la fecha estipulada. Léalo para ver si está de acuerdo en todo.

Tess cogió el papel y lo leyó.

—Aquí dice que si no cumplo la totalidad del contrato, o sea un año, no obtendré nada, ¿cierto?

—Eso es. Excepto los regalos que le haga el señor Stanford, o lo que usted compre con la tarjeta del banco que él le entregará tan pronto se casen.

—Pero no menciona nada de lo que sucedería si es el señor Stanford quien no respeta el acuerdo hasta el final.

El abogado miró a Delaney y luego a ella.

—Fue el señor Stanford quien le ofreció el negocio. Usted no va a arriesgar nada.

—Cierto. Pero, ¿qué sucederá si el señor Stanford se echa atrás en unos meses? Puede que se enamore de una mujer y quiera el divorcio.

—Si soy yo quien se echa atrás, respetaré lo acordado. Tendrás el coche, el apartamento y el negocio.

—En ese caso está todo aclarado —dijo Tess—. Señor Brooks, este es un asunto privado entre el señor Stanford y yo. Y no necesito ningún documento firmado por él. Yo confío en su palabra.

—El señor Stanford ha insistido en que todo conste por escrito. Ha previsto que pueda sucederle algo y quiere dejarla cubierta.

—Me arriesgaré. En caso de que le sucediera algo, olvidaré que hay un acuerdo entre nosotros. Puede romper el documento.

El abogado cogió el papel y lo guardó en la carpeta junto con el otro, después de que Delaney asintiera con la cabeza.

—¿Hemos terminado?

—Sí —dijo el abogado.

—Señor Brooks.

—¿Sí?

—Me gustaría decirle algo.

—Adelante.

—Usted sabe tan bien como yo, que este es un asunto solo de negocios.

—Sí, lo sé.

—Sé que además de ser el abogado de Stanford es amigo suyo, lo que no quiere decir que usted y yo tengamos que serlo, por supuesto. Pero quiero que recuerde que fue él quien me buscó a mí y no yo a él. Su jefe quiere algo que yo voy a proporcionarle y él va a compensarme con algo que yo deseo. Únicamente son negocios. Quiero que sepa que no voy a tener ninguna relación personal con él. De hecho, estamos manteniendo una relación tan impersonal que ni siquiera usted podría imaginar. De manera que no tiene por qué preocuparse por su amigo, porque yo no estoy interesada en él. Pero, sí voy a decirle que, por muy abogado y amigo suyo que sea, debería tratarme con el mismo respeto que trataría a cualquier socio de esta empresa. Como abogado de Stanford estará acostumbrado a hacer negocios y su comportamiento conmigo no me parece muy profesional.

—No sé a qué se refiere.

—La expresión de su rostro el primer día que nos vimos es la misma

que veo ahora. Y sabe, no debería despreciarme por lo que hago o, al menos, debería ser un poco más diplomático y no mostrarlo delante de mí. Y..., no debería juzgar a las personas sin conocerlas. ¿Hemos terminado? —dijo volviendo la cabeza para mirar a Delaney.

—Sí.

—Entonces me marchó —dijo ella poniéndose de pie.

—Siento haberla juzgado antes de conocerla —dijo el abogado levantándose al mismo tiempo que Delaney.

—Que lo sienta es suficiente para mí. Sabe, no me importa lo más mínimo que yo no le caiga bien. Más que nada, porque usted tampoco me cae bien a mí, así que, no tome mis palabras como algo personal. Solo quería dejarle clara mi posición y que no haya malos entendidos, ya que posiblemente coincidamos en alguna ocasión a lo largo del próximo año.

El abogado la miró con una ligera sonrisa. Pensó que era una chica lista que no se acobardaba ante nada. Desde ese instante vio a Tess de manera distinta, aunque no le cayera bien.

—Bueno, ahora que estás protegido y sabes que no podré sacarte nada, que no me hayas ofrecido, ya podemos casarnos —dijo Tess mirando a Delaney con una sonrisa radiante.

—Sí —dijo él sonriendo también—. ¿Vienes a cenar con nosotros?

—Gracias, pero prefiero ir a casa, a tu casa —dijo ella rectificando rápidamente.

—Te acompaño.

—Ha sido un placer verle de nuevo —dijo Tess tendiéndole la mano al abogado.

—El placer ha sido mío —dijo él estrechándosela fuertemente.

—Vuelvo enseguida —dijo Delaney saliendo con Tess del despacho.

—Adiós, Sarah.

—Me alegro de haberla conocido, Tess.

Delaney llamó al ascensor y cuando se abrieron las puertas dejó entrar a Tess y luego entró él. Las puertas se cerraron y Delaney introdujo una llave en el panel de mandos para que el ascensor no se moviera.

—¿Estás bien?

—Claro —dijo ella.

—A ninguna mujer le habría gustado firmar ese documento.

—Yo no soy tu prometida —dijo ella sonriendo.

—Lo sé. En cuanto al otro documento... Tienes que tenerlo en tu poder.

—No lo necesito.

—Tess, ya sabes que viajo mucho y puedo tener un accidente. Ese documento es lo único que tendrás a tu favor hasta que tengas a tu nombre todo lo que hemos acordado.

—Si tienes un accidente, nuestro acuerdo quedará anulado. Así que, por favor, no te mueras —dijo ella sonriendo.

—Eres una chica extraña. ¿Puedo besarte?

—Nunca me has pedido permiso para hacerlo.

Delaney se acercó a ella y la aprisionó contra la pared del ascensor. La besó lentamente.

Poco después desapareció todo para Tess, excepto las sensaciones que él le estaba provocando y que se habían metido en su torrente sanguíneo. Tess se dejó llevar y le rodeó el cuello con sus brazos pidiéndole más. Y él se lo dio. Delaney estaba devorándola y el deseo creció entre los dos.

Cuando Delaney dio por finalizado el beso Tess le abrazó con más fuerza y se apoderó de su boca para besarlo de nuevo, con un deseo desenfrenado que hizo que el auto control de Delaney estuviera en peligro. Ese arrebatado de Tess por besarlo de nuevo desbarató todos los esfuerzos que Delaney estaba haciendo por controlarse. Quiso apartarse de ella por segunda vez, pero Tess lo arrastró de nuevo acoplando su cuerpo al de él.

Por fin Tess separó los brazos de su cuello y apoyó la cabeza en la pared del ascensor con los ojos cerrados. Tenía la respiración entrecortada, como la de él.

Delaney tuvo que alejarse de ella hasta la otra pared. Si permitía que Tess lo besara de nuevo, nada podría detenerlo.

Pasó bastante tiempo hasta que los dos se serenaran.

—Había echado de menos tus besos —dijo Tess abriendo los ojos—. Dios, te mereces un trofeo, o un certificado de calidad.

Delaney soltó una carcajada.

—Eso es muy amable de tu parte, pero creo que eres tú quién lo merece.

—Sí, creo que voy mejorando.

Ella había empezado a decir algo al mismo tiempo que él.

—Tú primero —dijo Tess.

—Mañana temprano me marcho de viaje.

—Vaya, eso es una novedad en ti —dijo ella con sarcasmo—. ¿Dónde

requieren tu presencia esta vez?

—Voy a ir a Florida. He hecho caso a tu consejo y voy a tomarme unos días libres.

—¿Te vas de vacaciones?

—Sí, solo unos días. Volveré el lunes por la noche.

—No olvides que nos casamos la semana que viene.

—No lo olvidaré, descuida. ¿Qué ibas a decirme?

Tess pensaba invitarlo a su despedida de soltero pero ahora ya no tenía importancia ya que el sábado él estaría de vacaciones en Florida, con una mujer.

—¿Qué?

—Antes, ibas a decirme algo.

—No sería muy importante porque lo he olvidado.

Delaney sacó la llave de la ranura y pulsó el botón de la planta baja. El ascensor empezó a bajar. Ninguno de los dos dijo nada hasta que el ascensor se detuvo.

—Por si no nos vemos, que te diviertas en tus cortas vacaciones.

—Gracias.

—No me acompañes hasta fuera —dijo ella cuando las puertas del ascensor se abrieron—. Hasta la vista.

Delaney pulsó el botón de la planta de sus oficinas y las puertas se cerraron.

Puede que Tess le hubiera dicho en broma que había echado de menos sus besos, pero él pensaba en ellos cada noche cuando se iba a dormir.

Últimamente Delaney pensaba mucho en la vida que había llevado hasta ahora, sobre todo en lo referente a las mujeres. Él las dejaba entrar solo en una parte de su vida utilizándolas como una diversión, algo que necesitaba para su propio desahogo. Las mujeres eran alguien con quien compartir una cena, una fiesta o una buena sesión de sexo. Pero la parte de su vida a la que tenían acceso las mujeres no estaba relacionada con su trabajo, ni siquiera con su vida personal. Esas mujeres entraban en su vida, y después de permanecer un tiempo en ella, salían y Delaney no volvía a pensar en ellas. Se había convertido en un experto en el arte de no involucrarse en las relaciones sentimentales.

Pero con Tess no podía separar esa parte de su vida de lo personal. Y aunque procuraba no implicarse, no lograba conseguirlo.

Tess tuvo que sentarse en el asiento trasero del coche porque había dos

fotógrafos en la puerta del edificio. Y lo agradeció porque estaba confusa.

¿Por qué Delaney se tomaba unos días libres antes de la boda? ¿Por qué no cogía esos días libres para disfrutarlos con ella en la luna de miel?, pensaba Tess.

Estaba claro. Porque Delaney no quería pasar tiempo con ella.

Jack recogió a Tess en el trabajo al medio día ya que era sábado. Fueron a casa y comieron con Catherine.

Mientras que Cath preparaba el café después de que terminaran de comer, Tess puso sobre la mesa las tarjetas de agradecimiento que su futura suegra le había hecho llegar. Ya tenía la lista con las personas que habían enviado cada uno de los regalos.

Tess las iba escribiendo mientras Jack se ocupaba de meterlas en los sobres y pegar el sello.

Tess y Cath se habían retirado para vestirse. Hoy era la despedida de soltera de Tess y habían quedado con los invitados a las ocho.

Tess había reservado todo un restaurante ya que era pequeño. Cuando llegaron ya estaban allí casi todos. Estaba un poco preocupada porque los que asistirían no tenían nada que ver los unos con los otros, ni en cuanto a trabajo ni a clase social.

En la puerta del restaurante estaban los padres de Delaney; Sean; Carter; Logan; Josh, el camarero de la librería y su novia; Jess, la hermana de este y su novio Adam; el jefe de Tess de la librería y su mujer; Jane, la dueña de la tienda de novias y un amigo; Dany, el vecino de Tess; Edward, el dueño del pub y jefe de Tess con una amiga; el compañero del pub de Tess y Carlo, el dueño del restaurante y amigo de Delaney que acabada de llegar.

Contando a Jack, Catherine y Tess serían veinte personas. Veinte personas que se presentaron vestidas de manera informal con vaqueros, como Tess les había pedido.

Fue una cena divertida y a pesar de las diferencias que había entre muchos de ellos, había, se respiraba un ambiente de compañerismo, como si todos se conocieran desde hacía mucho.

A las nueve y media se dirigieron todos al pub donde trabajaba Tess y en donde tenían varias mesas reservadas y que habían juntado.

Tess y su compañero tenían que trabajar cantando, pero su jefe les dijo que con media hora cada uno sería suficiente. Y ni siquiera trabajaron una hora

porque a las diez y media ya estaban sentados a la mesa.

Después de su atracción, que fue alabada por los que no los habían oído cantar, sobre todo los padres de Delaney, estuvieron bebiendo y bailando.

Poco después estaban todos bastante alegres, excepto Jack.

A las once y media Delaney llamó a Jack y el hombre salió del pub para poder oírlo.

—Hola, Delaney.

—Hola, Jack, ¿va todo bien?

—Sí, estamos en el pub donde trabaja Tess.

—¿No es un poco tarde para estar trabajando?

—No está trabajando, hoy es su despedida de soltera.

—No sabía nada.

—¿No te lo dijo?

—No.

—Es raro. El jueves, cuando la llevé a tu oficina a que firmara el acuerdo prematrimonial, me dijo que iba a decírtelo y a invitarte. A Cath y a mí también nos ha invitado. Además de a tus padres, a tu hermano, a Carlo... bueno, somos un montón de gente. Hemos cenado en un restaurante que Tess reservó y ahora estamos en el pub.

—Me pregunto por qué no me invitó a mí.

—Tengo entendido que le dijiste que te ibas de vacaciones. Seguramente no querría ponerte en un compromiso.

—Claro.

—Puedes estar tranquilo que yo cuidaré de ella. Me temo que hoy va a emborracharse de nuevo, aunque creo que al final terminarán todos borrachos. ¿Lo estás pasando bien?

—Sí.

—Me alegro que disfrutes de unos días de descanso, y de diversión.

Delaney, te dejo. Hablaremos mañana.

—Vale. Buenas noches, Jack.

—Buenas noches. ¡Mierda! —dijo Delaney después de colgar.

Delaney se sintió mal porque Tess no lo hubiera invitado. Pero Jack tenía razón. Ese día Delaney le había dicho a Tess que se iba de vacaciones. Y de pronto se dio cuenta de que habría preferido estar en su despedida de soltera compartiendo con ella y con su familia ese momento.

La prensa había seguido a los padres de Delaney hasta el restaurante y habían hecho fotos a todos los que iban llegando. Y luego habían ido detrás de ellos hasta el pub.

Louise, la madre de Delaney, había contestado a las preguntas de la periodista y le había informado que era la despedida de soltera de su futura nuera.

A las tres de la madrugada algunos dieron la fiesta por terminada y se despidieron. Aunque otros como Carter, Logan, Sean y Carlo decidieron seguir la fiesta en casa de Delaney. Y estuvieron bebiendo hasta poco antes del amanecer. Y cuando ya no se mantenían en pie subieron todos a la primera planta a dormir.

Al día siguiente fueron apareciendo uno a uno en la cocina porque Jack se había encargado de subir a la primera planta dando voces para que se despertaran.

Desayunaron todos juntos el copioso desayuno que les preparó Catherine, y luego Jack llevó a todos a sus casas.

Delaney llegó a Nueva York el miércoles, dos días después de lo que tenía previsto.

Cuando el coche entró en la propiedad se dio cuenta de que el jardín era un caos y que su madre andaba dando órdenes entre unos y otros como si fuera un general.

Ya habían colocado el suelo provisional de madera que estaría cubierto por las increíbles carpas color marfil y estaban empezando a montar los soportes que las mantendrían.

El pronóstico del tiempo para el sábado era favorable, disfrutarían de buen tiempo y temperaturas suaves durante el resto de la semana.

Después de saludar a su madre entró en casa a cambiarse y cuando volvió a salir se despidió de ella diciendo que tenía que ir a la oficina.

Delaney no había llamado a Tess ni una sola vez desde que se vieran seis días antes.

Tess sabía que Delaney la estaba evitando. Y mejor así, pensó. Ella también pensaba que era mejor no tener contacto de ningún tipo con él. Aunque deseara verle más que nada.

Cuando Tess salió del trabajo Jack le abrió la puerta trasera del Lexus y vio que Delaney estaba allí. Tess subió al coche y se sentó a su lado.

Delaney estaba hablando por teléfono. La miró y los dos se sonrieron. Delaney le cogió la mano y se la besó. Eso hizo que Tess se sintiera más alterada de lo que ya estaba.

—Hola —dijo cuando colgó.

—Hola —dijo ella—. ¿Me has traído algo de tu viaje?

—Pensaba que no querías que te trajese nada —dijo él riendo.

—Era solo una pregunta. Además, has estado de vacaciones, no trabajando —dijo ella apartando la mano que Delaney todavía tenía sujeta.

—La verdad es que sí te he traído algo, pero lo dejé en casa. ¿Quieres que vayamos a cenar?

—Sí.

—¿Quieres ir a un sitio elegante?

—Preferiría ir a una hamburguesería antes de a un restaurante elegante.

—¿Quieres que vayamos al restaurante de Carlo? Parece que allí te sientes a gusto.

—De acuerdo.

Jack condujo hasta el restaurante.

—¿Qué me has comprado en tus vacaciones?

—Para no querer que te haga regalos te veo muy interesada.

—Me gustan tus regalos.

—Porque no son de valor.

—El valor de una cosa no es el mismo para todas las personas.

—La verdad es que para mí es difícil comprarte algo. No estoy acostumbrado a hacer regalos de ese tipo.

—Creía que eran tus secretarias quienes se encargaban de comprar mis regalos. Aunque ya sabía que no era cierto.

—¿Lo sabías?

—Sí. Y me alegro de que tengas que pensar para comprarme algo.

—No sé si te gustará lo que te he traído. La dependienta me aseguró que te encantaría.

—¿A ti te gusta?

—Sí.

—Entonces me gustará. Si has dicho que has dejado mi regalo en tu casa, se supone que has estado allí.

—Sí, y me he marchado lo más rápido que he podido. El jardín estaba

patas arriba y mi madre dando órdenes a todo el mundo.

—Tú te lo has buscado. Ya te dije que deberíamos habernos fugado y te habrías ahorrado las molestias, y un montón de dinero.

—Mi madre está disfrutando.

—Eso es cierto. Casi estoy contenta de casarme por verla tan feliz. Al menos cuando yo llego a casa cada día todos se han ido y no me entero de nada.

—¿Ha habido algo interesante en mi ausencia?

—Nada que merezca la pena mencionar. Aunque supongo que Jack ya te habrá pasado el informe detallado.

Jack y ella intercambiaron una mirada por el retrovisor.

Cuando entraron en el restaurante, el maître les acompañó a uno de los reservados. Enseguida avisaron a Carlo, quién se presentó ante ellos antes de que se sentaran.

—Hola, Delaney, me alegro de verte —dijo Carlo abrazando a su amigo.

—Yo también.

—¿Cómo está mi chica favorita? —dijo Carlo abrazando a Tess fuertemente.

—Muy bien, gracias.

—¿Qué son esas confianzas con mi prometida?

—Bueno, después de cenar, bailar, emborracharme con ella y dormir en su casa, supongo que puedo permitirme estas confianzas. Y porque está loca por ti, de lo contrario ya le habría echado los tejos.

Carlo volvió a la cocina. Delaney la ayudó a quitarse la chaqueta y se sentaron. Y rápidamente les llevaron el vino que había elegido Carlo.

—Supongo que estás al corriente de que el sábado celebré mi despedida de soltera.

—Eso me han dicho. Y además hablan en una revista sobre ello. Pensaba que en las despedidas iban solo mujeres.

—Suele ser así. Pero como mis amigos son hombres... Además, supongo que cada uno hace lo que le apetece y yo quería celebrarlo con las personas que me importan.

—Invitaste a mis padres, a mi hermano, a Jack, a Catherine y a Carlo. ¿Ellos te importan?

—Sí, y van a formar parte de mi vida durante un año. En un principio no pensé hacer despedida pero, ¿y si no vuelvo a casarme? Así que decidí hacer lo que hace cualquier novia. Ya ves, he tenido despedida de soltera, voy a casarme con un vestido increíble y tendré hasta un banquete por todo lo alto. E incluso luna de miel —dijo ella riendo—. Eso sí, sola.

El camarero se acercó y les dejó los entrantes.

—E irás con un avión privado, no lo olvides —añadió él.

Tess le dedicó una tierna sonrisa.

—Voy a pensar en esta boda como en una boda vikinga.

—¿Una boda vikinga?

—A las parejas vikingas les unían las manos con unas cintas de colores. Y los novios se las quitaban la noche de bodas. Permanecían juntos un año y un día. Y después de ese tiempo ellos decidían si querían seguir casados o no.

—Interesante.

—Esto no será igual, por supuesto, ya que ellos disfrutaban del matrimonio en todos los sentidos. Y además, nuestra boda será más ostentosa. Y lo más importante de todo es que, trascurrido el año, no tendremos que decidir si queremos seguir juntos o no. Lo nuestro será un matrimonio con fecha de caducidad, como la leche.

Delaney se rio por la comparación.

—Parece que te sientes más tranquila que la última vez que hablamos.

—Me he dicho a mí misma que ya que me gusta experimentar cosas nuevas, esta va a ser una experiencia inolvidable. Algo que no podré repetir, por cierto. A no ser que otro millonario me proponga un acuerdo similar, que no es imposible pero sí improbable.

—Nunca se sabe, puede que se cruce en tu camino alguien en mi misma situación.

—Puede ser. Aunque no puedo imaginar qué tendría que ofrecerme para que aceptara.

—Siempre puedes negociar.

—Sabes, no quiero tener negocios de este tipo con nadie más. He asimilado, por fin, lo que hay entre tú y yo y lo cierto es que solo voy a obtener beneficios. Tendré una boda de ensueño. Me casaré con un hombre increíblemente atractivo, con quien las mujeres sueñan. Y viviré una vida privilegiada durante un tiempo. Será como el cuento de La Cenicienta, pero el encantamiento durará un año. Luego, todo se esfumará.

—No todo.

—Cierto, no todo. Lo único que quiero es que cuando todo acabe pueda volver a mi discreta y sencilla vida, sin echar nada de menos.

—¿Cómo se portaron mis padres en tu despedida? Vi las fotos en Internet. Mis padres con vaqueros... Parecían muy jóvenes.

—Cuando hablé con tu madre y le pedí que fueran con vaqueros me dijo que ella no tenía. Y la acompañé un día a comprar un par.

—Cuéntame lo que hicisteis esa noche.

—En un principio pensé en no gastar mucho dinero, quedar para tomar unas copas en algún sitio, algo así. Pero luego me dije, ¡qué demonios! es mi boda y puede que no tenga otra. Carter me había llevado a comer un par de veces a un pequeño restaurante, cuando no teníamos ganas de arreglarnos y se comía muy bien. Así que lo reservé.

—¿Todo el restaurante?

—Sí. El dueño no quería porque tenía algunas reservas para ese día. Pero, cuando me vio su mujer me reconoció. Por lo visto es de esas adictas a las revistas en las que tú y yo salimos. Ya ves, empiezo a disfrutar de las ventajas de ser tu prometida.

—Me alegro de que eso te haya ayudado.

—Éramos veintiuno. Le dije a Jack de alquilar tres limusinas y me dijo que con una era suficiente porque tus padres tenían una y tú otra. ¡Tío, eres una auténtica pasada! ¿Hay algo que no tengas?

A ti. Me gustaría tenerte a ti, en mi cama, pensó Delaney.

Delaney se rio.

—Pero luego lo pensé mejor y decidí que cada uno fuera por su lado, y así podrían irse cuando quisieran. Jack insistió en que él me llevaría a mí y a Cath porque no podía beber ya que tenía que cuidar de mí. Sabes, a veces haces que me sienta como una cría.

—Comparada conmigo, lo eres.

—Eso es cierto —dijo ella sonriendo—. La cena fue estupenda y lo pasamos genial. Tu madre estaba fantástica, no parecía que tuviera un hijo de tu edad. Y tu padre es encantador, y muy divertido.

—De tal palo... —dijo él riendo.

—Tienes razón, os parecís mucho. Tú también eres encantador, cuando quieres.

—Gracias. ¿Qué hicisteis luego?

Un camarero se acercó para llevarse los platos de los entrantes.

—Tomamos café en el restaurante y luego unos chupitos de licor. Todos

salimos de allí un poco alegres. Nos repartimos entre la limusina de tu padre, la tuya y el coche de mis dos jefes y nos fuimos al pub donde trabajo.

Edward, el dueño del pub, y mi compañero eran mis invitados en la despedida. Teníamos que trabajar pero mi jefe nos dijo que con tres o cuatro canciones cada uno era suficiente. Solo para contentar al público. Luego bailamos todos, bebimos, bebimos y bebimos... No puedes imaginar cuánto bebimos.

—Mi madre me dijo que cantas muy bien.

—Tu madre es muy amable.

—¿Y luego?

—Salimos de allí bastante tarde, después de las dos de la mañana.

Estábamos todos, incluidos tus progenitores, bastante alegres. Carter, Logan, Sean y Carlo vinieron a casa, a tu casa, con nosotros. Íbamos apiñados en el coche. Cath iba delante con Jack y nosotros cinco detrás. Imagínate con lo grandes que son esos cuatro tíos y yo sentada sobre uno de ellos. Creo que fue tu hermano quien le tocó cargar conmigo.

—Seguramente estaría molesto por llevarte en brazos.

—No sé como estaba porque los cinco estábamos borrachos. El caso es que nos fuimos a tu casa y seguimos la fiesta allí. Estuvimos bebiendo hasta el amanecer, según me dijo Jack. Por cierto, el alcohol corrió de tu cuenta. Y luego subimos a acostarnos. Aunque yo ni siquiera recuerdo haber subido la escalera. Solo sé que me desperté en mi habitación y que Carter estaba durmiendo a mi lado.

—¿Durmió contigo?

—No es la primera vez —dijo ella sin darle importancia—. Jack se encargó de despertarnos entrada la mañana y Cath preparó un desayuno fantástico con tortitas incluidas.

—Parece que lo pasaste bien.

—Fue una noche inolvidable.

Un camarero volvió a aparecer para retirar los platos de los entrantes. Poco después les llevó la cena y les sirvió vino.

Delaney se quedó un instante mirándola.

—¿Por qué no me invitaste?

—¿Qué?

—¿Por qué no me invitaste a tu despedida?

—Pensaba hacerlo. Iba a decírtelo el jueves, cuando fui a tu despacho. Pero, en el ascensor me besaste y... Bueno, cuando me besas me olvido de

todo. Y cuando reaccioné e iba a hablarte de ello, me dijiste que al día siguiente te marchabas de vacaciones y que no volverías hasta la siguiente semana... Yo no suelo entrometerme en los planes de los demás, y menos aún en los tuyos. Lo cierto es que me alegre de que te fueras de vacaciones, así evité ponerme en ridículo al invitarte y decirme que no podías asistir.

—Habría ido si me hubieras invitado.

—No digas tonterías. Si lo dices para que me sienta culpable, no lo estás consiguiendo. ¿Crees que no me he dado cuenta de que huyes de mí como de la peste? —dijo ella riendo.

Carlo se unió a ellos para tomar café y una copa.

—¿Qué tal habéis cenado?

—Todo estaba delicioso, como siempre —dijo Tess.

—Gracias, preciosa.

—¿Cómo es que fuiste a la despedida de soltera de mi prometida? Siempre me dices que no puedes dejar el restaurante ni un solo momento —preguntó Delaney.

—No podía perderme su fiesta. Ella es más importante que el restaurante. Y me alegro de haber ido porque lo pasé realmente bien. Siempre pensé que te pescaría alguna de esas mujeres con las que sales y estaba muy preocupado. Tienes suerte de que Tess se cruzara en tu camino.

Tess miró a Carlo sonriendo y luego a Delaney.

—Me han dicho que mañana tenemos otra despedida. Y esta tampoco me la voy a perder —dijo Carlo dándole una palmada en el hombro a su amigo.

—¿En serio me vais a hacer pasar por eso?

—Por supuesto. Será la última noche que podrás hacer lo que quieras.

—Yo siempre hago lo que quiero —dijo Delaney.

—Las cosas cambiarán cuando te cases. Espero —dijo Carlo mirando a su amigo.

Había dos fotógrafos en la puerta del restaurante cuando salieron y les hicieron algunas fotos. Uno de ellos se acercó a la pareja.

—Señor Stanford, ¿cómo llevan los preparativos de la boda.

—Todo está casi listo. Estamos impacientes porque llegue el sábado.

—Señorita Scott, ¿usted también tiene ganas de casarse?

—No hay nada que desee más —dijo Tess sonriendo al periodista.

—¿Dónde irán de luna de miel?

—Eso no será de dominio público. Queremos pasar unos días juntos sin nada que nos moleste. Tenemos que marcharnos —dijo Delaney apresurando a Tess a que subiera al coche y subiendo tras ella.

—No se enterarán que vamos a Las Galápagos, ¿verdad? —preguntó Tess.

—No.

—Menos mal. No me gustaría que nos interrumpieran en nuestra luna de miel —dijo ella mirándole y riendo.

—¿Siempre eres tan sarcástica?

—No lo sé, nunca me he parado a pensar en ello. ¿Irá Jack con nosotros?

—¿Quieres que vaya?

—Teniendo en cuenta que voy a estar sola, en mi luna de miel, la verdad es que sí, me gustaría tener cerca una cara conocida.

—Me alegro porque ya tenía previsto que viniera con nosotros. Tiene que cuidar de ti.

—¿Vas a salir esta noche?

—No, estoy cansado.

—Es raro, acabas de volver de vacaciones, se supone que deberías estar relajado.

Delaney la miró detenidamente por un instante.

—Vale, de acuerdo. A lo mejor no has tenido mucho tiempo para descansar —dijo ella sonriendo.

Delaney supo que esa indirecta se debía a que estaría cansado de hacer el amor cada día durante sus cortas vacaciones. Y le molestó que a ella no le importara lo más mínimo, y que además le divirtiera.

Cuando llegaron a casa subieron directamente a la planta superior. Delaney le pidió que entrara con él en su dormitorio para darle su regalo. Y cuando lo hizo le entregó dos bolsas.

—La verdad es que pensé que esta vez no te molestarías en comprarme nada. Supuse que estarías muy ocupado.

—Pues pensaste mal.

Tess abrió unos de los paquetes. Era un bolso azul claro de Chanel. Se quedó maravillada. Luego abrió el otro que eran unas sandalias altas del mismo color y de la misma firma.

—¡Oh, Dios mío! Me encantan —dijo ella mirando las dos cosas.

—Supongo que lo habrás dicho para no ofenderme.

—¡Qué dices! Siempre que he pasado por alguna tienda y he visto zapatos y bolsos de ese color he pensado, algún día me los compraré. El bolso es precioso y ¡madre mía! Mira estás sandalias.

Tess le miró y se encontró con su mirada. Estaban muy cerca. La sandalia que Tess tenía en la mano se le cayó al suelo.

Delaney se inclinó hacia ella y posó los labios sobre los suyos. Los rozó con suavidad. Fue un beso delicado, completamente distinto al último que habían compartido.

Tess percibió tanta ternura en los labios de él que la hizo temblar. Abrió los labios y permitió que Delaney la besara en profundidad.

La boca de Tess, que lo había obsesionado los días que había estado fuera, se adueñó de todo su ser. Todo el esfuerzo que había hecho para apartarse de ella se evaporó como la niebla.

Delaney se separó de ella lentamente.

—Tengo que irme.

—Soy yo quien debe irse, estamos en tu habitación.

—Es cierto —dijo él todavía aturdido.

¿Cómo es posible, que a un hombre experimentado como yo, alguien como Tess me deje aturdido, al borde de un precipicio y haciéndome sentir el placer más inesperado con solo un beso?, pensó Delaney.

—El precio de tus regalos se va incrementando, este no te ha salido nada barato.

—Estaban de rebajas.

—Sí, ya. De todas formas, gracias. Son preciosos —dijo ella cogiendo las bolsas con sus regalos y dirigiéndose a la puerta que comunicaba con su dormitorio. La abrió.

—Pensaba que querías esa puerta cerrada.

—No creo que seas de los hombres que entran en los aposentos de una dama sin ser invitado. Confío en ti, Del. Buenas noches.

—Buenas noches, Tess.

Jack recogió a Tess el jueves en el trabajo.

—Ah, hola —dijo ella sorprendida al entrar en el coche y ver a Delaney.

—Hola.

—Pensaba que hoy era tu despedida de soltero.

—Hemos decidido ir de manera informal y voy a ir a casa a cambiarme.

Jack me ha dicho que hoy trabajas en el pub.

—Sí, es mi último día.

—Jack estará esperándote cuando termines.

—Lo sé. Gracias. Espero que lo pases bien esta noche.

—Lo intentaré. Aunque no podré beber mucho porque mañana tengo una reunión importante a las nueve.

—Te despertaré con tiempo, por si no oyes la alarma.

—Muy considerada.

—Tengo que velar por mis intereses —dijo ella sonriendo.

El coche se detuvo en la puerta del pub.

—Jack, no hace falta que bajes.

El hombre ignoró sus palabras y bajó del vehículo para abrirle la puerta.

—Gracias por traerme —dijo Tess.

—Ha sido un placer —añadió Delaney.

—Que te diviertas en tu fiesta. Y pórtate bien —dijo ella besándolo ligeramente en los labios y sonriendo.

Tess bajó del coche rápidamente.

—Gracias, Jack. Te veo luego.

Delaney bajó del coche y subió en el asiento del copiloto. Jack puso el coche en marcha.

—No has venido ni un solo día a verla cantar.

—Procuro mantener las distancias con ella.

—¿Y eso por qué?

—No quiero que se haga una idea equivocada de nuestra relación y olvide que esto solo es un negocio.

—No te preocupes por eso, lo tiene muy presente.

Jack lo conocía bien y sabía que Delaney sentía algo por Tess. Y también sabía que esa era la razón por la que la evitaba, ya que él no mezclaba los negocios con su vida privada. Pero estaba completamente seguro de que a Delaney le gustaría que Tess fuese algo más que un negocio.

Tess se despertó al oír voces en el pasillo. Miró la hora en el móvil y se extrañó al ver que eran las dos y veinte de la madrugada. Por un momento

pensó en salir de la habitación, pero se dijo que tal vez Delaney había llevado a una mujer a casa y eso la inquietó.

Al reconocer la voz de Jack se levantó de la cama y salió al pasillo.

—Hola —dijo Delaney sonriéndole.

—Hola, ¿estás bien?

—Sí, es el suelo el que no está bien y no deja de moverse.

—¿Necesitas ayuda, Jack?

—Hace tiempo que no lo traigo a casa borracho, pero podré con él.

—Delaney, si me necesitas por la noche llámame —dijo Tess.

—Cuando se meta en la cama se quedará frito —dijo Jack.

—Bueno, pues buenas noches a los dos —dijo ella entrando en su dormitorio y cerrando la puerta.

Tess se despertó al oír un golpe fuerte y seco. Vio en el móvil que eran poco más de las tres de la mañana.

Se levantó de la cama y entró en la habitación de Delaney por la puerta que comunicaba los cuartos. Todo estaba oscuro excepto por la poca luz que entraba por la ventana debido a las farolas del jardín.

Vio la silueta de Delaney en la oscuridad y se acercó a él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó cogiéndolo del brazo.

—¡Hostia puta! Qué susto me has dado —dijo él echándose hacia atrás y perdiendo el equilibrio.

—Lo siento, no era mi intención asustarte —dijo Tess sujetándolo para que no se cayera—. ¿Por qué no has encendido la luz?

—No la he encontrado —dijo arrastrando las palabras.

—¿Qué ha pasado? He oído un ruido fuerte.

—Se ha caído una butaca.

—¿Se ha caído sola? —dijo ella riendo.

—No tiene gracia. Creo que me voy a morir. Y el suelo no se queda quieto.

—No te vas a morir. Últimamente he sentido esa sensación y estoy familiarizada con ella. ¿Por qué te has levantado?

—Quería ir al aseo.

—Te acompañaré.

—¿Vas a acompañarme?

—Sí, te acompañaré hasta la puerta, a no ser que puedas llegar solo.

—Vale.

Tess abrió la puerta del baño y él entró.

—Si necesitas ayuda, dímelo —dijo ella riendo.

—Podré apañarme —dijo él entrando y cerrando la puerta.

Tess esperó en la puerta del baño hasta que no pudo soportar más la larga espera.

—Estás tardando mucho. ¿Te has dormido?

Delaney no contestó. Se lavó la cara y las manos y abrió la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Tengo el cuerpo revuelto. Pensaba que iba a vomitar pero no he podido.

—Lástima porque te habrías sentido mejor. Vamos, te acompañaré a la cama.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Sabes, yo no tengo intención de atravesar esa puerta sin tu consentimiento —dijo Delaney señalando la puerta que daba al dormitorio de ella—. Pero parece que tú no necesitas permiso para hacerlo.

—Es diferente, yo soy el sexo débil y no tengo poder sobre ti. Aunque viéndote ahora, no se yo... Pero puedes decirle a Jack que ponga un pestillo por el lado de tu habitación si eso te hace sentir más seguro.

Llegaron a la cama y él se sentó.

—Eres un blandengue.

—¿Blandengue? —dijo él trabándose la lengua con la palabra—. He bebido como un cosaco y encima vodka. ¡Joder! Quiero morirme.

—Lo que yo digo, un blandengue. ¿Dónde has dejado al poderoso Stanford? —dijo ella ayudándolo a meterse en la cama—. Supongo que nadie te ha obligado a beber.

—No podía ser menos que ellos. Dios, voy a vomitar. Tengo que ir al aseo.

Tess le acompañó de nuevo y entró en el baño con él. Abrió el inodoro.

—Coloca las manos en la pared para que no te caigas. Vuelvo enseguida.

Tess bajó a la cocina y cogió un bol grande. Luego volvió al dormitorio y entró en el baño. Delaney estaba igual como lo había dejado.

—¿Has vomitado?

Delaney negó con la cabeza.

—Aparta las manos de la pared porque la vas a perforar —dijo ella y después se rio.

—¿Te parece divertido?

—Yo he tenido más suerte que tú. Las veces que me he emborrachado me han cuidado bien. Tu hermano fue un encanto conmigo. No me importaría volver a emborracharme si con ello consiguiera que pasara otra noche conmigo.

Delaney la miró con una mirada que pretendía intimidarla, pero que no consiguió porque Tess volvía a reírse.

—Volvamos a la cama. He traído un bol para que lo tengas a mano por si necesitas vomitar.

Tess lo ayudó a meterse en la cama.

—Te lo deajo en el suelo. Si vas a vomitar sólo tienes que cogerlo.

—¿Vas a marcharte?

—Sabes, me he preguntado en muchísimas ocasiones, cómo sería meterse en la cama con un hombre como tú —dijo ella riendo.

—Si quieres puedo contestar a esa pregunta.

—No creo que estés en tu mejor momento —dijo ella volviendo a reír—, y supongo que no querrás que tu reputación de *experto amante* se vea en entredicho.

Delaney la miró aturcido.

—De acuerdo. Vamos a casarnos mañana así que, supongo que no pasará nada porque duerma un día en tu cama. Además, es tan grande, que no sabremos que el otro está en ella —dijo subiendo a la cama por el otro lado. Aunque estoy segura de que mañana te arrepentirás de haber dormido con uno de tus socios.

—Voy a vomitar.

Tess pasó por encima de él para coger el bol a tiempo y ayudarle a incorporarse. Esa vez sí vomitó. Y siguió teniendo arcadas.

Cuando se sintió mejor, Tess llevó el bol al baño, lo vació en el inodoro y lo enjuagó. Luego volvió al dormitorio con una toalla mojada y un vaso de agua. Dejó el bol en el suelo y se sentó en la cama junto a él.

—Bébetelo agua. Menos mal que no he aceptado tu oferta de acostarte conmigo o me habrías vomitado encima. Eso habría sido muy embarazoso —dijo ella mientras le pasaba la toalla mojada por el rostro y el cuello.

Delaney abrió los ojos y la miró.

—Contestaré a la pregunta que te haces en otra ocasión.

—No hay ninguna prisa —dijo ella riendo—. Toma, bebe un poco de agua.

—Gracias por cuidar de mí.

—Lo hago porque nos casamos en dos días, y no quiero que me desplantón. Me ocuparé de que estés bien hasta ese momento. Y ahora duérmete. Me quedaré contigo. Si vas a vomitar de nuevo despiértame.

Delaney no dijo nada. Se había quedado dormido.

Tess llevó la toalla al baño y cuando regresó cogió el móvil de Delaney, que estaba sobre la mesita de noche y puso la alarma. Luego se metió en la cama a su lado. Era una cama tan grande que parecía estar a un kilómetro de él.

Tess cerró los ojos deseando dormirse enseguida pero no podía apartar de su mente el torso desnudo de Delaney. Era la primera vez que lo veía sin camisa, y la imagen de sus pectorales, su abdomen y sus brazos, con todos esos músculos por todas partes no la dejaban conciliar el sueño.

La alarma del móvil de Delaney sonó a las siete y media y Tess la apagó. Por un momento no supo dónde se encontraba hasta que se dio cuenta que no estaba sola en la cama y recordó la noche anterior.

Estaba de espaldas a él, pero Delaney estaba muy cerca. Le rodeaba la cintura con su brazo y tenía una pierna entre las de ella. El corazón de Tess empezó a bombear fuertemente. Sentía incluso la sangre correr a quinientos por hora por sus venas. Notaba las pulsaciones de su corazón, incluso las oía. Sabía que tenía que despertarlo, pero deseaba seguir allí, a su lado. Esperó diez minutos, indecisa. *¿Qué pasaría si permaneciera así hasta que él se despertara? ¿Qué sucedería si él no asistía a esa reunión tan importante que le mencionó?*, pensaba Tess.

¡Santo Dios! Lo único que deseaba en ese momento era, que él moviera su mano y le acariciara los pechos. Se culpaba por sentirse tan bien. Se sentía protegida entre sus brazos y esa sensación era indescriptible. Tenía que despertarlo.

—Delaney, ha sonado la alarma. Tienes que levantarte —dijo ella sin moverse.

Él profirió un leve gruñido.

—Delaney, tienes una reunión en poco más de una hora.

Por fin abrió los ojos. Se dio cuenta de que estaba abrazándola y deseó quedarse allí, sin moverse, aspirando el aroma de su pelo. Era la primera vez que había dormido con una mujer y, aunque ni siquiera había sido consciente

de ello, le gustó despertarse a su lado. A pesar de sentirse tan a gusto tenía que levantarse.

Delaney apartó el brazo de la cintura de Tess y retiró la pierna de entre las de ella. Luego se giró para quedar boca arriba con los ojos cerrados.

—¡Santo Dios! La cabeza me va a estallar.

Tess se giró para ponerse boca arriba y lo miró.

—¿Quieres que llame a tu oficina? Puedo decir que estás enfermo.

—Tess, no estamos en el colegio.

—Vuelve a dormirte, total, ¿qué importa si ganas unos millones más o menos? Llama a tu secretaria y dile que te tomarás el día libre.

—Mi secretaria ha pospuesto esta reunión dos veces.

—No hay dos sin tres —dijo ella riendo—. Que se encargue tu abogado, para eso le pagas.

—Puede que Nathan se encuentre peor que yo.

—Creo recordar que me dijiste que siempre hacías lo que querías.

—No siempre.

—En ese caso, no entiendo de qué te sirve tener tanto dinero. Levántate, toma una ducha y afeitate. Te subiré un café y unas aspirinas —dijo Tess saliendo de la cama—. Subiré en veinte minutos.

—Gracias.

Tess bajó a la cocina y se tomó un café recién hecho y una tostada con Cath y con Jack. Luego puso en una bandeja un zumo, un café como le gustaba a Delaney y dos aspirinas.

Volvió al dormitorio y dejó la bandeja sobre el escritorio. Luego se metió de nuevo en la cama.

Delaney salió del baño con una toalla envuelta en las caderas. Vio la bandeja y se sentó en la silla para tomarse las aspirinas con el zumo.

Tess tenía el corazón acelerado. Lo había visto salir del baño solo con la toalla y estaba intranquila. No se había dado cuenta de que ella estaba en la habitación y se había vuelto a meter en su cama.

—Mmm.

—¿Te sientes mejor?

—Sí —dijo él mirándola extrañado al verla en su cama—. ¿No vas a levantarte?

—No tengo prisa, hoy no trabajo. Me he tomado el día libre.

—Mira que bien. Al menos tú puedes hacerlo —dijo sonriendo.

—Mañana me caso y tengo que estar descansada. Me han dicho que la

luna de miel es agotadora.

Delaney la miró sonriendo.

—Sí, eso dicen. ¿Qué harás hoy? —dijo terminándose el café y entrando en el vestidor.

—A las once tengo que estar en el salón de belleza. Me han dicho que tienen que repasarme el cuerpo para que no tenga ni un solo pelo donde no tenga que estar. Dicen que es importante para la noche de bodas, así que tendré que ir. ¿No te parece gracioso?

Delaney salió del vestidor con el pantalón y la camisa desabrochada y le sonrió.

—Siempre es bueno estar preparada, nunca se sabe lo que puede pasar. Puede que conozcas a alguien en tus vacaciones y quieras estar con él.

—Eso es cierto.

—¿Qué harás luego? —preguntó sentándose en una de las butacas para ponerse los calcetines y los zapatos.

—Iré de compras. No tengo mucha ropa de verano informal. No es que me guste mucho ir de compras, pero estar ocupada es una buena forma de no pensar.

A Delaney le hizo gracia que ella siguiera en su habitación. Estaba allí, vistiéndose, con ella en su cama e imaginó que así sería estar casado. Y se sorprendió pensando que esa idea no le disgustaba.

Delaney se metió la camisa dentro de los pantalones, se los abrochó y se puso el cinturón. Luego volvió al probador y volvió poco después con la corbata y la chaqueta que dejó en un sillón. Se puso la corbata y se la anudó con perfecta eficiencia. A continuación se puso la chaqueta.

Delaney la miró levantando una ceja al ver que estaba sonriendo.

—¿Qué?

—A veces, cuando te miro, no puedo evitar pensar en un helado de mi sabor favorito y en cuánto me gustaría lamerlo.

—¡Dios mío! —fue lo único que Delaney pudo decir al oírla.

Delaney quiso devorarla en ese momento y preocuparse después de lo que había hecho. No podía recordar si alguna vez había deseado estar con una mujer tanto como la deseaba a ella en ese instante. Se sentó en la cama a su lado.

—Gracias por lo de anoche, y por el zumo, las aspirinas y el café. Y por ese halago que me has dedicado y que va a estar en mi mente todo el día.

—Todo eso ha quedado compensado con verte vestirme. Supongo que

cuando estás con una mujer primero te ve desnudarte. Yo me he saltado esa parte, pero así y todo, ha merecido la pena.

Él la miró un instante, aturdido como siempre que ella le decía alguna de sus frases.

—Sabes, hoy ha sido la primera vez que he dormido con una mujer. Y no ha estado mal.

—Teniendo en cuenta que has estado inconsciente toda la noche...

—Me ha gustado despertarme contigo a mi lado.

—Me alegro de haberte ayudado a descubrirlo. A partir de ahora podrás pasar la noche con tu *amiga* de turno —dijo Tess sonriéndole.

La mirada de Tess se desplazó hasta la boca de Delaney y él supo que quería que la besara. Tanto como lo deseaba él.

Delaney se inclinó hacia ella y la besó dulcemente mitigando las confusas emociones que le embargaban con las caricias de su lengua en su boca.

Tess le devolvió el beso de igual forma. Acariciaba suavemente su lengua con la de él.

Delaney se apartó de pronto.

—Volveré a besarte cada que me ofrezcas la más mínima oportunidad, pero hasta ese momento tengo que trabajar. Duerme un poco más. Que pases un buen día.

—Lo mismo te deseo.

Delaney volvió a casa a las ocho y media de la tarde.

Tuvo un día muy duro porque no se sintió bien en ningún momento al tener el cuerpo revuelto. Además no pudo deshacerse del dolor de cabeza.

Entró en el salón. Carter estaba con Tess en uno de los sofás. Había ido a llevarle su regalo de boda, una gargantilla, una pulsera y unos pendientes de brillantes.

Tess les presentó ya que aún no se conocían formalmente. Y Delaney le ofreció una copa que Carter aceptó.

Cuando Carter se marchó Tess le enseñó el regalo de su amigo.

—¿Por qué aceptas joyas de él y no mías?

—Porque él me quiere.

Delaney no pudo rebatir eso, de manera que no dijo nada más.

Catherine les sirvió la cena a los dos en el comedor de desayuno que

había junto a la cocina. La mujer pensó que querrían un poco de intimidad.

Delaney no había comido nada en todo el día y estaba hambriento. Comió la cena casi sin hablar y cuando terminaron se disculpó con Tess y subió a acostarse.

Delaney pensó que se dormiría enseguida porque estaba muy cansado. Sin embargo se encontró pensando en Tess y deseando que ella estuviera de nuevo en su cama. Aunque reconoció que no la quería en su cama solo para dormir.

Capítulo 9

Tess se despertó a las siete de la mañana sin ni siquiera la alarma del móvil. Se sentó en la cama intranquila. Extendió una mano y la miró, le temblaba. Era temprano así que bajó a la cocina con pijama porque sabía que nadie iría a la casa a esas horas. Encontró allí a Catherine.

—Buenos días.

—Buenos días, cariño. Has madrugado.

—Sí. Estoy muy nerviosa.

—Es normal, hoy es un día especial para ti. ¿Te preparo el desayuno?

—Tomaré solo un café. ¿Sabes si Delaney se ha levantado?

—No ha bajado. Jack me ha dicho que hoy no iba a la oficina. Estará durmiendo —dijo la mujer llevándole el café a la mesa—. Ayer parecía cansado.

—Eso es lo que tiene estar de resaca. ¿Han terminado en el jardín?

—Sí, todo está precioso. Louise no tardará en llegar. Me dijo que comerían y se cambiarían aquí.

—Estoy muy intranquila.

—Antes de vestirte para la boda toma un baño para que te relajés.

Cuando estés delante del sacerdote, en este caso, tu amigo Logan, y tengas a Delaney a tu lado, ya no te preocupará nada.

—Eso espero. Creo que voy a dormir un rato más.

—Buena idea. Descansar te hará bien.

Tess subió la escalera y entró en su dormitorio dispuesta a meterse de nuevo en la cama, pero decidió ir al dormitorio de Delaney. Llamó a la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

—Pasa.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo él desde la cama.

—¿Se te ha pasado el dolor de cabeza? —preguntó Tess dirigiéndose a la ventana.

—Sí, ya estoy bien. ¿Qué hora es?

—Serán las siete y media.

—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—Me he despertado inquieta y ya no he podido dormirme. ¿Tú has dormido bien?

—Sí, como siempre, ¿y tú?

—No he pegado ojo. He estado dando vueltas en la cama toda la noche. El jardín ha quedado precioso —dijo Tess mirando por la ventana—. ¿Crees que es demasiado tarde para cambiar de opinión?

—¿Respecto a qué?

—A la boda —dijo ella girándose para mirarlo por encima del hombro.

—¿Estás pensando en darme plantón? —dijo incorporándose para apoyarse en el cabecero de la cama.

—Estoy muy nerviosa. No me encuentro bien.

—Ven aquí. Tess se acercó a la cama y se sentó junto a él.

—Mírame y relajate.

—Me es imposible hacer esas dos cosas a la vez.

Delaney se rio de puro placer al oírla.

—La otra noche te acostaste conmigo porque te necesitaba. ¿Por qué no viniste anoche a mi habitación cuando no podías dormir?

—No lo pensé.

—Bien. Ahora quiero que te metas en la cama, en mi cama, y te relajés.

—Esas dos cosas, también me es imposible hacerlas juntas.

Delaney volvió a reírse.

—La otra noche lo hiciste.

—Estaba en tu cama, pero no relajada.

Delaney rio de nuevo.

—Ven aquí, cielo —dijo él haciéndose a un lado y abriendo la cama.

Tess se quitó las zapatillas y se acostó sobre el brazo de él.

—Durmamos un rato —dijo él pasando el otro brazo por encima de sus caderas.

—De acuerdo —dijo ella tapándose.

Ninguno de los dos dijo nada más. A los quince minutos Tess estaba dormida.

Delaney permaneció despierto. De pronto experimentó unas sensaciones nuevas para él, unas sensaciones que hicieron que se le tensaran todos los músculos de su cuerpo. No tenía idea de qué era lo que sentía, pero era algo muy intenso, algo caliente que corría a través de su piel de una forma desconcertante. Pensó en quedarse allí, a su lado. Sabía que no volvería a dormirse porque una vez que se despertaba ya no lograba dormirse de nuevo.

Sin embargo, unos minutos más tarde estaba profundamente dormido.

Eran las once cuando Delaney se despertó y encontró a Tess pegada a él, con la cabeza apoyada en su hombro, una mano sobre su torso desnudo y una pierna entre las de él. Delaney tenía el brazo rodeándola a ella y la mano descansaba sobre la espalda de Tess.

Pensó en moverse para que ella se despertara pero no lo hizo. Sintió cómo su corazón se aceleraba y cerró los ojos para tranquilizarse. Y cuando se serenó se dio cuenta de que era muy agradable dormir con una mujer. Con ella. Era la única mujer con la que había dormido y se sentía realmente bien. Decidió quedarse en la misma posición hasta que ella se despertara.

Delaney se había dado cuenta de que Tess le gustaba. En realidad, se había dado cuenta de que le gustaba mucho, demasiado. Y además, sabía que no sentía por ella solo deseo, había algo más, algo que no sabía describir. Y tampoco podía olvidar que entre ellos había un negocio que empezaría ese mismo día, con su boda. Su boda fingida. Tess iba a ser su socia, y estaban acostados en la misma cama, con sus cuerpos enredados.

Delaney no quería casarse. No quería una esposa. Y no quería una familia. Le gustaba su vida tal como era, sin complicaciones. Pero sentía por Tess esa atracción..., una atracción completamente diferente a la que había sentido por las otras mujeres.

Se preguntó por qué no la llevaba a cenar cuando estaba en la ciudad, o a las fiestas a las que asistía, en lugar de invitar a otras mujeres. Pero sabía la respuesta. Quería evitarla porque cuando estaba con ella lo pasaba demasiado bien. Le gustaba esa naturalidad genuina. Las veces que había estado con Tess en su antigua casa se había puesto un pijama sin importarle que él la viera atractiva o no. Todo lo contrario a lo que hacían las mujeres con las que se relacionaba, a las que jamás había visto sin maquillar y sin ir impecablemente vestidas. Y, demonios, le gustaban las cosas que Tess le decía. Ella conseguía seducirlo con sus palabras y era tan inocente, que ni siquiera se percataba de ello.

Pero Delaney tampoco podía olvidar que Tess solo estaba con él por interés. Por todo lo que conseguiría al finalizar su *acuerdo*. Y estaba completamente seguro de que le exprimiría al máximo durante el siguiente año. Amueblaría el apartamento que él iba a comprarle con todo lujo de detalles. Y se procuraría un vestuario respetable y sus respectivos complementos y joyas. Y todo a costa suya. No es que a Delaney le preocupara el dinero que ella gastase. Habían llegado a un acuerdo y él lo respetaría.

Tenía pegada a su cuerpo a la única mujer que había deseado con tanta intensidad. Y la única a quién no podía poseer. Se preguntó si la desearía de esa forma por el hecho de que no podía tenerla. *Solo será un año*, pensó. *Cuando finalice nuestro acuerdo, nada podrá impedirme estar con ella. Y tampoco será tan difícil esperar un año teniendo a otras mujeres.*

Delaney permanecía inmóvil y con los ojos cerrados.

—¡Hostia! —dijo Tess en un susurro.

Delaney supo que había pronunciado ese impropio porque se había dado cuenta al despertarse de la posición comprometida en la que se encontraban. Él pudo sentir la intranquilidad que la invadió en ese momento. Siguió fingiendo que dormía para averiguar cómo solucionaba Tess la situación.

Tess levantó la cabeza para mirarle y comprobó que estaba dormido. No pudo reprimir el deseo de acariciarle los pectorales y el abdomen con una ligera caricia.

Vaya, parece ser que ella tampoco es inmune a mí, pensó Delaney.

A él se le aceleró la respiración al sentir los dedos de ella deslizarse delicadamente sobre su piel.

Tess sacó la pierna de entre las de él con el mayor cuidado posible para no despertarlo. Luego se apartó lentamente de él y se giró de espaldas. Fue entonces cuando el brazo de Delaney que estaba por debajo de ella quedó peligrosamente cerca de su pecho. Delaney estuvo tentado de girarse hacia ella y rodearla con su otro brazo, pero no lo hizo. Tess apartó la mano de él con suavidad y logró sentarse en el borde de la cama dando un profundo suspiro satisfecha por que él no se hubiera despertado. Se levantó y se dirigió hacia la ventana al oír ajeteo en el exterior.

—Buenos días, otra vez —dijo Delaney poco después.

—Buenos días —dijo ella girándose a mirarlo—. Tu madre ya está dando órdenes a diestro y siniestro. No sabes las ganas que tengo de que todo esto termine.

—Pensaba que te lo ibas a tomar como si fuera tu boda de verdad.

—Me temo que no podré hacerlo. Aunque puede que el vestido sea mágico y me transforme durante unas horas.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Estoy muerta de hambre. Voy a ver si consigo colarme en la cocina sin que nadie me vea. Me prepararé el desayuno y desayunaré en la tranquilidad de mi habitación. Y puede que luego me acueste otra vez. Si logro dormirme

no pensaré en la maldita boda.

—No digas *maldita*, a ver si nos trae mala suerte.

—Tú pareces muy relajado.

—Soy un hombre de negocios —dijo él sonriendo.

—Es cierto, lo había olvidado —dijo ella dirigiéndose a la puerta.

—¿Te importaría preparar desayuno también para mí?

—¿Vas a bajar a desayunar?

—No, prefiero quedarme escondido, como tú. Podemos desayunar aquí, si quieres y luego podemos intentar dormir de nuevo. Me he dado cuenta de que a tu lado no tengo problemas para dormir.

—¿Tienes problemas para dormir?

—No suelo dormir más de dos horas seguidas.

—Prepararé el desayuno para los dos. Y luego dormiremos. Estaría bueno que nos durmiéramos y se nos hiciera tarde para la boda.

—Apuesto a que vendrían a buscarnos con tiempo.

—Vuelvo enseguida.

Poco después estaban los dos sentados en la cama, el uno frente al otro y con aspecto desaliñado. Tenían la bandeja con el desayuno entre ellos.

—Sabes, tú eres completamente opuesto a mi hombre ideal.

—¿En serio?

—Sí. No eres amable ni sensible. Eres autoritario, controlador y demasiado protector con lo que es tuyo. Bueno, y con lo que no es tuyo también, porque está claro que a mi intentas controlarme.

—¿Crees que alguna vez lo conseguiré? —preguntó él sonriendo.

—No —dijo ella sonriendo también—. Aunque puedes seguir intentándolo.

—Puedes estar segura de que lo haré.

—Yo te veo como un depredador que le gusta jugar con su presa, antes de acabar con ella.

—Vaya, eso me gusta. ¿La presa eres tú?

Llamaron a la puerta.

—Entra —dijo Delaney sin saber quién era.

Sean apareció en la puerta con la bolsa de un traje en la mano.

—¿Qué hacéis?

—Estoy intentando convencerle para que nos fuguemos —dijo Tess.

—Lo siento, cariño, demasiado tarde —dijo Sean besándola en la mejilla y revolviéndole el pelo, que ya estaba bastante revuelto.

Delaney lo miró de tal forma por la confianza que demostraba con Tess que Sean tuvo que sonreír.

—¿No quieres casarte? —preguntó Sean mientras se dirigía al vestidor de su hermano para dejar allí el traje.

—No —contestó ella rotundamente.

—Que no te oiga mi madre. Parece un almirante dando órdenes. Está histérica —dijo Sean tumbándose en la cama.

—¿Has desayunado? —preguntó Tess.

—Sí, pero me comeré un cruasán. Me han dicho que comeremos a la una.

—Pues no vamos a tener mucha hambre, nos hemos hinchado a comer —dijo Delaney.

—Haremos como que comemos. Ya comeremos en la cena.

—¿Pasareis la noche de bodas aquí?

—No, tenemos que estar en el aeropuerto a media noche —dijo Delaney—. ¿Ha llegado el papá?

—Sí. Está con Jack en la cocina. Creo que los dos están escondiéndose de la mamá.

Los tres estuvieron hablando y bromeando mientras comían. Llamaron a la puerta de nuevo.

—¿Qué pasa hoy? ¿Todo el mundo va a venir a mi cuarto?

Los tres se rieron.

—Pasa, quien sea.

La puerta se abrió y entró Patrick.

—Hola, Patrick.

—Hola, preciosa —dijo el hombre acercándose a ella para besarla en la frente. De haber sabido que os escondíais aquí, habría venido antes.

—Nos han dicho que hay un militar en la planta baja —dijo Delaney sonriendo.

—Dios mío, no podéis imaginar como está vuestra madre. Está muy nerviosa, nunca la había visto así. He subido el vestido de ella y el mío, ha dicho que nos cambiaremos aquí.

—Llevaré el de tu mujer a mi dormitorio —dijo Tess bajando de la cama y cogiendo la funda con el vestido—. Dame también el tuyo, lo dejaré en el vestidor de Del.

—¿Del? ¿Te llama Del? —preguntó su padre extrañado porque nunca nadie se había dirigido a él con un diminutivo.

—Parece que a ella le gusta, y a mí no me molesta.

—Por cierto, Catherine me ha dicho que la chica tiene que subir a limpiar vuestras habitaciones.

Tess volvió al dormitorio. Cogió la bandeja que seguía sobre la cama y la dejó sobre la mesa. Poco después los cuatro estaban sentados sobre la cama.

—La mamá me ha dicho que os marcháis esta noche —dijo Patrick.

—Sí, a las once y media saldremos para el aeropuerto.

—¿Tenéis listo el equipaje?

Tess miró a Delaney y él a ella.

—¡Oh! Lo había olvidado —dijo Tess riendo.

Delaney la miró. Le gustaba verla reír. Él sabía que Tess era muy organizada y que de no haber estado tan nerviosa no habría olvidado preparar la maleta.

—Yo tampoco lo tengo preparado —dijo Delaney—. Lo haremos antes de bajar a comer.

—¿Tienes los anillos?

—Los tengo yo —dijo Sean a su padre.

Unos minutos después Patrick y su hijo pequeño se marcharon. Delaney y Tess prepararon el equipaje entre risas. Luego se pusieron un vaquero y un suéter y bajaron a comer.

La comida fue un infierno para Tess porque Louise estaba nerviosa repasando todo lo que quedaba por hacer y recordando a Tess la hora a la que llegaría el peluquero, la esteticista, cuando traerían el vestido de novia y el ramo...

Con toda la información, que en boca de Louise parecían órdenes, consiguió que los nervios de Tess se incrementaran. Delaney tuvo la delicadeza de coger la mano de Tess por debajo de la mesa y entrelazar sus dedos con los de ella. Tess lo agradeció en un principio, aunque el que le acariciara los nudillos con el pulgar la intranquilizó aún más.

Después de la comida la familia tomó café en el salón. Delaney sirvió una copa de coñac y se la dio a Tess.

Después del café volvieron las órdenes por parte de Louise, casi todas dirigidas a Tess. Empezando con que antes de nada tenía que subir a tomar un baño relajante.

Eran las tres cuando Tess y Delaney subieron la escalera. Tess se sentía desanimada. Parecía un prisionero al que llevaban al cadalso. A Delaney le

hacía gracia verla en ese estado, cuando él estaba de lo más tranquilo.

Delaney entró con ella en su dormitorio y se dirigió al baño para abrir los grifos de la bañera y que se fuera llenando.

—Del, no soy una niña.

—De eso soy consciente —dijo él mirándola de arriba abajo—.

¿Estarás bien o quieres que me quede contigo?

—Puedo apañármelas sola.

—¿Estás preparada para casarte?

—Hoy es tan buen día como otro cualquiera, y no tengo nada mejor que hacer —dijo ella.

—Me gusta verte reír. Seguramente ya no nos veamos hasta la boda.

—Lo sé. Pronto vendrán a maquillarme, a pintarme las uñas, a peinarme... ¡Dios mío! —dijo ella mirándolo a los ojos.

Delaney se acercó a ella, y luego se acercó un poco más. A Tess le gustaba tenerlo tan cerca, sentir la calidez de su cuerpo. Delaney le rozó los labios con los suyos, con tanta suavidad, que parecía que no estuviera allí.

Tess tenía el corazón desbocado. Lo tenía ahí, tan cerca, tentándola. Deseó que la besara con más fuerza. Lo cogió del suéter para acercarlo más a ella y sus bocas volvieron a unirse.

Delaney la cogió de la nuca, cerró los ojos y se olvidó de todo. Solo deseaba devorarla.

El corazón de ambos latía fuera de control. Delaney le rodeó la cintura con el otro brazo para pegarla más a él. Y Tess deseó que ese beso durara para siempre.

Delaney la besó de manera desenfrenada y ella le devolvió el beso con una pasión devastadora.

Cuando se besaban Tess perdía el control y su voluntad se evaporaba hasta no quedar de ella nada, excepto él.

Los dos se apartaron sin aliento y con la respiración entrecortada.

—Este ha sido nuestro último beso..., de solteros —dijo Delaney mirándola detenidamente—. Dios, eres preciosa.

Delaney salió del dormitorio después de darle un ligero beso en los labios y entró en su dormitorio por la puerta que lo unía al de ella. Cerró la puerta y se apoyó en ella. Y luego cerró los ojos para volver a controlar sus pulsaciones.

Cuando se tranquilizó bajó la escalera y se dirigió a su despacho. Fue hasta la caja fuerte y sacó un estuche cuadrado de terciopelo negro. Era la

diadema que había comprado para Tess. Luego subió con ella a su habitación.

Media hora después el dormitorio de Tess estaba lleno de gente. Tess cogió el móvil y le envió un mensaje a Delaney.

Delaney estaba con su hermano en el jardín cuando recibió el mensaje y lo leyó.

En estos momentos agradezco que ampliaras mi habitación de lo contrario estaría ahogándome. Hay tanta gente aquí... Estoy escondida detrás de una cajonera del vestidor. He intentado relajarme en la bañera, pero el recuerdo de tu último beso no ha permitido que lo consiguiera. A pesar de ello me ha gustado.

—Parece que te ha gustado el mensaje —dijo Sean al ver cómo sonreía su hermano.

—Sí, me ha gustado.

Tess se había puesto crema en el cuerpo después del baño y llevaba puesta una bata corta de seda.

Le pintaron las uñas de las manos y de los pies mientras el peluquero le secaba el pelo. Luego empezaron a maquillarla.

Poco después de que llegara la dueña de la tienda de novias con el vestido, Jack entró en el dormitorio de Tess y se acercó a ella. Le entregó el estuche que le había dado Delaney.

—¿Qué es esto?

—Delaney cambió la diadema que te probaste con el vestido de novia por esta. Dijo que no podía permitir que llevaras piedras falsas.

—¿Cómo sabía que llevaría una diadema?

—Me temo que se lo dije yo.

Tess abrió el estuche y se quedó absorta mirando su interior al igual que los que estaban a su alrededor. Tess no entendía de piedras preciosas pero, por Dios que eso no eran simples cristales. Los diamantes brillaban como si fueran estrellas. A Tess empezaron a brillarle los ojos.

—Tess, no puedes llorar ahora —le dijo la esteticista que la estaba maquillando.

Tess cogió el móvil y envió un mensaje a Delaney.

¿Dónde estás?, le preguntó Tess.

Acabo de salir de la ducha y voy a afeitarme, contestó él.

No empieces a afeitarte. Y no te muevas del baño. Tengo que decirte algo, le escribió Tess de nuevo.

—Vuelvo enseguida —dijo Tess levantándose de la silla.

—¿Dónde vas? —preguntó su futura suegra que acababa de entrar en el dormitorio para vestirse.

—Solo tardaré un minuto —dijo Tess entrando en el dormitorio de Delaney por la puerta que los comunicaba.

Tess se encontró con Patrick y Sean con pantalón y camisa.

—No os preocupéis por mí —dijo sin mirarlos—. Tengo que decirle algo a Del.

Tess caminó hasta el baño. La puerta estaba abierta. Entró y cerró la puerta tras ella.

—Estás tentando mucho a la suerte —dijo Delaney mirando esa bata tan corta.

—¡Madre de Dios! —dijo ella al ver que llevaba únicamente una toalla a la cadera—. ¿No tienes albornoz?

Delaney la miró con una pícaro sonrisa al ver que le afectaba verle medio desnudo.

—Cualquier mujer olvidaría el teléfono de su novio, con solo mirarte.

Delaney soltó una carcajada.

—¿Qué haces aquí?

—Jack acaba de darme la diadema que me has comprado.

—¿Y?

—Te dije que no quería regalos caros. El problema es que en estos momentos la necesito.

—Me alegro.

—Pero te la devolveré después de la boda.

—Como quieras —dijo él contrariado.

—Es una maravilla. Con esto vas a conseguir que Cenicienta se convierta en una auténtica princesa. Gracias —dijo rodeándole el cuello y abrazándolo.

Delaney le rodeó la cintura. Era consciente de que Tess no llevaba nada debajo de esa suave y corta bata. La estrechó fuertemente entre sus brazos.

—Qué bien hueles.

—Tú también. ¿Un último beso? —dijo ella.

No se lo tuvo que repetir una segunda vez. Delaney se lanzó a su boca desesperado.

Tess no quería pensar en nada que no fueran esos labios que la volvían loca y conseguían dejarla medio inconsciente. Algo en su interior le advertía que tenía que acabar con esos besos. Con ese beso. Pero ella no estaba dispuesta a oír la advertencia.

Delaney no se había dado cuenta hasta ese mismo momento de que un beso podía ser tan íntimo como el acto de hacer el amor.

Delaney bajó sus manos hasta cogerla de las caderas y apretarla contra él para que ella supiera cuanto la deseaba en ese instante.

A Tess no le importó, y seguramente ni siquiera se había dado cuenta de la presión que ejercía la erección contra ella. Estaba en shock y en lo único que pensaba era en que no quería que la boca de Delaney se apartara de la suya.

Delaney apartó los labios de los de ella y Tess protestó haciendo que Delaney se riera a pesar de su entrecortada respiración.

Delaney enterró el rostro en el cuello de ella y la abrazó muy fuerte. Permanecieron así, abrazados hasta que ambos se tranquilizaron.

—Supongo que eres consciente de que yo llevo una simple toalla y tú esa minúscula bata, y apuesto a que vas desnuda debajo de ella —dijo él besándola en el cuello.

—Uy, tengo que irme —dijo Tess apartándose de él y saliendo corriendo del baño.

Tess volvió a su dormitorio y se sentó para que siguieran maquillándola. La chica la miró a través del espejo. Sin duda se preguntaba qué había hecho para tener los labios hinchados.

—Lo siento. Tenía que ver a mi novio para darle las gracias por su regalo —dijo Tess sonriendo.

Ahora fue Delaney quién le envió un mensaje mientras la peinaban y ella lo leyó.

Tal vez deberíamos revisar los puntos de nuestro acuerdo y añadir algo más a los besos.

Tess se rio y le contestó.

Creo que los besos son más que suficientes, para tratarse de un simple

negocio. Y no deberías hacer concesiones de esa clase tan a la ligera.

Delaney se rio y guardó el teléfono.

Tess ya estaba vestida cuando Carter y Logan entraron en el dormitorio. Se quedaron de piedra al verla. El peluquero acababa de ponerle el velo con la diadema. Realmente parecía una princesa.

Tess se puso los sencillos pendientes con un solo brillante y Carter le abrochó la gargantilla y la pulsera a juego con los pendientes, y que él mismo le había regalado.

Louise ordenó que subieran unas botellas de champán y todos los que estaban allí brindaron por la novia.

Logan salió el primero para ir a prepararse ya que él los casaría.

Luego abandonaron la habitación el peluquero y la esteticista que estaban invitados a la boda. Y Louise se reunió con su marido en la planta baja para recibir a los invitados.

Tess tenía que permanecer en el dormitorio con Carter, que era quién la llevaría hasta el altar, hasta que Delaney y Sean, que sería el padrino de su hermano, estuvieran junto al sacerdote.

Tess no pudo evitar enviarle a Delaney un último mensaje.

Espero de todo corazón que este matrimonio te sea llevadero.

Cariño, tenerte a ti, y con el aliciente de tus besos... No podría desear nada más.

Tess dejó el móvil sobre el escritorio deseando que las palabras de Delaney fueran ciertas.

—Estás deslumbrante. Nunca he visto a una novia tan preciosa.

—Gracias, Carter. Estoy muy nerviosa.

—¿Llevas todas esas cosas que necesita una novia?

—Sí, algo azul, algo usado y algo nuevo. Me encanta tu regalo —dijo ella mirándose la pulsera.

—Me alegro.

—Delaney me ha regalado la diadema. Por lo visto Jack le dijo que era de cristales.

—Ha sido un detalle por su parte. Y no esperaba menos de él.

Tess se acercó a mirar por la ventana. Los invitados estaban ocupando

sus asientos. Vio a Delaney y a Sean que estaban hablando con Logan en un lado.

Delaney no supo la razón, pero sintió la necesidad de mirar hacia arriba y vio a Tess. Los dos se miraron.

—Todo está listo, ya podéis bajar —dijo Louise entrando en la habitación.

Carter le dio el brazo para bajar la escalera y Tess se cogió a él. Se subió el vestido con la otra mano para no tropezar y bajaron a la planta baja. Al llegar Cath y Louise la miraron de arriba abajo y las dos mujeres sonrieron. Catherine le dio el ramo.

Al llegar al porche Tess besó a Jack que esperaba junto a la puerta de la casa.

—¿Crees que podrías sacarme de aquí sin que nadie se diera cuenta? —le dijo Tess al hombre al oído.

—Me temo que eso no sería posible. Todo va a salir bien. Estás preciosa.

—Gracias —dijo ella besándolo de nuevo.

Cuando Carter y ella llegaron al borde de los escalones Tess se detuvo y Carter se giró para mirarla.

—Carter, quiero irme a casa —dijo ella mirando a los invitados.

—Cariño, ahora vives aquí. Pero si quieres que nos marchemos, por mí no hay inconveniente.

Tess miró a lo lejos y vio a Delaney que la estaba mirando preocupado. No estaba seguro de si Tess seguiría adelante o se largaría.

—No puedo marcharme. Le quiero con locura.

—Entonces, vamos —dijo Carter besándola en los labios.

La música empezó a sonar y ellos bajaron los cinco peldaños para dirigirse al pasillo central.

—¡Dios mío! —dijo Sean—. Es una novia preciosa. Parece la princesa de un cuento.

—Sí, hoy es una princesa —dijo Delaney sin apartar los ojos de ella.

Delaney se quedó sin respiración al verla caminar por el pasillo del brazo de Carter. Se sintió tan complacido que pensó que, aunque volviera a casarse en un futuro, estaba seguro de que no volvería a sentir lo que estaba sintiendo en ese momento.

Tess estaba tan guapa que los invitados no podían permanecer indiferentes al verla. Era todo lo que se esperaba de una novia, parecía

inocente, y en realidad lo era.

Tess le dedicó una sonrisa especial a los amigos de sus padres que habían asistido, y a los padres de Delaney y de Logan que también se encontraban allí.

Carter la dejó junto a Delaney y luego se colocó al otro lado de Sean.

La ceremonia fue corta pero muy emotiva. El sacerdote no podía disimular que quería a la novia.

Pronunciaron sus votos sin apartar la mirada el uno del otro.

Cuando habló Delaney a Tess se le inundaron los ojos de lágrimas y él le limpió una que le resbalaba por la mejilla sin apartar la mirada de ella.

Por un instante, Delaney pensó que le gustaría que esa boda fuera real.

Cuando le puso a Tess la alianza en el dedo llevó la mano de ella hasta sus labios y la besó. A Tess le pareció un gesto tan romántico y fuera de lugar en Delaney que pensó que estaba aturdido.

Delaney casi perdió el control cuando la besó. Fue su hermano quien le dio un codazo para que no olvidara dónde se encontraban.

Cayeron arroz y pétalos de rosas sobre ellos y luego cada uno de los invitados los felicitaron.

Los periodistas que habían sido invitados para cubrir el evento hicieron un millón de fotos. Era la boda del año.

Todo fue tan perfecto, que nadie podría haber imaginado cuál era la realidad.

A las ocho todos estaban saboreando los exquisitos manjares de la cena.

Louise había hecho un trabajo fantástico y no había dejado ningún detalle al azar.

Después de la cena los camareros retiraron las mesas y las cuatro gigantescas carpas se llenaron de color con los vestidos de las invitadas.

Delaney y Tess abrieron el baile. Estaban tan compenetrados que parecía como si hubieran bailado juntos cientos de veces, cuando en realidad solo lo habían hecho en una ocasión. Y realmente parecía que estaban enamorados.

Poco después de las once los novios se despidieron de los familiares y subieron a cambiarse.

Cada uno entró en su dormitorio. Cinco minutos después Tess entró en el cuarto de él. Delaney llevaba el pantalón y la camisa desabrochada.

—Perdona que te moleste.

—No me molestas, ¿qué ocurre?

—Me da la impresión de que eres experto desnudando a las mujeres. Y en este momento necesito que alguien me ayude a desnudarme.

—Será un placer ayudarte.

Delaney le desabrochó los minúsculos botones de la espalda del vestido con tal precisión que Tess se quedó asombrada.

—Listo —dijo él alejándose de ella porque deseaba desnudarla del todo. Y poseerla.

Jack ya se había ocupado de meter las maletas en el coche. La fiesta seguiría, pero sin ellos.

La familia de Delaney, Carter y Logan les esperaban en el recibidor para despedirse.

Los dos bajaron con vaqueros y un suéter. Tess llevaba el suéter azul del mismo color que el bolso y las sandalias que Delaney le había comprado en uno de sus viajes.

Al subir al avión los dos pilotos y la azafata les felicitaron por el acontecimiento. Jack se sentó a un lado del avión y ellos dos al otro, el uno frente al otro.

Tess miraba a su marido sin dejar de sonreír.

—Pareces contenta.

—Acabo de casarme.

—No creo que esa sea la razón.

—Me has pillado —dijo ella sin dejar de sonreír—. Es la primera vez que subo en un avión privado. Es emocionante. No se nota que soy novata, ¿verdad?

—Para nada —dijo él intentando no reírse porque parecía una niña tocando todos los botones que había en los paneles de la pared y de su asiento.

Delaney la dejó experimentar los lujos que le proporcionaba el avión. Le gustaba verla con esa sonrisa traviesa.

Dios, esta chica es adorable, pensó. No encontró otra palabra más adecuada para definirla.

—Sabía que los ricos eran diferentes, sabes, como si fueran de otra especie —dijo ella sonriéndole—. Y por supuesto sabía que tú eras rico. Pero hasta ahora no había comprendido hasta qué punto lo eres. ¿Crees que debería simular que me siento conmovida o incluso algo intimidada?

Delaney se rio.

—Bueno, me has demostrado que finges muy bien. Incluso has llorado en la boda. Pero conmigo no necesitas fingir. Y además, se que ni siquiera te intimidó.

—Tienes razón.

—Supongo que la tripulación esperará que pasemos juntos nuestra noche de bodas —dijo Delaney cuando la azafata estaba en la zona de la cocina y sin importarle que Jack pudiera oírlos.

—Eso es lo normal después de casarse. Dame media hora. Estoy muy cansada y en ese tiempo ya estaré dormida. Casarse es agotador —dijo ella levantándose y besándolo en los labios.

—De acuerdo.

—Buenas noches, Jack —dijo ella besándolo en la mejilla antes de dirigirse a la suite.

—Buenas noches, Tess.

—Buenas noches, Eve —dijo Tess al pasar junto a la azafata.

—Buenas noches, señora Stanford.

Tess se volvió a mirar a su marido sonriendo y él supo que sonreía porque la habían llamado por su nombre de casada, por primera vez.

—Señora Stanford —dijo Tess en voz baja al entrar en la suite del avión—. Suena bien.

Delaney entró en el dormitorio cuarenta y cinco minutos después. No sabría decir si Tess estaba dormida o no, pero permanecía inmóvil y boca abajo en un lado de la cama.

Cuando Tess se despertó a la mañana siguiente, estaban los dos de lado. Delaney pegado a la espalda de ella rodeándola por la cintura con el brazo.

Tess se dio la vuelta para mirarlo y él abrió los ojos, pero no retiró el brazo que seguía sobre ella.

—¿No tenías suficiente espacio que tenías que dormir pegado a mí?

—Yo no tengo ni idea de lo que hago cuando estoy dormido —dijo apartando el brazo de ella y poniéndose boca arriba.

—¿Crees que se darán cuenta de que no hemos tenido una noche de sexo salvaje?

—¿Es eso lo que se hace en la noche de bodas? —preguntó él riendo.

—¿Cómo lo voy a saber? ¿Te lo pregunto a ti que tienes más experiencia?

—Yo tampoco me he casado nunca.

—Espero que la azafata no piense que estás perdiendo facultades.

—Yo también lo espero —dijo él sonriendo—. ¿Salimos a desayunar?

—Sí, estoy hambrienta.

—Ese es un buen síntoma después del sexo.

Tess entró en el baño a lavarse y peinarse. Luego, mientras Delaney estaba en el baño lavándose y afeitándose se vistió. Se puso la misma ropa de la noche anterior. Cuando Delaney salió del baño y la vio la encontró preciosa.

—Tal vez deberíamos besarnos —dijo él con una media sonrisa—. Eso lo hacemos a menudo, y si lo hacemos bien, lo notarán.

—Buena idea —dijo ella sonriendo.

Delaney se acercó a ella y Tess soltó una carcajada.

—¿Qué pasa?

—Es la primera vez que planeamos un beso —dijo ella—. ¿No te parece un poco frío?

Delaney volvió a acercarse a ella y la besó dulcemente.

Poco después, Tess puso las manos sobre el pecho de él para apartarlo.

—¿No crees que deberías esforzarte un poco más? ¿Crees que con un beso como ese conseguiremos engañarlos? Será mejor que te olvides de la ternura y la suavidad —dijo ella con una mirada divertida—. Tiene que ser un beso rudo, salvaje. Tienes que hacerme daño en los labios. Si crees que no puedes hacerlo dímelo y me encargaré yo.

Tess le cogió el rostro entre las manos y le dio un rápido beso en los labios.

—Venga, cariño. Me he casado con el dios del sexo, no hagas que me avergüence de ti. Demuéstrame lo que sabes hacer con esa boca —dijo ella mordiéndose el labio inferior.

—Sabes, cielo. Estás jugando con fuego y algún día te quemarás.

—Puede, pero no hoy. Y no contigo. Adelante, estoy lista.

Delaney la rodeó por la cintura. Las palabras de ella lo habían excitado hasta lo indecible provocándole una erección instantánea. Era consciente de que estaban junto a la cama y eso le preocupó. Empezó a besarla mientras la dirigía avanzando hacia delante haciéndola retroceder hasta que quedó pegada a la pared.

—Ahora no tienes escapatoria —dijo él sobre sus labios.

—¿Quién te ha dicho que quiero escapar?

Delaney le dio un beso largo y ardiente. Fue un beso brusco para ponerlos a prueba a ambos. Tess se lo devolvió de manera exigente. Tenía la

sangre ardiendo por el deseo. Delaney la sujetó de la nuca para que no pudiera apartarse, y ella lo cogió del pelo para que no se alejara.

Delaney la tenía aprisionada contra la pared y ella se apretaba contra él con todo el descaro.

Tess sabía que él podía besar así, de esa forma que conseguía que una mujer no fuera capaz de pensar en otra cosa, que no fuera él. Un calor le invadía la garganta, el vientre, los pechos. Las rodillas le flaqueaban y únicamente se sostenía de pie porque él la sujetaba con su cuerpo.

Delaney estaba seduciéndola solo con la boca y esa sensación devastadora los estaba arrastrando a los dos. Seguían martirizándose sin la más mínima intención de detenerse.

El fuego que había comenzado a prender el día que Delaney la vio por primera vez ardía en sus venas. Casi podía sentir su sangre caliente a través de ellas.

Tess solo podía pensar que tenía que ser él quién se detuviera porque ella no sería capaz.

Delaney se detuvo, pero antes de que se apartara, Tess volvió a atraerlo hacía ella. Y él la devoró de nuevo saboreándola, mordiéndola y lamiéndola. Y ella le devolvía todo con el mismo ímpetu.

Delaney dejó de besarla. Cuando se apartó de ella los dos estaban temblando y sorprendidos por lo ocurrido. Nunca se habían besado así, de esa manera tan salvaje.

—¿Crees que ha sido lo suficientemente convincente?

—No ha estado mal —dijo ella sentándose en el borde de la cama e intentando serenarse porque le temblaban las piernas y todo el cuerpo—. Creo que podremos convencerlos de que ha habido algo entre nosotros. Tienes los labios hinchados. Saldré yo primera. Solo necesito un minuto para tranquilizarme.

Tess cogió las sandalias y empezó a ponérselas con los dedos temblorosos.

¿No ha estado mal?!, pensó Delaney.

—Tienes suerte, yo voy a necesitar más de un minuto —dijo él girándose para mirarla.

—He tenido suerte de que hayas sido tú quién me besara. Tu experiencia hace que tu autocontrol sea perfecto. Te aseguro que, de no haberlo hecho tú, yo no habría podido detenerme —dijo ella sin mirarlo y terminando de abrocharse la sandalia—. ¿Se nota que me has besado?

—Oh, cielo. Parece como si acabaran de follarte.

—Estupendo. Te espero fuera.

Cuando Tess llegó a la puerta se detuvo y se volvió a mirarlo.

—Una pregunta —dijo ella sonriendo.

El la miró.

—¿Eres tan bueno con el resto del proceso, como lo eres besando?

Delaney la miró sorprendido. Esa chica lo llevaba de sorpresa en sorpresa.

—¿Cómo se supone que debería contestar a algo así sin parecer un engreído o un perfecto imbécil?

Tess sonrió y salió de la habitación.

—¿Mi autocontrol perfecto? —dijo Delaney sonriendo—. Bueno, tal vez ella tenga razón. Merecería una medalla por haber conseguido detenerme.

Jack miró a Tess cuando salió del dormitorio. No había duda de que, al menos, Delaney la había besado, y no de manera sutil, pensó Jack. Y cuando vio a Delaney aparecer supo que ella tampoco se había quedado corta.

Pensó que su jefe había traspasado la línea que él mismo había trazado. Y a Jack le gustó la idea.

Cuando llegaron al aeropuerto Jack se encargó de meter el equipaje en el Mercedes del hotel que les esperaba junto al avión. Abrió la puerta trasera para que la pareja subiera y luego Jack se sentó junto al chófer que conduciría el vehículo.

El director del hotel de Delaney estaba en recepción cuando llegaron.

—Delaney, bienvenido. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Sí, gracias, Harold. Te presento a mi mujer, Tess. Tess, él es Harold, el director del hotel.

—Un placer conocerte, Tess —dijo tendiéndole la mano.

—Mucho gusto —dijo ella estrechándosela.

—Felicidades por vuestra boda.

—Gracias.

—Vamos a subir a instalarnos. Te veo en un rato —dijo Delaney.

Capítulo 10

A Tess le encantó la suite. Se comunicaba con una puerta con la de Delaney, que era tan grande como la suya. Cuando terminó de deshacer el equipaje entró en el cuarto de su marido. Eran las diez de la mañana.

—¿Qué haremos hoy?

—Tú no lo sé, yo tengo trabajo —dijo él colgando una chaqueta en el armario.

—¿Y qué haré yo?

—Jack estará a tu disposición. Está en recepción esperando para llevarte adónde quieras. Puedes ir a la playa, o quedarte en el hotel. La piscina no está mal.

—¿Puedo llamar por teléfono desde el hotel?

—Puedes llamar a quién quieras, a cualquier hora y durante el tiempo que desees.

—¿Comeremos juntos?

—No lo creo. Tengo cosas que atender y gente a la que ver.

—¿Qué me dices de la cena?

—Tess, esto no es una luna de miel —dijo mientras colgaba los trajes en el armario—, pensé que te lo había dejado claro. Organízate como mejor creas. Todo lo que gastes en el hotel, comidas, ropa, bebidas, gimnasio, discoteca..., lo que necesites, solo tienes que dar el número de habitación. Para el resto, utiliza esta tarjeta —dijo él sacando una tarjeta de la cartera y entregándosela—. Puedes sacar dinero con ella en el cajero que hay junto a recepción y comprar lo que desees con ella. Este es el PIN —dijo escribiéndolo en un papel del escritorio—. Cuando volvamos a Nueva York te daré una tarjeta tuya.

—¿Voy a estar sola las dos semanas? —dijo ella cogiendo la tarjeta.

—Acordamos que tú tendrías vacaciones y yo trabajaría.

—Vale —dijo volviendo a su habitación sin decir nada más.

Poco después Delaney entró en el dormitorio de Tess. Ella estaba en la terraza mirando la piscina.

—Me marcho. Procura divertirme.

—Gracias —dijo ella entrando en la suite.

—¿Has traído el osito? —preguntó sonriendo al ver el peluche sobre la cama.

—¿Están prohibidos los ositos en tu hotel?

—Por supuesto que no —dijo sin dejar de sonreír—. Hasta luego.

Delaney se sintió mal cuando bajaba en el ascensor. Sabía que la estaba abandonando, pero quería, no, debía mantenerse alejado de ella.

Tess se sentó en la cama y llamó por teléfono a Carter para decirle que ya habían llegado. Luego llamó a Logan, a sus suegros y por último a Catherine.

Tess volvió a salir a la terraza. Las vistas eran espectaculares. La piscina le pareció inmensa y había rocas gigantes en el centro de las que caía agua en cascada. Al fondo se veía la playa.

Entró en la habitación. Se quitó la ropa y se puso el biquini, un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Luego bajó a recepción.

Tess cogió un montón de folletos de un expositor. Se sentó en uno de los sofás y los extendió en la mesita que tenía delante.

Jack la había visto salir del ascensor, pero seguía allí, sentado, leyendo el periódico, a la espera de que ella decidiera qué hacer.

Media hora después Tess se levantó y fue hasta el expositor para dejar todos los folletos de nuevo en donde estaban antes de cogerlos. Se dirigió a recepción.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó el chico desde detrás del mostrador.

—Hola. ¿Puede decirme dónde hay un cajero para sacar dinero?

—Claro, vaya hacia allí —dijo señalándole un ancho pasillo—. Está antes de llegar a la joyería.

—Gracias.

Tess sacó dinero del cajero, con su tarjeta. No tenía intención de usar la que Delaney le había dado. Se metió el dinero en el bolsillo del pantalón y se dirigió a la salida. Jack se acercó a ella.

—Hola, Jack.

—Hola, Tess. ¿Qué planes tienes para hoy?

—No tengo ni idea. Iré a echar un vistazo a la piscina, a la playa... Te veo luego.

—Iré contigo.

—No hace falta.

—Tess, tengo que hacerlo. La piscina está por ahí —dijo señalando una puerta a la derecha.

—De acuerdo.

Jack se adelantó para abrirle la puerta. Luego la siguió a una distancia prudente. Ella se volvió a mirarlo.

—¿Piensas ir a unos metros de mí?

—Sí.

—Por favor, Jack. Delaney me ha leído la cartilla y me ha dejado claro que no lo veré hoy y, me da la impresión que será lo mismo los siguientes días. No conozco a nadie más que a ti.

—Tess, estoy trabajando.

—Si no vas a venir a mi lado no hace falta que vengas conmigo.

—Si voy a tu lado me distraeré hablando contigo.

—¿Qué va a pasarme? Aquí no me conoce nadie.

—Lo siento, Tess, es mi trabajo.

—De acuerdo. Sabes, creo que ya me gustaría volver a casa.

—No digas eso, aquí hay muchas cosas para ver.

Tess pasó el primer día como un zombi, dando vueltas por las instalaciones del hotel. No se sentía muy animada y se saltó la comida.

Por la tarde fue a la playa del hotel. Se sentó en la arena contemplando el mar y mirando a la gente. Ni siquiera se quitó la ropa para tomar el sol o bañarse. Luego se recostó en una de las hamacas debajo de una sombrilla y se quedó allí hasta que el sol empezó a ocultarse.

Estupendo, tengo dos semanas por delante para pasarlas sola y con Jack persiguiéndome. Van a ser unas vacaciones de lo más divertidas, pensó Tess.

Jack estaba sentado en una hamaca a unos metros de Tess, mirándola y sintiendo lástima por ella.

Tess se levantó cuando desaparecieron los últimos rayos de sol y se dirigió al hotel sin ni siquiera mirar a Jack.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó Jack cuando le abrió la puerta para que entrara en el hotel.

—Voy a ir a la boutique a ver si tienen ropa adecuada para hacer gimnasia. De haber sabido que estaría sola habría traído lo necesario. ¡Qué

digo! De haber sabido que estaría sola no habría venido. Luego iré al gimnasio —dijo llamando al ascensor.

—¿Al gimnasio?

—Sí. He leído en uno de los folletos que está abierto las veinticuatro horas. Y cuando termine, pediré que me suban la cena a la habitación.

—Puedes cenar en el comedor, y tomar luego una copa en el bar, o ir a la discoteca.

—Hoy no me apetece.

Tess fue a la boutique y descubrió que disponían de una sección de deportes. Se compró dos mallas cortas y dos tops que solo le cubrían el pecho. Luego recogió la llave en recepción y subió a su habitación, acompañada por Jack que se sentó en el sofá que había en el pasillo, a esperarla.

Tess salió media hora después y bajó al gimnasio. Se sentía como una estúpida al ir seguida por Jack, y maldiciendo a Delaney porque todos sabrían que tenía un guardaespaldas.

Mientras corría en la cinta decidió que iría a correr por la playa por las mañanas, e iría al gimnasio por las noches. De esa manera estaría ocupada tres o cuatro horas al día. Se dio una buena paliza en el gimnasio deseando dormirse por agotamiento cuando se acostara.

Subió con Jack hasta la última planta en donde estaba su habitación. El hombre la acompañó hasta la puerta y Tess se despidió de él.

Tess se duchó y se puso el pijama.

Oyó un ruido en el cuarto de Delaney y llamó a la puerta y a continuación entró, sin esperar contestación. Se encontró con una mujer desnuda en la cama. Y antes de que pudiera reaccionar, Delaney salió del baño, completamente desnudo. Él se quedó de piedra al verla.

—Lo siento —dijo Tess que se había quedado paralizada al verlo y con el rostro ruborizado.

Tess se volvió para escapar de allí, pero Delaney se acercó a ella y la sujetó por el brazo.

—No vuelvas a entrar en mi habitación sin ser invitada.

—Descuida, no lo haré —dijo ella dando un tirón para soltarse el brazo. Luego entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Tess perdió el apetito y se saltó también la cena. Salió a la terraza unos minutos y cuando entró cogió su diario de la maleta y se metió en la cama. Después de escribir unas líneas apagó la luz y se abrazó a su osito.

No podía apartar de su mente el impresionante cuerpo de Delaney. Y

tampoco podía dejar de pensar en la mujer desnuda que lo esperaba en la cama. La imagen de Delaney, desnudo como un dios, remoloneaba en su mente sin dejarla conciliar el sueño.

Delaney llamó a la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Tess al día siguiente a las ocho y media de la mañana. Al no contestar la abrió. Y ella no estaba. Sacó el móvil del bolsillo y llamó a Jack.

—Hola, Delaney.

—Hola, Jack. Tess no está en su habitación.

—Lo sé. Está corriendo por la playa desde las siete de la mañana.

—¿Por qué no utiliza el gimnasio?

—Lo utilizó anoche.

—¿Qué hizo ayer?

—Por la mañana dio una vuelta por las instalaciones y luego estuvo en la playa del hotel, pasó toda la tarde echada en una hamaca hasta que se ocultó el sol. Ni siquiera se quitó la ropa.

—¿No se bañó ni tomó el sol?

—No.

—¿Dónde comió?

—No comió. Cuando volvió de la playa fue a la boutique a comprar ropa para hacer deporte. Bajó al gimnasio a las ocho y estuvo allí hasta las diez de la noche, machacándose durante las dos horas. Esta mañana he revisado los cargos a su habitación y he visto que tampoco cenó.

—¿No comió nada en todo el día?

—No. Y ayer me dijo que quería volver a casa.

—¿Sabes qué planes tiene para hoy?

—Ni idea, pero cuidaré de ella.

—Gracias, Jack.

Tess paró de correr al ver a un chico con una tabla de surf y le preguntó si había algún sitio donde enseñaran a surfear. El chaval le dijo que había una playa a dos kilómetros de allí con buenas olas y que había un negocio de alquiler de tablas.

Cuando volvieron al hotel, Tess llamó al servicio de habitaciones y pidió comida para dos personas para llevar y dos botellas de agua.

Antes de meterse en la ducha Tess llamó a Jack y le dijo que quería ir a una playa que no estaba demasiado lejos de allí.

Jack la estaba esperando cuando ella salió del hotel.

Cuando llegaron a la playa, Jack alquiló dos hamacas con una mesa entre ellas. Tess fue a alquilar una tabla y volvió a las hamacas. Al mirar a Jack se preguntó cómo podía llevar chaqueta, aunque fuese de verano, con el calor que hacía. Pero no tuvo que preguntárselo porque cuando se agachó para poner bien la hamaca, pudo ver la funda de la pistola debajo de la chaqueta.

Tess permaneció toda la mañana en el agua. Uno de los chicos que hacía surf se interesó por ella y le estuvo enseñando lo básico.

Jack se sentía bien. Al menos la oía gritar y reírse. Se estaba divirtiendo y eso lo tranquilizó.

—Al menos comeremos juntos —dijo Tess al ver que Jack no se había levantado para alejarse cuando ella se sentó en la hamaca de al lado y sacó la comida.

—¿Te estás divirtiendo?

—Sí, aunque es complicado mantenerse sobre la tabla.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Cuando consigues mantener el equilibrio no es tan difícil. Esta noche voy a volver.

—¿Qué quieres decir con volver?

—Unos cuantos surfers van a reunirse aquí esta noche y me han invitado.

—¿A qué hora?

—Después de cenar, a las diez.

—No creo que a Delaney le guste.

—No pienso pedirle permiso.

—Tendré que decírselo.

—Yo no voy a inmiscuirme en tu trabajo. Haz lo que creas que debes hacer. Aunque puedo asegurarte que a él no le importará lo que yo haga. Anoche entré en su habitación y estaba muy ocupado, y supongo que será así todas las noches.

Jack supo que Tess había visto a Delaney con alguna mujer y eso no le gustó.

Tess fue al gimnasio cuando volvieron al hotel. Vio a Steve, un chico

que conoció el día anterior corriendo en las cintas.

A las ocho salieron juntos del gimnasio y se dirigieron a los ascensores, seguidos por Jack. Iban hablando y Tess no se dio cuenta de que Delaney había subido en el ascensor con una mujer. Tess vio el ascensor abierto y entró y se encontró con la mirada de su marido, que tampoco esperaba verla. Tess se dio la vuelta para quedar de cara a las puertas y su amigo se colocó a su lado. Jack entró tras ellos y después de mirar a Delaney se colocó al lado de Tess.

—¿Estás de vacaciones? —preguntó Steve.

—Sí —contestó Tess.

—He visto que llevas alianza, ¿estás casada?

—Sí.

—¿Has venido con tu marido?

—No, he venido con un tío mío. Tiene negocios aquí y me ha traído con él para que disfrute de la playa.

—He visto que te sigue un hombre a todas partes —dijo el chico sin importarle que Jack estuviera allí—. ¿Es tu guardaespaldas?

—Mi tío es muy protector. La verdad es que es un coñazo de tío, pero tengo que reconocer que no escatima en nada. Este hotel es fantástico, ¿no crees?

Jack no pudo evitar sonreír imaginando lo que estaría sintiendo su jefe al oírlo hablar de él de esa forma.

—Desde luego.

—Steve, esta noche voy a ir a una fiesta en la playa. Si no tienes planes podías venir conmigo.

—¿Qué clase de fiesta?

—Música, cerveza... Son un grupo de surfistas.

Delaney miró a Jack pero el hombre estaba de espaldas a él.

—¿Le gustará a tu tío siendo tan protector?

—Que le den —dijo ella sonriendo.

—¿Irás tu guardaespaldas?

—Me temo que sí. Eso no es algo que se pueda negociar. Pero él no se entromete en lo que yo hago. Solo se encarga de que no me pase nada.

—¿A qué hora es la fiesta?

—A las diez. Yo llevaré las cervezas. Mi tío se encargará de pagarlas.

—De acuerdo, iré contigo.

—Estupendo. Te veré en la puerta del hotel a las diez menos cuarto.

—Allí estaré.

El ascensor se detuvo en la planta ocho y el chico salió.

—Te veo luego, preciosa.

—Vale.

Tess salió la primera cuando se abrieron las puertas del ascensor en la décima planta. Abrió la puerta de su suite y entró sin mirar atrás porque sabía que Delaney y su acompañante irían detrás de ella.

Tess pidió la cena y se dirigió al baño a ducharse.

Delaney llamó a la puerta de la habitación de ella y al no obtener contestación entró.

—Tess.

Ella no le oyó con el ruido de la ducha. Delaney se acercó al baño y llamó a la puerta.

—Tess.

—Salgo enseguida.

Tess salió dos minutos después envuelta en una toalla que le cubría desde el pecho hasta la parte baja del trasero y otra toalla en el pelo. Delaney le miró las piernas.

Tess levantó la mirada y su rostro se iluminó al ver a Delaney. Él no estaba acostumbrado a ver aquella expresión tan sincera en el rostro de una mujer.

Delaney pensaba que ella estaría enfadada porque él le dijo que no entrara nunca en su habitación sin ser invitada. Pero al ver esa mirada suya...

—Hola —dijo ella con una sonrisa radiante.

—¿Tu tío? ¿Le has dicho al tipo del ascensor que soy tu tío?

—Podría haberle dicho que mi marido era quién estaba detrás de él, al que manoseaba su acompañante, pero habría sido humillante para mí.

—¿Qué es eso de la fiesta?

—Me han invitado unos surfistas —dijo ella sacando un vaquero, una camiseta y unas bragas de encaje y dejándolo sobre la cama.

—No quiero que vayas.

Ella le miró y Delaney pudo adivinar lo graciosas que le parecieron esas cuatro palabras.

—Ayer dijiste que me organizara para divertirme el tiempo que estuviera aquí. Y es lo que estoy haciendo. Date la vuelta, por favor.

Delaney se giró hacia el otro lado y Tess se vistió.

—Ya puedes volverte —dijo quitándose la toalla del pelo y dirigiéndose al baño.

Tess empezó a desenredarse el pelo. Llamaron a la puerta.

—Yo abriré —dijo Delaney.

El camarero entró con la mesa de ruedas y la dejó donde le indicó Delaney. Luego le dio una buena propina.

—Perdona —dijo Tess al chico saliendo del baño.

—¿Sí?

—¿Podría subirme unas latas de cerveza bien frías?

—Claro, ¿cuántas?

—Doce —dijo ella sonriendo al chico—, y una bolsa, por favor.

—Lo subiré en unos minutos.

—¿Vas a emborracharte? —preguntó Delaney cuando el chico salió de la suite.

—Posiblemente —dijo ella sentándose a la mesa—. Supongo que ya habrás cenado. Qué pregunta más estúpida. Aunque no lo hubieras hecho, no cenarías conmigo. En Nueva York tenías que cenar conmigo para mantener las apariencias. Ahora ya no son necesarias.

—Nunca me ha disgustado cenar contigo.

—¿Para qué has venido?

—¿De qué conoces a ese del ascensor?

—¿Te he preguntado yo cómo has conocido a esa que está en tu habitación?

—No me gusta ese tío.

—No es a ti a quién tiene que gustarle, ¿no crees? ¿Qué haces aquí, Delaney?

—Quería saber como estabas.

—Pues ya has visto que estoy perfectamente. Cuando llegamos al hotel me dijiste claramente que me olvidara de ti, y es lo que estoy haciendo.

—Ayer no te olvidaste de mí cuando entraste en mi habitación.

—Bueno, decidí olvidarme de ti, después de eso.

—¿Por qué entraste?

—Oí un ruido en tu habitación y quería preguntarte si querías cenar conmigo. De haber sabido lo que iba a encontrar, te aseguro que no habría entrado. Aunque tengo que admitir que, después de verte desnudo, no me arrepiento. Y te aconsejo que no vuelvas a entrar en mi habitación sin que yo te invite no vayas a encontrarte con una situación comprometida, como la que me encontré yo.

—Estás enfadada por lo que te dije.

—No estoy enfadada, a pesar de lo grosero que fuiste conmigo. Pero no te preocupes que no volverá a ocurrir. Jamás se me ocurriría atravesar esa puerta de nuevo sin ser invitada. Y volviendo a lo que estábamos hablando, ya ves que estoy perfectamente. No tienes que preocuparte por mí, ya le pagas a Jack para que lo haga. Y tengo que añadir que tú no tienes que entrometerte en mi vida. Iré dónde quiera y con quién quiera, como haces tú. Y a propósito de mi guardaespaldas. Parece que no te has dado cuenta de que si a mí me sucediera algo sería beneficioso para ti. Pasarías a ser viudo y podrías hacerte el afligido. Tu madre no volvería a presionarte para que te casaras, al menos en un tiempo. Y, lo más importante, habrías conseguido lo que querías y no tendrías que gastar ni un céntimo en comprarme lo que me prometiste. ¿Por qué no eximes a Jack de que me proteja? Tal vez deberías volver a tu suite, a las mujeres no nos gusta esperar.

—Sí, será lo mejor.

—Por cierto, tu hotel es fantástico.

—Gracias.

Delaney volvió a su dormitorio, salió a la terraza y llamó a Jack para que extremara las precauciones con Tess. Y le dijo que cuando volviera de la maldita fiesta acompañara a Tess a su habitación.

Jack sonrió cuando colgó porque se dio cuenta de que Delaney, por primera vez en su vida, estaba celoso.

Jack llevó a Tess y a su amigo a la fiesta de la playa.

Hicieron una hoguera y se sentaron todos alrededor de ella. Dos de los chicos tocaban la guitarra y un chico y una chica cantaron algunos de los temas.

Bebieron, bebieron y bebieron.

Jack no apartó la vista de Tess en ningún momento.

A las dos de la madrugada Tess estaba tan borracha que no podía ponerse en pie y Jack dio por finalizada la noche para ella. Le preguntó a Steve, el chico que los había acompañado, si quería ir al hotel con ellos y el chico dijo que sí. También estaba borracho.

Jack paró el coche en la puerta del hotel y ayudó a Steve a bajar del vehículo. Luego le dijo al botones que lo ayudase a llegar a su habitación.

Jack volvió a subir al coche y lo llevó a la parte de atrás del hotel. No quería que nadie viera a Tess en ese estado.

Nada más abrir la puerta de la suite Tess se apartó de Jack y fue tambaleándose hasta el baño para vomitar. Jack entró tras ella a tiempo para sujetarle el pelo y que no se le manchara.

La acompañó a la cama y le sacó los deportivos y el vaquero. Luego la levantó un poco para colocarla sobre la almohada y la tapó.

Jack decidió quedarse a dormir en el sofá que había en el salón contiguo por si Tess le necesitaba por la noche. E hizo bien porque se levantó dos veces para vomitar. La última vez había sido antes de las seis de la mañana y eran casi las ocho. Jack suponía que ya tendría el estómago vacío y se marchó para dejarla descansar.

Jack llamó a Delaney al llegar a su habitación para contarle lo sucedido.

Delaney recordó que cuando él se emborrachó en su despedida de soltero, ella estuvo con él para ayudarlo. Sin embargo, era Jack quién se había ocupado de ella.

Al día siguiente Tess se despertó a la una de la tarde y hambrienta. Pidió la comida al servicio de habitaciones y se metió en la ducha.

Se comió todo lo que le llevaron, que no era poco, y se tomó las dos aspirinas que había pedido con la comida para ver si se le aliviaba el dolor de cabeza. Luego volvió a meterse en la cama y se quedó profundamente dormida.

A las siete de la tarde se despertó y decidió bajar a recepción a coger algunos folletos de excursiones para echarles un vistazo y hacer planes para los días siguientes.

Cuando salió de la habitación se encontró a Jack sentado en el sofá que había en el pasillo frente a su puerta leyendo. Tess se preguntó si ese sofá estaría allí antes de llegar ellos o lo habían puesto por orden de Delaney para que Jack pudiera vigilar la puerta de la habitación.

—Hola, Jack.

—Hola, ¿cómo te encuentras?

—No voy a beber nunca más.

—Eso dijiste la última vez —dijo el hombre serio.

Tess se rio.

—¿Dónde vas?

—A recepción. Voy a coger algunos folletos de excursiones y un mapa.

—Yo iré. Espera en tu habitación.

Jack volvió a los quince minutos y se los dio a Tess.

—Gracias.

—De nada.

—Los miraré antes de acostarme.

—¿Vas a salir esta noche?

—No. Me acostaré temprano. Mañana quiero madrugar para aprovechar el día.

—Lláname antes de acostarte y me dices a qué hora quieres salir.

—De acuerdo.

Tess desayunó en la terraza de su suite a las siete de la mañana. Luego se duchó y se vistió. A las ocho bajó a recepción para reunirse con Jack.

Tess contrató una excursión a una de las islas. Jack se disponía a pagar, pero ella no permitió que pagara lo suyo.

Un coche del hotel los llevó hasta el puerto. El trayecto en barco fue agradable. Al menos, Jack se sentó a su lado y fueron hablando.

Les llevaron a ver lo más interesante de la isla y luego a un restaurante. Jack insistió en invitarla a comer y ella aceptó, pero solo cuando el hombre le aseguró que era él quién pagaría y no Delaney.

Jack llamó a Delaney aprovechando que Tess estaba tomando café con unos chicos de la excursión.

—Hola, Jack.

—Hola.

—¿Qué tal lo está pasando Tess?

—Supongo que bien. Cuando termine este viaje seré fotógrafo profesional. Le habré hecho doscientas fotos esta mañana. No sé si te has parado a pensar que esta es vuestra luna de miel, y que no vas a aparecer en ninguna foto. Tu familia sospechará cuando Tess les enseñe las fotos del viaje.

—No había pensado en ello.

—Por cierto. Has de saber que Tess ha pagado la excursión de hoy.

—Lo supongo. Le di una tarjeta para sus gastos.

—No ha utilizado tu tarjeta.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Y tengo que añadir que ha aceptado que yo me hiciera cargo del almuerzo porque le he asegurado que lo pagaba yo, y no tú. Me da la impresión de que no quiere nada tuyo. ¿Le has dicho algo para que haya tomado esa decisión?

—No. ¿Qué le pasa a esa chica?

—No lo sé.

Por la tarde siguieron el recorrido por la isla. Y a última hora de la tarde los llevaron a un restaurante que estaba en la playa y desde donde se veía la increíble puesta de sol. La cena estaba incluida en la excursión.

Tess no pronunció palabra en los cuarenta y cinco minutos que estuvieron en el barco de regreso. Pasó todo el tiempo mirando al mar. El barco atracó en el puerto.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Jack mientras caminaban hacia el coche que estaba esperándoles.

—Sí —dijo ella mirándole y sonriendo—. Gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer.

A las diez y media de la noche los dejaron en la puerta del hotel. Jack recogió las llaves en recepción y luego la acompañó hasta la suite.

—¿Mañana también saldremos temprano?

—Sí, iremos a otra isla —dijo ella cuando llegaron a la puerta—. La excursión incluye buceo para ver el fondo marino y los corales. Hay que estar en recepción a las ocho.

—Allí estaré —dijo el hombre abriendo la puerta y dejándola pasar.

—Buenas noches, Jack.

—Buenas noches.

Jack enfiló el pasillo para ir a su habitación mientras pensaba en Tess y en lo triste que estaba.

Tess se sentó en la cama dispuesta a escribir unas líneas en su diario. Pensó en Delaney. No lo había visto en dos días y únicamente porque habían coincidido en el ascensor y él fue a verla para prohibirle que fuera a la fiesta de la playa. Estaba molesta con él porque ni siquiera se dignara a llamarla para preguntarle cómo lo estaba pasando. No, no estaba molesta, estaba cabreada, pero no con él sino con ella misma por haber aceptado la propuesta que él le hizo.

De todas formas decidió que cada vez que viera a Delaney se mostraría agradable y contenta con él. Delaney no tenía culpa de no sentir por ella lo que ella sentía por él. Aunque no podía evitar sentirse triste. Quería volver a casa. Y eso aún la entristecía más, porque ya no tenía casa.

Tess lo pasó bien al día siguiente. Le gustaba bucear. Y además conoció

a un grupo de chicos que habían terminado la carrera y habían ido a las islas para celebrarlo. Jack le hizo un montón de fotos con ellos. Agradeció que el grupo de chicos la invitara a que se uniera a ellos para comer porque la mantuvieron entretenida.

Ese día volvieron al hotel más temprano que el día anterior.

Tess se duchó cuando llegó a su habitación mientras le subían la cena. Y nada más terminar de cenar se lavó los dientes y se metió en la cama. Al día siguiente había quedado con Jack a las ocho para ir a correr. Y luego iría a la piscina.

Escribió cuatro líneas en su diario y apagó la luz.

Jack la acompañó a su habitación después de correr por la playa.

Tess tomó una ducha rápida y se puso el biquini. Bueno, en realidad, tenía poco de biquini. Era un tanga que había comprado en la boutique del hotel. Había visto que las mujeres estaban en la piscina en topless y se alegró por ello ya que tenía marcas del sol de las excursiones, y odiaba tener marcas en la piel.

Tess llegó a la piscina seguida por Jack. Eligió una de las hamacas y se sentó en ella.

—Estaré sentado ahí —dijo Jack señalando una mesa bajo una sombrilla a escasos metros de ella.

—Jack, puedes sentarte conmigo. Al menos así podremos hablar.

—Prefiero estar allí desde donde puedo ver todo el recinto.

—Como quieras.

A treinta metros de donde se encontraba Tess había un bar con el techo de brezo como las sombrillas. Dos hombres estaban allí hablando y tomando unas cervezas. Uno de ellos estaba mirando hacia la piscina.

Delaney había quedado allí con una mujer y la estaba esperando sentado en la barra.

Tess se quitó la camiseta larga que llevaba y la echó sobre la hamaca.

—¡Santa madre de Dios! —dijo uno de los hombres del bar—. Acaba de llegar a la piscina un auténtico bombón.

—En momentos como este es cuando me gustaría no estar casado —dijo el otro hombre mirando también.

Delaney sintió curiosidad masculina y dio la vuelta a su taburete para mirar hacia donde los hombres miraban y comprobar que ese auténtico

bombón, era su mujer.

Tess caminó hacia la ducha y después de remojarse se acercó al borde de la piscina y se lanzó al agua. Unos minutos después salió y se dirigió hacia su hamaca.

Dios mío, está prácticamente desnuda, pensó Delaney paseando la mirada por el recinto para ver que todos los hombres estaban pendientes de ella.

Tess salió del agua, levantó los brazos para sujetarse el pelo en lo alto de la cabeza con una pinza y luego se echó sobre la hamaca boca abajo. Sacó el móvil del bolso y llamó a Delaney. No pensaba hacerlo, de hecho no lo había llamado nunca, pero de pronto le gustó la idea de incordiarlo.

Los dos hombres se volvieron a mirar a Delaney al oír sonar su móvil. Luego volvieron de nuevo la mirada hacia la piscina.

—Hola —dijo Delaney mirándola desde la distancia.

—Hola. ¿Sigues aquí o has vuelto a Nueva York?

—Sigo aquí —dijo él sonriendo—. Tengo mucho trabajo. ¿Me llamas por algo en especial?

—Quería hablarte de Jack.

—¿Qué pasa con Jack?

—Me sigue a todas partes.

—Ese es su trabajo.

—Me refiero a que va detrás de mi, en vez de ir a mi lado. Todos los que nos ven saben que es mi guardaespaldas.

—¿Y cuál es el problema?

—Preferiría que en vez de ir detrás, fuera a mi lado. Así, al menos no iría sola.

—No le pago a Jack para que te acompañe sino para que se ocupe de que no te pase nada. ¿Dónde estás?

—En la playa —mintió ella porque no quería que él se presentara allí.

—En la playa —repitió él sonriendo.

—Sí. Si Jack estuviera conmigo podría al menos hablar con él y me pondría bronceador. Supongo que tendré que buscar a alguien que me ayude con ello.

—Yo me encargaré de eso —dijo Delaney antes de colgar.

Tess se quedó mirando el móvil. Luego miró hacia el hotel y lo vio caminar hacia ella. Delaney llevaba un pantalón color marfil y una camisa negra de manga corta.

A Tess se le aceleró el pulso y se ruborizó al darse cuenta de que la había cogido en la mentira. Apoyó la cara en la hamaca para intentar tranquilizarse. Cuando supo que estaba junto a ella lo miró.

—¡Santo Dios! Cada vez que te veo corro el riesgo de morir por asfixia —dijo ella sonriendo.

—Vaya, hacía tiempo que no me dedicabas una de *tus frases*.

—Bueno, no solemos vernos a menudo.

—Hola —dijo él recorriendo lentamente el cuerpo de Tess con la mirada.

—Hola. Pensaba que estabas muy ocupado —dijo sin mirarle.

—Y lo estoy. Pero, estaba en el bar de la piscina cuando me has llamado —dijo sentándose en la hamaca de al lado de ella—. ¿Por qué me has dicho que estabas en la playa?

—Cabía la posibilidad de que estuvieras cerca de la piscina y decidieras acercarte. No quería verte.

—Pues te ha salido mal.

—Sí. A veces las cosas no salen como uno espera. ¿No habrás venido a ponerme crema?

—He venido precisamente a eso. Dame el bronceador.

—Olvídalo. Ya puedes irte.

—Dámelo —dijo serio.

—No te tengo miedo.

—Pues deberías. Todos me temen.

—Eso es porque saben que puedes despedirlos.

—Tess, no tengo toda la mañana.

—No hacía falta que te molestaras en venir. Podría habérselo pedido a cualquiera.

—Y no me cabe duda de que tendrías cola. Tienes a todos los hombres de la piscina pendientes de ti.

—¿En serio? No estarás celoso...

—Pues no.

—Bueno, ya que estás aquí —dijo ella cogiendo el bronceador y dándoselo.

Delaney acercó la hamaca a la de ella, abrió la botella de bronceador y se echó la crema en una mano. Llevó esa mano hacia la nuca de ella para empezar por ahí. Pudo sentir la tensión en el cuerpo de Tess cuando empezó a acariciarla. Volvió a ponerse crema en la mano y la frotó con la otra. Luego

volvió al cuerpo de ella.

De pronto Delaney notó que las manos le temblaban. No podía comprender por qué se sentía tan intranquilo siempre que estaba con ella.

—¿No tenías un bikini más pequeño?

—No.

—Ese bikini no deja mucho a la imaginación.

—Traje conmigo un par de bikinis, pero cuando vi a las mujeres en la piscina, pensé que eran demasiado puritanos. Este lo compré en la tienda del hotel. Pero, si prestas atención, te darás cuenta que casi todas llevan uno similar al mío.

—Puede, pero ellas no tienen tu cuerpo.

—¿Estás insinuando que mi cuerpo es bonito? —dijo ella mirándolo con una sonrisa divertida.

—¿Vas a usar bañadores como este cada vez que vayamos de viaje?

—¿Por qué no? Acabas de decir que tengo un cuerpo bonito.

—En ese caso, tendré que hacer algunas reformas.

Delaney le acariciaba la espalda y los costados, y Tess se estremecía. Se había olvidado del bronceador y solo sentía las manos de él. Era evidente que Delaney no tenía la intención de darse prisa porque se estaba tomando su tiempo.

—¿Reformas? —preguntó ella volviendo al presente.

—Sí. Tengo dos opciones. La primera es hacer en todos mis hoteles una piscina exclusivamente para nosotros.

—¿Y eso por qué?

—Eres mi mujer, y no voy a permitir que todos los tíos te coman con los ojos. Que es lo que está sucediendo desde que has aparecido.

—Ya será menos.

—En este momento se estarán preguntando quién es el cabrón que te está acariciando.

—¿Es lo que estás haciendo?

—No, pero ellos no lo saben.

—¿Eres igual de posesivo con todos tus socios?

Delaney no contestó. Volvió a ponerse crema en las manos y le acarició suavemente las nalgas. Se estaba poniendo malo. Solo deseaba darle la vuelta y follarla allí mismo.

—Tess tenía el rostro enterrado en sus brazos y solo rezaba para que él no notara la excitación que le recorría el cuerpo.

—Has dicho que tenías dos opciones. ¿Cuál es la segunda? —dijo ella para intentar apartar de su mente las manos de él recorriendo su piel.

—Prohibir entrar a los hombres que no vayan acompañados por sus parejas.

Tess se rio.

—¿No crees que es algo demasiado drástico solo para un año?

Delaney estaba concentrado poniéndole crema en las piernas.

—Ya he terminado.

—Solo necesitaba crema en la espalda.

—¿Y por qué no me has detenido?

—¿Crees que soy tonta? Cualquier mujer estaría loca por que la acariciaras.

—¿Estás flirteando conmigo?

—No necesito hacerlo. Eres mi marido —dijo sonriéndole—. Deberías preguntarte por qué estás celoso.

—¿Por qué iba a estar celoso? Entre tú y yo no hay nada —dijo limpiándose las manos en el borde de la toalla—. ¿Necesitas que te ponga crema por delante?

—No, gracias. Voy a tomar un rato el sol en la espalda. Luego vendrá mi amigo Steve así que si necesito crema me la pondrá él. Lo has hecho realmente bien. Gracias.

—Siempre es un placer acariciar a una mujer guapa.

—¿Por qué no te quedas conmigo? ¿No vas a disfrutar ni un día de la piscina?

—Estuve aquí ayer y anteayer.

—Ah. Supongo que Jack te informa de los días que no voy a estar aquí para no coincidir conmigo.

—Ha llegado la persona con la que he quedado —dijo él mirando hacia el bar—. Tengo que marcharme. Que pases un buen día —dijo él levantándose.

—Igualmente. Y gracias de nuevo.

—Ha sido un verdadero placer —dijo acariciándole el pelo antes de marcharse.

Delaney iba maldiciendo mientras se dirigía al bar. Pensaba en el tío ese que iba a ponerle crema a Tess y no le gustaba la idea. *¡Mierda! Tess tiene razón, estoy celoso.*

—Charlie, llévele a mi mujer un cóctel de frutas, por favor —dijo Delaney al chico de la barra.

—Enseguida, señor Stanford.

Una mujer se acercó a Delaney y él la besó en la mejilla. Antes de dirigirse a la entrada del hotel Delaney se volvió para mirar a Tess. Ella le estaba mirando.

Tess vio cómo su marido le ponía la mano en la espalda a su acompañante para llevarla hacia el edificio y escondió el rostro en sus brazos.

—Señora Stanford, su marido me ha pedido que le trajera esto —dijo el camarero dejando en la mesa el cóctel de frutas.

—Muchas gracias —dijo ella asombrada por el detalle.

—Si necesita cualquier cosa dígaselo a alguno de los camareros.

—De acuerdo. Gracias.

Tess volvió a bajar el rostro a sus brazos y lloró, como una imbécil.

Jack había visto toda la escena y se preguntó por qué Delaney no era más discreto.

Dos horas después Jack se acercó a Tess porque no se había movido en todo ese tiempo.

—¿Estás dormida?

—No —dijo ella sin levantar el rostro.

—Llevas demasiado tiempo tomando el sol en la espalda.

—Ahora me bañaré y lo tomaré por delante.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre al notar que Tess sollozaba.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué lloras? —dijo sentándose en la hamaca de al lado.

—Cometí un error al casarme —dijo ella girando la cabeza para mirarlo —. ¿Crees que a Delaney le importaría que volviera a Nueva York?

—¿Quieres marcharte?

—Sí. ¿Podrías preguntárselo tú? Al fin y al cabo, tú hablas con él cada día. Yo no lo había visto desde el lunes. Dile que no lo pondré en un aprieto. Iré a casa de Carter y no saldré de allí.

—Si vas a casa de tu amigo tendrás que decirle lo que ocurre.

—No te preocupes, me inventaré algo. Por favor, Jack. Quiero irme.

—De acuerdo. Hablaré con él esta noche.

—Gracias.

—¿Quieres algo del bar?

—Un poco de agua no me vendría mal.

—¿Y algo de comer?

—No, gracias.

Jack fue al bar y pidió que le llevaran el agua a Tess. Luego volvió a su silla y cogió el libro que estaba leyendo. Bueno, el libro que hacía como que leía. Si tenía alguna duda de los sentimientos de Tess por Delaney ya había desaparecido. Ahora sabía con exactitud que Delaney era muy importante para Tess y que para ella, el acuerdo no era un negocio y no lo había sido nunca.

Tess tomó una ducha cuando subió a su habitación. No le apetecía comer, así que decidió dormir la siesta. Llamó a Jack para decirle que iba a acostarse y que le informaría si decidía salir.

Se despertó a las siete y media y se levantó.

Llamó a la puerta que comunicaba con el dormitorio de Delaney, aunque no sabía si él estaría allí. Y esta vez no se atrevió a abrirla sino que esperó hasta que él la abrió.

Delaney acababa de salir de la ducha y llevaba una toalla en las caderas. Tess iba en pijama.

—Hola.

—Hola —dijo ella—, ¿te molesto?

—Pues... iba a afeitarme.

—Adelante, haz lo que tengas que hacer, no te molestaré.

Delaney fue al baño y se puso la crema de afeitar. Luego empezó a pasarse la cuchilla.

Tess se acercó a la puerta del baño que estaba abierta y se apoyó en el marco.

—¿Sucede algo? —preguntó él al vela a través del espejo. Estaba en silencio y eso era raro en ella.

—¿Vas a salir a cenar?

—Sí.

—¿Puedo ir contigo?

Delaney la miró sonriendo.

—Solo por esta vez. Por favor. No te molestaré. Y hablaré solo si quieres que hable. Hoy no quiero cenar sola. Por favor.

—Lo siento, Tess, ya he quedado con alguien. Otro día, ¿de acuerdo?

—Claro, no pasa nada. Ya encontraré a alguien. Que te diviertas —dijo volviendo a su habitación y cerrando la puerta.

Delaney paró de afeitarse. Pensó en ir a decirle que cenaría con ella, pero no pudo hacerlo. La había tenido presente en su mente todo el día. No

podía olvidar lo que había sentido al acariciarla en la piscina.

Tess se sentía tan decepcionada, y tan sola, que volvió a meterse en la cama. Media hora después cogió el móvil y llamó a su amigo Steve, pero tenía el móvil apagado. Entonces llamó a Jack.

—Hola, Tess.

—Hola, Jack. Me preguntaba si querías cenar conmigo, en el comedor.

—Tess, sabes que no puedo hacerlo. Pero estaré cerca si decides bajar a cenar.

—Sabes, siempre he estado contenta en mi cumpleaños, pero hoy..., me siento tan sola.

—¿Es tu cumpleaños?

—Sí.

—En ese caso, cenaré contigo. Siempre y cuando me dejes invitarte.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Cuánto tiempo necesitas para arreglarte?

—Media hora.

—Tengo que hacer algo. ¿Te parece que nos veamos en el bar del restaurante en cuarenta y cinco minutos?

—Perfecto.

—Quiero que te pongas muy guapa, ¿de acuerdo? —dijo Jack porque sabía que Delaney cenaría esa noche en el comedor del hotel.

—Vale. Hasta luego.

Delaney acababa de sentarse en una de las mesas del comedor con una mujer. Antes de que pidieran la cena vio a Jack entrar en el restaurante. Se dirigió al bar y se sentó en un taburete.

Delaney se preguntó qué hacía allí en vez de ocuparse de Tess. Y dos minutos después obtuvo la respuesta a su pregunta.

Tess entró en el restaurante. Llevaba un vestido blanco de tirantes con un escote escandaloso. No era entallado, pero con el balanceo de su cuerpo, se marcaban sus caderas. El blanco hacía que resaltase su bronceado. Con las sandalias tan altas y el vestido tan corto, se le veían unas piernas larguísimas. Llevaba la parte de arriba del pelo sujeto y el resto le caía sobre los hombros. Se había puesto las joyas que le había regalado Carter para la boda. Estaba deslumbrante.

Delaney se dio cuenta de que las miradas de los hombres estaban fijas

en ella. Le molestó porque supuso que serían los mismos que la habían visto en la piscina, casi desnuda.

¿Estoy celoso? ¿Otra vez? Se preguntó Delaney.

Delaney intentaba seguir la conversación que mantenía con su acompañante, pero no era capaz.

Tess se acercó a Jack y él se levantó. Se acercó a ella y la besó en las mejillas para felicitarla.

¿A qué viene eso? ¿Qué está pasando aquí?, pensó Delaney al ver el comportamiento de Jack. *A estas alturas, la mayoría de la gente del restaurante ya sabrá que Jack es su guardaespaldas. ¿Qué pensarán al verle besándola? ¿Creerán que están liados?*

Jack pidió dos copas de vino y se apoyó en el taburete de la barra. Tess se sentó en el que estaba a su lado y lo giró para estar frente a él. Luego cruzó las piernas. A Delaney se le secó la boca.

Jack le entregó un estuche y Tess lo abrió.

Delaney pudo apreciar la sonrisa radiante que Tess le dedicó a Jack. La misma sonrisa que le dedicaba a él cada vez que lo veía.

—Jack, es preciosa —dijo Tess acercándose a él para abrazarlo.

Era una pulsera de oro blanco.

—¿No crees que es un poco grande? —preguntó ella sonriendo.

—Es para el tobillo.

—Ah. Me encanta —dijo ella abrazándolo de nuevo—. Voy a ponérmela.

—Dame, yo lo haré —dijo Jack agachándose para abrochársela.

—Me gusta muchísimo. Nunca he tenido una pulsera para el tobillo.

—Mi mujer llevaba una.

A Tess se le llenaron los ojos de lágrimas y volvió a abrazarlo.

A Delaney se lo llevaban los demonios. *¿Qué cojones significa todo eso?*

Además estaba cabreado porque Tess aceptaba joyas de todos, menos de él.

Jack y Tess se dirigieron a una mesa. Después de retirar la silla para que ella se sentara Jack se sentó frente a ella.

Jack había averiguado la mesa que Delaney tenía reservada y reservó una no muy lejos de la de su jefe. Y se aseguró de que Tess se sentara en donde Delaney pudiera verla de frente.

Tess había visto a Delaney cuando entró en el restaurante, pero no

volvió a dirigir la mirada hacia él en toda la velada.

Jack y ella estuvieron hablando durante toda la cena. Delaney la oía reír de vez en cuando y la veía hablar con Jack sonriéndole. Se sentía incómodo estando en el mismo restaurante que ellos.

Cuando Jack y Tess terminaron el postre se apagaron todas las luces del comedor y la estancia quedó iluminada únicamente por las velas de las mesas. Un camarero apareció por la puerta con un carrito y una tarta con las velas encendidas.

Delaney no se sorprendió, ya que era normal en el restaurante que obsequiaran a los que cumplían años.

—Jack, ¿qué has hecho?

—Un cumpleaños no está completo hasta que se apagan las velas.

A Delaney se le heló la sangre al ver que el camarero se había detenido en la mesa de Tess.

—Feliz cumpleaños —dijo Jack—. Apaga las velas, y no olvides pedir un deseo.

Tess sonrió. Cerró los ojos un instante y luego los abrió para soplar sobre la tarta.

El camarero les sirvió dos trozos y Jack le dijo que les sirviera al resto de los comensales.

Otro camarero se acercó con una botella de champán y les sirvió dos copas.

—En mi próximo cumpleaños ya habrá finalizado mi acuerdo con Delaney, pero me gustaría que cenáramos juntos —dijo Tess cogiendo su copa.

—Brindo por eso —dijo Jack acercando su copa a la de ella para rozarla.

Cuando Jack y Tess salieron del restaurante ella le preguntó si se podía utilizar la piscina por la noche y él le dijo que sí.

Jack la acompañó a la suite y la esperó sentado en el pasillo hasta que se cambiara. Cuando salió bajaron a la piscina. Jack se sentó en una de las tumbonas y Tess se lanzó al agua.

Delaney estaba en su habitación. Había subido con la mujer con la que había cenado, pero se deshizo de ella pronto, cosa que a ella no le hizo mucha gracia. Así y todo Delaney le dedicó un polvo de agradecimiento.

Delaney se había sentido mal al ver a Jack y Tess cenando tan divertidos. Y se sintió aún peor cuando les llevaron la tarta y supo la razón por la que Tess le había pedido que la llevara a cenar con él. De pronto volvió

a su mente el cuerpo de Tess en la piscina y la suavidad de su piel.

Sonó el teléfono de Delaney.

—¿Se ha acostado ya Tess?

—No, está en la piscina. Lleva más de media hora nadando sin detenerse. No puedes imaginar la energía que tiene esta chica. Es difícil agotarla.

Del pensó que en algún momento él se encargaría de agotarla. Lo único que necesitaba era una noche a solas con ella.

—Os he visto en el restaurante. ¿Desde cuando sabías lo de su cumpleaños.

—Lo he sabido hoy, a las ocho y media. Me preguntó si quería cenar con ella y le dije que no, pero al decirme que era su cumpleaños...

—¡Mierda! —lo interrumpió Delaney saliendo a la terraza y mirando hacia la piscina.

—Por tu reacción adivino que te pidió que cenaras con ella, antes que a mí.

—Sí, lo hizo, pero no me dijo que era su cumpleaños. De haberlo sabido la habría llevado a cenar.

—Creo que no te estás portando bien con ella. Siempre has cuidado bien de tus negocios. No creo que te cause ningún problema el que la lleves a comer o a cenar de vez en cuando. Con tus socios lo haces. ¿Te exige Tess demasiadas cosas?

—Nunca me ha pedido nada.

—Sé lo que está sucediendo, Del.

—¿Lo sabes?

—Te conozco bien. Tienes miedo.

—¿De Tess?

—No de ella. De lo que puedas llegar a sentir por ella. Apuesto a que ya te has dado cuenta de que es una buena chica.

—Nunca lo he dudado.

—Sabes, sé que estás evitando verla porque empieza a interesarte, y te aseguro que lo entiendo. Tú no mezclas los negocios con el placer. Pero, no va a pasar nada porque le concedas un poco de tu tiempo, aunque sea poco.

—Me conoces bien.

—Me ha pedido que te pregunte algo.

—¿Por qué te necesita a ti para hacerme una pregunta?

—No la has visto en varios días.

—He estado ocupado.

—Lo sé. Pero, si tomaras aunque solo fuera un café con ella...

—¿Qué es lo que quiere preguntarme?

—Quiere saber si te importaría que volviera a Nueva York.

—¿Quiere marcharse?

—Me ha dicho que iría a casa de su amigo Carter y que no saldría de la casa.

—Dejarla ir a casa de su amigo es lo último que permitiré que haga.

—Puedo convencerla para que vaya a casa y yo me encargaré de que no salga.

—¿Crees que debe marcharse?

—Supongo que tú eres quien tiene que decidirlo. Aunque..., me da la impresión de que si quiere irse se irá, con tu consentimiento o sin él.

—Hablaré con ella esta noche. Avísame cuando vaya a subir a la habitación.

—De acuerdo.

Delaney se duchó y se puso un vaquero y una camiseta. Luego salió a la terraza. Tess seguía nadando y él se apoyó en la barandilla contemplándola.

Poco después Tess salió de la piscina y se echó en una hamaca. A Delaney le hacía gracia verla allí, acostada sin hacer nada, y sola.

Tess pensaba en Delaney. Echaba de menos estar con él. Se había sentido muy mal cuando la rechazó para llevarla a cenar. Odiaba que Delaney se acostara con otras mujeres, o que cenara con ellas, o simplemente que estuviera al lado de alguna. Sabía que él no había infringido ninguna norma de su acuerdo, de hecho, las estaba respetando todas al pie de la letra.

Tess quería volver a casa para no tener que verlo, aunque no es que lo viera demasiado.

Deseaba que volviera a besarla. Imaginaba que para él los besos no significaban nada, pero ella los necesitaba. Y eso hacía que se cabreara consigo misma.

Delaney pensó que Tess estaría enfadada con él por no prestarle la más mínima atención desde que habían llegado. Y por no haber querido llevarla a cenar esa noche.

¡Maldita sea! Únicamente me ha pedido que la llevara a cenar conmigo. Y me lo ha pedido por favor.

Delaney entró en la habitación y se sentó en la mesa de despacho. Tenía correos que contestar y abrió el portátil. Quería estar ocupado para no pensar

en ella. Y estaba preocupado por volver a verla porque la deseaba y no estaba seguro de que pudiera controlarse. Estaba seguro que en algún momento perdería los papeles. Casi le había sucedido con el beso que compartieron en el avión.

Era poco más de media noche cuando Jack le envió un mensaje a Delaney diciéndole que iban camino de la habitación.

Delaney esperó media hora antes de llamar a la puerta que comunicaba su habitación con la de Tess. Al no contestar la abrió.

—Tess.

—Estoy en el baño, salgo enseguida.

—Tómate tu tiempo.

Tess terminó de ponerse crema en el cuerpo. Se secó el pelo con la toalla y se lo desenredó. Ya sentía su respiración acelerada por el simple hecho de saber que él estaba allí. Intentó tranquilizarse respirando profundamente varias veces.

—¿Te importa acercarme el pijama que hay sobre la cama?

Del lo cogió y se preocupó al ver el reducido tamaño de las prendas.

—Toma —dijo él desde la puerta del baño que estaba abierta.

Tess salió del baño poco después. Delaney la miró. Llevaba un minúsculo pantalón corto a la cadera y una camiseta de tirantes que dejaba ver desde el ombligo a las caderas. Delaney no pudo evitar mirar justo, ahí.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo ella sonriendo.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias. Aunque, como es más de media noche, ya no es mi cumpleaños —dijo ella sonriéndole.

—¿Por qué no me has dicho que era tu cumpleaños cuando has venido esta tarde a mi habitación?

—Has dicho que tenías una cita previa y no podía acompañarte.

—La habría cancelado.

—Eres muy considerado —dijo ella sonriendo de nuevo—. Dios, solo ha faltado que me arrodillara ante ti y te rogara que me llevaras contigo. Soy patética. Lo siento. ¿Te apetece tomar algo?

—Un whisky estaría bien. Quien lo siente soy yo. Debí haber cenado contigo —dijo él sentándose en el sofá.

—Olvídalo —dijo poniendo hielo en un vaso y llevandoselo a él con una mini botella de Chivas.

Delaney la miraba, descalza. Nunca había visto unas piernas tan preciosas.

—¿Tú no tomas nada?

—No, ya me he lavado los dientes. Me acostaré tan pronto te marches —dijo ella sentándose en el borde de la cama.

Tess no quería sentarse a su lado. Necesitaba estar alejada de él.

Delaney cruzó las piernas y extendió un brazo por encima del respaldo del sofá. Parecía tan relajado que Tess lo odió por ello.

—¿Por qué no te sientas aquí, a mi lado? —preguntó como si hubiera adivinado lo que Tess estaba pensando.

—También puedes venir a sentarte tú aquí.

—La cama no es un lugar muy cómodo para permanecer sentados. Pero, si es lo que quieres —dijo él con una sonrisa tentadora.

—Oh, mejor voy yo —dijo ella ruborizándose.

A Delaney le gusto el repentino cambio de color en sus mejillas. Tess no era inmune a él y eso le agradaba.

Tess fue hacia el sofá y se sentó lo más lejos posible de él.

—No te he comprado nada para tu cumpleaños.

—No necesitas comprarme nada.

—Eres mi mujer.

—Pues parece que no cumples muy bien —dijo ella sonriendo.

Delaney la miró un instante preguntándose si se refería a que no se veían mucho o a que no cumplía con ella, en la cama.

—Ya sabes que estoy muy ocupado.

—Lo sé. ¿Cuándo te has enterado que era mi cumpleaños?

—Cuando os han llevado la tarta a la mesa. Yo también estaba cenando en el restaurante.

—Lo sé.

—¿Sabías que estaba allí?

—Te vi cuando entré.

—No me has mirado ni una sola vez mientras cenabas.

—No es correcto mirar a otro hombre cuando estás acompañada.

—Yo si te he mirado.

—En ese caso eres tú quien no se ha portado correctamente —dijo ella con una cálida sonrisa.

—No he podido evitarlo. Estabas preciosa.

—Gracias, muy amable. Cuando te he visto me he preocupado por si no te parecía bien que Jack me invitara a cenar. Él no quería, pero he insistido. Parece ser que él es más fácil de convencer que tú.

—Jack ha jugado con ventaja. Sabía que era tu cumpleaños.

—No le pegarás ningún paquete, ¿verdad?

—Lo despediría si no hubiera cenado contigo. Siento no haber sido yo quien te acompañara.

—Bah, no importa —dijo ella moviendo la mano como si hablaran de algo insignificante—. Lo he pasado realmente bien con él. Y me ha regalado una pulsera preciosa —dijo levantándose para coger la pulsera de la mesita de noche.

Delaney tuvo oportunidad de verla caminar de espaldas y pensó en cuando estuvo acariciando esas nalgas en la piscina.

—¿No es preciosa? —dijo ella enseñándosela cuando volvió a sentarse a su lado.

—Es muy bonita.

—Es para el tobillo —dijo ella subiendo el pie al sofá para ponérsela.

—Lo sé. Vi como te la ponía Jack en el bar.

—Nunca había tenido una pulsera para el tobillo. Me encanta —dijo ella estirando la pierna para mirársela.

—Te sienta realmente bien. ¿Te estás divirtiendo?

—Las islas son muy bonitas. Y tu hotel es una maravilla.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Bueno..., supongo que sí.

—Entonces, ¿por qué quieres marcharte?

—Dos semanas es demasiado tiempo. Los días se me hacen tan largos que parece que no van a acabar. Delaney, tú estás muy ocupado, las veinticuatro horas del día, así que no notarás si estoy aquí o no. Te prometo que no saldré a la calle y nadie sabrá que estoy allí.

—Excepto tu amigo Carter. Jack me ha dicho que quieres ir a su casa.

—Ahora no tengo casa. Y con él no me sentiré sola.

—¿No tienes casa?

A Delaney le hervía la sangre al saber que prefería estar en casa con su amigo que en su propia casa.

—Es solo que... En tu casa no me siento del todo cómoda. Puede que no me haya acostumbrado todavía a vivir allí.

—¿Y en casa de tu amigo sí te sientes cómoda?

—Sí. Pero si lo prefieres iré a tu casa y me quedaré allí. Te prometo que no saldré a la calle. Y tampoco llamaré a nadie por teléfono. Nadie sabrá que estoy allí. Supongo que te costará muy caro llevarme de vuelta en tu avión, pero no te preocupes por eso, iré en línea regular. Compraré el pasaje ahora luego.

—Quieres marcharte porque prácticamente no nos vemos, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto que no! A mí no me importa que nos veamos o no. He visitado dos islas, he hecho submarinismo, he practicado surf..., pero si no te importa, me gustaría marcharme.

Delaney notó lo nerviosa que estaba y tenía los ojos brillantes como si estuviera reteniendo las lágrimas, y no quería que se sintiera así.

—¿Y si te digo que sí me importa?

—¿Por qué iba a importarte?

—Se supone que estamos de luna de miel. Me pregunto qué pensarán en el hotel si de repente te marchas?

—¿Eso es lo que te preguntas?

Él la miró sin saber si era una pregunta o una afirmación.

—Yo me pregunto que pensarán en el hotel, de que mi marido cene con otras mujeres y las lleve a su suite, en nuestra luna de miel.

Delaney sabía que ella tenía razón, pero por Dios, no quería que se fuera.

—Me gustaría marcharme. Pero si crees que pueden pensar que me marcho porque no te has portado bien conmigo, o porque alguien pueda filtrarlo a la prensa, me quedaré. Te aseguro que no pretendo perjudicarte.

—Me dijeron que te emborrachaste en la fiesta esa a la que fuiste en la playa.

—Es cierto. Lo siento —dijo ella riendo—. Espero que no se enterara nadie. Jack me entró por la puerta de servicio. Dios, pasé una noche fatal. Menos mal que él se quedó a dormir en mi habitación. Bueno, supongo que ya sabes hasta el más mínimo detalle. Le estoy dando mucho trabajo a Jack. Me temo que te estoy creando muchos problemas.

—No me importa que me crees problemas. Estás muy morena. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Esa pregunta confirma que no me iré a Nueva York.

—Prefiero que te quedes.

—De acuerdo. En cuanto a mañana..., no sé lo que haré. Lo pensaré

cuando me levante. Delaney, es tarde y supongo que mañana tendrás que levantarte temprano.

—Sí. Mañana te compraré tu regalo de cumpleaños.

—No tienes que comprarme nada.

—Estamos casados y puede que tus amigos te pregunten qué te he regalado.

—A mis amigos les importa un pimiento si me compras algo o no.

—¿Te ha llamado alguien para felicitarte?

—Claro, Carter, Logan, y tu hermano. Y además, esos tres ramos de flores son de ellos. Ha sido un detalle, ¿no crees?

—¿Cómo sabía mi hermano que era tu cumpleaños?

—Puede que se lo mencionara yo en algún momento.

—Siento no haberte felicitado. De haberlo sabido...

—Poco después de conocernos dijiste que tenías un informe detallado sobre mí y supongo que la fecha de mi nacimiento estaría en él.

—Supongo.

—Estoy segura de que no acostumbras a felicitar a tus socios por su cumpleaños —dijo ella sonriendo.

—¿Quieres cenar conmigo mañana?

—Del, no sé lo que haré mañana. Además, tú estás muy ocupado. No te preocupes por mí. Tú no tienes por qué entretenerme.

—¿Estás rechazando mi invitación?

—¡Vaya! Me da la impresión de que no te rechazan a menudo, pero tú me has rechazado hoy. Espero que no creas que eres superior a mí, porque lo único que nos diferencia es que tú tienes un poco más de dinero que yo —dijo ella con una deslumbrante sonrisa.

—Tienes razón —dijo él sonriendo—. Bueno, si algún día quieres comer, cenar, tomar un café conmigo, dímelo.

—Vale.

—¿Me acompañas a la puerta?

—¿Crees que te perderás por el camino si no lo hago?

Delaney se rio. Notó que Tess estaba otra vez intranquila y sospechaba que era porque temía que la besara.

—No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

—¿Cómo voy a enfadarme con un tío que tiene dos aviones?

Delaney volvió a reír. Bajó el brazo del respaldo de sofá y cogió a Tess por la cintura para arrastrarla hasta tenerla pegada a él.

—¿Me das un beso de buenas noches?

—Claro, sin problema —dijo acercándose a él y besándolo ligeramente en los labios.

Delaney iba a besarla pero Tess se apartó de él y se levantó del sofá. Delaney se sorprendió por la reacción. Y sintió pánico de que ella no deseara que la besara de nuevo.

Tess caminaba por la habitación de un lado a otro como un tigre enjaulado.

—¿Qué ocurre? —preguntó él con toda tranquilidad.

—¿Que qué ocurre? —dijo ella deteniéndose para mirarlo—. Ninguna mujer que esté en su sano juicio podría mirar una boca como la tuya y no darse cuenta del daño que podría hacerle a su sistema nervioso. El mío ya está resquebrajado, y sin tú haber hecho absolutamente nada.

Delaney esbozó una sonrisa en sus labios.

—Los hombres como tú son conscientes del efecto que ejercen en una mujer. No puedo culparte, desde luego. Y además, supongo que tú no eres responsable de ello.

Delaney la miraba divertido y algo sorprendido. No, muy sorprendido por sus palabras.

—Supongo que para ti es un halago oír algo así, a pesar de ser yo quien lo dice. Y por tu mirada deduzco que te parece divertido.

—He de admitir que sí, me ha sorprendido, pero no porque hayas sido tú quien lo ha dicho. No es la primera vez que me sorprendes con tus palabras, y creo que me sorprenderás algunas veces más en el futuro.

—Esto de los besos empezó por una tontería. Descubriste que no tenía mucha experiencia y decidiste hacer una obra de caridad con la pobre chica inexperta.

—Yo no creo que seas una pobre chica. Algo inexperta sí, pero si no recuerdo mal, la última vez que nos besamos habías mejorado mucho —dijo él sonriendo porque recordaba el último beso, en el avión y Tess le hizo casi perder el control.

—He tenido un buen maestro. Lo que quiero decir es que tú eres un hombre con más experiencia que yo.

—Apuesto a que eso es cierto —dijo él con una sonrisa traviesa.

—¿Por qué me interrumpes?

—Perdona. Sigue —dijo él divertido.

—Lo que quiero decir es que tú repartes besos indiscriminadamente

porque estás acostumbrado, y aunque eres un genio besando, los besos no significan nada para ti. Pero para alguien como yo, es diferente.

—¿Qué quieres decir?

—¡Dios! ¿Siempre eres tan impertinente? ¿Por qué no cierras la boca? Déjame al menos terminar. ¿Crees que es fácil hablar de esto con alguien como tú? Si solo con mirarme haces que me olvide de lo que estoy hablando.

—No diré ni una palabra más —dijo él intentando no reírse.

—Tienes que comprender algo, Del. A mí nadie me ha besado como lo haces tú. Puede que yo tenga algún problema que no llego a comprender... Cuando me besas es como... —Tess dejó de hablar por un instante tratando de encontrar las palabras adecuadas—, es como..., como si algo me retuviera pegada a ti y no me permitiera apartarme. Es como..., como si estuviera hipnotizada, eso es, hipnotizada —dijo satisfecha al haber elegido esa palabra—, y me obligara a besarte, y a no querer parar.

Tess volvió a pasear por la suite. Delaney la miraba admirando su figura y su sensual manera de caminar. Notó lo intranquila que estaba.

—Esto de los besos me tiene muy confundida. Sé que las mujeres se volverían locas por besarte. Y me preocupa que pienses que yo pueda tener algún interés en ti, porque nada más lejos de la realidad. Yo no soy una mujer de negocios, pero me considero lo bastante inteligente, para saber que los negocios deben separarse del placer. Lo que quiero que entiendas es que no te beso porque me guste. No quiero decir con ello que me disguste —dijo ella aturdida—. Es más, a veces echo de menos verte solo por la expectativa de que puedas besarme. ¡Dios! Tus besos son adictivos.

Tess dejó de hablar por un instante. Delaney aprovechó para asimilar las palabras de ella.

—Lo único que quiero que sepas es que los besos son solo eso, besos. Seguro que en alguna ocasión has llegado a pensar que me estoy entregando a ti como una zorra —dijo ella con una risa nerviosa.

Delaney estaba mirándola atentamente, y muy complacido. Seguía en silencio porque no sabía si Tess había terminado y no quería interrumpirla.

Tess advirtió que él la miraba fijamente.

—Ya he terminado —dijo soltando una carcajada—. Joder, ahora me siento ridícula por haberte dicho todas esas chorradas, pero ya no puedo dar marcha atrás. Siento haberte hecho perder el tiempo.

—Estar contigo no es perder el tiempo, nunca lo ha sido.

—Por otra parte me alegro de haberte hablado de ello porque me tenía

un poco preocupada. Y supongo que es mejor que todo haya quedado claro, para evitar malentendidos.

—Todo ha quedado muy claro —dijo Delaney más confundido que nunca porque nada le había quedado claro.

—Gracias por escucharme.

—¿Quieres una copa?

—Sí, gracias. Estoy un poco intranquila.

—Siéntate, ya has paseado bastante —dijo cogiendo su vaso y levantándose.

—Cuando estoy nerviosa prefiero estar en movimiento.

Delaney volvió a sentarse en el sofá a su lado y le dio el vaso.

—Por los besos sin intención —dijo rozando el vaso de ella y tomando los dos un sorbo del whisky—. ¿De verdad echas de menos verme por la expectativa de que te bese?

—¿A partir de ahora vas a bromear con todo lo que te he dicho?

—Por supuesto que no. Quiero preguntarte algo.

—¿Qué?

—¿Todo lo que has dicho, es cierto?

—¿Crees que habría estado tan nerviosa de no haber sido cierto?

Además, yo no suelo mentir. Y si alguna vez lo hago es por un motivo importante.

—¿Como cuando me has dicho esta mañana que estabas en la playa?

—Es que no quería verte —dijo ella sonriendo.

—¿Podré volver a besarte?

—No tienes que volver a hacerlo. Con los besos me dejé llevar por mi vena romántica.

—¿Eres romántica?

—Supongo que sí. De lo contrario no se me ocurrirían algunas cosas de las que digo, o pienso.

Delaney se bebió de un trago lo que le quedaba en el vaso. Supo que si seguía allí un minutos más, con ella, saborearía de nuevo el sabor de sus labios. Aunque eso era lo que realmente deseaba. Había besado a muchas mujeres a lo largo de su vida, pero con ninguna había sentido lo que sentía besándola a ella. No pudo evitar la tentación.

Delaney se acercó a ella y la besó sutilmente. El sabor de Tess era frío y cálido al mismo tiempo, y dulce, muy dulce. Sintió una necesidad casi desesperada por saber en cual de sus sentidos podía confiar. El ansia que Tess

despertaba en él lo recorría por dentro.

Tess respondió a su beso con ardor y lo abrazó con fuerza sintiendo como el cuerpo de Delaney latía contra el suyo.

Cada vez que él la besaba su corazón le decía que su lugar estaba exactamente ahí, con él. La boca de Delaney tenía algo especial.

Ella le besaba con anhelo, deslumbrada por la suavidad, el sabor y el calor.

La boca de él se movía contra la suya con una lentitud sabia y atormentadora, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo. A Tess empezó a darle vueltas la cabeza mientras las manos de Delaney se movían suavemente entre su pelo.

El beso se prolongó prendiendo una chispa que podía arder en cualquier momento. Y continuaron pegados el uno al otro, hasta que ambos tuvieron que tomar aire.

Cuando Delaney se apartó, la expresión y la mirada de Tess le dijeron que era suya y que podría hacer con ella lo que quisiera.

Delaney se levantó del sofá como si tuviera un resorte. Cada vez que la besaba ponía a prueba su autocontrol.

Tess apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. De pronto los abrió y lo miró.

—¡Dios! Ha sido un beso osado y tan brillante como el sol en un tórrido día de verano —dijo Tess sin ni siquiera darse cuenta de las palabras que acababa de pronunciar.

Delaney la miró intensamente.

—Veo que tu vena romántica vuelve a estar activa —dijo él sonriendo.

—Lo siento, lo he dicho sin pensar.

—No deberías sentirlo. Es lo más bonito que me ha dicho nadie en la vida —dijo él dedicándole una sonrisa—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Delaney se dirigió a la puerta que daba a su habitación.

—Un momento —dijo Tess levantándose y acercándose a él—. Quiero decirte algo.

—Parece que lo guardabas todo para esta noche.

—No tengo muchas oportunidades de verte y tengo que aprovechar ahora que te tengo aquí.

—¿Qué quieres decirme?

—No quiero que Jack me persiga a todas partes. No soy una niña.

—Soy muy consciente de que no eres una niña, creeme. Y Jack no te persigue, simplemente cuida de ti.

—¿Te gustaría que yo contratara a alguien para que fuera a dos metros de ti a todas partes?

—No podrías permitírtelo —dijo él sonriendo.

—¿No puedes concederme eso?

—Yo no hago concesiones.

—No creo que te haya pedido muchas cosas desde que nos conocemos. Si no recuerdo mal únicamente te pedí que me llevaras a cenar hoy, y no lo has hecho. Ah, también te he dicho que quería volver a Nueva York y, vaya, tampoco has aceptado.

—Siento no haberte concedido esas dos cosas. Ahora tienes otra para añadir a la lista.

—Lo haces por si me secuestran, ¿verdad? Para no tener que pagar el rescate.

—Si se diese el caso, pagaría lo que me pidieran.

—Si cuando me ofreciste el maldito acuerdo me hubieras dicho que tendría que llevar a un guardaespaldas pegado a mis talones, no habría aceptado.

—Demasiado tarde, cielo.

—Antes de aparecer yo, Jack se ocupaba de tu seguridad, y desde que te ha salido a la luz esa vena protectora, tú estás libre como un pájaro, mientras yo me siento prisionera.

Delaney se rio.

—Lo siento, pero Jack te acompañará adónde vayas.

—¿Les pones guardaespaldas a tus socios?

Delaney la miró sonriendo. Le gustaba verla enfadada. Y deseaba besarla, de nuevo.

—Sabes, me has dicho en varias ocasiones que tú no haces lo que no quieres hacer. Y tengo que decirte que yo tampoco.

—¿Y?

—Que no voy a volver a pedírtelo. De hecho, nunca más volveré a pedirte nada. Ahora me limito a informarte que no quiero que Jack vaya detrás de mí.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Creía que eras más listo. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Delaney entrando en su dormitorio y cerrando

la puerta tras él.

Tess cogió el vaso de whisky y salió a la terraza. Todavía le temblaban ligeramente las manos y las piernas por todas las sensaciones que había experimentado. Y eso con un simple beso. Se preguntaba qué sentiría si Delaney le hiciera el amor.

¿Un simple beso? pensó Tess sonriendo. *¿A quién quiero engañar?*

Tess se sentó en una de las butacas y puso los pies sobre la mesita que tenía delante. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos dispuesta a aclarar su mente porque se sentía muy confundida.

Después de media hora debatiéndose con sus pensamientos decidió que por mucho que echara de menos sus besos, era mejor estar lo más lejos posible de él. Lo mejor sería que no lo volviera a ver hasta que volvieran a casa.

Cada vez que se besaban sus esperanzas se renovaban pensando que él sentía algo por ella, pero no podía engañarse ni hacerse ilusiones.

Delaney estaba en la cama sin poder conciliar el sueño. En su mente daban vuelta las palabras de Tess. *Ha sido un beso osado y brillante como el sol en un tórrido día de verano.*

Las mujeres le habían dedicado palabras agradables a lo largo de su vida, pero jamás se había sentido tan complacido como cuando Tess pronunció esa frase tan... romántica.

Delaney también se sentía muy aturdido cada vez que se besaban. Había besado a muchas mujeres de igual forma, con la misma pasión que la besaba a ella. La diferencia era que con ninguna había sentido lo que sentía al besar a Tess.

Delaney volvió a recordar el beso que acababan de compartir y se dio cuenta de que la sangre empezaba a hervir de nuevo en sus venas.

Al día siguiente, Tess fue a correr por la playa a primera hora de la mañana, como hacía a menudo.

Después de ducharse llamó a su amigo Steve para decirle que iba a ir a la playa. Él le dijo que se reuniría con ella sobre la una y que llevaría la comida.

Comieron juntos y pasaron la tarde tomando el sol y hablando.

Cuando Tess subió a su suite se encontró a Delaney tomando una copa

sentado en su sofá.

—Hola —dijo ella sorprendida.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? Si has venido para hablarme de nuevo de Jack puedes ahorrártelo. Me ha vigilado durante todo el día.

—Lo sé. Me ha dicho que has pasado el día en la playa.

—Sí. Estoy morena, ¿eh?

—Supongo que estarás usando protección solar.

—Por supuesto. No hace falta que me interrogues —dijo ella sonriendo—. Jack ya te habrá informado de dónde he estado y con quien.

Delaney se cabreó. Sabía que el tal Steve había estado con ella toda la tarde y habría sido el encargado de ponerle crema en el cuerpo. Aunque no quiso preguntar a Jack sobre ese detalle.

—Delaney, perdona pero he quedado para cenar y tengo que ducharme.

—¿Con quien has quedado?

—No creo que eso sea asunto tuyo. Yo no te pregunto donde has estado, ni con quien, precisamente, porque no es asunto mío.

—¿Y si te digo que tengo una cena y quiero que me acompañes?

—¡Ja! Eso tiene gracia —dijo mirándole con una sonrisa—. Has salido a cenar cada noche y no me has necesitado. Cualquiera de tus amigas estará encantada de acompañarte.

—¿Me estás rechazando?

—Duele, ¿eh? —dijo ella sonriendo—. Así me sentí yo cuando no quisiste que te acompañara a cenar. Puede que hubiera aceptado si me lo hubieras dicho con tiempo, pero ya he quedado.

—Ayer te pedí que cenaras hoy conmigo.

—Cierto, pero sé que en realidad no quieres cenar conmigo. Y no necesitas tenerme lástima. No eres el único hombre del mundo, ¿sabes? Delaney, tengo que ducharme ya o llegaré tarde —dijo ella dirigiéndose al baño—. Hasta la vista.

Tess se reunió con Steve en el bar del restaurante. Lo pasaron bien. Luego fueron a la discoteca del hotel y estuvieron bailando hasta después de medianoche. Y para que Delaney se cabrease más invitó a Steve a tomar una última copa en su habitación. Empezaron a hablar y no pararon hasta las tres de la madrugada en que el chico decidió marcharse.

Al abrir Tess la puerta para que Steve saliera vio a Jack sentado en el sofá del pasillo. Tess puso los ojos en blanco y Jack le sonrió. Tess le dio las buenas noches y el guardaespaldas se marchó.

Delaney había llamado a Jack después de media noche y estaba cabreado cuando le dijo que había cenado con ese tío y que estaban en la discoteca.

Y todavía se cabreó más cuando hablaron dos horas después y Jack le informó que la pareja estaba en la habitación de Tess desde hacía más de una hora.

Era domingo. Tess apagó la alarma del móvil a las seis menos cuarto de la mañana interrumpiendo su primer sueño sexual cuyo protagonista era, él. Se levantó sudando y hambrienta.

Se duchó mientras le subían el desayuno. Luego metió unas cuantas cosas en la mochila. Desayunó, se lavó los dientes y se vistió. Luego escribió una nota para Delaney, que dejó sobre el escritorio.

Tess había quedado con Jack en recepción a las ocho para ir a correr. Viendo que eran las ocho y media y Tess no había bajado subió a buscarla.

Llamó a la puerta varias veces y al ver que no abría utilizó la llave maestra para entrar. La habitación estaba vacía, cosa que él ya había sospechado. Cogió la nota que había sobre el escritorio y bajó al despacho de Delaney.

Llamó a la puerta y entró sin esperar contestación. Cerró la puerta tras él.

Delaney estaba hablando por teléfono y Jack se sentó en la butaca delante de la mesa.

—¿Tess no se ha levantado todavía? Creía que iba a correr —dijo Delaney después de colgar el teléfono.

—Habíamos quedado a las ocho en recepción y al ver que no bajaba he subido a su habitación. Ella no estaba allí. He encontrado esta nota para ti —dijo Jack dándole el sobre.

Delaney abrió el sobre, sacó la nota y la leyó.

Yo no necesito que un tío me haga concesiones. Yo hago lo que quiero, como tú. No soy uno de tus empleados ni una de tus mujeres. Puede que seas un hombre poderoso, pero tu poder no se extiende hasta mí. Tú no tienes

ningún poder sobre mí, y nunca lo tendrás.

—A esta chica le gusta desafiarme.

—¿Qué dice la nota?

Delaney se la entregó y Jack no pudo evitar sonreír.

—¿A qué se refiere?

—Me dijo que no quería que la siguieras, y no acepté. ¿Crees que estará de camino a casa?

—Solo me llevará unos minutos saberlo.

—Jack, averigua donde está.

—Si sigue en las islas no será difícil encontrarla.

—Esa chica es una insensata. Creo que ya me he arrepentido de casarme con ella.

—Vaya, ella dice lo mismo —dijo el hombre sonriendo—. Te llamaré cuando la encuentre.

Jack salió del despacho con una sonrisa en los labios. Tess no sabía que a alguien como Delaney no se le podía desafiar.

A las tres y media de la tarde Tess entró en un hotel, en otra isla. Se dirigió a recepción a recoger la llave de la habitación.

Jack se acercó a ella y Tess soltó un bufido al verle.

—Parece que no te gusta que esté aquí.

—Sabía que no tardarías en aparecer —dijo Tess cogiendo la llave que le entregaba el recepcionista y dirigiéndose al ascensor. Jack fue tras ella.

—¿Por qué has venido?

—Tengo que hacer mi trabajo —dijo el hombre entrando en el ascensor detrás de ella.

—Siento haberte dado plantón. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Lo sé. Delaney está preocupado.

—¿Sabes que tu jefe es odioso? —dijo ella saliendo del ascensor y caminando por el pasillo.

—Conmigo no —dijo Jack esperando junto a ella para que abriera la puerta de la habitación—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Y olvídate de las formalidades, estamos solos.

Jack entró tras ella y cerró la puerta.

—¿Has comido?

—Sí, tomé un sándwich mientras te esperaba.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres una copa?

—No, gracias —dijo sentándose en un sillón y mirando a su alrededor

—. Esta habitación es bastante sencilla.

—Es suficiente para mí. Delaney piensa que soy de su propiedad.

¿Quién se cree que es?

—¿Te has marchado porque no accedió a que yo fuera detrás de ti?

—En parte. No me gusta que me impongan nada, y menos aún que me prohíban nada. Delaney cree que porque hemos firmado un papel en el que dice que estamos casados ya le da derecho a mangonearme.

Jack se rio.

—No tiene gracia, Jack.

—Te aseguro que te entiendo, pero te aconsejo que no hagas enfadar a Delaney.

—¿Crees acaso que le tengo miedo? Porque si piensas eso estás muy confundido.

—Serás una de las pocas personas que no le temen.

—Solo llevamos una semana casados y ya me he arrepentido. En realidad me arrepentí tan pronto llegamos aquí y me explicó cual iba a ser mi situación. Sabes, estoy harta de sus palabras, de sus advertencias, de sus interrogatorios, de sus órdenes. Quiere saber exactamente dónde he estado en cada momento y con quién. ¿A él que le importa? Y siempre diciéndome que sea discreta cuando salga con hombres. ¡Qué hombres! Yo no salgo con ningún hombre. Pero claro, tiene que cuidar su reputación. Es un arrogante egoísta. Un manipulador. Se preocupa por lo que pueda hacer yo, pero no se para a pensar en lo humillada que yo pueda sentirme por lo que hace él. Él, por supuesto, no necesita ser discreto. Sabes, a mí no me importa que esté con otras mujeres, pero la prensa va tras él y... Sé que no tiene que pensar en mí porque solo soy uno de sus negocios, pero ambos estamos en él. Puede que para su familia sea normal que salga con otras mujeres, aunque esté comprometido, o casado, pero en mi mundo, eso no está bien. A mí me importa lo que piensan mis amigos, mis jefes, mis compañeros de trabajo... —dijo Tess secándose las lágrimas—. Siento que tengas que aguantar mis tonterías.

—No son tonterías. Y no tengo nada mejor que hacer.

—Tú no tienes culpa de que tu jefe sea un capullo, un cretino, un arrogante, un engreído y un desalmado que no tiene corazón.

—Puede que tengas razón en algunas cosas, pero te aseguro que Delaney

tiene corazón.

—No voy a volver, Jack. Prefiero quedarme aquí. Delaney me hace sentir tan mal... Apuesto que has sido tú quien ha descubierto que me había ido. De no ser por ti, Delaney ni siquiera notaría mi ausencia. Desde que llegamos a las islas no ha tenido el detalle ni siquiera de invitarme a un refresco. No tiene ni unos minutos para mí. ¿Sabías que el día de mi cumpleaños le pedí que me llevara a cenar? Se lo pedí por favor. Solo me faltó suplicarle. ¡Qué estúpida! Nunca volveré a pedirle nada, ni a rebajarme ante él, jamás.

—No sé que decirte. Sé que el mundo en el que se mueve Delaney es diferente al que tú estás acostumbrada, pero te aseguro que es una buena persona.

—No te lo discuto. Y no tienes que preocuparte porque no tengo intención de amargarle la existencia, en los trescientos cincuenta y ocho días que nos quedan de casados —dijo secándose las lágrimas de nuevo—. Lo siento. Me he dejado llevar porque eres tú.

—¿Estás contando los días que te quedan para terminar con él?

—Sí. Cuando volvamos a casa, a su casa —dijo ella rectificando rápidamente—, pondré un calendario en la pared de mi habitación, como cuando estaba en el internado e iba tachando los días hasta que llegaban las vacaciones. Así sabré exactamente los días que me quedan para conseguir la libertad.

—Cuando volvamos a casa todo será diferente.

—Y que lo digas. Voy a intentar estar ocupada dieciséis horas al día, así no tendré que verlo.

—Tendrás que acompañarle a cenas, a fiestas...

—¿Estás seguro de eso? No creo que esté interesado en que le acompañe. Desde que anunciamos nuestro compromiso ha acudido a muchas cenas, actos benéficos y fiestas y yo nunca he sido su acompañante. ¿Crees que eso va a cambiar? Permíteme que lo dude. Cuando lo conocí era un hombre totalmente diferente del que es ahora. Cuando me llevaba a cenar o me acompañaba a casa..., era distinto. Era dulce y tierno. Era simpático y divertido. Sin duda fingía que le gustaba estar conmigo para conseguir lo que quería. Ahora las cosas han cambiado. No quiero decir que ya no sea dulce, tierno o divertido... Ahora no puedo opinar, sencillamente porque evita el verme.

Jack no sabía qué decir. Se daba cuenta de lo mal que se sentía Tess y de

cuanto le importaba Delaney.

—Ya puedes marcharte, Jack. Dile a tu jefe que estoy bien. Te prometo que no saldré del recinto hotelero.

—Me quedaré contigo.

—No hace falta. ¿Sabes a que hora nos marcharemos el domingo?

—Si no cambian los planes, a las seis de la tarde.

—Volveré antes de esa hora.

—¿Vas a quedarte aquí toda la semana?

—Sí. Quiero relajarme, y cuando él está cerca te aseguro que no me siento precisamente relajada.

Jack disimuló una sonrisa.

—Siento haberme marchado sin decírtelo. Espero no haberte causado problemas.

—No te preocupes por eso, yo tampoco le tengo miedo a Delaney —dijo él sonriendo.

—Te agradecería que no comentaras con él lo que te he dicho.

—Tess, lo que hablamos tú y yo, no entra en mi trabajo.

Los siguientes días Tess siguió una rutina. Jack decidió estar con ella todo el tiempo posible.

Y ya no iba detrás sino a su lado.

Cada mañana salían a correr temprano por la playa. Pasaban la mañana en la piscina del hotel y a veces comían allí. Otras veces pedían que les subieran la comida a la habitación.

Después de comer Tess solía dormir la siesta y Jack se retiraba a su habitación.

Jack estaba sorprendido de que ella no saliera a divertirse, ni siquiera quería ir a conocer la isla. Jack sabía que estaba triste e intentaba sacarla a cenar.

Muchas tardes iban al gimnasio, y otras iban a uno de los salones a jugar al ajedrez. Aunque Tess no lograba concentrarse.

Jack hablaba cada noche con Delaney para informarle de lo que Tess había hecho durante el día. Pero Delaney no la llamó ni una sola vez.

Tess y Jack volvieron al hotel de Delaney el viernes a las siete de la

tarde.

Cuando iban camino de la suite, Tess le dijo a Jack que tan pronto se cambiara bajaría al gimnasio y que luego cenaría en su habitación y ya no saldría.

Tess encontró sobre el escritorio un paquete de regalo pequeño y un sobre con una nota. Abrió el sobre. La nota solo decía *Feliz cumpleaños*. Pensó ignorar el regalo, pero al final lo abrió. Era un precioso reloj Patek Philippe con la esfera de color azul claro bordeada de zafiros.

Delaney llamó a la puerta que comunicaba con el dormitorio de Tess a las diez y media de la noche. Ella estaba en la cama y le dijo que entrara.

Cuando Tess lo vio no pudo evitar dedicarle una sonrisa radiante que le iluminó el rostro. Una sonrisa que hizo que a Delaney se le erizara el vello.

Tess supo, por su mirada fría, que estaba enfadado. Se incorporó en la cama abrazando a su osito.

—Hola.

—Hola —dijo ella—. Te he echado de menos. No sabía que se podía echar de menos a alguien a quien casi no se ve.

—Yo no puedo decir que te haya echado de menos.

—No me importa. Jack me ha dicho que mañana querías pasar el día conmigo.

—Eso no es lo que deseo.

Tess se sintió como si le hubiesen echado un cubo de agua helada por la cabeza.

—Pensaba que nunca hacías lo que no querías. No hace falta que te esfuerces en pasar el día conmigo. Te aseguro que sobreviviré.

—Lo hago por las fotos. Sé que querrás enseñarle a tus amigos las fotos del viaje.

—Bah, no te preocupes por eso. Les diré que el último día se me cayó la cámara al agua en alguna excursión. Si eso era todo lo que querías decirme..., me gustaría dormir.

—Eso no era todo. Me tienes muy cabreado.

—¿Qué he hecho ahora?

—Me dijiste que siempre le hacías la contraria a tu madre.

—Le hacía la contraria porque ella quería que me casara con un millonario, y los millonarios no me gustan. Y ya ves, al final he tenido que

cargar con uno.

—Y ahora que ella no está, para que le hagas la contraria, te has centrado en mí, ¿es eso?

—No sé de que demonios estás hablando.

—Cada vez que nos vemos me desafías con algo.

—¿Yo?

—¿Ves a alguien más en la habitación?

—Mira, guapo. Si estás cabreado porque me marché sin decirte nada, no es motivo suficiente. Tú no me informas de todos tus movimientos. Y si crees que porque seas mi marido, o porque seas millonario me vas a intimidar, estás muy confundido.

—Te marchaste temprano para que Jack no te viera.

—Me marché temprano porque el barco salía temprano.

—Y te fuiste porque no accedí a tu petición.

—Perdona, creo que te dejé claro que nunca volvería a pedirte nada. Y todavía te dejé más claro que no quería que Jack me siguiera. Yo tampoco hago lo que no quiero hacer.

—¿Va a ser así todo el año?

—Ya solo quedan trescientos cincuenta y dos días.

—¿Estás contando los días que quedan?

—¿También tienes problemas con eso? Sabes, ahora sé que cometí un error al casarme contigo y deseo que el tiempo pase rápidamente. Ahora entiendo porque estás soltero. Eres un cabrón arrogante que cree que soy de su propiedad.

—Eres muy delicada. Me estás creando muchos problemas.

—Eso tiene fácil arreglo. Si quieres nos divorciamos.

—Eso es lo que te gustaría, ¿verdad? Así conseguirías lo que te ofrecí, sin cumplir tu parte.

—Yo no firmé ningún documento sobre nuestro acuerdo, así que no te preocupes por eso, puedes quedarte con todo. No es muy agradable estar casada contigo, ¿sabes?

—¿Qué esperabas?

—Lo cierto es que no esperaba nada. El problema es que tú me das menos que nada. Mira, Stanford, para evitar discusiones, lo mejor es que no te metas en mis asuntos, y yo no me meteré en los tuyos. Acordamos que cada uno seguiría con su vida, así que... Yo no necesito guardaespaldas ni chófer. No voy a pedirte nada en los días que nos quedan de soportarnos. Nunca más te

pediré nada. Jamás.

Delaney se preguntó como podía haber pasado tan rápidamente de una posición de superioridad a otra de víctima en la discusión.

—¿Qué ha pasado? Era yo el que estaba cabreado. ¿Cómo has conseguido cambiar todo para que me sienta culpable? Ahora eres tú quien está enfadada.

—Yo no estoy enfadada. Pero, igual que a ti, a mí tampoco me gusta que me desafíen. Y quiero que te quede claro que voy a permitir que Jack me siga porque me cae bien, pero también quiero que sepas que lo despistaré siempre que quiera.

—No subestimes a Jack, y sobre todo, no me subestimes a mí.

—¿Ahora quién está desafiando a quién? —dijo ella riéndose.

—¿Te parece gracioso?

—Cariño, podría desaparecer en un pis pas si me lo propusiera y tú, con todo tu poder y todos tus millones, no podrías encontrarme —dijo ella saliendo de la cama y dirigiéndose a la terraza para abrirla.

—¿Te das cuenta? Otra vez estás desafiándome. Nadie se atreve a hacerlo.

—Puede que los demás te tengan miedo.

—Pero tú no me temes.

—Por supuesto que no. Sabes, Delaney, al hacerme todos esos regalos sencillos, que para ti eran insignificantes, pensé que eras alguien especial y que tenías una innata sensibilidad. Ahora sé que estaba equivocada. Eres un hombre insensible, frío, y cruel. Y sabes otra cosa. Ya no quiero dormir con el osito —dijo ella cogiéndolo de la cama y tirándolo a la papelera que había junto al escritorio.

Delaney desplazó la mirada hasta la papelera pensando en los rubíes.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo ella sonriendo—. Me arrepentí de habernos casado el primer día que llegamos aquí, pero lo miraré por el lado bueno. En trescientos cincuenta y dos días obtendré mi libertad. Y puedes estar tranquilo porque en esos días que nos quedan, ni siquiera notarás que existo. Así que no tienes que preocuparte por nada.

Sonó el móvil de Tess.

—Discúlpame, esperaba esta llamada —dijo ella contestando—. Hola señor Parker. Siento no haber atendido su llamada pero estaba en una reunión —dijo poniendo el manos libres y abriendo la agenda.

—No importa.

Delaney pensó que tal vez debería marcharse pero le intrigaba esa llamada. Se sirvió una copa y se sentó en el sofá mirándola y pensando que esa chica tenía agallas. Y de pronto se dio cuenta de que a pesar de que nadie se atrevía a desafiarlo, le gustaba que ella lo hiciera.

—¿Ha pensado en las fechas que le propuse?

—Lo hablé con mi cliente y él preferiría ir la próxima semana.

—Lo siento. Ya le dije que tenemos otro compromiso para la semana que viene y también para la siguiente.

—Fue usted quien se puso en contacto conmigo, supongo que porque estaba interesada.

—Por supuesto que estoy interesada. Leí el ejemplar que me envió y creo que es fantástico, pero no se confunda. Su cliente es un escritor novel y a él le interesa más que a nosotros. Supongo que estará al corriente de que nuestra librería es la más importante de Nueva York. El que su cliente venga a firmar con nosotros sería un gran paso, y le abriría muchas puertas. Yo me encargaría de ello.

—Sí, es cierto. Pero si le concediera la próxima semana...

—Señor Parker —dijo Tess mirando a Delaney y sonriendo—, yo no hago concesiones. Su cliente es libre o no de aceptar nuestra propuesta. Podría reservarle del trece al diecisiete del próximo mes. Antes y después de esa fecha tenemos la agenda completa. Háblelo con su cliente. Mañana tengo un viaje de negocios y no volveré hasta el martes. Esperaré su llamada ese día.

Hubo un corto silencio.

—De acuerdo. Mi cliente estará disponible esas fechas.

Tess escribió en la agenda los días que había mencionado.

—Estupendo. Le enviaré un correo con el nombre del hotel donde su cliente tendrá una suite reservada. Y me encargaré de que un vehículo esté en el aeropuerto esperándole.

—Gracias.

—Por cierto. ¿Su cliente es tan atractivo en persona como en la foto de la contraportada del libro?

—Según mi novia, es mucho más atractivo en persona.

—Bien. Dígale que no haga planes para cenar el viernes doce. Y que le llamaré antes de recogerle en el hotel.

—Se lo diré. Gracias por todo.

—Siempre es un placer tratar con usted. Hasta pronto —dijo ella antes de colgar.

—Vaya, me tienes impresionado. ¿Tú tampoco haces concesiones? —dijo él sonriendo.

—En lo referente al trabajo, no. Terminemos nuestra conversación. Y disculpa la interrupción.

—No importa. Creía que ya habíamos terminado. ¿Tienes algo más que decirme? ¿Algún insulto más que dedicarme? ¿Quieres desafiarme de nuevo?

—Estás muy susceptible.

—¿Vas a acostarte con ese escritor?

—Veo que te tomas a broma todo lo que te digo —dijo ella riendo—. Creo que ya he descubierto porque me elegiste a mí.

—¿Lo sabes? —dijo él sonriendo.

—Me elegiste por mi edad. Apuesto que pensaste que al ser tan joven, y tú con tu experiencia con las mujeres, sería dócil, obediente y sumisa, y que podrías someterme a tu antojo. Y ahora te has encontrado con que soy todo lo contrario a lo que esperabas. Yo soy una buena persona, Del.

—Nunca lo he dudado.

—El problema es que tú confundes el ser buena persona con ser estúpida. Y yo, no lo soy. Puede que no tenga demasiada experiencia en las relaciones hombre mujer, pero en el resto... Yo no voy a dejarme avasallar ni por ti ni por nadie. No voy a permitir que un millonario engreído me mangonee. Así que no te confundas conmigo. Y ya está bien de hablar, es tarde y quiero dormir. Si no quieres nada más... Desde que te conozco comprendo mejor mi reticencia a salir con millonarios.

—Me gustaría pasar mañana el día contigo. Y también el domingo.

—A mí también.

—¿Quieres pasar el fin de semana conmigo? —dijo él sorprendido.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Pensaba que estabas enfadada.

—¿Por qué iba a estar enfadada? Lo único que pretendía era dejar las cosas claras.

—Por cierto, ¿te ha gustado mi regalo?

—Es precioso, pero...

—Ahora ya no eres mi novia sino mi esposa, y aceptarás todo lo que te regale —dijo sin dejarla terminar la frase—. Además, el reloj te hace juego con el bolso y las sandalias que te compré.

—Es cierto. Lo aceptaré, si no tengo otra opción, pero no necesitas gastar tanto dinero conmigo.

—Lo que yo gaste no es asunto tuyo.

—En ese caso, gracias. Es un reloj precioso. Al menos tendré una forma bonita de contar los minutos hasta que volvamos a vernos.

Delaney la miró y ella soltó una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Me he dado cuenta, de que te sorprendo a menudo, y me gusta ver en tu rostro la expresión de sorpresa.

En ese momento Delaney la habría tumbado en la cama y la habría hecho suya.

—¿Te parece bien que desayunemos en la cafetería de la piscina a las ocho?

—Perfecto.

—Luego iremos de excursión. No olvides la cámara.

—No la olvidaré. Buenas noches.

—Que descanses. Mañana cuando estés lista ven a mi habitación.

Cuando Delaney cerró la puerta tras de sí Tess cogió el osito de la papelería y se metió en la cama con él. Escribió unos minutos en el diario y apagó la luz.

Ahora Delaney se sentía confundido también al hablar con ella.

Soy un cabrón arrogante y un engreído millonario. Además de frío, cruel e insensible, pensó Delaney con una sonrisa de estúpido mientras se desnudaba.

Capítulo 11

Tess entró en la suite de Delaney poco antes de las ocho. Llevaba un pantalón corto verde militar, una camiseta de tirantes negra y unas converse de lona negras.

—¿Vendrá Jack con nosotros?

—Sí. Necesitamos a alguien que nos haga las fotos. ¿Llevas la cámara?

—Sí, la llevo en la mochila.

Entraron en el ascensor. Dos plantas más abajo el ascensor se detuvo y entró Steve.

—Hola, preciosa.

—Hola, Steve.

—¿Dónde te has metido? Hace días que no te veo.

—He estado en otra isla. Delaney, te presento a Steve. Steve, él es Delaney, mi marido.

—Un placer conocerte —dijo Delaney.

—Mucho gusto —dijo el chico algo confundido.

—¿No creías que estaba realmente casada? —preguntó Delaney.

—Sabía que estaba casada. Los anillos que lleva en el dedo no dejan lugar a dudas.

Delaney la rodeó por la cintura con un brazo y la acercó hasta que Tess estuvo pegada al pecho de él.

—¿Hasta cuándo os quedaréis aquí? —preguntó el chico.

—Nos vamos mañana por la tarde —dijo Tess—. Pasaremos el fin de semana en otra isla. ¿Y tú?

—Yo me marcho hoy después de comer.

—Ya tienes mi teléfono. Si vas a Nueva York llámame y podremos quedar para tomar algo.

—Lo haré.

Cuando salieron del ascensor Tess lo abrazó para despedirse y Delaney y ella se marcharon.

—Tu gesto ha sido un poco posesivo, ¿no crees? —dijo ella refiriéndose a que la acercara a él en el ascensor.

—Lo he hecho sin pensar —dijo él sonriendo sin mirarla.

Jack les esperaba en el comedor que había al aire libre junto a la piscina. Cuando los vio acercarse se levantó y luego se sentaron los tres.

—Nunca te había visto con bermudas —dijo Tess sonriendo.

—Si no te gusta puedo subir y ponerme un traje —dijo Delaney.

—Qué borde eres —dijo ella riendo.

—¿Llevas la cámara? —preguntó Jack.

—Sí. Jack, cuando hagas las fotos comprueba que hayan salido bien. O haz varias tomas. No tenemos mucho tiempo, esta va a ser una luna de miel relámpago.

—No te preocupes, se me da bien hacer fotos.

—Del, veo que no llevas nada contigo. ¿Eso es porque tienes ropa para cambiarte en el sitio al que vamos? —preguntó Tess.

—¿Por qué iba a cambiarme?

—Vamos a hacer hoy las fotos que se supone hemos hecho en las dos semanas que estamos aquí.

—Esa es la idea.

—¿Y vas a salir en todas las fotos con la misma ropa?

Jack se rio.

—¿Tú llevas ropa para cambiarte? —preguntó Delaney.

—Claro. Llevo varias camisetas, cuatro pantalones cortos, tres biquinis y unas zapatillas de recambio.

—Qué prevenida.

—Esa soy yo —dijo ella riendo.

—No había pensado en ello. Subiré a coger ropa después de desayunar. Aunque creo que no tengo otras bermudas. No importa, iremos a la boutique del hotel antes de marcharnos.

—Pensaba que eras perfecto y que no se te pasaba nada por alto.

Delaney la miró sonriendo.

—La pareja aquella que hay al otro lado de la piscina son periodistas —dijo Jack haciéndoles saber de quienes se trataba—. Están hospedados en el hotel desde anoche y son de Nueva York. Y ya os han hecho unas cuantas fotos desde que estáis aquí.

—Pues, cariño, deberías cambiar el careto. Sé que lo último que deseas es pasar el día conmigo, pero tienes que ponerte la máscara de marido encantador y cariñoso.

Jack se tomó el café que le quedaba y se levantó.

—Iré a comprar la ropa que necesitas y una mochila mientras termináis

—dijo Jack.

—Vale —dijo Delaney—. Ven, siéntate aquí —dijo echando la silla hacia atrás.

—¿Quieres que me siente en tus piernas? Supongo que eres consciente de que no estamos solos.

—¿Crees que van a llamarme la atención por mi mala conducta?

—Espero que no —dijo ella levantándose y sentándose en su regazo.

—Démosles a esos periodistas unas buenas imágenes.

—Esto puede llegar a ser peligroso —dijo Tess.

—¿Tú crees? —dijo él sonriendo.

—Sí.

Sin proponérselo Tess desvió la mirada a la boca de Delaney. Luego la apartó rápidamente y cogió un cruasán de la mesa. Delaney cogió la taza del café y dio un sorbo. Empezó a sentirse inquieto por tenerla encima. Tess mordisqueaba el cruasán mucho más tranquila que él, o eso parecía.

—Tienes unos brazos fuertes —dijo Delaney acariciando y presionando uno de los bíceps de ella.

—Mi trabajo me cuesta. El gimnasio es duro. ¿Quieres pan con mantequilla?

—Sí. Estoy muerto de hambre. Supongo que te habrás dado de baja en el gimnasio. Sabes que puedes utilizar el de mi casa.

—Lo sé. Jack me dijo que podía hacerlo. Va a ser mi entrenador personal —dijo ella mientras ponía mantequilla en dos bollitos. Le dio uno a él—. Le he dicho que no quiero tener músculos, pero dice que no es necesario tener músculos para defenderse o atacar, que solo hay que estar fuerte y conocer los puntos donde golpear y presionar.

—Jack es bueno en eso. ¿Piensas cargarte a alguien?

—No, a no ser que sea necesario. Así que ándate con cuidado.

—Lo tendré en cuenta —dijo él acercándola para acariciarle el cuello con los labios.

Delaney notó el cambio en la respiración de Tess.

—Ya les hemos dado una buena foto —dijo Delaney.

—¿Crees que nos seguirán durante todo el día?

—Nos desharemos de ellos enseguida.

Delaney le puso la mano en la nuca y la acercó para rozarle los labios con los suyos. Luego se separó y la dejó con el deseo de que la besara.

Tess no pudo evitar mirarle de nuevo la boca, esa boca que la volvía

loca.

—¿Podrás relajarte hoy y olvidarte del trabajo, o estarás colgado del teléfono todo el día?

—Hoy seré todo tuyo —dijo mirándola con una sonrisa divertida—. He dejado el teléfono y el reloj en la habitación. Ni siquiera llevo la cartera.

—¿En serio? —dijo ella dedicándole una tierna sonrisa.

—Sí. Hoy voy a dedicarme a disfrutar de mi mujer. Quiero llevarte a que veas algunos sitios.

—Gracias.

—Te he tenido abandonada desde que llegamos. Dedicarte un fin de semana es lo menos que puedo hacer para compensarte.

La boca de Delaney cubrió de pronto la de ella moviéndose con suavidad pero con una insistencia que a Tess le aceleró el corazón.

Ella hizo todo lo posible para conservar la sensatez, pero cuando Delaney deslizó la lengua entre sus labios, todos sus esfuerzos fueron en vano.

Tess subió las manos instintivamente para meter sus dedos entre los mechones del pelo de él mientras le devolvía el beso con un ansia incontrolable.

Delaney se separó despacio y se humedeció los labios con la lengua. Fue un detalle tan tentador que Tess casi pudo sentir la caricia de su lengua sobre la piel.

—¿Ha sido osado y brillante esta vez? —preguntó Delaney sonriendo y cogiendo su taza.

Tess estaba más que excitada y Delaney lo sabía.

—Cada beso tuyo es diferente a los otros, pero en general, todos son osados y brillantes —dijo ella sonriendo—. ¿Quién es el hombre que viene con Jack?

—Nuestro guardaespaldas.

—¿Otro?

—Jack hoy viene como amigo y fotógrafo.

—No podré acostumbrarme a esto.

—Lo harás. Es un placer tenerte sentada encima mía, pero deberíamos irnos.

Tess se puso en pie. Se tomó el zumo y luego lo que le quedaba del café. Cogió otro bollito al que le había puesto mantequilla y un cruasán.

—¿Quieres que pida que nos pongan lo que ha sobrado para llevárnoslo? —preguntó Delaney.

—Tu sarcasmo no me afecta —dijo ella cogiendo la mochila.

Delaney le cogió la mochila de la mano y se la puso al hombro. Luego rodeó los hombros de ella con el otro brazo y Tess pasó el brazo alrededor de su cintura.

—Qué pareja más bien avenida somos, ¿eh? —dijo ella sonriéndole.

—Eres la mujer más irritante con quien me he cruzado —dijo él entrando en el hotel y dirigiéndose a los ascensores.

—¿Vamos a volver a la suite? —preguntó Tess terminando de comerse el bollito.

—No —dijo Del mientras entraban en el ascensor delante de los guardaespaldas—. Cariño, él es Peter, nuestro guardaespaldas. Peter, mi mujer, Tess.

—Un placer conocerle —dijo ella tendiéndole la mano.

—El placer es mío, señora Stanford —dijo el hombre estrechándosela—. Felicidades por su boda.

—Muchas gracias.

Subieron hasta la última planta. Cuando salieron del ascensor se dirigieron a una puerta que Jack abrió porque estaba cerrada con llave. Dejó pasar primero a Tess y Delaney la siguió. Era la terraza. Tess se quedó parada mirando el helicóptero.

—¿Qué? —preguntó Delaney.

—Ese helicóptero es mío. Lleva mi nombre —dijo ella al ver el apellido Stanford que había escrito en todo el lateral.

—Cierto, es tuyo —dijo Delaney mirándola y riendo.

—Nunca he subido en uno —dijo ella sonriéndole—. Creo que me va a gustar estar casada contigo.

—Anoche dijiste que te habías arrepentido de casarte conmigo.

—Eso era antes de saber que tenías un helicóptero —dijo ella riendo.

—De hecho tengo varios.

—Eres un engreído —dijo riendo de nuevo.

Delaney subió al aparato y la ayudó a ella a subir. Jack lo hizo tras ellos. Peter, el guardaespaldas, subió junto al piloto.

—Esto es excitante —dijo Tess mirando a Jack mientras Delaney le abrochaba los arneses.

—¿Preparada? —preguntó Delaney.

—Sí —dijo ella mirándolo con una sonrisa traviesa como si fuera una niña.

—Cuando quieras Roger —dijo Delaney al piloto.

A Delaney le gustó verla tan feliz y excitada. Se preguntó por qué no había pasado más tiempo con ella desde que llegaron a las islas.

Veinticinco minutos más tarde el helicóptero descendió hasta tomar tierra y bajaron todos del aparato.

—Volveremos un una hora más o menos —le dijo Delaney al piloto.

—Aquí estaré.

Caminaron durante unos minutos entre árboles hasta que llegaron a un claro.

—¡Oh! —dijo Tess al ver unas cuantas tortugas gigantes pastando—. ¿Podemos acercarnos?

—Claro.

Delaney y Tess estuvieron caminando entre las tortugas, cogidos de la mano. Jack les hacía fotos continuamente intentando capturar los mejores momentos de la pareja.

Tess se sentó en el suelo cerca de una de las tortugas y Delaney se sentó junto a ella. La tortuga se acercaba a Tess lentamente y cuando vio que estaba junto a ella se giró hacia Delaney cayendo éste de espaldas y ella sobre él.

—¡Vaya! Sigo pensando que deberíamos revisar algunos puntos de nuestro acuerdo —dijo Delaney sonriéndole mientras le rodeaba la cintura con sus brazos.

—No hagas suposiciones erróneas. El echarme encima de ti no ha sido intencionado. La tortuga quería comerme y me he asustado.

—Entiendo perfectamente que la tortuga quiera comerme, porque tengo que decirte que a mí me gustaría comerme también —dijo él riendo—, pero deberías saber que las tortugas son vegetarianas.

Tess le miró a los ojos sorprendida por sus palabras.

¿A Del le gustaría comerme?, pensó Tess.

—Es posible que esa tortuga necesite gafas. Mi pantalón es verde y puede que me haya confundido con una lechuga.

Delaney soltó una carcajada.

De repente la tortuga se acercó hasta casi rozar el brazo de Delaney y al verla él se asustó.

—¡Hostia! —dijo rodando por el suelo sin soltar a Tess y quedando sobre ella.

—¿Y ahora quién es el que tiene miedo? —dijo ella riendo.

—Puede que tengas razón y te haya confundido con una lechuga —dijo él riendo también.

—Es un verdadero placer estar contigo en esta posición —dijo ella besándolo ligeramente en los labios—, pero no puedo respirar.

En vez de levantarse Delaney se incorporó un poco para apoyar los antebrazos a los lados de ella. Le había gustado que ella dijera que le gustaba tenerlo encima.

Delaney bajó la cabeza hasta que sus labios se encontraron y... ¡Santo Dios! Tess se encendió entre sus brazos como cada vez que la besaba. Le rodeó el cuello y lo apretó contra su cuerpo.

Se besaron como si no hubiera un mañana.

¡Piensa en otra cosa! ¡Piensa en otra cosa! se repetía Delaney una y otra vez porque no quería pensar que Tess estaba en el suelo, y él sobre ella.

En un instante Tess lo puso a cien y le hizo arder en deseos de desnudarla y hacerla suya allí mismo.

Delaney dejó de besarla de golpe, pero no se apartó de ella. Metió el rostro en el cuello de Tess y permaneció allí, en silencio durante lo que a Jack y a Peter les pareció una eternidad.

Jack había dejado de hacer fotos y los dos hombres estaban hablando de espaldas a ellos.

—¿Vamos a quedarnos a dormir aquí? —preguntó Tess sin dejar de abrazarlo y sonriendo en su cuello.

—Lo siento. Necesitaba unos minutos para reponerme.

—Me he dado cuenta.

—Has hecho que pierda el control.

—¿Acostumbras a buscar culpables para lo que te sucede a ti? Yo no he hecho nada.

—Eso es lo más gracioso. Que no tienes idea de lo que haces.

—Si ya te has sosegado, tal vez deberíamos levantarnos. Y no es que no me guste estar así —dijo ella sonriendo.

Delaney se incorporó por fin y la miró a los ojos.

—Creo que he cometido un error —dijo levantándose y ayudando a ella a que se levantara.

—¿Te refieres a que ha sido un error besarme?

—No, cariño, eso nunca será un error —dijo Delaney caminando hacia donde estaban los dos hombres, pero sin aclararle a Tess cuál era el error.

Jack les hizo unas cuantas fotos más y luego volvieron al helicóptero. Después de estar quince minutos volando descendieron y aterrizaron. Delaney bajó y ayudó a Tess a bajar del aparato.

—Deberíamos cambiarnos de ropa —dijo Tess.

—Tienes razón.

Delaney le pidió a los tres hombres que los dejaran solos para cambiarse.

—Sube si quieres y cambiate dentro del helicóptero.

—No hace falta, llevo el bikini debajo.

Se cambiaron los dos el pantalón y la camiseta.

—Ven, quiero que veas algo —dijo Delaney cogiéndola de la mano y llevándola hasta unas rocas que había a lo lejos.

—¡Oh, Dios mío! Es precioso —dijo ella mirando hacia abajo y ver una poza bastante grande de aguas cristalinas que estaba al menos a veinticinco o treinta metros—. Tu hermano me habló de este sitio. Me dijo que os lanzabais desde aquí.

—Sí. El agua estaba muy fría, de hecho, estaba helada.

—¿Hay mucha profundidad? Se ve perfectamente el fondo.

—Sí, hay bastantes metros. ¿Quieres que nos lancemos?

—Está demasiado alto.

—Solo es un salto. Jack puede grabarte saltando.

—No. Tengo miedo.

—¿Tienes miedo? —dijo él riendo.

A Tess le dio rabia que se riera de ella. Delaney estaba al borde de la roca mirando hacia abajo. Tess le empujó con todas sus fuerza y Delaney cayó al vacío.

—No deberías haber hecho eso —dijo Jack evitando sonreír—. Va a subir cabreado.

Tess también pensaba que estaría muy enfadado y esperaba que no lo estuviera demasiado como para arruinar el día. De pronto se arrepintió de haberlo hecho.

Delaney apareció chorreando veinte minutos después. Ella le miró atentamente intentando adivinar su grado de enfado, pero el rostro de Delaney no mostraba absolutamente nada.

A medida que se iba acercando a ella, Tess pudo apreciar la cólera en su mirada. Instintivamente fue a cobijarse en Jack y pegó la espalda en el cuerpo del hombre.

A Delaney le hizo gracia el detalle, aunque permaneció serio.

—Jack no puede ayudarte, trabaja para mí —dijo Delaney sin dejar de caminar hacia ella.

—Su trabajo es protegerme de todo y de todos. Incluido tú —dijo ella sonriéndole.

—Hoy no está trabajando —añadió Delaney.

—Tengo que protegerla aunque no esté trabajando —dijo Jack sonriendo y rodeando a Tess con los brazos.

—¿Te estás poniendo de su parte?

Delaney se acercó para cogerla del brazo, pero Jack se dio la vuelta arrastrándola con él. Tess se apartó de Jack y salió corriendo.

Delaney miró a Jack con la mirada de *contigo hablaré más tarde* y el hombre le sonrió.

Delaney miró hacia Tess, que se encontraba bastante lejos, y empezó a caminar hacia ella.

Jack sacó la cámara y empezó a grabar. Le daba la impresión de que iba a ser algo interesante.

—Lo siento —dijo Tess en voz alta, pero empezó a reír.

—¿Te imaginas qué habría pasado si hubiera llevado el móvil en el bolsillo? —dijo sin detenerse.

—Sabía que no lo llevabas porque me lo has dicho en el hotel. Además, supongo que podrías permitirte comprar otro —dijo ella riendo.

—Ven aquí, ¡ya!

—Yo no tengo que obedecer tus órdenes. Pensé que ya te lo había dejado claro —dijo ella caminando hacia atrás al mismo tiempo que él lo hacía hacia delante.

—¿Crees que no te voy a coger?

—Yo soy muy rápida y corro siete kilómetros cada día.

—Yo corro diez y soy más rápido que tú.

—Eres arrogante hasta para las cosas más insignificantes.

Delaney no pudo evitar reírse.

—Además, eres mayor que yo, mucho mayor de hecho. Seguro que no tienes tanto aguante como yo, para nada.

—Del aguante que tengo hablaremos en otro momento. ¡Ven aquí, joder!

—¡Ja! Sé que quieres tirarme por el precipicio.

—Has acertado. ¿Vas a venir o me obligarás a ir a por ti?

—No pienso ir. Yo no me rindo fácilmente y lucharé contigo si es

necesario. Ya sabes que tengo un buen puño. Pregúntale a Jack cómo dejé a aquel tío que me atacó.

Delaney intentaba estar serio pero Dios, le gustaba que ella le enfadara. Estaba incluso excitado.

—Tú lo has querido —dijo saliendo disparado hacia ella.

—¡Oh! —dijo ella asombrada por la rapidez de Delaney y empezando a correr para alejarse de él.

Delaney era más rápido que ella y la estaba alcanzando. En un momento en que iba a cogerla del brazo ella le esquivó y corrió hacia donde se encontraba Jack y los otros dos hombres divertidos.

—Jack, ¿me dejas la pistola? —dijo ella al pasar junto al hombre corriendo sin detenerse.

Jack soltó una carcajada y Delaney no pudo evitar reírse también.

—Parece que no eres tan rápido como pensabas —dijo Tess sin dejar de correr—. Puede que el que estés en tu despacho todo el día, jugando al Monopoli con tus millones y tus hoteles, te ha hecho perder velocidad.

Delaney soltó una carcajada al oír lo del Monopoli. Los otros tres hombres estaban partiéndose de risa. Jack se sentía feliz. Hacía muchos años que no veía a Delaney tan contento y despreocupado.

Tess empezó a correr hacia la zona de bosque y lo estuvo esquivando entre los árboles.

Jack se acercó a ellos para poder seguir grabando.

—Me estás cabreando.

—Pues yo me estoy divirtiendo. Ningún hombre me ha perseguido nunca con esa insistencia, y menos un hombre como tú. Es excitante —dijo ella cubriéndose detrás del tronco de un árbol.

Delaney volvió a reírse.

—¿Crees en serio que me paso el día jugando al Monopoli?

—Tienes mucho dinero, no creo que tengas que trabajar demasiado.

—¿Crees que no trabajo?

—Al Monopoli —dijo ella riendo—. ¡Ay! —dijo corriendo hacia otro árbol porque había estado a punto de cogerla.

Tess salió de entre los árboles para volver hacia donde se encontraban los hombres, pero Delaney consiguió cogerla del brazo. Tess perdió el equilibrio y cayó al suelo. Delaney se puso a horcajadas sobre ella y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

—Esto es una postura sexual, ¿no? —dijo ella con la respiración

entrecortada.

Delaney la miró. Tess estaba sudorosa y ruborizada por el acaloramamiento. La deseó en ese momento. Deseó meter la mano por debajo de la camiseta y acariciarle sus preciosos pechos. Le miró la boca. Tess tenía los labios entreabiertos para poder respirar mejor, y deseó besarla. Deseo follarla allí mismo.

—Vale, ya me has cogido —dijo ella porque había visto un cambio extraño en la mirada de Delaney. Algo oscuro y peligroso.

—¿Pensabas que no lo iba a hacer?

—Me estás mojando.

—Pues mira, eso no me disgusta.

Tess se ruborizó por el doble significado de la frase.

—Vale. Lo siento. No sé lo que me ha pasado para comportarme de esa forma. Me arrepiento de haberte empujado —dijo sonriendo.

—¿Crees que es suficiente con que digas que lo sientes?

—Negociemos. Somos socios, ¿no?

Delaney se rió.

—¿Quieres negociar conmigo? Yo soy bueno negociando.

—Sigues siendo un arrogante. Ahora en serio, Del. Sé que te gustaría hacerme pagar lanzándome al agua, pero tengo miedo. Piensa que podría pasarme algo, un ataque al corazón, por ejemplo. ¿Te imaginas los titulares de la prensa si me sucediera algo? *El magnate millonario Delaney Stanford lanza a su esposa desde un acantilado provocándole la muerte.*

Delaney soltó una carcajada.

—Y ni siquiera me has llevado a una de esas fiestas glamurosas a las que llevas a tus mujeres. Deberías sentir lástima y concederme al menos eso. Ya sé que no haces concesiones, pero nunca he ido a una de esas fiestas.

—Lo siento pero no te vas a librar. Y si sobrevives, prometo llevarte a una de esas fiestas.

—O sea que vas a tirarme desde el precipicio sí o sí.

—Sí. Vamos —dijo él levantándose.

Delaney la ayudó a levantarse y la sujetó del brazo.

—¿Crees que hay algo que yo pudiera ofrecerte a cambio de que no me echés al agua?

—No se me ocurre nada. ¿Crees que podrías ofrecerme algo interesante?

—Supongo que el dinero está descartado.

—Por supuesto.

—Te invito al cine con una bolsa de palomitas gigante y un refresco.

—Eso no me convence.

—Ya sé. Una cena. Cocinaré una grandiosa cena solo para nosotros. Una vez me dijiste que te gustaba como cocino.

—Eso no es un gran esfuerzo para ti.

—Pues..., no se me ocurre nada que te pudiera interesar.

Él la miró con los ojos entrecerrados y ella sonrió.

—Vamos, acabemos con esto —dijo tirando de ella.

—No hace falta que me lleves como si fuera una prisionera. Puedo ir sin que me sujetes. Además me estás haciendo daño.

Delaney le soltó el brazo y ella salió corriendo.

—¡Mierda! —dijo corriendo tras ella y alcanzándola rápidamente—.

Veo que no eres de fiar. ¿Acaso no tienes palabra?

—Por supuesto que sí. Me he casado contigo, ¿no?

Delaney le puso un brazo en la espalda y la levantó cogiéndola con el otro brazo por debajo de las rodillas.

—No hace falta que me lleves en brazos —dijo retorciéndose para que la bajara.

—Estate quieta.

—Cuanto te gusta dar órdenes, ¿eh?

Llegaron a las rocas y Delaney la dejó sobre una de ellas plana que estaba al borde del acantilado y la colocó de cara a él rodeándola por la cintura.

—No te atreverás.

—¡Dios mío! Te pasas la vida desafiándome. Eres la única persona que se atreve a hacerlo. Y sabes, cariño, eso empieza a gustarme.

Delaney la elevó unos centímetros de suelo sin ningún esfuerzo para colocarla más al borde. Tess miró al vacío y se tensó.

—Delaney, por favor, no lo hagas. Tengo miedo.

—Relájate, cielo.

—No puedo estar relajada cuando estás cerca de mí.

—Me he dado cuenta, ¿por qué será?

—Puede que sea porque estás para comerte, y sé que no puedo hacerlo.

Delaney se rio.

—¡Joder! Eres fantástica. Piensa en otra cosa para distraerte.

—Solo puedo pensar en que está muy alto.

—Dijiste que cuando te beso te olvidas de todo.

—No creo que este sea el momento más adecuado para algo así.

Además, ya hemos dado bastantes muestras de afecto.

—Estamos casados y podemos besarnos cuando queramos. Bésame, Tess —dijo como si fuera una orden.

Las palabras de Delaney la excitaron. Le rodeó el cuello aferrándose a él fuertemente y lo besó de manera salvaje.

Atónito Delaney se tambaleó hacia atrás y la estrechó contra su cuerpo devorándola.

Todos los sentimientos de Tess palpitaban en su interior mientras Delaney enredaba los dedos entre su pelo pegándola más a él. Con el otro brazo que le rodeaba la cintura la alzó un poco del suelo besándola con desesperación. Dio un paso al frente y luego saltó con ella en brazos para caer al vacío.

Jack se acercó al borde para seguir grabando.

Se sumergieron hasta lo más profundo. Al estar besándose no habían podido coger aire y emergieron con sensación de ahogo. Delaney se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—¿Estás bien?

—Sí. No me he dado cuenta de lo que sucedía hasta que he sentido el agua fría.

—Lo siento.

—No te preocupes. De todas formas, cada vez que nos besamos es como si me lanzara por un precipicio.

Delaney se rio.

—Haces que me sienta halagado muy a menudo. Si no fuera porque tu prioridad es desafiarme, serías la mujer perfecta para mí.

—Has dicho que te gustaba que te desafiase. ¡Dios! El agua está helada.

—Sí. Salgamos de aquí.

Cuando llegaron arriba los tres hombres estaban sentados sobre las rocas hablando. Ellos se dirigieron al helicóptero para cambiarse.

Delaney la cogió de la cintura y la subió al aparato como si fuera una pluma.

—Pásame la mochila para que coja la ropa —dijo Delaney que seguía junto al helicóptero.

Tess se la dio. Delaney sacó unas bermudas, un bañador y una camiseta. Agradeció que Jack le hubiera comprado unas zapatillas de recambio porque

era desagradable llevar los deportivos mojados.

Tess vio que él se ponía unas bermudas negras y una camiseta blanca y decidió ponerse un pantalón corto blanco y una camiseta de tirantes negra.

—¿Dónde iremos ahora?

—A comer —dijo él mientras se cambiaba—. Y luego a una playa que estoy seguro que te gustará.

—Menos mal. Pensé que se te había olvidado la comida. Estoy muerta de hambre.

—Espero que el bikini que llevas tenga más tela que el que llevabas el otro día en la piscina.

—Ese era el especial para tu hotel. Hoy llevo el de las excursiones.

—Me alegro, de lo contrario distraerías al guardaespaldas.

Cuando Tess acabó de cambiarse, Delaney la cogió de la cintura y la bajó. Delaney no se había puesto todavía la camiseta y ella no pudo evitar mirarle los pectorales y su increíble abdomen. Tess cogió el peine y se desenredó el pelo. Luego se lo pasó a él.

—Gracias.

—Se te ve muy relajado, te ha sentado bien el baño.

—Me siento muy bien.

—¿No echas de menos el trabajo? ¿Ni el móvil?

—No. Y es extraño —dijo devolviéndole el peine.

—Me alegro —dijo ella sacando tres botellas de agua de su mochila.

—Llevas de todo en esa mochila.

—Más o menos, aunque solo llevo tres botellas de agua.

—Compartiremos una tú y yo.

Fueron caminando hacia donde estaban los tres hombres. Jack les hizo unas fotos mientras caminaban hacia ellos, cogidos de la mano.

Delaney les dio las dos botellas de agua a los hombres. Tess abrió la suya, dio un trago y se la pasó a Delaney que después de beber se la volvió a dar a ella para que ella la terminara.

Se sentaron en una roca cerca de los hombres. Delaney la acercó a él para que se apoyara en su pecho.

—¿Dónde quieres que vayamos ahora? —preguntó Roger, el piloto, a Delaney.

—Me gustaría que comiésemos en la playa. Y es lo primero que haremos porque mi mujer tiene hambre.

Ella giró la cabeza para mirarle sonriendo.

—Conozco el sitio perfecto. Es un chiringuito en donde se come muy bien.

—Estupendo. Luego quiero que sobrevolemos la costa y aterricemos en esa playa que me comentaste. Pasaremos allí un par de horas.

—Vale.

—Y después de comer nos llevas lo más cerca de ese mercadillo del que te hablé.

—Bien.

—Luego volveremos al hotel.

—Esta noche hay una fiesta en un hotel, en esta isla. Servirán la cena en las terrazas y luego habrá baile. Y a media noche habrá fuegos artificiales.

Viene gente de otras islas solo para asistir a la fiesta.

—¿Te gustaría asistir a esa fiesta? —preguntó Delaney a su mujer.

—Si no tienes ningún compromiso para esta noche sí, me gustaría.

—Te dije ayer que hoy te dedicaría todo el día —le dijo Delaney al oído—. Roger, dile a Jack el nombre del hotel para que reserve habitaciones. Vayamos a comer, no quiero que mi mujer se muera de hambre —dijo levantándose y ayudándola a ella a levantarse.

Delaney miró a Tess con una sonrisa que la desarmó.

Dios, una sonrisa suya es más que suficiente para dejar a una mujer sin aliento. Tiene una boca tan sensual y al mismo tiempo tan cínica... ¡Santa madre de Dios!, es un hombre deslumbrante. Y el problema es que él lo sabe, pensaba Tess mientras caminaba cogida de la mano de Delaney hacia el helicóptero.

—Jack, ¿me haces una foto con Roger junto al helicóptero?

—Claro.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó Tess al piloto.

—¿Cómo va a importarme hacerme una foto con una mujer preciosa? —dijo Roger rodeándole los hombros con el brazo.

A Delaney no le hizo mucha gracia. Jack les hizo varias fotos.

Delaney sentó a Tess en el aparato con las piernas colgando, luego él se colocó entre ellas y Tess le rodeó el cuello con los brazos para besarlo dulcemente.

El piloto y el guardaespaldas subieron al helicóptero.

Tess y Delaney separaron sus bocas y se miraron. Jack no dejaba de hacerles fotos.

Los dos al mismo tiempo volvieron a acercarse y sus bocas se

fundieron.

Delaney no habría podido imaginar que algo tan simple como un beso pudiera estar tan concentrado hasta llegar a ser pura sensación.

Tess levantó las manos y enredó los dedos en su pelo pegándose más a él mientras Delaney le encendía el cuerpo con sus labios.

Jack dejó de hacer fotos y guardó la cámara en su bolsillo. Los miró de nuevo. Realmente parecían una pareja en su luna de miel.

La voz del aparato de radio les hizo reaccionar y darse cuenta de que no estaban solos. Delaney se apartó de ella.

Tess se puso de pie y fue a sentarse rápidamente en su asiento. Se sentía devastada, excitada y aturdida. Le ardía la cara y sabía que estaría ruborizada. Sacó de la mochila las gafas de sol y se las puso. Se abrochó los arneses con dificultad porque le temblaban las manos. Delaney había querido ayudarla pero ella no lo dejó. No quería tenerlo cerca.

Tess giró la cabeza y miró por la ventanilla mientras intentaba tranquilizarse.

—¿Te gusta el marisco? —preguntó Delaney a Tess poco después.

—¿Y a quién no? —dijo ella sonriéndole.

—Estupendo porque donde vamos a comer solo tienen marisco.

El helicóptero aterrizó en un descampado cerca de la playa a la que se dirigían.

Al llegar al chiringuito, Delaney y Tess se sentaron en una de las mesas. Le pidieron a Jack y a Roger que se sentaran con ellos, pero no aceptaron. Jack, el piloto y el guardaespaldas se sentaron en una mesa cerca de la de Delaney.

Les sirvieron dos fuentes de marisco. Delaney se preguntó cómo se las arreglaría Tess para utilizar las tenazas. Aunque no tuvo que esperar mucho para obtener la contestación a su pregunta. Como si Tess hubiera adivinado lo que él pensaba dijo:

—No sé si sabes que a las mujeres se nos aconseja que no pidamos marisco en una cita con un hombre.

—¿Y eso por qué?

—En primer lugar porque es muy caro y el hombre podría pensar que nos aprovechamos de él. Además, es complicado comerlo sin ponerse en evidencia. Y te pones perdida. No hay nada más que muestre la elegancia,

como saber comer con las manos —dijo ella sonriendo mientras usaba las tenazas con precisión.

—Tú lo estás haciendo muy bien —dijo al verla utilizar la herramienta como si lo hiciera todos los días—. A todo el mundo no se le da bien comer marisco.

—Has olvidado que me eduqué en un internado de niñas pijas.

—¿Comer marisco era una asignatura?

—Más o menos. He practicado mucho comiendo con Carter y Logan. ¿Por eso me has traído aquí? ¿Querías avergonzarme? ¿O acaso querías comprobar si era digna de acompañarte en alguna comida con otras personas?

¿Pero que le pasa a esta chica? ¿Tiene telepatía?, pensó Delaney porque estaba pensando precisamente en ello.

—No digas tonterías. He comido contigo varias veces y te desenvuelves muy bien. De hecho, creo que tus modales en la mesa son exquisitos. Lo he dicho porque en alguna ocasión he llevado a alguna mujer a comer marisco y no sabían cómo hacerlo. Y tú, jamás me avergonzarías, al menos no en la mesa —dijo sonriendo—. Con tus palabras no estoy tan seguro.

Después de comer volvieron al helicóptero. Bordearon la costa a baja altura y aterrizaron cerca de la playa más bonita de todas. Se cambiaron de ropa de nuevo, y se besaron varias veces para que Jack les hiciera fotos.

A las seis y media llegaron al hotel. Tuvieron que conformarse con simples habitaciones ya que las suites estaban ocupadas.

Después de ducharse, Delaney la llevó al mercadillo. A Tess le encantó. Compró tres pulseras de cristales de diferentes colores para el tobillo. Y aunque Tess no quería Delaney las pagó. Bueno, las pagó Jack porque él no llevaba la cartera.

Delaney todavía no sabía por qué ella era tan reacia a aceptar sus regalos, aunque fuera uno tan insignificante como ese.

—¿Son tus colores favoritos? —preguntó Delaney mientras ella se ponía las pulseras en el tobillo.

—No exactamente. La gris y la verde son por tus ojos y los míos —dijo mientras se abrochaba la segunda.

—¿Y la roja?

—Por mi osito —dijo ella poniéndose de pie y sonriéndole.

—¿Por tu osito? —dijo él riendo—. Lo tiraste a la papelera.

—Lo cogí cuando te marchaste. Sé que es una tontería, pero me he acostumbrado a dormir con él.

—¿Sigues durmiendo con él?

—Como no puedo dormir con mi marido... -le dijo ella al oído.

Delaney la miró con intensidad.

—No he traído ropa para la cena y la fiesta —dijo Tess antes de darle la oportunidad de que él dijera algo sobre su comentario.

—Pensaba que en tu mochila llevabas de todo. Me has decepcionado.

—Dijiste que íbamos de excursión.

—Compraremos algo en el hotel, yo tampoco tengo nada apropiado.

Antes de subir a las habitaciones fueron a la boutique del hotel. No era como en el hotel de Delaney, en donde había tres tiendas. En una podías encontrar cualquier cosa que pudieras necesitar. La segunda era una boutique para señoras y caballeros con trajes y modelos de las firmas más importantes, además de zapatería y complementos. Y la última era una selecta joyería.

De todas formas cenarían en las terrazas del hotel y podían ir de manera informal.

Delaney se compró unos pantalones negros de hilo y una camisa blanca de manga corta. Y Tess un vestido blanco largo abotonado delante. Y chanclas de piel para los dos.

Jack y el guardaespaldas habían cenado mientras la pareja subió a ducharse y vestirse.

Salieron a los jardines en donde se serviría la cena. Todo parecía muy romántico con flores y velas sobre las mesas.

Había un fotógrafo cubriendo la noticia de la fiesta y reconoció a Delaney cuando salió al jardín con Tess.

Un camarero les acompañó hasta la mesa que tenían reservada.

Jack y el guardaespaldas decidieron quedarse de pie en un lateral cerca de ellos desde donde podían ver todo el comedor. Al ver al fotógrafo Jack pensó que al menos ya no tendría que preocuparse de hacerles fotos porque él se encargaría de hacer cientos de ellas y las vendería a cualquier revista de Nueva York. Desde el momento en que se sentaron empezaron a hacerles fotos captando momentos interesantes.

Fue una cena muy agradable para los dos y Tess se sentía feliz.

Después de cenar se dirigieron a una gran terraza que estaba en la misma

playa con mesas alrededor. Siguieron al camarero hasta una de las mesas que Jack se había encargado de reservar y se sentaron. Había una orquesta en uno de los lados y empezaba a sonar un vals. Después de pedir las bebidas al camarero Delaney la cogió de la mano y la llevó hasta el centro de la terraza en la que solo había una pareja bailando.

—Supongo que bailar sería una de las asignaturas en el internado —dijo él mientras bailaban comprobando que Tess lo dominaba a la perfección.

—Supones bien. Aunque, es fácil bailar contigo.

Delaney la acercó un poco más a él.

—Es la primera vez que bailamos juntos. Excepto cuando bailamos en nuestra boda.

—Cierto —dijo él.

—¿Siempre bailas tan pegado? Puedo sentir cada músculo de tu cuerpo rozar el mío.

—De eso se trata —dijo él mirándola con una pícaro sonrisa—. ¿Te molesta que baile así?

—En absoluto. Eres mi marido —dijo ella sin apartar la mirada de sus increíbles ojos verdes—. Además, hay un fotógrafo.

—Al final nos han encontrado.

—No eres un hombre que pueda pasar desapercibido. Si yo no te conociera y te viese seguro que te haría una foto para tenerla en mi móvil.

Delaney se rio.

—Eres una chica muy atrevida. ¿Sueles ser así con todos los hombres?

—Supongo.

—¿Eso no te crea problemas?

—Hasta el momento no.

—Tal vez sea porque hasta ahora solo te has relacionado con críos. Por tu poca experiencia, apuesto que ha sido así.

—¿Eso crees?

—De ser atrevida con un hombre, o flirtear descaradamente con él, cómo haces conmigo, no le serías indiferente.

—¿Te refieres a un hombre como tú?

—Por ejemplo.

—Bueno, contigo estoy segura.

—Nuestro acuerdo únicamente durará un año.

—Trescientos cincuenta y un días.

—Vale, trescientos cincuenta y un días —repitió él molesto porque no le

gustaba que ella estuviera descontando los días que quedaban para que se divorciasen.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que cuando nos divorciemos nada nos impedirá tener una relación diferente.

—¿Has oído el dicho *Nunca te metas dos veces en el mismo río*? — dijo mirándole a los ojos y dejándose llevar en sus brazos—. Cuando finalice nuestro acuerdo, tú y yo no volveremos a vernos.

—¿Y eso por qué? ¿Es otro de tus desafíos?

—Ya es bastante vergonzoso estar casada contigo, por dinero. Cuando esto acabe no querré saber nada más de ti.

—En ese caso tendré que aprovecharme durante el tiempo que nos queda —dijo acercándola más para besarla.

Delaney la besó con tanta delicadeza, que Tess sintió sus suaves labios como si fuera una caricia.

Él sintió de repente que le flaqueaban las piernas y tuvo que refrenar sus pasos de baile para simplemente balancearse llevándola a ella consigo. Delaney apartó la boca de la de ella y Tess suspiró. Ese suspiro hizo que Delaney volviera a besarla, le hizo abrir los labios y deslizó la lengua en su boca. Tess le acarició la lengua lentamente seduciéndolo hasta que él se rindió.

Cada vez que Delaney la besaba se decía que no lo volvería a hacer. Cada vez intentaba convencerse a sí mismo de que tenía que guardar las distancias, pero ¡Dios santo! La deseaba. La deseaba como no había deseado nada antes.

Delaney sabía exactamente cuando algo era un problema y sabía exactamente que con Tess, estaba con el agua hasta el cuello. Pero cuando la tenía entre sus brazos, cuando poseía su boca, se olvidaba de todas las advertencias que le recordaba su mente una y otra vez, *mantente alejado de ella*. Puede que su mente tuviera razón, pero Delaney deseaba correr ese riesgo. Deseaba devorarle la boca. Bueno, deseaba mucho más que sus besos, pero si eso era lo único que podía permitirse, aprovecharía cada ocasión que ella le brindara. ¡Madre de Dios! Tess conseguía siempre ponerle a cien.

Delaney apartó los labios de la boca de ella y permanecieron abrazados, casi sin moverse, intentando que sus respiraciones volvieran al ritmo normal.

Poco antes de medianoche anunciaron que los fuegos artificiales comenzarían en unos minutos. Delaney y Tess se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia la playa donde la gente se estaba reuniendo.

Se sentaron en la arena, el uno junto al otro. Minutos después Delaney vio que Tess se cubría las piernas con el vestido.

—¿Tienes frío?

—Un poco, ha refrescado.

—¿Quieres que nos marchemos?

—No, me gustaría ver los fuegos.

—Siéntate delante de mí y así estarás más protegida.

Tess se sentó entre sus piernas y Delaney la cogió con sus manos de la cintura y la arrastró hasta tenerla pegada a él y permaneció así, con sus brazos y sus piernas rodeando el cuerpo de ella.

Tess estaba apoyada en su pecho con el corazón latiéndole a quinientos por hora y rezando para que él no lo notara.

—Ha valido la pena esperar al último día —dijo ella en voz baja aunque sabía que él la oía perfectamente—. Ha sido una luna de miel perfecta aunque solo haya durado un día. Lo he pasado muy bien. Gracias.

—¿Te conformarías con un día como el de hoy, para una luna de miel?
—le dijo susurrando en su oído.

—Sí. Creo que este ha sido el día más feliz de mi vida. Me alegro de no haber vuelto a Nueva York.

—Yo también lo he pasado muy bien —dijo él acariciándole el hombro con los labios y haciendo que el corazón de Tess se disparara de nuevo — Siento no haberte dedicado más tiempo.

—Tú no necesitas dedicarme tu tiempo, pero al menos hemos podido hacer unas cuantas fotos juntos. Cuando llegemos a tu hotel podemos elegir las mejores y subirlas a tu Instagram y Facebook. Bueno, suponiendo que no vayas a salir esta noche... Podemos hacerlo otro día. O puedo hacerlo yo sola.

—Lo haremos esta noche, los dos.

—Estupendo. Cuando subamos las fotos ya no habrá duda de que estamos casados. Puede que a partir de ahora, al estar casado, te sea más difícil ligar.

—A algunas mujeres les atraen los hombres casados.

—Con tu aspecto, no creo que a ninguna le preocupe tu estado civil.

—¿A ti te importaría mi estado civil si fueras una de ellas?

—Apuesto a que eres el perfecto seductor, atractivo, atento,

encantador... Un hombre con el propósito de deslumbrar a las mujeres con tus preciosos ojos verdes y ese cuerpo de ensueño. Delaney se rio en el cuello de ella.

—Pero yo no salgo con hombres casados. Hay muchos solteros, ¿por qué iba a entrometerme entre una pareja?

—¿Te importaría que volviéramos a mi hotel ahora en vez de pasar aquí la noche? Mañana tengo una reunión a primera hora.

—Claro que no.

—Tardaremos menos de media hora en llegar. Y podremos ver las fotos allí, si no estás cansada.

—No estoy cansada.

Delaney llamó a Jack para decirle que querían volver a su hotel. El hombre le dijo que se lo comunicaría al piloto y que recogería las cosas de ellos de las habitaciones.

Delaney abrió la puerta de su suite y dejó que ella entrara delante.

—Cuando te pongas el pijama ven a mi habitación —dijo ella abriendo la puerta que comunicaba las dos.

—Eso suena bien —dijo él sonriendo.

—¿No hemos quedado en ver las fotos?

Delaney entró en el cuarto de ella quince minutos después y con pijama.

Tess llevaba una camiseta que le quedaba muy grande. Se subió a la cama y se sentó apoyada en el cabecero con el ordenador en las piernas.

—¿Qué esperas? Ven a sentarte —dijo Tess dando unas palmaditas en la cama a su lado. Y él lo hizo.

Tess pasó las fotos de la cámara al portátil y estuvieron viéndolas. Se divirtieron comentando algunos momentos que recordaban al ver las fotos o los vídeos que Jack les había hecho.

—Dios bendito, si hasta yo pienso que estamos enamorados —dijo Delaney riendo.

—Sí. Si nos quedáramos sin trabajo podríamos triunfar como actores.

Después de elegir algunas fotos para subirlas a Internet, Delaney le dio su correo electrónico y le pidió que se las enviara todas. Y Tess lo hizo al instante.

Delaney se encontraba ahí, a su lado, en su cama y lo único en lo que podía pensar era en tumbarse sobre ella y hacerla suya. Quería tomar todo lo

que deseaba para poder satisfacer aquella necesidad que tenía de ella y que casi no podía soportar.

—Mañana tengo una reunión a las nueve.

—Bien.

—¿Te apetece ir a la piscina mañana?

—¿Tú irás?

—He decidido que un día de luna de miel es muy poco. A partir de las diez estaré libre y seré todo tuyo hasta que nos marchemos a casa.

—Me alegro. Avísame cuando estés listo. Te esperaré aquí.

—Vale —dijo levantándose de la cama.

Delaney deseaba besarla, pero estaba muy confundido, y además, si la besaba no podría detenerse estando en la cama.

—Te veo mañana. Buenas noches.

—Buenas noches.

Delaney volvió a su habitación, se sentó en la cama y abrió el portátil. Pasó una hora viendo de nuevo las fotos. Se rio cuando volvió a ver el vídeo del *Monopoli*. Se metió en la cama y apagó la luz. Le había gustado ver las fotos con ella. Se había sentido... ¿feliz? Nunca podría haber imaginado que se sentiría así, estando con una mujer en la cama, sin tocarla. Pero, se había sentido realmente bien.

Después de pasar todo el día con ella, la deseaba más que antes, si eso era posible. De pronto se encontró preguntándose cómo sería estar realmente casado con ella.

Tess estaba intranquila cuando Delaney la dejó sola. Se metió en la cama y apagó la luz, pero no podía dejar de dar vueltas, pensando en él. Había sido un día maravilloso y él había sido solo suyo. Se abrazó al osito e intentó dejar de pensar.

A las tres de la mañana se levantó. Para estar en la cama despierta y excitada pensando en él, prefería estar levantada. Sin pensarlo dos veces se quitó el pijama y se puso el biquini, un vestido ancho y unas chanclas. Cogió una toalla y abandonó la habitación.

La puerta del ascensor se abrió. Por las noches había un ascensorista.

—Hola —dijo el chico.

—Hola —dijo Tess.

—¿No puede dormir?

—No. Voy a nadar un rato. El agua de la piscina está estupenda por la noche.

—Buena idea.

Delaney tampoco podía conciliar el sueño. Se levantó y salió a la terraza. Y la vio. Le extrañó que estuviera nadando a esas horas, y sin Jack que la vigilara. Sonrió mientras cogía el teléfono para hacer una llamada.

—Buenas noches, soy Delaney Stanford.

—Buenas noches señor Stanford, ¿qué desea? —preguntó el chico de recepción.

—Mi mujer está nadando en la piscina. Localice al detective que está de turno y dígame que vaya allí y que se ocupe de que a mi mujer no le pase nada, pero que ella no le vea, y que la acompañe al ascensor cuando decida volver a la suite.

—De acuerdo, señor.

—Gracias. Buenas noches.

Delaney deseó que Tess hubiera bajado a nadar, porque el pensar en él no la dejara dormir. Como le sucedía a él.

Al día siguiente Delaney se levantó temprano, se duchó y se puso el traje. Al salir de la suite vio a Jack sentado en el sofá del pasillo.

—Buenos días, Jack.

—Buenos días.

—Tengo una reunión en unos minutos. Volveré sobre las diez y bajaremos a la piscina.

—¿Tess se ha levantado?

—No, y seguramente se despertará tarde, anoche estuvo fuera hasta las cuatro de la mañana.

—Dijo que no saldría.

—Bajó a nadar a la piscina.

—¿Por qué no me llamaste?

—Porque no quería que hoy estuviera enfadada conmigo si te veía. Llamé al detective del hotel para que la vigilara sin que se diera cuenta.

—Bien. ¿Me necesitas ahora?

—No, quiero que te quedes aquí. Tess es imprevisible.

—Sí, lo es —dijo Jack sonriendo.

—Antes no te caía bien.

—Antes no la conocía.

—Te veo luego —dijo Delaney sonriéndole.

Delaney llamó a la puerta que comunicaba la suya con la de Tess. Al no recibir contestación la abrió y entró. Las cortinas estaban corridas y predominaba la oscuridad.

—Buenos días dormilona —dijo Delaney dirigiéndose a la puerta de la terraza y descorriendo las cortinas.

—Buenos días —dijo Tess abriendo los ojos y desperezándose.

Delaney se acercó a la cama. Cuando ella lo miró se le iluminaron los ojos y él se sintió muy complacido con esa mirada.

—¿Has dormido bien?

—Sí, aunque me acosté muy tarde. Anoche no podía dormir y bajé a nadar.

—¿Después de irme yo?

—Jack me dijo que podía usar la piscina cuando quisiera, incluso por la noche. Y nadar me ayudó porque cuando subí me duché y me dormí tan pronto sentí la almohada.

—¿Por qué no podías dormir? —preguntó sentándose en la cama a su lado.

—Por nada en especial, a veces me sucede. Por suerte no muy a menudo. ¿Te vas a la reunión?

—Vengo de la reunión.

—¿Qué hora es?

—Las diez y cinco. Pediré que nos suban el desayuno y mientras nos cambiamos.

—De acuerdo.

Delaney cogió el teléfono y pidió el desayuno mientras la miraba salir de la cama con la camiseta que le cubría solo hasta la parte inferior de las nalgas. Tragó saliva al verle esas piernas tan largas. Volvió la mirada para centrarla en el teléfono.

Tess salió a la terraza y poco después volvió a entrar en la suite cuando Delaney colgaba el teléfono y se levantaba de la cama.

—Lo subirán en quince minutos.

—Estupendo, estoy hambrienta. Hace un día precioso.

—Sí. Voy a cambiarme. Llevarán el desayuno a mi suite.

—Iré en unos minutos.

Tess entró en la habitación de Delaney sin llamar, ya que él había dejado la puerta completamente abierta. Lo encontró con bañador y descalzo. Estaba hablando por teléfono. Tess respiró hondo para calmar la ansiedad que sentía cada vez que lo veía, y que se acentuó al verlo con el torso desnudo.

Delaney la miró. Tess llevaba una camiseta larga color marfil con un hombro caído. La miró inconscientemente de la cabeza a los pies mientras seguía hablando por teléfono.

Era tanta la intensidad que Tess vio en su mirada que se ruborizó.

Delaney supo al instante que no llevaba la parte de arriba del biquini porque sus pezones se irguieron debajo de la camiseta.

Por suerte llamaron a la puerta y Tess fue a abrir.

—Buenos días señora Stanford.

—Buenos días —dijo ella sonriéndole al chico.

—¿Dónde quiere que deje la mesa?

—Junto a la ventana, por favor.

Delaney se dirigió al escritorio sin dejar de hablar por teléfono, cogió un billete y se lo dio a Tess. Luego se dio la vuelta para seguir con la conversación.

—Muchas gracias —dijo el chico cuando ella le dio el billete—. Que pasen un buen día.

—Gracias, igualmente.

Tess fue a la mesa y se sentó. Delaney la miraba mientras ella descubría los platos del desayuno y pudo apreciar la satisfacción en su rostro.

—Te veré mañana en la oficina —dijo Delaney antes de colgar.

Delaney fue hasta la cómoda, sacó una camiseta y se la puso. Luego se sentó frente a ella. Tess sirvió el café en las tazas.

—¿Habías desayunado ya?

—Tomé un café en mi despacho. Quería desayunar contigo.

—Muy amable. Al casarnos has perdido tu condición de sempiterno soltero y codiciado seductor —dijo ella mirándole con una radiante sonrisa.

—¿Tú crees?

Tess le miró por un instante y rápidamente apartó la vista de él.

—¿Has hablado con alguien de Nueva York recientemente? ¿Alguna noticia interesante?

—Como no podía dormir anoche llamé a Carter y hablamos un buen rato.

A Delaney no le gustó que recurriera a Carter en vez de a él.

—Podías haber venido a mi habitación.

—No sabía si estabas solo. Ya tuve una experiencia con eso y no quiero repetir.

—Estaba solo. Yo tampoco podía dormir y estuve despierto hasta bastante tarde.

—Puede que lo hubiera hecho, de haberlo sabido. ¿Llamaste a alguien para pasar el rato?

—No, pero pensé en hacerte una visita.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Por si estabas dormida.

—Si hubiera estado dormida no me habría importado que me despertaras.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez.

—¿A qué hora nos marcharemos hoy?

—Tenemos que estar en el aeropuerto a las seis y media. ¿Cuándo empiezas a trabajar?

—El martes, ¿y tú?

—Tan pronto lleguemos a Nueva York, dormiré durante el vuelo.

¿Tienes ganas de volver?

—Creo que sí —dijo ella tomando un sorbo del café con leche.

—¿Crees?

—Tu hotel es fantástico.

—Gracias. Ya sabes que puedes disponer de cualquiera de mis hoteles cuando quieras.

—Te lo agradezco.

—Solo tendrás que decírmelo con un poco de tiempo para que arregle lo del vuelo.

—No te preocupes por eso, puedo viajar en línea regular, como lo hace la mayoría de la gente.

—Mis aviones estarán a tu disposición durante el tiempo que estemos casados.

—*Tus aviones* —dijo ella enfatizando el plural.

—Ya sabes que tengo dos —dijo él sonriendo.

—Aunque sea cierto suena de lo más arrogante —dijo ella con una tierna sonrisa que hizo que Delaney se quedara totalmente desarmado.

Salieron de la suite y Jack se levantó del sofá.

—Buenos días, Jack —dijo Tess sonriéndole—. Tal vez deberías decirle a tu jefe que cambie ese sofá por un sofá cama. Pasas más tiempo ahí que en tu habitación.

—¿Has descansado bien? —preguntó el hombre sonriéndole.

—Sí, gracias. Hace un día precioso.

—Cierto —dijo Jack entrando en el ascensor tras ellos y colocándose junto a Tess.

Delaney y Tess eligieron dos tumbonas y se sentaron en ellas. Jack se acercó a ellos.

—La pareja que hay en la esquina a vuestra izquierda, esos que acaban de llegar, son los periodistas.

—Gracias, Jack. Hoy te ahorrarás de hacernos fotos.

—Menos mal —dijo el hombre dirigiéndose a una de las mesas situada a unos metros detrás de ellos y sentándose bajo la sombrilla.

—¿Nos bañamos antes de que te pongas bronceador? Démosle a esos periodistas alguna instantánea que merezca la pena.

Los dos se levantaron y fueron cogidos de la mano hasta la ducha. Después de remojarse se dirigieron al borde de la piscina. Delaney la acercó a él y la besó en los labios.

Fue un beso despreocupado y rápido que a Tess le supo a poco. Luego se lanzaron al agua. Nadaron un poco y cuando estaban en el centro de la piscina Delaney la atrajo hacia él y la besó apasionadamente.

Tess le rodeó el cuello con los brazos y las caderas con sus piernas. Delaney se puso tenso al sentirla rodeándolo por todas partes y dio gracias por estar en el agua, porque no habría podido ocultar la pronta erección que surgió entre sus piernas.

Delaney le rodeó la cintura con sus brazos y siguieron así, simplemente mirándose.

Había una química entre ellos que no podían ignorar. Una atracción física que se acentuaba a medida que pasaban los días.

Tess le retiró el pelo mojado de la cara y se lo echó hacia atrás. Delaney se encendió con ese gesto.

Tess le sujetó de la nuca y acercó los labios a los suyos, y se sumergió en el interior de su boca con un delicioso y profundo beso.

Tess ocupaba toda su mente, inundándole los sentidos. Su olor lo

seducía, su pelo era suave, y su sabor... ¡Dios! Su sabor era tan apetecible...

Jack los miraba por encima del periódico, que simulaba estar leyendo, preguntándose si estarían actuando, pero era imposible ser tan buenos. Sabía que Tess estaba enamorada de su jefe, no tenía la menor duda al respecto, pero se preguntaba si Delaney sabría que él estaba tan enamorado de ella como ella lo estaba de él.

—Supongo que estarán contentos con las fotos.

—Creo que ya podemos salir del agua —dijo ella apartando las piernas de las caderas de él.

Delaney fue nadando hasta el borde de la piscina y salió sin el más mínimo esfuerzo. Luego le tendió las manos a ella y la sacó del agua. Y cuando la tuvo junto a él la besó ligeramente en el hombro.

Delaney se tumbó en la hamaca.

—Acuéstate de una vez. Estás prácticamente desnuda.

—¿Otra vez con los celos?

—No son celos, pero no me hace mucha gracia que mi mujer salga en las revistas prácticamente desnuda.

—Llevo bañador —dijo ella sentándose.

—¿A eso le llamas tú bañador?

—Ahora viene lo mejor, la parte de las caricias —dijo Tess sonriendo—. Te pondré yo bronceador primero y luego me pones tú.

—Esa parte me gusta —dijo él riendo.

—¿Está flirteando conmigo, señor Stanford? —dijo ella cogiendo el bronceador y sentándose en el borde de la hamaca de él.

—Usted flirtea conmigo cada vez que nos vemos, señora Stanford.

—¿Preparado?

—¿Para que me acaricie una mujer preciosa? Siempre.

—Ahora, todas las mujeres que hay a nuestro alrededor estarán furiosas porque les gustaría hacer lo que voy a hacerte yo —dijo ella poniéndose crema en las manos. Empezó a acariciarle el rostro con suavidad.

—No será para tanto —dijo él mirándola.

Tess le acarició los labios. Los dedos le temblaban.

—Por favor, no seas modesto —dijo Tess mirándole la boca—. Tienes unos labios que podrían mantener a una mujer en posición horizontal durante semanas —dijo antes de pasar la lengua por el contorno de los labios de él y apartándose a continuación.

—¿Has dicho lo que creo que has dicho? —dijo mirándola a los ojos

con insistencia.

—¿Lo he dicho en voz alta? —dijo ella con una sensual sonrisa.

—Sí, lo has hecho. Y, aunque no tuvieras la intención de decirlo, lo has pensado. ¿Piensas eso de mí?

—Supongo que cualquier mujer podría pensar algo así de ti. Y sí, creo que podrías hacerlo —dijo acariciándole los hombros y los brazos deslizando la crema por ellos.

—Haces que mi ego esté en lo más alto.

—Eres bastante engreído y pagado de sí mismo. No creo que te perjudique que te den un poco de jabón. ¿Podrías hacerlo? —dijo poniendo crema en su abdomen y pectorales y acariciándoselos con delicadeza.

—¿Hacer qué?

—¿Podrías mantener a una mujer acostada durante semanas utilizando únicamente los labios?

Delaney se rio.

—No es una pregunta fácil de responder. Supongo que dependería de la mujer. ¿Te gustaría que lo probara contigo?

—No podrías estar sin trabajar durante semanas. Además, yo estoy fuera de tu alcance —dijo sin dejar de acariciarle los abdominales.

—¡Vaya! Otro desafío.

—¡Santa madre de Dios! Tienes un cuerpo impresionante —dijo sin poder mirarle a la cara.

Delaney se sentía muy halagado, pero Tess no le hacía ningún favor flirteando tan descaradamente con él. Eso hacía que la deseara con más ahínco.

Tess se giró hacia el otro lado. Puso crema en las piernas de Delaney y fue acariciándolas suavemente desde los pies a los muslos. Cuando acabó le miró y suspiró.

—Una mujer olvidaría el número de teléfono de su novio solo con mirarte.

Delaney volvió a reír. Dios, estaba tan excitado que le era casi imposible mantener su miembro a raya.

—Ya está. ¿Lo he hecho bien? —preguntó ella sonriéndole de manera seductora.

—Cariño, lo has hecho demasiado bien. No sé si estaré a tu altura —dijo Delaney incorporándose y sentándose en la hamaca.

Tess se echó en la tumbona. A Delaney le hizo gracia que se acostara

boca arriba ya que unos días atrás le dijo que ella podía ponerse crema por delante. Pero le gustó que lo hiciera. Ya la había acariciado por detrás y ahora tendría el placer de acariciarle los pechos, el vientre. ¡Dios santo! Solo con pensarlo se había puesto a cien.

Delaney no entendía lo que le ocurría con ella. Nunca había perdido el control con una mujer. Y cuando habían estado en el agua se encontró completamente perdido. Parecía un adolescente.

Delaney cogió el bote de crema y se echó en la mano. La extendió en las dos manos y empezó por el rostro, como había hecho ella. Le acarició los labios ligeramente con las yemas de los dedos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres preciosa?

—No suelo prestar mucha atención a los cumplidos, y menos aún, si los haces tú. Supongo que en cualquier otro hombre tendrían algún significado, pero en ti, solo son cumplidos —dijo ella con los ojos cerrados porque no quería encontrarse con la mirada de él, que tanto le turbaba.

—En ese caso no hay problema si te digo lo que pienso. Tienes una boca preciosa. Una boca que inspira al pecado.

—¡Dios bendito! Tienes la voz más sensual que he escuchado en mi vida —dijo ella con una sonrisa nerviosa.

—Veo que te gusta mucho coquetear conmigo —dijo él acariciándole el cuello y los hombros y encendiendo la piel de Tess con cada roce de sus dedos.

—Coquetear —dijo ella riendo—. Menuda palabreja. Yo no hago eso. Eso es lo que hacen las personas para conseguir algo. Yo no quiero nada de ti, simplemente digo la verdad. Digo lo que pienso sin pensar más allá. Es cierto que a veces no me doy cuenta de que he dicho en voz alta algo que pretendía que se quedara en mi pensamiento, o algo que he sentido en ese momento. Pero si tienes problema con eso, me esforzaré e intentaré que no se me escape nada contigo.

—No me importa que me digas lo que piensas, o lo que sientes. Es solo que, a veces, me sorprenden tus palabras —dijo acariciándole un brazo desde el hombro hasta los dedos y luego el otro.

Tess se notaba la entrepierna húmeda. Instintivamente rodeo sus pechos con los brazos. Estaba excitada y no quería que él viera sus pezones erectos.

—Pensé que no habría nada que pudiera sorprenderte.

—Te aseguro que ninguna mujer, jamás, me ha dicho nada de lo que tú me dices.

—Eso sí es difícil de creer. Las mujeres suelen expresar lo que piensan, cuando están con el hombre que desean. Y más aún si ese hombre se parece a ti.

—¿Cuántos días faltan para que nos divorciemos? —preguntó Delaney apartándole los brazos de los pechos.

Por suerte Tess se había relajado lo suficiente para no mostrar en ellos su excitación.

—Trescientos cincuenta —dijo mirándolo con una sonrisa—. ¿También tienes ganas de que pase rápido el tiempo?

—Sí. Porque tan pronto firmemos los papeles del divorcio voy a acostarme contigo.

—Sigues siendo un engreído. Eso no va a pasar. Sabes, Del, tú no me pones.

Jack miró hacia ellos. No sabría descifrar la mirada de su jefe, pero decididamente estaba disfrutando acariciando a Tess. Lo había visto con muchas mujeres y conocía la mirada de deseo que él les dedicaba. Pero con Tess esa mirada era distinta. Lo que veía no era solo deseo, había algo más.

Delaney se puso crema en las manos y se lanzó a los pechos de Tess acariciándolos lentamente. Con un simple roce de los dedos sobre los pezones se pusieron erectos.

A Tess se le aceleró la respiración y se le escapó un leve gemido.

Delaney se inclinó hacia ella y le lamió los labios, cosa que deseaba hacer en esos pezones que le tentaban.

—No te pongo, ¿eh?

Tess negó con la cabeza. Tenía los ojos cerrados e intentaba serenarse. Si Delaney seguía acariciándola de esa manera, tendría un orgasmo allí mismo, delante de todos.

Delaney descendió las manos por sus costados acariciando sus caderas y su vientre.

Tess se cubrió el rostro con un brazo para ocultar el calor que sentía en sus mejillas.

—No te pongo, ¿verdad? —dijo volviendo a inclinarse sobre su rostro y lamiéndole de nuevo los labios—. Quiero que imagines que cuando te estoy lamiendo los labios, lo que realmente deseo es lamerte los pezones.

—¡Oh, Dios mío! No puedo creer que hayas dicho eso —dijo ella sin apartar el brazo de su rostro y completamente excitada.

Delaney deslizó las manos sobre su vientre hasta llegar al borde del

tanga y entonces metió ligeramente las puntas de los dedos bordeando la prenda.

—Delaney, termina ya, por favor.

—Tu cuerpo está en tensión, ¿eso te lo provoco yo? Relájate cielo, solo me quedan las piernas.

—¿Te estás divirtiendo?

—Has dicho que no te pongo, pero tu cuerpo me dice lo contrario —dijo él con voz seductora empezando a acariciarle las piernas.

A pesar de que no era la primera vez que Tess deseaba a un hombre, nunca había experimentado esa despiadada y primaria ansia que la estaba consumiendo en ese instante.

—¿Sabes qué me gusta mucho de ti?

—Mejor no me lo digas —dijo ella sin apartar el brazo de su rostro que notaba ardiendo.

—Me gusta que lleves las manos y los pies perfectos, con las uñas pintadas. Y sobre todo me gusta que conjuntes el color de las uñas con alguna de las prendas que llevas. Y cuando me doy cuenta que no combinan con tu ropa, sé que hacen juego con tu ropa interior. Así que, a veces, el color de tus uñas me hace pensar en lo que llevas debajo de la ropa.

—¿Y eso lo encuentras interesante?

—Mucho. Me gusta imaginar el color de tu ropa interior.

—¿En serio? —dijo ella riendo.

Delaney deslizó las manos hacia arriba acariciándole los muslos, primero por el exterior dejando para el final la parte interna. Fue acariciándola por el interior hasta llegar a la entrepierna. Primero un muslo y luego el otro. Rozó el tanga con el dorso de la mano para que ella lo notara y lo encontró completamente mojado. Se inclinó de nuevo sobre el rostro de ella que seguía cubierto con su brazo y volvió a lamerle los labios.

—Y ahora quiero que imagines que cuando te estoy lamiendo los labios lo que deseo realmente es lamerte aquí —dijo rozándole el sexo con el dorso de la mano por encima del tanga.

—Por favor, acaba ya con esto.

—Has dicho que no te pongo, ¡Ja! —dijo levantándose.

Tess no pudo pronunciar palabra. Tenía la respiración acelerada y se mordía el labio inferior intentando que todos sus sentidos, que estaban devastados, volvieran a la normalidad.

Delaney le apartó el brazo de la cara y la vio ruborizada. Colocó las

manos en la hamaca a ambos lados del cuerpo de Tess para darle un beso rápido pero profundo que a Tess le cortó la respiración.

—No me importará esperar un año para conseguirte, pero puedes estar segura de que te tendré.

—¿Eso es una amenaza? ¿O un desafío? —preguntó ella abriendo los ojos y mirándolo fijamente.

—Solo me remito a informarte de lo que va a suceder. Ahora ya puedes relajarte. Creo que lo necesitas.

—¿Consigues siempre lo que quieres de las mujeres?

—Sí —dijo echándose sobre su hamaca y cerrando los ojos.

—Engreído.

Permanecieron unos minutos en silencio.

—Vale. Has descubierto que no soy inmune a ti, pero en mi defensa tengo que decir que ninguna mujer será inmune a ti.

—A mí no me importan las otras mujeres, solo tú.

Tess se rio.

—Esto va a ser interesante —dijo Tess.

—¿Qué es lo que va a ser interesante?

—Que tendrás que conformarte con los besos porque es lo único que vas a conseguir de mí.

—¿Quieres que siga besándote?

—¿Tú no quieres? —preguntó preocupada.

Delaney se rio.

—Me gusta besarte.

—A mí también —añadió ella.

—Estás jugando a un juego muy peligroso conmigo —dijo Delaney sin mirarla—, y yo siempre seré el ganador.

—No creo que corra peligro contigo.

—¿Por qué crees eso?

—Porque, ante todo, eres un hombre honorable, y jamás romperías tu palabra.

Delaney volvió a reír.

—Vas a conseguir que me vuelva loco.

—Así te mantendrás alerta.

—¿Quieres aparentar que eres una mujer dura?

—No necesito aparentarlo, lo soy. Y te agradecería que no volvieras a mencionar el tema sexual. No es que me importe hablar de sexo, pero es una

pérdida de tiempo y no nos llevará a ninguna parte. En nuestro contrato acordamos que no tendríamos relaciones sexuales, de manera que, considero una estupidez hacer insinuaciones de ese tipo, mientras estemos juntos.

—Tú lo has dicho, mientras estemos juntos. Estoy de acuerdo. ¿Dónde quieres comer hoy?

—Me da igual.

—¿Comemos en el restaurante de la piscina?

—Me parece bien, así no tendremos que arreglarnos.

A la una y media se pusieron las camisetas y fueron al restaurante que había a uno de los lados de la piscina. Se sentaron en una de las mesas y Jack se sentó en otra detrás de ellos.

—No hemos discutido durante toda la comida ni te he desafiado —dijo ella sonriendo.

—Sí, es extraño en ti.

—Creo que a los dos nos han educado para manejar situaciones como esta —dijo ella cuando el camarero les trajo los cafés. Luego se retiró.

—¿A qué te refieres?

—A esto —dijo señalándolos con la mano—. Tener una conversación, sobre cosas irrelevantes de las que hablan dos desconocidos, intercambios superficiales e inteligentes que aparecen en la conversación, sin representar absolutamente nada.

—Me gusta tu forma de hablar —dijo él sonriendo.

—¿Por el sonido de mi voz?

—Por cómo te expresas. Tienes una increíble facilidad de palabra.

—El leer te hace coger soltura y ampliar el vocabulario, sin ni siquiera darte cuenta.

—Sí. Es lo mismo que cuando flirteas conmigo, que no te das cuenta de lo que estás haciendo.

Tess le hizo una burla y él sonrió.

Después de comer subieron a las habitaciones. Entraron los dos en la de Tess.

—Voy a preparar la maleta —dijo ella—. Luego me ducharé y dormiré la siesta hasta la hora de irnos.

—Vale, que descanses —dijo Delaney entrando en su habitación y dejando la puerta que las comunicaba abierta.

Los dos prepararon el equipaje hablándose mientras lo hacían.

Tess se duchó y se secó el pelo. Salió envuelta con la toalla. Vio que la puerta seguía abierta y pero no la cerró. Puso la alarma en el móvil, se quitó la toalla y se metió en la cama desnuda porque ya tenía todo en la maleta.

A las seis menos cuarto de la tarde sonó la alarma y Tess la apagó. Se levantó y se vistió. Luego fue al baño a lavarse los dientes, la cara y a peinarse. No se molestó en maquillarse ya que pasarían once horas en el avión y pensaba pasarlas durmiendo.

—¿Estás lista? —preguntó Delaney desde su dormitorio.

—Sí.

Tess llevó su maleta, la bolsa con el ordenador y el bolso al cuarto de Delaney. Jack llamó a la puerta y entró con un botones que se llevó el equipaje de los dos.

Delaney y Tess bajaron poco después y se dirigieron al despacho del director.

—Harold, ya nos marchamos.

—Me alegro de que eligierais venir aquí —dijo el hombre saliendo de detrás de la mesa—. ¿Lo has pasado bien, Tess?

—Ha sido genial.

—Siento haberte robado a tu marido tanto tiempo.

—Sé que es un hombre muy ocupado. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo. Espero que convenzas a tu marido para que volváis pronto.

—Lo intentaré.

—Hasta la vista. Que tengáis buen viaje.

—Gracias.

—Estaremos en contacto —dijo Delaney dándole la mano.

El avión despegó a las siete de la tarde. Delaney estaba sentado en una butaca y Tess en otra frente a él y una mesa los separaba. Jack se sentó a la altura de ellos pero en el otro lateral del avión.

La azafata le sirvió un whisky a Delaney y un café con leche y un trozo de tarta de manzana a Tess. Jack tomó un café con leche en su mesa.

Nada más terminar la merienda Tess se sobresaltó.

—¡Oh, Dios mío! —dijo mirando a Delaney preocupada.

—¿Qué ocurre? —dijo él levantando la mirada del ordenador.

—He olvidado mi osito en el hotel. Como he dormido la siesta estaría entre las sábanas y no lo he visto.

Delaney la miró y no pudo evitar reírse. Parecía una cría. Jack también sonrió.

—No te preocupes, cuando olvido algo se lo entregan a Harold. Siento que no puedas dormir con él esta noche —dijo con una sonrisa pícaro.

—Podré soportarlo.

—Mañana por la noche, a lo más tardar lo tendrás en casa, aunque tenga que enviar el avión para que lo traiga —dijo él serio.

Tess lo miró durante un instante y de pronto soltó una carcajada y empezó a reír. Delaney tuvo que reírse al verla.

Jack miraba sonriendo a su jefe desde su asiento. Le gustaba ver a Delaney contento, cosa que no hacía a menudo.

—¿Harías eso por mí?

—Cielo, eres mi mujer. Haría cualquier cosa por ti.

—Sé que puedes permitirte algo así, pero no hace falta. No me pasará nada por esperar unos días. Además, me parece ridículo que envíes tu avión para llevar el osito como único pasajero.

—Sí, la tripulación se extrañaría. Pero, si lo echas mucho en falta, puedes utilizarme a mí.

—Muy amable, pero no es necesario. Como tienes trabajo, voy a acostarme —dijo levantándose y besando a su marido en los labios.

Delaney la cogió del brazo y la sentó en su regazo. Y la besó.

El beso fue cálido y persuasivo y consiguió que todo pensamiento racional se desvaneciera de la cabeza de Tess.

Delaney la sujetaba del pelo con ambas manos y exploraba su boca dándose un lánguido festín hasta que la cabeza de Tess empezó a dar vueltas y se vio obligada a rodearle con sus brazos y sujetarse a él fuertemente devolviéndole el beso con la misma calidez al principio, tornándose poco a poco en salvaje y devastador.

Cuando Delaney paró de besarla ella escondió su rostro en el cuello de él y permanecieron así hasta que lograron serenarse.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Tess sin apartar el rostro del cuello de él y sin dejar de abrazarlo.

—Cariño, tú puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Me contestarás con la verdad?

—Yo también soy siempre sincero contigo.

—Ayer, cuando estábamos con las tortugas, después de besarme dijiste que habías cometido un error. ¿Cuál era ese error? Me aseguraste que no era el que me besaras.

—Tess, besarte nunca sería un error.

Delaney permaneció un instante en silencio.

—En realidad he cometido dos errores. El primero ha sido no dedicarte las dos semanas de este viaje. Solo pasé contigo un día y medio, pero lo pasé genial. Me sentí relajado y no eché de menos el teléfono ni el trabajo.

—¿Y el segundo error?

—Cuando te ofrecí mi proposición no debí especificar que no tendríamos relaciones sexuales. Porque, cariño, eso me está matando —dijo besándola en el cuello.

—Gracias por haber sido sincero.

—Tengo que contestar algunos correos y hacer unas cuantas llamadas y luego me acostaré un rato.

—Bien. Te veo más tarde —dijo ella levantándose de su regazo.

Media hora después Delaney seguía sin poder concentrarse en el trabajo.

Jack estaba fascinado mirándolo. Su jefe era un hombre dedicado al trabajo y nada hacía que perdiera la concentración. Le veía teclear un par de minutos y luego se detenía para mirar por la ventanilla o simplemente apoyaba la cabeza en el respaldo de la butaca y cerraba los ojos.

Delaney cerró el portátil y se levantó.

—Jack, voy a acostarme.

—De acuerdo.

—¿Han llevado a casa el coche de Tess?

—Sí, lo llevaron ayer. Le va a encantar.

—Eso espero.

Delaney entró en el dormitorio. Tess estaba plácidamente dormida. Se sentó en el borde de la cama y se quitó los zapatos. Luego se echó sobre la cama, vestido. Se giró hacia Tess para mirarla y sonrió. Volvió la vista al frente y cerró los ojos.

Era la cuarta vez que se acostaba en la misma cama que ella. Nunca había compartido cama con una mujer, que no fuera para mantener relaciones sexuales.

Pensó en esa mañana cuando estuvieron en la piscina y se pusieron bronceador el uno al otro. Santo Dios, se había sentido tan excitado cuando Tess le acariciaba...

Recordó todas las frases que ella le dedicaba, que lo complacían y lo halagaban, y que eran claramente una seducción descarada. Le decía todas esas cosas con tanta naturalidad, como si fueran las cosas más normales del mundo. Más de una vez lo había dejado pasmado con sus palabras. Se preguntó si Tess se daría cuenta de lo osadas que eran para un hombre todas esas insinuaciones y no pudo evitar sonreír. Estar con Tess era todo un desafío. Delaney no quería ni imaginar, que le dedicara a otro hombre las palabras que le dedicaba en especial, a él. Estaba completamente seguro, como ella le había aclarado, que las decía sin pensar o porque era algo que se le ocurría en ese momento sobre él y no veía la razón para ocultarlo. Delaney sabía que no podía dar ni un paso para corresponder a sus atrevidas insinuaciones porque eran socios en un negocio. En un maldito negocio que él mismo le había propuesto. Pero Delaney era consciente, de que si esas mismas palabras las empleaba con otro hombre, con cualquier hombre, no se quedaría impasible ante ellas. Y eso lo tenía muy preocupado.

Delaney deseaba tenerla en casa, encerrada, para que no tuviera oportunidad de conocer a nadie durante el próximo año. Solo pensar en que otro hombre pudiera tocarla lo ponía enfermo.

No sabía la razón, pero le preocupaba el volver a casa con ella. Sí, era cierto que Tess vivía con él desde un par de semanas antes de la boda, pero no se habían visto mucho. Y no se habían visto mucho porque Delaney la evitaba todo lo posible. Y eso era precisamente lo que iba a seguir haciendo durante el año que les quedaba de estar juntos. Porque, Dios, cada vez que la veía la deseaba con más intensidad.

Sabía que ella le hacía perder el control, cosa que había sucedido ya en varias ocasiones. Así que decidió que lo mejor era seguir evitándola, salir con otras mujeres y que Tess tuviera claro, que él no sentía el más mínimo interés por ella. De esa forma evitaría tentaciones. Y últimamente Tess era pura tentación.

Aunque, por supuesto no tenía intención de dejar de besarla. Necesitaba al menos eso. La besaría cada vez que tuviera oportunidad, y pondría su alma en esos besos. Pretendía que cada vez que un hombre la besara, lo comparara con él y sintiera que él la besaba de diferente forma. Tenía que conseguir que Tess necesitara sus besos para seguir viviendo, igual que necesitaba el aire

para respirar. Y de pronto se encontró preguntándose, si no sería él quien necesitaba sus besos para seguir viviendo.

Delaney estaba solo en la cama cuando se despertó. Estaba tapado con una fina manta y le gustó saber que ella se había preocupado por él.

Fue al baño a lavarse la cara y los dientes y luego salió de la habitación.

Tess estaba sentada con Jack hablando. Cuando ella lo vio, su rostro se iluminó con una sonrisa resplandeciente. Delaney respiró profundamente porque esa sonrisa de ella siempre lo alteraba.

Tess le encontró guapísimo. Llevaba un vaquero que le sentaba de muerte y una camiseta de cuello de pico negra con las mangas remangadas. Con la barba incipiente y ese pelo que le acariciaba los hombros era de lo más tentador. Tenía el aspecto de alguien muy, muy peligroso y ese pensamiento hizo que Tess le dedicara otra sonrisa de lo más sugerente y sensual.

Tess consiguió que Delaney se sintiera incómodo por el repaso que le dio de arriba abajo. Él jamás se había sentido incómodo porque una mujer lo mirara, de cualquier forma que lo mirase.

Delaney estaba hablando con la azafata mientras miraba a Tess fijamente, y ella tuvo que morderse el labio inferior y bajar la mirada porque se sentía avergonzada de sus propios pensamientos.

—Hola —dijo Delaney cuando llegó junto a Tess y Jack.

—Hola —dijeron los dos al mismo tiempo.

—¿Has dormido bien? —preguntó Tess haciéndose a un lado para que se sentara junto a ella.

—Como un tronco. Tú te has levantado temprano.

—He dormido ocho horas, no podía dormir más.

—Gracias por taparme con la manta.

—Ahora estamos casados y tienes que trabajar para mantenerme. No puedo permitir que te pongas enfermo —dijo ella sonriéndole.

—Tienes razón.

—¿A qué hora llegaremos a Nueva York? —preguntó ella.

—A las cuatro de la mañana.

—¿A qué hora irás al trabajo?

—Sobre las ocho. Tengo mucho trabajo atrasado.

—Deberías relajarte un poco. No todo en la vida es trabajo.

—Eso es fácil decirlo. Tengo muchos negocios entre manos.

—Negocios que has elegido tú, supongo.

—Por supuesto.

—Entonces no debes quejarte de que tengas mucho trabajo. De no haber querido trabajar tanto, te habrías conformado con menos negocios. Así que ha sido tu elección. No deberías dejar que el trabajo absorba tu vida robándole espacio a tus sueños.

—Eso que has dicho es bonito, ¿quién lo dijo? —preguntó Delaney.

—No tengo ni idea —dijo ella sonriendo.

—¿Cómo sabes que yo tengo sueños?

—Todos tenemos sueños.

—Puede que tenga que buscar algo más de trabajo, ahora que tengo que mantenerte.

—Procuraré no hacerte gastar demasiado. ¿Podemos comer algo?

Porque..., no sé si te has dado cuenta de que anoche no cenamos.

Delaney se giró para mirarla. Sus ojos se desplazaron a la boca de Tess.

—¡Mierda! —dijo Delaney de pronto.

Tess no supo a qué se debía esa expresión, ¿era porque le había mirado los labios y deseaba besarla? ¿o porque no le había dado de cenar?

—¿Por qué no lo dijiste? —dijo mirándola.

—Porque es tu avión.

—No vuelvas a hacerlo.

—¿Que no vuelva a hacer qué? —dijo desconcertada.

—No decir lo que deseas —dijo cogiéndola de la barbilla para que le mirara—. Mientras estemos casados, lo mío no es mío, es nuestro. Y este es tu avión, ¿ha quedado claro?

—Más claro que el agua —dijo ella sonriendo y mirando a Jack—.

Jack, tengo un avión.

Jack soltó una carcajada.

—Bien. En ese caso, esposo mío, y dado que estoy famélica, me gustaría un desayuno grandioso.

Tess le dedicó una sonrisa que hizo que a Delaney se le aflojaran las piernas.

—Dalo por hecho —dijo él levantándose y dirigiéndose adónde estaba la azafata.

Estaban los tres desayunando sentados a la mesa del comedor.

—Del, ¿tienes una casa en la playa?

Delaney la miró preguntándose por qué le hacía esa pregunta.

—De hecho, tengo dos. Una en Westport y otra en Las Maldivas.

Tess puso los ojos en blanco recordando lo engreído que era su marido.

—¡Hostia! —dijo ella riendo—. Yo creía que los príncipes que estaban forrados y tenían dos aviones, unos cuantos helicópteros, ciento ochenta hoteles, y Dios sabe qué cosas más, era una cosa de cuentos.

—Siento decepcionarte.

—No estoy decepcionada, en absoluto.

Delaney estaba sorprendido de la cantidad de comida que Tess estaba ingiriendo, huevos, beicon, tostadas, bollos, fruta, zumo, café con leche... Y ella no había dejado de sonreír mientras comía.

—¿Por qué sonríes?

—¿De verdad tienes una casa en Las Maldivas?

—Sí.

—¿Crees que podría ir allí, antes de que acabe nuestro acuerdo?

—Te llevaré cuando quieras.

—Vaya. Tendré que aprovecharme de ti los siguientes meses porque cuando lo nuestro acabe no podré permitirme esta vida de ostentación. ¿Vas a menudo a la casa de Las Maldivas?

—Solo he ido una vez, cuando la compré.

—¿Por qué solo una vez? ¿No te gusta?

—Si no me gustara no la habría comprado.

—¿Y para qué quieres una casa a la que no vas? Perdona, se me había olvidado que tienes mucho trabajo —dijo ella en tono sarcástico.

—Lo has pasado bien en este viaje, Tess? —preguntó Jack.

—Sería una desagradecida si dijera lo contrario —dijo ella mirando al hombre—. No lo he pasado mal. Es solo que..., había pensado que sería diferente.

—¿Las islas no te gustaron?

—Las islas son preciosas —dijo ella echando una rápida mirada a Delaney—. Cuando llegamos no pensé que tendría que buscarme la vida. De haberlo sabido, habría planeado de antemano lo que hacer y a los sitios a los que ir con todo detalle. Así y todo, ha sido un lujo estar allí. Poca gente puede permitirse un viaje como ese. ¿Tú lo has pasado bien?

Delaney se tensó al darse cuenta de que él había sido quien le había dicho que se buscara la vida.

—Bueno, he de admitir que cuidar de ti es divertido. Eres una mujer imprevisible.

—¿Eso es lo que les gusta a los guardaespaldas?

—Todo lo contrario —dijo Jack sonriendo—. Pero contigo es difícil aburrirse, y a mí no me gusta aburrirme.

—¿Te aburres siendo el guardaespaldas de Del?

—Podría decirse que él no es impredecible —dijo Jack mirando a su jefe y sonriendo.

—Eso quiere decir que te parece aburrido.

—No es que sea aburrido sino que, no es tan divertido como tú.

—Gracias. Y gracias por haberme soportado durante estas dos semanas.

Lo cierto es que si no hubieras estado conmigo me habría muerto de aburrimiento.

—Ha sido un placer estar contigo.

—¿No me preguntas si me he divertido yo en el viaje? —preguntó Delaney que le molestaba incluso que ella fuera amable con Jack.

—Dijiste que yo iría de vacaciones y tú a trabajar, así que supongo que no te habrás divertido. Aunque puede que trabajar sea una diversión para ti.

Creo que has hecho exactamente lo que haces en Nueva York o en cualquier sitio al que viajas. Trabajar, comer con clientes, cenar con tus *amigas*...

Parece ser que no dejas mucho a la imaginación. Supongo que Jack se refiere a eso al decir que eres predecible.

Delaney la miraba fijamente sin decir nada.

—¡Madre mía! Creo que he comido demasiado. Mañana, no, hoy voy a hacer sesión doble en el gimnasio, en tú gimnasio.

—¿Cuándo tienes que volver al trabajo? —preguntó Jack.

—A la librería mañana, pero esta noche tengo que trabajar en el pub. Se me va a hacer cuesta arriba volver a la rutina.

—¿Qué sueles hacer en las vacaciones?

—Normalmente me quedo en casa, excepto Las Navidades que siempre las paso con Carter. Solemos ir a casa de sus padres el día de Nochebuena y pasamos con ellos unos días. Y luego Carter y yo vamos a una cabaña que tiene en las montañas y nos quedamos hasta Año Nuevo. Logan y algunos amigos de ellos suelen pasar unos días con nosotros. Es divertido. Cortamos un árbol y lo decoramos, adornamos la casa, cocinamos, nos lanzamos por la ladera en trineo... Me gusta estar allí rodeada de nieve. La cabaña está en un bosque y es relajante.

Carter suele ir al extranjero en Semana Santa y en verano. Siempre me pide que le acompañe pero nunca he aceptado. Él tiene su vida, sale con

mujeres y a mí no me gusta interferir. A pesar de que me dice, que preferiría ir conmigo porque de vez en cuando tiene que descansar de su ajetreada vida sexual, pero, ¿qué son unas vacaciones sin sexo?

Delaney la miró. Él había tenido sexo cada día en esas vacaciones, pero ella no.

—Sin embargo sí he ido de vacaciones con Logan. Me gusta estar con él. Con Logan siento... una paz interior.

—¿Dónde has ido de vacaciones con él? —preguntó Jack.

—Logan no es como Carter a quien le gustan los hoteles de cinco estrellas, la sofisticación, los restaurantes elegantes, las fiestas... algo así como tu jefe. Logan es totalmente distinto. A pesar de que no puede evitar ser millonario, porque lo heredó de su familia, es un hombre de gustos sencillos, y con esto no digo que él no disfrute de los lujos que le ofrece la vida, pero solo de vez en cuando. Es un hombre sensible y cariñoso. Una de las veces que me pidió que fuera con él de vacaciones me llevó al pueblo en donde nací, dijo que quería conocer el lugar donde había crecido. Otra de las veces me llevó a Atlanta para que le enseñara el internado en donde había estudiado. Aunque muchas vacaciones las pasamos de acampada en los bosques. Logan es de esos hombres que se interesan por ti, por tu bienestar, por tus sentimientos. Sería el hombre perfecto para mí, si no fuera sacerdote.

—¿Y Carter no es así? —siguió preguntando Jack.

—Dios, Carter es... Él es la persona más importante de mi vida. A pesar de las responsabilidades que tiene en su trabajo es divertido, con él no podría aburrirme aunque quisiera. Logan es guapo, no hay duda, pero Carter es... un monumento de hombre, salir con él es un placer en sí. Me gusta que, cuando vamos juntos, las mujeres me miren con envidia. Eso me hace sentir bien. Le quiero muchísimo y sé que él me quiere un montón, aunque se pase la vida diciendo que soy un incordio y maldiciendo el día en que me crucé en su camino. A veces es duro conmigo, casi rozando la crueldad, pero sé que lo hace porque le importo y se preocupa por mí. Me preocupa el que se canse de mí y me deje de lado y sé que eso ocurrirá cuando se case. Él es lo único que tengo, además de Logan. Ellos son mi familia, mi vida.

Delaney no podía soportar más estar oyendo elogios sobre sus amigos. Y se cabreó cuando Tess dijo que sus amigos eran lo único que tenía.

Había un coche esperándolos junto al avión cuando bajaron.

Capítulo 12

Un coche estaba estacionado en la puerta de la casa de Delaney cuando llegaron.

—¿No es un poco temprano para recibir visitas? ¿Esperas a alguien? —preguntó Tess a Delaney.

—No es el coche de ninguna visita —dijo Delaney saliendo del vehículo detrás de ella.

—¿Te has comprado un coche nuevo? ¿Otro juguete con el que jugar en tus ratos libres?

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? Es precioso —dijo ella—, aunque...

—¿Qué?

—No sé, creo que no es tu estilo.

—Me alegro porque no es mío sino tuyo.

—¿Mío?

—Te dije que te compraría un coche. Es el último deportivo de la casa BMW.

—Y también será muy caro.

—Solo es dinero.

—¿En serio lo has comprado para mí?

—Por supuesto.

Tess se lanzó hacia él para abrazarlo muy fuerte. Como no se apartaba de él, Delaney la cogió de los brazos y la separó para mirarla.

—¿Por qué lloras? Si no te gusta te compraré otro, el que tú elijas.

—Es precioso. Es solo que..., que... No esperaba un coche así. Pensé que me comprarías un utilitario.

—Cielo, eres mi mujer, no puedes ir por ahí con un utilitario.

—Lo siento, me he emocionado. Gracias. ¿Quieres ir a dar una vuelta conmigo para estrenarlo?

—Claro —dijo yendo hacia la puerta del conductor.

—Perdona. Es mi coche, yo conduciré. Jack, ¿no es fantástico?

—Sí, lo es. Ese coche te favorece.

—No veas cómo voy a ligar con él.

Jack sonrió al ver la cara que había puesto Delaney al oír las palabras de la chica. Subieron al coche y se abrocharon los cinturones.

—Daremos una vuelta rápida por la ciudad, a estas horas no habrá mucho tráfico.

—Me parece bien.

—Gracias por acompañarme. Quería estrenarlo contigo, ya que ha sido un regalo tuyo.

—Es un detalle por tu parte.

Delaney abrió la puerta de la verja con el mando que había en la guantera.

—Perdona que no te haya dejado conducir.

—No importa. Es que no estoy acostumbrado a que me lleve una mujer.

—A los hombres les gusta conducir porque les hace sentir que tienen el control.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo he descubierto yo solita —dijo ella girándose para mirarle sonriendo—. Jamás habría imaginado que podría llegar a tener un coche como este.

—Eres una chica con suerte.

—Sí, lo soy. Gracias.

—No me des las gracias. Esto es un negocio, ¿recuerdas? Solo estoy cumpliendo mi parte del trato.

A Tess no le gustó que le recordara su acuerdo, precisamente en ese momento.

—¿Te importa que haga una llamada rápida? —dijo ella después de atravesar la verja e incorporarse a la carretera.

—Adelante.

Tess necesitaba oír la voz de Carter en ese instante. Quería olvidar las palabras de Delaney. Marcó el número de su amigo y puso el manos libres. Dejó el teléfono en el soporte para el móvil.

—Aunque es un poco temprano para recibir llamadas —añadió Delaney.

—A Carter no le importará. Solo serán dos minutos, puede que menos si me cuelga —dijo ella sonriente.

—Hola —dijo Carter medio dormido.

—Hola. Por tu voz deduzco que te he despertado.

—No son ni las cinco de la mañana. ¿No tienes nada mejor que hacer con tu marido?

Tess miró a Delaney y se rio.

—Siento haberte despertado.

—No, no lo sientes.

—Tienes razón —dijo riendo.

—¿Dónde estás?

—Acabamos de llegar a casa. Solo quería que supieses que ya estoy aquí.

—Podrías haber llamado un poco más tarde.

—Quería oír tu voz. ¿Me invitas a comer hoy?

—¿Ya se ha cansado de ti tu marido?

—Creo que podrá soportarme durante unos meses, pero tiene mucho trabajo y debe recuperar el tiempo que ha pasado conmigo.

—No creo que se arrepienta de haber pasado dos semanas contigo. ¿Lo has pasado bien?

—¿Conoces a alguien que lo haya pasado mal en su luna de miel?

—Supongo que no. ¿Te recojo en la librería a la una? Aunque no tienes mucho tiempo al medio día.

—Hoy no trabajo en la librería, pero iré al pub esta noche.

—Entonces iré al pub contigo y luego iremos a cenar.

—Prefiero quedar para comer. Te he echado muchísimo de menos y tengo muchas ganas de verte. Además, quiero enseñarte algo que me ha regalado mi marido. Te va a encantar. Lástima que tengas que trabajar esta tarde porque podríamos pasarla juntos.

—A una chica guapa como tú no se le puede negar pasar una tarde con ella. Cancelaré todas mis citas de esta tarde.

—¿Vas a hacer eso por mí?

—Cariño, ¿todavía no sabes que haría cualquier cosa por ti?

Comeremos juntos, pasaremos la tarde haciendo nada, iremos al pub y luego te llevaré a cenar. No sé si seré capaz de soportarte tanto tiempo, pero lo disimularé. ¿Te recojo en casa?

—Esta vez te recogeré yo.

—Terminaré en el hospital a la una, pero iré a casa a ducharme y cambiarme. Tienes la llave de casa así que puedes esperarme allí.

—Te esperaré en la puerta sobre las dos.

—Vale. Me alegro de tenerte de vuelta. Y yo también te he echado muchísimo de menos.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

—Parece que tu amigo sigue sin tener buena opinión de mí. Apuesto a que no le hizo gracia que nos casáramos —dijo Delaney molesto cuando Tess finalizó la llamada.

No, molesto no, estaba cabreado porque Tess le dijera a su amigo que lo quería. Porque Carter dejara de trabajar toda una tarde solo para estar con ella. Porque la invitara a comer y a cenar. Porque la acompañara al pub mientras ella trabajaba... De pronto se dio cuenta, de que todo eso era lo que Delaney quería con ella. Tess era su mujer, ¿no? De repente se sintió aturdido y se maldijo por haber pensado semejante estupidez.

—No digas eso, porque unos minutos antes de casarnos, le dije que quería irme, que ya no quería casarme y él me convenció para que siguiera adelante. Así que gracias a él, no te di plantón.

—¿Pensabas largarte el día de la boda?

—Se me pasó por la cabeza. Me encanta este coche, es fantástico. Parece que tú todo lo haces a lo grande —dijo ella apretando el acelerador para pasar el semáforo que estaba en ámbar.

—Siento que el viaje no fuera como tú esperabas.

—Tampoco puede decirse que lo pasara mal, y teniendo en cuenta que me habías dejado claro que tú ibas a trabajar, tengo que agradecerte que me dedicaras tanto tiempo. Gracias por el coche. Y también por el viaje. Un día te invitaré a cenar para agradecértelo formalmente.

—¿Vas a invitarme a cenar?

—Puedo permitírmelo, ahora soy la señora Stanford, ¿recuerdas?

Catherine ya estaba levantada cuando la pareja entró en la casa. Tess se alegró muchísimo de verla y se dio cuenta de que, a pesar de que se conocían desde hacía poco, la había echado de menos.

Tess le dio los regalos que le había comprado y luego se sentó en la cocina con ella para enseñarle las fotos del viaje.

Antes de irse al trabajo, Delaney le dio a Tess una tarjeta del banco a su nombre, que su abogado le había llevado a casa mientras estaban de viaje, y ella le devolvió la que Delaney le había dado en Las Galápagos.

Tess llamó a su suegra para decirle que habían vuelto de la luna de miel y fue a verla a su casa a media mañana para llevarle lo que le había comprado en su viaje y para enseñarle su nuevo coche.

Cuando Delaney llegó a la oficina le pidió a Nathan, su abogado que le consiguiera un extracto del banco para saber lo que Tess había gastado durante su estancia en las islas.

Nathan entró en el despacho de Delaney al medio día. Habían pedido que les llevaran la comida para no perder tiempo ya que tenían trabajo atrasado.

—¿Tienes lo que te he pedido del banco? —preguntó Delaney.

—Sí —dijo entregándole el papel—. Tu mujer no ha utilizado la tarjeta que le diste ni una sola vez.

—Eso no es posible. Hizo varias excursiones, compró ropa en la boutique del hotel, y además estuvo hospedada en un hotel de otra isla durante varios días.

—Puede que le dieras otra tarjeta. Solo he pedido el extracto de la que me has dado.

—Solo le di esa.

—Entonces no hay error. Tu mujer no ha tocado tu dinero.

—Ya lo aclararé con ella. Ya le he dado la tarjeta que me dejaste en casa. Me gustaría tener un extracto de ella cada semana.

—De acuerdo.

Delaney recibió al día siguiente en sus oficinas el osito que Tess había olvidado en las islas.

Cenó con una mujer en el ático que tenía en el edificio de sus oficinas y permanecieron allí casi hasta media noche.

Cuando Delaney llegó a casa subió a su habitación. Iba a llamar a la puerta que comunicaba con el cuarto de Tess para darle el peluche, pero como no quería despertarla, entró sin llamar.

Le gustó que Tess decidiera no poner cerradura en esa puerta, eso demostraba que confiaba en él y eso le gustaba.

La estancia estaba iluminada únicamente por la luz que entraba a través de los ventanales. Se acercó a la cama y metió el osito bajo las sábanas, junto a ella. Luego se inclinó y la besó en los labios.

Delaney había estado muy ocupado durante toda la semana, después de que volvieran de su viaje, o más bien haciendo como que estaba demasiado

ocupado. Se marchaba a trabajar antes de que Tess se levantara, y volvía a casa tarde, cuando sabía que estaría dormida.

No quería pensar en Tess porque cada vez que lo hacía lo invadía un sentimiento desconocido para él, algo tan intenso como el dolor más fuerte.

A pesar de no querer pensar en ella, no podía evitarlo en muchos momentos a lo largo del día, y ansiaba verla para poder sentirla entre sus brazos. Quería volver a experimentar todo lo que sentía cuando la besaba. ¡Dios! La echaba tanto de menos... Deseaba hablar con ella. Deseaba escuchar de su boca esas frases que a veces le hacían sentirse incómodo, pero que al mismo tiempo anhelaba escuchar. Deseaba oírla reír y ver esa sonrisa suya, que le iluminaba el rostro cuando lo veía, a él, y que estaba seguro de que él era la causa de esa sonrisa. Pero tenía que estar alejado de ella. Sentía algo cuando estaban cerca el uno del otro, algo que le era desconocido y estaba, literalmente, asustado.

Tess lo echaba de menos, y también a Jack, ya que ahora tenía su propio vehículo y se desplazaba sola. Aunque las noches que iba a trabajar al pub, Jack siempre estaba en la puerta cuando salía y la seguía hasta casa.

Era viernes y Tess estaba en la cafetería del trabajo, en su descanso para comer. Se armó de valor y llamó a Delaney por teléfono.

—Hola, Tess, ¿sucede algo?

—Hola. No, todo está bien. Me preguntaba si te apetecería cenar hoy conmigo.

—Me encantaría cenar contigo, pero ya he quedado.

—No te preocupes, no importa. Ya nos veremos —dijo ella antes de colgar.

Tess había visto en google que Delaney había salido con la misma mujer cada noche desde que habían vuelto de su viaje. Y también sabía que después de cenar habían estado juntos, porque Delaney llegaba a casa muy tarde. No se sintió muy bien por el rechazo, pero tampoco iba a ponerse a llorar.

Cuando colgó el teléfono Tess llamó a su cuñado. Había hablado con él el día que volvieron de las islas, pero Sean estaba de viaje y no volvería hasta el jueves. Era viernes, o sea que ya estaría de vuelta.

Sean le preguntó si quería cenar con él y ella le dijo que tenía que trabajar en el pub esa noche. Y su cuñado le dijo que tenía que resolver unos asuntos y que la vería allí.

Sean estaba sentado en una mesa del pub cuando ella terminó de trabajar y se alegró de verle.

Salieron juntos del local. Los periodistas, que por lo visto lo habían seguido a él, o a ella, se cebaron haciéndoles fotos.

Fueron a cenar y hablaron del viaje y de todo lo sucedido con Delaney. En poco tiempo se habían hecho buenos amigos. Parecía como si se conocieran de años. Y Tess agradecía tener a alguien de confianza con quien poder hablar.

Luego fueron a una discoteca donde se encontraron a unos amigos de Sean y permanecieron allí hasta las tres de la madrugada. Aunque ese día Tess no se emborrachó.

Sean la llevó hasta el aparcamiento de la librería en donde Tess tenía el coche. A Sean le gustó el regalo que su hermano le había hecho a su mujer. La siguió con su coche hasta que Tess atravesó la puerta de la verja de la casa de Delaney y luego se marchó.

—¿Hoy trabajaba Tess en el pub? —preguntó Delaney a Jack cuando iban en el coche camino de casa casi a medianoche.

—Sí.

—¿Has ido a esperarla a la salida para seguirla hasta casa?

—No. He visto a tu hermano entrar en el pub y le he llamado. Me ha dicho que había quedado con Tess para cenar y que él la acompañaría hasta casa.

—¿Ha llegado ya a casa?

—He hablado con Cath hace diez minutos y no había llegado todavía. Creo que no la has visto en varios días.

—Es lo mejor para los dos.

Delaney entró en el dormitorio de Tess al día siguiente a las siete de la mañana. Pensó que la encontraría dormida ya que se había acostado tarde, pero se sorprendió al ver la habitación vacía y la cama hecha. Bajó a la cocina.

—Buenos días, Cath.

—Buenos días.

—¿Hace mucho que se ha marchado mi mujer?

—Hace unos veinte minutos. Ha dicho que quería ir antes al trabajo porque tenía que hacer algo.

—Bien.

—Parece que no le estás prestando mucha atención.

—Tengo mucho trabajo. Hemos estado fuera mucho tiempo y tengo cosas que solucionar.

Tess se tomó unos minutos de descanso a media mañana y subió a tomar café.

Comprobó en el móvil si había algo nuevo sobre Delaney la noche anterior. Y en efecto, había cenado con la mujer con la que se le veía últimamente y luego habían ido a casa de ella. Se sintió algo decepcionada. Delaney había rechazado su invitación para cenar porque había preferido cenar con esa mujer, con quién había cenado cada día desde hacía una semana.

Fue consciente de que Delaney la ignoraba olímpicamente y decidió llamar a Carter. La última vez que había hablado con él, Carter le había dicho que pasaría el fin de semana de acampada con unos amigos. Tess le preguntó si podía ir con ellos y él aceptó.

Delaney llegó a casa a las tres y media de la tarde y fue a la cocina.

—¿Ha llegado Tess? —le preguntó a Cath.

—Llegó sobre las dos, se cambió y se marchó. Me ha dicho que pasaría el fin de semana de acampada con unos amigos. Volverá mañana por la noche.

Del cogió el café que le preparó la mujer y se dirigió al despacho con la taza. Claramente cabreado porque Tess no le hubiera mencionado nada al respecto.

Delaney salió esa noche, como cada noche. Al día siguiente, domingo permaneció en casa todo el día y por la noche salió a cenar con su hermano.

Delaney quería hablar con Sean. Sabía que Tess y él habían congeniado y se llevaban bien, demasiado bien a su parecer. Y necesitaba saber lo que se proponía Sean.

Pero su hermano le dijo que Tess era una chica excepcional y que únicamente pensaba en su marido. A Delaney le hizo gracia eso, ya que sabía que Tess no sentía nada por él, aunque tenía que reconocer que era una buena actriz.

Delaney llegó a casa después de las once. Cath le dijo que Tess había llegado hacía unos minutos y que había subido a ducharse y a acostarse porque estaba muy cansada. Después de darle las buenas noches, Delaney subió a su habitación. Se quitó la chaqueta y llamó a la puerta de Tess.

—Pasa.

—Hola —dijo él entrando en el dormitorio.

—Vaya, señor Stanford, es todo un honor que se haya dignado a hacerme una visita —dijo ella sonriendo dulcemente.

—He estado muy ocupado, lo siento —dijo él sentándose en el sofá.

—Bah, no tienes por qué disculparte —dijo ella restándole importancia—. Yo también he estado muy ocupada. Supongo que no nos hemos visto, por falta de coordinación. Aunque nosotros no tenemos necesidad de estar coordinados —dijo sonriéndole mientras sacaba del vestidor la ropa que se pondría al día siguiente y la dejaba sobre un sillón.

—Es mejor que no nos veamos a menudo.

—Estoy de acuerdo contigo. Aunque, no hace falta que te esfuerces por evitarme. Quiero decir que, si vuelves a casa antes de que me acueste, no voy a molestarte.

—Tú nunca me molestarías. Y no estoy evitándote. Es solo que... tengo compromisos.

—Lo sé. Parece que gozas de mucho predicamento entre las mujeres —dijo poniéndose de rodillas en el suelo para sacar las cosas de la mochila.

Delaney se rio.

—¿He dicho algo gracioso?

—No, es tu forma de expresarte lo que encuentro gracioso.

Tess llevó al baño la ropa que había sacado de la mochila y la metió en el cesto de la ropa sucia.

—¿Has pasado un buen fin de semana?

—Sí, ha sido un fin de semana fantástico.

—Tus amigos se preguntarán por qué lo has pasado con ellos, en vez de conmigo.

—Saben que eres un hombre ocupado. Ellos también, solo que se toman un respiro los fines de semana para desconectar.

—¿Con quién estuviste de acampada?

—Con Carter y tres médicos amigos suyos.

—¿Todos hombres?

—Sí. Lo pasamos bien. Acampamos en un precioso bosque junto a un río. Incluso nos bañamos, aunque he de reconocer que el agua estaba helada. Y pescamos un montón.

—¿Dónde dormisteis?

—En dos tiendas de campaña. No encontramos ninguno de tus hoteles — dijo ella sonriendo.

—¿Dormiste con alguno de ellos?

—¿A qué se debe este interrogatorio?

—Te dije que debías ser discreta.

—A mí me importa un pimiento lo que dijeras. He estado en un bosque apartado de la mano de Dios con cuatro tíos guapísimos y solteros, así que no hemos roto ninguna de las reglas de la sociedad. Y tampoco las reglas entre tú y yo. Además, esos hombres me han hecho sentir muy bien, imagínate, la única mujer para recibir todas sus atenciones. Si tienes algún problema, denúnciame. O si lo prefieres, puedes dar por finalizado nuestro acuerdo.

—Estás enfadada.

—No me digas —dijo ella sin disimular su sarcasmo.

—¿Por qué estás enfadada?

—¿Tú eres tonto o qué? Me estás recriminando que me haya divertido el fin de semana con cuatro amigos. ¡Por el amor de Dios! No había ningún paparazzi en los alrededores. Estábamos en un bosque solitario, por lo tanto nadie podrá decir de mí, nada que pueda perjudicar tu orgullo. Así que, cuando quieras echarme algo en cara, procura tener pruebas de que no he obrado correctamente.

—Sabes que los medios están pendientes de tus movimientos.

—Te recuerdo que también están pendientes de los tuyos.

—¿Por qué no te sientas? Vas a gastar la alfombra de tanto caminar.

—Mi marido es rico y puede comprar un millón de estúpidas alfombras —dijo ella sentándose a su lado.

—El viernes fuiste a cenar con Sean.

—Sí, y luego estuvimos en una discoteca hasta bastante tarde. ¿Eso también supone un problema para ti? Empiezo a pensar que eres un hombre problemático. Espero que no vayas a decirme que no salga con tu hermano porque saldré con él cuando quiera. Me gusta, y lo pasamos bien juntos.

—¿En qué sentido te gusta?

—¿Tú has visto el aspecto de tu hermano? Dios, es un placer ir a su

lado, solo por ver cómo lo miran las mujeres. Es una lástima que sea mi cuñado.

—Siempre tan directa.

—Por lo que he oído sobre ti, he llegado a la conclusión de que tu cuerpo es un ejemplo de poder sexual. Aseguraría que estás hecho para poseer a una mujer y volverla loca hasta conseguir que sea adicta a ti.

—No puedes decirme cosas como esa —dijo él algo avergonzado.

—Yo puedo decir lo que quiera.

—Sigues desafiándome.

—Por supuesto que no.

—Te pregunto sobre Sean y me sales con todo eso sobre mí.

—En ese caso, te diré lo que pienso de él. A Sean lo veo como un joven dios cuya única misión es que las mujeres babeemos por él y nos volvamos gilipollas al verle.

—Puede que en la cama yo no sea lo que tú piensas. Es posible que sea frío.

—Me parece que subestimas el sexto sentido de las mujeres.

—¿A qué te refieres?

—Si un hombre te hace hervir la sangre antes de besarte, sin ni siquiera rozarte, caben pocas posibilidades de que sea frío en la cama.

—¿Hablas de ti?

—Bueno, se da el caso de que a mí me ha sucedido.

—¿Connmigo?

—*Creo* —dijo ella enfatizando la palabra— que besas bien. Ya sé que es un detalle muy pequeño.

—¿Que te hierva la sangre es un detalle pequeño?

—Hay otros detalles pequeños. Pienso que, simplemente con que un hombre te roce la mano, y la manera en que lo haga, puedes saber si es un amante que merezca la pena.

—Creo que confías demasiado en tu romanticismo.

—Yo no lo creo. Y no hago daño a nadie creyéndolo. Son pensamientos personales.

—Que compartes connmigo.

—Porque eres tú quién está aquí en este momento.

—¿Eso quiere decir que haces lo mismo con otros hombres?

—Es posible.

—¿Te gusta seducir a los hombres? ¿Flirtear con ellos?

—¿Decir lo que uno piensa es una clase de seducción o flirteo?

—Lo que tú haces es insinuar descaradamente.

—Yo no me insinuo, y no soy descarada.

—Por supuesto que lo eres. Y eso me está matando.

—Siento molestarte —dijo ella sonriendo.

Delaney la cogió de la cintura con las dos manos y la sentó sobre sus muslos.

—Uy —dijo ella sorprendida.

Tess le miró a los ojos y pudo ver esa mirada, esa mirada que él le dedicaba antes de besarla.

—Vas a besarme, ¿a que sí?

—Puedes apostar por ello.

—¿Ves? Eso es a lo que me refería. En este momento la sangre bulle en mis venas, ante la expectativa de que me beses.

Delaney gimió de placer al oír sus palabras. Colocó la mano en la nuca de Tess para acercarla y le selló la boca con la suya.

A Tess le sorprendió la suavidad de sus labios firmes y la delicadeza con que la besaba. Suspiró y Delaney aprovechó para introducir la lengua en su boca, saboreándola lentamente y con suavidad.

Delaney la besaba con seguridad, con habilidad y con la medida justa de agresividad para provocarla.

Y ella lo provocó a él devolviéndole el beso con una ferocidad y un ansia que Delaney tuvo que dejarse invadir por las sensaciones. Esas sensaciones que lo dejaban aturdido y desconcertado.

Tess lo deseaba, no podía negarlo. Sentía tal deseo por él que le dolía.

Cuando el beso se volvió más ardiente, Tess pudo reaccionar un instante y pensó que lo que estaba haciendo no estaba bien. Pero su cuerpo silenció esa especie de advertencia y se apretó contra él rodeándole fuertemente con los brazos.

Se separaron con la respiración entrecortada. Tess colocó su cara en el cuello de él sin dejar de abrazarlo. Delaney escondió su rostro entre el pelo revuelto de ella, intentando serenarse mientras la abrazaba.

—No ha estado mal —dijo Tess sin moverse de donde estaba.

¿*No ha estado mal?* Repitió Delaney en su mente porque aquel beso lo había devastado.

—Creo que lo que hacemos es peligroso.

—¿Peligroso? —dijo él acariciándole el pelo.

—¿Tú no lo crees?

—Somos adultos y no tenemos que rendir cuentas a nadie. Te aseguro que no corres peligro conmigo.

—Los asesinos en serie también dicen eso.

Delaney se rio.

—¿Corro yo peligro contigo?

—Por supuesto que no —dijo ella convencida—. Entre nosotros nunca habrá nada más que esto.

—Nunca es mucho tiempo, mejor decir mientras estemos casados —añadió él.

—Las cosas no cambiarán cuando nos divorciemos. Creo incluso que ni siquiera deberíamos besarnos.

—Yo no te besaré, si no quieres que lo haga.

Los dos seguían abrazados, sin moverse ni un centímetro.

—No me importa que me beses —dijo ella apartándose de él y levantándose.

Delaney se marchó de viaje al día siguiente y no volvería hasta el jueves.

El miércoles Nathan, el abogado de Delaney llamó a Tess mientras ella estaba almorzando en la cafetería del trabajo.

—¿Diga? —dijo ella sin saber quien era porque era un número desconocido.

—Señora Stanford, son Nathan Brooks, el abogado de su marido.

—Sé quien es usted.

—Su marido me pidió que le mostrara hoy el apartamento que le ha comprado.

—¿Mi marido le ha pedido que me lo enseñara usted?

—Exactamente. ¿Le parece bien que quedemos cuando salga del trabajo? Su marido dijo que la recogiera a las siete y media.

—Si no le importa, prefiero que quedemos allí.

—De acuerdo. Le enviaré un mensaje con la dirección.

—Muchas gracias. Hasta la tarde —dijo Tess antes de colgar.

Tess llamó a Jack y le dijo lo del apartamento y le pidió si podría recogerla en el trabajo para llevarla.

Jack estaba en la puerta de la librería cuando Tess salió. Sin

preocuparse de que hubieran fotografías Tess subió en el asiento del copiloto y Jack arrancó.

—Escuchame Tess —dijo Jack—. Llama a Nathan y dile que has cambiado de opinión y que esperarás a que Delaney te enseñe el apartamento.

—Si hago eso pensará que le tengo miedo, y no le tengo miedo. Además, Delaney lo ha hecho intencionadamente, quiere humillarme delante de su abogado.

—Déjame que llame a Delaney.

—Ni se te ocurra. Esta es la dirección —dijo ella mostrándole el móvil—. Llévame, por favor.

Después de ver el apartamento, el abogado y Tess salieron del edificio. Se estrecharon la mano y Jack le abrió la puerta trasera para que ella subiera.

Tess no pudo evitar romper a llorar. Jack se preocupó por si Nathan se había comportado de manera grosera con ella, aunque le extrañaba, ya que el abogado siempre era muy correcto.

Jack la llevó de vuelta a la librería para que Tess cogiera su coche y la siguió hasta casa.

Tess se excusó con Cath diciéndole que no tenía hambre y que subía a acostarse.

Tess sabía por Jack, que Delaney había vuelto el día anterior por la mañana y que le había llevado directamente al trabajo. Y por la noche había vuelto a casa tarde.

No había tenido noticias suyas en toda la semana, ni una llamada, ni un mensaje... Tess sabía que esa sería su vida mientras estuvieran casados y ya lo había asumido.

Tess tenía que hacer el pedido mensual para la librería. Su jefe tenía varias citas para esa tarde y como Tess usaba el ordenador del despacho este le dijo que se marchara a casa y trabajara allí.

Tess estaba sentada en el suelo del salón con el portátil sobre las piernas y rodeada de papeles cuando Delaney entró en el salón a media tarde. Ella levantó la mirada y vio que estaba enfadado.

—Si crees que no hay suficientes sillones en la casa puedes comprar algunos más —dijo él en tono seco y tajante.

—Hola también para ti. He tenido un buen día, gracias por interesarte —dijo ella sin apartar la vista del portátil.

—No estoy de humor para aguantarte así que no me incordies. Y si no te importa, me gustaría estar solo.

—Yo he llegado primero al salón, de manera que si tiene que irse alguien, tendrás que ser tú.

—Cielo, que no se te suba a la cabeza porque tú y yo tengamos un acuerdo. Supongo que no habrás olvidado que esta es mi casa.

—La verdad es que sí, lo había olvidado, no sabes como lo siento. Te dejaré solo, ya que es *tu* casa. De todas formas, no me apetece estar en la misma habitación que tú —dijo ella cerrando el portátil y cogiendo los papeles del suelo.

Tess se levantó y abandonó el salón. Entró en el despacho de Delaney, que era la habitación contigua. Colocó los papeles sobre la mesita y se sentó en el sofá con el ordenador sobre los muslos.

Quince minutos después Delaney abrió la puerta del despacho y entró. Tess lo miró contrariada. No se le había ocurrido pensar que él pudiera ir allí.

—No vuelvas a entrar en mi despacho.

—Lo siento —dijo Tess cerrando el portátil de nuevo de golpe y recogiendo los papeles rápidamente.

Delaney se dirigió a su mesa y se sentó en la butaca.

Tess caminó hacia la puerta que estaba abierta, pero antes de salir se detuvo. Se dio la vuelta y caminó hacia la mesa hasta quedar frente a él. Delaney se echó hacia atrás en la butaca a esperar lo que tenía que decirle.

—Tal vez deberías hacer una lista con los lugares a los que tengo acceso en *tu* casa. Y tampoco estaría mal que añadieras los horarios en los que permites que los utilice.

—Mira por donde eso me parece una buena idea.

—Sabes, yo no soy uno de tus subordinados para que me trates de la forma que lo has hecho. Y si con ello pretendías intimidarme, no lo has conseguido.

—Deberías tenerme miedo.

—Eso es lo que a ti te gustaría. No creo que sea justo que pagues conmigo tus malos momentos. ¿Por qué no has ido a ver a alguna de tus amantes?

—Tal vez debí haberlo hecho, ellas no me desafían como lo haces tú.

—Razón de más para ir a ver a la de turno. Debí haberte exigido más antes de sellar nuestro acuerdo porque, realmente, no sé si merecerá la pena. A ellas les ofreces lo mejor de ti y reservas para mí tu mal humor, tus

recriminaciones, tus interrogatorios... y ahora, me restriegas por la cara que esta es *tu* casa. ¿Crees que lo he olvidado en algún momento? Para mí es un infierno vivir aquí. Lo único bueno son Jack y Catherine.

—Todas las mujeres sois iguales, solo estais conmigo por interés.

—Tal vez no merezcas la pena, sin tu dinero. Y, que quede claro que yo no estoy contigo. Únicamente soy un negocio.

—No me lo recuerdes. Podía haber tenido lo mismo con otra mujer, y gratis.

—Lo sé. Y creo recordar que te dije eso precisamente antes de casarnos. Yo no tengo culpa de que seas un estúpido. Tú, mejor que nadie, deberías saber que los negocios no siempre salen bien. Aunque ahora tengo mis dudas de que seas un buen negociante. Tanto presumir de hombre poderoso, millonario, inteligente... y ya ves, has tenido que conformarte con alguien insignificante como yo.

—Puede que seas mejor que yo en los negocios. A ti te va a salir bien este. De hecho, ya has conseguido algunas cosas.

—¿Lo dices por el coche?

—Entre otras cosas —dijo él esbozando una sonrisa que hizo que la furia de Tess se incrementara.

—Ya que hablamos de negocios, Stanford, será mejor que adoptemos un tratamiento más formal.

—Como quiera, señora Stanford.

Stanford, lo había llamado Stanford, como de hombre a hombre, pensó Delaney.

—En lo referente al vehículo que me compró, he decidido que no voy a aceptarlo. De todas formas, es posible que ni siquiera pudiera mantenerlo al finalizar nuestro acuerdo. Así que puede quedárselo y añadirlo a su flota. Y si no es de su estilo, puede regalárselo a una de sus amantes, parece ser que ellas no tienen problema en aceptar regalos caros suyos. Y a partir de ahora tampoco haré uso de su vehículo con chófer. En cuanto a lo del apartamento que me ha comprado, que ni siquiera tuvo la delicadeza de molestarse en enseñármelo usted mismo y en lugar de ello envió a uno de sus esbirros, sin duda para que me sintiera abochornada, puede quedárselo también. Sé que envió a su abogado para humillarme y puede estar satisfecho porque lo consiguió. De todas formas, apuesto a que ni siquiera podría pagar la comunidad.

Delaney se cruzó de brazos y los apoyó en la mesa. La improvisación de

Tess y la confianza en sí misma que demostraba lo excitaba, y se maldijo por ello.

—Creo que se ha confundido conmigo. Usted no me conoce en absoluto.

—Yo creo que sí.

—Si desea cancelar nuestro acuerdo, hágamelo saber y le aseguro que estaré encantada de satisfacerlo. Y además, le eximo de cualquiera de las cosas que me ofreció. Por otra parte, si desea que nuestro acuerdo siga vigente, lo respetaré ya que para romperlo deberíamos estar de acuerdo. Y a partir de ahora puede estar completamente en seguro de que no le molestaré en *su casa*.

Tess se dio la vuelta y caminó hacia la puerta pero volvió a detenerse y se giró para mirarlo.

—Tal vez sería buena idea que hablase con el señor Bedford para que le refrescara la mente y le recordara las palabras que usted me dedicó en *su avión*, ya que parece que no disfruta de buena memoria —dijo ella refiriéndose a Jack por su apellido.

—¿Puedo preguntarle cuales fueron esas palabras que he olvidado?

—Dijo que *mientras estuviéramos casados, lo suyo no sería suyo sino nuestro*. Vaya, ahora, además de pensar que no es un destacable hombre de negocios, resulta que su palabra no vale nada. Y sabe otra cosa, a lo largo del tiempo he descubierto que mi casa está donde estoy yo, de manera que, si estoy aquí, esta es mi casa. No voy a perdonarte la manera en que me has tratado.

—Bueno, cielo, a veces hay que correr riesgos para que la vida sea más llevadera.

A Delaney siempre le había gustado la personalidad de Tess, resuelta e irreverente y otras veces tímida y sumisa. Dios mío, resultaba seductora y aquel choque la hacía deseable de una manera salvaje.

Tess se dirigió a la puerta tranquilamente y salió cerrandola despacio. Jack estaba de pie junto a ella. El hombre la miró a los ojos y vio que estaba a punto de llorar.

—Jack, siento no poder aceptar que me lleves —dijo al darse cuenta de que Jack lo había oído todo.

—Lo sé.

Tess fue a la cocina y se sentó en la mesa que utilizaban para el desayuno y a veces para cenar y que estaba en un separado. Abrió el portátil y extendió los papeles, por tercera vez.

—¿Estás bien? —preguntó Catherine.

—Sí.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias, tengo que subir a arreglarme en media hora.

Jack entró en la cocina después de que Tess subiera a su habitación.

—Tess parece enfadada —dijo la mujer.

—Delaney ha tenido unas palabras con ella. Bueno, más bien ha sido Tess quien ha puesto a Delaney en su sitio —dijo Jack sonriendo.

—¿Están enfadados?

—No importa si están enfadados o no. Esa chica es brillante —dijo él riendo.

Jack se sentó a tomar un café con ella mientras le contaba la discusión entre la pareja.

—Sabes, Jack. Esa chica es ideal para Delaney.

—Yo también lo creo.

Tess bajó a las ocho menos veinte y entró en la cocina. Cath estaba preparando la cena, Jack estaba sentado a la mesa con el portátil y Delaney se encontraba de pie apoyado en la bancada.

Cuando Tess entró en la cocina Jack se puso de pie y fue a contestar al interfono de la entrada.

Delaney miró a Tess, estaba preciosa. Llevaba un vestido negro con un escote demasiado pronunciado. Lucía los brillantes que Carter le había regalado para la boda.

—Tu coche ha llegado —dijo Jack a Tess entrando en la cocina.

—Me marcho —dijo besando a Cath.

—Muy bien, cariño, diviértete.

—Cariño, no me esperes levantado, puede que vuelva tarde, ya sabes que las cenas de negocios suelen retrasarse dijo Tess a su marido.

Delaney no pronunció palabra.

Tess salió de la cocina y se dirigió a la puerta de entrada donde la esperaba Jack.

—Buenas noches, Jack.

—Buenas noches.

Jack esperó en la puerta de la casa a que Tess entrara en el coche y el chófer le cerrara la puerta. Luego abrió la puerta de la verja y esperó a que se cerrara. Volvió a la cocina.

—¿Quién ha recogido a Tess? —preguntó Delaney.

—Un coche que ha enviado su jefe —dijo Jack.

—¿Dónde iba?

—Tiene una cena de negocios con un escritor que va a firmar en su librería durante unos días —dijo Cath.

Delaney fue a su despacho después de cenar. Había habido un incendio en su hotel de Miami y había estado todo el día de muy mal humor. Aunque la mala leche que sentía no sabía si era por lo del hotel o porque sabía que Tess cenaría con un hombre, que sabía que lo encontraba atractivo por la conversación que había mantenido Tess con el agente del escritor cuando estaban en Las Galápagos.

Cuando Tess volvió a casa bien entrada la noche Delaney seguía en su despacho trabajando.

Tess entró en su dormitorio y vio un paquete de regalo sobre el escritorio. Sabía que era el regalo que Delaney le había traído de su último viaje pero no tenía deseos de abrirlo.

Tess se desnudó y se puso el pijama. Después de desmaquillarse y lavarse los dientes se metió en la cama. Escribió unas líneas en su diario y apagó la luz.

Delaney seguía en su despacho pensando en todo lo que Tess le había dicho esa tarde y recordando mentalmente palabra por palabra.

Sabía que hizo mal enviando a Nathan para que le enseñara el apartamento, pero se sentía muy aturdido cuando estaba con ella y la estaba evitando, como a la peste.

Tess no volvió a casa después del trabajo al día siguiente que era sábado. Comió con su amigo Logan y luego fueron a pasear. Logan sabía que a Tess le ocurría algo y que necesitaba compañía, pero no le preguntó nada al respecto, tendría que ser ella quien hablara con él, si era lo que deseaba.

Llegada la hora de cenar y viendo que su amiga no tenía interés en volver a casa la llevó a cenar a un restaurante sencillo, ya que iban con vaquero. Y luego tomaron unas copas en un pub.

A la una de la madrugada Logan detuvo el coche delante de la verja de la casa y esperó a que Tess entrara para marcharse.

Al oírla Jack salió de su casa y se acercó a ella.

—Hola.

—Hola, Jack, ¿no puedes dormir?

—Estaba esperándote.
—Sabías que estaba con Logan y que él me traería a casa.
—Lo sé.
—Seguro que mi marido no me habría esperado levantado. ¿Está en casa?
—Sí. Te acompañaré hasta la puerta.
—No necesito un guardaespaldas para ir de aquí a la casa —dijo ella sonriendo.
—Te acompañaré de todas formas.
—Buenas noches —dijo Tess cuando llegaron a la puerta—, y gracias.
—Buenas noches, Tess.

A pesar de haberse acostado tarde, Tess se levantó a las seis de la mañana al día siguiente. Bajó a prepararse el desayuno y lo subió con una bandeja a la segunda planta. Había decidido colocar bien todos sus muebles y trasladarse a vivir allí.

La planta era como un apartamento, pero sin cocina. Tenía un salón enorme, un baño, un aseo y tres dormitorios. Tess no tenía muchos muebles así que decidió olvidarse de las habitaciones y ordenarlo todo en el salón.

Después de desayunar montó la cama porque ya no tenía intención de ocupar la habitación junto a la de Delaney y colocó el colchón encima.

El armario estaba desmontado, pero ella tenía herramientas y sabía cómo hacerlo ya que lo había montado cuando lo compró.

Colocó sobre una de las paredes todas las tablas del armario. Uno de los tableros que no estaba bien apoyado se separó de la pared y cayó. Tess se acercó pero no tuvo tiempo de sujetarlo y no pudo echarse atrás lo suficientemente rápido. La parte superior de la tabla cayó sobre ella haciéndole una raspadura en el muslo, antes de golpear el suelo con un gran estruendo, y arrancándole un buen trozo de piel. Tess cayó al suelo de culo.

Delaney que estaba dormido se despertó de golpe con el sonido de la madera golpear el suelo. Se levantó aturdido porque el ruido provenía de la planta superior y esa planta no se utilizaba.

Delaney salió de su dormitorio y subió la escalera.

Al abrir la puerta se encontró a Tess sentada en el suelo y con los ojos anegados de lágrimas. Le miró la herida del muslo y se asustó al ver la dimensión de la herida, en carne viva y con sangre por todas partes.

—¿¿Qué demonios estás haciendo aquí?!

—Practicando diseño de interiores.

Delaney se agachó, le pasó un brazo por debajo de las rodillas y el otro por detrás de la espalda y la levantó sin ningún esfuerzo.

—Podía haberme levantado sola. A la cama no que se manchará de sangre el colchón.

—Que se joda el colchón —dijo dejándola sobre la cama con cuidado.

—Claro, como no es tuyo... ¿Por qué te has molestado en subir?

—Añoraba la agri dulce tortura de volver a verte. ¿Cómo coño te has hecho esa herida?

—Una tabla del armario ha caído y yo estaba delante.

—Eres una insensata.

—Solo ha sido un rasguño, es solo que la sangre es muy escandalosa.

—Te llevaré al hospital.

—No seas ridículo. Bajaré a ver si Cath tiene algo para curarme —dijo ella intentando bajar de la cama.

—Quieta, no te muevas, yo bajaré.

—¿Qué exagerado! —dijo ella cuando Delaney abandonó la habitación precipitadamente.

Tess aprovechó su ausencia para intentar tranquilizarse porque su respiración se había alterado al verlo solo con el pantalón del pijama. Y el problema se acentuó cuando la cogió en brazos.

Jack y Cath estaban en la cocina cuando Delaney entró y les contó lo sucedido.

—Cogeré el botiquín y subiré enseguida —dijo Jack levantándose de la mesa.

Delaney y Catherine se dirigieron a la escalera.

—¿Qué está haciendo mi mujer en la segunda planta?

—Allí tiene sus cosas. Habrá subido a buscar algo —dijo la mujer.

—Parece ser que se disponía a montar un armario.

—Puede que quiera ordenar los muebles. Los de la mudanza los dejaron de cualquier manera —dijo cuando llegaron a la primera planta.

Delaney entró en su dormitorio a coger una camiseta y se la puso.

—Delaney es un exagerado —dijo Tess al ver entrar a Cath seguida por él—. No tenías que haberte molestado en subir.

—Cariño, no es ninguna molestia. Vaya, tienes una buena herida. Tal vez deberían ponerte la antitetánica.

—No quiere que la lleve al hospital —dijo Delaney.
—No me he herido con ningún metal así que no necesito la antitetánica.
¿No habeis subido nada para que pueda curarme?
—Ahora lo sube Jack —dijo Delaney cuando el mencionado entraba.
—¡Hostia! —dijo Jack al ver la herida.
—Otra vez estamos aquí —dijo Tess mirando a Jack con una cálida sonrisa.
—Sí, y me estoy cansando de curarte.
—Dijiste que era divertido cuidar de mí.
Jack la miró serio.
—Lo siento, Jack.
—No te preocupes. Lo único que tengo que hacer es asimilar que toda mi vida será así contigo, y nunca me aburriré.
Tess soltó una carcajada.
—Aprovecha para reírte ahora porque en unos minutos vas a llorar.
—De eso nada. Dame el botiquín, yo me curaré.
—Voy a desinfectarte la herida —dijo Jack ignorándola y abriendo una botella.
—Traeré una toalla para ponerla debajo de las piernas y no se manche el colchón —dijo Cath entrando en el baño.
Delaney puso los ojos en blanco.
—Otra preocupándose por el ridículo colchón.
—¿Se puede saber qué hacías aquí? —preguntó Jack.
—Iba a montar el armario. ¿Me va a escocer mucho?
—Sí.
—Vaya, qué sutil. Podías haber dicho que no —dijo Tess mientras Cath colocaba la toalla debajo de sus piernas.
—¿Preparada?
—No.
Delaney se sentó al otro lado de la cama y cogió la mano de Tess.
—¿Quieres una copa?
—Es un poco temprano para eso, ¿no crees?
—Podrías sentir menos dolor —dijo Delaney.
—Lo soportaré. Adelante, Jack.
El hombre echó una buena cantidad de líquido sobre la herida. Tess apretó la mano de Delaney con tanta fuerza que pensó que se la rompería.
Tess no gritó, pero no pudo evitar que las lágrimas resbalaran por sus

mejillas sin detenerse.

—Ya está —dijo Jack secándole la herida con una gasa esterilizada—. Ahora te pondré una pomada y vendaré la herida para que no se te infecte. Esta noche volveré a curarte. Mañana te sacaré la venda, estas heridas es mejor llevarlas al aire.

—Tendrás que ponerte vestido, y sin medias, para ir a trabajar—dijo la mujer.

—No irá a trabajar hasta que la herida esté curada —dijo Delaney.

—Por supuesto que iré a trabajar. Y puedo ir sin medias, ya no hace frío.

—Mañana no irás —insistió Delaney.

—Mañana tengo que ir. Irá un escritor a firmar su novela y soy yo quien se ocupará de él.

—Pues tendrá que buscarse a otra que lo entretenga —dijo Delaney molesto porque ella iba a volver a ver al tío con el que cenó unos días atrás.

—He leído la novela que me dejaste —dijo Cath—, me gustó mucho. Estoy pensando en ir a que me firme un ejemplar. ¿Es tan guapo como en la foto?

—Mucho más —dijo Tess sonriéndole a la mujer—. Y es... divertido e inteligente, y con un gran sentido del humor.

Delaney se maldijo pensando que Tess se habría acostado con él.

Jack terminó de ponerle la venda.

—¿Quieres que te baje para que desayunes? —preguntó Delaney.

—Ya he desayunado, pero gracias. Y si quiero bajar no te necesito, podré hacerlo sola.

—¿A qué hora te has levantado? —preguntó la mujer cogiendo la bandeja del desayuno.

—Un poco antes de las seis.

—¿Quieres que te suba algo?

—Cath, es un simple rasguño, puedo caminar.

—Vale, descansa un rato. Estaré bajo si me necesitas.

—Delaney, ¿vas a salir hoy? —preguntó Jack.

—No hasta última hora de la tarde.

—Vale.

—Acércate, Jack.

El hombre se acercó a la cama y se inclinó hacia Tess. Ella le rodeó con sus brazos con un fuerte abrazo.

—Gracias.

—De nada. Deberías alejarte del peligro.

—Es lo que intento —dijo mirando a Delaney—. Es el peligro el que me persigue..

Cuando Jack salió de la habitación Delaney se echó sobre la cama al lado de Tess.

—¿Qué haces?

—Descansando. Me has despertado muy pronto.

—¿Piensas quedarte aquí?

—Sí.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—No. ¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a hacer la cama, y luego seguiré con lo que estaba haciendo —dijo ella levantándose porque se sentía inquieta por tenerlo acostado a su lado.

—Deberías descansar.

Tess no dijo nada. Se dirigió a la cómoda en donde había ordenado la ropa de cama y sacó las sábanas.

—Si no te levantas no podré hacer la cama.

—Aprovecharé para bajar a por el desayuno. ¿Quieres algo?

—Un café estaría bien. Gracias.

Delaney abandonó la estancia y Tess hizo mientras la cama.

Delaney entró poco después con una bandeja que dejó sobre la mesa que había en un rincón y que en el pasado estaba en la cocina del apartamento de Tess.

—¿No tienes bastante espacio en *tu* choza que tienes que venir a ocupar el mío? —dijo Tess.

—Esta planta también es parte de mi choza —dijo él sonriendo porque no había pasado por alto que ella había resaltado el *tu*—. Ven a tomarte el café.

—Pensaba que al menos podría estar aquí, sin molestarte —dijo ella sentándose en la mesa frente a él.

—Tú puedes estar donde quieras, cielo.

—Tanta amabilidad me confunde —dijo tomando un sorbo de café.

Tess se levantó y se dirigió a la pared en donde estaban las tablas del armario. Cogió la que había en el suelo y la colocó de nuevo apoyada en la pared.

—¿Necesitas ayuda?

—Creo que podré apañármelas sola.

—De acuerdo —dijo él siguiendo con el desayuno pero sin dejar de mirarla.

Tess colocó un lateral del armario en uno de los lados apoyándolo en una silla. Luego colocó el otro en el otro lado con otra silla.

—¿Quién te ha enseñado a montar muebles?

—No creo que haga falta estudiar para meter unos tornillos en los agujeros correspondientes.

Delaney se rio.

Tess colocó en el suelo, entre los dos laterales, el tablero que iría debajo. Luego encajó los dos laterales en las ranuras y se sostuvieron solos. Luego cogió de una caja los tornillos y la herramienta necesaria y los atornilló.

—¿Tú sabes montar muebles? —preguntó ella sin mirarlo.

—No he tenido que hacerlo nunca, pero creo que también sabría meter un tornillo en un agujero. ¿Por qué no le has dicho a Jack que querías montar el armario? Él es un manitas.

—¿Quieres que le diga a Jack que me ayude mientras tú estás ahí, mirando como el jefe supremo?

—Yo no soy tu jefe —dijo él riendo.

—Cierto, no lo eres. Aunque parece que para tí, soy como uno de tus empleados.

—¿Por qué dices eso?

—Es evidente. Te gusta estar al mando, dar órdenes, y sobre todo que las cumplan.

—Yo no te doy órdenes.

—Porque sabes que no las cumpliré y no quieres quedar en ridículo —dijo ella colocando en las ranuras el tablero central.

Tess puso los tornillos. Cogió el tablero de la parte superior y lo fué subiendo, deslizándolo por uno de los laterales hasta quedar encima. Cogió los tornillos que necesitaba y se subió a la silla.

—Deberías descansar.

—No estoy cansada.

—Tienes una herida.

—Eso no es una herida, es un simple rasguño.

—¿Por qué estás montando el armario? ¿No tienes suficiente espacio en tu vestidor? —preguntó con sarcasmo mirando sus increíbles piernas.

Tess lo miró y lo vio sonriendo.

—Voy a ordenar todos los muebles y mis cosas aquí.

—¿Por qué?

—Podré pasar tiempo aquí y no te molestaré.

—A mí no me molestas.

—¿En serio? —dijo cambiando la silla al otro lado para atornillar el tablero.

—El viernes me pasé contigo. Tenías razón en lo que dijiste. Tenía problemas en el trabajo y lo pagué contigo. Lo siento.

—Acepto tus disculpas. De todas formas, tenías razón. Esta no es mi casa.

—También tengo que disculparme por eso, pero es que siempre logras sacarme de mis casillas.

—Hiciste que me fuera del salón. Me echaste de tu despacho y me prohibiste que volviera a entrar en él —dijo ella bajando de la silla y colocándola en el centro para atornillar el tablero central—. Y dijiste que no olvidara que esta casa es *tuya*. Del, te aseguro que no lo he olvidado ni por un solo instante desde que me mudé aquí.

—Sé lo que dije. No pensé lo que decía. Discúlpame, por favor.

—No hace falta que vuelvas a pedirme disculpas. A partir de ahora las cosas nos irán mucho mejor, y así evitaremos malentendidos.

—¿A qué te refieres?

—Voy a vivir aquí.

—Ya vives aquí.

—Aquí, en esta planta. Dijiste que tú nunca la utilizabas.

—¿Por eso estás montando el armario y has hecho la cama?

—Permaneceré aquí mientras permanezca en *tu* casa. Aunque, posiblemente te tropieces conmigo en la cocina o en la puerta de entrada. Bueno, si comprara electrodomésticos, evitaría que tuvieras que verme.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, Del. Y ya no es solo el que no me sienta cómoda viviendo en *tu* preciosa casa. Tú estás evitando verme y yo voy a ayudarte a ello —dijo Tess mientras colocaba las cajoneras.

—Yo no estoy evitando verte.

—Si tú lo dices...

—A mí también me cabrearon algunas de las cosas que me dijiste.

—¿Qué cosas?

—Dijiste que te trato como a una empleada y no es así.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro.

—Creo que te cabrea el que no te tenga miedo, ¿es eso? Porque de ser así, puedo fingir que me intimidas.

—Estás diciendo estupideces. Además, eres demasiado sincera para fingir algo así.

—Seguramente tienes razón —dijo ella colocando la tabla encima de los cajones. Luego colocó la barra para colgar la ropa.

—También me cabreó que me dijeras por qué no había ido a ver a una de mis amantes para enfadarme con ella.

—No entiendo por qué eso pudo cabrearte. Creo que es justo que pagues tu mal humor con ellas, al fin y al cabo las recompensas bien. Y así podrías dejarme a mí al margen —dijo separando el armario de la pared para colocar el tablero de detrás. Cogió los clavos y el martillo y empezó a clavarlos.

—¿Por qué dijiste que ellas reciben lo mejor de mí? Tú no sabes lo que reciben.

—¡Por favor! A ellas las llevas a cenar, a fiestas..., les das lo mejor de tí. Y reservas para mí tus peores momentos, tus enfados, tus reproches porque salga a divertirme con tu hermano o con mis amigos, porque me emborrache, porque sea indiscreta... Yo no me meto en tu vida, Delaney. Sé que trabajas demasiado y te aseguro que me alegro de que lo pases bien con ellas, pero..., deberías dejarme al menos respirar.

—Dijiste que era un infierno vivir aquí.

—Tú eres el que hace que sea un infierno. Cuando no estás, todo va bien. Me llevo bien con Catherine, con Jack, con Karen, con el jardinero...

—Menos conmigo.

—¿Por qué no buscaste a una mujer que te cayera bien? Está claro que yo no te caigo bien, la prueba es que me evitas. ¿Tanto asco te doy que no soportas ni siquiera verme? Supongo que sí, de lo contrario no me despreciarías de la forma en que lo haces.

—¿Qué no me caes bien? Te elegí a ti, precisamente, porque me caíste bien desde el primer momento en que te vi. ¿Y cómo puedes pensar que siento asco por ti? ¿Qué te desprecio? ¡Dios mío! Espero que no lo hayas dicho en serio. Lo que sucede es que me pones nervioso, siempre retándome y poniéndome a prueba.

—Te aseguro que no es mi intención ponerte nervioso. Pensaba que nadie era capaz de ponerte nervioso, se te ve siempre tan seguro de ti mismo...

Eres la personificación del autocontrol.

Delaney sonrió. Tess terminó de fijar el tablero de la parte posterior y volvió a arrastar el armario para pegarlo a la pared. Luego fue hacia la cama y se echó sobre ella.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que el muslo me duele un poco. Descansaré unos minutos.

Delaney se levantó de la silla y caminó hacia la cama. Se echó al lado de Tess.

—¿Has dicho en serio lo de vivir aquí arriba?

—Sí.

Del soltó un bufido.

—A mí me supo mal que dijeras, que podías haberte casado con cualquier mujer sin tener que darle nada a cambio.

—Pero era la verdad.

—Entonces, no parece que seas bueno haciendo negocios. De todas formas, tus palabras surtieron efecto, ya que fueron las que me hicieron rechazar el coche y el apartamento. Y esa es otra. Enviaste a tu arrogante abogado, sabiendo que me desprecia, para que me enseñara el apartamento. Hiciste que me sintiera muy humillada.

—Te aseguro que esa no era mi intención. Simplemente pensé que era mejor que no nos viéramos a menudo. Tess, esto es solo un negocio y..., no quiero que sea...

—Personal —dijo ella acabando la frase—. A ver si va a resultar que quien tiene miedo eres tú.

—¿Crees que te tengo miedo?

—Si evitas verme habrá una razón para ello. Mientras no me des otra explicación pensaré que soy yo quien te intimida.

—¿Te gustó el apartamento?

—Lo cierto es que no presté mucha atención a lo que vi, sintiéndome perseguida y despreciada por tu engreído abogado. Me llevó un minuto verlo. Pero no importa porque no lo quiero.

—Tenemos un acuerdo.

—De momento no voy a aceptarlo, y el coche tampoco. Puede que cambie de idea con el tiempo. ¿Por qué no rompiste nuestro acuerdo? Te eximí de todo lo que me ofreciste. Puedes tener a la mujer que quieras como esposa, y gratis.

—El problema es que, tú eres la que quiero.

Delaney estaba en la cama boca arriba. Tess se puso de lado para mirarlo.

Delaney estaba pensando. Normalmente, cuando surgía un problema en el trabajo y estaba en casa, siempre estaba con el ordenador o hablando por teléfono. Se había quemado parte de un ala de su hotel en Miami, y ese era un grave problema. Sin embargo, estaba allí, con ella desde hacía dos horas y ni siquiera tenía el móvil con él.

Tess lo veía ahí, a su lado, despeinado, sin afeitarse...

—Pareces un hombre peligroso y tan imprevisible como los colores del amanecer —dijo ella al verle pensativo.

Delaney se giró para mirarla y sonrió.

—¿Te das cuenta de las cosas tan bonitas que me dices?

—No, supongo que las digo sin pensar.

Delaney se puso de lado para mirarla. Estaban el uno frente al otro. Delaney le sonrió retirándole un mechón de pelo de la cara intentando descifrar las extrañas sensaciones que lo invadían.

Cuando Tess sintió el suave tacto de sus dedos en su rostro notó que una repentina sensación le recorría el pecho y se le puso la carne de gallina. Su cuerpo, acalorado de por sí al estar tan cerca de él, se encendió ante ese leve contacto y se le tensaron todos los puntos apropiados del cuerpo. Se giró para estar boca arriba para evitar seguir mirándolo.

—Hola, familia —dijo Sean entrando en la estancia.

—¡Sean! Cuánto me alegro de verte —dijo ella incorporándose y poniéndose de pie en la cama.

Tess se echó sobre él. Al no esperarlo Sean la cogió en sus brazos y se tambaleó hacia atrás sin soltarla.

Delaney se dio cuenta de que había algo entre ellos, algo que no llegaba a entender de qué se trataba.

—Menudo recibimiento. De haber sabido que me echabas tanto de menos habría venido antes.

—Es que tenía ganas de verte —dijo apartándose para mirarlo pero sin dejar de abrazarlo—. ¿Cuándo has vuelto de San Francisco?

—Hace un rato. Jack me ha dicho lo de tu accidente.

—No es nada serio.

—Me ha dicho que estabas montando el armario. ¿Por qué estás arreglando esta planta?

—Mis cosas estaban de cualquier manera y he pensado poner un poco

de orden. ¿Te quedas a comer con nosotros?

—Sí.

—Estupendo —dijo ella separándose de él.

—¿Por qué no has montado tú el armario? —preguntó Sean a su hermano.

—Ella no quería mi ayuda —dijo Delaney que seguía mirándolos e intentando averiguar qué había entre ellos.

—No necesito ayuda. Solo me quedan las puertas.

—Eso es lo más difícil.

—No hay nada difícil, si tienes interés en hacerlo.

—Échate y descansa, yo pondré las puertas.

—No hace falta, Sean.

—Ve a la cama. Me han dicho que tienes una buena herida.

—Es solo un rasguño. Vale —dijo ella al ver que la miraba insistentemente para que volviera a la cama.

Delaney se levantó para ayudarlo.

—Pensé que después de lo ocurrido en Miami estarías delante del ordenador y con el teléfono en la mano o volando hacia allí —dijo Sean a Delaney.

—Iba a bajar ahora al despacho. Me he entretenido por lo del accidente de Tess. Mañana a primera hora salgo para Miami.

—¿Qué ha pasado en Miami?

—El viernes se incendió el hotel que tengo allí.

—El viernes... ¿Por eso estabas de tan mala leche cuando volviste a casa?

—Seguramente.

—¿Ha muerto alguien?

—A Dios gracias, no.

—Entonces no hay problema. Supongo que el hotel estaría asegurado.

—Supones bien. Así y todo, el hotel estará cerrado durante unas cuantas semanas.

—Apuesto a que también eso lo tienes asegurado.

—Y no te equivocas.

Tess se echó en la cama y se apoyó en el cabecero contemplando a los dos hermanos. Era una delicia verlos trabajar, ver moverse esos músculos.

Tess cogió el móvil y les hizo algunas fotos.

—¿Qué haces? —preguntó Delaney.

—Estoy recabando pruebas de que sois simples mortales. Eso sí, dos mortales imponentes —dijo ella sonriendo.

—Tus suegros vendrán a verte después de comer —dijo Sean.

—¿Por qué les has dicho lo que me ha pasado?

—Ha sido Cath.

Cuando terminaron de poner las cuatro puertas del armario Sean se echó en la cama al lado de ella.

—¿Has visto ya el local? —preguntó Sean.

—¿Qué local?

—El de la librería.

Tess miró a Delaney.

—Pensaba decírtelo el viernes, pero con lo del incendio lo olvidé. Te he comprado un local.

—¿En serio?

—Sí. Sean tiene las llaves, él puede enseñártelo.

—Y si tu hermano no tiene tiempo, puedes decirle a tu abogado que lo haga él.

—La verdad es que me gustaría enseñártelo yo.

—En ese caso, podrás enseñármelo cuando vuelvas de Miami.

—Estupendo. Si no os importa voy a bajar al despacho a hacer algunas llamadas.

—Claro —dijo Sean.

Delaney salió de la habitación. Cuando estaba bajando la escalera oyó que se cerraba la puerta y se preguntó por qué la habían cerrado. Tal vez su hermano estaba haciendo algo que no debía, con su mujer.

Delaney cogió el móvil que tenía en la mesita de noche y comprobó que tenía decenas de llamadas.

Se duchó y se puso un vaquero y una camiseta y luego bajó al despacho.

Se sentó detrás de la mesa dispuesto a trabajar, pero su mente estaba dos plantas más arriba preguntándose qué estaba sucediendo allí.

¡Por Dios! Concéntrate en el trabajo, ¿qué te pasa?, se dijo a sí mismo.

Tess le contó a su cuñado lo ocurrido desde la última vez que se vieron.

—¿Entonces has rechazado el apartamento y el coche? ¿Te llevará Jack al trabajo?

—Eso también lo rechacé —dijo ella sonriendo.

—¿Y cómo irás?

—En taxi.

—No seas tonta. Aprovéchate de él durante el tiempo que estéis juntos.

—No lo haré, al menos por un tiempo.

—Yo tengo dos coches, puedo dejarte uno.

—Gracias, pero no lo necesito.

—Delaney se cabreará.

—Eso es lo que quiero. Me gusta verlo cabreado. Y a partir de ahora viviré aquí.

—Eso aún le va a cabrear más —dijo riendo—. No sé si venir a vivir con vosotros el tiempo que dure vuestro matrimonio. Parece que va a ser divertido.

Cuando Sean se marchó después de comer, Tess subió su ropa y la fue ordenando en el armario de su nuevo apartamento. Vio sobre el escritorio el regalo que Delaney le había traído de su último viaje y que ni siquiera había abierto. Lo cogió y lo llevó arriba junto con las últimas cosas que le quedaban por trasladar.

Se sentó en la cama y sacó el paquete de la bolsa de la tienda. Lo abrió y se quedó sorprendida al ver un camisón corto negro de seda. Pensó que era precioso, aunque no fuera un regalo que le hiciera un hombre de negocios, a uno de sus socios.

Cogió el móvil y le envió un mensaje a Delaney, que sabía que seguía en su despacho.

Delaney estaba escribiendo un correo en el ordenador cuando oyó el pitido del mensaje y lo leyó.

Acabo de ver tu último regalo. He de reconocer que es bonito, muy bonito, de hecho. Aunque no suelo usar prendas tan sofisticadas como esta para dormir, gracias.

¿Haces regalos como este a tus socios? ¿No crees que es inapropiado que me compres algo así, a mí? ¿Este regalo te parece impersonal?

Delaney le contestó.

Supongo que has tardado tanto en abrirlo porque estabas enfadada conmigo.

*Deberías usarlo porque sé que te sentaría de muerte.
Si el socio es hombre, por supuesto que no. Pero contigo es diferente.
Coincide que, además de ser socios, eres mi mujer, de manera que no lo
considero inapropiado.*

Era viernes. Habían pasado cinco días desde que Delaney se marchara a Miami y no se había puesto en contacto con Tess ni una sola vez, ni siquiera para preguntar por la herida de su muslo.

Delaney estaba muy cabreado con ella por varias razones. Porque hubiese rechazado el coche y el apartamento, porque hubiese decidido vivir en la segunda planta de su casa, porque no permitiera que Jack la llevara a ninguna parte y se desplazara en taxi. Y para terminarlo de coronar, su abogado le había dicho esa mañana, que Tess no había usado la tarjeta que le dio del banco ni una sola vez desde que habían vuelto de su luna de miel, hacía más de un mes.

El abogado empezaba a pensar que se había equivocado con Tess. Cualquier otra mujer ya habría asaltado una joyería y las boutiques de firmas importantes. Y por supuesto, ya estaría amueblando su nuevo apartamento.

Delaney regresó de Miami el miércoles de la semana siguiente a última hora de la tarde. Tess y él no se habían visto en diez días. Jack lo llevó a casa directamente desde el aeropuerto.

Cuando Cath le dijo a Tess al volver del trabajo que Delaney llegaría esa noche decidió esperarlo, para cenar con él. Aunque no estaba segura de si cenaría en casa o habría quedado con alguna mujer. De todas formas tampoco le importaba. Si no se quedaba a cenar cenaría con Cath, como hacía cada noche.

Pero Delaney llegó a casa sin intención de salir de nuevo.

Cath les sirvió la cena y los dejó solos.

Tess estaba contenta y amable y Delaney se preguntaba por qué no estaba enfadada con él por no haberla llamado ni una sola vez durante los diez días que había estado fuera.

—¿Has tenido un viaje productivo? —dijo ella después de servir la cena en el plato de él y sonriendo.

—La verdad es que sí.

—¿Cómo ha ido todo?
—Se va solucionando. En unas semanas todo estará como antes.
—Me alegro.
—Tenemos que hablar de algunas cosas.
—¿Qué cosas? —preguntó ella mientras se servía la cena en su plato.
—Para empezar, sobre la tarjeta que te di del banco.
Ella le miró pero no dijo nada, esperando que él siguiera hablando.
—Cuando estuvimos en Las Galápagos no usaste la tarjeta que te di. Y tampoco has usado la que de di cuando volvimos.
—No necesito tu dinero, ya me das alojamiento y comida.
—Eso no es lo que acordamos. Nuestro trato era que yo correría con todos tus gastos mientras estuviéramos casados.
—Eso es lo que tú dijiste, pero yo no dije nada de que iba a aceptar.
—¿No vas a usar la tarjeta?
—No creo.
—Estás pagando tu ropa, y todo.
—Yo no necesito mucha ropa.
—¿Y si tienes que acompañarme alguna vez?
—¿Te refieres a alguna cena? Te recuerdo que, aunque no muchas veces, ya he ido a cenar contigo, y no creo que te avergonzaras de mí.
—¿Y si tienes que acompañarme a alguna fiesta?
—Me las apañaré —dijo ella riendo.
—¿Por qué te ries?
—Porque no creo que tenga que acompañarte a ninguna fiesta. No lo he hecho desde que nos conocemos. Ni de soltera ni de casada, así que... Pero, si alguna vez no encuentras compañía, cosa poco probable —dijo ella sonriendo—, solo tienes que avisarme con tiempo y me compraré un vestido. ¿Algún tema más que quieras abordar?
—La verdad es que sí. Me estás dejando en ridículo yendo a todas partes en taxi. ¿No crees que es hora de que olvides lo que te dije?
—Eso ya lo olvidé —dijo ella dedicándole una cálida sonrisa.
—Entonces, ¿por qué sigues yendo en taxi? Sabes que me cabrea.
—Puede que lo haga por eso.
—¡Lo sabía! Estaba seguro que lo hacías para cabrearme. ¿Hasta cuándo va a durar?
—Si realmente piensas que te estoy perjudicando, dejándote en ridículo, mañana mismo cogeré el coche.

—Bien. ¿Aceptarás también el apartamento?

—¿También te dejo en ridículo por eso?

—No, pero lo compré para ti y me gustaría que lo aceptaras. Además, es más discreto que lleves allí a tus citas. Solo tienes que amueblarlo.

—Tal vez tengas razón. Nadie sabe que ese apartamento es mío y nadie sabrá lo que sucede tras sus puertas. De acuerdo, lo aceptaré.

—Vaya, está siendo todo muy fácil hoy.

—Estoy contenta.

—¿Puedo saber la razón?

—Has vuelto.

Delaney se atragantó con el vino que estaba bebiendo.

—¿Estás contenta porque he vuelto?

—¿No es una buena razón?

—No me digas que me has echado de menos.

—No te lo diré, si es lo que quieres, pero es agradable verte.

—Para mí también es agradable verte a ti. Te he traído un regalo.

—Lo suponía. Me estás acostumbrando mal.

Delaney sacó del bolsillo de la chaqueta, que tenía colgada en el respaldo de la silla, un estuche de terciopelo negro. Tess miró el estuche con el ceño fruncido.

—Eres la única mujer a la que he visto poner esa cara cuando le doy un estuche de terciopelo —dijo él riendo al ver la expresión de su rostro—.

Normalmente parecen muy contentas. Ábrelo.

Tess cogió el estuche indecisa y lo abrió.

—¡Uau!

—¿Uau?

—Son preciosos —dijo cogiendo uno de los pendientes para verlo—.

Este no es un regalo que se pueda usar para ir al trabajo.

Los pendientes eran una tira larga de brillantes.

—Encontrarás algún momento adecuado para ponértelos. Hacen juego con el regalo que te hizo tu amigo Carter para la boda.

—Ya tengo los pendientes a juego -dijo recogiendo los platos y llevándolos a la bancada.

—Lo sé, y para la boda eran perfectos por su sencillez. Estos son para otra clase de eventos. He de decirte que cogí el collar de tu habitación para llevárselo al joyero y que hiciera los pendientes con los brillantes del mismo tamaño.

—Supongo que después de hacerlos expresamente para mí, tendré que aceptarlos.

—Sí, tienes que hacerlo.

—Me encantan. Te lo agradeceré luego —dijo Tess levantándose para coger el postre.

—¿Por qué luego y no ahora? —dijo él levantándose y acercándose a la bancada. Se moría de ganas de besarla.

—De acuerdo —dijo dándose la vuelta y quedando frente a él.

Tess se acercó y pegó los labios a los de él. Ese simple contacto fue perturbador y dulce y Delaney se sintió devastado. Tess se apartó de él y se humedeció el labio inferior con la lengua. Delaney se quedó ensimismado mirándole la boca y con los ojos enardecidos de deseo. De pronto la sujetó de la nuca y la besó con ansia pura. Fue un beso ardiente, con claras intenciones sexuales.

Tess no pudo evitar pegarse a él rodeándolo por la cintura y se dejó llevar recibiendo todo lo que él le daba y devolviéndolo con más intensidad, si eso era posible.

Delaney se detuvo en seco. Colocó la frente sobre la de ella y cerró los ojos intentando serenarse.

¡Dios! Había deseado sentarla en la bancada, arrancarle la ropa interior y abrirle las piernas para penetrarla.

Delaney se apartó un poco de ella y la miró a los ojos. Tess desplazó la mirada a la boca de él.

—Esa boca..., esa boca va a ser mi perdición —dijo Tess intentando mantenerse de pie porque las rodillas le flaqueaban.

Delaney se rio y volvió a sentarse en la mesa.

—¿Hay alguna novedad de la que deba estar al corriente? —preguntó Delaney para quitarse los pensamientos que tenía en mente.

—Pues..., no sé. Bueno, ya no trabajo los sábados —dijo llevando el postre a la mesa y sentándose.

—¿Y eso?

—Te he echado la culpa a ti. No sabes el poder que tienes sobre la gente. Y no me refiero a mí —dijo ella riendo—. Le dije a mi jefe que querías tenerme para ti todo el fin de semana, y ni siquiera rechistó.

—Me alegro de haberte servido para algo.

—Espero que no esté muy al tanto de tus idas y venidas, de lo contrario sabría que le mentí.

—Si te dice algo dímelo y le llamaré. Seré convincente.

—¿Le comprarás la librería?

Delaney se rio.

—Veo que ya vas entendiendo de qué va la cosa conmigo. Pensaba que te gustaba tu trabajo.

—Y me gusta, pero empieza a hacer buen tiempo y quiero disfrutarlo.

—¿Has salido estos días que he estado fuera?

—Sabes que no tengo que contestar a esa pregunta. Pero no he hecho nada del otro mundo. Bueno sí, he experimentado algo muy importante. Carter me llevó a una fiesta el viernes pasado. Una fiesta de etiqueta. Le dije que no podía acompañarlo. La verdad era que no tenía un vestido adecuado y no tenía tiempo para ir de compras. Pero me conoce tan bien que lo adivinó y el jueves me envió un paquete con un precioso vestido con los zapatos y el bolso a juego. Me había pedido en varias ocasiones que lo acompañara a algún evento y siempre lo había rechazado. Pero ahora me apetecía ir. Fue mi primera fiesta importante.

Delaney se maldijo porque le habría gustado que la primera fiesta fuera con él.

—¿Dónde fue la fiesta?

—En una mansión, en Westport. Era para celebrar el cumpleaños del director del hospital en donde trabaja Carter. Habían más de doscientas personas. Los médicos y sus acompañantes nos quedamos a pasar la noche.

—¿Te divertiste? —preguntó intentando olvidar que le había prometido que la llevaría a una fiesta importante y no lo había hecho. De hecho, no la había llevado a ninguna.

—Fue increíble. Al principio estaba un poco preocupada porque pensaba que no me desenvolvería bien, pero no fue así. Creo que estuve genial. Además, conocía a algunos de los invitados, a los compañeros de Carter del hospital, entre los que se encontraban los de la acampada.

—¿Carter te presentó como su pareja?

—Bueno, fui con él. Aunque la anfitriona me reconoció y sabía que era tu mujer. Muchos de los que había allí te conocían o al menos, habían oído hablar de ti.

—¿Dormisteis en la misma habitación?

—Sí.

—Supongo que el resto de los invitados sacarían sus conclusiones.

—Las mismas conclusiones que sacaré la gente cuando te fotografían a ti

entrando en casa de una mujer después de cenar con ella. Bah —dijo haciendo un gesto con la mano para no darle mayor importancia—, yo ya paso de eso. ¿Quieres ver el vestido que llevaba?

—Claro.

Tess cogió el móvil y buscó la foto. Ella estaba con Carter, los dos muy juntos y él la rodeaba por la cintura.

—¿No crees que es fantástico?

—Sí, estás muy guapa.

—Gracias. Se me ha olvidado decirte que la prensa estaba allí.

—Estupendo.

—Veamos que más he hecho... Ah, el sábado cené con Sean y unos amigos suyos, y luego fuimos a tomar unas copas. También habían fotógrafos. Dios, están por todas partes.

—Perfecto —dijo él con sarcasmo.

—Qué más... En una revista salió un artículo que puede que no te guste, pero como estás acostumbrado a que te fotografien con esas mujeres tan increíbles y que los periodistas sientan lástima de mí, no te importará.

—¿Qué decían?

—Algo como: *Parece que la esposa del magnate no tiene suficiente con las atenciones de su marido y las complementa con las de su cuñado. Y luego decían algo sobre ti: O puede que el señor Stanford no preste la suficiente atención a su esposa.*

Tess se rio.

—¿Te hace gracia?

—Al menos han hecho una ligera insinuación de que tú tengas algo de culpa —dijo ella volviendo a reír—. Ya sabes como son. Inventan cualquier cosa con tal de vender ejemplares.

—Lo que han dicho no es muy halagador para mí.

—Yo ya no tengo en cuenta nada de lo que dicen. Y he salido en otra revista, cuando entraba en un restaurante con un escritor que vino a firmar su libro con nosotros.

—¿No cenaste ya con él?

—Sí, pero esa vez invitó mi jefe porque teníamos que hablar de negocios. Esta vez me invitó él.

—Creo que voy a subir a acostarme, estoy cansado. Gracias por cenar conmigo —dijo él levantándose.

—Siempre es un placer cenar contigo. Gracias por tu generoso regalo.

—De nada. Buenas noches.

—Que descanses.

A Delaney se lo llevaban los demonios. No había podido permanecer por más tiempo con ella. Ahora estaba convencido de que había algo entre su hermano y Tess. No quería pensar que tuvieran relaciones sexuales, pero eso era lo único que tenía en mente. Y en cuanto a Carter... Ahora dudaba de que la relación de Tess con él fuera de *hermanos*. Puede que para ella sí lo fuera, pero había visto a Carter mirarla, y las atenciones que tenía con ella...

Y ahora lo de la fiesta, y el vestido. ¿Quién era él para regalarle un vestido a su mujer?

Y luego el maldito escritor.

Delaney quería que Tess permaneciera en casa, sin salir con nadie. Pero..., por todos los santos, tenía veinticuatro años, ¿qué podía esperar?

Además, se sentía culpable por tenerla tan desatendida. Sabía que debería prestarle atención y hacer que ella disfrutara de ese año. Eso era lo que él deseaba. Pero también sabía que si pasaba tiempo con ella acabaría llevándola a la cama y eso no podía suceder.

Tess no había visto a Delaney desde la noche del viernes, hacía tres días. Era sábado y por la mañana salió a patinar con unos chicos a los que veía de vez en cuando. Eso era lo que pensaba hacer los sábados, ahora que no tenía que ir a trabajar.

Aparcó su BMW en una calle no muy céntrica y cogió los patines. Cuando llegó al paseo se puso los patines y se ató los deportivos a las trabillas del vaquero. Luego fue patinando hasta donde había quedado con sus amigos.

Era casi medio día cuando ellos se marcharon. Fue entonces cuando Tess se dio cuenta de que no recordaba dónde había dejado el coche.

Estaba en el centro y la oficina de Delaney se encontraba cerca. No llevaba dinero ni documentación ni móvil. Cuando se acercaba al edificio rezó para que Jack estuviera en la puerta esperando a Delaney, pero no estaba.

Al entrar en el imponente edificio el guarda de seguridad la detuvo. Nadie osaba entrar allí vestida de aquella forma y con los patines colgados del hombro.

—Perdone, señorita —dijo el hombre acercándose a ella—. ¿Ha venido a ver a alguien?

—Sí, a mi marido —dijo ella avergonzada al ver que la gente la miraba.

—¿Y su marido es?

—Delaney Stanford.

El hombre la miró con preocupación. Stanford era el dueño del edificio y no podía poner en entredicho su identidad.

—Necesito su documentación.

—Lo siento, no la llevo encima.

—¿Puede decirme su nombre?

—Theresa Stanford.

—Acompáñeme, por favor, he de llamar a la oficina de su marido.

—De acuerdo —dijo ella acompañando al hombre hasta el mostrador de recepción.

El hombre llamó a la planta donde Delaney tenía su despacho y habló con Sarah, su secretaria, y ella le dijo que la dejara subir, a pesar de que el de seguridad le dijo que no estaba muy convencido de que fuera la señora Stanford ya que era muy joven y su aspecto era...

Sarah le dijo a su jefe que su mujer estaba subiendo y Delaney le dijo que la hiciera pasar a su despacho tan pronto llegara.

Tess salió del ascensor y se acercó a la mesa de Sarah. La mujer la miró sonriendo. Su atuendo no era muy formal que digamos y a Sarah le hizo gracia.

—Hola, Tess.

—Hola, Sarah, ¿va todo bien?

—Sí. Tu marido ha dicho que pases a su despacho.

—Gracias.

Tess se acercó a la puerta y la abrió. Pensaba que Delaney estaría solo.

Vio a Delaney apoyado en la mesa de despacho, sin chaqueta y con las mangas de la camisa subidas. Se quedó fascinada al verlo. Lo encontró tan sexy que no pudo menos que dedicarle una radiante sonrisa. De pronto vio a un lado a Nathan, el abogado de Delaney, sentado en un sofá y a otro hombre junto a él.

Delaney la miró de arriba abajo. Llevaba un vaquero con agujeros y sucio, una camiseta vieja y una sudadera desabrochada. Iba despeinado, sin maquillar y con los patines colgando del hombro.

Dios mío, parece una adolescente que vuelve del instituto. Y es mi mujer, pensó sonriendo.

Delaney le dedicó una sonrisa que la derritió.

Delaney se incorporó y los dos hombres se pusieron de pie al verla.

—Pensaba que estabas solo, esperaré fuera.

—No te preocupes, cielo —dijo Delaney acercándose a ella.

Delaney metió sus dedos entre el pelo de ella para cercarla y la besó.

Tess se incomodó un poco al saber que tenían espectadores. Delaney insistió profundizando el beso hasta que ella cedió y se lo devolvió.

Tess estaba ruborizada cuando se separaron. A Delaney le encantó verla así. Aún parecía más joven.

—Supongo que te acuerdas de Nathan, mi abogado.

—Claro. Un placer verle de nuevo, señor Brooks —dijo ella tendiéndole la mano y mirándolo a los ojos.

—Señora Stanford —dijo él estrechándosela y sin apartar la mirada de los ojos de ella.

—Alan, ella es Tess, mi mujer. Tess, él es Alan, nuestro jefe de contabilidad.

—Un placer conocerla, señora Stanford —dijo el hombre dándole la mano.

—Lo mismo le digo, Alan, llámame Tess, por favor —dijo ella estrechándosela y dedicándole una cálida sonrisa.

Tess le lanzó una mirada fugaz al abogado y él esbozó una sonrisa. Nathan sabía que a Tess no le caía bien y ella se lo dejó claro, con su tratamiento informal hacia Alan.

—¿Qué te trae por aquí, cariño? —dijo Delaney apoyándose de nuevo en la mesa y sujetando las manos de ella.

—Se me ha perdido el coche.

Delaney la miró un instante intentando asimilar sus palabras. Luego se rio y los dos hombre se unieron a él.

—No tiene gracia. —dijo ella seria—. He aparcado el coche y he ido a reunirme con unos amigos para patinar y luego no he podido encontrarlo. Y como estaba cerca de aquí...

Delaney volvió a reír divertido.

—Pensé que tal vez Jack estaría en la puerta. Siento haberte molestado, pero es que lo he dejado todo en el coche, el dinero, la documentación, el móvil... Y en recepción me han tratado como a una delincuente. No es que culpe a ese hombre porque reconozco que mi aspecto no encaja aquí.

Los tres hombres volvieron a reírse.

—¿Te importa darme dinero para un taxi?

—¿Vas a casa?

—No, voy a una fiesta. ¿Tú que crees? ¿Has visto las pintas que llevo?
Delaney sonrió.

—Si esperas diez minutos nos iremos juntos. Jack está al llegar.

—De acuerdo. ¿Quieres que te espere fuera o en la calle?

—Por supuesto que no. Siéntate —dijo señalando el sofá.

—Tengo el pantalón sucio. No quiero manchar el sofá.

—Ya lo limpiarán. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —dijo ella caminando hacia los ventanales que había detrás de la mesa de Delaney.

—¡Uau! —dijo ella al mirar la calle. Se volvió a mirarles al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta—. Lo siento.

Tess se sentó en el sofá. Delaney seguía apoyado en la mesa. Tess lo miraba fascinada por su aspecto. Le excitaba oírle hablar de negocios.

Delaney sabía que lo estaba mirando insistentemente y sin saber la razón se sintió intranquilo.

Un minuto después dio por finalizada la reunión. Los dos hombres abandonaron el despacho después de despedirse.

—Has conseguido ponerme nervioso —dijo bajándose las mangas de la camisa.

—¿Yo?

—No me quitabas los ojos de encima —dijo abrochándose los gemelos.

—Lo siento, pero es imposible no mirarte, y te aseguro que lo he intentado.

Delaney la miró serio, pero en el fondo se sentía muy bien por sus palabras.

—Vamos a casa —dijo poniéndose la chaqueta.

La cogió de la mano y salieron del despacho.

—Hasta otro día Sarah. Que pases un buen fin de semana.

—Lo mismo te deseo, Tess. Me ha gustado verte.

—Te veo el lunes —dijo Delaney a la secretaria.

Caminaron hasta el ascensor sin que Delaney le soltara la mano.

—Tal vez sería mejor que bajara yo primero. No creo que quieras que te vean conmigo vestida así —dijo ella.

Delaney la miró como si fuera una extraterrestre.

—Crees que me avergüenzo de ti, ¿verdad?

—Por cómo me han tratado y me miraban en recepción, te aseguro que te avergonzarás —dijo ella sonriendo.

Cuando se abrieron las puertas entraron.

—Pareces una cría.

—¿Eso es malo o bueno?

Delaney sacó las llaves del bolsillo y metió una en la ranura del panel y el ascensor se detuvo.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. Solo quiero besarte —dijo abalanzándose sobre ella y empotrándola contra la pared, como si hubiera esperado todo el día ese momento.

Tess se estaba ahogando y era consciente de que nada podía salvarla. Se estaba asfixiando en los labios de Delaney. Las sensaciones que recorrían su cuerpo y el deseo la amenazaban. Sabía que debía apartarse de él, pero no podía. Era adicta a sus besos y cada vez se volvía más insaciable.

Delaney atacaba sus labios sin tregua. La había echado tanto de menos... Había soñado una y otra vez con tenerla de nuevo entre sus brazos, sentir su cuerpo, sus curvas pegadas a él. Pero sobre todo había deseado volver a poseer esos labios, Dios santo, esos labios eran puro pecado.

Tess se preguntaba ¿por qué se aferraba a él si sabía que eso no la conduciría a ninguna parte? ¿Por qué le devolvía los besos cuando sabía que debía mantenerse alejada de él? Porque no podía. Porque estaba enamorada y esos besos eran lo único que obtendría de él, y ya no podría vivir sin ellos.

Estaban devorándose el uno al otro. Se besaban como dos personas hambrientas a las que se las invita a saborear un plato succulento.

Delaney tenía las manos apoyadas en la pared del ascensor a ambos lados de la cabeza de ella. No podía apartarlas de allí, porque sabía que, si la tocaba la haría suya allí mismo. De repente se apartó de ella y se alejó hasta la pared de enfrente. A Tess le temblaban las piernas. Ninguno de los dos pronunció palabra.

Delaney sacó la llave de la ranura del panel y el ascensor se puso en marcha de nuevo. El ascensor se detuvo en la planta baja. Delaney la cogió de la mano y se dirigieron hacia el mostrador de recepción donde se encontraba el guarda de seguridad. El hombre miraba cómo se acercaban aturdido y preocupado.

La gente que había alrededor los miraba extrañados. Delaney con un traje impecable de diez mil dólares y ella con unos vaqueros rotos, una camiseta andrajosa y despeinada.

El hombre la reconoció, ¿cómo no iba a reconocerla! Se fijó en sus

manos entrelazadas y se preocupó.

—Señor Stanford, señora Stanford —dijo el hombre al ver la expresión de su jefe.

—Hola, Thomas. Creo que ha desconfiado de mi mujer cuando ha llegado.

—Lo siento, señor, no sabía que era su esposa.

—Será mejor que no olvide su cara para cuando vuelva por aquí.

—No la olvidaré, puede estar seguro. Lo siento, señora Stanford.

—No se preocupe, Thomas. Mi marido es un poco exagerado y reconozco que no voy adecuadamente vestida. Que pase un buen día —dijo ella con una tierna sonrisa.

—Gracias, igualmente.

Jack les esperaba de pie junto al coche cuando salieron del edificio. El hombre los miró a los dos de arriba abajo y se giró hacia un lado para que no vieran que estaba riendo. Incluso vestidos de esa forma, él tan formal y ella tan informal, hacían buena pareja.

Ninguno de los dos dijo nada en el trayecto hasta la casa. Tess se recostó en el asiento y se dedicó a mirar por la ventanilla, rememorando el beso que habían compartido y preguntándose por qué la besaba él, y sobre todo, por qué la besaba de esa forma.

Delaney estaba abstraído en sus pensamientos. Era él quien había impuesto la norma inquebrantable de que no mantuvieran relaciones sexuales durante su matrimonio.

¡Oh, señor misericordioso! ¿Cómo he podido establecer una trampa como esta para mí mismo? De haber sabido que iba a desearla de esta forma..., pensó Delaney.

Tess subió a ducharse y luego bajó a comer. Pensó que Delaney se quedaría en casa, pero recibió una llamada mientras tomaban café y oyó que quedaba con alguien a las ocho.

Cuando entraron en el salón Tess se echó en uno de los sofás y se cubrió con una ligera manta. El televisor estaba encendido. Delaney estaba echado en el otro sofá frente al de ella. No habían hablado prácticamente desde que habían salido del edificio de Delaney, excepto algunas frases que habían compartido durante la comida.

Tess no sabía si estaba enfadado o preocupado por algo del trabajo,

pero después de la discusión que habían tenido en ese mismo salón, no tenía intención de preguntar. Poco después se quedó dormida.

Tess se despertó a las cinco y cuarto al oír una llamada en su móvil. Cogió el móvil que estaba sobre la mesita. Vio que Delaney seguía en el sofá y tenía los ojos cerrados. Era Carter.

—Hola.

—Hola, preciosa. Tienes la voz rara, ¿estás bien?

—Sí, es que me he quedado dormida en el sofá viendo una película. He pasado la mañana patinando y estaba cansada.

—Siento haberte despertado.

—No importa y me alegro de que lo hayas hecho porque tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Quiero salir a comprar algunas cosas.

—¿Te importa que te acompañe?

—Es sábado, ¿dónde se han metido todas tus amigas? ¿Estás perdiendo facultades?

—Por supuesto que no. Salí anoche, y he quedado para mañana. Pero hoy me apetecía estar contigo.

—Eso es halagador.

—Luego podemos ir a cenar, al cine... Eso, si no tienes planes con tu marido.

—No, mi marido tiene una cena de negocios. De acuerdo, pero no me apetece arreglarme. Me conformo con una hamburguesa con un montón de patatas fritas.

—Me parece bien. ¿A qué hora te recojo?

—Solo tengo que vestirme, estaré lista en quince minutos.

—Perfecto, hasta luego. Te quiero.

—Y yo a ti.

A Delaney no le gustaba que Tess saliera con su amigo. Qué demonios, no le gustaba que saliera con nadie, pero qué podía reprocharle, si él había quedado con una mujer para cenar.

Tess se levantó sin decir nada porque Delaney seguía con los ojos cerrados y pensaba que estaba dormido. Salió del salón y subió a la segunda planta para vestirse.

Cuando volvió a bajar entró en la cocina para decirle a Catherine que esa noche cenaría con Carter.

La mujer no sabía lo que sucedía entre la pareja, pero sí estaba segura de que algo no iba bien.

Tess entró en el salón. Delaney estaba pasando los canales de la televisión con el mando. Al oírla se volvió para mirarla. Llevaba un vaquero muy ajustado con unos botines de piel negros altos y una simple camiseta. En la mano llevaba una cazadora de cuero negra. Se le veía un cuerpo increíble, el cuerpo que Delaney sabía que había debajo de esa ropa. Delaney volvió a pensar en lo joven que era.

—¿Vas a salir?

—Pensaba quedarme en casa, pero he oído que habías quedado con alguien. Y, aunque no salieras, hoy no estás muy hablador.

—Te has quedado dormida.

—Por aburrimiento —dijo ella sonriendo—. Siento no ser una buena compañía para ti. Apuesto a que te has arrepentido muchas veces de haberme elegido para este negocio. Al menos tienes compañía por las noches, y eso será más agradable que estar conmigo. Míralo por el lado bueno, solo quedan trescientos veintidós días para que te libres de mí.

Tess se acercó al sofá y se inclinó para besarle ligeramente en los labios.

—Que te diviertas esta noche.

Sonó el interfono de la verja y Tess abandonó el salón para ir a abrir.

Delaney se levantó y fue a la ventana. Vio el mercedes de Carter acercarse a la entrada de la casa. Carter bajó del coche y recibió a Tess con un beso en los labios y luego un abrazo que a Delaney le pareció eterno.

Sigue contando los días que quedan para que nos separemos, pensó Delaney cabreado.

Delaney salió del salón para ir a la cocina a por un café.

—¿Por qué no la has invitado tú a salir? —preguntó Catherine.

—Ya había quedado con alguien.

—¿Y por qué has quedado con alguien, si sabías que tu mujer estaba aquí? Se encuentra muy sola en esta casa tan grande, y tú nunca estás para ella.

—No parece que eso le importe, ¿no crees? No puede decirse que pase mucho tiempo en casa.

—Por Dios, Delaney, tiene veinticuatro años. ¿Quieres que se encierre aquí mientras tú sales a divertirte. Por suerte tiene unos amigos que la quieren y se preocupan por ella.

—Sí, la quieren demasiado.

—No te entiendo. Pensaba que sentarías la cabeza cuando te casaras.

—Catherine... Nuestro matrimonio no es el convencional.

—Eso no hace falta que me lo digas, lo he deducido yo sola. El otro día le dije a Tess que debía salir contigo cada noche a cenar, y ¿sabes lo que me dijo?

Delaney la miró.

—Me dijo que se había dado cuenta de que ella no era tu tipo. Que, posiblemente estuvieras enamorado, pero que no quieres que la vean contigo. Tess piensa que te avergüenzas de ella. Delaney, Tess es simpática, cariñosa, inteligente, preciosa... ¿por qué no sales nunca con ella?

—No tengo mucho tiempo libre.

—Querrás decir que no tienes tiempo libre para ella, pero sí para otras mujeres. Empiezo a pensar que Tess tiene razón y que realmente te avergüenzas de ella.

Tess llegó a casa a las seis de la mañana del día siguiente y se acostó enseguida. No tardó en dormirse y permaneció dormida hasta las tres de la tarde.

Se duchó y se puso una minifalda y una camiseta.

Catherine estaba recogiendo la cocina cuando Tess entró en la cocina. Jack estaba sentado en la mesa leyendo el periódico.

—Buenos días.

—Serán buenas tardes —dijo Jack mirándola—, son más de las tres.

—He llegado a casa de madrugada.

—Lo sé, oí el coche de Carter.

—¿Lo pasaste bien? —preguntó la mujer.

—Siempre lo paso bien con Carter. Compré un montón de cosas.

—Lo sé, he visto los paquetes en el recibidor.

—Después de las compras fuimos a cenar a una hamburguesería y luego al cine. Más tarde tomamos una copa en un pub y luego fuimos a bailar. Y cuando salimos de la discoteca paseamos por la ciudad y desayunamos en una terraza a las cinco de la mañana.

—Una noche muy completa —dijo Jack.

—Sí —dijo ella riendo.

—Te he guardado comida —dijo la mujer—, ¿tienes hambre?

—Me muero de hambre.

—La calentaré.

—Yo lo haré, Cath. Sigue con lo que estabas haciendo —dijo levantándose.

—¿Vas a salir hoy? —preguntó Jack.

—No, tengo que planchar algunas cosas, y luego pasaré algún tiempo en el gimnasio.

—Baja lo que tengas que planchar, yo lo plancharé.

—Lo haré yo, Cath.

Delaney entró en la cocina cuando Tess estaba planchando.

—¿Qué haces?

—Creía que eras más listo. A esto se le llama planchar —dijo Tess de manera sarcástica.

—Tú no tienes que planchar, ya pago a alguien para que lo haga.

—Pues ya ves, yo lo hago gratis —dijo ella sonriéndole.

Delaney se sentó en la mesa a tomar un café con Jack. No apartaba la vista de Tess que seguía planchado mientras él hablaba con Jack.

Cuando Tess terminó guardó la plancha y la tabla de planchar. Luego subió la ropa a su habitación. Cuando hubo guardado todo se cambió de ropa y bajó al gimnasio. Subió a la cinta de correr y empezó a caminar para calentar, luego empezó a correr.

Delaney entró en el gimnasio media hora después con pantalón corto y una camiseta sin mangas.

Tess fue disminuyendo la velocidad de la cinta hasta ir caminando y luego la detuvo.

—No lo dejes por mí —dijo Delaney.

—Ya he terminado.

—No te molesta que esté aquí, ¿verdad?

—Delaney, esta es tu casa. Si hay alguien que moleste soy yo.

—Tú nunca molestarías. ¿Cuántos kilómetros has corrido?

—Siete —dijo ella cogiendo una botella de agua de la mini nevera y se la bebió casi toda. Se sentó en la colchoneta y se echó hacia atrás.

Delaney la miraba a través de la pared de espejo que había frente a la cinta en la que estaba corriendo. Tess se giró para ponerse boca abajo y empezó a hacer flexiones. Él las estuvo contando. Hizo treinta.

Después de beber el agua que le quedaba en la botella Tess se levantó

de la colchoneta y se acercó a la barra de madera que había colgada del techo. Tuvo que subirse a un taburete para poder alcanzarla porque estaba a la medida de Delaney. Empezó a subir y a bajar. Delaney estaba impresionado.

—¿No crees que te pasas con la gimnasia?

—Estoy haciendo lo que me ha dicho Jack. Dice que necesito estar más fuerte para entrenar con él.

—Vas a tener un buen entrenador, Jack es muy bueno.

—¿Has entrenado con él?

—Sí, desde que era un adolescente hasta que las cosas empezaron a irme bien. Ahora tengo un entrenador personal.

—No lo he visto por aquí.

—Entrenamos en el gimnasio de mis oficinas. Este gimnasio solo lo utilizo los fines de semana.

—Me preguntaba para qué lo tenías, si no lo usabas —dijo ella soltándose de la barra para caer al suelo. Cogió otra botella de agua y bebió un poco. Luego se sentó en el banco de pesas mirando a su marido. Delaney tenía la camiseta empapada y los brazos y las piernas le brillaban por el sudor. A Tess se le aceleró la respiración. Sus miradas se cruzaron a través del espejo y Tess la apartó ruborizada. Delaney sonrió con la mirada fija en ella mientras corría. Y Tess se sentía intranquila porque él se había percatado de que lo miraba.

—¿Por qué me miras así? Pareces un depredador hambriento —dijo ella riendo.

—Cielo, si fuera un depredador ya te habría devorado.

—Antes tendrías que haberme cogido.

Delaney se rio.

—¿Vas a salir esta noche?

—No, ¿y tú?

—Me temo que sí.

—Lo has dicho como si fuera un sacrificio para ti —dijo ella sonriendo—. Te dejo. Que te diviertas esta noche.

Tess abandonó el gimnasio rápidamente sin darle opción a que él dijera nada más.

El miércoles de la semana siguiente el jefe de Tess le pidió que le hiciera un recado y que se tomara un par de horas para comer. Cath le había

dicho a Tess en una ocasión, que Delaney comía en el despacho porque tenía mucho trabajo y no quería perder tiempo yendo a casa. Así que Tess pensó en comprar algo e ir a su oficina para comer con él, si estaba solo.

No lo había visto en tres días, desde que se encontraron en el gimnasio, y le echaba de menos. Necesitaba al menos verle.

El guarda de seguridad la reconoció nada más entrar en el hall del edificio. La saludó cordialmente y ella le devolvió el saludo.

Sarah, la secretaria de Delaney se alarmó al verla y eso no le pasó desapercibido a Tess.

—Hola, Sarah.

—Hola, Tess —dijo la mujer nerviosa.

—¿Está mi marido en su despacho?

—Sí, pero... ha dado orden de que no le molesten.

Tess supo al instante que Delaney estaba con una mujer. Pensó en dar media vuelta y marcharse, pero lo reconsideró. Pensó que si lo veía acompañado comprendería, por fin, que debía olvidarse de él.

—He venido a comer con él.

—Tess, ha dicho que no lo molesten, y no le gusta que le desobedezcan.

—¿Qué crees que pasaría si entrara en su despacho?

—Se enfadaría mucho, y te aseguro que no te gustará verlo enfadado.

—A mí me gusta enfadarlo. Creo que voy a entrar.

—Tess..., no lo hagas.

—No te preocupes, Sarah, entraré bajo mi responsabilidad. Si está ocupado, le dejaré la comida y me marcharé.

Tess se dirigió a la puerta del despacho que tenía a su espalda. Llamó y entró sin esperar a que contestaran. Delaney estaba en el sofá encima de una pelirroja. Él se levantó de golpe y miró hacia la puerta intentando meter la increíble erección en sus pantalones. Se quedó paralizado al verla allí.

La pelirroja se bajó la falda para cubrirse, pero siguió echada en el sofá.

—Siento interrumpirte —dijo Tess caminando hacia la mesa sin mirarlo—. Cath me dijo que solías comer aquí cualquier cosa porque tenías mucho trabajo y no querías perder tiempo. He comprado algo para comer contigo, pero creo que no es un buen momento. Te dejo aquí la comida. Supongo que tendrás hambre cuando acabes lo que estás haciendo —dijo dejando las bolsas sobre la mesa.

—No vuelvas a venir sin avisar —dijo él cogiéndola de la muñeca y

mirándola fijamente.

—No volveré ni siquiera avisando. Y no vuelvas a hablarme así delante de una de tus zorras —dijo soltándose bruscamente.

Tess caminó hacia la puerta, la abrió y salió cerrando la puerta despacio.

Sarah la miró y vio que tenía los ojos brillantes.

—Lo siento, Tess.

—No te preocupes —dijo caminando hacia los ascensores.

Cuando llegó a la planta baja, el guarda de seguridad se acercó a ella rápidamente.

—Señora Stanford, tiene que esperar, su marido está bajando.

—Dígale que tengo una cita y que no quiero llegar tarde.

Tess volvió al trabajo. Cuando terminó fue a trabajar al pub y cuando acabó llamó a Sean por si le apetecía ir a tomar algo. Sean le dijo que fuera a su casa que estaba preparando la cena.

Tess daba gracias por tener a su cuñado para desahogarse, era la única persona con la que podía hablar libremente.

Tess había hablado con su jefe cuando volvió de las oficinas de Delaney. Le había pedido una semana de las vacaciones que le correspondían en verano. Necesitaba un tiempo para pensar, para relajarse y olvidarse de su caótica vida desde que se había casado. Su jefe había accedido y se tomaría la siguiente semana libre.

Salió de casa de Sean cerca de medianoche y él la acompañó siguiéndola con su coche. Mientras conducía hacia casa decidió marcharse a algún sitio sola.

Delaney estaba en su despacho cuando Tess entró en la casa. Ella subió a la segunda planta en donde vivía. Había diseñado la colocación de los muebles. Había colgado una cortina de encaje holandés para separar la cama del salón y había comprado unas plantas increíbles.

Poco después de que ella subiera Delaney llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Tess.

—Has llegado tarde —dijo él entrando y mirando a su alrededor.

—Hoy he trabajado en el pub y luego he ido a cenar.

—Tenemos que hablar.

—Habla, pero date la vuelta para que me cambie, por favor.

Delaney observó la estancia. Había quedado precioso. Había unos cuantos portarretratos sobre la cómoda, fotos de ella con Logan, de ella con Carter, de ella con un desconocido para él, de ella con Sean, de sus padres y los de él. De todos, menos de él.

—¿De qué quieres hablar?

—De lo que ha sucedido hoy en mi despacho.

—¿Por qué tenemos que hablar de ello? He ido a llevarte el almuerzo, olvida el resto. Sé que no eres discreto en tus relaciones con las mujeres, pero no esperaba eso en tu trabajo. Únicamente me ha sorprendido. Pero no me molestó el que estuvieras con una mujer.

A Delaney le cabreaba incluso el ver que no estaba enfadada.

—Estabas enfadada.

—No porque estuvieras con ella —dijo sonriéndole—, estaba molesta por la forma en que me hablaste, delante de ella.

—La llamaste una de mis zorras.

Ella se rio.

—¿Acaso para ti son algo más que eso? Yo pienso que una mujer que se acuesta con un hombre casado es una zorra, pero no era nada personal —dijo sonriendo de nuevo.

—Le di órdenes a mi secretaria para que no me molestaran.

—Espero que no la culparas a ella. Fue idea mía.

—¿Por qué entraste?

—Quería darte la comida. No le des más vueltas, Delaney, no tiene importancia.

—No tienes derecho a entrar en mi despacho de esa manera. Deberías avisar antes y evitarías escenas como esa.

—Creo recordar que en una ocasión me dijiste que podía ir a verte cuando quisiera. No sabía que tenía que pedir una cita. Ya puedes volverte.

Delaney se volvió y la miró de arriba abajo. Llevaba el pantalón de pijama más minúsculo que él había visto en su vida, y una camiseta blanca de tirantes que transparentaba sus pezones.

—Siento no poder ofrecerte nada para beber, pero las botellas que tenía en casa las dejé en *tu* mueble bar —dijo ella enfatizando el *tu*, para que él supiera que no olvidaba que esa era su casa y no la de ella.

—No quiero nada, gracias.

—¿Vas a sentarte? ¿O prefieres estar de pie y de mal humor? Y no es que no estés guapo así.

Delaney la miró con los ojos entrecerrados y se sentó en el sofá. Tess se sentó sobre sus piernas en el sillón que había frente a él.

—Yo no he dicho que tengas que pedir cita para verme.

—Del, no le des más importancia de la que tiene. De todas formas, no volveré por allí. Sabes, para mí sería exactamente igual verte follando con una tía en tu despacho, que verla salir de él, después de habértela tirado.

—No pensaba que eso te importara.

—Estoy un poco harta de que me humilles. Cuando sellamos nuestro acuerdo, estuvimos de acuerdo en seguir con nuestras vidas, pero también acordamos que seríamos discretos. A mí no me han hecho ninguna foto comprometida con ningún hombre, o entrando en sus casas después de cenar.

—Eso no es cierto.

—Si lo dices porque me fotografien con mis amigos o con tu hermano, no es lo mismo. Tú sabes la relación que tengo con ellos.

—¿Lo sé?

—Por supuesto. Yo nunca te he mentado y nunca lo haré. He comprendido, al fin, que cuando hablabas de discreción, no te referías a nosotros sino a mí. Tú eres un tío importante a quien no le preocupa que lo vean en situaciones comprometidas, como la que ha sucedido en tu despacho. A ti no te preocupa que todos sepan que me engañas porque para ti, yo no soy nadie. Pero quiero que sepas que yo tengo mi orgullo. Me estás humillando desde que dimos a conocer nuestra relación. Puede que tengas mucho dinero, pero el dinero no es lo que define a un hombre. A mí me importa un comino que te acuestes con todas esas mujeres. Yo te admiro, Del. Es encomiable todo lo que has conseguido en tan poco tiempo. Sé que eres un hombre poderoso. Tal vez esa es la razón de que seas un desalmado prepotente que se cree superior al resto del mundo, simplemente porque tienes dinero. No te costaría ningún esfuerzo ser un poco discreto, como hacen la mayoría de los casados que tienen amantes. Yo te respeto, Del, y mientras lleve tu nombre, no haré nada que pueda mancillarlo, pero agradecería un *quid pro quo*. Respetaré nuestro acuerdo, pero únicamente porque soy una mujer de palabra, pero que sepas que en estos momentos en que me siento humillada, me avergüenzo de llevar tu nombre. Puede que no estés interesado en rescindir nuestro acuerdo, pero podría hacerte la vida imposible hasta que no lo pudieras soportar y me pidieses el divorcio. Pero sabes, a pesar de que todas las personas que me importan, mis amigos, tu familia, mis jefes, los amigos de mis padres, saben que me eres infiel, ya no me importa. Y ahora deberías irte. Es tarde y mañana

tenemos que trabajar.

—Estás enfadada —dijo levantándose.

—Te equivocas, Del. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque también me he dado cuenta de que no mereces que me enfade por ti. No estoy enfadada, solo estoy decepcionada, pero conmigo misma. Antes de aceptar tu proposición debí haber pensado en los pros y los contras. Puede que para la gente como tú sea normal este tipo de comportamiento, pero yo, no pertenezco a tu club. Buenas noches, Del.

—Buenas noches —dijo dirigiéndose a la puerta. Antes de salir se volvió hacia ella—. ¿Por qué coño vives aquí?

—Porque me siento cómoda.

—Mi casa no es suficiente buena para ti.

—*Tu* casa es un palacio para mí. Lo que no me gusta es el príncipe que habita en ella.

Delaney se marchó cerrando la puerta.

Al día siguiente Tess se tomó su tiempo para arreglarse. Quería esperar hasta el último momento para bajar porque no quería encontrarse con Delaney.

Durante su descanso en el trabajo para comer llamó a un amigo de la universidad con el que se veía de vez en cuando e intercambiaban correos muy a menudo. Siempre le decía que acudiese a él si lo necesitaba.

Hasta el momento no lo había necesitado, pero quería conseguir un pasaporte y él podía ayudarla. Quedaron en verse en casa del chico cuando ella terminara el trabajo. Calvin, que así se llamaba, era un genio de la informática.

El chico le hizo la foto para el pasaporte y le dijo que lo tendría listo el sábado por la mañana. Acordaron el nombre que iba a utilizar en el documento para que Tess pudiera comprar el pasaje.

Su amigo le dijo que, aunque el pasaporte sería perfecto, lo utilizara para salir del país, pero no para entrar.

Cuando Tess llegó a casa le dijo a Cath que bajaría a cenar en diez minutos.

Aprovechó que Delaney no estaba, bueno él nunca estaba, y subió a su

habitación. Cogió el portátil y compró un pasaje de ida a Dublín. La vuelta la compraría allí. El vuelo era para el sábado a las once de la noche.

—La próxima semana no trabajo y me iré de vacaciones unos días — dijo Tess a Cath mientras cenaban.

—¿Adónde irás?

—No lo he decidido todavía.

—¿Irás sola?

—Sí. Necesito pensar en algunas cosas y relajarme.

Tess y Delaney no se vieron esa noche y tampoco al día siguiente, viernes.

Capítulo 13

Tess ya se había marchado cuando Delaney bajó a la cocina el sábado.

Fue a sacar dinero para el viaje. No pensaba utilizar la tarjeta del banco porque sabía que Delaney podría localizarla. Luego fue a casa de su amigo a recoger el pasaporte.

En una ocasión, Tess le había dicho a su marido, que podría desaparecer cuando quisiera y no podría encontrarla. A Delaney le hizo gracia su desafío.

Delaney sabía, por Cath, que Tess tenía libre la próxima semana y que se marchaba de viaje. Pero, claro, no se habían visto desde el día que ella lo pescó con la pelirroja en su despacho.

Tess llegó a casa a la una y media y Delaney lo hizo unos minutos después. Tess estaba en la cocina poniendo la mesa cuando Delaney entró.

—Hola.

—Hola —dijo Tess acercándose a él para besarle en los labios—. ¿Has pasado una buena mañana?

—Sí, gracias.

—¿Comes aquí?

—Sí.

Catherine les sirvió la comida en la mesa donde solían desayunar y los dejó solos diciendo que ella comería más tarde con Jack.

—Cath me dijo ayer que ibas a ir de viaje —dijo Delaney mientras comían.

—Sí, pensaba dejarte una nota en caso de que no te viera. Me marchó esta tarde.

—¿Adónde?

—Al pueblo donde nací y viví, antes de mudarnos a Boston.

—¿Qué se te ha perdido allí?

—Siempre he querido volver, y este es tan buen momento como otro.

—¿Has sacado los pasajes?

—Iré en autobús.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podrías haber ido en mi avión. De hecho, lo arreglaré para que puedas disponer de él hoy.

—No te molestes, quiero ir en autobús.

—En ese caso te llevará Jack.

—Si quisiera ir en coche llevaría el mío. Y no se te ocurra decirle a Jack que me siga. Si lo haces tendré que despistarlo.

—Entonces es eso. Este viaje tiene que ver con lo que hablamos unas semanas atrás.

—No sé de qué hablas.

—Dijiste que cuando quisieras te marcharías y no podría encontrarte. Este es uno de tus desafíos, ¿verdad?

—No digas tonterías —dijo ella sonriendo.

—¿En serio vas a ir a Nueva Inglaterra?

—Es posible.

—Disfrutas cabreándome, ¿no es cierto? —dijo él mirándola con una sonrisa.

—Estás muy sexy cuando te enfadas.

—Así que quieres jugar conmigo.

—¿Tú quieres jugar conmigo?

—No hay nada que desee más.

—Pensaba que estabas tan ocupado, que ni siquiera tenías tiempo para venir a casa a almorzar.

—Jugar contigo es suficiente aliciente.

—Espero que no te cabrees mucho cuando Jack te diga que me ha perdido.

—No te perderá.

—Si tú lo dices...

—¿Te he dicho que eres preciosa?

—Creo que me lo dijiste en una ocasión, y me fue difícil creerlo, ya que no encajo en tu tipo de mujer.

—Puede que esté cambiando mis gustos. Eres la cosa más bonita que he visto en mi vida. Y te aseguro que he visto mucha belleza.

—¿Estás flirteando conmigo?

—Es posible.

—Pues no te molestes porque tú nunca has sido mi tipo, y sigues sin serlo.

—¿Porque soy millonario? —dijo él con una sonrisa seductora.

—Entre otras cosas.

—¿Es por eso, que tienes en tu habitación la foto de todos los hombres que conoces, excepto la mía?

—¿Por qué iba a tener una foto tuya?
—¿Porque soy tu marido?
—Tengo fotos de las personas que me importan y a las que yo les importo.
—¿Crees que a mí no me importas?
—Me es indiferente lo que creas.
—¿Sabes tus amigos que te vas de viaje?
—Claro.
—¿Y Sean?
—A él no se lo he dicho todavía. Le llamaré luego.
—¿Qué hay entre tú y mi hermano?
—¿Qué hay de qué? —dijo ella evitando sonreír.
—¿Te estás acostando con él?
—Yo no te he preguntado si te acuestas con tus mujeres. Aunque ahora sé con toda seguridad que lo haces.
—¿Acaso pensabas que no me acostaba con ellas?
—Yo no me paro a pensar en esas cosas.
—No me has contestado.
—Y no pienso hacerlo. ¿Acaso te molesta que tu mujer te ponga los cuernos?
—A mí me importa un pimiento con quién te acuestes, pero no me haría gracia que lo hicieras con mi hermano.
—Bien, porque no me acuesto con él. Que conste que te lo he dicho porque no quiero que haya malos rollos entre vosotros. Y además, he de decirte, que no me acostaré con él, mientras estemos casados.
—¿Piensas seguir viéndolo cuando nos divorciemos?
—Por supuesto.
—Dijiste que tú y yo no nos veríamos después de divorciarnos.
—Yo no significo nada para ti ni tú significas nada para mí, pero entre Sean y yo hay algo..., algo especial. No entiendo por qué has sacado este tema que no tiene nada que ver con nuestro acuerdo. ¿Quieres postre?
—Depende del postre —dijo él sonriendo a pesar de la mala leche que sentía en su interior.
—Cath ha preparado unos buñuelos de manzana deliciosos.
Delaney la estaba mirando fijamente.
—Tienes la increíble habilidad de ponerme nerviosa. Haces que me sienta como un conejito delante de un lobo.

—Pues mira por donde eso no me molesta.

Cuando acabaron con el postre Tess se levantó y cogió los platos de la mesa. Los enjuagó y los metió en el lavavajillas.

—Prepararé café —dijo él levantándose y acercándose a la cafetera.

Tess cogió una manzana del frutero, se apoyó en la bancada y le dio un mordisco.

Delaney la miró directamente a la boca. Se acercó a ella y colocó las manos en la bancada a ambos lados de Tess dejándola aprisionada.

A Tess se le aceleraron las pulsaciones e intentó salir de entre sus brazos, pero Delaney no se lo permitió. Le miró a los ojos y vio que el verde de sus iris era más intenso. Mordió de nuevo la manzana y consiguió mantenerle la mirada.

Delaney volvió a mirarle la boca mientras masticaba el trozo de manzana. La encontró tan sexy en ese momento que le quitó la manzana de la mano y la dejó sobre la bancada.

—Sabes, no sé lo que me ocurre contigo, pero cada vez que te miro los labios siento unas ganas locas de besarte.

—Vaya, creía que eso solo me pasaba a mí.

Delaney se acercó más a ella y le acarició los labios con la lengua.

Las pulsaciones de Tess se incrementaron y su corazón empezó a latir de forma descontrolada.

Delaney siguió acariciándole los labios con insistencia hasta que ella abrió la boca para coger aire y él se lanzó en su interior buscando su lengua.

Tess se vio invadida por un calor insoportable. Los pechos empezaron a dolerle y sintió algo intenso que bajaba desde su vientre a la entrepierna. Colocó las manos en los hombros de él y lo acercó a ella para mantenerlo pegado y le devoró la boca con un ansia que no sabía que pudiera tener. Fue un beso ardiente y excitante.

Delaney tuvo una rápida erección y Tess la sintió en el punto en donde se había concentrado todo su calor. No pudo evitar gemir de placer y a él le encantó recoger su gemido en su boca.

Delaney se acercó más a ella para que notara su miembro duro y tenso. Estaban tan pegados que los dos sentían el latir del corazón del otro, ambos desbocados.

El ruido del café les devolvió al presente y Delaney se apartó de ella.

Delaney intentaba, con todos los medios que había aprendido a través de los años con otras mujeres, mantener el control de su deseo. Pero con Tess,

¡maldita sea!, con ella tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano. Cada vez que la besaba le costaba la vida dejar de hacerlo.

—¡Uau! —dijo ella sonrojada y mirándole a los ojos—. Este beso ha sido...

Delaney se deslizó a un lado y se detuvo frente a la cafetera intentando que su respiración volviera a la normalidad y maldiciéndose por haber perdido el control con ella, otra vez.

Tess le vio que respiraba profundamente. Ella se sentía igual de devastada.

Tess cogió dos tazas y las llevó a la mesa. Luego cogió las cucharas, el azucarero y la leche y se sentó en la mesa. Delaney llevó la cafetera y se sentó frente a ella.

—Has perdido el control —dijo Tess poniendo un poco de leche en la taza de él y luego en la suya.

—¿Qué? —dijo Delaney todavía sin poder pensar con claridad por tener la mente en blanco.

—Que has perdido el control. Y eso me ha gustado. Se te ve siempre tan controlado... A veces eso me pone de los nervios, bueno, tú sueles ponerme siempre nerviosa. Pero me ha gustado comprobar que eres humano.

—No me ocurre con nadie más.

—¿Eso es malo? —preguntó ella tomando un sorbo de café.

—Es desconcertante.

—Sabes, alguien como tú podría convertir el pecado en algo tan sumamente divertido, que a una mujer le importaría bien poco pagar el precio más tarde.

—Dios mío, Tess, si supieras como me haces sentir a veces...

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué sigues besándome? Está claro que me has enseñado lo suficiente para no hacer el ridículo.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Creía que tú lo sabías todo.

—Pues ya ves que no. Lo que sí sé es que me gusta besarte. ¿Por qué me besas tú?

—Es excitante. Nunca antes había experimentado lo que siento cuando me besas. Es algo..., indescriptible.

—¿Con qué clase de hombres has salido?

—No sé cuántas clases de hombres hay, pero con nadie como tú, te lo aseguro. Tus besos son tan intensos..., tal vez por eso sea adicta a ellos. Cuando pasamos tiempo sin vernos, pienso que tal vez no vuelvas a besarme, y eso hace que me sienta muy... muy extraña. Soy una yonqui —dijo riendo.

—No necesitas esperar a que yo te bese. Cuando quieras besarme solo tienes que hacerlo.

—¿Cómo voy a hacer algo así? —dijo ella riendo—. Una cosa es que tú me beses y te devuelva el beso, y otra buscarte yo. Creo que soy un poco tímida para tener la iniciativa, y si me rechazaras me moriría de vergüenza.

—Yo nunca te rechazaré.

—¿Ni siquiera aunque estuvieras acompañado? —dijo ella con una sonrisa radiante.

—Ni siquiera entonces.

—Tengo una teoría sobre los hombres como tú.

Delaney la miró divertido intentando adivinar cual sería esa teoría.

—Sobre por qué no te has comprometido todavía. En realidad es una cuestión de activos de mercado competentes. Tú eres un hombre de negocios y seguro que te es familiar. Las mujeres con las que sueles salir son prácticamente iguales, con la variación del color del pelo o de los ojos. Pasas unos días, tal vez algunas semanas con la de turno y cuando te cansas vas a por la siguiente. ¿Voy bien?

—Bastante bien —dijo él con una sonrisa torcida en los labios de lo más sexy—. Sigue.

—Con ello haces que se pregunten por qué no ha durado lo vuestro. No se dan cuenta de que ninguna de ellas excede las expectativas de mercado. Y eso es porque todas te ofrecen lo mismo, sin importar lo precioso que sea el envoltorio.

—Tal vez deberías haber estudiado psicología.

—Puede que se me diera bien.

—Continua, por favor.

—Así que creo que lo único que cambiaría tu situación es, que ocurra algo casual e imprevisible. Por esa razón, pienso que al final, acabarás con una mujer totalmente diferente a lo que todo el mundo espera, incluido tú.

Delaney la miró sonriendo.

—¿Crees que habré acertado en mi teoría?

—¿Cuándo dices que acabaré con una mujer diferente que nadie espera, ni siquiera yo, te refieres a ti?

—¿A mí? ¿Cómo se te ha ocurrido algo tan estúpido? —dijo ella riendo—. Mi teoría es sobre ti, no tiene nada que ver conmigo. Ha sido agradable comer contigo, como siempre. Voy a preparar el equipaje.

Tess se levantó, metió la taza en el lavavajillas y salió de la cocina.

Tess bajó a las seis de la tarde con la bolsa de viaje que dejó en el recibidor. Luego fue a la cocina a preguntarle a Cath si Delaney estaba en casa y la mujer le dijo que estaba en su despacho. Se dirigió hacia allí y llamó a la puerta.

—Entra —dijo Delaney desde el interior.

Tess entró, fue hasta la mesa y se apoyó en ella, junto a él. Delaney echó la silla un poco hacia atrás y se apoyó en el respaldo para mirarla.

—He venido a despedirme.

—Bien.

—¿Puedes darme algo para que piense en ti cuando esté lejos?

—¿Algo cómo qué?

—No lo sé.

Delaney la cogió del brazo para acercarla a él y la sentó en sus piernas.

—¿Quieres pensar en mí cuando estés lejos?

—Suelo pensar en ti en algunos momentos del día, pero podrías conseguir que pensara con más ahinco.

—¿Por qué no eres tú quien haga algo para que yo piense en ti? —dijo él mirándola fijamente a los ojos—. Antes has dicho que te he enseñado a besar lo suficiente. Demuéstramelo.

Tess apoyó las manos en sus hombros y deslizó la lengua por los labios de él, luego la introdujo en su boca y acarició la lengua de él con ternura.

Delaney soltó un gemido y ahondó el beso devorándole la boca hasta dejarla dolorida y húmeda.

Tess se acercó más a él y le besó de una manera ardiente e intensa.

Delaney estaba atónito ante aquel beso tan apasionado.

Aquella satisfecha unión de sus bocas, con tanta pasión hizo que a Tess se le estremeciera el corazón. Se apartó de él y lo miró.

—Dios, tu pelo invita a enredar las manos en él olvidando la decencia y perder el sentido de la realidad —dijo Delaney hundiendo los dedos en el pelo de ella.

Tess lo miró, complacida por sus palabras y se lanzó a besarlo de

nuevo. Lo besó con fuego puro y todo el deseo que sentía por él se desató. Le mordió y literalmente lo devoró. Tess se tomó su tiempo. No quería apartarse de él. No quería marcharse. Le deseaba con toda su alma. Exploró su boca y la saboreó a placer.

Y Delaney no pudo hacer otra cosa que sucumbir a ese placer.

Tess se separó un poco de él con la respiración entrecortada y Delaney le apoyó la cabeza en su hombro para que se tranquilizaran.

—Sin lugar a dudas, esto va a hacer que piense en ti durante mucho tiempo —le dijo ella al oído.

—Creo que has aprendido más de lo que me gustaría.

—¿Eso es un cumplido? —dijo ella con una cálida sonrisa.

—Digamos que he hecho un buen trabajo contigo. Y puedo asegurarte que recordaré este beso durante algún tiempo.

—Viniendo de un experto como tú, me halaga —dijo ella levantándose de sus piernas—. Tengo que marcharme. Que pases una buena semana.

—Lo mismo te deseo —dijo él sin moverse del sillón.

Tess fue hacia la puerta y se volvió a mirarlo.

—Si sigues queriendo jugar conmigo, el juego acaba de empezar.

Delaney la miró sonriendo.

Cuando Tess salió del despacho Delaney apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Recordó la manera en que Tess le había besado.

¡Santa madre de Dios! Esa mujer es puro fuego cuando está en mis brazos.

Tess estaba convirtiendo la existencia de Delaney en un verdadero infierno. Era testaruda y obstinada. Siempre dispuesta a contradecirlo y lo sacaba de sus casillas con sus desafíos. Era indomable, fogosa y ardiente y tan imprevisible como el clima de Inglaterra. Le hacía enfadar siempre que podía y le hacía sentir unos celos devastadores. Y tenía una vena romántica que..., Dios, le hacía enloquecer.

Tess había llamado a un taxi para que la llevara a la parada del autobús y cuando salió de casa el taxi estaba esperándola en la puerta de la verja.

Cuando ella salió del despacho, Delaney había llamado a Jack por teléfono y le había dicho que no la perdiera de vista porque Tess intentaría deshacerse de él.

A Jack cada vez le gustaba más trabajar para Delaney. Antes de que Tess

apareciera era un trabajo rutinario, pero desde que Tess había llegado a sus vidas, todo había cambiado. Jack se sentía más vivo que nunca.

Jack subió al coche y siguió al taxi. Vio a Tess subir al autobús que se dirigía a Boston.

En la primera parada subió al autobús Calvin, el amigo de Tess que le había hecho el pasaporte, y se sentó a su lado.

En las dos siguientes paradas, Jack no perdió de vista la puerta del autobús para asegurarse de que Tess no bajaba.

Cuando el autobús volvió a detenerse, el conductor anunció que permanecerían allí diez minutos y Tess bajó a comprar un refresco y una bolsa de patatas fritas en una máquina que había en la puerta de la estación. Luego se acercó a Jack que había bajado del coche al verla bajar del autobús.

—Jack, deberías volver a casa.

—Y tú deberías subir al coche, yo te llevaré a Boston.

—Le he dicho a Delaney que iría en autobús. Tengo que irme —dijo al ver que el vehículo se ponía en marcha—. Vuelve a casa, te veré a mi vuelta.

Jack volvió a subir al coche después de verla subir al autobús y que se cerraran las puertas.

Tess se quitó la rebeca ancha que llevaba. Se la había regalado una compañera de trabajo en su último cumpleaños y no le gustaba. Se puso un vaquero estrecho que llevaba en su bolsa y se quitó la falda larga que tampoco le gustaba. Luego sacó de la bolsa una peluca rubia y se la puso. Su amigo le dio unas gafas sin graduar que le había conseguido.

Tess metió la ropa que se había sacado en la bolsa de viaje y la cerró.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Tess poniéndose las gafas.

—Perfecta —dijo el chico.

—Tira esta bolsa en el primer contenedor que encuentres.

—De acuerdo. Estás genial, Sandra Spencer —dijo Calvin sonriendo y empleando el nombre de su pasaporte falso.

—Gracias. Espero que Jack no me reconozca. No es estúpido, ¿sabes?

—¿Por qué haces esto?

—Mi marido me dijo en una ocasión que sabría donde estaría yo en cada momento. Así que lo hemos convertido en un juego.

—Tu marido es un tío importante, pensaba que no tendría tiempo para juegos.

—Cierto, pero esta es una manera de distraerlo del trabajo.

—¿Tiene mal genio?

—Tengo entendido que la gente le teme.

—Pues, por tu sonrisa, no parece que cause ese efecto en ti.

—Tienes razón —dijo Tess sonriendo—. Bueno, en la próxima parada dejamos que baje alguien. Luego sales tú con mi bolsa colgada del hombro y yo te sigo. Cuando esté a tu lado me coges por los hombros y yo te rodeo por la cintura, como si fuéramos una pareja.

—Bien.

—Entramos en la estación con todos los demás y cuando se vaya el autobús sales a fumar un cigarrillo. Asegurate de que el mercedes lo sigue.

—De acuerdo.

Y así lo hicieron. Tan pronto Jack arrancó y se puso en marcha Tess se despidió de su amigo, cogió un taxi y se fue en dirección contraria, hacia el aeropuerto.

Llegó con bastante antelación, pero sabía que el autobús no llegaría a su destino hasta después de la media noche. Y ella ya estaría en el aire.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Dublín a las diez y cuarto de la mañana del día siguiente. Tess estaba cansada ya que no había podido dormir en el avión.

En las seis largas horas que había durado el vuelo había pensado muchas veces en los aviones de su marido, con su habitación, sus sofás, su comedor... Y en ese avión había sentido las piernas entumecidas por el poco espacio que tenía para moverse.

Cogió un taxi para ir al hotel donde tenía una habitación reservada.

Sonrió al entrar en ese hotel que tenía su apellido. Si Delaney supiera que se hospedaría en uno de sus hoteles mientras la buscaba, le daría un ataque.

Cuando le dieron la llave de la habitación no se molestó en subir, al fin y al cabo no llevaba equipaje. Fue directamente al comedor a desayunar. Luego subió a la habitación y durmió unas horas.

Cuando se despertó fue a comprar algo de ropa, cosas de aseo y una maleta.

Al regresar al hotel cogió de recepción algunos folletos para informarse de las cosas más interesantes que debía ver. Luego se duchó y se acostó temprano.

Jack llamó a Delaney cuando el autobús llegó a su destino.

—Hola, Jack.

—Hola, Delaney. La he perdido.

—¿Por qué será que no me extraña? Te dije que no debías subestimarla. Vuelve a casa, y te aconsejo que la encuentres.

Delaney estaba de muy mala leche. No podía soportar que una cría se riese de él. Pero no pudo evitar sonreír, pensando en ello. Se acarició los labios con las yemas de los dedos recordando su último beso. Tess era impredecible y sabía que nunca podría controlarla.

Tess abandonó el hotel el miércoles, después de pasar allí tres días. Dejó la maleta en recepción y salió a dar un paseo hasta que fuera la hora de ir al aeropuerto.

Al medio día entró a comer en un restaurante que estaba cerca del hotel.

Después de comer, mientras tomaba café, escribió unas postales para Delaney, Jack y Cath, y para sus tres amigos.

Permaneció en el restaurante algún tiempo viendo las fotos que había hecho, incluidas algunas en el hotel.

Volvió a recoger la maleta que la tenían guardada en recepción y cogió un taxi para ir al aeropuerto.

Tess echó las tarjetas en un buzón en el mismo aeropuerto y subió al avión con destino Londres.

Se encontraba en una cafetería del aeropuerto de Heathrow, haciendo tiempo hasta que tuviera que subir al avión que saldría a la una de la tarde con destino Nueva York y que, con las cinco horas de diferencia horaria, llegaría allí a las dos de la tarde.

Mientras estaba en la cafetería le envió a Delaney las fotos que había hecho en sus hoteles de Dublín y Londres con el móvil de prepago que había comprado.

Delaney estaba en su despacho cuando recibió las fotos que Tess le envió por WhatsApp y no pudo menos que sonreír al reconocer sus hoteles. Se

había alojado en dos de ellos, y él no había podido encontrarla. Después de la última foto había un mensaje y lo leyó.

Me he sentido muy orgullosa de llevar el nombre de los hoteles en los que he estado. Son tan increíbles como su dueño.

Estoy en Londres y subiré al avión en unos minutos. Llegaré a Nueva York a las dos de la tarde, si no hay ningún imprevisto.

Sé que has rechazado mi invitación para cenar en dos ocasiones. Y sé que prefieres estar con otras mujeres, en vez de perder tiempo conmigo. A pesar de ser consciente de ello, y de que me prometí a mí misma no volver a mencionarte lo de la cena, me tragaré mi orgullo y volveré a pedirte, porque, aunque no solemos vernos a menudo, he de reconocer que te he echado de menos. Así que, si no tienes planes importantes para esta noche y te apetece cenar conmigo, mi invitación sigue en pie. Pero, si no puedes o no quieres, no importa.

Jack pasó por el despacho de Delaney antes de ir al aeropuerto a recoger a Tess. Habían recibido ese día en casa las postales que ella había enviado y quería darle a Delaney la suya.

Delaney le enseñó las fotos que Tess le había enviado y Jack sonrió.

—No me hace gracia, Jack. Estaba en mis hoteles y nosotros buscándola por ahí. Estás perdiendo facultades —le dijo Delaney.

—No estoy perdiendo facultades. Tess es demasiado buena.

—Tengo que reconocer que es cierto. Hoy cenaré con ella y ya puedo imaginar su expresión burlándose de mí.

Cuando Tess salió por la puerta de llegada de pasajeros vio a Jack y le sonrió sintiéndose culpable. Se acercó al hombre y le dio un fuerte abrazo.

—Te he echado de menos.

—No sé si creérmelo. Me has hecho pasar un infierno de semana —dijo el hombre cogiendo la maleta.

Al llegar al coche Jack le abrió la puerta del copiloto para que ella subiera. Luego metió la maleta en el maletero del coche y se sentó al volante.

—Lo siento, Jack —dijo ella sonriendo.

—¿Cómo lo hiciste?

—No voy a decírtelo.

—Vale —dijo el hombre sonriendo—. Esta mañana hemos recibido las postales que nos enviaste. ¿Te has divertido?

—Sí. Irlanda me ha encantado, bueno, Londres también.

Tess recibió un mensaje de Delaney y lo leyó.

*Estoy en el despacho y no terminaré hasta última hora de la tarde.
Me encantaría cenar contigo. Iré a casa sobre las ocho.*

—Delaney quiere cenar conmigo hoy —dijo ella sonriendo.

—Procura no cabrearle, más de lo que está.

—¿Está enfadado?

—¿Tú que crees? Ha puesto a todos a trabajar para que te encontraran.

—Oh, pensé que tenía mucho trabajo.

—Y es cierto. Pero me temo que esta semana, tú has sido su prioridad.

—Menos mal que le he traído un regalo —dijo sonriendo.

—Ya veo que no le tienes ningún miedo —dijo el hombre sin poder evitar reírse.

—Es cierto, no le tengo miedo, pero sabes, casi preferiría temerle porque no soy capaz de pensar cuando está cerca. Te aseguro que ni siquiera puedo respirar.

Jack se rio y esta vez sin disimulos.

Cuando llegaron a casa Tess les dio los regalos que les había comprado a Jack y a Catherine. Para el hombre una camisa de seda negra de Armani y para Cath un suéter de cachemira. A los dos les encantaron los regalos.

Tess subió a su habitación a deshacer el equipaje y antes de bajar a comer algo, porque no había tomado nada en el avión, entró en el cuarto de Delaney y le dejó su regalo.

Mientras comía con Jack y Cath les contó todo lo referente a su viaje.

Delaney llegó a casa con Jack poco antes de las ocho. Cath le dijo que Tess estaba en el salón y Delaney se dirigió hacia allí.

—Hola.

—Hola —dijo ella con una amplia sonrisa que le iluminó el rostro—. Tienes el pelo mojado.

—Me he duchado y me he cambiado en el trabajo. ¿Estás lista?

—Sí —dijo cerrando el portátil y dejándolo sobre la mesita.

Delaney la miró de arriba abajo cuando ella se puso de pie. Llevaba un vestido muy corto. No era estrecho pero se insinuaban sus curvas. Al verla, todas las terminaciones nerviosas del su cuerpo se pusieron alerta.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Tú también.

Delaney sonrió. Echaba de menos los halagos que le dedicaba. Y esperaba que durante la velada le dedicara otros, más atrevidos.

—Nos vamos —dijo Delaney entrando en la cocina.

Jack se levanto de la mesa.

—Tómate la noche libre —dijo Delaney al hombre—. Hoy conduciré yo.

—Bien.

—Divertíos —dijo la mujer.

—Ese es el plan —dijo Delaney.

Salieron de la casa y se dirigieron al garage.

—¿Tienes preferencia por alguno de los coches?

—Solo he subido en dos —dijo Tess sonriendo—. Con un poco de suerte los probaré todos antes de que me marche.

—Entonces empecemos —dijo él dirigiéndose a un BMW y abriendo la puerta para que ella subiera—. Tendré que traer los coches que tengo en el trabajo para que los pruebes también —dijo cuando se sentó a su lado.

—Eres muy amable, pero con lo poco que nos vemos, no creo que haya tiempo para que pruebe, ni siquiera los que hay aquí.

Al estar tan cerca de él, volvió a sentir aquella agri dulce sensación que le impedía hablar. Sentía que no le entraba suficiente aire en los pulmones.

—Se me hace raro verte conducir.

—En ese caso tendré que conducir más a menudo cuando salgamos juntos, para que te acostumbres. ¿Lo has pasado bien en tu viaje?

—Sí, muy bien. Irlanda me gustó muchísimo. Estuve en el norte y me encantó, el paisaje, los acantilados... Conocí a alguien que se ofreció a enseñarme los alrededores.

—¿Fuiste con un extraño?

—Bueno, solo fue extraño al principio.

—¿Dónde lo conociste?

—Había salido a ver unos acantilados y de repente cayó un diluvio. Allí el clima es impredecible, hace sol y de pronto cae una copiosa lluvia. Él conducía por un camino, ya que a eso no podía llamársele carretera, cerca de

los acantilados en donde yo me encontraba. Al verme paró el coche y me dijo que subiera.

—¿Sin conocerte?

—Sí. Al principio estaba un poco reacia, pero..., Dios, era realmente atractivo —dijo ella riendo—, y además llevaba un deportivo como el de James Bond, ahora no recuerdo la marca.

—Un Aston Martin.

—Exacto, un Aston Martin. Aunque ya quisieran todos los James Bond parecerse a él. Por un momento me recordó a ti, aunque sus ojos eran azules, de un azul tan intenso como el mar.

A Delaney no le gustó la forma en la que le hablaba de ese tío.

—Pero llovía tanto que acepté. Pensé que si me llevaba a algún sitio, con el propósito de hacerme algo, bien valdría la pena. Era realmente guapo —dijo sonriendo.

—¿Logró ese propósito?

—Me llevó al hotel donde me alojaba para que me cambiara de ropa porque estaba mojada y me dijo que me recogería a las siete.

—Y lo hizo.

—Sí, y fue muy puntual. Me llevó a cenar a un típico pub irlandés, que resultó que era suyo. Al día siguiente se tomó el día libre para llevarme a ver algunos sitios. Hice unas fotos preciosas. Me ha invitado a que vuelva por allí, y creo que lo haré cuando tenga unos días libres.

—Parece que te gusta ese tío.

—Sí, creo que es mi tipo de hombre. Ah, un momento, tengo una foto de los dos que nos hicieron en la puerta de su pub —dijo ella sacando el móvil del bolso y mostrándosela—. Guapo, ¿eh?

—No está mal —dijo Delaney volviendo la mirada al frente.

Delaney vio a un hombre elegante, a pesar de ir en vaquero. Tenía a Tess cogida por los hombros y ella le miraba sonriendo. Delaney le encontró cierto parecido con él mismo, en cuanto a físico y altura.

—¿Ese es tu tipo de hombre?

—Sí.

—Ahora entiendo porque te recordó a mí, somos bastante parecidos.

—Él es más joven que tú, tiene veintiocho años.

—¿Cómo se llama?

—Ian.

—Ian...

—El apellido no importa. ¿Has pasado una buena semana?

—Ha sido una semana interesante.

—¿Me has echado de menos? —Delaney se giró para mirarla sonriendo —. No hace falta que contestes, he captado el cinismo en tu sonrisa.

—Supongo que habré pensado en ti, tanto como tú en mí.

Delaney paró el coche en la puerta del restaurante. Tess iba a brir la puerta para bajar.

—Un momento —dijo acercando la mano al hombro de ella para bajarle ligeramente el vestido y poder ver el tirante de encaje color berenjena del sujetador, a juego con el esmalte de las uñas—. Eres muy predecible con el color de tu ropa interior.

Tess no pudo decir nada porque el simple contacto de los dedos de él, deslizando el vestido por su hombro, había hecho que la sangre de sus venas ardiera. Solo pudo mirarlo con una cálida sonrisa que a Delaney le hizo temblar. Y maldecirse por ello.

Tess bajó del coche y esperó a que Delaney se reuniera con ella. El aparcacoches se llevó el vehículo.

Había un fotógrafo junto a la puerta del restaurante que les hizo varias fotos. Delaney la cogió de la cintura y entraron.

El maître les acompañó a su mesa. Retiró la silla para que Tess se sentara y les dejó las cartas del menú antes de retirarse.

—¿Qué te apetece cenar?

—Me es indiferente, pide tú por mí.

—De acuerdo —dijo él abriendo la carta—. Esta mañana he recibido la postal que me enviaste desde Irlanda.

—Ha llegado pronto. Les envié una a Jack y a Cath, y a mis amigos —dijo ella para que no pensara que solo le había escrito a él.

—Hay algo de lo que escribiste en ella que no acabo de entender —dijo sin apartar la vista de la carta.

—Es difícil creer que no puedas entender cualquier cosa que esté escrita.

—No es que no lo haya entendido sino que no sé a qué te refieres.

—Ese día escribí varias tarjetas y la verdad es que ahora no recuerdo lo que te escribí a ti precisamente —dijo ella poniéndose mantequilla en un trozo de pan—. Cuando llegemos a *tu* casa me la enseñas y te lo aclararé. Ay Dios, no escribiría nada comprometedor, ¿verdad?

—Nunca has tenido reparos en decirme lo que pensabas.

—Tienes razón.

—Léela mientras pido la cena —dijo sacando la postal del bolsillo de su chaqueta y dejándola frente a ella.

El camarero se acercó y Delaney pidió la cena y el vino mientras Tess leía la tarjeta.

—¿Qué es lo que no has entendido? —preguntó intranquila y ruborizada por lo que acababa de leer.

—Léela en voz alta y te lo diré.

—No hace falta.

—¿Te avergüenzas de lo que has escrito?

—Claro que no. Además, no he escrito nada de lo que deba avergonzarme.

—Entonces, no hay problema en que lo leas.

—De acuerdo —dijo ella cogiendo la tarjeta. La leyó.

He pasado unos días fantásticos. Este país me parece mágico. Hay algo en el ambiente, en los acantilados y en el verde del paisaje que me hace sentir abrumada. La gente es amable y cariñosa y me he sentido realmente bien entre ellos.

Tengo que decirte, muy a pesar mío, que no te he podido apartar de mi mente desde la última vez que nos vimos. Y no he podido desprenderme de todas las sensaciones que me embargaron cuando me besaste, o mejor dicho, cuando te besé, porque todas eran nuevas y desconocidas para mí. Sentí algo muy diferente a las otras veces. Algo extraño le ocurrió a mi cuerpo, algo que me hizo sentir desorientada y completamente aturdida. Supongo que eso es lo que llaman excitación, pero no lo había sentido antes con ese grado de intensidad.

Tess.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó ella ligeramente sonrojada.
Dios mío, esta chica es tan inocente, que no sabe lo que provoca con sus palabras, pensó Delaney.

—Parece que tú, sí me has echado de menos.

El camarero se acercó y después de que Delaney aprobara el vino les sirvió en las copas. Cuando el hombre se retiró Tess cogió otro trozo de su bollito de pan recién hecho, le puso mantequilla y se lo metió en la boca.

—Una cosa es echar de menos a alguien porque deseas volver a verlo, y

otra muy diferente es que no puedas dejar de pensar en algo o en alguien. Ya sabes que la mente trabaja sola. Dime, ¿qué es lo que no has entendido? Y espero que no me preguntes por las sensaciones de las que hablo o lo que experimentó mi cuerpo. He dejado claro que desconocía de qué se trataba.

—Pero..., las veces que te han besado...

—Ya te dije que nadie me ha besado como tú —dijo interrumpiéndolo—. Puede que incluso, nadie bese como tú.

—¿Qué me dices de cuando has tenido relaciones sexuales? ¿No has sentido algo similar?

—A ver si va a resultar que tampoco ningún hombre hace el amor como tú, porque no, no he sentido nada parecido, ni de lejos —dijo riendo.

—¡Santo Dios! Me temo que solo has estado con críos. Pero, ¿qué me dices de ese irlandés? Parece un tipo que sabe lo que hace.

—No voy a entrar en detalles de ese tipo contigo. Eres mi marido.

Delaney sonrió.

—Puede que no tenga la experiencia necesaria, pero apuesto a que los hombres no tendrán problema en enseñarme, como has hecho tú con los besos. Delaney, esta conversación no es adecuada, será mejor cambiar de tema.

—Tienes razón. De manera que estuviste en dos de mis hoteles.

—Apuesto a que te cabreaste cuando viste las fotos.

—No me hizo mucha gracia, la verdad.

—Dijiste que me encontrarías.

—Jack dice que eres buena. ¿Cómo lo despistaste?

—No voy a contarte nada. Nos quedan demasiados días de vivir juntos y puede que necesite de nuevo desaparecer.

—¿Vas a desaparecer de nuevo?

—Nunca se sabe lo que uno puede necesitar en la vida.

—Me has llevado loco toda la semana y he puesto a todo el personal a trabajar, buscándote.

—¿Qué excusa les has puesto?

—Yo no tengo que darles explicaciones. Ya pueden dar gracias de que no les haya despedido por ineptos.

—Siento que hayas perdido tiempo por mi culpa.

El camarero les llevó la cena.

Delaney la miraba fascinado. Tess tenía una delicadeza y una clase comiendo que pocas veces había visto en una mujer. Era una delicia verla comer.

—En la foto que me has enseñado, en la que estabas con tu amigo irlandés, he visto que no llevabas los anillos.

—Qué observador. Los dejé en *tu* casa cuando me marché. Estaba de incógnito y cuando los llevo me da la impresión de que la gente solo ve los anillos y no a mí.

—Preferías que no supiesen que estabas casada.

—Exacto.

—¿Puedes decirme cómo te sentiste cuando te besó el irlandés? ¿Algo parecido a lo que sientes conmigo?

—Ese tema tampoco es adecuado para hablarlo con mi marido.

Delaney no podía dejar de imaginarla con aquel hombre que ella encontraba tan atractivo. No podía soportar la idea de que la hubiera besado o peor aún, que le hubiera hecho el amor.

—¿Puedes creerte que llevamos casi dos meses casados?

—¿Tanto?

—Yo también estoy sorprendida. El tiempo está pasando muy rápido y no está siendo tan malo como esperaba. Claro que, ¿cuántas veces nos habremos visto en ese tiempo, cinco, seis...? Si todos los matrimonios fueran como el nuestro nadie se divorciaría porque no tendrían tiempo de discutir.

—Tú y yo discutimos casi siempre que nos vemos.

—No discutimos —dijo ella sonriendo—, tenemos diferentes opiniones sobre ciertas cosas.

—¿Hay algo en nuestro acuerdo que quieras cambiar?

—¿Cómo que?

—No me refiero a nada en particular, en general.

—Yo suelo hacer lo que quiero, independientemente de que esté casada.

—Sí, yo también. Pero, si hay algo que quieras cambiar, solo tenemos que ponernos de acuerdo.

Delaney quería acostarse con ella y se preguntaba si ella querría lo mismo.

—No tenemos ningún acuerdo por escrito. Y no mencionamos nada sobre cláusulas, pero... no se me ocurre nada que desee cambiar —dijo ella—. ¿Hay algo que quieras cambiar tú?

—No, nada. Únicamente quiero que sepas que, si en algún momento quieres cambiar algo, solo tenemos que hablarlo y llegar a un acuerdo.

—Vale. En ese caso te digo lo mismo. Entonces ¿me has echado de menos? —volvió a preguntar ella sonriendo.

—He echado de menos las cosas que me dices.

—¿Qué cosas?

—Esas cosas que me hacen sentir incómodo, y que a veces hacen que me sienta avergonzado. Esas frases que suenan a clara seducción, sin tú ser consciente de ello.

—Siento que te hagan sentir así, pero me he dado cuenta de que contigo no puedo controlarme, y las palabras salen de mi boca, antes de que pueda detenerlas.

—No me importa que me hagas sentir incómodo, al decirme lo que se te ocurre de pronto. Nadie me ha dicho nunca nada de lo que tú me dices.

—Sé que no es adecuado que te halague de esa forma.

—Adecuado no es la palabra idónea. Adecuado es algo que se hace por educación. Las cosas que me dices son espontáneas y me satisface que las pienses para dedicármelas en especial, a mí.

—Eso que has dicho es muy romántico.

—¿Eso crees? Solo he dicho lo que pienso. Aunque me temo que no tengo tanta facilidad como tú para halagar a una persona. ¿Puedo preguntarte cómo se te ocurren todas esas cosas?

—No tengo ni idea, pero sí puedo asegurarte, que tú eres el causante de mi inspiración.

Tess empezó a reír.

—¿Por qué te ríes?

—Es difícil creer que las mujeres no te lancen piropos. ¡Cielos santo! Eres el hombre más sexy que he visto en mi vida. Podrías tener a cientos de mujeres haciendo cola en la puerta de tu casa esperando pacientemente a que eligieras.

—No puedo creer que hayas dicho eso —dijo él riendo avergonzado.

—Lo siento. Ya te he dicho que contigo no puedo reprimirme —dijo Tess con una cálida sonrisa.

—¿Quiere eso decir que con los demás sí te contienen?

—La verdad es que no se me ha presentado ninguna oportunidad de decirle a otro hombre las cosas que te digo a ti. Claro que, no me he encontrado a nadie como tú. Puede que sea porque eres el hombre más atractivo que he conocido. O puede que sea porque eres mi marido. Lo cierto es que logras poner mi mundo patas arriba, solo con tu presencia.

El camarero se acercó para retirar los platos y les dejó la carta de postres.

—¿Lo dices en serio?

—Me temo que sí.

—¿Qué vas a tomar? —dijo él después de ojear la carta.

—Melón y un café.

Cuando el camarero se acercó Delaney pidió lo mismo para los dos.

—Tú y yo somos dos personas inteligentes, ¿cierto? —dijo Delaney cuando el camarero se retiró.

—Sin lugar a dudas.

—Supongo que no te habrá pasado desapercibido que entre nosotros hay algo.

—Algo —repitió ella.

—Sí, ¿qué crees que hay entre nosotros?

—Hostilidad —dijo ella sin más.

Delaney le dedicó una sonrisa tan sensual que Tess estuvo a punto de derretirse.

—En parte tienes razón, pero ¿no crees que incluso esa hostilidad es demasiado intensa?

—Puede que los dos seamos apasionados y sintamos las cosas con más intensidad que el resto de la gente.

—Sabes, últimamente me he preguntado, en demasiadas ocasiones, lo admito, cómo sería acostarme contigo. Y te aseguro que no es algo que me haya preguntado sobre las mujeres que conozco.

—Ya sabes que yo soy un poco corta en estos temas tan delicados, pero ¿se supone que tengo que sentirme halagada por algo así?

—No lo he dicho para halagarte.

—He de reconocer que yo también me he dado cuenta de que hay algo entre nosotros, feeling, química, atracción sexual. Supongo que cualquiera de esas palabras serviría, al fin y al cabo todas significan lo mismo. Es difícil no sentir algo así por alguien como tú. Lo que me extraña es que precisamente tú sientas eso por mí, ya que no soy tu tipo. ¿Qué crees que te sucede a ti? —dijo ella sin mirarlo mientras se comía el postre.

—Me sucede exactamente lo mismo que a ti.

—¿Crees que sentimos eso a causa de los besos? —preguntó ella mirándolo y arrepintiéndose al instante. Esos ojos verdes parecían como si le leyeran el pensamiento.

—No, creo que los besos son a causa de esa atracción.

—¿Crees que deberíamos tomar medidas al respecto?

Delaney no pudo evitar reírse.

—Eso es algo que debemos decidir juntos.

—Acordamos que no mantendríamos relaciones sexuales —dijo ella.

—Por eso es algo que tenemos que decidir de mutuo acuerdo.

—¿Por qué nos ha sucedido esto?

—No tengo ni idea, pero es nuevo para mí. Lo que sí puedo asegurarte es, que he deseado estar contigo cada vez que te he visto. Esa es la razón de que haya evitado verte.

—Sabía que me evitabas, pero no la causa.

—No estaba seguro de poder contenerme —dijo sonriendo—. Necesito estar contigo, una vez. Necesito satisfacer este deseo que siento por ti y que no me deja dormir ni trabajar. Luego ya no habrá problema. Pero si tu no lo deseas...

—Yo también necesito solventarlo porque es difícil vivir con estas ansias —dijo interrumpiéndolo.

—Si estamos de acuerdo lo solventaremos cuanto antes.

—¿Puedo pensarlo? —dijo ella mirándolo intranquila.

—Por supuesto —dijo Delaney extrañado—. ¿Cuánto tiempo crees que necesitarás para pensarlo?

—Unos minutos.

—Está bien —dijo él sonriendo.

A Delaney le hacía gracias que ella tuviera que pensar si quería acostarse con él o no. Era la primera vez que una mujer tenía que pensar en ello.

El camarero retiró los platos del postre y poco después les llevó los cafés.

—Después de reflexionar sobre los pros y los contras, he tomado una decisión. Creo que mantener relaciones sexuales contigo sería satisfactorio para mí, puede que para ambos. Eres atractivo y sexy y no creo que pudiera encontrar a alguien mejor que tú. Además, sería una verdadera estúpida si dejara pasar una oportunidad así. Hay que añadir que besas de puta madre —dijo ella riéndose—. Y teniendo en cuenta tu larga experiencia con las mujeres, creo que serías muy, pero que muy adecuado.

Delaney soltó una carcajada.

—Dios, eso ha sido toda una propuesta, sí señor. Una propuesta difícil de rechazar.

—No creas que estoy muy convencida. Me gustaría saber de antemano si

irme a la cama contigo sería un desahogo agradable o una complicación innecesaria.

—Un hombre podría pasar horas escuchándote hablar y no se cansaría —dijo él porque le gustaba la forma en que ella se expresaba—. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Sí. Aunque tenemos que hablar sobre ello.

—¿Hablar sobre qué?

—Bueno, esto será como un anexo a nuestro previo acuerdo.

—Un anexo —dijo él sonriendo.

—Eso es. Debemos marcar unas normas, o condiciones, o peticiones, como quieras llamarlo.

—¿Normas? —dijo él riendo.

Tess lo estaba excitando con todas sus palabras. Hablaba sobre acostarse con él, como si se tratara de un negocio.

—Sí. Después de todo parece ser que vas a ser tú quién me enseñe a hacer el amor. Tengo la sensación de que todos los hombres no lo hacen como tú.

—No te preocupes, te ayudaré en lo que pueda.

—¿Hay algo más que quieras añadir? ¿Algo que desees? Me refiero al sexo o previamente al sexo. ¿Alguna condición que quieras imponer?

—Pues, ahora que lo mencionas, sí —dijo él divertido.

—De acuerdo. Dí lo que quieres o desees y luego te diré lo que quiero yo.

—Quiero que esa noche la pases conmigo.

—No hay problema, ya hemos dormido juntos en alguna ocasión.

—Puede que mi manera de pasar la noche difiera de la tuya. Háblame de lo que quieres tú.

—En principio estoy de acuerdo contigo en lo que has dicho antes, me refiero a lo de hacerlo, solo una vez —dijo ella algo incómoda.

—Bien.

—Pero..., creo que deberías especificar un poco más porque no estoy segura de haberlo comprendido del todo.

Delaney volvió a reírse.

—Cielo, tal vez deberíamos pedirle a Nathan que redacte un contrato.

—No hace falta que seas sarcástico. Me refiero a que si para ti una vez significa hacerlo una sola vez o por el contrario, hacerlo varias veces en la misma noche. Es importante aclarar las cosas para que no haya malos

entendidos.

Delaney la miró divertido y algo aturdido porque la veía muy incómoda. Decidió hablar sinceramente.

—Cuando estoy con una mujer necesito tiempo para disfrutar de ella y ella de mí. Y no voy a conformarme con hacerlo una sola vez. Lo haremos tantas veces como nos apetezca. Y luego dormiremos juntos. ¿Te parece bien?

—Sí. Pero quiero que después de esa vez no volvamos a mencionar lo que hemos hecho. Tú te desahogará conmigo y yo contigo, y luego lo olvidaremos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo.

—Hay algo más —dijo ella sonriendo.

—Santo Dios, Tess, es solo sexo.

—Lo sé, pero esto es importante para mí.

—Vale —dijo él un poco exasperado—. ¿De qué se trata?

—No quiero saber cuando lo hacemos.

—¿Pretendes estar inconsciente?

—No —dijo ella riendo—, no me lo perdería por nada del mundo.

Quiero decir que no quiero saber en qué momento lo haremos. Lo dejaré a tu elección. No quiero que fijemos un día y tener que estar pensando en ello hasta que llegue el momento.

—Parece que tengas miedo.

—Miedo no, pero sí intranquilidad.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú eres diferente a todos. Eres alguien especial.

Delaney estuvo en París durante una semana. Volvió el jueves por la noche cuando Tess ya estaba dormida.

Cuando Tess se despertó al día siguiente vio el regalo de Delaney sobre el escritorio. ¿Lencería? Delaney le había comprado lencería en París.

Tess volvió a casa a las diez y media de la noche después de trabajar en el pub. Subió a cambiarse mientras Catherine servía la cena para las dos. Tess entró en la cocina con el regalo de Delaney para enseñárselo a la mujer.

Después de cenar Tess se probó algunas de las prendas allí mismo porque estaban solas.

De pronto Delaney y su abogado entraron en la cocina. Tess llevaba una combinación muy corta.

—¿Tienes que ir medio desnuda por la casa? —dijo Delaney taladrándola con la mirada.

A Tess le dio rabia escuchar sus palabras. Salió de la cocina dedicándole una mirada furibunda a su marido y sin ni siquiera mirar al abogado. Se dirigió a la escalera y la subió corriendo.

—¿Esa es tu mujer, con la que no te acuestas? —dijo Nathan en voz baja.

—La misma.

—Pues estás perdiendo facultades. Dios, además de ser preciosa, tiene un cuerpo de infarto.

Después de entregarle a Nathan los documentos que necesitaba, el abogado se marchó. Delaney volvió a la cocina.

—Has sido un grosero con tu mujer. Estaba feliz enseñándome lo que le habías traído de París.

—Iba medio desnuda.

—Estábamos solas y no te esperábamos porque nunca llegas a casa antes de medianoche.

Delaney subió a pedirle disculpas a Tess. Iba maldiciéndose mientras subía la escalera hasta la segunda planta. No entendía por qué Tess vivía allí.

La puerta estaba abierta cuando llegó y se apoyó en el marco al verla. Tess estaba echada sobre la cama boca abajo y con las piernas flexionadas moviéndolas.

—Hola.

—No me apetece hablar contigo —dijo ella sin mirarlo.

—¿Vas a seguir viviendo aquí?

—Sí.

—¿No te gusta tu habitación?

—Sí, es preciosa, pero es tuya. Aquí me siento como en casa. Puedes irte, no necesito compañía.

—He subido a disculparme.

—Disculpas aceptadas. Lárgate.

—Me ha cabreado que Nathan te viera en ropa interior.

—La combinación que llevaba era muy bonita.

—Y te sienta realmente bien.

—Gracias.

—Pero no te la compré para que te la viera puesta Nathan.

—¿Qué más te da que me vea él u otro?

—Supongo que tienes razón, pero no me ha gustado que te viera.

—Yo no acostumbro a ir medio desnuda por la casa, ha sido la primera vez. Y es viernes, nunca vienes tan temprano los viernes, bueno, en realidad no vienes temprano ningún día.

—¿Eso te molesta?

—En absoluto.

Louise, la suegra de Tess la llamó el día anterior para quedar con ella ese día ya que era sábado y sabía que Tess no trabajaba. No se veían a menudo debido al trabajo de Tess y la mujer le propuso pasar el día juntas para ir al salón de belleza, comer e ir de compras.

Primero fueron a la peluquería y Louise la convenció para que se cortara el pelo, aunque Tess no estaba muy convencida. Luego fueron al salón de belleza a hacerse un tratamiento completo de la cabeza hasta los pies.

Louise lo pagó todo así que Tess la invitó a comer en el restaurante que eligió la mujer.

Y cuando salieron del restaurante fueron de compras. En un principio Tess pensó en comprar un vestido de fiesta por si Delaney le pedía que lo acompañara algún día, aunque lo dudaba.

Pero su suegra insistió en que se comprara varias cosas, en varias tiendas.

Delaney llegó a casa a las once de la noche después de estar con una mujer y se encontró a Tess en la cocina llorando y abrazada a Catherine.

Cuando Tess lo vio lo saludó, le dio las buenas noches a Cath y subió a su habitación.

—¿Que ha ocurrido? ¿Por qué estaba llorando Tess?

—Tu madre ha venido a recogerla esta mañana y han pasado el día juntas. Ha llegado a las nueve.

—Mi madre.

—Este no ha sido un buen día para Tess. Si hubieras estado aquí o si le hubieras dicho que querías comer con ella, le habrías evitado un disgusto.

—¿Qué le ha hecho mi madre?

—En realidad no le ha hecho nada, pero mejor que te lo cuente Tess.

Delaney subió a la segunda planta. Llamó a la puerta y la abrió sin

esperar contestación.

—¿Estás bien?

—Sí. Esto se está convirtiendo en una costumbre. Vete, por favor —dijo sin dejar de llorar.

Delaney se sentó en la cama a su lado.

—Date la vuelta, por favor. Cuéntame que ha hecho mi madre para que te sientas tan mal.

—Ella no ha hecho nada. Y estoy bien, solo necesito asimilar algunas cosas.

—Por favor, habla conmigo.

Tess se dio la vuelta y se sentó con las piernas cruzadas. Se secó las lágrimas con las manos. Delaney sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se lo dio.

—Gracias —dijo ella secándose los ojos.

Delaney respiró hondo. ¿Por qué le afectaba tanto verla triste? Había pasado toda la semana pensando en ella. En cómo sería tenerla en la cama debajo de él. Se consumía de deseo. Anhelaba tocarla, saborearla. Lo quería todo de ella.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Anoche me llamó tu madre para preguntarme si me apetecía que pasáramos el día juntas y le dije que sí. Me ha recogido esta mañana temprano y hemos ido a la peluquería. Ha empezado a decirle al peluquero que yo necesitaba un cambio —dijo secándose de nuevo las lágrimas—. Y el peluquero me ha cortado el pelo. Yo no quería cortármelo. Luego hemos ido a un salón de belleza y me han hecho un tratamiento completo.

—¿Qué es un tratamiento completo? —preguntó él con una leve sonrisa al ver el rostro de Tess con la máscara de pestañas corrida.

—Limpieza de cutis, depilación, sauna, masaje...

—¿Te ha relajado el masaje?

—No ha estado mal.

—¿Qué habéis hecho luego?

—Hemos ido a comer a un restaurante de esos que cuando sales tienes más hambre que al entrar.

Delaney se rio.

—Como tu madre había pagado la peluquería y el salón de belleza, la he invitado yo a comer. Casi cuatrocientos dólares de comida y he salido muerta de hambre —dijo pasándose el pañuelo por los ojos y extendiendo más la

máscara de pestañas.

—Sabes, Tess, siempre me ha gustado tu pelo, pero ese corte te sienta realmente bien.

—¿De verdad?

—Sí, me gusta. ¿Qué habéis hecho luego? —preguntó él pues no creía que llorara por los cuatrocientos dólares de la comida ni por el corte de pelo.

—Ha dicho que tenía que comprarse ropa y... y en realidad no sé lo que ha pasado, en cada tienda en la que entrábamos se compraba algo pero también elegía algo para mí. A media tarde le he dicho que tenía que volver a casa porque había quedado contigo para ir a cenar y tenía que arreglarme, pero me ha ignorado diciendo que a ti ya te veía suficiente. Te he llamado varias veces para pedirte por favor que fueras a buscarme pero tu móvil estaba apagado. Supongo que estarías en una de *tus reuniones* —dijo rompiendo a llorar de nuevo.

Delaney se sentía culpable porque había pasado la tarde en una suite de su hotel con una mujer.

—Lo siento.

—No importa. Me he sentido tan mal toda la tarde... Me ha hecho comprar tres trajes de fiesta, con zapatos y bolso a juego, dos vestidos de cóctel. ¿Para qué quiero yo esa ropa si no salgo? Ah, y un montón de ropa interior —dijo cogiendo la bolsa que había en el suelo junto a la cama y echando toda la lencería sobre la cama—. ¿Puedes creerte que me he gastado en esto más de cinco mil dólares?

—¿No te gustan?

—Por supuesto que me gustan.

—Los hombres se van a poner contentos de verte con todo esto —dijo él acariciando las prendas de seda con los dedos.

—Me he gastado prácticamente todo el dinero que había ahorrado en cuatro años. En solo una tarde he gastado casi cincuenta mil dólares.

—¿Lo has pagado con tu dinero?

—Por supuesto. No pensarás que iba a dejar que me pagaras una ropa interior que ni siquiera vas a ver puesta.

—Ya te he comprado ropa interior.

—Pero era un regalo.

—Seguro que estarás preciosa con todos esos vestidos, y los hombres disfrutarán al verte con esa ropa interior tan sexy. La verdad es que los envidio.

—¿Estás jugando conmigo?

—Tess, no podría jugar contigo ni aunque me lo propusiera. Tú eres demasiado buena con los juegos de seducción, incluso sin ser consciente de ello. Pero sabes, cielo, tú no necesitas vestido ni ropa interior sexy para atraer la atención de los hombres, serías igual de deseable si te vistieras con un saco. El brillo de tus ojos resplandecería incluso en la oscuridad de una noche cerrada.

Tess se quedó desconcertada al oír sus palabras.

—Siento que hayas tenido que aguantar la presión de mi madre. Ella no podía imaginar que lo pagarías tú.

—Lo sé y no pienso tenérselo en cuenta.

—No te preocupes, mañana te haré un talón por el dinero que has gastado y arreglado.

—No quiero tu dinero. Del, estoy harta de esto.

—¿De qué?

—De esto que hay entre nosotros.

—¿A qué te refieres?

—No quiero que te lo tomes a mal, pero sabes, antes era feliz y ahora no lo soy. Soy una mujer casada, pero no conozco a mi marido, ni siquiera lo veo. Esto no es para mí, Delaney. Lo siento. Quiero marcharme de tu casa. Iré a vivir con Carter hasta que ahorre dinero y pueda alquilar un piso. Siento que hayas invertido dinero en el coche, en el apartamento, y también en el local. Sabes, me ha hecho gracia cuando tu madre ha elegido los vestidos para que te acompañara a las fiestas. He estado a punto de decirle que no soy yo quien te acompaña, aunque supongo que ya lo sabe. Me marcharé mañana.

—No. Por favor, no te vayas. Piénsalo unos días. No te marches porque mi madre te haya hecho sentir mal. Ella es una buena mujer y de haberlo sabido, no habría permitido que tu te gastaras ni un céntimo de tu dinero. Olvídalo, por favor. ¿Quieres enseñarme lo que has comprado?

—Ahora no. A propósito, tal vez deberías regalarle a la mujer con la que has estado hoy un perfume. El que usa es un poco empalagoso.

Delaney sonrió, comprendiendo que era él quien olía al perfume de esa mujer.

—Siento haberte montado esta escena.

—Para eso están los maridos.

—Buenas noches, Del —dijo ella sonriéndole.

—Buenas noches, cielo.

Delaney se levantó a las nueve al día siguiente, domingo y bajó a la cocina en pijama.

—Buenos días Cath.

—Buenos días.

—¿Ha bajado Tess?

—No. ¿Te preparo el desayuno?

—Todavía no. Subiré a despertarla y desayunaremos juntos.

Delaney entró en la habitación de Tess, o mejor dicho en el apartamento, porque era un apartamento.

Tess estaba dormida boca arriba. La sábana le cubría hasta las caderas y tenía la camiseta subida mostrando parte de su estómago plano con los músculos definidos. Tenía un brazo sobre el pecho y el otro por encima de la cabeza. La encontró preciosa.

Delaney apoyó las manos a ambos lados de ella y se inclinó para besarla en los labios. Luego los acarició con la lengua.

Tess subió sus manos hasta introducirlas en el pelo de él y lo cogió de la nuca para acercarlo a ella y poder saborear su boca con un anhelo incontenible.

Delaney se pegó a ella apoyándose en los codos para no aplastarla y sació la ansiedad que Tess le pedía y la que él mismo necesitaba calmar. Delaney devoró sus labios, ahogando con aquel beso cualquier deseo, palabra o sentimiento.

Los sentidos de Tess se empapaban de él, de su olor, de su sabor y se sentía aturdida. Inclinó la cabeza para intentar saborearlo aún más y poder devorarlo a placer.

Delaney dejó de besarla porque lo que deseaba era poseerla allí, en ese instante. Necesitó un esfuerzo casi sobrehumano para interrumpir el beso. Permaneció simplemente rozando sus labios con los de ella.

—No estoy soñando, ¿verdad? —dijo Tess aún con los ojos cerrados y rodeándole el cuello con sus brazos.

—Me temo que no.

Tess retiró la manos de él.

—¿Estabas teniendo un sueño erótico conmigo? —preguntó Delaney sentándose en la cama a su lado.

—No estoy segura, pero he notado que me lamían los labios... ¿Qué

haces aquí? ¡¿No habrás elegido este momento para...?!

—No, cariño —dijo él sonriendo—. He subido para ver si estabas despierta. Cath quiere saber si vas a desayunar conmigo.

—Sí. Estoy hambrienta. No tuve ocasión de preguntarte por tu viaje, ¿fue todo bien?

—Sí.

—Gracias por tus regalos, todo es precioso.

—¿Acerté en la talla?

—Sí, todo me queda perfecto. ¿Cómo sabías la talla de mi sujetador?

—Hice unas fotos hace unos días a las etiquetas de algunas de tus prendas. Siento haber husmeado en tu lencería.

—Eres mi marido y puedes husmear cuanto quieras entre mis cosas. Además, esta es tu casa.

—¿Me enseñas lo que compraste ayer?

—Claro —dijo Tess saliendo de la cama—. Todo te va a encantar.

Tess sacó los vestidos de las bolsas y los colgó en las puertas abiertas del armario. Luego se los enseñó uno a uno.

—¿Te gustan?

—Muy bonitos.

—Los eligió tu madre. Esa mujer tiene un gusto exquisito. Creo que me sientan bien.

—No creo que haya nada que no te siente bien. Luego te daré el talón de todo lo que gastaste.

—Delaney, te dije que te olvidarás de eso. Ayer no me sentía muy bien, pero después de pasar medianoche llorando... Al fin y al cabo, ahora soy una mantenida y no tengo gastos. Empezaré a ahorrar de nuevo.

—¿Por qué no usas la tarjeta que te di?

—Porque no.

—Me gusta tu lógica.

—No puedo darte ninguna razón, excepto que no quiero tu dinero.

—¿Tampoco lo usarás para amueblar tu apartamento?

—No necesito amueblarlo, de momento. Además, cuando me marche de aquí me llevaré mis muebles.

—No serán suficientes para llenarlo.

—Delaney, todavía no sé lo que haré con mi vida cuando nuestro acuerdo finalice. Puede que incluso no vaya a vivir a ese apartamento.

—¿No te gusta?

—Claro que me gusta, pero me temo que no podré mantenerlo. Apuesto a que los recibos de la comunidad serán astronómicos.

—Tendrás un buen negocio.

—No sé cómo irá el negocio.

—Yo me encargaré de que vaya bien.

—Bajemos a desayunar —dijo ella para cambiar de tema.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—De momento no tengo planes, ¿tú vas a salir?

—Sí, he quedado para comer —dijo él mientras bajaban la escalera.

—¿Volverás tarde?

—No volveré hasta última hora de la noche.

—Larga comida.

Delaney sonrió.

Tess se sintió mal al saber que él pasaría prácticamente todo el día con una mujer.

—Pues yo creo que pasaré el día en la piscina. Llamaré a Carter para preguntarle si le apetece pasar el día conmigo. Y puede que llame también a Logan, los domingos no tiene nada que hacer después de la misa de las once. Así no estaré sola.

—¿Qué biquini te pondrás?

—El que menos tela tenga —dijo ella sonriendo—, hoy no está el jardinero.

—Estarán tus amigos —dijo él pensando que la verían casi desnuda.

—Ellos son de confianza. Logan ya me ha visto con biquinis descarados, y Carter..., bueno, él ha visto más de mi cuerpo de lo que enseñaré. No te importa que los invite, ¿verdad?

—Puedes invitar a quien quieras.

—Gracias —dijo ella cuando entraban en la cocina—. Buenos días, Cath.

—Buenos días, cariño, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—Estupendo.

—Puede que Carter y Logan vengán a pasar el día conmigo.

—Me alegro así conocerán un poco mejor a tu marido.

—Delaney no estará aquí. ¿Preparo el café?

—Ya lo hago yo —dijo la mujer lanzándole una rápida mirada a Delaney.

—Cath, no te preocupes de nuestra comida, yo prepararé algo.

—De eso nada. Tú dedícate a disfrutar de tus amigos.

—¿Comerás con nosotros?

—Me gustaría —dijo la mujer.

Después de desayunar Delaney subió al gimnasio. Tess se quedó en la cocina y llamó a sus amigos quienes aceptaron su invitación. Cath se sentó con ella a tomar un café.

—¿Cómo os conocisteis Delaney y tú?

—Fue a comer a la cafetería de la librería en donde trabajo. Yo no lo había visto, de lo contrario me habría fijado en él. Mi amigo Josh, el que estuvo en mi despedida de soltera, que es el camarero de la cafetería, me dijo que el día anterior un hombre había pagado mi almuerzo. Pensé que sería algún cliente asiduo, pero Josh me dijo que era la primera vez que iba por allí. Y Delaney le hizo algunas preguntas sobre mí. Dos días después Delaney volvió a ir y Josh me dijo que el hombre que me había invitado estaba allí. Cuando lo vi me quedé impresionada. Era el hombre más atractivo que había visto en mi vida.

Tess miró a la mujer y esta le sonrió.

—Si te contara algo, ¿crees que podrías guardar el secreto?

—Por supuesto —contestó la mujer.

—¿Aunque esté relacionado con Delaney?

—Incluso así. Cualquier cosa que me digas, quedará entre nosotras.

Tess le contó lo del acuerdo entre Delaney y ella. La mujer se quedó desconcertada. No podía creer lo que Tess le había dicho.

—Quería decírtelo desde hace tiempo, pero sé que Delaney es como un hijo para ti y..., no estaba segura.

—¿Cómo pudo Delaney proponerte algo así?

—Supongo que es una excentricidad de los millonarios. Ahora no tendrás muy buen concepto de mí.

—Yo no acostumbro a juzgar a la gente por lo que hace, y tú tendrás tus razones para haber aceptado.

—Las personas que lo saben creen que he aceptado por interés ya que en diez meses, cuando nos divorciemos, tendré mi propia casa, un coche increíble y un negocio de mi propiedad.

—¿Quiénes están al corriente?

—El abogado de Delaney y Jack.

—¿Lo sabe Jack?

—Sí.

—Has dicho que ellos creen que lo haces por interés, pero deduzco que esa no es la razón que te llevó a aceptar.

—Y no te equivocas. Me enamoré de Delaney antes de que me ofreciera su propuesta. Cuando me habló de lo que pretendía me asusté, pensé que estaba bromeando y ni siquiera se me pasó por la cabeza aceptar. Y entonces me dijo que si no aceptaba no había problema, que lo olvidaría y no volveríamos a vernos —dijo Tess notando que una lágrima resbalaba por su mejilla y que se limpió con los dedos.

—Tranquila, cariño —dijo la mujer cogiéndole la mano y pretándola.

—Ahora sé, bueno, lo supe hace tiempo, que no debí haber aceptado porque esto es un infierno. Acordamos que nuestras vidas no cambiarían, pero que seríamos discretos con nuestras citas. Y ya ves lo discreto que es él. Cada noche sale con alguna mujer sin importarle que los fotografien. Y yo no puedo soportarlo. No puedo evitar lo que siento por él.

—No te preocupes, todo se arreglará. Delaney sale con otras mujeres así que tú debes salir con otros hombres. Tienes que hacerle ver, que tú también haces lo mismo que él. Estoy segura de que no le gustará verte con otros hombres. Puede que incluso se sienta celoso —dijo Cath que estaba segura de que, aunque Delaney la tenía desatendida, sentía algo por ella.

—¿Celoso? Yo no puedo compararme con las mujeres con las que sale.

—Por supuesto que no, ninguna de ellas te llega ni a la suela del zapato. Tarde o temprano Delaney se dará cuenta de ello, no es estúpido.

—Si dices eso para que no me sienta mal, no te molestes. Lo único que tengo que hacer es dejar que pasen los diez siguientes meses y luego olvidarme de todo. Estoy casada con el hombre más deseado de la ciudad, y ni siquiera me ha tocado. ¿No crees que es gracioso?

—Bueno, has dicho que acordásteis no tener relaciones sexuales.

—Sí, eso es lo que acordamos, pero sabes, hemos cambiado ese punto.

—¿Vais a acostaros?

—Parece ser que los dos sentimos la misma atracción por el otro.

Bueno, en mí es algo más que atracción.

—¿Quieres acostarte con él?

—Se me ha olvidado decirte que soy virgen.

—¿En serio? —dijo la mujer riendo.

—Sí. Y he pensado, que un hombre como él y con su experiencia, sería el más adecuado para mi primera vez.

—Sí, yo también lo creo.

—Pero solo estaremos juntos una vez.

—Una vez —repitió Cath.

Tess asintió.

—Voy a ponerme el biquini. Carter ha quedado en recoger a Logan a las doce y cuarto.

—Me caen muy bien tus dos amigos. Y, en cuanto a darle celos a tu marido... Deberías salir más a menudo con Carter.

—¿Con Logan no?

—Logan es sacerdote y, aunque es muy atractivo, no sirve para dar celos. Y sabes otra cosa, además de Carter, Sean también podría servir y parece que os lleváis muy bien. Deberías organizarte para salir con los dos todo lo posible.

—¿Vas a hacer de casamentera? —preguntó riendo.

—Ya estais casados.

—Oh, es cierto —dijo Tess volviendo a reír—. Me alegro de haber hablado contigo.

Delaney se duchó después de pasar poco más de una hora en el gimnasio y se vistió. Luego subió a la segunda planta y llamó a la puerta de Tess.

—Pasa.

Al entrar se encontró a Tess en la cama escribiendo en su diario. Ya llevaba puesto el biquini y una camiseta casi transparente encima. Lo que a Delaney no le pasó desapercibido.

—Supongo que es una comida formal para llevar traje, en domingo.

—Te aseguro que preferiría ir con vaquero —dijo acercándose a la cama y sentándose en el borde junto a ella.

—Dijiste que nunca hacías nada que no quisieras hacer. Te aseguro que a la mujer a la que vas a ver no le importaría que fueras en vaquero. Eres tan sumamente perfecto que, aunque fueras vestido con andrajos, o con nada en absoluto, seguirías estando pecaminosamente atractivo.

—Agradezco tu cumplido.

—¿Te marchas ya?

—En unos minutos. ¿Vendrán tus amigos?

—Sí.

—¿Saldrás esta noche con ellos?

—No, cenaré con tu hermano.

—¿Te ha llamado él?

—Lo he llamado yo para ver como estaba y me ha dicho que le apetecía verme.

—Parece que os lleváis muy bien.

—Me gusta estar con él.

Delaney la miró. Tess tenía los ojos brillantes y el pelo revuelto, y no entendía por qué la encontraba preciosa. Se acercó a ella y le acarició los labios con los suyos. La sujetó por las muñecas para sentir su pulso. Deseaba saber si se le alteraba mientras la besaba, e iba a besarla. Se mantuvo así, simplemente rozando sus labios, y solo con ese roce, el pulso de Tess se aceleró. Delaney dibujó el contorno de la boca con sus labios y Tess los entreabrió escapándosele un gemido.

Delaney le introdujo la lengua y empezó a explorar el interior de su boca. Su sabor era fresco, a manzana, pensó Delaney. Llevó una de sus manos a la nuca de ella para atraerla hacia sí y se dio cuenta que el pulso de él también se había acelerado.

Tess estaba excitada. Empezó a jugar con la lengua de él y le llevó las manos al pelo para acercarlo más. Quería más. Quería que el beso no acabara nunca.

Delaney empezó a excitarse. Su miembro empezaba a ponerse duro y solo pensaba en echarla sobre la cama y desnudarla para saborear su cuerpo. Se dio cuenta de que estaba devorándole la boca, aunque ella tampoco se quedaba corta. De pronto supo que tenía que detenerse y apartarse de ella, ya.

—Tengo que irme —dijo levantándose de la cama.

Tess no pudo decir nada. Estaba en shock, como le ocurría siempre que se besaban. Cuando reaccionó Delaney ya había abandonado la habitación.

Delaney entró en su dormitorio y cerró la puerta. No estaba acostumbrado a dejar algo así, a medias, y con Tess siempre acababa con una erección.

Tess se encendía como el fuego al que acaban de echarle ramas secas cuando la tenía entre sus brazos. ¡Dios! Cómo la deseaba.

—Tess, tus amigos han llegado —dijo Cath desde el pie de la escalera y levantando la voz para que la oyera.

—La esperaremos fuera —dijo Carter saliendo con Logan al jardín.

Delaney bajó la escalera y salió de la casa. Jack estaba esperando junto al Lexus. Se acercó a los amigos de Tess, que estaban apoyados en el coche de Carter, para saludarlos. Los tres se estrecharon las manos.

—¿Llevas traje los domingos? —preguntó Carter.

—Tengo una comida de negocios.

—Puede que a tu mujer le apeteciera acompañarte.

—No siempre es posible —dijo el mirándolo sin ni siquiera un atisbo de sonrisa porque no le gustaba que se entrometiera entre su mujer y él.

—Deberías ocuparte de Tess, al menos los fines de semana —siguió diciendo Carter.

Delaney se dio cuenta de que ese tío le hablaba como Sean, su propio hermano, y comprendió cuánto le importaba Tess.

—Hola —dijo Tess acercándose a Logan y besándolo en los labios y abrazándolo.

—Hola, guapísima.

—Hola, Carter —dijo ella besándole en los labios también y abrazándolo luego.

Carter la cogió de la cintura y la acercó a él. Delaney los miró intentando no mostrar la furia que sentía. Su mujer llevaba una camiseta transparente y debajo de ella iba prácticamente desnuda. ¡Por todos los santos! ¿Por qué no la soltaba ya ese tío?

—Me alegro de que hayáis venido —dijo ella soltándose de su abrazo—. Pensé que vendría solo Logan. ¿Has echado a la calle a la mujer con la que estabas?

—Estaba en su casa, simplemente me he marchado —dijo Carter.

—No tenías que haber venido.

—Cariño, sabes que tú eres mi prioridad.

—Tengo que marcharme. Qué paséis un buen día —dijo Delaney intentando no mostrar el mal humor que sentía.

Delaney cogió la mano de Tess para acercarla a él y la besó. Fue un beso posesivo para dejar claro que ella, era suya.

Tess y sus amigos pasaron unas horas muy agradables en la piscina. Luego comieron en el jardín la deliciosa comida que Cath había preparado y que compartió con ellos. Jack se unió a la comida poco después.

Los dos hombres se marcharon a las seis de la tarde. Después de despedirlos, Tess entró en la casa y se dirigió a la cocina.

—Me gustan tus amigos —dijo Cath.

—Gracias.

—Lo estás haciendo bien —dijo la mujer sonriendo.

—El día no ha terminado. Sean me recogerá a las ocho para llevarme a cenar.

—¿Lo sabe tu marido?

—Sí. Y he de decirte que no le ha gustado mucho. Ha dicho que Sean y yo nos llevamos demasiado bien.

—Estupendo.

—Voy a tomar un baño.

—Ponte muy guapa. Ojalá os siga algún fotógrafo y os hagan unas cuantas fotos.

Tess miró a la mujer sonriendo antes de salir de la cocina.

Sean y Tess lo pasaron bien, como siempre que estaban juntos.

Mientras tomaban una copa después de cenar Tess le habló de la conversación que había mantenido con Catherine, en lo referente a darle celos a Delaney con Carter y con él y a Sean le hizo gracia.

El deportivo de Sean entró en la propiedad de su hermano a las once y media de la noche. Paró el coche delante de la casa y apagó el motor. Se quedaron un rato hablando.

—Gracias por la cena y por la copa. Lo he pasado muy bien

—Yo también. Siento que Delaney te tenga abandonada.

—Supongo que me acostumbraré con el tiempo, aunque no es fácil saber que está con otras mujeres.

—¿Por qué no buscas a alguien?

—¿Te refieres a un hombre?

—Sí.

—Porque quiero a Delaney y no podría estar con otro.

El Lexus de Delaney entró en la propiedad, pero ellos no se dieron cuenta.

—Delaney y yo hemos acordado hacer el amor, una vez, una sola vez.

—¿De quién ha sido la idea?

—Supongo que de los dos. ¿Crees que cometeré un error?

—Eres una mujer adulta y capaz de tomar tus propias decisiones.

—Quiero que mi primera vez sea con él.

—¿Sabe que eres vírgen?

—No. Espero que todo vaya bien.

—En ese tema, tengo que decirte que, estarás en buenas manos.

—Lo sé.

Delaney golpeó con los nudillos la ventanilla y Sean y se volvió.

—Me parece que no le hace gracia que tú y yo estemos aquí en la oscuridad —dijo Sean mirando a Tess y sonriendo.

Los dos salieron del vehículo.

—¿Por qué estabais dentro del coche?

—Estábamos hablando —dijo Sean disimulando una sonrisa porque su hermano parecía realmente celoso.

—Gracias por la cena, y por la copa —dijo Tess abrazando a Sean.

—Siempre es un placer pasar un rato contigo. Te recogeré el miércoles en el trabajo.

—Vale.

—Que te lleve Jack y yo te traeré a casa después de cenar.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Tess se acercó a Delaney para besarle en la mejilla. Delaney la acercó a él para besarla en la boca, pero ella se apartó y entró en la casa. A Delaney no le gustó que le negara el beso.

—¿Por qué sales con mi mujer?

—Puede que porque tú no lo haces. La tienes un poco abandonada, ¿no crees?

—Parece que no se aburre sin mí. Ha pasado el día con sus dos amigos, y mira por dónde, también ha salido a cenar, contigo.

—¿Y dónde has estado tú durante todo el día?

—Tenía cosas que hacer.

—Sí, sé exactamente lo que tenías que hacer. No entiendo por qué te casaste con ella. Sabes, merece algo más de lo que tú le das.

—¿Te ha dicho ella que la tengo desatendida?

—No, ella se limita a decir que trabajas demasiado. Si no la conociera pensaría que es estúpida, pero como la conozco, sé que simplemente simula serlo.

—No me gusta que salgas con ella.

—No irás a decirme que estás celoso.

—Por supuesto que no.

—Me alegro, porque no pienso dejar de salir con ella. Me marchó.

Buenas noches.

—Buenas noches.

Tess entró en la cocina para saludar a Cath.

—¿Lo has pasado bien?

—Muy bien, gracias.

—¿Se ha marchado Sean?

—Está hablando fuera con Delaney que acaba de llegar.

—Perfecto.

—Buenas noches, Cath —dijo sonriendo.

—Buenas noches, cariño.

Tess subió a la segunda planta, se desnudó, se desmaquilló y tomó una ducha rápida. Delaney llamó a la puerta, aunque estaba abierta, cuando ella se estaba lavando los dientes y le dijo que pasara.

—Hola —dijo ella saliendo del baño y sentándose en la cama.

—Hola. ¿Lo has pasado bien con tus amigos? —preguntó él sentándose a su lado.

—Claro.

—¿Y con mi hermano?

—Sí, muy bien.

—¿Por qué te has apartado para que no te besara? ¿Era porque estaba Sean?

—Yo no tengo problema en que me beses delante de tu hermano, ni de nadie. Pero no me gusta besar a un hombre que acaba de estar con otra mujer y cariño, apestas a su perfume. Y vuelvo a decirte que le regales uno adecuado porque, definitivamente, ese perfume no va contigo.

—No me gusta que salgas con Sean.

—¿Eso debería importarme?

—No quiero que salgas con él.

—Vaya, eso tiene gracia —dijo ella sonriendo—. ¿Me estás prohibiendo que salga con tu hermano?

—He dicho que no quiero que lo hagas.

—Pues no deberías haberlo dicho porque yo no acostumbro a obedecer órdenes de nadie, y eso ha sonado a orden. A mí no me importa lo que tú quieras y no te considero la persona más adecuada para decirme con quien puedo salir y con quien no.

—¿Por qué salís tan a menudo? Os habéis visto hoy, ¿por qué tenéis que cenar juntos de nuevo el miércoles?

—Del, yo no tengo que darte explicaciones de ningún tipo, al igual que tú tampoco tienes que dármelas a mí. Cualquiera diría que estás celoso.

—Nada más lejos de la realidad. Pero ya das bastante que hablar a la prensa con tus amigos y con todos los hombres con los que te relacionas. Y me gustaría que no hablaran de ti y de mi hermano, juntos.

—En una ocasión me dijiste que no hiciera caso de lo que dijera la prensa. Supongo que, como este es un país libre y moderno, eso puede aplicarse también a ti. ¡Dios! Eres tan deprimente como una semana lloviendo sin cesar.

Delaney se rio porque incluso enfadada se le ocurría alguna frase que mencionar.

—No tiene gracia. Sabes, cuando sea mayor, me gustaría conseguir esa mirada imperiosa tuya que hace que me desoriente. Pero, sobre todo, me gustaría dominar ese gesto regio que tienes, cada vez que dices algo, como si fuera una ley que se deba cumplir sin lugar a dudas.

—Contigo parece que no funciona —dijo él sonriendo.

—Pero con el resto sí.

—¿Te recojo mañana y vamos a ver el local que te he comprado?

—Mañana trabajo en el pub y se haría muy tarde —dijo ella metiéndose en la cama y abrazando al osito, lo que hizo sonreír a Delaney.

—¿El martes entonces?

—Vale.

—Le pediré a Sean que vaya y así le dices lo que quieres. Y podrás verlo un día más.

—Eso me gustará. ¿Quieres apagar la luz al salir, por favor?

—Claro. Buenas noches.

—Buenas noches.

Jack llevó a Tess al trabajo el martes ya que irían a ver el local. Delaney la recogió a las siete y media.

Cuando Jack paró el coche delante del local Tess miró por la ventanilla. Los escaparates y las puertas estaban cubiertas con láminas de madera para que no se viera el interior.

A Tess le extrañó que estuviera en el mismo centro, de hecho, muy cerca de las oficinas de Delaney.

Mientras Jack bajó para abrirle la puerta a Tess, ella se giró para mirar a Delaney.

—¿Este es el local?

—Sí.

—Pensé que comprarías uno lejos del centro.

—Qué cosas se te ocurren —dijo él bajando del vehículo al mismo tiempo que Jack abría la puerta para que Tess bajara.

—Gracias, Jack.

—De nada.

Delaney abrió la puerta del local y volvió a cerrarla cuando estuvieron dentro. Luego encendió las luces.

—¡Uau! Es enorme.

—¿Te gusta?

—¿Cómo no va a gustarme? No tenías que haberte gastado tanto dinero. Me habría conformado con algo más sencillo.

—Tú mereces lo mejor.

Tess le miró algo desorientada. Luego caminó hacia el interior de la estancia. Había varias dependencias.

—Antes era una inmobiliaria con varios despachos.

—Hola —dijo Sean entrando en el local y subiendo un poco la voz porque no estaban a la vista—. Espero que no estéis haciendo nada que no se pueda ver.

—Tu hermano y yo somos muy formales, fuera de casa —dijo Tess saliendo de uno de los despachos y besándolo.

—Como debe ser. ¿Te gusta el local?

—Es fantástico. Tendré que agradecerélo a Delaney, de manera especial —dijo mirando a su marido con una radiante sonrisa.

—Sí, tendrás que agradecerérmelo —dijo Delaney sonriendo también—. Dile a Sean lo que quieres para que se vaya haciendo una idea.

—Bueno..., supongo que lo importante son las estanterías para los libros.

—Tú dime lo que necesitas, y no te preocupes de que olvides algo, vamos a vernos muchas veces mientras duren las obras.

—Estupendo —dijo Delaney al oír que se verían muchas veces.

Sean y Tess lo miraron, pero luego volvieron a centrarse en lo que hablaban.

—Con las cosas que me digas haré un boceto preliminar y como no tienes prisa puedes pensarlo todo detenidamente y podremos cambiar todo lo que desees.

—Vale. Tiene que haber un mostrador cerca de la puerta de entrada. Una

habitación que sirva de almacén para cuando reciba el género. Un pequeño despacho. Me gustaría que hubiera una cafetería, pero si no hay espacio, no importa. Un aseo, y otro en la cafetería. Una pequeña habitación, con aseo, para las taquillas de los empleados...

—Los techos son muy altos, puedo hacer el despacho en una entreplanta e incluso la cafetería. Tengo los planos originales. Dame tiempo para que lo estudie y haga algunos bocetos.

—Tómate el tiempo que necesites.

—Bien. Tengo que marcharme, he venido con el ingeniero y me espera en la puerta —dijo acercándose a Tess y besándola en la mejilla—. Te recojo mañana a las siete y media.

—Vale.

—Asegurate de que tu mujer te da la compensación que te mereces —dijo Sean dándole una palmada en el hombro a su hermano.

—¿Esperas que te de una compensación? —preguntó Tess con una tierna sonrisa después de que Sean se marchara.

—Si te gusta, es suficiente para mí.

—Me encanta el local —dijo acercándose a él—. Dios santo, es perfecto. Y está en pleno centro. Gracias.

Tess se acercó a él y lo abrazó muy fuerte. Segundos después estaba sollozando en su hombro.

—No estarás llorando.

Tess se separó de él. Delaney le secó las lágrimas con los dedos y se acercó para besarla en los labios. Tess le metió las manos por dentro de la chaqueta para abrazarlo por la cintura.

Al sentir el tacto de ella sobre la camisa en su espalda Delaney se tensó y se lanzó a los labios de Tess.

Un intenso calor invadió el cuerpo de Tess. El deseo que se desató en ella era tan intenso que casi no podía respirar. Delaney la besaba con una intensidad y una dureza que hizo que a Tess se le debilitaran las rodillas.

Delaney dejó de besarla, pero no se apartó de ella. La rodeó con sus brazos al igual que ella a él. Permanecieron así hasta que las respiraciones de los dos volvieron a la normalidad.

—Esta noche sería el mejor momento para tener relaciones sexuales —dijo ella sin dejar de abrazarlo.

Delaney permaneció un instante sin decir nada.

—Hoy no puedo, cielo.

—Vale —dijo ella apartándose de él.

Tess no tenía experiencia con los hombres, pero en ese momento supo lo que era ser rechazada.

—Estas son las llaves del local para que vengas cuando quieras y poder pensar lo que quieres sobre el terreno —dijo él entregándole unas cuantas llaves.

—Gracias. Te va a costar un montón de pasta la reforma, y luego llenar el local.

—Ese fue nuestro acuerdo, ¿nos vamos?

—Sí.

Subieron al coche y Jack lo puso en marcha. Delaney le había dicho a Jack, antes de recoger a Tess, que lo llevara a un restaurante y luego la llevara a ella a casa.

—Te has gastado un montón de dinero conmigo, con el coche, el apartamento, el local...

—Un apartamento que ni siquiera has amueblado. Cualquiera otra mujer se habría precipitado a amueblarlo y decorarlo con todo lujo de detalles.

—Yo no soy cualquier mujer.

—Soy consciente de ello. Todavía no has usado la tarjeta que te di del banco.

—Y no pienso usarla.

—Ni siquiera aceptaste un talón por la ropa que te hizo comprar mi madre.

—Bueno, no me amenazó con una pistola.

—Gastaste todos tus ahorros.

—Volveré a ahorrar de nuevo, soy joven y tengo mucho tiempo por delante. Y ahora tengo unos trajes de noche que te cagas.

Delaney se rio por la expresión, al igual que Jack que no pudo reprimir una sonrisa.

Catherine había hablado con Jack, y aunque él ya sabía que Tess estaba enamorada de Delaney, ahora estaba completamente seguro.

—Llevamos más de dos meses casados, ¿por qué no te has aprovechado de mí?

—No me casé contigo para aprovecharme de ti. ¿Puedo invitarte a cenar para agradecerte lo del local?

—Claro, pero tendrá que ser otro día.

—De acuerdo —dijo Tess maldiciéndose. Dos rechazos en solo unos

minutos.

—¿Tienes planes para el sábado? —preguntó Delaney cuando el coche se detuvo.

—De momento, no.

—Tengo que asistir a una fiesta y me gustaría que me acompañaras.

—¿Todas las mujeres que conoces están ocupadas el sábado?

—No lo sé, no se lo he preguntado a ninguna porque me gustaría que me acompañaras tú.

—De acuerdo. ¿Por qué hemos parado aquí?

—He quedado con alguien para cenar.

—Ah.

—Te veré en casa —dijo besándola en la mejilla antes de bajar del coche.

—Jack, espera —dijo Tess antes de que Jack pusiera el vehículo en marcha.

El hombre la miró por el retrovisor.

—Vuelvo enseguida —dijo ella abriendo la puerta.

—Tess, no lo hagas.

Ella miró a Jack y bajó del coche.

Tess entró en el restaurante poco después que Delaney. Lo vio acercarse a una mesa en la que había una mujer de espaldas, la besó en la mejilla y se sentó frente a ella. Delaney le sonrió a la mujer hasta que levantó la vista y vio a Tess mirándolo, y la sonrisa se desvaneció de su boca.

Tess se dio la vuelta y abandonó el restaurante.

Delaney se maldijo a sí mismo. Había rechazado hacer el amor con Tess cuando ella se ofreció y había rechazado su invitación a cenar, todo a la vez.

Jack la esperaba junto a la puerta del asiento trasero. La abrió cuando ella salió del restaurante y ella entró en el coche.

Delaney le envió un mensaje.

¿Por qué has entrado en el restaurante?

Tess le contestó.

Tenía un ligero conocimiento de que los hombres no rechazan el sexo con una mujer y sentía curiosidad por saber lo que habías preferido, a estar conmigo. Y ya he satisfecho mi curiosidad. ¿Por qué ibas a querer acostarte

conmigo si tenías a alguien mejor que yo esperando?

Había olvidado que el sábado había quedado con alguien para cenar, así que mejor que le pidas a ella que te acompañe a la fiesta.

Y, tengo que decirte además que, retiro lo de acostarme contigo. Ya no estoy interesada.

Que te diviertas.

Tess permaneció en silencio mirando por la ventanilla durante todo el trayecto hasta casa. Jack la miraba de vez en cuando por el retrovisor maldiciendo a Delaney.

Cuando llegaron a casa, Tess le dijo a Cath que no cenaría allí.

Jack le contó a Catherine lo que había ocurrido y la mujer también maldijo a Delaney.

Tess subió a su habitación, metió unas cuantas cosas en una maleta pequeña y volvió a bajar. Entró en la cocina. Jack miró la maleta.

—No me digas que vas a desaparecer otra vez —dijo Jack.

—No —dijo ella sonriendo.

—¿Dónde vas, cariño? —preguntó la mujer.

—Voy a casa de Carter y pasaré la noche allí.

—Me parece bien. Que te diviertas.

—Gracias.

Tess pasó dos noches en casa de Carter.

El miércoles fue a cenar con Sean y luego a tomar una copa y le contó lo que había sucedido con su marido. Sean también maldijo a su hermano.

Delaney estaba cabreado, aunque no sabía si estaba más cabreado con ella por irse a casa de su amigo, o con él mismo por tratarla de la forma tan cruel como lo había hecho.

El jueves, viendo que ella no había vuelto a casa, fue a la cafetería de la librería a la una. Se sentó en la mesa que solía ocupar ella y esperó.

Tess entró a la una y cinco y se preocupó al verlo sentado en su mesa. Sabía que él podría convencerla para que hiciera cualquier cosa, aunque ella no quisiera hacerla, porque cuando estaba con él, su cerebro no funcionaba al cien por cien.

—Vaya, ¿qué haces por aquí? ¿recordando viejos tiempos? —dijo ella al acercarse a la mesa. Él se levantó—. Dios, que guapo eres.

Tess se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos. Delaney la rodeó

por la cintura y la pegó a él. Luego la besó lentamente, pero a conciencia hasta que, como Tess supuso que pasaría, ella se derritió.

—Me apetecía comer contigo.

—Ya —dijo ella separándose de él y sentándose. Él se sentó también.

Josh, el camarero se acercó a tomarles nota. Habló con Delaney unas palabras y luego se alejó.

—¿Por qué no estás enfadada conmigo?

—Sabes, Del, a veces me desconciertas. Parece que quieras que esté siempre enfadada contigo. ¿Es lo que quieres?

—Claro que no.

—A propósito, ¿por qué debería estar enfadada contigo? No sería muy importante porque lo he olvidado. Ah, sí, ya recuerdo. Veamos, me rechazaste para invitarte a cenar, y si mi memoria no me falla ya era la tercera vez.

—Lo siento.

—Y luego, por si no me sentía del todo humillada, me rechazaste cuando me ofrecí a ti, como una verdadera zorra.

—Primero de ofrecíste para tener sexo. Lo de la cena fue después.

—El orden no importa.

—No entiendo por qué no estás enfadada conmigo.

—He de reconocer que en aquel momento me sentí mal, peor que mal, pero no porque fueras a cenar con otra mujer o hicieras el amor con ella.

—Yo no hago el amor —la interrumpió él.

—Pues lo que quiera que hagas. A mí no me importa que estés con otras mujeres, es lo que has hecho desde que nos conocemos y como comprenderás, ya estoy acostumbrada.

—¿Por qué te molestaste entonces?

—Me cabreó que rechazaras mi invitación para cenar, por tercera vez.

Te aseguro que no volverá a suceder.

Josh llegó con lo que habían pedido y luego se retiró.

—Y luego me sentí terriblemente mal cuando me ofrecí acostarme contigo y me dijiste que no. Al menos ya sé lo que es ser rechazada. Deberías haber sido un poco benévolo conmigo. No te habría costado nada cancelar tu cena con cualquier excusa y llevarme a mí. Al fin y al cabo con ella sales cada noche a cenar y...

—Lo siento, Tess, te aseguro que no volverá a suceder.

—Por supuesto que no, de eso me encargaré yo. Cambiemos de tema, por favor.

—¿Lo has pasado bien en casa de tu amigo?

—Sí, muy bien.

—¿Cuándo volverás a casa?

—Pensaba pasar esta noche a recoger algo de ropa. Puede que me quede en tu casa.

—Hazlo, por favor.

—No irás a decirme que me has echado de menos.

—¿Me acompañarás a la fiesta el sábado?

—¿Tu amiga está indispuesta?

—Anoche estaba bien. Me gustaría que me acompañaras. El otro día, cuando me ofreciste tener sexo...

—Olvidalo.

—No quiero olvidarlo y tengo que decirte porque no acepté.

—De acuerdo, adelante.

—He esperado mucho para acostarme contigo. Te he deseado como no había deseado a ninguna mujer en mi vida. Quería que nuestra primera y última vez fuera algo especial y allí, en medio de ese local destartado no me pareció el lugar más romántico para pensar en ello.

—¿Desde cuando eres romántico?

—No soy romántico, pero fuiste tú quien me dejó la decisión de que eligiera el día y el lugar, y ese no era el lugar ni el momento apropiado. Además no puede ser entre semana.

—¿Y eso por qué? Tengo entendido que tú haces el amor cada día.

—Yo no hago el amor.

—Bueno, pues follas todos los días.

—Cierto. Pero ya te dije que contigo necesitaba tiempo y estuviste de acuerdo.

—Dios, al final vas a hacer que me sienta culpable de que no quisieras acostarte conmigo. Sé que no soy una tentación para ti...

—Cariño —dijo él interrumpiéndola—. Tú me tientas tan solo con estar en la misma habitación que yo.

—Siempre consigues lo que quieres, ¿verdad?

—Casi siempre. Acompáñame a la fiesta el sábado, por favor. Necesitas usar los vestido que compraste con mi madre.

—Eso es cierto. De acuerdo, te acompañaré, pero no porque quiera ir contigo sino porque quiero asistir a una de las fiestas a las que vas.

—Estupendo. Me encargaré de que te diviertas.

Capítulo 14

Tess se levantó temprano el sábado y se fue a patinar con sus amigos y cuando se sintieron cansados compraron una hamburguesa en un puesto ambulante y se la comieron sentados en un banco de una plaza.

Por la tarde tomó café con Cath y hablaron de lo que le había sucedido con Delaney días atrás, cuando él la había rechazado para cenar con ella y... sobre el sexo.

La mujer le aconsejó que con cada cosa que le hiciera Delaney, ella lo tomara como si no le hubiera afectado y no le importara lo más mínimo. Porque como decía Catherine, *el ignorar a una persona y demostrarle que no se tiene interés por ella, es lo que más le puede afectar.*

Después de tomar café subió al gimnasio y permaneció allí casi dos horas.

Cath subió a la segunda planta, a petición de Tess, para que la ayudara a elegir el vestido que se pondría para la fiesta. La mujer eligió uno color champán.

A las siete de la tarde Tess fue a su antigua habitación para tomar un baño, ya que en la segunda planta no había bañera.

Cuando Delaney llegó a casa subió a la habitación de Tess de la segunda planta y al no verla bajó a su antigua habitación. Se dirigió al baño. La puerta estaba abierta y Tess estaba en la bañera con la cabeza apoyada en el borde y con los ojos cerrados.

—Hola.

—Hola —dijo ella sin inmutarse porque él estuviera allí—. ¿Lo de la fiesta sigue en pie?

—Claro —dijo sorprendido por la pregunta.

—¿A qué hora tenemos que irnos?

—Cuando estés lista. Voy a ducharme y a vestirme.

—Vale.

Delaney subió a la habitación de Tess cuando estaba vestido. Ella estaba sobre la cama envuelta en una toalla y se estaba pintando las uñas de los pies.

—¿Cuánto te queda?

—Diez minutos —dijo ella sin mirarlo.

Delaney levantó las cejas dudando, ya que estaba sin vestir todavía y sabía que a las mujeres les llevaba tiempo esa tarea.

—Te espero bajo.

—De acuerdo.

Tess ya estaba maquillada, solo le quedaba vestirse.

Delaney estaba en la cocina con Jack y Cath. Al oír los tacones en la escalera fue hacia allí. Se quedó mirándola sorprendido. Estaba fantástica.

Tess tenía una figura esbelta y sensual, y ese precioso vestido tan sexy realizaba sus curvas. Su rostro mostraba una inocencia auténtica y esos ojos grises... Dios mío, esos ojos brillaban como una luna llena en todo su esplendor. Parecía que la escalera se fuera iluminando mientras ella bajaba.

Por Dios santo, pensó Delaney.

A Delaney se le había secado la garganta y no pudo decir palabra, por primera vez en su vida. Las manos le temblaban, sentía que se le doblaban las rodillas y el corazón le golpeaba el pecho de manera desenfadada advirtiéndole que necesitaba respirar. Estaba en shock.

—¿Has visto este vestido? Dios, es increíble. Me siento sexy con él. Mira este corte —dijo sacando la pierna a través de él—. Seguro que los hombres de la fiesta no van a quitar la vista de este vestido.

—También te mirarían sin él.

—Bueno, sin él me mirarían más —dijo riendo.

Delaney también se rio. Tess siempre le hacía reír con esa naturalidad que la caracterizaba. En ese momento se preguntó por qué no la llevaba a ella a todas las fiestas y cenas.

Tess le dio un beso a Cath y salió de la casa junto a su marido. Jack les esperaba junto a la limusina. Les abrió la puerta para que subieran. Tess le dedicó una sonrisa a Jack y a él le gustó verla contenta.

—¿Has hecho el amor en una limusina? —preguntó Tess cuando el coche se puso en marcha. Estaba sentada en el asiento, frente a él.

—¿Por qué me haces esa pregunta? —dijo él sonriendo.

—No sé, se me ha ocurrido de pronto.

—¿Tú lo has hecho alguna vez?

—¿Yo? —dijo Tess soltando una carcajada—. No conozco a nadie que tenga una limusina, excepto tú y tus padres.

—¿Te gustaría hacerlo?

—Pues..., no lo sé.

—Cuando quieras, solo tienes que decírselo a Jack y él te hará de

chófer. Así podrás experimentar lo que se siente.

Tess le miró fijamente durante un instante. Luego se cambió de asiento para sentarse junto a él. Pasó el resto del trayecto mirando por la ventanilla y en silencio.

—¿He dicho algo que te haya molestado? Pareces enfadada —dijo cuando el coche se detuvo.

—Estoy bien —dijo ella bajando cuando Jack le abrió la puerta.

En la acera había un montón de periodistas y fotógrafos. Delaney se colocó al lado de Tess y le ofreció el brazo que ella sujetó.

Las plumas de la estola de Tess ondeaban a cada paso que daba. Delaney la ayudó a sacársela para dejarla en el guardarropas y su mirada se dirigió al escote de su mujer. A ese atrevido y descarado escote que había hecho que su mirada se clavara en él.

Delaney cogió dos copas de champán de la bandeja de un camarero y le dio una a Tess.

Era imposible que Tess retuviera en su mente todos los nombres de las personas que Delaney le iba presentando.

Delaney iba de aquí para allá, saludando y hablando con gente, pero nunca perdía a Tess de vista. La observaba a cierta distancia mientras simulaba escuchar a alguno de los invitados.

La estaba viendo allí, entre aquel grupo de hombres poderosos, como él. La escuchaba reír con ellos, con esa risa que expresaba sinceridad y no tenía ni un ápice de falsedad en ella, como había visto en otras mujeres. Ni pizca de interés en la seducción. Tess era dulce, tierna y refrescante en su forma de hablar y de comportarse.

Unos empresarios se habían acercado a Delaney, después de haber estado unos minutos con Tess.

—Tu mujer nos ha dado algunas ideas interesantes. Dios, esa chica es fantástica. ¿Puedes creerte que ha coseguido que lo ridículo nos pareciera plausible?

—Ese es uno de los talentos de mi mujer —les dijo Delaney orgulloso.

Delaney se acercó al grupo en el que se encontraba Tess en ese momento.

—¿Te tratan bien, cariño? —dijo Delaney rodeándola por la cintura y besándola en el hombro desnudo.

—Sí, son cuatro millonarios muy agradables.

—Que sepais que eso es un cumplido, porque a mi mujer no le caen bien los millonarios.

—Pues se ha casado con el que más dinero tiene —dijo uno de los hombres riendo.

—No pude resistirme a sus encantos —dijo ella con una sonrisa radiante.

—Stanford, tu mujer es una delicia.

—Por eso me casé con ella.

—¿Dónde la tenías escondida?

—En casa. Procuero que no se codee con gente como vosotros.

—No digas eso, nos estamos portando bien.

—Tu mujer es una chica lista, y tiene ideas revolucionarias, aunque interesantes. Deberías traerla más a menudo. Además de ser una preciosidad, es inteligente y con quien es imposible aburrirse —dijo otro de los hombres para hacerle saber a Delaney de que la mayoría de sus otras acompañantes, no podían compararse con Tess.

—Cielo, no estarás dándole ideas a la competencia.

—Solo he dicho lo que pienso —dijo ella.

Delaney había estado observando a Tess desde lejos mientras hablaba con esos cuatro hoteleros y como la escuchaban atentamente. Estaba sorprendido porque tenía a los cuatro millonarios embobados y prestándole toda su atención.

Delaney bailó con muchas mujeres y Tess era consciente de ello. Al igual que Delaney la vio bailar con más hombres de los que a él le habría gustado. No habían bailado juntos en toda la noche. Casi al final de la velada Delaney se acercó a ella.

—¿Te atreves a bailar un vals conmigo?

—Que sepas que soy muy buena con el vals.

—Vaya arrogante estás hecha. Vamos, me gustaría comprobarlo —dijo llevándola a la pista.

Delaney apoyó una mano en la espalda de ella y con la otra mano cogió la de Tess. Tess apoyó su mano sobre el hombro de él. Delaney la acercó hacia él, tal vez más de la cuenta. Ella le miró y él le sonrió.

Tess estaba como un flan entre sus brazos. Delaney empezó a moverse llevándola con él sin el menor esfuerzo. Estaban completamente compenetrados y se deslizaban como si flotaran.

—Bailas estupendamente —dijo ella.

—Solo se puede decir que un hombre es bueno bailando si su pareja también lo es. Cariño, es un placer bailar contigo. Nunca he bailado con una mujer con la que haya tenido tanta afinidad.

—Sí, ya sé que soy perfecta.

Tess lo miraba de vez en cuando, pero evitando mirarlo fijamente. Su cuerpo estaba haciendo de las suyas y parecía ir a su propio ritmo. La piel le ardía por tenerlo tan cerca y hacía que ese calor se extendiese a todo su cuerpo. De repente, el roce del vestido sobre su piel se volvió axfisiante.

—Me gusta como bailas. Me refiero a que me gusta que te tomes libertades al bailar. ¿Lo haces con todas?

—Lo cierto es que suelo portarme bien bailando —dijo él sonriendo—, pero eres la primera mujer con la que estoy disfrutando del baile. Sabes, me gusta bailar, pero para disfrutar hay que tener la pareja adecuada. Y tú, cariño, eres la pareja perfecta para bailar conmigo. Y, en cuanto a tomarme libertades..., eres mi mujer y se supone que ya me he tomado todas las libertades contigo. ¿Te molesta que baile así?

—Me encanta como bailas.

—Eres preciosa.

—Muy amable.

—Y ese vestido te sienta realmente bien.

—Tu madre tiene buen gusto.

—Tienes a todos los hombres de la sala embobados.

—Eso es porque es la primera vez que me ven contigo y no están acostumbrados. Me miran porque soy la novedad.

—Te miran porque eres un bombón y estás para comerte.

—Estás muy amable esta noche —dijo ella riendo.

—Creo que ya es hora de que resolvamos el problema que nos acucia.

—Ha pasado mucho tiempo desde que acordamos solucionarlo, pensé que lo habías olvidado, o que lo habías reconsiderado. Hace unos días te lo propuse y no estabas interesado.

—Nunca he dejado de estar interesado y te lo dije el otro día. ¿Te apetece estar conmigo esta noche?

—¿Realmente necesitas preguntarle a una mujer si quiere acostarse contigo?

—Es la primera vez.

—Está siendo una buena noche. Supongo que terminarla en la cama,

contigo, es más de lo que podría esperar.

—¿Eso es un sí? —preguntó mirándola y sonriendo.

—Sí. Aunque no deberías habérmelo dicho con tanta antelación. Ahora estaré intranquila hasta que llegemos a casa.

—En ese caso, nos iremos ahora.

—No, prefiero esperar un poco más, para ir haciéndome a la idea.

—Hablas como si fuera tu primera vez y tuvieras miedo.

Tess se apartó un poco de él y le miró a los ojos. La mirada de Tess parecía preocupada, y Delaney lo comprendió.

—¿Eres vírgen?!

—Si sigues usando ese tono, te pondrás en ridículo tú solo.

—¿Eres vírgen?! —volvió a preguntar porque no podía creerlo.

—Lo dices como si fuera un pecado serlo. Has conseguido que me avergüence —dijo ella escondiendo el rostro sobre el hombro de él.

—¡Dios mío! Por favor, dime que no lo sabe nadie —dijo él en su oído y estrechándola más fuerte.

—Bueno, antes de casarnos lo sabían Carter y Logan. Supongo que ahora imaginarán que ya no lo soy. ¿Te imaginas si se supiera? —dijo ella sonriendo—. Tu reputación caería por los suelos.

—Sí, eso no me dejaría en muy buen lugar. Pero estás bromeando, ¿a que sí?

—¿Crees que bromearía con algo así? No entiendo por qué estás enfadado. ¿Es porque no te lo había dicho?

—¿No crees que debería estar informado de algo así?

—Lo siento, pero no es algo que se comente con alguien al que no te une nada.

—¿No nos une nada? Soy tu marido.

—¡Ja! Aunque tienes razón, podía haberte dicho, por ejemplo, mientras cenábamos en un restaurante, *tomaré pasta, y por cierto, soy virgen*. O también podría haberte dicho cuando te fueras a uno de tus viajes, *que tengas buen viaje y a propósito, que sepas que soy virgen*.

—Cuando hablamos sobre lo que habías escrito en la tarjeta que me enviaste desde Irlanda, ya sabes, sobre todo lo que habías sentido. Te pregunté si habías sentido algo similar al estar con otros hombres, y dijiste que no.

—¿Cómo iba a sentir algo similar si no había estado con ninguno?

—Pero dejaste que pensara lo contrario.

—Yo no soy dueña de tus pensamientos.

Eso sería cuestionable, pensó Delaney.

—Puestos ya a sincerarse, tengo que decirte que nadie me había besado antes, de que tú lo hicieras.

—Eso lo sospechaba, aunque me costaba creerlo. ¿Por qué me has elegido para tu primera vez? Dijiste que no era tu tipo.

—Cariño, tú no perteneces a ningún tipo, tú formas parte de una clase, en la que solo entras tú.

—¿Vas a empezar a hacer que me sienta incómodo con tus frases?

—No es mi intención.

—¿Por qué sigues siendo virgen?

—Esperaba al hombre adecuado.

—¿Y crees que ese hombre soy yo?

—Sí, estoy completamente segura. Oye, Del, si no estás interesado, no hace falta que lo hagamos, hay muchos hombres en el mundo, y no voy a sentirme ofendida porque hayas cambiado de idea.

—No he dicho que no vaya a hacerlo, y mi deseo por ti no ha disminuído, todo lo contrario. Es solo que...

—Mira, será mejor que olvidemos, que en algún momento hablamos sobre... acostarnos. No quiero crearte problemas —dijo ella algo aturdida—. Tengo hambre, voy a ir a comer algo. Date una vuelta por ahí para distraerte y olvidarte de mí. Hay muchas mujeres aquí que sí son tu tipo. Búscame cuando quieras marcharte, o cuando decidas que me marche yo —dijo Tess apartándose de él y dirigiéndose al pasillo en donde estaban los servicios.

Tess no se permitió llorar. Se sentía tan mal que deseaba salir a la calle y buscar un taxi que la llevara a casa. Pero no iba a darle a Delaney la satisfacción de que pensara que le había afectado su rechazo. Salió del tocador y se dirigió a la mesa en donde estaba la comida.

Delaney se había quedado solo en medio de la pista de baile, sin ni siquiera saber lo que había sucedido. Tess no le había dejado terminar la frase. Se había marchado dejándole con la palabra en la boca.

Delaney salió de la pista y se dirigió a la mesa de las bebidas. Le pidió un whisky al camarero y con el vaso en la mano fue a una zona que no estaba muy a la vista para poder contemplar la sala. Tess no estaba por ninguna parte y se preocupó por si se había marchado. Unos minutos después la vio entrar. A los dos minutos tenía a dos hombres a su lado

¿Por qué coño no la dejan en paz?, pensó malhumorado.

Tess estuvo bailando con unos y otros durante la siguiente hora. Parecía

contenta.

El inquebrantable deseo que Delaney sentía por ella, el cual aumentaba cada día en vez de disminuir, alcanzó el nivel superior en ese momento. La deseaba más que nunca y esa noche la haría suya.

Delaney llamó a Jack para que llevara el coche a la puerta.

Cuando acabó la pieza que tocaba la orquesta, Delaney se acercó a la pista y saludó al hombre que había bailado con su mujer.

—Cariño, ¿nos vamos?

—Sí —dijo ella sonriéndole.

Delaney la cogió de la mano y la condujo hacia la salida. Recogieron la estola de plumas, pero en vez de ayudarla a ponérsela, Delaney la cogió con la otra mano y salieron a la calle.

—¿Por qué te has marchado sin dejarme terminar lo que te estaba diciendo? —dijo Delaney cuando subieron al coche.

—Delaney, mi cuota de rechazos ya está cubierta. Parecía que te estaba forzando a hacer algo que no querías hacer.

—Lo que quería decirte y no me has dejado terminar era, que yo nunca he estado con una mujer virgen. Y te aseguro que me gustaría compartir contigo esa primera vez.

—Perfecto, así no me sentiré como una novata.

Delaney se rio. La cogió de la mano y empezó a acariciarle los nudillos de la mano con el pulgar.

El corazón de Tess dio un salto como si de pronto la hubieran golpeado. Tuvo que esforzarse para que Delaney no pudiera sentir lo rápido que bombeaba su corazón. Le intranquilizaba que él se diera cuenta del ritmo desbocado que tenía su pulso. Eso, simplemente por acariciarle la mano. Tess se preguntaba qué sucedería cuando le quitara la ropa y le acariciara el cuerpo con sus dedos, o peor aún, con sus labios.

Era más de medianoche cuando entraron en casa. Cath ya se había retirado a su habitación.

—¿Quieres que suba una botella de champán?

—¿Crees que el champán me tranquilizará?

—De eso me encargaré yo, pero una copa no te hará daño.

—Entonces, tomaremos champán.

Entraron en la cocina. Delaney cogió la botella de la nevera y dos

copas. Empezaron a subir la escalera.

Delaney sabía que Tess estaba nerviosa. Lo que no sabía era si estaría más o menos nerviosa que él. No comprendía lo que le pasaba. Se sentía como si fuera su primera vez. Y, en realidad, lo era. *Mi primera vez con una virgen*, pensaba Delaney sonriendo mientras subía la escalera.

Llegaron a la primera planta.

—¿Dónde prefieres ir a tu habitación o a la mía?

—No sé..., ¿me vas a hacer gritar?

Delaney soltó una carcajada.

—He de admitir que eso me gustaría.

—En ese caso, mejor ir a la mía que está más alejada.

—De acuerdo. Me gusta tu cuerpo. Tienes unos músculos bien definidos. ¿Utilizas el gimnasio a menudo? —dijo él intentando que ella se relajara mientras subían a la siguiente planta.

—Casi todos los días, antes de acostarme. Eso ayuda a mantener a raya mis deseos.

Cuando estuviera a solas, Tess se daría una medalla porque su voz sonara tranquila y sosegada, cuando en realidad estaba tan nerviosa que le temblaban las piernas.

—¿Qué deseos?

—Aunque no nos veamos con mucha asiduidad, es difícil olvidar que tú y yo vivimos bajo el mismo techo. El ejercicio duro hace que me duerma tan pronto caigo en la cama, sin dar opción a que mi mente empiece a divagar.

—¿Tienes deseos conmigo?

—No sé porque te extraña, soy como cualquier mujer, aunque no tan sofisticada como con las que sales.

—¿Desde cuándo me deseas?

—Desde la primera vez que te vi. Como verás, he esperado mucho. Pero al fin todo llega. Después de esta noche, todo volverá a la normalidad.

—En cuanto a lo de esta noche... —dijo él abriendo la puerta y dejándola pasar delante—. Tenía planes de que no durmiéramos en toda la noche, pero ahora que sé que va a ser tu primera vez, vamos a cambiar un poco los planes.

—¿Por qué?

—Porque tengo entendido que después de la primera vez se sienten molestias. De manera que, lo haremos una sola vez para que pierdas tu virginidad, y luego dormiremos —dijo él entrando y cerrando la puerta tras de

sí.

—¿Y ya está?

Delaney se rio al verla tan decepcionada. La detuvo junto a la puerta y la apoyó en ella.

—¿Quién es el impertinente ahora? ¿Me dejas terminar?

Ella asintió.

—No te muevas de aquí —dijo él caminando hasta la mesa para dejar la botella y las copas en la mesa. Luego volvió junto a ella—. No es que después de perder la virginidad tengas que pasar mucho tiempo recuperándote, pero, como lo que quiero es follarte una y otra vez hasta que no podamos más o perdamos el sentido, prefiero seguir mañana. Tendremos todo el día para nosotros. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto —dijo ella y soltó una carcajada—. ¿Vamos a perder el sentido?

—No lo sé —dijo él sonriendo—, nunca me ha ocurrido, pero llevo demasiado tiempo deseándote y eso tampoco me ha ocurrido nunca, con ninguna otra mujer.

Delaney se apartó un poco de ella y la miró de la cabeza a los pies y luego volvió a subir la mirada perezosamente hasta su rostro.

—Dios, eres tan atractivo.

Delaney sonrió. Le gustaban tanto sus cumplidos... Se acercó un poco más a ella. Se sentía inquieto.

—¿Estás nerviosa? —dijo apartándole un mechón de la cara.

—Un poco.

—¿Quieres que hagamos algo o prefieres que hablemos? —preguntó Delaney.

—¿Crees que he estado esperando meses para... simplemente hablar? ¿Has deseado alguna vez algo con tanta intensidad que te ha causado dolor? ¿Que ese simple deseo te ha provocado un dolor físico?

Delaney levantó las cejas mirándola.

—Eso es lo que me pasa contigo. De manera que, no creo que este sea momento para hablar.

Delaney se acercó más y rozó los labios con los de ella.

—Me gusta muchísimo besarte.

—A mí también, y te agradezco que me hayas enseñado a hacerlo.

—Ha sido un verdadero placer.

—Parece que esta noche voy a aprender algunas cosas más.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo conmigo, a pesar de que no te caigo bien?—dijo Delaney besándola en el cuello.

—Una cosa no tiene que ver con la otra. Y no me caes mal. Es cierto que eres engreído y un mandón, pero también eres divertido. No podría haber encontrado a ningún hombre más adecuado para mi primera vez.

Delaney le cogió una mano y se la llevó a los labios para besarla.

La respiración de Tess se aceleró más y más, y el deseo que había entre ellos se convirtió en algo tangible que la hizo estremecer y le dejó la piel ardiendo.

—Va a ser un honor para mí ser el primero.

—Del, antes de seguir, quiero que volvamos a dejar algo claro.

—¿Qué?

—Después de este fin de semana, todo seguirá como hasta ahora. Será como si el fin de semana no hubiera existido.

—De acuerdo —dijo él sonriendo y quitándose la chaqueta que lanzó sobre el sofá.

—Delaney, hablo en serio.

—Yo también —añadió desprendiéndose de la pajarita.

—Dame tu palabra.

—¿Lo quieres por escrito? —dijo desabrochándose los dos primeros botones de la camisa.

—No es necesario, confío en ti.

—Date la vuelta —murmuró él en su oído —Ella lo hizo—. Mientras estábamos bailando no podía pensar en nada que no fuera estar a solas contigo —dijo levantándole el pelo para besarla en la nuca mientras colocaba la otra mano en su estómago para acercarla a él.

Delaney fue besándola en el cuello y en los hombros mientras deslizaba sus manos por sus costados hasta llegar a las caderas.

—Deseaba deshacerme de este vestido, aunque estás espectacular con él.

Tess tenía la respiración acelerada.

Delaney le bajó el vestido despacio. Fue besándole el cuello, los hombros y la piel que iba quedando al descubierto. Cuando la prenda se deslizó hasta el suelo Delaney vio la diminuta tira de encaje de su tanga, del mismo color champán que el vestido, que no ocultaba nada.

La miró de arriba abajo. El cuerpo de Tess era perfecto. Bajó la mirada hasta las medias de seda que llegaban hasta la mitad de sus muslos y se recreó

en sus largas piernas.

—Dios mío, eres una preciosidad.

Tess estaba aturdida y aterrada. No podía moverse. Todos sus sentimientos y deseos se habían desbordado y estaba devastada. Y aún no habían empezado. El corazón le latía a un ritmo desenfrenado haciendo que la sangre discurriera por sus venas a una velocidad vertiginosa. Jamás se había sentido así de alterada, por el simple hecho de que Delaney estuviera en su espalda, pegado a ella.

Delaney se agachó y la ayudó a sacarse el vestido que tenía enredado en los pies. Lo cogió y lo lanzó sobre el sofá.

—Tu bronceado es perfecto, y tienes un cuerpo increíble —dijo deslizando sus manos a lo largo de la espalda de Tess y bajándolas hasta las nalgas para darle un apretón a ambas.

Delaney fue bajando lentamente una mano por su espalda y besándola al mismo tiempo. Si esa no fuera la primera vez para Tess, ya la tendría en la cama, follándola.

De todas formas, Delaney se dio cuenta de que no quería precipitarse. Quería tomarse el tiempo necesario para que esa primera vez fuera perfecta, para los dos.

La visión de las medias lo excitó y no entendía la razón. Había visto muchas medias y jamás había sentido lo que estaba sintiendo en ese instante. Puso una rodilla en el suelo para mordisquearle las caderas y Tess se sobresaltó. Delaney fue deslizando las yemas de sus dedos por encima de las medias desde los tobillos hasta las ligas, también de color champán. Luego le bajó el tanga y la besó en las nalgas.

Tess tuvo que apoyar las manos en la puerta porque sentía que se le debilitaban las rodillas.

Delaney la ayudó a levantar un pie para sacarle el tanga y luego el otro, y dejó la prenda a un lado.

—Vuélvete, cielo, quiero verte.

Tess se giró y Delaney se encontró delante de su sexo. Miró hacia arriba.

—Dios, es un crimen que lleves ropa. Abre las piernas. Vamos a comprobar si soy capaz de excitarte, la mitad de lo que tú me excitas a mí.

Tess abrió ligeramente las piernas. Delaney fue besando los muslos hasta que llegó a la entrepierna. La besó en su mini triángulo de vello y a continuación introdujo la lengua entre sus pliegues. Luego desvió la lengua

hacia el clítoris para ocuparse de él.

Tess empezó a gemir y enseguida estuvo jadeando.

Delaney se levantó del suelo y se quedó frente a ella. Tess le miró a los ojos ruborizada por lo que acababa de experimentar.

—¡Madre mía! Tus ojos son como las profundidades del océano en una esplendorosa mañana.

—Gracias, cielo, siempre tan romántica. Incluso con lo nerviosa que estás encuentras el momento apropiado para hacerme sentir realmente bien. Estás completamente mojada, aunque no he podido tranquilizarte todavía.

—No, no lo has hecho, pero has conseguido que mis nervios se incrementen. Pensaba que las relaciones sexuales eran sencillas.

—Tener sexo es sencillo. Lo complicado es hacer el amor.

—¿Y tú vas a hacerme el amor?

—Eso pretendo, las cosas sencillas son aburridas y no pienso aburrirme contigo.

De pronto Delaney se lanzó a su boca y le dio un beso que la dejó temblando. Luego bajó la boca hasta uno de sus pechos y lo lamió, lo chupó y lo mordisqueó mientras acariciaba y presionaba el otro con los dedos. Tess dejó escapar un gemido que a Delaney le supo a gloria. Llevó su boca al otro pezón y ella le acarició el pelo con sus dedos. Y segundos después lo sujetaba de los mechones para que no se apartara.

Delaney fue bajando desde su pecho, acariciando, besando y mordisqueando en el recorrido hasta su sexo. Jugó con la lengua en el clítoris lamiéndolo.

Tess se retorció de placer empujando las caderas hacia él y mascullando palabras sin ningún sentido. De momento le pedía a Delaney que se apartara porque no lo podía soportar más y un segundo después le decía que no se atreviera a apartarse.

Delaney no podía evitar sonreír. Sabía exactamente cómo se sentía ella y lo que estaba experimentando.

Sin pensarlo, Tess abrió más las piernas y sujetó la cabeza de Delaney para que no se moviera de ahí.

Delaney la sujetó de una nalga para mantenerla pegada a él y con la otra mano empezó a jugar con uno de sus pezones.

Tess empezó a jadear de nuevo con la respiración entrecortada. Delaney se apartó de ella y se levantó.

—¡No! —dijo ella frustrada, por segunda vez.

—Umm, sabes muy bien —dijo sonriendo y poniéndose de pie.

Antes de que Tess dijera nada, Delaney se lanzó a su boca para devorarla. Llevó una mano a uno de sus pezones, lo apretó y retorció con los dedos. Bajó la otra mano hasta su sexo e introdujo un dedo en su interior sin dejar de besarla. Tess dio un grito que Delaney acalló con su beso.

—¿Te gusta, cielo?

—No se te ocurra parar. Haz algo, por favor, necesito algo.

—Cariño, sé lo que necesitas y te aseguro que lo tendrás.

—Mete el dedo más profundo, por favor.

—No, cielo, no quiero desvirgarte con el dedo. Relájate y piensa solo en todo lo que estás sintiendo. Es tu primera vez y deberías prestar mucha atención para recordarlo. Dicen que la primera vez nunca se olvida. Para mí también es la primera vez con una virgen y me gustaría recordarlo también y pensar que hice un buen trabajo contigo —dijo empezando a mover el dedo adentro y afuera.

Delaney sacó el dedo y metió dos moviéndolos lentamente para que ella se acostumbrara. Bajó de nuevo la boca a uno de sus pechos.

—¡Dios mío! —dijo Tess retorciéndose de placer y jadeando más fuerte.

Delaney empezó a mover en círculos el dedo pulgar en su clítoris sin dejar de penetrarla rítmicamente.

Tess estaba enfebrecida apretándose contra la mano de él. De pronto empezó a sacudirse con las convulsiones.

Delaney abandonó el pezón y volvió a su boca.

El éxtasis la sacudió al llegar el orgasmo de una manera brutal, como si algo hubiera explotado dentro de ella.

Delaney absorbió su grito y sus jadeos en su boca y siguió besándola desesperadamente, como si la vida le fuera en ello. Sacó los dedos de su interior y la abrazó.

Tess le rodeó por la nuca y metió la cabeza en su cuello. Permanecieron abrazados hasta que la respiración de Tess volvió a su normalidad.

—¿Crees que podrás acordarte de como has hecho eso para repetirlo mañana? —dijo ella sin apartar los labios de su cuello.

Delaney se rio.

—Ahora luego lo anotaré para no olvidarlo. ¿Quieres un poco de champán?

—Sí, por favor.

Delaney la llevó hasta la cama y la hizo sentarse. Luego fue a la mesa y

abrió la botella de champán. Lo sirvió en dos copas y volvió junto a la cama para darle una a ella.

—Por nuestra primera vez —dijo él acercando la copa a la de ella para rozarla.

—Sueno raro oír que esta es tu primera vez —dijo ella sonriendo—, pero me gusta que sea tu primera vez, conmigo. ¿Voy a sentir más placer que el que acabo de sentir?

—Cielo, esto solo ha sido un breve prelude. Vas a sentir muchísimo más, aunque no podré evitar que te duela la primera vez.

—¿Cuánto tiempo tarda una mujer en rendirse a ti?

—¿Qué? —preguntó él sorprendido por la pregunta.

—¿Cuánto tiempo necesitas para llevar a una mujer a la cama?

—No mucho —dijo sonriendo y sentándose a su lado.

—Conmigo te has tomado tu tiempo.

—A ti, intentaba evitarte en vez de seducirte. Y he de admitir que me lo has puesto muy difícil.

Delaney le cogió la copa vacía y las llevó las dos a la mesa. Luego volvió desabrochándose la camisa.

—¿Puedo desnudarte yo?

—Claro, adelante —dijo Delaney sentándose en la cama.

Tess se arrodilló en el suelo a los pies de él y le quitó los zapatos y los calcetines.

Delaney la contemplaba desnuda frente a él. Parecía una perfecta sumisa arrodillada a sus pies. Y tenía unos muslos preciosos.

Tess le pidió que se levantara. Le desabrochó el cinturón y luego los pantalones. Se los bajó junto con el bóxer y su erecto miembro quedó frente a ella. Delaney notó la tensión en Tess.

—No te preocupes por el tamaño, se acoplará perfectamente a ti —dijo acariciándole el pelo y sentándose de nuevo en la cama.

Tess se puso de pie y se colocó delante de él. Delaney la cogió de las caderas para acercarla y colocarla entre sus piernas.

Tess le desabrochó la camisa lentamente, porque sus dedos temblaban. Iba a bajarle la camisa por los hombros pero él subió una de las manos para enseñarle el puño y que viera el gemelo. Tess le desabrochó uno y luego el otro, con cierta dificultad.

Delaney fue paciente sin apartar la mirada de los ojos de ella. Estaba muy concentrada con lo que hacía y eso hizo que Delaney sonriera.

Tess le quitó la camisa y se embebió de la vista que tenía delante.

—Ya estás desnudo y eres todo mío —dijo ella sonriendo—. ¿Puedo tocarte?

—Cielo, puedes hacer lo que quieras conmigo —dijo él con una sonrisa seductora.

—Todavía llevo las medias.

—Me encargaré de ellas luego. ¿Quieres que me acueste en la cama?

—Sí, por favor.

Delaney se levantó y tiró de la ropa de la cama para dejarla a los pies de la misma. Luego se acostó sobre la sábana y puso los brazos detrás de la cabeza.

—Eres el primer hombre que veo desnudo, me refiero al natural.

—Si no recuerdo mal, ya me viste desnudo en una ocasión.

—Esa no cuenta porque estaba en shock.

—Vale —dijo él riendo—. Espero que no te sientas decepcionada con lo que ves.

Tess le dedicó una sonrisa que hizo que a Delaney se le tensaran los músculos. Se subió a la cama y se sentó sobre él a horcajadas.

—Tú estás acostumbrado a mujeres con experiencia y yo no la tengo. Espero que no te aburras conmigo —dijo colocando las manos extendidas sobre los pectorales de él.

—Puedes tranquilizarte porque no voy a aburrirme, llevo demasiado tiempo esperando esto.

—¿Tienes prisa por que pierda la virginidad?

—Cariño, pienso darte mucho placer antes de llegar a eso. ¿Qué quieres hacer conmigo?

—Quiero explorar tu cuerpo. Es la primera vez que tengo a un hombre desnudo en mis manos. Espero que seas paciente.

—Seré el hombre más paciente del mundo. Adelante, soy todo tuyo.

—¿Crees que deberías darme alguna indicación?

Delaney se rio y la acercó a él para besarla. Sentía lástima al verla tan nerviosa.

—Cielo, no necesitas mis consejos. Haz lo que quieras. Utiliza tu instinto. Tócame dónde quieras y cómo quieras. Y tómate el tiempo que necesites, no tenemos prisa —dijo poniendo otra almohada detrás de su cabeza porque no quería perder detalle de lo que ella le hiciera. Volvió a poner las manos debajo de su cabeza.

—Cierra los ojos. Cuando me miras me siento perturbada. Y no quiero que me toques porque me desconcentraría.

—Vale —dijo él cerrando los ojos, de momento.

Tess empezó a mover sus manos deslizándolas por los músculos de su abdomen, acariciándolos hasta que notó que se tensaron en respuesta. La sensación de él bajo sus manos, la excitaba, y saber que era suyo, para disfrutarlo, aunque solo fuera por un día, le produjo un inmenso placer.

Delaney seguía con los ojos cerrados sintiendo sus caricias, de manera tímida al principio, pero poco a poco fue cogiendo confianza. Cada vez que Tess acariciaba un músculo, éste se tensaba y ella disfrutaba al saber que sus manos eran la causa. Sentir el poderoso cuerpo de Delaney inmóvil, recibiendo todas sus atenciones, era nuevo para ella. Sintió toda su fuerza e impulso masculinos sometidos a sus manos y permitiendo que lo explorara con toda libertad. Todo ello hizo que aumentara su propia excitación. Se sentía poderosa.

Tess se sentó sobre su abdomen y se inclinó para acariciar los brazos de Delaney cuyos músculos estaban tensos por la postura.

Delaney sentía cada roce de sus dedos, de esas preciosas manos que a él tanto le gustaban. Se deslizaban suavemente por todo su cuerpo examinando cada músculo, cada curva. A Delaney se le aceleró la respiración e intentó calmarse.

Tess empezó a lamerle los brazos y a besarlos y Delaney se tensó aún más. Se preguntaba qué le ocurría porque nunca se había sentido así.

Tess le acarició los labios con los suyos. Le lamió el principio de la barba que empezaba a aparecer y le mordisqueó la barbilla. Luego fue besándolo hasta el cuello y lamiéndolo. Hundió los dedos entre sus cabellos y lo sujetó para besarlo con un beso rápido, pero seductor.

—¿Te aburres?

—Para nada. Si existe el cielo, estoy en él —dijo Delaney abriendo los ojos y sonriendo.

—Tienes una sonrisa perversa.

Delaney se rio.

—Será porque en estos momentos solo pienso en perversidades.

Tess bajó sus labios por el cuello besando y rozando su piel con la lengua. Se sentó un poco más abajo y sintió el pene entre sus piernas. Delaney movió las caderas al sentirlo. Estaba duro y enorme. Miró a Delaney y él le guiñó un ojo.

Tess le mordisqueó los hombros a placer y fue bajando hasta sus pectorales. Acarició el vello con sus dedos y luego besó y chupó sus pezones hasta que se endurecieron con las caricias de su lengua.

Tess se irguió para mirarlo. Tenía un cuerpo de cine, con todos esos increíbles músculos definidos.

Delaney no había tenido en cuenta las manos de Tess. Ni su forma de tocarlo. ¿Cómo era posible que unas manos tan frágiles y pequeñas pudieran tener tanto poder sobre él? No sabía la respuesta, pero cuando esas manos abandonaron sus pectorales y pasaron a deslizarse por sus costados, algo en su interior se rompió y no pudo hacer más que cerrar los ojos y estremecerse. Se encontraba atrapado en las manos de ella. Esas manos que lo exploraban sin descanso dibujando el contorno de sus músculos. Esas manos que se deslizaban hacia abajo rozando levemente los huecos de su abdomen, como si estuviera hipnotizada. Y luego su lengua... Había conseguido hacerlo temblar solo con el contacto de su lengua.

A Tess le gustaba oírlo suspirar cuando lo saboreaba a placer. Siguió explorando ese cuerpo perfecto tomándose todo el tiempo del mundo.

A Delaney lo habían acariciado muchas mujeres, pero ninguna de ellas había logrado que el corazón le latiera con desenfreno. Deseaba quedarse allí tumbado y poder descifrar todas las sensaciones que estaba experimentando y que le eran desconocidas.

Tess le lamió y mordisqueó las caderas y Delaney las levantó instintivamente.

Tess pasó de las caderas de nuevo a su abdomen para deleitarse de esos músculos increíbles. Luego suspiró y bajó hasta sus potentes muslos.

Delaney estaba tan excitado que no sabía si podría aguantar más. Cuando Tess le acarició con su lengua los muslos lo hizo estremecer por completo. Tess rozó el interior de ellos con los labios y la respiración de Delaney se alteró todavía más. Ahora jadeaba en vez de respirar.

Tess le miró a los ojos y se dio cuenta de que el verde de sus iris era mucho más intenso.

Dios mío, esta chica novata ha conseguido seducirme por completo, pensaba Delaney mientras la miraba.

Tess bajó un poco más para colocarse de rodillas ente sus piernas, llevó la boca hasta su miembro erecto y empezó a besarlo en todo su largo. Y luego lo lamió con la lengua por todas partes.

Delaney tenía todos los músculos de su cuerpo en tensión y tan excitado

que pensó que se correría en cualquier momento.

La devoción y las ganas de aprender y experimentar de Tess, no podían tomarse a la ligera. Y su boca tampoco. Sus labios, aquellos labios carnosos y perfectamente perfilados con los que Delaney soñaba casi cada noche, se habían convertido en su mayor debilidad, en una perversa necesidad que jugaba con sus sentidos.

Las atenciones que le estaba dedicando esa chica estaban tejiendo una red a su alrededor y sabía que si caía en ella perdería su libertad y todo su control.

Delaney soltó un gruñido y empujó las caderas instintivamente, cuando ella se metió el pene en la boca, para que entrase más.

Tess subió las manos para sujetarlo por las caderas mientras lamía y mordisqueaba el miembro por los lados.

Delaney jadeó ante aquella sensación cortante y ardiente que sintió por sus caricias. Intentaba con todas sus fuerzas mantener el control.

—Tal vez deberías decirme cómo te gusta que lo haga.

—Cielo —dijo con voz ronca—, lo estás haciendo muy bien. De hecho, deberías parar.

—Tú has hecho que me corriera.

—No tienes que compensarme por ello ahora. Y me ha gustado que te corriese. Voy a procurarte muchos orgasmos.

—No voy a parar.

—De acuerdo, en ese caso, sigue, no tardaré mucho.

Tess se metió el miembro en la boca y empezó a subir y bajar. Delaney metió las manos entre su pelo y le bajaba la cabeza para que llevara el ritmo al tiempo que subía las caderas.

—Así, cielo, no pares. Si no quieres que me corra en tu boca, ahora es el momento de retirarte.

En vez de retirarse, Tess empezó a masajear los testículos con una mano y con la otra cogió el pene moviéndolo al tiempo que subía y bajaba la cabeza.

Delaney empezó a jadear al mismo tiempo que ayaculaba. Después de dar una última sacudida, apoyó las manos en la cabeza de Tess mientras se tranquilizaba. Ella apartó la boca y apoyó la cabeza sobre los abdominales de él.

Delaney se incorporó y la cogió de la cintura para colocarla sobre él.

—No tenías por que tragarte el esperma.

—Es mi primera vez y quiero experimentarlo todo contigo.

—A algunas mujeres no les gusta hacerlo. ¿Te ha dado asco?

—No.

Delaney la besó y ella colocó luego los labios en el cuello de él.

—Tienes un cuerpo impresionante. Y me da la impresión de que eres bueno en la cama.

—¿Eso crees?

—Sí. Ahora entiendo por qué las mujeres te persiguen.

—Tú no me has perseguido.

—No me has dejado porque me estabas evitando.

Delaney se rio.

—Creo que es hora de que me ocupe de ti —dijo él dándose la vuelta con ella y dejándola debajo de él—. Todos tus músculos acaban de tensarse —dijo él acariciándole la espalda—. Sigues nerviosa.

—He estado relajada mientras me ocupaba de ti, pero ahora... No hago más que decirme a mí misma que esto es solo una relación física.

—El sexo es más que una relación física —dijo Delaney con una sonrisa que hizo que ella se tensara más—. Tendré que demostrártelo. Hoy lo quiero todo de ti y eso nos va a llevar tiempo, pero tenemos toda la noche y el día de mañana.

—Voy a portarme como si fuese sumisa, pero que sepas que no lo soy. Únicamente dejaré que lleves la iniciativa, pero solo por mi falta de experiencia.

—No lo olvidaré.

Delaney la besó desesperadamente robándole el aliento. Y desahogó en el beso el apremiante deseo que había estado reprimiendo durante todo el día. Luego acarició su cuello con los labios y le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Desplazó su boca hasta el hombro acariciándolo con la lengua y los dientes. Fue dejando un rastro de besos hasta sus pechos. Estaba tan concentrado en ella que su propio deseo lo cogió por sorpresa, golpeándole con fuerza y haciéndolo soltar un gemido al meterse un pezón en la boca.

Delaney la sentía vibrar debajo de él. Estaba húmeda y caliente. Y era insoportablemente excitante.

Tess seguía tumbada con los ojos cerrados. No podía hacer otra cosa que permanecer allí, debajo de él, para que Delaney le mostrara todo lo que ella había querido saber sobre el sexo, con él. Dejó que las sensaciones se adueñaran de ella, que ocuparan su mente y devastaran sus sentidos.

Delaney se tomó su tiempo acariciando, besando, chupando, lamiendo y

mordisqueando el cuerpo de Tess, sin dejar ni un centímetro por explorar. Quería conocer cada punto sensible en ella que la hiciera sentir el más mínimo placer. Delaney se había dispuesto llevarla al límite con su boca.

Tess pensaba que moriría ante la arrolladora sensación que invadía su cuerpo. Se tensó cuando el placer empezó a recorrerla con una fuerza cada vez más intensa.

Tess era como la seda bajo sus manos. La miró con una cálida sonrisa. Tenía el pelo revuelto y el rostro arrebolado por la excitación.

Tess sintió los dedos de Delaney seguir la curva de uno de sus pechos y luego el otro. Delaney sostuvo los ojos fijos en la mirada de ella. La miraba con tanta intensidad que la hizo temblar.

Tess le acarició ligeramente la mejilla con las yemas de los dedos. Fue un leve contacto, como un suspiro, pero desató en él un deseo tan salvaje como una tormenta de verano.

Con cada roce de sus labios, Delaney prendía llamas que estaban devastando hasta el más recóndito rincón de su cuerpo.

Delaney la penetró con dos dedos al mismo tiempo que le acariciaba el vientre y las caderas con sus labios. Tess estaba jadeando. Movía las caderas descaradamente contra aquellos dedos que la penetraban sin timidez. Delaney seguía moviendo los dedos adentro y afuera mientras recorría el cuerpo de Tess con su boca. Estaba embelesado con los estremecimientos y gemidos de ella, con el rubor de su rostro a causa del deseo, y en la manera inconsciente en que se ofrecía a él, conducida por el placer.

Delaney cogió con la boca uno de sus pezones sin apartar los dedos de su interior. El grito que salió de la boca de Tess al arrastrarla al orgasmo penetró en la sangre de Delaney.

Tess se movía bajo el cuerpo de él por puro instinto pidiendo a Dios que nunca dejara de tocarla y acariciarla. Delaney sabía que no lo hacía para hacerle perder el control, pero eso era lo que estaba sucediendo.

Delaney sabía que ella estaba aturdida por las nuevas sensaciones que la invadían.

—¿Cuándo vas a penetrarme?

—Cuando estés lista.

—Ya estoy lista.

Delaney se rio.

—En ese caso, soy yo quien no está listo. Recuerda que esta es mi primera vez también. Antes necesito saber cuales son tus puntos claves para

darto placer.

—Puedo ayudarte para ahorrar tiempo. Creo que siento placer en cada centímetro de mi cuerpo. Tus caricias parecen estudiadas para saber exactamente donde quiero que me toques, sin yo ni siquiera saberlo.

—Eso significa que estamos muy compenetrados. ¿Tienes prisa?

—No.

—Entonces déjame que disfrute y te haga disfrutar. Yo no te he interrumpido cuando te has tomado tu tiempo con mi cuerpo.

—De acuerdo. Y si crees que me estoy quejando, nada más lejos de la realidad.

—Perfecto. Relájate, cariño. Voy a regalarte otro orgasmo.

—Ya sabes que me gustan los regalos sencillos y no de mucho valor.

Delaney sonrió y siguió con sus caricias moviéndola de vez en cuando para acceder a cualquier rincón de su cuerpo.

Esa vez le provocó un tempestuoso orgasmo con la lengua entre sus piernas. Tess sintió como si algo se hubiera roto en su interior proporcionándole algo... glorioso. Soltó un grito ahogado y se dejó llevar, absorbiendo el momento con avidez. Se sentía agotada, complacida y saciada, pero por otro lado se sentía aturdida y extrañamente vacía, como si tuviera que suceder, algo más.

Delaney se echó sobre ella apoyando los codos a ambos lados de su cabeza y la besó. Un beso tierno, lento y delicioso que la dejó con ganas de más. Tess le rodeó la nuca y enterró el rostro en su cuello.

—Todavía llevo las medias —dijo ella susurrando.

—Las medias van con el siguiente orgasmo.

—Si seguimos así, no voy a perder mi virginidad.

—No tengas prisa, cielo. Y puedo asegurarte que esta noche dejarás de ser virgen. Date la vuelta, necesito conocer cada milímetro de tu cuerpo —dijo él echándose a un lado.

Delaney jamás se había sentido excitado ni tan seducido en el placer de otra persona, pero con Tess se sentía, precisamente así.

Tess se puso boca abajo. Delaney se sentó a horcajadas sobre las piernas de ella y bajó la boca hasta la parte inferior de su columna y fue subiéndola lentamente, acariciándola con la lengua hasta llegar a la nuca, que mordió provocando que a Tess se le erizara el vello de todo el cuerpo.

Delaney jugó en su espalda besando, lamiendo y mordisqueando. Tess reaccionó en algunos casos, al tener cosquillas, soltando una carcajada y

estremeciéndose.

Delaney le enseñó a Tess lo que era arder a fuego lento, haciéndola desear que se prendiera la llama. Se explayó a conciencia en sus nalgas y Tess se estremeció. Luego la hizo ponerse boca arriba.

—Ahora me ocuparé de las medias. Tienes unas piernas preciosas.

Delaney empezó a besarla en uno de los muslos por el borde de la media. Le quitó el ligero y fue bajando la prenda mientras acariciaba con sus labios y su lengua la piel que iba quedando al descubierto.

Tess permanecía temblando sobre la cama. Estaba experimentando tantas sensaciones nuevas, y todas al mismo tiempo, que era incapaz de asimilarlas. Intentaba calmar su respiración, pero Delaney la estaba martirizando por todas partes.

El jadeo de Tess penetró hondo en él y sus sentidos se agudizaron al ver la reacción del cuerpo de ella, arqueándose de placer.

Apenas la estaba tocando y estaba conmocionado al sentir cómo le corría la sangre por las venas de manera descontrolada.

Cuando le quitó la segunda media volvió a recorrer la pierna desnuda desde el pie, mordisqueándole los dedos, hasta llegar a su entrepierna como había hecho con la otra.

Tess no podía permanecer quieta y se retorció pidiéndole más. Necesitaba llegar al final, pero él no se lo permitía. Sentía cómo le ardía la piel por donde él la iba besando.

Delaney la ayudó a flexionar las piernas y se las separó. Le pasó los dedos por el sexo.

—Estás deliciosamente húmeda —dijo penetrándola con un dedo metiéndolo y sacándolo una y otra vez.

Las manos, los dedos y la boca de Delaney estaban por todas partes, excitándola. Todas las sensaciones desconocidas bullían dentro de ella estremeciéndola. Tess no pudo reprimir un gemido.

—Del, más deprisa, necesito llegar al final —dijo casi sollozando.

—Esta vez no vas a correrte con mis dedos.

—Hazlo cómo quieras, pero termina ya.

—No hay prisa, relájate.

—¿Cómo voy a relajarme si tu boca y tus manos están por todas partes?

—A mí también me gusta explorar tu cuerpo —dijo él riendo.

Delaney sacó el dedo del interior de Tess, le flexionó las piernas y bajó la cabeza para penetrarla, esa vez con la lengua y ella gritó.

La lengua de Delaney lamía, sus labios la acariciaban y el calor estaba derritiendo a Tess. Con cada contacto el fuego ardía con más fuerza. Con más intensidad. Tess se dejó llevar, pero la ardiente tensión aumentó y perdió el aliento quedándose al borde del desmayo.

Tess levantó la caderas contra su lengua y Delaney se apiadó de ella y no se detuvo.

El cuerpo de Tess se empezó a convulsionar violentamente. Tenía los músculos en tensión por sentir los sensuales lametones. Tess gritó y le cogió la cabeza tan aturdida por la nueva sensación, que ni siquiera podía pensar ya, su coeficiente intelectual se había desmoronado. Se sentía incluso incapaz de hablar de manera coherente. Delaney se había apoderado de todos sus sentidos y le había anulado la capacidad de razonar.

Delaney se cebó en el clítoris, al mismo tiempo que le retorció un pezón y Tess, indefensa gemía paralizada por el placer que crecía más y más hasta que estalló en un millón de pedazos.

Delaney le estiró las piernas y se colocó sobre ella. Tess sintió la erección entre sus muslos. Todo su cuerpo estaba en contacto con el de él. Sentía cada ardiente y duro centímetro de su ser.

—Supongo que el cielo será algo así —dijo Tess cuando su respiración volvió a la normalidad—, tíos como tú dedicados únicamente a dar placer a las mujeres que se han portado bien mientras vivían.

—A mí tampoco me disgustaría que el cielo fuera así.

—Sabes, en este momento hay dos cosas que destacaría de ti —dijo Tess mirándolo a los ojos—. La primera es la facilidad que tienes para sonreír y la cantidad de sonrisas que tienes.

—¿Tengo varias sonrisas?

—Por supuesto. Puede que no te des cuenta, pero empleas una sonrisa diferente para cada momento. Sensuales, seductoras, atrevidas, halagadoras, fingidas, sardónicas, cómplices... Has perfeccionado tus sonrisas hasta el punto de convertirlas en un arte.

—Vaya, nadie me había dicho algo así. ¿Cuál es la otra cosa que destacarías de mí?

—Qué eres un hijo de puta implacable.

Delaney soltó una carcajada y empezó a reír.

—A veces me pregunto por qué no salgo más a menudo contigo. Dios, eres la mujer más divertida e inteligente con la que me he encontrado.

—No salimos más a menudo, porque tú y yo somos completamente

distintos, no tenemos nada en común. Además, eres demasiado mayor para mí. Y si por si eso no fuera poco, eres millonario, y ya sabes...

—Sí, ya sé que los millonarios no te gustan.

—Supongo que estarás cansado. Podemos dejarlo aquí, si quieres.

—Ni lo sueñes. No voy a dejarlo por estar cansado, ya tendré tiempo de descansar. Me gusta acariciarte. Y eres muy receptiva, te humedeces enseguida —dijo Delaney bajando de la cama para llenar dos copas de champán.

Cuando volvió a la cama se sentó junto a ella y le dio la copa. Se lo bebieron todo. Delaney dejó las copas sobre la mesita de noche.

Delaney se echó sobre ella. El vello del pecho de él le atormentaba los pezones ya erectos, y el estar sobre ella, sintiendo el peso de su cuerpo hizo que se humedeciera rápidamente.

Delaney la besó y bajó la mano a su sexo introduciendo un dedo para comprobar si estaba preparada.

—¿Siempre vas a estar húmeda para mí?

Tess sonrió tímidamente.

—Santo Dios, pareces el dueño de mi cuerpo. Es cómo si hubiera perdido la voluntad y el raciocinio. Creo que he perdido el control cediéndotelo a ti, pero no quiero recuperarlo.

Delaney se sentó a horcajadas sobre ella y la contempló. El cuerpo de Tess era firme y excitante. Esa suave piel que cubría los disciplinados músculos echaron por tierra su control. Sintió tal deseo de hundirse en ella que explotaría si no la penetraba pronto.

Delaney la miró sonriendo con una expresión tan tentadora que, el mismo Lucifer se esforzaría por imitar.

Delaney se echó sobre ella, le abrió las piernas con sus rodillas y se colocó entre ellas moviéndose para acomodarse. Volvió a explorarla de nuevo para asegurarse de que estaba preparada. Estaba húmeda, y temblando.

Delaney deslizó su miembro hasta la vagina y lo frotó para humedecerlo con los fluidos.

—Cuando esté dentro de ti no duraré mucho.

Tess suspiró bajando la mano para acariciar su miembro.

—Y así no me ayudas —dijo él sonriendo.

—¿Vas a hacerme daño? —dijo retirando la mano.

—No lo sé, cielo, pero si te hago daño, te prometo que te compensaré.

—Haz lo que tengas que hacer. Me gusta saber que vamos a experimentar algo que es nuevo para los dos.

Tess estaba inmóvil y rígida. Su corazón bombeaba tan rápido que pensó que perdería el aliento. Pero se sentía feliz bajo el cuerpo de Delaney y entre sus brazos. Sentía su calor y su olor. Estaba asustada y completamente excitada de estar allí, con él.

Delaney dirigió su duro miembro hacia la entrada de su cuerpo. Estaba suave y resbaladizo y completamente preparado para recibirlo. Delaney empujó con su polla solo unos centímetros y sintió su cálida humedad. Volvió a empujar un poco más deslizándose lentamente en el interior. Se detuvo y se inclinó para besarla y exigiendo que Tess pusiera toda su atención en ese beso. Tess quedó atrapada en las sensaciones que siempre experimentaba cuando se besaban.

Cuando Delaney supo que Tess estaba concentrada en el beso se retiró un poco. Tess lo miró a los ojos, esos ojos que ese momento ardían de deseo.

Delaney sintió un estremecimiento al sentir aquella suavidad cálida y estrecha. Empujó un poco más. Sentía el calor y la humedad en su miembro. Cuanto más la penetraba más se cerraba ella alrededor de su pene. Empujó un poco más fuerte y se detuvo al encontrar la barrera de su virginidad. Delaney volvió a mirarla.

—¿Te ha dolido hasta ahora?

—No. Me gusta sentirte dentro de mí.

—Cariño, ha llegado el momento. He llegado a la barrera de tu virginidad.

—¿Cómo te sientes al estar ahí?

Delaney sonrió al oír esa pregunta.

—La verdad es que me siento francamente bien. Estás muy apretada. Me gusta estar dentro de ti. No te olvidarás de mí, ¿verdad? Dicen que siempre se recuerda la primera vez.

Delaney intentaba ganar tiempo para que ella se fuera acostumbrando a la intrusión. Aunque, en realidad, se estaba preguntando, si él la recordaría con el paso del tiempo.

—Jamás me olvidaré de ti. ¿Tú te olvidarás de mí?

—Yo tampoco te olvidaré, nunca. Ha llegado el momento de que experimentemos esto juntos. Relájate, cielo —dijo besándola para aturdirla un poco—. Creo que es mejor traspasar esa barrera sin más. Solo será un instante, y mañana solo sentirás placer. Yo me encargaré de ello.

—Adelante, estoy preparada. Quiero tenerte dentro de mí y que me prepares, para que mañana pueda sentir todo ese placer que me has prometido.

Delaney sacó el miembro y volvió a meterlo despacio un par de veces. A la tercera la embistió con fuerza y la penetró hasta el fondo. Delaney notó la frágil resistencia de su virginidad y la humedad que rodeaba su miembro impregnándolo.

Tess hizo un gesto de dolor y se quedó paralizada y en tensión debajo de él.

Delaney también permaneció inmóvil, intentando controlar la necesidad de moverse y dando tiempo a que ella se acostumbrara a tenerlo dentro.

Delaney sentía el calor rodeando su miembro. Lo que sentía no tenía que ver con nada que hubiera experimentado con anterioridad. El placer que sentía en ese instante, incluso estando inmóvil, superaba a cualquier otro que hubiera experimentado en su vida. Tess estaba tan apretada que sentía los latidos de su miembro en su interior. Y estaba deliciosamente caliente.

Delaney le lamió los labios y luego le dio un beso largo y exigente que la obligó a no pensar en nada más que no fueran sus bocas. Delaney profundizó el beso hasta que ella estuvo completamente aturdida y toda la resistencia y la tensión se desvaneció dejándola relajada debajo de él.

Tess se abrazó a él con todas sus fuerzas. Tener parte de otra persona en el interior de uno era algo tan extraordinario que Tess casi se olvidó del dolor.

—Eres el primer hombre que entra en mis dominios.

—Sí. Y me siento muy honrado.

Delaney sintió como la vagina se cerró alrededor de su miembro y tuvo que utilizar toda su voluntad para no embestirla con codicia.

La destreza y la paciencia que había adquirido a lo largo de su vida le estaba sirviendo aquella noche. Volvió a besarla intentando olvidar lo delicioso que era estar dentro de ella.

—Todo ha terminado. ¿Cómo estás?

—Bien. Ahora siento que te pertenezco. Espero que esto no haga que te sientas más posesivo y controlador conmigo.

—Los Stanford somos absolutamente sobreprotectores. ¿Te ha dolido mucho?

—Tú no has dejado que me diera cuenta de ello. Me has aturdido con tus besos.

—Me alegro. ¿Quieres que terminemos lo que hemos empezado?

—Sí.

Delaney empezó a moverse a un ritmo delicado. Para él, todo de alguna forma también era nuevo. Sentía deseos de embestir fuertemente, pero deseaba

alargar ese momento. Necesitaba hacerlo despacio, por ella, pero también por él. Quería disfrutar de ese instante. Quería que no acabase. Tenía que ir lentamente, en lugar de las embestidas a las que estaba acostumbrado. No podía apresurarse. Una explosión de sensaciones desconocidas le inundaron el cuerpo.

—No creo que tarde en correrme. Me estás dando un placer como nunca antes había sentido.

Delaney impuso un ritmo lento. Estaba pendiente de las necesidades de cuerpo de Tess y no quería precipitarse. Además sabía que si aceleraba el ritmo se correría enseguida y... Dios, era una delicia entrar y salir de su interior para luego volver a entrar despacio hasta llegar al fondo.

—Creo que me estás tratando con demasiada delicadeza, y con eso, no quiero decir que esto no me resulte de los más agradable —dijo ella con la respiración entrecortada—, pero necesito más.

—Cielo, déjame disfrutar un poco. Esto es...

Delaney pasó los dedos por encima de los pezones y la respiración de Tess se aceleró aún más.

Deslizó la lengua por un pezón y ella se tensó. Le humedeció el otro pezón y sintió cómo Tess se estremecía debajo de él.

Delaney estaba saboreando el placer de sentirla revolverse bajo sus caricias y oyendo los sonidos que se le escapaban, a medida que él aumentaba la presión poco a poco.

Delaney se detuvo un instante para no correrse y aprovechó para besarla de nuevo. Luego empezó a moverse otra vez, con más energía, metiendo su miembro hasta el fondo y sacándolo hasta la punta.

Tess empezó a retorcerse, a gemir y a sujetar a Delaney por dónde podía. Lo cogió de los hombros y le hincó los dedos con desesperación pidiéndole más. Levantó las piernas, le envolvió las caderas con ellas, obligándole a profundizar más.

Delaney gruñó de placer y empezó a embestirla rítmicamente incrementando la rapidez de los envites. Con cada acometida algo se tensaba en Tess y se aferraba a Delaney con más fuerza. Tess sollozaba mientras se movía instintivamente con él. Necesitaba más. Su pulso se aceleró al límite y sentía cómo le retumbaban las sienes. Empezó a gemir y luego a jadear. Repetía una y otra vez el nombre de Delaney entre susurros, como si fuera una letanía. Y Delaney se sentía fascinado al oír su nombre una y otra vez, como si no hubiera nada en la mente de Tess, excepto él. Llegaron las convulsiones,

pero Tess no dejó de pronunciar su nombre.

Delaney estaba evitando correrse, quería que ella terminara primero. Sintió que Tess se ponía rígida y pronunciaba el nombre de él de nuevo, esa vez con un grito y se aferró a los hombros de Delaney con fuerza. Tess sintió un estallido de placer tan absolutamente intenso que se arqueó. Todo su cuerpo se estremeció mientras se abrazaba fuertemente a él, y Delaney seguía hundiéndose en ella, una y otra vez. Tess sintió las oleadas de placer extendiéndose por su cuerpo y lo arrastró a él reclamando su absoluta entrega.

Delaney estaba desconcertado por lo que había experimentado porque era como si realmente hubiera sido su primera vez. La liberación de ambos a la vez había anulado la capacidad de su mente. Se sentía libre, completamente saciado y aturdido porque jamás había experimentado nada igual. Se desplomó sobre ella y Tess lo abrazó muy fuerte y tan aturdida como él por lo que había sentido. Permanecieron quietos largo tiempo, sin decir nada.

Poco después Delaney se incorporó, se apoyó en los codos y la miró. Tess seguía con los ojos cerrados intentando asimilar lo ocurrido. Presintió que él la estaba mirando y sonrió. Estaba completamente sonrojada. Tenía los labios hinchados por los besos y más rojos de lo normal. Y el pelo revuelto. En ese momento Delaney pensó que era la mujer más sexy que había visto en su vida.

Delaney la observó mientras ella abría los ojos y regresaba de las nubes. El brillo que vio en su mirada. La sonrisa de sus labios que se había ampliado solo con verle. La manera en que subió su mano para acariciar suavemente los labios de él con los dedos. Y la forma en que lo miraba... ¡Santo Dios! Tess tenía unos ojos preciosos. Lo miraba con el corazón. Y Delaney la besó con toda su alma.

Delaney se puso de lado y la arrastró con él. Enterró el rostro en el pelo de ella y la abrazó.

—¡Santa madre de Dios! —pronunciaron los labios de Tess—. Ha sido como si me hubiera caído por un precipicio y tratara de sujetarme con los dedos resbaladizos a un borde inestable que se desmoronaba muy despacio.

—Buena definición de un orgasmo —dijo él riendo en su cuello—. Ahora deberías dormir.

—Me parece una idea estupenda porque estoy muerta. Pero, si no te importa, voy a tomar una ducha rápida. Estaré manchada de sangre y la cama también.

—En ese caso, dúchate, yo bajaré a mi habitación y me ducharé allí. Te

espero en mi cama —dijo besándola en el cuello y levantándose. Poco después salió de la habitación desnudo.

Tess entró en el cuarto de Delaney diez minutos después con pijama. Él ya estaba metido en la cama. Tess se quitó el pijama y se acostó a su lado.

—Ven, acércate, quiero tenerte pegada a mí.

Delaney le pasó el brazo por detrás y ella se acomodó a su lado apoyando la cabeza en su hombro, su brazo reposando sobre su fornido pecho y una de sus piernas entre las de él.

—¿Estás cómoda?

—Sí. No puedo creer que esté en la cama contigo.

—Tú conseguirías llevarte a la cama a cualquier hombre que desearas —dijo él acariciándole la espalda arriba y abajo.

—Espero no haberte defraudado hasta el momento.

—¿Defraudado? No puedes imaginar lo que me has hecho sentir. Tus manos y tu boca han hecho que perdiera el control, y yo no suelo perderlo. Nunca esperé sentir tanto placer con una principiante.

—Esta noche he sabido, que el destino tenía previsto que tú y yo nos encontráramos —dijo ella acariciando el vello del pecho de él con las yemas de los dedos.

—Deleitame —dijo sonriendo sobre el pelo de ella.

—Tenía que perder la virginidad contigo. Y yo ser tu primera virgen. Teníamos que experimentar esto, juntos.

Ya no dijeron nada ninguno de los dos.

Tess se sentía débil, exhausta, dolorida, bastante incómoda y algo avergonzada, pero también se sentía feliz y encantada de la vida.

Delaney se quedó pensando en las palabras de Tess. Poco después supo que estaba dormida porque había dejado de acariciarle. Se quedó quieto disfrutando de la suavidad, de la calidez y del olor del cuerpo al que estaba abrazado. Tenerla desnuda entre sus brazos y satisfecha era un verdadero placer.

Lo que había sentido esa noche era nuevo para él. Delaney pensaba que ya había experimentado todo lo que podía experimentar con las mujeres. Sabía cómo dar placer a una mujer y sabía el placer que había sentido al estar con ellas, pero nunca había sentido algo tan profundo. Con Tess, el placer, la intimidad..., todo había sido demasiado intenso.

Delaney sabía que era una mujer testaruda, independiente y terca hasta la saciedad, y esa era la razón por la que estaba completamente seguro de que

Tess, era perfecta para él. Y ese pensamiento lo aterró.

No encontraba palabras para describir lo que había sentido al hacer el amor con ella. Quizás fuese porque nunca había estado con una mujer como ella, y además, virgen. O quizás fuera porque era su mujer y ese sentimiento de propiedad, que sentía desde hacía semanas, hubiera aumentado la intensidad de ese momento. Pero, de cualquier manera, nunca había sido tan... intenso.

Capítulo 15

Delaney se despertó al día siguiente a las siete y cuarto de la mañana. Los dos seguían en la misma posición en la que se habían dormido hacía escasamente cuatro horas. Retiró el brazo de detrás de la espalda de Tess con sumo cuidado de no despertarla y salió de la cama. Se puso el pantalón del pijama y una camiseta y salió de la habitación.

—Buenos días Cath —dijo Dealney entrando en la cocina.

—Buenos días. Has madrugado —dijo la mujer volviéndose a mirarlo.

Supo al instante que Tess ya no era virgen.

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Prepararé unos huevos con beicon. Siéntate. ¿Se ha despertado Tess?

—No, sigue dormida. Desayunaré con ella, arriba. Avísame cuando esté listo el desayuno. Estaré en mi despacho.

—Muy bien —dijo la mujer volviéndose de espaldas y sonriendo.

Delaney entró en la cocina poco después de que Cath lo llamara. Cogió la bandeja con el desayuno.

—Cath, si llama o viene alguien buscando a mi mujer o a mí, hemos salido y no volveremos hasta mañana.

—Muy bien.

—Otra cosa. ¿Podrías prepararnos algo para el almuerzo y la cena? Para comer arriba.

—Claro —dijo la mujer.

Delaney subió la escalera con cuidado porque la bandeja era grande y estaba repleta. Entró en el dormitorio y dejó la bandeja sobre el escritorio. Luego volvió a la puerta, la cerró y giró la llave.

Delaney se subió de rodillas a la cama y empezó a besar a Tess en los labios, en el cuello, en los hombros, y fue bajando la sábana poco a poco mientras besaba cada trozo de piel que iba quedando al descubierto.

Tess abrió los ojos para asegurarse de que no estaba soñando.

Delaney seguía con sus besos, ya iba por las caderas y luego el bajo vientre.

Tess le acarició el pelo y él la miró con una sonrisa seductora.

—Buenos días —dijo ella devolviéndole la sonrisa.

—Querrás decir buenas tardes.

—¿Qué? ¿He perdido toda la mañana durmiendo?

—Yo no diría que dormir es una pérdida de tiempo.

—Hoy sí. Quería aprovechar todo el tiempo posible contigo.

—Tranquila, cariño. Todavía no son las ocho de la mañana —dijo colocándose sobre ella para darle un beso que le hizo perder el sentido—. Siéntate y pon las almohadas en tu espalda. He subido el desayuno y estoy hambriento.

—Yo también.

Delaney llevó a la cama la bandeja de patas y la colocó delante de ella. Luego se sentó frente a Tess. Ella se cubrió los pechos con la sábana y Delaney alargó la mano y la bajó para que quedaran de nuevo al descubierto.

—Tienes unos pechos fantásticos, es una pena cubrirlos.

Tess le miró ruborizada y Delaney sonrió por su reacción.

Mientras desayunaban estuvieron hablando de los dos últimos días de su viaje de novios. A Tess le pareció extraño que Delaney sacara ese tema de conversación.

Delaney volvió a decirle que había evitado verla, llamarla y encontrarse con ella porque la deseaba demasiado.

—Eso es lo que suele suceder cuando queremos hacer algo y sabemos que no podemos hacerlo. A mí me sucedía lo mismo, pero yo no necesité evitarte ya que tú lo hacías muy bien.

—Sí, suelo ser bueno en lo que hago —dijo él sonriendo.

—Háblame de la casa esa que tienes en Las Maldivas.

—Fue mi hermano quien la encontró en internet y quien me convenció para que la comprara. En un principio pensé en alquilarla a millonarios, y habría sacado un buen dinero.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Cambié de idea cuando vi la casa y las increíbles playas que la rodean. Sean y yo fuimos a pasar unos días allí. Decidí que sería un buen sitio para ir a descansar de vez en cuando y desconectar del trabajo. Y con la seguridad de que la prensa no tendría acceso.

—Sin embargo, después de esa vez, no volviste por allí.

—Nunca encontré el momento —dijo él levantándose y llevando la bandeja al escritorio.

Tess se levantó al mismo tiempo que él y fue al baño a hacer pis y lavarse y peinarse. Cuando regresó a la habitación vio que Delaney la miraba de arriba abajo. Y Tess supo distinguir el deseo en sus ojos.

—Eres la clase de hombre que hace que una mujer se sienta sexy. Pareces un tipo oscuro, enigmático y peligroso, dominando a todo el que le rodea, con solo una mirada.

—Así que crees que soy peligroso —dijo dedicándole una radiante sonrisa.

—Cualquier mujer estaría en peligro contigo.

—Vuelvo enseguida —dijo riendo—. Y no olvides tus últimas palabras.

Cuando Delaney volvió del baño Tess estaba en la cama cubierta con la sábana. Delaney deslizó la tela hasta los pies, subió a la cama y se puso de rodillas frente a Tess.

—Me estás mirando fijamente —dijo ella ruborizada.

—Esta es mi cama, y en mi cama puedo hacer lo que quiera.

—Ah —dijo ella mordiendo el labio inferior.

—Estoy pensando por dónde empezar.

—¿Sueles planear de antemano qué hacer con una mujer?

—Con las otras no tengo que preocuparme, pero tengo poco tiempo para estar contigo y quiero aprovecharlo al máximo.

Delaney estaba completamente seducido por el cuerpo de Tess, y absolutamente fascinado por su astuta mente y su soltura con las palabras.

—Creo que eres el mejor ejemplo, de lo que buscaba Dios, cuando decidió crear al hombre —dijo ella sonriendo.

—Voy a provocarte los orgasmos de tu vida —soltó Delaney de pronto porque le había afectado seriamente lo que Tess le dijo—. Y cada vez que estés con un hombre recordarás esta vez, conmigo.

Tess soltó una carcajada.

—No creo que puedas superar los orgasmos que me has regalado hasta ahora —dijo con una sonrisa desafiante.

—Deberías tener un poco más de fe en mí.

—¿Has dicho *los*, en plural?

—Cariño, vas a suplicarme —dijo recorriéndole las costillas con los labios.

Delaney consiguió que se le calentara la piel con ese simple roce y que

los músculos de Tess se contrajeron y empezaron a vibrar bajo la boca de él.

—¿Suplicarte? —dijo ella riendo, ya con la respiración agitada.

La sangre de Tess empezó a desplazarse por su cuerpo a una velocidad vertiginosa, calentándole sitios que ni siquiera sabía que existían hasta ese momento.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué pasa? —dijo levantando la cabeza para mirarla.

—Tu olor es afrodisíaco.

Delaney soltó una carcajada.

—Dios, hueles a pecado y eres una auténtica delicia.

A Delaney se le erizó el vello al oír sus palabras. La besó con fuerza en los labios, le lamió el cuello y el hombro, le mordió los pezones e hizo que se volviera loca, llevándola hasta una oscuridad abrasadora, un lugar en el que Tess no había estado antes. Había dado por hecho que él era un hombre peligroso y que podía excitarla hasta que perdiera la cabeza.

Delaney le lamió el vientre y continuó bajando, y Tess se hundió en el colchón, desesperada.

Delaney bajó hasta los pies de Tess y empezó a chuparle los dedos uno a uno. Tess no podía creer que sintiera placer incluso con eso.

Por cada caricia que Delaney le proporcionaba, ella le exigía muchas más. Y cada golpe de placer que sentía Tess, intensificaba los deseos de él.

—Debes saber que sigues sin ser mi tipo —dijo ella, y sonrió al sentir la risa de él en su cuello.

—¿En serio? Porque en este momento parece que mi tipo te va realmente bien.

—Tienes tus momentos —dijo ella riendo.

Delaney la estaba saboreando como si Tess fuera un apetitoso manjar. La mordía, la lamía, la besaba moviéndola de un lado a otro para no olvidar saborear ningún pedacito de su cuerpo.

Divertido al ver la impaciencia de Tess, Delaney relentizó el ritmo de sus caricias, tocándola suavemente como si se tratara del más frágil cristal. Utilizaba las yemas de sus dedos con las caricias más tiernas. La llevó más allá de la intranquilidad, más allá del entendimiento y Tess no podía hacer otra cosa que esperar a ser liberada.

—Me gustaría haberte tocado ayer en la fiesta —dijo mientras le mordisqueaba el cuello y el lóbulo de la oreja—. Te habría llevado a un rincón apartado, o al jardín. Habría deslizado mis dedos por tu húmedo coño.

Te habría subido ese espectacular vestido que llevabas y te habría acariciado hasta que estuvieras tan excitada que me suplicaras. Habría silenciado tus gritos besándote hasta que mis dedos te hicieran llegar al orgasmo, de esta manera —le dijo al oído cuando introdujo dos dedos en su húmeda vagina, y le cubrió la boca con la suya mientras ella jadeaba estremecida.

A Tess le faltaba la respiración y su corazón atronaba en su pecho de manera frenética.

—Te habría bajado el vestido poco a poco, para dejar al descubierto estos deliciosos pechos que me vuelven loco y saborearlos —dijo él lamiéndole los pezones y chupándolos.

Tess no podía respirar. Se estaba ahogando y él no se daba cuenta.

—Luego te habría llevado a un sitio algo más oscuro y te habría sacado ese minúsculo tanga que llevabas, para follarte con mi lengua —dijo él bajando hasta su sexo.

Delaney le flexionó las piernas y se las separó para introducirle la lengua.

—Los labios están hechos para prodigar caricias y susurrar dulces palabras —dijo Tess con la respiración entrecortada.

—¿A esto lo llamas tú dulces palabras?

—No sé si son dulces o no, pero cariño, me estás volviendo loca.

Las manos, los labios y la lengua de Delaney estaban por todas partes. Tess solo deseaba que aquello llegara a su fin, pero Delaney seguía y seguía con una paciencia inagotable.

Siguió martirizándola sin piedad. Su mano era como una llama que iba calentando su piel, haciéndola arder con crueldad. Hasta que al fin la obligó a sumergirse en lo desconocido. Un repentino orgasmo le devastó el cuerpo cuando Delaney le acarició el clítoris con la lengua.

—Del, por favor —dijo cuando su respiración se había estabilizado.

—¿Qué quieres, cielo?

—Quiero tenerte dentro de mí.

Delaney la había imaginado ardiente, solo tenía que pensar en sus besos, pero su respuesta, la reacción auténtica de su cuerpo ante sus caricias, habían sido mucho más de lo que había imaginado. Tess era el perfecto complemento para su cuerpo.

Delaney se deslizó en su interior y ella ronroneó satisfecha por haberlo conseguido.

La penetraba lentamente con embestidas rítmicas y suaves y haciendo

que el placer fuera creciendo en ella gradualmente. Delaney se negaba a darse prisa y en lugar de apremiarle Tess se adaptaba, jadeando en cada envite.

Delaney prestaba atención a cada movimiento para descubrir el ritmo perfecto para complacerla. Y supo que lo había encontrado cuando Tess gritó pronunciando su nombre.

Tess se retorció debajo de él. Lo cogía de las nalgas para que la penetrara más fuerte, cosa que no conseguía.

Cuando Delaney aumentó un poco el ritmo ella se aferró a él cogiéndole de las caderas o de los hombros, alentándolo para que no se detuviera.

En el momento en que Delaney escuchó los primeros jadeos, sacó el miembro de su interior y se echó sobre ella para besarla apasionadamente.

—No, no, no. Por favor.

Delaney la besaba entre risas mientras Tess movía las caderas retorciéndose e intentando que el miembro volviera a su interior, pero Delaney estaba sobre ella, sin dejarla conseguir su propósito. Delaney quería someterla, atormentarla de placer, pero Tess le devolvía cada movimiento con el mismo ímpetu que el suyo.

Poco después volvió a penetrarla y ella rápidamente le rodeó las caderas con las piernas para no darle opción a que se apartara.

—Eres una chica mala —dijo besándola.

—Y tú eres un hombre perverso.

—Tal vez deberíamos dormir un poco, estoy cansado.

—Ya tendrás tiempo de dormir. Antes termina lo que has empezado.

—Eres un poco exigente, ¿no crees? —dijo él sonriendo.

—Por favor. Necesito más.

—¿Más qué?

—Más..., más fuerte.

—¿No te gusta así? —dijo sacando el miembro hasta la punta y volviéndolo a meter hasta el fondo.

—Claro que me gusta.

—¿Crees que te correrás follándote de esta manera? —dijo él moviéndose a un lado para cambiar el ángulo de penetración.

—¡Oh, Dios mío! Sí, sí —dijo levantando las caderas para que la penetrara más hondo.

—Pon una pierna sobre mi hombro y rodéame la cadera con la otra.

Tess lo hizo. Delaney la cogió de las caderas para acercarla a él y la folló con devastadoras embestidas.

Delaney respiraba entrecortadamente. Las sensaciones desconocidas que lo embargaban, el fantástico cuerpo de ella, su apasionado comportamiento ante sus embestidas, el ofrecimiento de su deseo, le daban a aquel acto, bien conocido por él, un nuevo sentido, un placer que no había conocido antes.

Tess gritó sollozando el nombre de él, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas cuando le llegó el orgasmo. Delaney se detuvo un instante porque no quería correrse todavía. Además, quería darle a ella un instante para que se sosegara.

—No sabes cuánto me gusta follarte.

Tess respiró hondo para calmar su agitada respiración.

—Madre mía, te mueves con la precisión de un hombre que no únicamente sabe dar placer a una mujer, sino que quiere dárselo.

—Esas palabras merecen un orgasmo más salvaje.

—Del, no puedo más.

—Tendrás que poder, yo todavía no me he corrido —dijo sacando el miembro del interior de ella—. Date la vuelta, cariño.

Tess se puso boca abajo. Delaney le mordió la nuca y deslizó la lengua por toda la espina dorsal. Le mordisqueó los costados y las caderas mientras Tess se retorció de placer estremecida.

Delaney cogió las dos almohadas de la cama, hizo que Tess levantara las caderas y las colocó debajo de ellas. Luego se inclinó para besarla y morderla en las nalgas. Pasó la mano por debajo de ella para asegurarse de que estaba húmeda.

—Eres muy receptiva.

—Supongo que es lo normal cuando se está con un hombre como tú.

—Me gustaría follarte fuerte.

—Fóllame cómo quieras. Tú eres el experto, pero te aviso que aprendo pronto.

—Ya me he dado cuenta —dijo él riendo.

Delaney la penetró sin contemplaciones. La cogió de las caderas y la embistió con brutales acometidas. Y Tess gritaba con cada una de ellas.

Con la última la penetró hasta el fondo y tras un gruñido desgarrador se vació en ella. Sacó los cojines de debajo de Tess y se echó sobre su espalda besándola en la nuca y el pelo.

—Me gusta muchísimo follarte contigo, pero tengo que decirte que estoy muerto.

—Yo también. Anoche no dormimos demasiado y nos hemos levantado

temprano.

Delaney retiró el pene de ella.

—No te muevas, vuelvo enseguida.

Delaney fue al baño y después de lavarse mojó una toalla con agua caliente y volvió a la cama. Pasó la toalla por la entrepierna y el sexo de Tess y tiró la toalla al suelo.

—Ese ha sido un buen detalle —dijo ella sonriendo—. Tus mujeres estarán encantadas contigo.

—No lo había hecho en mi vida. Hasta yo me he sorprendido —dijo él sonriendo.

Delaney colocó las almohadas en su sitio y se echó apoyando la cabeza en una de ellas. Tess gateó sobre la cama hasta colocarse sobre él y metió el rostro en su cuello.

—No me gusta ser yo quien te diga esto, pero vas a tener que hacer más ejercicio. Un hombre de tu edad no puede descuidarse. Pensaba que estarías en forma y tendrías más aguante.

Delaney sonrió.

—Normalmente tengo más aguante, pero ya te dije anoche que follar es sencillo. Lo complicado es hacer el amor. Y contigo, y por primera vez en mi vida, estoy haciendo el amor. Esto no tiene nada que ver con lo que yo suelo hacer. Con ninguna mujer he sentido lo que estoy sintiendo contigo. Todo está siendo demasiado intenso. Tal vez por eso estoy agotado.

Tess estaba acostada sobre él con los brazos cruzados sobre su pecho y mirándolo.

—Quiero que sepas que en toda mi vida he disfrutado tanto con una mujer, como contigo.

—Entonces será cosa de las vírgenes —dijo ella sonriendo—. Sabes, Del, yo soy mujer de un solo hombre.

—¿Y se supone que ese hombre soy yo? —preguntó algo intranquilo, casi asustado.

—¡Por Dios, no! —dijo ella riendo—. Tú eres el medio para mi iniciación en el arte de... follar.

—Me alegro que te haya servido para tu propósito.

—Después de esta experiencia, me cuesta creer que haya vivido tanto tiempo sin saber que existía un placer tan glorioso, tan ardiente y que te deja completamente satisfecha. Tú has conseguido que la felicidad corriera por mis venas. Y sabes, después de probar esto voy a repetir tantas veces como me sea

posible. Quiero tener un millón de orgasmos, antes de que encuentre al hombre de mi vida.

Delaney se rio, pero en su interior se sintió intranquilo, solo por pensar que ella pudiera estar con otro.

Tess apartó las manos del pecho de Delaney y en su lugar apoyó la cara sobre él.

—Me gusta sentir los latidos de tu corazón. Son arrogantes, y tan fuertes como tú.

—Me pregunto hasta dónde llegará tu romanticismo —dijo él acariciándole el pelo.

Pasaron unos minutos en los que ninguno dijo nada.

—¿Estás dormida?

—¿Crees que una mujer puede dormirse estando encima de un hombre como tú?

—Vaya, ya hacía cinco minutos que no me decías nada bonito.

—Me da la impresión de que mis halagos te complacen más de lo que te incomodan.

—Puede que tengas razón. Tú eres la culpable, por acostumbrarme a ellos.

—¿Te peso mucho? —dijo ella volviendo a colocar los brazos cruzados sobre su pecho y mirándolo.

—Me gusta tenerte desnuda sobre mí.

—Tendré un aspecto horrible, nada que ver con tus mujeres.

—No te subestimes, cielo. Estás preciosa. Tienes el pelo revuelto, la piel sonrojada, los labios hinchados. Me gusta verte así, recién follada.

Tess se rio escondiendo el rostro en su pecho, avergonzada.

—He de admitir que sabes cómo volver loca a una chica.

—Gracias.

—¿Quieres dormir?

—Sí.

—¿Prefieres que te deje solo? Sé que no te gusta dormir con la mujer con la que has follado.

—Quiero dormir contigo.

Tess hizo mención de apartarse de él para acostarse a su lado.

—No te muevas. Quiero dormir contigo, así.

—Bueno, supongo que después de todos esos orgasmos enloquecedores que me has provocado, no puedo negarte nada.

Tess se subió un poco más arriba y le dio un beso cálido que a Delaney le llegó al alma.

—Que descanses —dijo apoyando el rostro en el cuello de él.

—Tú también —dijo rodeándola con los brazos.

—Tu exprometida debió ser la fundadora del club de estúpidas de Nueva York —dijo ella medio adormilada.

Delaney sonrió acariciándole el pelo.

—Hay algo en tu aspecto que, cada vez que te veo, hace que la boca se me haga agua.

Del giró el rostro para besarla en la cara. Se sintió algo incómodo al oír sus palabras, pero ella tenía razón, en el fondo se sentía muy bien cuando le dedicaba una de sus frases. Delaney nunca había pensado en el romanticismo, pero había descubierto que con ella le gustaba. Y las cosas que le decía eran tan románticas...

Tess era una principiante, se decía Delaney con los ojos cerrados. Él era quién había despertado en ella la pasión y la sexualidad. Una sexualidad que manaba del cuerpo de Tess de manera natural. Era increíble que, a pesar de ser una novata, se hubiera sentido más satisfecho con ella que con ninguna otra.

Delaney quería ser quién le enseñara todo lo que sabía sobre el sexo, y quería disfrutar con ella en el proceso.

Ni una sola vez en su vida, en las cientos de relaciones sexuales que había tenido, había mostrado semejante vehemencia. Nunca se había visto inmerso en un conflicto tan intenso, tan arrollador.

Algo inexplicable hacía que el trato con ella fuera diferente a con las otras. Se sentía vivo haciendo el amor con Tess. Y la deseaba desesperadamente con una pasión incontrolada. *Dios, estoy perdido*, pensó.

Eran las dos de la tarde cuando Tess se despertó. Al darse cuenta de que seguía encima de Delaney sonrió. Lo besó suavemente en el cuello y le mordió el lóbulo de la oreja. Delaney se despertó y la besó en el hombro, al mismo tiempo que le acariciaba las nalgas.

—Hola, cielo. ¿Has dormido bien?

—Le vendería mi alma al diablo, por despertarme cada mañana del resto de mi vida, sobre alguien como tú.

—Tus palabras cada vez están más perfeccionadas.

—Gracias. ¿Has descansado tú?

—Sí, me siento genial.

—Todavía no he explorado tu espalda, ¿puedes girarte? —dijo Tess poniéndose a su lado.

—Claro. Haré todo lo que quiera mi halagadora esposa —dijo girándose para ponerse boca abajo y cruzando las manos bajo su rostro.

—Madre mía, por detrás también eres un ejemplar único —dijo deslizando suavemente las yemas de los dedos por su espalda.

—Sabes, cariño, tendrás a cualquier hombre que desees, simplemente con que le dediques una de tus frases.

—Eso espero, porque has puesto el listón muy alto y tendré que buscar a hombres como tú. Después de probarte no voy a conformarme con menos.

Tess iba perfilando con sus dedos cada músculo que encontraba a su paso. Todos los músculos del cuerpo de Delaney estaban alerta. El roce de sus dedos lo estaban martirizando. Y cuando empezó a recorrer de nuevo su cuerpo con los labios Delaney se descontroló. La piel le ardía donde ella le tocaba.

Delaney intentó darse la vuelta porque necesitaba poseerla, pero Tess se sentó sobre él y no lo dejó volverse hasta que consideró que lo había explorado lo suficiente. Entonces le pidió que se diera la vuelta para hacer lo mismo en la parte de delante.

Tess le acariciaba con los dedos, le chupaba, le mordía, le lamía, y Delaney estaba desesperadamente excitado.

Cuando Tess acabó de explorar detenidamente su cuerpo, sin haber rozado siquiera su miembro, que estaba tenso y dispuesto, se echó sobre él. Lo besó de manera posesiva, ardiente y desesperada, con una voraz necesidad que la invadía. Lo besaba con un desenfreno incontenible que Delaney no había experimentado jamás. Delaney le devolvió el beso de igual forma. Besarla era para él un exquisito placer. Se besaron sin ninguna restricción.

Tess se apartó de pronto aturdida, pero no menos aturdida de lo que estaba él. Se deslizó sobre el cuerpo de Delaney para alcanzar el miembro con sus labios. Delaney dio un grito apagado por el placer que sintió en ese instante y levantó las caderas para meterlo más adentro de su boca.

Tess jugó con la polla con su lengua y con sus labios. La mordió por ambos lados. La lamió y volvió a metérsela en su boca.

Delaney necesitaba más, y lo necesitaba ya. Sujetó a Tess de la cabeza para que no la apartara, pero Tess no tenía planeado que se corriera esa vez en

su boca. Se apartó de pronto y Delaney gruñó. Subió por el cuerpo de él para ponerse a horcajadas con la intención de introducir el miembro en su interior, pero Delaney la cogió de las caderas y la levantó en peso para llevarla hacia él.

—Coloca las rodillas a ambos lados de mi cabeza.

Tess se sintió excitada en ese instante y... aturdida. Cuando lo hizo, Delaney le bajó las caderas hasta tener el sexo de ella en su boca.

Tess gimió cuando sintió la lengua de él deslizándose por todas partes, y penetrándola con la lengua al mismo tiempo que le retorció los pezones con sus dedos. Soltó un grito, y luego volvió a gritar pronunciando el nombre de él al alcanzarla un repentino orgasmo y le recorrió un estremecimiento por todo el cuerpo que la dejó paralizada, temblando y semiinconsciente.

Tess se apartó de su rostro y se sentó sobre el pecho de él para intentar volver en sí. Luego se desplazó hacia abajo e introdujo el miembro en su vagina, sin contemplaciones, para meterlo hasta el fondo. Lo miró. Se inclinó hacia él y volvió a besarlo.

Los labios de Tess, su boca, su lengua, la increíble sensación de tenerla abrazada y la manera tan perfecta con que se amoldaba a su cuerpo dejaron a Delaney asombrado y desconcertado. Pero eso no era nada, comparado con lo que sentía al estar dentro de ella. Los músculos del interior de Tess lo aprisionaban en un ardiente calor que lo volvía loco.

Tess empezó a moverse arriba y abajo, al principio lenta y rítmicamente para luego ir incrementando el ritmo hasta que los dos se sintieron descontrolados. Empezaron a gemir y luego a jadear al unísono hasta que alcanzaron juntos un apoteósico orgasmo que los hizo gritar a ambos.

Tess se desplomó sobre él y Delaney la abrazó muy fuerte. Tuvieron que esperar un buen rato hasta tranquilizarse.

—Si me pidieran que describiera lo que he sentido, no sería capaz de expresarme. Ha sido algo indescriptible —dijo ella que seguía con el rostro enterrado en el cuello de él.

—Para mí también ha sido muy intenso —dijo él acariciándole la espalda.

Delaney estaba acostumbrado a la agradable y apacible sensación que se sentía después del sexo, pero con Tess todo era diferente. Cada vez que había hecho el amor con ella, esa satisfacción tan intensa que sentía en todo su cuerpo, y en su mente, ya que no podía pensar en nada excepto en que estaba plenamente saciado. Todo lo que sentía era superior a cualquier experiencia

anterior. Todo era completamente diferente, de una forma que no sería capaz de expresar.

Delaney sabía que a través de los años su paladar se habría perfeccionado y que era normal que después de todas sus experiencias con mujeres se sintiera embriagado con lo que había sentido con Tess. Pero su instinto le decía que ese placer que compartía con ella era más depurado, más exquisito, una experiencia superior. Se preguntaba si era eso lo que se había preguntado tantas veces después de estar con una mujer.

—¿Tienes hambre? —preguntó Delaney dejando a un lado sus desconcertantes pensamientos.

—Estoy hambrienta.

—Bajaré a por algo para comer. ¿O prefieres bajar?

—Quiero comer aquí. Pero bajaré yo. Así Cath sabrá que estoy viva y que no me tienes prisionera en tu habitación —dijo ella levantándose.

—Vale —dijo él sonriendo.

—Voy a lavarme un poco y a peinarme —dijo dirigiéndose al baño.

Cuando volvió al dormitorio se puso el pijama.

—¿Estoy presentable?

—Estás preciosa.

—¿Se me nota que acabo de tener sexo?

—Me temo que sí —dijo él riendo.

Tess soltó un bufido y salió de la habitación.

Jack y Cath estaban sentados en la mesa de la cocina tomando café cuando Tess entró.

—Hola.

—Hola, cariño —dijo la mujer mirándola y sonriendo.

—Hola, Tess —dijo Jack mirándola también.

—Voy a preparar algo para comer.

—Ya os lo he preparado, está en esa bandeja —dijo Cath señalando la bancada.

—Oh, gracias.

—No hay de qué.

Tess se acercó a la bandeja y sonrió al ver la cantidad de cosas que les había preparado, todo para comer con las manos. Tess añadió una botella grande de agua fría y cogió la bandeja. Antes de salir se acercó a la mujer

para hablarle al oído.

—Ya no soy virgen.

—Lo suponía. ¿Ha ido todo bien?

—Mejor que bien.

—No hay nada como un hombre experimentado para eso.

—Luego bajaré a por unos cafés.

—Bien.

Tess abandonó la cocina y subió al dormitorio.

—¿Crees que esos dos terminarán juntos? —preguntó Cath a Jack.

—Eso espero. Me gusta esa chica.

—A mí también.

—Delaney se merece una mujer dulce y cariñosa y Tess, sin lugar a dudas, posee esas cualidades en abundancia. Pero, al mismo tiempo necesita una mujer con temperamento, que lo desafíe, que le plante cara, que sea posesiva con lo que es suyo y que sepa mantenerlo a raya. Y creo que Tess también tiene todas esas cualidades. Sí, creo que es la mujer perfecta para Delaney.

—Tienes razón. Creo que Tess tiene la ternura y la amabilidad necesarias para ablandar el corazón de nuestro chico —dijo la mujer convencida—. Además de la belleza, la fuerza y el temperamento que va a necesitar para derretir a ese obstinado seductor del que se resiste a desprenderse. Ella logrará mantenerlo a raya, a pesar de su juventud. Tess todavía no se ha dado cuenta del poder que tiene sobre él. Cuando lo sepa lo va a convertir en un tierno peluche —dijo ella riendo.

—Lo sé —dijo Jack riendo también—. Y lo mejor de todo es que Delaney, ni siquiera es consciente de ello. Desde que Tess apareció en su vida está cambiado.

—Está enamorado, Jack, y eso hace que se sienta ofuscado. Está celoso de todos los hombres con los que se relaciona Tess, incluido Sean.

—Ya me he dado cuenta —dijo el hombre sonriendo.

—Si se hubieran conocido de manera natural y no le hubiese ofrecido ese estúpido acuerdo...

—Puede que no se hubieran conocido de no haber sido por ese acuerdo.

—Eso no lo podemos saber —dijo Cath.

—Delaney no se habría fijado en ella, se ha encasillado en un tipo de mujeres que no tienen nada que ver con Tess.

—Cierto, pero cuando buscó a una para casarse, la eligió a ella. Espero

que sea lo suficientemente inteligente para no dejarla escapar. Al menos ha perdido la virginidad con él, puede que eso sea un punto a favor de Tess.

—¿Tess era virgen? —preguntó Jack, aunque ya lo había oído cuando Tess se estaba probando los trajes de novia.

—Sí, hasta anoche. Esa chica está loca por él. Espero que todas estas horas que están pasando juntos lo ayuden a darse cuenta de que está enamorado. Aunque..., no sé, después de lo de su ex, se le metió en la cabeza que todas las mujeres son iguales que ella —dijo Cath—. Y menos mal que no se casaron. A mí nunca me gustó Emily, me miraba siempre por encima del hombro. Y no hay que olvidar todo el dinero que le sacó con esos regalos tan caros. Siempre me pregunté qué había visto Delaney en ella. Ni siquiera a Louise y a Patrick les gustaba.

—Sean era el único que le decía siempre la verdad a Delaney. Él sabía que estaba con él por su dinero.

—Tú también pensaste que Tess estaba con él por su dinero.

—Lo sé. Pero cuando supe que Tess no había usado ni una sola vez la tarjeta del banco que Delaney le dio, me di cuenta de que me había equivocado con ella. Aunque también ayudó el que aquel día que Tess salió con Sean y se emborrachara, hablara más de la cuenta y dijera que lo quería.

—Le he aconsejado a Tess que salga a menudo con Carter y con Sean, sé que a Delaney no le gusta que lo haga.

—Sí, está celoso —dijo Jack riendo—. Me gusta verle así, desconcertado por lo que siente por ella.

—Hola —dijo Tess entrando en la habitación y sonriéndole.

—Hola, ¿todo bien por la cocina?

—Jack y Cath estaban tomando café.

—¿Te han hecho alguna insinuación, fuera de lugar?

—Del, soy la señora de la casa, no se atreverían.

—Tienes razón —dijo sonriendo.

—¿Dónde quieres que comamos?

—Aquí, en la cama —dijo él.

—Cath tenía nuestra comida preparada —dijo dejando la bandeja de patas sobre la cama.

—Cuando bajé a por el desayuno le pedí que nos preparara algo para almorzar y también la cena. Y le dije que comeríamos aquí.

—Ah, por eso nos ha preparado todas estas cosas para que no tengamos que utilizar cubiertos. Seguro que sabía que comeríamos en la cama.

—Sí, Cath es lista.

—Luego te toca a ti bajar a por los cafés.

—¿Para dar fe de vida? —dijo él sonriendo.

—Algo así —dijo Tess subiendo a la cama y sentándose frente a él—.

¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Sigues sin querer que nos conozcamos? Tenemos que hablar de algo mientras comemos.

—Adelante, pregunta lo que desees.

—¿Puedes hablarme de tu prometida?

—Exprometida. ¿Por qué?

—Por nada en particular. Es alguien que supongo que ya no te importa, y a mí menos. Pero es parte de tu pasado y tú conoces el mío. De hecho, creo que conoces toda mi vida —dijo ella dándole una servilleta.

—De acuerdo. Conocí a Emily hace seis años y estuvimos saliendo tres. Era abogada y tenía un año menos que yo.

—¿Vivísteis juntos?

—No. Normalmente iba yo a su casa, pasábamos un rato y algunas veces me quedaba a dormir.

—Entonces lo de no quedarte a dormir con las mujeres con las que sales fue algo que decidiste después de romper con ella.

—Sí.

—¿Por qué tomaste esa decisión?

—Pienso que dormir con una mujer es más íntimo incluso, que mantener relaciones sexuales.

—Pero conmigo lo has hecho.

—Tú eres mi mujer.

—Buena contestación —dijo ella riendo—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis prometidos?

—Cinco o seis meses.

—¿Por qué rompisteis?

—Le presenté a un amigo de Nathan y mío de la universidad. Una noche salimos a cenar los cuatro. Unas semanas después volví de viaje antes de lo previsto y fui a su casa directamente desde el aeropuerto. Quería darle una sorpresa —dijo él sonriendo—, y la sorpresa me la llevé yo. La encontré con

mi amigo, el que le había presentado unas semanas atrás. Me marché de su casa sin decir nada.

—¿Hablasteis más adelante sobre ello?

—¿De qué teníamos que hablar? Estaban los dos desnudos en el sofá. ¿Qué explicación crees que podría haberme dado?

—¿Te sentiste muy mal?

—Me sentí traicionado.

—¿La has visto en alguna ocasión después de eso?

—Sí, en un par de fiestas, pero ni siquiera la saludé.

—¿La querías?

—Me hice muchas veces esa pregunta, pero lo cierto es que no la eché de menos.

—Entonces es que no estabas enamorado de ella. ¿Por qué ibas a casarte con ella si no la querías?

—Supongo que creía que la quería. Había salido antes con algunas mujeres y pensé que era hora de sentar la cabeza.

—¿Fue ella la causa de que después de vuestra ruptura salieras indiscriminadamente con mujeres?

—Es posible. Comprendí que ella estaba conmigo por mi dinero. Bueno, Sean lo sabía desde hacía tiempo y me lo decía a menudo, pero no le creí.

—¿Cómo lo sabía Sean?

—De vez en cuando hablábamos de ella. Él sabía que cualquier cosa que Emily mencionara, algo que deseara tener, yo se la compraba. Me estuvo manipulando y yo ni siquiera me daba cuenta. Lo cierto es que no me preocupaba de esos detalles, al fin y al cabo, iba a ser mi mujer, ¿qué importaba si gastaba ese dinero antes o después de casarnos?

—¿Cómo se tomaron tus padres lo de vuestra ruptura? ¿Les afectó mucho?

—En absoluto, creo que más bien se alegraron. Mi madre no se metía en nada, pero a veces me preguntaba: *¿Estás seguro de que Emily es la mujer adecuada?* Cuando me lo decía no le prestaba atención, es más, me cabreaba. Pero cuando rompimos y pensé en ello, supe que mis padres sabían que ella no era la mujer que yo necesitaba.

—¿Y pensabas encontrar a tu futura esposa saliendo con las mujeres con las que sales?

—Salgo con esas mujeres, precisamente porque no quiero una esposa. Lo de casarme y formar una familia no es lo mío.

—De manera que te dedicas a utilizarlas a la ligera, solo para el sexo, y luego las desechas como si fueran un par de calcetines usados.

—Ahora sabes qué es el sexo, ¿no te parece una buena razón?

—Sí, estoy absolutamente de acuerdo. Puede que cuando termine contigo me dedique a lo mismo que tú. Todavía soy joven para casarme y puedo disfrutar del sexo unos cuantos años.

—¿Cuándo termines conmigo? —dijo él riendo.

—Me refiero a cuando se termine el día. Entonces ya no sentiremos la atracción que sentíamos y podremos retomar nuestras vidas. La tuya seguirá siendo la misma, pero la mía habrá cambiado. Tú me has ayudado a que vea lo que me he perdido y, sinceramente, me temo que ya no podré prescindir del sexo. Umm, este pollo está riquísimo.

—Sí, Cath es una buena cocinera.

—Sabes, ayer cuando salimos de la fiesta de vuelta a tu casa, pensé, *voy a pasar dos noche y un día haciendo el amor con Delaney*. Es cierto que no tenía idea de cómo iba a sentirme, ni de lo que iba a experimentar, pero únicamente saber que iba a estar contigo, era suficiente para pensar que me llevarías al cielo, y lo has conseguido —dijo riendo—. Y pensé que mañana regresaría al infierno de mi vida, porque últimamente no me he sentido feliz. Pero las cosas han cambiado y tú has sido la causa de que se produzca ese cambio en mí. Mi vida no va a volver a ser un infierno porque voy a disfrutar del cielo que tú me has mostrado.

—¿Sabes ya el lugar dónde encontrar hombres?

—Aunque no lo creas, he tenido muchas oportunidades, que he rechazado.

—¿Puedo preguntarte dónde?

—Varias veces han intentado ligar conmigo en el trabajo. Incluso un escritor que vino a Nueva York recientemente se me insinuó. Y amigos de Carter, y de Logan han intentado seducirme. Apuesto a que para ti será algo difícil de creer, pero te aseguro que es cierto. Lo único que he de hacer a partir de ahora es seleccionar a los más adecuados. Parece ser que la edad es importante, así que me centraré en los mayores de treinta.

Delaney la escuchaba mientras ella comía, intranquilo. No tenía duda de que algunos hombres hubieran intentado seducirla, y sabía que lo seguirían haciendo, con la diferencia de que ahora, Tess se dejaría seducir. Y eso lo estaba volviendo loco.

Tess hablaba con naturalidad, con la franqueza que la caracterizaba, y a

Delaney se lo llevaban los demonios por verla tan tranquila.

—Supongo que tú podrías ayudarme. Apuesto a que sabes qué hombres son buenos en la cama. Y si te acompaño a alguna fiesta, antes de que finalice lo nuestro, podrías presentarme a los que creas adecuados —dijo ella tranquilamente—. No vayas a pensar que voy a acostarme con ningún conocido tuyo mientras estemos casados, yo no haría nada que pudiera perjudicarte. Pero puedo ir elaborando una lista con los hombres que me digas. Y sabes, a esa lista añadiré, en primer lugar a tu hermano, que es lo más parecido a ti que voy a encontrar. Y en segundo lugar, a tu abogado.

—¿A Nathan? ¿Piensas acostarte con Nathan? Ni siquiera te cae bien.

—Lo sé, pero tienes que reconocer que es un bombón de tío. Y me da la impresión de que piensa como tú respecto a las mujeres. Y yo no quiero un marido, únicamente quiero disfrutar de un hombre que sepa lo que hace, durante un corto tiempo, y luego pasar a otro, como haces tú.

—¿Vas a buscarlos ricos?

—El dinero no tiene que ver con el sexo. Míranos, llevamos aquí desde anoche disfrutando, al menos yo, y no hemos gastado ni un céntimo.

—¿Crees que no estoy disfrutando contigo?

—Supongo que sí, de lo contrario, ya te habrías marchado en busca de otra. Espero que no sigas aquí, simplemente porque seas mi primer hombre. Si ese es el caso, por favor, no lo digas.

—Tengo que decirte que, a pesar de que no me gusta todo lo que acabas de decir, sobre lo que parece ser que será tu futura vida, estoy disfrutando contigo como no lo había hecho con ninguna otra mujer. Y te aseguro que tu virginidad no ha tenido nada que ver con ello.

—¿No apruebas mis futuros planes? Es lo que tú haces. ¿Qué diferencia hay entre tú y yo? ¿Y qué quieres decir con que no te gusta lo que he dicho?

—A pesar de la igualdad de derechos, ya deberías saber que no se piensa lo mismo sobre algunas cosas, si las hace un hombre o una mujer. Y sí, sé que yo hago precisamente lo que has dicho, pero yo soy un hombre. En cuanto a por qué no me gusta, es porque hoy estamos juntos, haciendo el amor, y a ningún hombre le gusta que la mujer a quién se está follando le diga algo así.

—¿Habrías preferido que te lo dijera cualquier otro día, cuando nos viéramos?

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que no me ha gustado escucharlo. Tess, tú eres una chica íntegra y deberías buscar al hombre

adecuado para mantener una relación seria.

—No te digo que no vaya a hacerlo, pero mientras aparece ese hombre adecuado, me divertiré todo lo posible, con hombres inadecuados. Que, sinceramente, creo que son los mejores para divertirse. Mejor olvidamos esta conversación —dijo ella sin dejar de comer.

—De acuerdo, pero antes de que cambiemos de tema quiero hacerte una pregunta.

—Dime.

—En la lista esa que has mencionado, no me has incluido.

—Por supuesto que no. Estamos aquí porque es una decisión que hemos tomado juntos, respecto a nuestro acuerdo. Quedamos en que sería solo una vez —dijo ella sonriendo—. Del, estar contigo es una delicia y estoy segura, no, estoy completamente segura, de que no volveré a sentir con ningún otro hombre lo que tú me has hecho sentir. Y además quiero decirte que nunca, jamás, olvidaré este fin de semana. Llevaré este recuerdo en mi corazón durante el resto de mi vida.

—Vaya, eso es todo un cumplido.

—Yo soy muy cumplida. Nos lo hemos comido todo —dijo ella riendo.

—El sexo abre el apetito.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Voy a bajar a por unos cafés. ¿Quieres algo de la cocina? —dijo Delaney levantándose de la cama.

—¿Quieres seguir pasando el día conmigo?

—Por supuesto.

—En ese caso, solo te necesito a ti.

Delaney le sonrió. Cogió la bandeja y bajó a la cocina. Jack se había marchado y Cath estaba planchando.

—Hola, Cath.

—Hola, Delaney, ¿va todo bien? —dijo la mujer evitando sonreír.

Hacía años que Catherine no veía a Delaney con aspecto desaliñado, con la barba incipiente, el pelo despeinado y con una sombra de cansancio debajo de los ojos.

—Sí. Voy a preparar unos cafés.

—Puedo hacerlo yo.

—Sigue con lo que estás haciendo.

—De acuerdo. En el armario que hay sobre la cafetera hay unas galletas que le gustan a Tess.

—Vale.

—¿Para qué hora quieres que os prepare la cena?

—Sobre las nueve.

—Bien.

—El pollo estaba riquísimo.

—Gracias.

Cuando lo tuvo todo preparado en la bandeja Delaney se dirigió a la puerta.

—Hasta luego —dijo sin mirar a la mujer.

Delaney entró en el dormitorio.

—Te he echado de menos.

—¿Por no verme en quince minutos? —dijo él sonriendo mientras dejaba la bandeja sobre la cama.

—Sí. Creo que a partir de mañana voy a echarte mucho más de menos, después de pasar tanto tiempo juntos.

—Cuando me echés de menos puedes llamarme.

—No creo que lo haga. Mañana todo volverá a ser como antes, pero echándote de menos —dijo ella sonriendo mientras daba un mordisco a una galleta.

—Cada vez que te miro te encuentro más guapa.

—Eso es porque estás aturdido de estar tanto tiempo encerrado en una habitación con una mujer. O tal vez sea porque te haya afectado el dormir toda la noche abrazado a mí. Recuerda que no es lo que sueles hacer.

—He dormido muy bien contigo, y no es la primera vez.

—Yo también he dormido muy bien contigo. Ha sido mejor que dormir con mi osito. Umm, me encantan las galletas de Cath.

Delaney la estaba mirando insistentemente.

—Siempre me ha gustado la forma que tienes de mirarme. No solo me miras sino que mientras lo haces, piensas en mí.

—¿En quién iba a pensar si no?

—Creo que necesitamos una ducha, hemos sudado bastante.

—¿Qué tal si tomamos un baño?

—Eso sería fantástico. Y será la primera vez que nos bañamos juntos.

—Iré a preparar la bañera —dijo Delaney tomándose lo que le quedaba del café.

—Voy a subir a por el cepillo de dientes.

Poco después Tess volvió a entrar en la habitación. Vio a Delaney en la terraza y se dirigió al baño. Delaney entró cuando ella se estaba lavando los dientes.

—El baño está listo —dijo él sacándose el pijama y metiéndose en la bañera—. Ven.

Tess entró en la bañera cogida de su mano y se sentó delante de él.

Delaney la cogió de la cintura con un brazo y la arrastró hasta quedar pegada a él. Luego se puso gel en las manos y fue pasándolas por el cuello, los hombros, los brazos y el vientre de ella. Bajó la mano hasta su sexo y la posó allí, abarcándolo todo. Luego sacó la mano del agua para volver a echarse gel y volvió a bajarla hasta su sexo para lavarla.

Tess dio un respingo al sentir sus dedos acariciando su clítoris y se echó hacia atrás apoyándose en su hombro y soltando un gemido.

—Me gusta mucho hacer el amor contigo.

—Y a mí contigo —dijo él.

—Me va a ser difícil encontrar a un ejemplar que esté a tu altura.

Delaney se rio.

—Echaba de menos que soltaras algo que me hiciera sentir incómodo.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me gusta que me hagas sentir incómodo. Aunque creo que no merezco todos los halagos que me dedicas.

—Yo no hablo por hablar —dijo ella sacando una pierna del agua para pasar la mano enjabonada por ella y luego por la otra.

Delaney colocó las manos sobre los pechos de Tess y acarició los pezones con los dedos que, rápidamente se pusieron duros.

Tess puso las manos sobre los muslos de él y los apretó al sentir el estremecimiento que le recorría el cuerpo.

Delaney introdujo una mano en el agua para volver a acariciarle el clítoris mientras le mordisqueaba el cuello. La penetró con un dedo y ella elevó las caderas instintivamente para apretarse contra su mano.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Tess jadeando.

—Sabes, cielo. Pensaba que después de hacerlo contigo una o tal vez dos veces, ya no te desearía.

Tess seguía jadeando mientras Delaney metía y sacaba de su interior,

ahora dos dedos.

—Pero ahora te deseo más que antes.

—No te preocupes. Cuando acabes conmigo, estarás tan harto de mí, que no querrás volver a verme. Y apuesto que me evitarás con más ahínco del que has demostrado hasta ahora.

—Espero que tengas razón.

—Yo siempre tengo razón. A mí me sucederá lo mismo. A veces me divierte esquivarte, es complicado saber a qué hora saldrás de casa o a qué hora volverás...

Delaney sacó los dedos de su interior y le acarició los muslos.

Tess se apartó para darse la vuelta y colocarse frente a él sentada a horcajadas sobre sus muslos. Se puso gel en las manos y empezó a lavarle acariciándole el cuello, la espalda, los fuertes hombros, los increíbles brazos y los espectaculares pectorales y abdominales. Deslizaba las manos sobre él con tal delicadeza que a Delaney se le iban tensando los músculos al paso de sus dedos. Luego se apartó un poco de él, se puso gel de nuevo en la mano y la bajó hasta su miembro para acariciarlo en toda su longitud.

El pene se endureció más de lo que estaba con el contacto de su mano.

Tess se mordió el labio inferior con despreocupación y Delaney se abalanzó sobre su boca cogiéndola de la nuca para atraerla hacia él. Tess seguía acariciando el miembro y Delaney gemía de placer en la boca de ella.

Sin dejar de besarle, Tess se colocó de rodillas a ambos lados de las caderas de él y se ayudó de la mano para colocar el pene en la entrada de su vagina. Apartó la boca de él y empezó a bajar las caderas lentamente introduciéndolo hasta el fondo.

—Sí —dijo Delaney cogiéndola del pelo y acercándola de nuevo para besarla.

Tess metió los dedos entre el pelo de él para sujetarlo y que no se apartara. Se sentía completamente invadida, deliciosamente invadida. Deseó quedarse con él allí, para siempre.

Tess apartó la boca de él, acomodó bien las rodillas a ambos lados de Delaney y empezó a moverse arriba y abajo sujetándose de sus poderosos brazos.

Delaney sentía cada roce de las manos de ella, cada movimiento, cada envite, de un modo que no había sentido nunca antes.

Sus ojos se encontraron y no volvieron a apartarse.

Tess se detuvo, se elevó hasta que el pene estuvo casi fuera y se dejó

caer de golpe.

—No sabes el gusto que me estás dando.

—Seguro que no más del que yo siento —dijo ella.

—Está toda dentro.

—Me gusta tenerte dentro de mí.

—Cielo, me encanta follarte —dijo acercándose a uno de los pezones y cogiéndolo con los dientes lo que provocó que Tess soltara un grito tanto de dolor como de placer.

Delaney la sujetó del pelo cuando los suaves espasmos se presentaron en oleadas hasta que se convirtieron en una pura convulsión. El orgasmo alcanzó a Tess con brutalidad.

Delaney la miró fijamente mientras ella se corría con una intensidad desmesurada y gritando el nombre de él. Y dos segundos después se corrió él enlazando su orgasmo con el de ella.

Delaney la besó recogiendo en su boca los gemidos y los jadeos de ambos.

Se mantuvieron abrazados e inmóviles hasta que sus respiraciones volvieron a la normalidad.

—Dios mío, Del, ha sido fantástico —dijo ella con la cabeza metida en su cuello.

—Sí, cariño, eres fantástica follando. Tú estás mostrándome lo que es en realidad el placer. No he sentido nada igual antes. ¿Sabes que me gustas mucho?

—Supongo que por eso me elegiste para que me casara contigo —dijo ella sonriendo en su cuello.

Delaney la cogió de la nuca y la acercó a él para besarla de nuevo.

Cuando acabaron de lavarse y enjuagarse con la ducha salieron de la bañera. Delaney la secó con la toalla besándola por todas partes y luego se secó él.

—¿Te parece que descansemos un poco? —preguntó ella.

—Me parece perfecto.

Se metieron en la cama. Delaney se colocó de lado y ella se acomodó pegando su espalda al pecho de él. Delaney la rodeó con su brazo. En pocos minutos Tess se quedó dormida.

Delaney se sentía completamente satisfecho y relajado de una manera que no había conocido antes. Y ese era el problema que acuciaba sus pensamientos. Con Tess todo era distinto y demasiado bueno. Más tarde

recapacitaría y descubriría por qué era diferente, con ella.

Delaney se despertó pasadas las diez de la noche, aunque ellos se habían olvidado de preocuparse de la hora desde que volvieron de la fiesta la noche anterior.

—Cariño, despierta —dijo besándola en el cuello—. Estoy hambriento.

—¿De mí? —preguntó ella medio dormida.

—De ti también —dijo él riendo—, pero estoy muerto de hambre de comida y son más de las diez.

—¿De la mañana o de la noche?

—De la noche —dijo él riendo de nuevo—. ¿Quieres que bajemos a cenar? Cath ya estará en su salón viendo la televisión.

—Sí, bajemos. Tanta cama va a hacer que se me atrofien las piernas.

—Pues vamos.

Se pusieron los pijamas y bajaron la escalera cogidos de la mano.

Al entrar en la cocina vieron que Cath les había preparado la cena en una bandeja que estaba sobre la bancada.

—Cath pensará que te has vuelto loco al estar tanto tiempo encerrado en tu habitación. No sueles estar allí, si no es para dormir —dijo ella poniendo todo en la mesa.

—Esta vez tengo una razón muy importante para estar en mi habitación.

—Dios, yo también estoy hambrienta. ¿Quieres cerveza, vino...?

—Abriré una botella de vino —dijo él sacando una botella de la nevera y abriéndola.

Se sentaron a la mesa. Cath les había preparado un plato con salmón ahumado espolvoreado con cebollitas y alcaparras, unas varitas de pescado rebozado con patatas y tomates asados al horno, y de postre tarta de manzana.

—Qué buena pinta tiene todo. Mira, ha preparado incluso pan de ajo. Me encanta y no puedo comerlo a menudo por el olor. ¿Tú vas a comer? Porque si tú no come, yo tampoco.

—Me gusta el pan de ajo y voy a comer.

—Perfecto.

—Creo que me comentaste que tendrías unos días libres en julio.

—Sí, del uno al cuatro.

—¿Quieres pasarlos en la casa de Las Maldivas?

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—Me encantaría.

—Si no me equivoco, el día uno es sábado. Podría arreglarlo para salir el viernes después de que termines el trabajo. Aunque, tal vez sea poco tiempo. ¿Crees que podrías cogerte algún día más?

—No estoy segura. Hablaré con mi jefe, puede que me de también el día cinco.

—Si no te lo concede dímelo y hablaré con él.

—De acuerdo, te lo diré mañana. ¿Qué ropa tendré que llevar?

—Te diré cómo es aquello y tú decides.

—Vale.

—Es una isla muy pequeña en la que solo hay una casa, una casa muy grande, por cierto. Las playas son de ensueño. No hay tiendas, ni bares, ni restaurantes... En la isla no hay nada, excepto la casa. Para ir desde aquí hay que ir en avión hasta el aeropuerto más cercano. Luego coger una avioneta para ir a la isla de al lado. Y desde allí hay que ir por mar. La isla es demasiado pequeña para que una avioneta pueda aterrizar.

—¿Tan pequeña es?

—Me temo que sí. Tienes que decirme si quieres que haya alguien allí para que se encargue de cocinar.

—No hace falta, cocinaré yo.

—En ese caso, me ocuparé de que la despensa y la nevera estén llenas.

—Por lo que me has dicho, no voy a necesitar más que un par de biquinis descarados, ya que no habrá vecinos, y un bronceador. ¿Por qué hay solamente una casa?

—Porque la isla es mía y me gusta no tener vecinos.

—¿Tienes una isla?! —dijo ella sonriendo.

—Sí.

—Dios mío, eres la hostia.

—Gracias —dijo él riendo—. Pero no te hagas ilusiones, te aseguro que la isla es miniatura. Seguro que te aburrirás.

—No me aburriré.

Terminaron de cenar y entre los dos recogieron lo de la mesa y metieron todo en el lavavajillas.

—Volvamos a nuestro nido de amor —dijo él cogiéndola de la mano y saliendo de la cocina.

—¿Cuándo se supone que vamos a terminar lo que empezamos anoche?

—preguntó ella.

—Me gustaría estar contigo hasta el último momento. Y tengo que decirte que no se ha apagado el deseo que siento por ti.

Tess le dedicó una sonrisa radiante, suave y cálida. Delaney quiso decirle..., no, quiso ordenarle que no dedicara esa sonrisa a los demás. Un sentimiento se apoderó de Delaney y quiso que ella le dedicara esas sonrisas, solo a él.

Cuando llegaron al rellano de la primera planta Tess lo miró a los ojos y sintió una punzada de deseo que no pudo controlar. Soltó su mano y lo empujó del pecho con fuerza hasta que él chocó con la pared. Tess se abalanzó sobre él y pegó los labios a los suyos.

Tess lo besó de tal forma que la idea de protestar, a Delaney le pareció estúpida. El inesperado arrebató hizo que una corriente de excitación lo estremeciera con fuerza recorriéndolo de arriba abajo.

Tess le acarició los labios con su lengua, le mordió ligeramente el labio provocándolo y le rodeó el cuello con los brazos para darle un largo y lento beso que lo dejó petrificado y ardiendo.

Tess retiró una de sus manos del cuello de él y la bajó para meterla dentro del pantalón del pijama agarrando fuertemente el miembro con su mano.

Unas punzadas afiladas de deseo surgieron del interior de Delaney y le sacudió una especie de locura, un hambre desesperada de ella y les sobrevino a ambos un placer tan intenso que les hacía perder el sentido.

Respirando agitadamente por las brucas caricias de Tess, que lo excitaban hasta el límite, la sujetó de las nalgas para atraerla hacia él.

Una mano de Tess seguía apretando la polla de manera posesiva y brutal y la otra le acariciaba por todas partes.

Delaney la fue empujando mientras se quitaban las camisetas el uno al otro y entraban en el dormitorio dando tumbos. Cerró la puerta y la apoyó contra ella casi sin aliento.

Tess se bajó el pantalón del pijama y lo retiró con sus pies. Luego le bajó el de él y Delaney se lo quitó tratando de mantener el equilibrio.

Tess subió una de las piernas hasta la cadera de Delaney y él la subió con su brazo para que ella se enroscara con las dos piernas a su cuerpo.

Delaney sentía las manos de ella en sus hombros. Sentía su aroma que lo envolvía aturdiéndolo. Y en ese momento supo que lo quería todo de ella. Lo

necesitaba todo con desesperación.

Delaney la penetró con una fuerte estocada que hizo a Tess gritar. Fue todo tan intenso... Sentían tanta hambre y necesidad el uno del otro que estaban descontrolados y desesperados por llegar al final.

Tess se aferró a él con los brazos y las piernas mientras su cuerpo se sacudía con las deliciosas réplicas que la agitaban y la hacían estremecer.

Delaney siguió moviéndose con arremetidas implacables hasta que las sacudidas de Tess acabaron y después aceleró el ritmo con embestidas frenéticas buscando su propio orgasmo.

Delaney fue dando pasos hacia atrás, con ella entre sus brazos y cuando llegó al borde de la cama se derrumbó de espaldas sobre ella sin soltar a Tess.

Tess se desplomó sobre él agotada, con el corazón retumbando en su pecho y escondió el rostro en el cuello de él, algo avergonzada.

—Lo siento, tenía un poco de prisa —dijo ella en su cuello mientras intentaba serenar los estremecimientos que le azotaban el cuerpo.

—No hace falta que te disculpes, me ha gustado tu fogoso arrebató y me has puesto a cien en décimas de segundo.

Tess lo había abatido y eso sí que era una novedad para Delaney.

—¿Qué ha sucedido con mi amante tímida y principiante?

—Creo que ... —dijo ella moviendo las caderas descaradamente con el miembro aún en su interior—, creo que tus enseñanzas han servido para que me convierta en una auténtica desvergonzada.

Delaney soltó una carcajada.

—No puedo saber cuál de los orgasmos que hemos compartido ha sido el más intenso. Me da la impresión de que la intensidad aumenta a medida que pasan las horas.

—Va a ser difícil sobrellevar esta situación porque, me temo, que mi deseo por ti no ha disminuido ni un ápice —dijo ella—. Dijiste que cuando lo hiciéramos una o dos veces, este ansia se extinguiría.

—Eso es lo que pensé que sucedería.

—Te propongo que, como es bastante tarde y mañana tenemos que trabajar, lo hagamos una última vez y demos por terminado nuestro fin de semana de sexo desenfrenado.

—Me parece bien —dijo él aunque no muy convencido.

—Voy a bajar a por una botella de agua, estoy sedienta.

—Vale.

Tess se apartó sintiendo un vacío al retirarse el miembro de su interior.

Se puso el pijama y salió de la habitación.

Delaney se tapó con la sábana hasta la cintura. Cerró los ojos intentando comprender lo que le sucedía. Al menos su mente volvía a estar en funcionamiento, aunque cada vez que pensaba en lo que había sucedido desde que habían vuelto de la fiesta la noche anterior, intentaba averiguar qué significaba todo aquello. Habían decidido tener sexo. Solo sexo. Pero, la única respuesta que encontraba a todas las preguntas que se hacía, era un cúmulo de emociones a las que no estaba acostumbrado. Muchas eran incluso desconocidas para él. Pero había reconocido una con toda claridad. Era tan poderosa que no podía evitar que diera vueltas por su mente una y otra vez. Tess era suya, y no quería que fuera de nadie más.

Tess entró en el dormitorio, cerró la puerta y sonrió.

—¿Por qué sonríes?

—Toda la habitación está impregnada de un aroma inequívoco. Huele a sexo.

—Ojalá no se evapore en algún tiempo, así podré recordar lo que ha sucedido aquí —dijo él sonriendo.

Tess se quitó el pijama y se metió en la cama. Se acercó a él y lo besó en los labios.

Poco después estaban haciendo el amor de nuevo. Por última vez.

Tess había cambiado después de saborear el éxtasis y todos los orgasmos. Ahora sabía con toda seguridad que no podría vivir sin Delaney. Era como si la hubiera marcado a fuego dejando patente, que era suya.

Después de todas esas horas, Tess había sabido que había algo que los implicaba, a ambos. Algo que los ligaba. Algo que los unía inexorablemente. Todos los sentimientos que habían experimentado los dos y que había sido capaz de adivinar en el rostro de Delaney, todas las palabras que él le había dedicado sin ni siquiera pronunciarlas, Tess las había percibido en la forma de besarla, de acariciarla, de abrazarla. ¿O eran imaginaciones suyas?

Durante toda su vida nadie la había tratado nunca como Delaney lo había hecho al hacerle el amor esa última vez, como si fuera lo más bonito, frágil y delicado que tenía en sus brazos. Le hizo el amor de una manera muy distinta a las otras veces.

Las últimas veinticuatro horas habían sido todo pasión, desenfreno, fuego y devastación, pero esa última vez Delaney le había enseñado lo que era

la tranquilidad. Había sido una delicia.

Estaban relajados en la cama. Delaney se colocó de lado detrás de ella y la abrazó.

—Creo que podríamos decir que todos los puntos de tu acuerdo, que habías detallado tan minuciosamente para que nuestra relación fuera lo más impersonal posible, se han ido al traste.

—Sí, tienes razón —dijo él sonriendo.

—Seguro que hemos hecho cosas que están prohibidas en algún estado.

Delaney se rio.

—Gracias por este fin de semana inolvidable.

—Cariño, ha sido un verdadero placer estar contigo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Mereció la pena esperar veinticuatro años por usted, señor Stanford —murmuró ella medio dormida.

Delaney se sintió muy complacido por sus palabras.

Tess se había dormido rápidamente. Estaba completamente agotada. Por una parte estaba triste porque todo se había acabado y volverían a la normalidad. Pero por otra se sentía feliz porque tendría un recuerdo que llevaría con ella el resto de su vida.

Delaney no podía creer que hubiera tocado antes a otras mujeres. Tess tenía razón, había sido un fin de semana inolvidable también para él. No había nada que pudiera compararse a tener a Tess entre sus brazos, a acariciarla, a saborearla, a estar dentro de ella...

Delaney deseaba cosas de ella que jamás había querido de nadie, cosas que no se limitaban al sexo, y ninguna de ellas era posible. Delaney se sentía como si estuviera al filo de un precipicio intentando no caer al vacío mientras una fuerte ráfaga de viento lo empujaba para que cayera. Estaba perdido.

Capítulo 16

Tess se despertó temprano al día siguiente, lunes. Al abrir los ojos y sentir el cuerpo cálido de Delaney en su espalda, y su brazo rodeándola por la cintura completamente relajado, se quedó quieta saboreando el momento y disfrutando de los latidos fuertes y acompasados de su corazón y la respiración intensa de Delaney cerca de su oreja.

Tess suspiró y retiró con cuidado el brazo de Delaney que la rodeaba y se levantó. Se puso el pijama y abandonó el dormitorio.

Al entrar en su cuarto de la segunda planta y ver la ropa de él allí y su vestido de fiesta, volvió a recordar la noche anterior, cuando perdió su virginidad.

Quitó las sábanas de la cama y las metió en el cesto de la ropa sucia que había en el baño. No quería volver a oler el aroma de él, que seguramente permanecería en ellas, y además estaban manchadas de sangre. Sacó sábanas limpias de la cómoda e hizo la cama.

Después de ducharse y maquillarse se vistió. Cogió el bolso y el móvil y abandonó la estancia.

—Buenos días —dijo al entrar en la cocina donde se encontraban Jack y Cath.

—Buenos días —contestaron los dos al tiempo.

Desayunaron los tres y Tess se marchó cuando no eran ni siquiera las ocho.

Delaney levantó la cabeza de la almohada al oír que llamaban a la puerta. Miró al otro lado de la cama y comprobó que estaba solo.

—Pasa.

Jack entró en el dormitorio.

—Buenos días.

—Hola, Jack, ¿qué ocurre?

—Creía que tenías una reunión a las nueve. Te he llamado varias veces al teléfono.

—Tenía el móvil apagado. Me olvidé incluso de poner la alarma. ¿Qué hora es?

—Las ocho y diez.

—¡Mierda! —dijo saliendo desnudo de la cama que Jack encontró revuelta—. Estaré listo en media hora.

—De acuerdo —dijo el hombre saliendo de la habitación.

Delaney entró en la cocina con el pelo todavía húmedo de la ducha.

—Buenos días, Cath.

—Buenos días.

—¿Ha bajado Tess a desayunar?

—Sí, desayunó a las siete y media con nosotros y se marchó al trabajo antes de las ocho.

—¿Por qué tan pronto?

—Creo que había quedado con alguien.

Delaney entró en la sala de juntas a las nueve y cinco y saludó a todos los presentes.

Durante la reunión consiguió tener a Tess apartada de sus pensamientos.

A las once tuvo una segunda reunión con los accionistas de la compañía ferroviaria. Estuvo descentrado durante las dos horas que duró. Tess aparecía en su mente cada cierto tiempo y sin previo aviso, y se deslizaba en sus pensamientos cuando Delaney requería de toda su concentración.

Tess había sido todo sensaciones entre sus brazos y le había hecho sentir emociones que Delaney no pudo detener ni identificar. Cada vez que habían hecho el amor su deseo se mezclaba con una intensa ternura.

Delaney sabía que no podía permitirse esa clase de intimidad. Tendría que mantener cierta distancia entre ellos, otra vez. Pero, ¿cómo conseguirlo si lo que deseaba era volver a estar con ella, y solo habían pasado unas horas...? Nunca había sentido esa angustiada necesidad por una mujer, ¿qué le estaba ocurriendo?

Veía sus cuerpos en su mente. La piel sedosa de Tess sobre la de él. Pensaba en cómo se habían acariciado. Podía sentir incluso, todas y cada una de las sensaciones que había experimentado. Recordaba cómo sumergía sus dedos en el precioso pelo de Tess. Cuando ella susurraba cosas en su cuello. Cuando gritaba su nombre al llegar al orgasmo...

Al finalizar el trabajo, Delaney llamó a Jack para decirle que se marchara a casa porque terminaría tarde y se quedaría a dormir en el ático de las oficinas.

Jack llegó a casa de Delaney y fue directamente a la cocina en donde Catherine estaba preparando la cena.

—Habeis llegado temprano.

—Delaney no ha venido conmigo, pasará la noche en el ático —dijo el hombre—. Pensé que después de pasar el fin de semana con Tess las cosas cambiarían.

—Ya te dije que estarían juntos una sola vez. Su acuerdo sigue en pie y todo ha vuelto a ser como antes, hasta que Delaney se de cuenta de que Tess es la mujer a quien quiere.

—O hasta que Tess se canse y se largue —añadió Jack.

—Tess le quiere demasiado para abandonar, ella no es de las que se rinden fácilmente.

Delaney fue al gimnasio que había en el edificio de sus oficinas y estuvo trabajando con su entrenador personal. Había llamado a la mujer con quien salía últimamente para que se reuniera con él en el ático para cenar.

Después de pasar con ella tres horas la acompañó a la planta baja y luego hasta el taxi que la esperaba en la puerta.

Delaney volvió a entrar en el edificio y entró en el ascensor pensando que había sido el peor sexo de su vida. Bueno, al menos, ella había disfrutado, se dijo sonriendo. Pero él no lo había hecho en absoluto porque se dio cuenta de que no había sentido nada de lo que había sentido al estar con Tess.

Salió del ascensor y entró en su apartamento pensando en lo que Tess y él habían acordado antes de hacer el amor. *Lo haremos una sola vez, de esa manera, los dos dejaremos de desearnos.*

—¡Ja! Esa había sido una fantástica idea, ¡y se me había ocurrido a mí solito! —dijo cuando entró en el ático—. Iba a acostarme una vez con ella y se extinguiría la magia que la rodeaba. Al día siguiente iría a trabajar como el hombre responsable que soy, libre de todas las fantasías que había tenido con ella durante semanas. Y entonces me daría cuenta de que Tess es como todas las otras mujeres, preciosa, divertida, una mujer que vale la pena para una noche, o unas cuantas noches... Solo que, estaba completamente equivocado. ¡Mierda, joder! Ha sido la idea más nefasta que he tenido en toda mi puta vida. Y desde que estuve con ella, en lugar de olvidarme de ella, mis fantasías se han incrementado —decía Delaney a sí mismo mientras paseaba por el salón

—. Ciertamente, Tess es una preciosidad y una de esas mujeres con las que no puedes aburrirte, y no debo dejar de lado su inteligencia. Además, es una mujer que merece la pena, pero no para una noche sino para unas cuantas semanas, o meses... Y sobre todo, Tess no se parece a ninguna de las mujeres con las que me he acostado —dijo mientras se servía un whisky—. ¡Hostia puta! La deseo de nuevo. Dios, cómo la deseo.

Pasaron cuatro días desde que estuvieron juntos. Como los dos se evitaban no coincidieron ningún día y Tess no estaba segura de si irían a Las Maldivas ya que no se habían visto, no se habían llamado y no se habían enviado mensaje alguno. Aunque Tess, por si acaso se había pedido libre el miércoles día cinco y su jefe se lo había concedido. Había quedado con Delaney en que le diría si dispondría de ese día también, pero no lo llamó. Su instinto le decía que debería mantenerse alejada de él. Y por lo visto, Delaney también había optado por lo mismo.

Era jueves y se suponía que tendrían que salir para Las Maldivas al día siguiente, tan pronto Tess saliera del trabajo.

Ese día, a las ocho menos cuarto de la tarde, cuando Tess iba a coger su coche recibió un escueto mensaje de Delaney.

Lo he arreglado para que el vuelo salga mañana a las ocho de la tarde. Jack te recogerá cuando termines en la librería. Dime qué día tienes que volver al trabajo.

A Tess le costaba creer que la persona que había escrito ese mensaje, fuera el mismo hombre tierno y dulce que le había hecho el amor durante un día entero. Le contestó al mensaje sin ambages.

Tengo que trabajar el jueves día seis.

Tess no obtuvo contestación.

Cuando volvió a casa por la noche, le dijo a Cath que al día siguiente se iba a Las Maldivas con Delaney. La mujer se alegró aunque le pareció raro que su jefe no le hubiera mencionado nada al respecto. Pero claro, ella tampoco había visto a Delaney, desde el lunes por la mañana.

Delaney había pasado las noches del lunes y el martes en el ático y el

día anterior se había asegurado de llegar a casa lo suficientemente tarde para no encontrar a nadie despierto.

Amaneció el viernes, el día que saldrían de viaje.

Tess había preparado la noche anterior una pequeña maleta. Después de que Delaney le describiera la isla no había metido muchas cosas: los tres biquinis descarados que había comprado en su luna de miel, ropa para correr y deportivos, dos pantalones cortos, unas camisetas de tirantes, unas chanclas y las cosas de aseo. Ni siquiera había metido el osito en la maleta porque tendría a Delaney y, aunque no durmieran juntos, pasarían juntos cada día.

Tess bajó la maleta con ella cuando bajó a desayunar y Jack la metió en el maletero del coche.

Tess se despidió de la mujer y salió de la casa. Jack la llevó al trabajo.

El día se le hizo larguísimo en la librería, cada vez que miraba el reloj las agujas casi no se habían movido.

Jack la esperaba en la puerta del trabajo cuando Tess salió. Abrió la puerta para que ella subiera en el asiento de atrás y luego él subió al volante.

—¿Vamos a ir a recoger a Delaney al trabajo?

—Delaney no irá a Las Maldivas —dijo Jack.

—¿Qué no irá? ¿Voy a ir sola?

—Yo iré contigo y cuidaré de ti.

—¿Desde cuando sabes que Del no me acompañaría?

—Desde hace quince minutos.

Tess estaba tan sorprendida que no fue capaz de decir nada. Recordó la conversación que había tenido con Delaney cuando hablaron del viaje y se dio cuenta de que él, en ningún momento había mencionado que la acompañaría.

Sonó el teléfono de Tess y mientras lo sacaba del bolso pensó que sería Delaney para despedirse. Era Sean.

—Hola.

—Hola, preciosa. ¿Trabajas hoy en el pub?

—No, voy camino del aeropuerto.

—¿Dónde vas?

—A Las Maldivas.

—Parece que las cosas se están arreglando entre mi hermano y tú.

—Todo sigue igual.

—Puede que eso cambie después de pasar unos días juntos en la isla.

—Delaney no viene conmigo. Cuando me ofreció ir pensé que me acompañaría, pero Jack acaba de decirme que no vendrá.

—¿Vas a ir sola?

—Jack irá conmigo.

Sean se quedó en silencio un instante.

—¿Puedes pasarle a Jack el teléfono?

—Claro —dijo ella dandoselo.

—Dime.

—Jack, pasa por mi casa antes de ir al aeropuerto.

—¿Para qué?

—Te coge de camino. Por favor.

—Estaré allí en quince minutos.

Esperaré en la puerta.

El Mercedes se detuvo junto a la acera. Sean estaba esperando en la puerta del edificio con una pequeña maleta.

—Abre el maletero —dijo Sean a través de la ventanilla que Jack acababa de bajar.

Sean fue a la parte de atrás del coche y metió la maleta en el portaequipajes. Luego subió en el asiento de atrás junto a Tess. La besó en la mejilla.

—¿También vas de viaje? —preguntó Tess.

—Sí.

—¿Adónde?

—A Las Maldivas.

Al oírlo Jack miró por el espejo retrovisor para mirarlo.

—¿Vienes conmigo? —dijo ella emocionada.

—Por supuesto. Me he tomado unos días libres y todavía no había decidido qué hacer, pero esa isla es el mejor sitio para descansar, y así no estarás sola.

—Jack también viene.

—Estupendo.

—Sean, tendré que decirle a tu hermano que vienes con nosotros —dijo el chófer.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Me alegro de que vengas conmigo.

—Va a ser estupendo.

Jack pensó en llamar a su jefe para informarle, pero decidió esperar y hacerlo cuando estuvieran en el aire. Pensó que a Delaney le iría bien una buena dosis de celos, como le había dicho Cath.

—¿A qué hora sale el vuelo? —preguntó Sean.

—A las ocho y media. Llegaremos allí a las diez y media de la noche del sábado.

El coche se detuvo junto al jet de Delaney. Jack y Sean sacaron las maletas. Allí les esperaba un chico quien se llevó el vehículo al reservado que tenía Delaney. Jack cogió la maleta suya y la de Tess y los tres subieron al avión.

El comandante salió a saludarlos. Ya los conocía a los tres. A Tess de su luna de miel, y Sean y Jack habían volado muchas veces con Delaney.

—Pónganse cómodos, despegaremos en quince minutos —dijo la azafata.

Tess y Sean se sentaron en dos butacas, el uno frente al otro y separados por una mesa. Y Jack se acomodó al otro lado del avión, a su misma altura.

—Bienvenidos a bordo, señor y señora Stanford —dijo la azafata.

—Parece que estemos casados, tenemos el mismo apellido —le dijo Sean a Tess al oído.

Tess le sonrió.

—Hola, Julie —dijo Sean a la azafata.

—Si desean tomar algo solo tienen que pedirlo.

—Gracias —dijeron los dos.

La azafata fue al centro de avión, cerca de la cocina y se sentó.

—Jack, no has llamado a tu jefe todavía —dijo Sean.

—Esperaré a que estemos en el aire, de lo contrario, no me extrañaría que Delaney cancelara el vuelo. Y puede que lo haga, después de que hable con él, aunque estemos volando.

Sean sonrió porque supo en ese instante, que Jack también pensaba como él, que Delaney estaba muy interesado en su mujer.

—¿Por qué iba a cancelar el vuelo? —preguntó Tess.

—Porque se supone que Sean no tiene que estar aquí —dijo Jack.

Tess no sabía de qué estaban hablando. Solo se le ocurría que Delaney pudiera sentir celos, de que su hermano estuviera con ella, pero desechó la

idea por parecerle estúpida.

—Va a ser un vuelo largo, después de cenar deberíamos dormir —dijo Sean.

—Vamos a perder nueve horas por el cambio horario —dijo Tess.

—Las recuperaremos a la vuelta.

—No sé si podré aguantar metida aquí diecisiete horas.

—Haremos una escala —dijo Jack.

—Dormiremos y se nos hará más llevadero, y en el avión hay juegos de mesa para entretenernos.

Una hora después de despegar Jack fue al despacho de Delaney para llamarlo.

—Hola, Jack.

—Hola, Delaney.

—¿Va todo bien hasta ahora?

—Sí.

—¿Tess está muy enfadada?

—Para nada. Yo diría más bien que está entusiasmada. Pensaba que tú la acompañarías y al principio estaba algo decepcionada.

—No le dije en ningún momento que iría con ella.

—Así y todo, deberías habérselo dejado claro.

—Procura que no se aburra.

—No se aburrirá. Sean se encargará de distraerla. Tu hermano está en el avión con nosotros.

—¿Quién le ha invitado?

—Se ha invitado solo. Ha coincidido que ha llamado a Tess cuando yo la he recogido del trabajo y al decirle que iba al aeropuerto y que pasaría unos días en Las Maldivas sola, conmigo, me ha pedido que fuera a su casa. Cuando hemos llegado estaba en la puerta con la maleta. Espero que no haya problema —dijo Jack con una sonrisa en los labios.

—No, no hay problema. Llámame de vez en cuando para saber que todo va bien.

—De acuerdo.

—Y, Jack, cuida de ella.

—Sean la cuidará tan bien como si fueras tú. Y yo cuidaré de los dos.

Cuando colgó el teléfono Delaney se maldijo por no haber ido con ella.

A su mente volvieron las palabras que Tess le había dicho después de hacer el amor. *Después de probar esto, voy a repetir tantas veces como me sea posible. Quiero tener un millón de orgasmos.*

Y luego aún se sintió peor al pensar en algo más que Tess le había mencionado. *Voy a hacer una lista con los hombres adecuados y Sean la encabezará porque se parece mucho a ti.*

—¡Mierda, mierda, mierda! —dijo en voz alta cabreado.

Delaney confiaba en su hermano. Sabía cuánto le gustaban las mujeres y el éxito que tenía entre ellas. Y además, sabía que Tess le gustaba y que se llevaba muy bien con ella. Pero también sabía que él nunca lo traicionaría acostándose con su mujer. Era de Tess de quien no se fiaba. Era la mujer más seductora que había conocido y ella ni siquiera lo sabía.

Sean y Tess decidieron acostarse porque así podrían hablar a solas.

Después de ponerse el pijama se metieron en la cama.

—¿Cómo van las cosas entre Delaney y tú?

—Tuvimos un fin de semana muy intenso cuando perdí la virginidad, pero todo ha vuelto a lo de antes.

—Fue muy amable de tu parte llamarme para informarme de ello. Ya iba siendo hora de que dejaras de ser virgen.

—Sí —dijo ella mirándolo algo ruborizada.

—¿Se portó bien contigo?

—Puede que demasiado bien.

—¿No ha cambiado vuestra relación desde entonces?

—Algo sí ha cambiado. Antes él me evitaba porque parece ser que quería acostarse conmigo y dijo que le tentaba.

—Eso puedo entenderlo.

—Y ahora, nos evitamos los dos. Y te aseguro que lo hemos conseguido a la perfección porque no nos hemos visto desde que estuvimos juntos.

—¿En serio?

—Sí. Algunos días se ha quedado a dormir en el ático que tiene en sus oficinas, y cuando viene a casa lo hace después de medianoche. Y yo procuro no estar muy a la vista por si aparece sin avisar.

—¿Por qué lo evitas tú?

—Porque si lo veo sucumbiré a la tentación. No sabía que el sexo fuera tan... tan... glorioso.

Sean soltó una carcajada.

—¿Sigues enamorada de él?

—Estoy irrevocablemente enamorada.

—Mi hermano es un tío con suerte. Ya me gustaría que una mujer como tú sintiera algo así por mí.

—Ya te llegará el turno.

—Eso espero.

—Los hombres como Delaney no deberían existir.

—¿A qué te refieres?

—No quiero menospreciar a quien tengo a mi lado, pero el cuerpo de tu hermano fue creado para el pecado. Por eso no puedo verlo.

Sean volvió a reír.

—Pero pensabas que él vendría contigo.

—Es cierto. Y sabía que no podría resistirme y me abalanzaría sobre él. Así que, en parte, prefiero que no haya venido. Pero me alegro de que tú estés aquí en su lugar. Vamos a pasarlo muy bien.

—Supongo que no estarás pensando en sexo.

—No volveré a estar con ningún otro hombre que no sea él.

—Eso no puedes decirlo.

—Sí que puedo. El sexo no es lo único que me gusta de él, aunque sé que el no poder disfrutar de eso con él, me va a volver loca.

—¿Qué otras cosas te gustan de él?

—Me gusta hablar con él, nunca he hablado con un hombre que me prestara tanta atención. Me escucha con todos los sentidos y entiende todo lo que le digo, aunque le hable de estupideces. Por supuesto que comprende cuanto le digo, quiero decir que me comprende, especialmente a mí. Me desconcierta con su sarcasmo, aunque yo tampoco me quedo corta. Sé que le saco de quicio, y tengo que reconocer, que a veces lo hago a propósito porque me gusta verle perder los papeles. Es brusco y temperamental, pero al mismo tiempo, dulce y encantador. Me gusta su cinismo. Incluso me gusta su arrogancia. Es generoso. Nadie ofrecería a ninguna mujer todo lo que va a darme, por el simple hecho de vivir como una princesa durante un año. Me gusta cuando me sonrío. Cuando lo hace me flaquean las rodillas. Y cuando me mira... Hay muchos hombres que te miran, pero no te ven. Cuando Delaney me mira es como si me traspasara. A veces pienso que con solo una mirada puede saber lo que pienso —Tess paró de hablar un instante y sonrió—. El amor es una mierda. Siempre pensé que sería como un subidón de adrenalina y que

luego todo sería fantástico, más... no sé.

—Supongo que será algo así, pero antes te machaca.

—Me horroriza la magnitud de lo que siento por él. Supongo que los años y la experiencia te hacen comprender y asimilar los sentimientos. Saber manejarte entre ellos. Tal vez sea demasiado joven, además de carecer de experiencia. Y para terminarlo de coronar, me he tenido que fijar en alguien como él, mucho mayor que yo, y además con experiencia en todos los campos. Alguien a quien yo jamás podría manejar.

—Me tienes sorprendido. No sabía que Delaney te tenía atrapada hasta ese punto.

—Esa es la palabra exacta para describirme. Estoy atrapada —dijo ella riendo—. Sabes, en alguna ocasión he fantaseado con tener a alguien como él, o como tú que para el caso es lo mismo, pero eso son solo sueños. He cometido un terrible error al tener sueños tan ambiciosos. ¡Oh Dios mío!

—¿Qué pasa? —preguntó Sean al notar miedo en el rostro de Tess.

—Acabo de darme cuenta de algo terrible.

—Tess, te has puesto pálida como la pared, me estás asustando.

—Delaney no usó preservativo cuando hicimos el amor.

—No te preocupes, hay muy pocas posibilidades de que te quedes embarazada en una sola vez.

—No lo hicimos una sola vez. Más bien ocho o nueve...

—Vaya —dijo él riendo—. ¿Por qué no tomasteis precauciones?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? ¿Crees que yo estaba en condiciones de pensar en ello? Era mi primera vez y te aseguro que estaba muy nerviosa. Y luego... demasiado ansiosa, y aturdida, y excitada. No podía pensar en nada que no fuera Delaney.

Sean volvió a reírse.

—No tiene gracia.

—Perdona. Él era quien debía haber pensado en ello, no tú. Es extraño porque Delaney siempre ha sido muy cuidadoso en esas cosas. Se merece que estés embarazada por un descuido como ese.

—Si estuviera embarazada nunca se enteraría. Ya me encargaría yo de desaparecer y que no volviera a saber nada de mí.

—Delaney se casaría contigo. Bueno, no tendría que hacerlo, ya estáis casados.

—En nuestro acuerdo no se incluía el que me quedara embarazada. Si ocurriese, él no lo sabría. Ese bebé sería solo mío.

—Delaney no lo permitiría.

—Eso me trae sin cuidado. Dios quiera que no esté embarazada. Un bebé no entra en mis planes en estos momentos.

—No pensemos en ello hasta saberlo con seguridad.

Delaney llamó a Tess por teléfono a las diez de la mañana del día siguiente. Cuando vio que era él, puso el móvil en silencio y no le prestó más atención.

—¿Era tu marido? —preguntó Sean mientras movía una pieza del tablero de ajedrez.

—Sí.

—¿Por qué no has contestado?

—Ni siquiera tuvo la delicadeza de llamarme para despedirse y..., no me apetece hablar con él. De todas formas, él siempre está al corriente de todos mis movimientos. Siempre sabe donde estoy, con quien y lo que estoy haciendo.

—Parece que se preocupa mucho por ti.

—Esa es su manera de recriminarme lo que hago, y echarme en cara que lo avergüenzo saliendo con mis amigos, o contigo.

—Cosa que a ti no te preocupa.

—En absoluto. Voy a llamar a Cath para decirle que estás conmigo.

—¿Crees que eso le importa a Cath?

—Sí. Ella cree que le gusto a tu hermano y me dijo que debía darle celos con Carter y contigo —dijo sonriendo mientras marcaba el número de la casa de Delaney en el teléfono del avión.

—¿Cath sabe lo de vuestro acuerdo? —dijo Sean después de asegurarse de que Jack no estaba cerca.

—Sí, se lo dije yo.

—¿Y te aconsejó que le dieras celos a Delaney?

—Sí.

—¿Diga?

—Hola, Cath.

—Hola, cariño, ¿va todo bien?

—Sí, todavía estamos en el avión. ¿Sabías que Delaney no vendría conmigo?

—Me lo dijo Jack ayer cuando se enteró unos minutos antes de recogerte

en el trabajo. Delaney no me dijo nada, aunque claro, no es que lo haya visto mucho esta semana. Espero que no te aburras con Jack.

—Sean también está en el avión con nosotros.

—¿En serio? ¡Bien!

Tess se rio.

—¿Lo sabe Delaney?

—Supongo que ya se lo habrá dicho Jack. Me ha llamado hace unos minutos pero no he cogido la llamada.

—Perfecto. Yo de ti dejaría pasar un par de días antes de hablar con él.

—Vale. ¿Fue a casa anoche?

—Sí, llegó sobre las diez. Ahora entiendo por qué estaba de tan mal humor. Apuesto a que no le gustó que Sean estuviera contigo.

—Puede que tuviera un mal día.

—No lo creo. Llámame cuando lleguéis para que esté tranquila. Y dile a Sean que se porte bien o su hermano le arrancará la cabeza.

Tess se rio.

—De acuerdo, se lo diré. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

—Se ha puesto contenta al saber que estás conmigo —le dijo Tess a Sean riendo—. Me ha pedido que te diga, que te portes bien o tu hermano te arrancará la cabeza.

Sean se rio también.

—No me queda más remedio que portarme bien porque estoy seguro que Delaney lo haría.

El avión tomó tierra en Las Maldivas poco antes de las diez y media de la noche.

Habían cenado en el avión y habían dormido una buena siesta de manera que estaban despejados.

Delaney había vuelto a llamar a Tess cuando estaban cenando, pero ella tenía el móvil en silencio y no oyó la llamada, aunque de haberla oído tampoco habría contestado.

Delaney había estado desconcertado desde que Tess cogió el avión porque ella estaba en sus pensamientos en todo momento.

Había un coche esperándolos al pie del avión que los llevó a un aeropuerto pequeño en donde cogieron una avioneta que los trasladó a una

isla. Otro vehículo les esperaba cuando tomaron tierra y los llevó al puerto. La lancha de Delaney estaba dispuesta para ellos.

Llegaron a la isla poco antes de medianoche. Jack y Sean llevaron las tres pequeñas maletas y se dirigieron a la casa que estaba a oscuras aunque había luces en el exterior.

Tess se quedó perpleja al ver el tamaño, no era una casa, era una mansión.

Se acercaron a la puerta y Jack entró delante para desconectar la alarma y encender las luces.

Cuando Tess entró no pudo menos que sonreír. Todo era impresionante y grandioso. Era una mansión en toda regla, y los muebles antiguos mezclados con algunos modernos encajaban a la perfección.

—Bienvenida a su casa, señora Stanford —dijo Sean sonriendo—. Ven, te la enseñaré.

—Voy a llamar a Delaney y a Cath para decirles que hemos llegado —dijo Jack.

Cuando la pareja terminó de ver la casa, volvieron a la planta baja.

—Es una casa de ensueño —dijo Tess.

—Sí, a mí me encanta. ¿Te apetece que durmamos hoy en la playa?

—Eso me gustaría —dijo Tess.

—Te gustará ver el amanecer desde allí, es espectacular. Llevaremos una botella de whisky para tomar unas copas. Subiré tu maleta y la mía y nos cambiaremos.

—Ya he subido los equipajes. He dejado la maleta de Tess en el dormitorio de Delaney.

—Gracias, Jack —dijo Sean—. Subamos a cambiarnos.

Poco después los dos volvieron a bajar con bañador, una camiseta y las chanclas. Sean llevaba con él unas toallas y una manta para cubrirse por si tenían frío.

—Jack dale a Tess una botella de whisky y dos vasos.

—¿Dónde vais?

—Pasaremos la noche en la playa —dijo Tess.

—Bien —dijo el hombre entregándole la bebida y los vasos.

Delaney volvió a llamar a Tess cuando ya se habían ido a la playa y el móvil estaba en la casa.

Entonces llamó al teléfono fijo y Jack contestó. Le contó por encima encima lo ocurrido desde que habían llegado a la casa. Delaney le dijo que le dijera a Tess que lo llamara. Pero Jack no le dio el recado porque, al igual que Cath, quería que Delaney se preocupara y sintiera celos. Y Delaney estaba que se lo llevaban los demonios porque Tess ocupaba sus pensamientos y se sentía atormentado por ellos.

—Te has levantado temprano —dijo Tess besando a Jack, que estaba preparando el desayuno, cuando entraron en la casa poco después de haber visto amanecer

—Sí, y he empezado a preparar el desayuno cuando os he visto sentados en la playa. Sentaos.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Te gusta la playa?

—Es preciosa y el agua es tan cristalina.

—Anoche hablé con tu marido, me dijo que le llamaras.

—Vale, luego lo llamaré —dijo Tess aunque no tenía intención de hacerlo.

Sean y Tess recorrieron la isla. Era muy pequeña y la vieron en la mañana. Las playas que la rodeaban eran cada cual más bonita, pero la mejor de todas era la que estaba frente a la casa.

La tarde la dedicaron a hacer surf con las tablas que estaban en el garaje.

Jack les hizo un montón de fotos con su móvil. Sabía que a Delaney no le gustarían porque Tess llevaba los bañadores que había comprado en la luna de miel e iba prácticamente desnuda, y en algunas de ellas Sean estaba abrazándola. Y tal vez porque sabía que a su jefe no le gustaría ver esas fotos, se las envió.

Delaney estaba de un humor de mil demonios después de que viera las fotos. Esperó todo el día a que Tess lo llamara ya que sabía que Jack le habría dado su mensaje de que lo llamara, pero ella no lo hizo.

Después de llamarla varias veces más al móvil estaba desesperado por hablar con ella. La llamó al móvil a medianoche, hora local y al no contestar llamó al fijo de la casa.

Tess acababa de salir de la ducha y se disponía a acostarse cuando sonó el teléfono que había en la mesita de noche, pero lo ignoró.

Jack subió al dormitorio de Tess y llamó a la puerta. Tess estaba en la cama escribiendo en su diario.

—Pasa.

—¿Por qué no has cogido el teléfono? —dijo el hombre cuando abrió la puerta.

—No sabía que era para mí.

—Tu marido volverá a llamar en un par de minutos, cógelo.

—No me apetece hablar con él.

—Si no lo haces se presentará aquí mañana.

Ella se rio.

—Vale, lo cogeré, pero solo porque no quiero que venga.

Jack se marchó cerrando la puerta. Poco después sonó el teléfono.

—Hola.

—Hola, Tess. Te he llamado un montón de veces al móvil desde ayer.

¿Por qué no has contestado?

—Estaría fuera de la casa.

—¿Y en el avión?

—Estaría durmiendo.

—¿No te dijo Jack que me llamas?

—Sí, pero lo olvidé.

—¿Estás bien? —dijo intentando no parecer molesto. Aunque ella lo notó.

Tess no iba a darle el gusto de que Delaney pensara que estaba enfadada con él, así que se mostró contenta.

—Sí, muy bien. Tu casa es preciosa y las playas... Sabes, cuando encuentre al hombre adecuado para casarme, después de que haya disfrutado de los *no adecuados*, puede que te haga una oferta para que me alquiles la casa un par de semanas. Creo que es el lugar perfecto para una luna de miel.

—Tú elegiste Las Galápagos.

—Eso no fue una luna de miel, para una luna de miel hacen falta dos personas. Además, dejaste claro que teníamos que ir a un lugar en el que hubiera uno de tus hoteles. Y estaba claro que necesitabas que hubiera mujeres, aparte de mí. ¿Crees que tendría alguna posibilidad de que me la alquilaras?

—Siempre se puede negociar.

—Entonces perfecto porque ya sabes que pienso que no eres muy bueno negociando.

—Muchas gracias.

—De nada. Nunca pensé que podría existir un sitio como este, y sobre todo, que yo estuviera en él.

—Me alegro de que te guste. ¿Estás haciendo algo que tenga que reprocharte?

—Aquí no hay fotografías, puedo hacer lo que me venga en gana.

—¿Lo estás pasando bien?

—Lo estoy pasando genial.

—Me cuentas lo que habéis hecho desde que llegasteis?

—¿Ahora quieres que hablemos? Ni siquiera me llamaste para decirme adiós. Podríamos haber tenido un accidente y no haber tenido oportunidad de despedirnos.

—Tú tampoco me llamaste.

—¿Por qué iba a hacerlo? Pensaba que vendrías conmigo.

—Yo nunca te dije que te acompañaría.

—Cierto, no lo hiciste, pero dejaste que creyera lo contrario. Bah, ahora eso ya no importa. Después de ver esto, lo habría pasado igual de bien, incluso solo con Jack. Y tu hermano me tiene entretenida.

—Te tiene entretenida.

—Sí. Con Jack no habría sido lo mismo. Ya sabes que Sean y yo nos llevamos bien.

—No has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué habéis hecho desde que llegasteis?

—¿No te ha pasado Jack el parte?

—Sí, lo ha hecho, pero me gustaría saberlo por ti. Además, tengo entendido que él no está siempre con vosotros.

—A Dios gracias —dijo ella riendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No quiero decir nada. Jack necesita descansar un poco de mí y en esta isla no hace falta que me vigile. Estamos aislados. Bien, veamos. Ayer llegamos aquí a medianoche. Después de que Sean me enseñara la casa, fuimos a la playa y nos bañamos. Luego tomamos una copas y dormimos allí sobre las toallas y tapados con una manta. Y hoy nos hemos despertado temprano para ver el amanecer. Ha sido fantástico. Ese amanecer me ha hecho casi llorar de emoción.

—¿Durmió Jack con vosotros en la playa?

—¡Por supuesto que no! Esta mañana hemos recorrido la isla. Las playas son preciosas. Cuando hemos vuelto Jack había preparado la comida, cordero al horno con patatas y cebollitas. Creo que ha cambiado el papel de guardaespaldas por el de cocinero porque esta mañana, cuando hemos entrado en la casa tenía el desayuno preparado. Y me parece bien, porque ahora Sean se ocupa de mí.

—Se ocupa de ti.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué repites todo lo que digo? Pareces un loro. Esta tarde hemos estado haciendo surf, bueno, yo lo he intentado, tu hermano me está enseñando. Él surfea como un experto. ¿Has hablado con él?

—Lo he intentado varias veces, pero tiene el móvil apagado.

—Es normal, está de vacaciones. Iba a reunirme con él en su habitación.

—¿Por qué vas a reunirse con él en su habitación?

—No tengo sueño. ¿Quieres que le lleve el teléfono y hablas con él?

—Prefiero hablar contigo. Sigue.

—Hoy hemos cenado los tres en la playa. Sean ha preparado una barbacoa. Ha sido muy agradable. Es una lástima que no estés aquí porque este sitio es perfecto para descansar y te vendría bien unos días de descanso. Aunque claro, aquí te sería bastante complicado esquivarme —dijo ella riendo—, y además, no hay mujeres. Mañana nos levantaremos temprano, Sean me va a llevar a pescar con la lancha.

—Que os acompañe Jack, por si sucede algo.

—Jack ya había planeado hacerlo.

—He visto el osito en tu cama. Es raro que no esté contigo.

—Pensé que vendrías conmigo, así que no lo necesitaba. Pero no lo echo de menos.

—¿Pensabas acostarte conmigo de haber ido?

—Lo habría hecho, literalmente, para dormir, pero no habríamos tenido sexo. Eso no volverá a suceder. ¿Por qué has subido a mi habitación?

—No lo sé.

—Buena respuesta. No nos hemos visto en toda la semana.

—Lo sé, he estado muy ocupado.

—Claro. Yo también he estado ocupada. Puede que nos veamos a mi vuelta.

—Sí.

—Aunque no es probable, hemos hecho de evitarnos, un arte —dijo ella riendo—. Sabía que era un error acostarme contigo.

—¿Te arrepientes?

—No, ya era hora de que perdiera la virginidad. De lo que me arrepiento es de haberla perdido, precisamente contigo.

—¿Lo pasaste mal?

—Por supuesto que no. Supongo que lo pasé mejor que tú, pero el estar juntos ha hecho que las cosas cambien entre nosotros.

—¿Dices que lo pasaste mejor que yo? No había disfrutado tanto en mi vida.

—Eres muy amable, y no hace falta que lo seas. Era una novata y sé que no estuve a tu altura. Pero sabes, me importa un pimiento que disfrutaras o no porque para mí fue perfecto. Y sé que no habría encontrado a nadie mejor que tú. Pero ahora tengo que evitar verte.

—¿Por qué?

—He de ceñirme a nuestro acuerdo y no puedo permitirme tentaciones contigo. Sabes, Del, tú y yo no nos conocemos, pero para mí serás siempre un desconocido fascinante. Tú hermano es encantador y tú nunca serás como él, pero tienes algo de inaccesible que hace que seas aún más atractivo, si eso es posible.

—Gracias, cariño.

—De nada. No creas que me siento mal por tener que esquivarte, me acostumbraré a ello. El tiempo pasa rápido y cuando vaya a darme cuenta, ya estaremos divorciados. Si seguimos evitándonos y haces algún que otro viaje, conseguiremos no vernos —dijo ella riendo.

—¿Sabes cuántos días quedan para que se termine nuestro acuerdo?

—Doscientos ochenta y seis.

—¿Por qué lo sabes con exactitud?

—Porque cada día, cuando me levanto, resto un día a la cifra del día anterior. Puede que sea solo cosa mía, pero creo que así el tiempo pasa más deprisa. Ojalá nuestro acuerdo acabara el jueves.

—¿Por qué el jueves? ¿Algo que ver con Júpiter? —dijo él con cinismo recordando algo que ella le había dicho sobre ello anteriormente.

Tess se rio.

—Tienes buena memoria, pero, no, no tiene que ver con Júpiter. Es porque el miércoles volveré a Nueva York y el jueves iré a trabajar, y así no volvería a verte.

—Parece que quieras librarte de mí.

—Cometí un error, Delaney. Bueno, en realidad, más de uno. No debí

haber mezclado los negocios con el placer.

—Echo de menos hablar contigo.

—No me hagas reír. Esta última semana me he preguntado en varias ocasiones si tú eras el mismo hombre que había pasado un día entero conmigo haciéndome el amor. Es mejor que no hablemos, Del.

—Echo de menos esas cosas que me dices y me hacen sentir incómodo.

—Qué gracioso.

—Echo de menos verte.

—Sí —dijo ella riendo—, por eso me has enviado a miles de kilómetros. En serio, yo prefiero no verte. Después de probarte, sería difícil controlarme, y no quiero hacer el ridículo. Sabes, tienes el rostro de un ángel caído y eres más seductor que el pecado.

—Eso es lo que echaba de menos —dijo él riendo.

—Es difícil no tener tentaciones contigo. De todas formas, si crees conveniente que salgamos en alguna ocasión, para que la prensa nos vea juntos, dímelo con tiempo para que lo arregle. Buenas noches, Del.

—Buenas noches, Tess.

—Y gracias por traerme a este paraíso.

—Ahora siento no haberte acompañado.

Desde que habían estado juntos Delaney había salido cada día con alguna mujer. Y cada día, después de hacer el amor con ellas, se preguntaba por qué no sentía con ellas lo que había sentido con Tess. Y esa pregunta que no podía contestar lo atormentaba.

El vuelo de vuelta a Nueva York estaba previsto para las diez de la mañana. Llegaron al pequeño aeropuerto con tiempo suficiente para que Tess comprara algunos regalos, porque cuando llegaran al aeropuerto en donde estaba el jet de Delaney, tendrían el tiempo justo.

Tess estaba frustrada porque solo había una tienda insignificante de souvenirs en la que vendían un poco de todo. Tess compró unas camisetas para sus amigos y un collar para Cath, pero no veía nada que le gustara para Delaney.

Le llamó la atención un rótulo que había en la parte superior de la pared en la que se exhibían las carcacas de los móviles que decía: *Se imprimen frases en las carcacas con tu propia letra.*

Tess decidió comprar una para el teléfono de su marido. La eligió negra

y había escrito una frase en letra pequeña en una de las esquinas, una frase que había leído en alguna parte. Cuando le mostraron la carcasa le gustó el resultado. Las letras eran en color plata y resaltaban sobre el negro brillante.

Llegaron a Nueva York a las seis y media de la tarde del miércoles. Delaney estaba esperándoles apoyado en el Mercedes, cuando bajaron del avión. Primero salió Jack con su maleta y la de Tess. Luego salió ella.

Delaney la miró de arriba abajo y se estremeció al verla. Llevaba una falda vaquera muy corta y una camiseta de tirantes negra con unas letras de color rojo impresas en el pecho que decían: *I love you to de moon and back*. Tess la había comprado en la tienda de souvenirs pensando que eso era lo que deseaba decirle a Delaney.

Cuando Delaney leyó el mensaje de la camiseta deseó que la frase estuviera dedicada a él.

Luego bajó Sean. Los tres estaban muy bronceados. Jack le estrechó la mano a su jefe.

Cuando Tess se acercó, Delaney la cogió de la nuca y la besó de tal forma que a ella se le aflojaron las rodillas.

Delaney abrazó a su hermano mientras Jack metía el equipaje en el maletero del coche.

Jack abrió la puerta para que Tess subiera y Delaney subió por la otra puerta en el asiento trasero. Sean se sentó junto a Jack.

Delaney cogió la mano de Tess y entrelazó los dedos con los de ella.

—¿Dónde están tus anillos?

—Los dejé en tu casa antes de salir, no quería perderlos.

—No vuelvas a quitártelos.

—¿Es una orden?

Sean sonrió al oír a su hermano, preguntándose cómo Tess no se daba cuenta, de que él también sentía algo por ella.

Delaney la miró serio, pero ella lo ignoró.

—No he podido comprarte un regalo decente porque en ese aeropuerto tan pequeño no había mucho para elegir —dijo Tess.

—No tenías que comprarme nada, es suficiente con que hayas vuelto.

—Así y todo, te compré un detalle. ¿Me dejas tu móvil?

Delaney se lo dio. Tess sacó la carcasa del bolso y la puso en el teléfono. Luego se lo devolvió. Delaney le dio la vuelta al móvil y leyó la

frase que Tess había escrito.

Los ángeles bajan la mirada cuando pasas por debajo de ellos y lloran de envidia. T.S.

El corazón de Delaney dio un salto y la miró sonriendo. Luego la acercó a él y volvió a besarla.

—Gracias.

—No las merece, no es gran cosa —dijo ella.

—¿Qué ha escrito en la carcasa? —preguntó Sean—. No ha querido enseñármelo porque le daba vergüenza.

—Delaney le dio el móvil a su hermano muy orgulloso.

—Vaya, ya me gustaría que una mujer me dijera algo así.

—Algo así solo podría decírselo a mi marido —dijo ella sonriendo—, pero supongo que también podría aplicarse a ti.

—Gracias.

—De haber sabido que te gustaba que te dijeran algo bonito te habría comprado una para ti.

—Pues la próxima vez, tenlo en cuenta.

—Vale —dijo ella sonriendo a su cuñado.

El resto del trayecto solo habló Tess contándole a Delaney todo lo referente a la isla y ensalzando la casa.

Jack detuvo el coche en la puerta de la casa de Sean y todos menos Jack bajaron del coche.

—¿Seguro que no quieres venir a casa a cenar? —preguntó Tess.

—Me prepararé cualquier cosa en casa o pediré que me traigan algo. Tengo que revisar un proyecto antes de acostarme. Te llamaré un día de estos para ir a cenar.

—De acuerdo.

Tess abrazó a Sean muy fuerte y él le devolvió el abrazo. Permanecieron abrazados más tiempo del que Delaney habría deseado.

—Gracias por acompañarme, han sido unos días inolvidables —dijo ella.

—Cuando vuelvas a ir de vacaciones dímelo y te acompañaré. Yo también lo he pasado muy bien.

—Lo haré. Esta noche te enviaré las fotos a tu correo —dijo ella besándolo antes de subir al coche. Delaney cerró la puerta del vehículo.

—No me gusta que te tomes tantas confianzas con mi mujer —dijo Delaney a su hermano en voz baja.

—Y a mí no me gusta que la tengas abandonada. Y da gracias de que es tu mujer, porque creo que es la mujer perfecta para mí. Hace tiempo que no nos tomamos un tiempo para nosotros, nos vendría bien hablar.

—Llámame y lo arreglaré.

Cuando llegaron a casa Tess fue directa a la cocina para saludar a Cath y darle el detalle que le había comprado. Tess se sentó en la mesa y mientras la mujer preparaba la cena, le contó todo lo referente al viaje.

A Delaney le molestó que no le dedicara más tiempo a él y le dijo a Cath que quería cenar en el comedor que empleaban para cuando venía la familia que estaba en una zona apartada de la cocina.

La mujer lanzó a Jack una rápida mirada y los dos esbozaron una ligera sonrisa al darse cuenta de que Delaney estaba celoso de que Tess le dedicase tiempo a Cath en vez de a él.

—¿En quién pensabas cuando compraste esa camiseta? —preguntó Delaney mientras cenaban.

—En nadie en particular, simplemente me gustó el mensaje.

—Creía que habías pensado en mí.

—Sigues siendo un engreído —dijo ella sonriendo.

—Me ha gustado mucho la carcasa del móvil.

—No estás obligado a llevarla. La compré solo por traerte algo, ya que tú siempre lo haces cuando vas de viaje.

—Me gusta lo que has escrito. Sigues siendo una romántica.

—No creo que las personas puedan cambiar. Es raro que estés en casa, ¿no has quedado con nadie?

—No, ¿quieres que salgamos a tomar una copa?

—No, gracias, voy a acostarme después de cenar.

—¿Es porque no quieres estar conmigo?

—Es porque estoy cansada.

—Mañana me voy de viaje.

—Bien, así no tendremos que esforzarnos en no vernos —dijo sonriendo—. ¿Estarás mucho tiempo fuera?

—Diez o doce días.

—¿Estarás aquí para tu cumpleaños? Cath me dijo que es el veintidós de este mes.

—Sí, estaré aquí.

—¿Quieres hacer algo aquí, para celebrarlo? ¿Prefieres celebrarlo con otras personas? —preguntó ella algo indecisa.

—¿Qué día cae?

—Sábado.

—¿Puedes organizar tú algo? ¿Tal vez una cena...? El cumpleaños no es algo que me importe demasiado. Haz lo que a ti te parezca.

—¿Puedes darme al menos una lista de las personas que quieres que asistan? —dijo Tess mientras retiraba los platos de la mesa.

—Te la enviaré a tu móvil esta semana. Deja los platos, ese no es tu trabajo.

—De acuerdo —dijo ella sin sacar nada más de la mesa porque no quería discutir—. Podemos celebrarlo en el jardín, hace calor y sería agradable.

—Me parece bien.

—¿Quieres algo formal o informal?

—Lo que tú decidas estará bien.

—Vaya, es una lástima que no tenga que pedirte nada en este momento, estás muy permisivo esta noche —dijo ella sonriendo—. Que tengas un buen viaje.

—Gracias.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Tess subió a su dormitorio y deshizo la maleta. Se duchó y preparó la ropa que se pondría al día siguiente para ir al trabajo. Luego se echó sobre la cama con el ordenador y la cámara de fotos. Le envió a Sean un correo con todas las fotos del viaje.

Después de escribir unas líneas en el diario, apagó la luz y se metió en la cama.

Delaney fue a su despacho después de cenar a revisar unos papeles. De vez en cuando miraba el móvil que estaba boca abajo sobre la mesa y leía la frase que Tess le había escrito. Dios, cuánto deseaba volver a estar con ella.

Habían pasado diez días desde que Tess volvió de Las Maldivas. Delaney todavía no había vuelto de su viaje y no habían tenido ningún tipo de contacto en todo ese tiempo.

Tess había recibido un correo electrónico con la lista de la gente que

Delaney quería que asistiera a su fiesta de cumpleaños con sus direcciones y teléfonos, pero ni siquiera se había molestado en enviarlo él. Sarah, la secretaria de Delaney había llamado a Tess para decirle que su jefe le había pedido que le enviara la lista por correo.

Tess le echaba muchísimo de menos, pero sabía que su vida era más fácil y llevadera sin él.

Tess envió las invitaciones. Además de la familia de Delaney asistirían Sarah, su secretaria y su novio; Nathan, su abogado; Carlo, el dueño del restaurante y amigo de Delaney; tres socios de Delaney con sus acompañantes; y una mujer sola.

Tess supo por el nombre, que esa mujer era la última amante de su marido. Se sintió furiosa, pero no iba a darle la satisfacción a él de que se le notara. No entendía por qué Delaney la había incluido en la lista. ¿Pretendía darle celos? Tess pensó que eso era una tontería porque sabía que Delaney no tenía ningún interés en ella. Lo único que Tess deseaba era que él no se sobrepasase con su amante, en casa, delante de ella, de sus amigos y de la familia.

Tess, por su parte invitó a Carter y a Logan que irían con dos amigas. En un principio había pensado invitar a sus compañeros de trabajo en la librería y en el pub, y a sus jefes, pero rechazó la idea después de ver el nombre de la amante de Delaney en la lista.

Tess todavía tenía que decidir si la cena sería formal o informal. Y además no sabía que regalarle a Delaney. ¿Qué podría regalarse a un hombre que lo tiene todo y que puede conseguir cualquier cosa que desee?

El jefe de Tess del pub había decidido dedicar la semana a música latina, para ver cómo funcionaba.

A su compañero y a ella se les daba bien bailar y los dos trabajaron juntos cada día esa semana y se turnaban para salir a bailar durante algunos minutos con los clientes.

Había sido un éxito rotundo, con el pub lleno a reborar cada día. Tess se lo pasó en grande a pesar de haber sido una semana agotadora.

El día anterior, viernes, Sean la había acompañado al pub y luego la invitó a cenar.

Y ese sábado era el cierre de la semana latina.

Carter recogió a Tess a las doce en casa para llevarla a casa de un amigo. Le había comentado a Tess días atrás que la perra de su amigo, una Alaskan Malamute, había dado a luz hacía un par de meses y Tess quería ver a los cachorros porque había decidido regalarle a Delaney un perrito.

Nada más verlos Tess eligió a una hembra. Era preciosa y Tess estaba muy ilusionada. Quedó con el amigo de Carter en que la recogería el próximo sábado, a las siete de la mañana.

Carter llevó a Tess a comer a una marisquería y tuvo que soportar su conversación sobre la perrita durante toda la comida, nombrando todas las cosas que tenía que comprarle.

Tess entró en el pub y saludó a algunos clientes habituales mientras caminaba buscando con la mirada a su jefe. Lo encontró junto a su compañero y habló con ellos unos minutos.

Poco antes de empezar Tess dio un repaso a las mesas con la mirada y se quedó perpleja al ver al abogado de Delaney sentado en una de ellas con tres hombres. No le hizo mucha gracia verlo allí. Sí, el abogado se había disculpado con ella por su comportamiento, pero seguía sin ser santo de su devoción. Además, se preguntó qué estaría haciendo un tío tan estirado y arrogante como él en un pub de música latina.

Tess y su compañero iniciaron el repertorio cantando un tema juntos. Tess no quería mirar al abogado, pero su mirada se dirigía instintivamente a la mesa en donde él se encontraba.

Nathan sabía por Delaney que ella trabajaba en un pub, pero no sabía en cual. Se quedó muy sorprendido al oírla cantar.

Después de algunos temas Nathan la vio bailar con algunos clientes, y aún se sorprendió más, al verla bailar.

Otra de las veces que Tess bajó del escenario para bailar con los clientes, mientras su compañero cantaba, se encontró a Nathan frente a ella.

Tess se mostró como con cualquier cliente. No quería que ese arrogante abogado pensara que ella se acobardaba ante él. Así que empezó a moverse delante de él de manera sensual.

Tess llevaba un vaquero muy ajustado, un top pegado con el estómago al aire y unas sandalias negras de tacón alto.

Nathan la miró de arriba abajo y sonrió. Luego la cogió de la cintura y la

acercó a él hasta tenerla pegada a sus caderas. Y empezó a moverse arrastrándola con él en el sensual baile.

Cuando acabó el tema empezó a sonar otro lento. Tess hizo mención de darse la vuelta para marcharse, pero Nathan la cogió de la cintura. Ella lo miró a los ojos.

Demonios, este tío está buenísimo, pensó Tess. Y decidió bailar con él.

—Jamás habría imaginado que usted bailara esto, y además haciéndolo tan bien.

—Bueno, no lo hago tan bien como su marido, pero me defiendo.

—¿Mi marido baila esto?

—¿No lo sabía?

—Ya sabe que nuestro matrimonio no es el tradicional, de hecho, únicamente nos vemos dos o tres veces al mes, a veces, ni eso, por lo tanto no sabemos mucho el uno del otro. ¿Por qué ha venido?

—Unos amigos estuvieron aquí ayer y lo pasaron bien. Ellos me han animado a venir. No sabía que trabajaba aquí, y no me arrepiento de haber venido. Canta y baila muy bien.

—Gracias. ¿Su jefe está bien?

—¿No lo sabe usted?

—Además de no vernos, tampoco hablamos por teléfono. ¿Cuándo vuelve de su viaje?

—Si no cambia de opinión, el jueves de la próxima semana. ¿No la llama por teléfono? —preguntó extrañado.

—¿Para qué iba a llamarme? No tenemos nada que decirnos.

—¿Tampoco le informa de cuándo vuelve de sus viajes?

—Supongo que hablará de ello con la mujer de turno para que sepa cuándo debe estar disponible, pero a mí no tiene que informarme de sus movimientos.

—¿Ha cenado?

—No, iré a casa cuando termine.

—¿Puedo invitarla a cenar?

—¿Por qué iba a querer cenar con usted? Sabe, estar con alguien que piensa lo peor de mí, haría que me sintiera miserable y solo me sentiría bien, devolviéndole la misma animadversión.

—Usted y yo empezamos con mal pie, he de admitir que por mi culpa. Quisiera cambiar eso.

—¿Por qué? No tendrá en mente seducirme.

—Por Dios, no. Delaney acabaría conmigo.

—¿Qué quiere de mí entonces?

—He oído hablar muy bien de usted.

—No me diga —dijo ella en tono sarcástico.

—Pues sí.

—¿Puedo saber quién me tiene en tanto aprecio?

—Sarah, la secretaria de Delaney; Carlo; Sean y por supuesto, su marido.

—De Sarah, Sean y Carlo no me extraña, pero... ¿de mi marido? —dijo ella riendo.

—Me gustaría pedirle disculpas, nuevamente, por mi comportamiento, invitándola a cenar.

Tess lo miró durante un instante. Ese hombre era un espécimen ejemplar. Tal vez sería buena idea tenerlo de su lado. Podría utilizarlo cuando se divorciara de Delaney.

La música se detuvo y Tess se separó de él.

—De acuerdo, iré a cenar con usted, pero no a uno de esos restaurantes elegantes en los que cuando sales tienes más hambre que al entrar. Estoy hambrienta.

—Trato hecho —dijo él sonriendo.

—Terminaré a las diez.

—Estaré en la mesa esperándola.

Tess llamó a Jack para decirle que no hacía falta que la esperara porque iba a ir a cenar con el abogado de Delaney.

Tess se acercó a la mesa en la que el abogado estaba sentado. Sus amigos se habían marchado. Él se levantó al verla acercarse.

—Hola.

—Hola —dijo Nathan sonriendo.

—Cuando quiera podemos irnos.

Al salir a la calle había dos fotógrafos que empezaron a hacerles fotos.

—Estupendo, otro más para añadir a mi lista de amantes —dijo Tess mirando a Nathan y riendo.

—¿Siempre la esperan en la puerta? —dijo caminando junto a ella.

—Sí.

Nathan abrió la puerta de su BMW para que Tess subiera. Luego rodeó el coche por delante para sentarse al volante.

—Siento que le fotografien conmigo. Tengo entendido que sale con

mujeres preciosas —dijo ella mirándolo con una sonrisa radiante—. Esto le hará bajar de categoría.

—¿Eso cree? —dijo mirándola con una sonrisa seductora y arrancando el coche—. No se subestime. Es una mujer preciosa y muchos matarían por fotografiarse con usted.

—¿Está flirteando conmigo?

—No me atrevería —dijo sonriendo.

—He de decirle que, mientras esté casada con Delaney, no voy a tener ningún tipo de relación con nadie que lo conozca. Pero, cuando esté divorciada, no tendré problema.

—¿Quiere decir con eso, que cuando termine su acuerdo con Delaney, podré flirtear con usted?

—Podrá intentarlo, si quiere.

—¿Cómo lleva lo de la prensa? —dijo él para cambiar de tema.

—Me costó acostumbrarme. No soportaba encontrarme con los fotógrafos por todas partes y me afectaba lo que escribían sobre mí. Han insinuado que había tenido relaciones íntimas con cada hombre con el que he hablado. Y ahora dirán lo mismo sobre usted. Pero, ahora me trae sin cuidado. Me he dado cuenta de que haga lo que haga, siempre van a pensar y decir lo peor de mí. Delaney me dijo que él no leía esa clase de prensa, que era usted quien lo hacía para asegurarse de que no se excedían.

—Sí, es cierto. ¿Cómo lleva su marido el que digan todo eso de usted?

—A mí no me importa lo que diga o piense Delaney. Cuando sellamos nuestro acuerdo dejamos claro, bueno, él dejó claro, que seguiríamos con nuestras vidas como antes. ¿Por qué iba a ser yo diferente?

—¿Qué le apetece cenar? —dijo poniendo el coche en marcha.

—Me da igual, a mí me gusta todo.

—Pensé que no aceptaría cenar conmigo, teniendo en cuenta que soy un capullo arrogante —dijo girándose para mirarla.

Tess lo miró a su vez y le dedicó una tierna sonrisa.

—Se lo ha dicho Delaney.

—Somos amigos desde hace mucho tiempo y solemos comentar las cosas que nos suceden. ¿Sigue pensando lo mismo de mí?

—No lo conozco lo suficiente para cambiar de parecer.

—En ese caso tendremos que dedicar tiempo a conocernos. Yo también pensé algunas cosas no muy agradables de usted.

—Lo supongo. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—Su comportamiento.

—¿El que digan que me acuesto con todos los hombres a los que conozco?

—No —dijo él riendo—. Ya hemos llegado, hablaremos durante la cena.

Cuando bajaron del coche, uno de los fotógrafos que les había seguido empezó a hacerles fotos.

—¿Le importaría rodearme los hombros con el brazo? —le dijo ella sonriendo—. Ya que van a insinuar que me acuesto con usted, les daremos motivo suficiente. A no ser que tenga miedo a su jefe.

—Será un placer —dijo Nathan pasando el brazo por los hombros de ella—. ¿Mejor así?

—Mucho mejor —dijo ella con una tierna sonrisa y rodeándolo por la cintura—. Cuando finalice nuestro acuerdo, habrá un montón de fotos más circulando por ahí, con los hombres más deseados de la ciudad.

—¿Hace esto para molestar a su marido?

—A Delaney no le molestaría ni siquiera que me acostara con usted.

—Yo no estaría muy seguro de eso —dijo el abogado pensando en las veces que nombraba Delaney a Tess últimamente.

Cuando entraron en el restaurante el maître reconoció a Nathan y se acercó a ellos.

—Buenas noches señor Brooks. Señorita.

—Buenas noches —dijeron los dos.

—Les acompañaré a su mesa. Síganme, por favor.

—¿Tenía la mesa reservada? ¿Había planeado que cenara con usted?

—No —dijo él—. En los restaurantes suelen tener alguna mesa reservada para clientes asiduos.

—Ah.

Se sentaron el uno frente al otro.

—No se fie por la elegancia del local. Aquí se come muy bien. ¿Qué le apetece? —dijo él abriendo la carta.

—Pida usted por mí.

—¿Segura?

—Parece ser que es un cliente asiduo y sabrá qué es lo mejor del menú.

—¿Pedimos dos cosas diferentes y las compartimos?

—Perfecto.

—¿Quiere vino?

—Tomaré, si usted toma.

Después de pedir el vino y la cena Tess cogió un bollito, lo abrió y puso tomate rallado encima de una de las partes. Luego empezó a comérselo.

—¿Qué le parece si nos tuteamos? Después del baile tan sensual que hemos compartido y de estar cenando juntos...

—Me parece bien. ¿Qué has querido decir antes con que habías cambiado de opinión respecto a mí, por mi comportamiento?

El camarero se acercó con el vino y sirvió un poco en la copa del abogado. Después de aprobarlo Nathan, el hombre lo sirvió en las copas y luego se retiró.

—Cuando fuiste a firmar el acuerdo prematrimonial, pensé que eras una vividora, una aprovechada y que le sacarías a Delaney todo lo que te fuera posible. Le aconsejé que no se casara contigo.

—Eso era patente. Pude percibir en tu rostro el desprecio que sentías por mí.

—Sí, he de admitir que sentía por ti una animadversión especial. Pero quiero dejar claro que no era nada personal, Delaney es como un hermano para mí y no quería que le hicieran daño.

—Lo entiendo, pero aunque no fuera nada personal, me afectaba directamente, a mí. Bien, y ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Suelo pasarle a Delaney el balance de los gastos de sus tarjetas del banco, y ahora también la tuya, cada semana.

—¿Y?

—Bueno, desde que os casasteis hace tres meses, no has usado la tarjeta que Delaney te dio, ni una sola vez.

—Eso tiene una simple explicación. No tengo que pagar alquiler, ni gastos de la casa, ni comida. Y resulta que cuando salgo a comer o a cenar con algún amigo, siempre me invita. Así que no tengo muchos gastos.

—No has amueblado el piso que Delaney te compró.

—Tengo mis muebles en casa de Delaney, cuando me marche me los llevaré. De momento no necesito muebles allí.

—Pagas con tu dinero la gasolina y la ropa.

—Nathan, no se puede decir que sea pobre, tengo tres trabajos y gano un buen dinero. Supongo que lo que yo gano será algo insignificante para ti, pero para mí, es suficiente. No pienso usar su tarjeta.

—No es normal.

—¿Qué es lo que no es normal, que no vaya a usar la tarjeta o yo?

—Cualquier mujer habría hecho echar humo a esa tarjeta, comprando la mejor ropa, los mejores zapatos, las joyas más caras...

—Yo no suelo comprar ropa cara. Admito que compro zapatos de calidad, italianos para ser más exacta, y me gasto un buen dinero en ellos, pero es porque paso mucho tiempo de pie y en un buen par de zapatos se nota la diferencia. En cuanto a las joyas... mírame, yo soy una chica sencilla y tengo más joyas de las que necesito.

—Cualquier mujer habría amueblado y decorado el piso sin importarle el dinero que gastara.

—Tal vez la diferencia esté, en que yo no soy cualquier mujer. O al menos, parece ser que no soy como las mujeres a las que Delaney y tú estáis acostumbrados.

—Eso es evidente, no tienes nada en común con ellas. Estaba totalmente confundido contigo.

—Yo también siento que te confundieras conmigo.

—¿Lo sientes? Sabes, yo no suelo equivocarme con las personas pero tú..., eres diferente.

—¿Eso es bueno o malo? —dijo ella dedicándole una dulce sonrisa.

—Es bueno. Delaney tiene suerte de haberte encontrado.

—¿Suerte? —dijo ella riendo—. Delaney y yo nos llevamos a matar. Discutimos siempre que estamos juntos. Es controlador, manipulador y cree que soy de su propiedad, aunque conmigo no tiene éxito. Según dice, le saco de quicio, lo desafío y le contradigo. Y puede que tenga razón porque, si te soy sincera, disfruto cabreándolo y haciendo que pierda el control.

Nathan no pudo evitar reírse porque Delaney le había contado muchas de las cosas que le ocurrían con Tess.

—Pero las cosas han cambiado. Desde hace unas semanas ya no nos vemos, y cuando coincidimos es solo por unos minutos y no tenemos tiempo para hablar, y menos aún para discutir. Así es mejor. La verdad es que no me siento muy orgullosa de mí misma, me refiero a haber aceptado este estúpido acuerdo. Lo único que ha cambiado en mi vida es que vivo en una casa de ensueño, y que no estoy sola porque tengo a Cath y a Jack.

—Y a Delaney.

El camarero se acercó y dejó unos entrantes sobre la mesa.

—Delaney no cuenta. Se va temprano por las mañanas, vuelve tarde por

las noches, viaja mucho... Ya te he dicho que no nos vemos. Quiero que todo esto acabe para volver a mi vida de antes.

—Tu vida no será como la de antes.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Fíjate como cambió mi vida en unos días, simplemente por conocer a un tío bueno. Imagina lo que puede ocurrir en los nueve meses que nos quedan de estar juntos.

—¿Esperas que suceda algo?

—Yo no soy adivina. Lo que quiero decir es que he empezado a encariñarme con Jack y con Cath, y no quiero que eso vaya a más, de lo contrario les echaría mucho de menos al marcharme.

—En eso también eres diferente a las otras mujeres. Cuando os casasteis, Delaney y yo pensamos que volverías a decorar su casa y le harías gastar una fortuna en ello. Y en vez de eso, te has instalado en la segunda planta, con tus sencillos muebles.

—Parece que os he decepcionado. De haber sabido que esperabais eso de mí, habría obrado en consecuencia.

—No lo habrías hecho.

—Posiblemente no. La casa de Delaney es preciosa y no cambiaría nada de ella —dijo sonriéndole—. Parece ser que Delaney te cuenta muchas cosas, pero no todas. Esa es la razón por la que no sabes los motivos de algunos de mis actos. De todas formas, me gusta vivir en la segunda planta con mis muebles y mis cosas. De esa forma, cuando me marche, no echaré de menos nada, o casi nada.

—¿Por qué vives en la segunda planta?

Tess estuvo unos momentos en silencio mirándolo.

—Un día Delaney llegó a casa de muy mal humor y la pagó conmigo. Me dijo que me largara del salón y le contesté que yo había llegado antes y que tendría que ser él quien se marchara —dijo ella sonriendo—. Entonces me dijo que no olvidara que esa era su casa y salí del salón. Entonces fui a su despacho, no porque quisiera ir a su despacho sino porque era la habitación que estaba al lado, y me acomodé en el sofá. Estaba estudiando el pedido que tenía que hacer para la librería y tenía la mesita llena de papeles con notas. Entonces entró Delaney y me dijo que no volviera a entrar en su despacho. Te aseguro que me sentí impotente porque él tenía razón, esa no era mi casa. Y entonces no pude reprimirme y le dije todo lo que me vino en gana. Que ya no quería el coche ni el piso y que no usaría el coche con chófer.

—Y decidiste trasladarte a la segunda planta.

—Sí, allí estaban mis cosas y como nadie utilizaba esa planta, pensé que allí no molestaría y Delaney no tendría excusa para echarme.

—Y sigues allí.

—Sí, y me quedaré hasta que finalice nuestro estúpido acuerdo.

Nathan la observaba comer. Era elegante y delicada. Y su sencillez lo aturdiría. Se dio cuenta de que se sentía atraído por ella. Tal vez fuera porque no estaba acostumbrado a ese tipo de mujeres, sencillas, espontáneas y sinceras. Tess le tenía fascinado. En ese momento comprendió por qué su amigo la había elegido.

—Delaney me contó que tuviste un mal día con tu suegra, cuando fuisteis de compras.

—Sí, fue terrible. ¿Puedes creer que me gasté \$50.000 en una sola tarde? —dijo ella sonriendo—. Bueno, supongo que lo sabes porque sé que ingresaste el dinero en mi cuenta. Cuando llegué a casa sufrí un ataque de..., de algo. No podía parar de llorar y Cath no conseguía consolarme. Me había gastado casi todo el dinero que había ahorrado en varios años, sacrificando muchas cosas. Antes has dicho que querías que te conociera, para que cambiara la opinión que tengo de ti —dijo Tess con una sonrisa acariciadora—, pero solo hemos hablado de Delaney y de mí.

—Es cierto. ¿Qué quieres saber?

—Nada en particular y un poco de todo. De tu infancia, del colegio, del instituto, de la universidad, de tu familia, de tus amigos, de lo que te gusta hacer en tu tiempo libre, de tus amantes... Puedes hablarme incluso de tu trabajo, no es que sepa de derecho, pero creo que podré seguirte.

El camarero les retiró los platos de los entrantes y poco después les llevó la cena.

A partir de ese momento fue Nathan quien habló y Tess escuchó atentamente, interrumpiéndole de vez en cuando para que le aclarara algo de lo que había dicho.

Hablaron de todas las cosas que Tess había mencionado y además de política, de novelas y de negocios. Nathan se dio cuenta de que podía hablar con ella de cualquier tema. Le llamó la atención cuando hablaban de algo que a ella le interesaba, que ahondaba en el tema con sutileza y dando rodeos, hasta que llegaba adónde ella quería. No todas las personas sabían hacerlo, pensó Nathan.

Cada uno comió la mitad de su plato y luego lo intercambiaron.

—¿Por qué aceptaste el trato que Delaney te ofreció?

—Bueno... —dijo sonriendo—. Me ofreció muchas cosas.

—Creo que hay algo más.

Tess volvió a sonreírle.

—Eres muy perspicaz, se nota que eres abogado. Supongo que lo de la librería hizo que me decidiera. Habría tardado algunos años en conseguirlo por mí misma, y por supuesto, no me habría podido permitir un local como el que Delaney me ha comprado.

—Pero tú no sabías el local que él te compraría ni la ubicación.

—Me daba igual en donde estuviera. ¿Sabes que el próximo sábado es el cumpleaños de Delaney?

El abogado se dio cuenta que ella había querido cambiar de tema, lo que le llevó a pensar que había algo que le ocultaba, sobre por qué había aceptado la propuesta de Delaney.

—Sí.

—Voy a organizar una fiesta en su casa.

—Estupendo.

—Delaney me ha dicho que haga lo que me parezca. Todavía no he decidido si será algo formal o informal. Has dicho que a Delaney le gusta la música latina.

—Sí, y baila muy bien, por cierto.

—Jamás lo habría imaginado de él, bueno, lo cierto es que tampoco de ti.

—Yo voy de vez en cuando a bailar a algunos pub sudamericanos, pero Delaney hace mucho que no va esa clase de locales.

—Podría contratar a un grupo latino para esa noche, pero... no sé, tal vez a él no le guste. Aunque dijo que lo dejaba en mis manos y tenía carta blanca. ¿Qué piensas tú?

—Hazlo, así se obligará a bailar. ¿Sabes ya a quién vas a invitar?

—Delaney me dio una lista de la gente que quería que asistiera. Bueno, lo cierto es que fue Sarah, su secretaria quien me la envió. Delaney no quiere tener contacto conmigo. Te la enseñaré. Seguro que conocerás a la mayoría y podrás decirme si les gustará la música latina —dijo buscando en su móvil el correo de Sarah y pasándoselo para que la viera.

—Los tres primeros son socios de Delaney y te aseguro que les va la marcha. A Sean también le gusta esa música, a veces hemos salido juntos. Sarah es fantástica en las fiestas y su novio es un buen tipo. A Carlo no se le da muy bien bailar pero le gusta la fiesta.

Nathan frunció el ceño al leer el siguiente nombre.

—¿Delaney ha incluido a Charlotte en la lista?

—Sí. ¿La conoces? ¿Crees que lo pasará bien?

—No, no la conozco mucho.

—Habrá muchos hombres atractivos en la fiesta, supongo que se entretendrá.

—Creo que no deberías invitarla.

—Nathan, sé que es la última amante de Delaney, y yo no tengo problema en que asista a su fiesta, si es lo que él quiere. Lo único que deseo es que no me deje en ridículo delante de mis amigos.

—Delaney no haría eso.

—Me temo que no lo conoces bien. Delaney se esfuerza en humillarme, y ese día es lo que pretende. Todo el mundo sabrá que esa es la mujer de turno ya que han salido en las revistas juntos. Esa es la razón por la que solo he invitado a dos de mis amigos, con ellos tengo plena confianza y no se burlarán de mí ni sentirán lástima. Delaney sabe que me gusta cabrearle y esa noche quiere cabrearle él —dijo ella riendo.

—Si lo que pretende es cabrearte llevando a su amante a la fiesta, tal vez deberías cabrearlo tú también. Como bien has dicho, habrá muchos hombres atractivos en la fiesta.

—Yo no haré nada que lo ponga en evidencia. Me limitaré a divertirme y procurar que los invitados se diviertan.

—¿Quieres postre?

—Tenía hambre, pero estoy completamente saciada.

—Eso es lo que nos gusta a los hombres que nos diga una mujer —dijo él sonriendo.

—No lo dudo.

—¿Quieres un café?

—Sí, me apetece.

Nathan pidió los cafés al camarero que retiró los platos.

—Antes has dicho que Delaney no quiere tener contacto contigo, ¿sería indiscreto si te preguntara por qué?

—En realidad, somos los dos los que no queremos tener contacto con el otro.

—¿Por qué?

—Cometimos un error. Cuando hablamos de los términos de nuestro acuerdo dejamos claro que no mantendríamos relaciones sexuales. Y

rompimos ese punto. Fue por mutuo acuerdo, sí, pero no debimos haberlo hecho.

—¿Por qué lo hicisteis entonces?

—Me dijo que deseaba acostarse conmigo.

—¿Y tú?

—¿Conoces a alguna mujer que no quiera acostarse con él? —dijo ella riendo—. Yo también lo deseaba, pero en mi caso era mucho más que eso. Quería perder mi virginidad y pensé que él sería el hombre adecuado para mi primera vez.

—¿Eras virgen?!

—¿Qué os pasa a los hombres con eso? Parece que sea un crimen ser virgen.

—Un crimen no —dijo sonriendo—, pero las vírgenes no abundan.

—Ahora hay una menos. Habíamos acordado hacerlo una única vez y después de eso volvimos a nuestro acuerdo. No volveremos a repetirlo. Pero creo que algo cambió. Antes nos evitábamos, porque nos deseábamos, pero ahora nos evitamos con más ahínco, hasta el punto de no vernos.

El camarero les llevó los cafés.

—¿Vas a comprarle un regalo de cumpleaños?

—Ya lo he comprado. Es un perrito.

—¿Un perro?

—Un Alaskan Malamute. Es precioso, bueno, preciosa. Es una perrita de tres meses.

—A Delaney no le gustará.

—Por supuesto que le gustará, parece un peluche. Cuando crezca será un perro impresionante. A Delaney le encantará.

—No estés muy segura.

—A todos les gustan los perros y su casa es grande, no se enterará ni siquiera de que lo tiene. Las hembras son muy cariñosas.

—¿En serio? —dijo él sonriendo.

—Hablo de perros, aunque yo soy muy cariñosa —dijo ella sonriendo también.

—No lo pongo en duda.

Después de tomar el café se marcharon. Los fotógrafos seguían en la puerta y les hicieron más fotos mientras caminaban hasta el coche, cogidos de la mano.

—¿Te apetece ir a tomar una copa? —dijo él abriéndole la puerta para

que subiera.

—Me gustaría, pero creo que por hoy ya les he dado a los periodistas suficiente para hablar, tal vez en otra ocasión. ¿Te importaría llevarme al pub?

—dijo ella cuando él se sentó a su lado—. He dejado el coche allí. Espero que Jack no me esté esperando en el aparcamiento.

—¿Por qué iba a estar esperándote?

—Siempre me espera fuera del pub para seguirme hasta casa. Le he llamado para decirle que no lo hiciera porque iba a cenar contigo, pero él sabe que volveré a por el coche y Delaney le habrá dicho que espere hasta que vaya, para acompañarme a casa. Tu amigo es un controlador. Ya habrá recibido el parte de en dónde he estado y con quién. No tardará en llamarte.

Llegaron al aparcamiento. Nathan bajó del coche y le abrió la puerta para que ella bajara. Luego la acompañó hasta el coche.

—¿Qué te había dicho? —dijo ella mirando el Mercedes de Delaney y a Jack dentro.

Los dos saludaron a Jack y el hombre les devolvió el saludo.

—Gracias por la cena, lo he pasado muy bien.

—Yo también lo he pasado bien. Ha sido un placer cenar contigo.

—Lláname cuando quieras repetirlo y no tengas ningún compromiso.

—De acuerdo —dijo Nathan—. ¿Has cambiado de opinión respecto a mí?

—Me has demostrado que no eres un capullo —dijo ella sonriendo—. En cuanto a lo de arrogante... todavía no lo he decidido. Aunque eres un arrogante muy atractivo —dijo besándolo en la mejilla.

—Vaya, gracias —dijo él cerrando la puerta cuando ella subió al vehículo—. Buenas noches.

—Buenas noches, Nathan.

Tan pronto Nathan entró en su apartamento sonó su teléfono y él sonrió al ver que era su amigo.

—Hola, Delaney.

—Hola.

—Qué bien te conoce tu mujer, ha dicho que no tardarías en llamarme.

—¿Has ido a buscarla al pub o ya habías quedado allí con ella?

—Ni una cosa ni la otra. Esta tarde me ha llamado Simon para decirme que anoche habían estado en un pub en donde había música latina y que

merecía la pena, sobre todo la cantante. Me dijiste que tu mujer trabajaba en un pub, pero no sabía que era en ese.

—¿Vas a hacerme creer que ha sido casualidad?

—Parece que no me conozcas. Jamás se me ocurriría seducir a tu mujer, al menos, mientras sea tu mujer.

—¿Eso quiere decir que te gusta?

—Qué pregunta más estúpida. Esa chica está para comérsela, pero ya te he dicho que no me interesa, de momento. Y por cierto, me dejó claro que no intentara seducirla mientras fuera tu esposa, pero que podría intentarlo cuando estuviera divorciada.

—¿Eso te dijo?

—Eso exactamente.

—Entonces, ¿os encontrasteis en el pub?

—Sí. Ella me vio cuando estaba en la mesa con Simon, Peter y Jason, y por su expresión me di cuenta que no le agradaba que yo estuviera allí. Dios mío, tu mujer canta como los ángeles. Tienes que reconocer que es buena.

—No puedo saberlo porque no la he oído cantar.

—Pues deberías ir por ese pub. Tu mujer había salido a bailar con algunos clientes mientras yo estaba en la mesa. En otro momento que bajó a la pista de nuevo bailó con un chaval y yo estaba bailando con una chica. Y cuando acabó el tema me encontré frente a ella. Se quedó mirándome un instante como sopesando si quería bailar o no conmigo y empezó a moverse delante de mí de una manera tan sensual que no pude resistirme a cogerla por la cintura y acercarla a mí. Tu mujer se mueve de una forma que hace que las piernas te tiemblen.

—¿No había más mujeres con las que bailar?

—Por supuesto, pero ninguna como ella. Luego bailamos un tema lento y la invité a cenar. Mi invitación le sorprendió, y pensó que quería acostarme con ella. Le dije que quería invitarla para disculparme por cómo la traté cuando la conocí y cuando le enseñé el apartamento.

—Y aceptó, claro.

—Ya sabes que se me dan bien las mujeres.

—Así que fuisteis a cenar.

—Sí. Y he de decirte que fue la cena más agradable y divertida de mi vida. Esa chica, a pesar de su corta edad es hábil con las palabras y ágil de mente. Es despierta hasta el punto de hacer que un hombre se sienta satisfecho de su conversación inteligente, agradable y entretenida. Emplea curvas

diestras y divertidas y giros imprevisibles que hacen de la conversación una delicia. Y lo que más me impresionó fue cuando hablamos de literatura. Empleaba citas de los grandes clásicos enlazándolas unas con otras con una soltura y una destreza que te aseguro que me ha dejado asombrado. Sabes, cuando venía de camino a casa iba pensando en que tal vez debería pedirle que me ayudara a redactar los discursos para el final de los juicios porque, si no convenzo al jurado, al menos lo diré con elegancia.

—Parece que te ha impresionado.

—Me ha dejado anonadado. Y he conseguido que me tutee —dijo riendo.

—Pues qué bien.

—Después de cenar le dije de ir a tomar una copa.

—¿Querías llevártela a la cama?

—Bueno —dijo riendo—, no me habría importado, pero no, no tenía eso en mente. De todas formas no aceptó. Dijo que no quería darle a los periodistas más material, para especular.

—Lo que faltaba. Ahora también escribirán en las revistas sobre vosotros.

—Sin lugar a dudas porque Tess me pidió que le rodeara los hombros con el brazo cuando íbamos por la calle. Pero a mi no me importa que me hagan fotos, y a ella tampoco. Dios mío, qué suerte tienes. Tu mujer es una chica fantástica, inteligente, divertida y además preciosa. Lo he pasado genial y te aseguro que voy a repetir.

—Nathan, te estás pasando.

—No me habías dicho que estuvieras interesado en ella.

—Y no lo estoy, pero es mi mujer y me gustaría llevar la cabeza alta, mientras dure lo nuestro.

—Venga ya. Puede que eso se lo trague otro, pero tú y yo nos conocemos desde hace mucho. Te gusta Tess y no te culpo por ello. Es cierto que no es el tipo de mujeres con las que salimos, pero..., esa chica es especial. Podría haber pasado toda la noche simplemente hablando con ella y no me habría cansado. Te gusta, ¿verdad?

—No voy a negarlo.

—En ese caso, ¿por qué me ha dicho que prácticamente no os veis porque evitáis hacerlo? Ya sé que os habéis acostado. Y que era virgen.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí.

—He de reconocer que antes la deseaba, pero después de estar con ella... Joder, jamás he deseado tanto a ninguna mujer.

—¿Y tú tienes problemas para seducirla?

—Tess es una mujer de palabra, y yo también. Ahora nos ceñimos al acuerdo.

—Al menos ya la has probado. Y has sido el primero.

—Ese es el problema. Quería estar con ella porque pensé que después de hacerle el amor ya no la desearía, pero ahora quiero más. Y tengo que evitar verla porque sé que no podré controlarme.

—La verás el sábado en tu fiesta de cumpleaños. ¿Crees que está bien que invites a Charlotte?

—Necesitaré estar entretenido con algo y poder apartar a Tess de mi mente.

—Habrá gente con la que puedas entretenerte. No es correcto que llesves a tu amante, a tu casa y se la restriegues a tu mujer por las narices.

—A ella no le importará.

—Bueno, tú verás lo que haces. Es una buena chica, Delaney, no la dejes en ridículo. ¿Vuelves el jueves?

—Sí, por la noche.

—Nos veremos el viernes, entonces.

Delaney se había sentido terriblemente mal desde que Jack le había dicho que Tess había ido a cenar con Nathan. Había sentido una rabia que no llegaba a comprender. Había sentido un nudo en el estómago que le presionaba y no le dejaba respirar. El pensar que Tess y Nathan pudieran estar juntos, había hecho que sintiera una ira que jamás había experimentado, algo nuevo para él y muy desagradable. En ese momento había comprendido lo que realmente eran los celos.

Tess se levantó temprano al día siguiente y bajó a la cocina.

—Buenos días Cath.

—Buenos días cariño. Anoche llegaste tarde.

—Me encontré en el pub con Nathan, el abogado de Delaney, y me invitó a cenar.

—Ten cuidado con Nathan, es un seductor de primera, como tu marido.

—Lo sé. Pero no me invitó con el propósito de seducirme sino como disculpa por su comportamiento conmigo, cuando nos conocimos, no fue muy

amable conmigo.

—Entonces me alegro que te invitara a cenar. ¿Lo pasaste bien?

—Lo pasé muy bien. Pensé que era diferente, pero estaba equivocada con él. Me cae bien y es muy agradable.

—Y muy guapo.

—Eso también, pero no me interesa.

—Lo sé —dijo la mujer—. Pero sabes, Nathan también es un buen candidato para darle celos a tu marido.

—¿Sigues haciendo de Celestina?

—Sí.

—No te molestes, creo que Delaney es inmune a los celos, y a mí.

—Ya veremos.

—Quería hablar contigo sobre el sábado. Es el cumpleaños de Delaney.

—Lo sé.

—Buenos días —dijo Jack entrando en la cocina.

—Buenos días —dijeron las dos.

Jack se sirvió un café y se sentó en la mesa.

—Prepararé el desayuno —dijo Tess.

—Ese es mi trabajo, siéntate —dijo Cath.

—Vale —dijo Tess sentándose frente a Jack—. Le pregunté a Delaney si quería que hiciera algo para celebrar su cumpleaños y dijo que lo dejaba en mis manos.

—¿Has pensado en algo?

—Nathan me dio una idea anoche. Me dijo que a Delaney le gusta la música latina. Así que he decidido que tendremos una fiesta latina.

—Buena idea.

—He pensado encargarme una cena fría en el restaurante de Carlo.

—No te preocupes de la cena, yo me encargaré —dijo la mujer.

—Será demasiado trabajo.

—Solo tienes que decirme cuantos seréis.

—Veinte o veinticinco, dependiendo de si vienen acompañados. Mañana tengo que llamarles para confirmar su asistencia.

—Prepararé comida suficiente. ¿Ya le has comprado el regalo a Delaney?

—Sí, le he comprado un perrito, bueno, es perrita, un cachorrito.

—Delaney no quiere perros —dijo Jack.

—¿Te lo ha dicho él?

—Tuvo un perro que murió cuando era adolescente. Lo pasó muy mal y dijo que nunca tendría otro. Adoraba a ese perro.

—Entonces también querrá a la perrita, es preciosa.

—Si se lo regalas te arriesgas a que lo rechace.

—Correré el riesgo. Y si no lo quiere, me lo llevaré cuando me marche.

—Tú misma. ¿Dónde has pensado celebrar la fiesta? —preguntó Jack.

—En el jardín. Llamaré a Louise para preguntarle quién se encargó de poner el suelo de madera de la pista de baile en nuestra boda. Jack, ¿crees que a Delaney le importará que gaste tanto dinero?

—Puedes gastar el dinero que quieras. Yo me encargaré de hablar con esa gente.

—Gracias.

—Dime también la bebida que quieres y la encargaré.

—La verdad es que no tengo ni idea, ¿podrías encargarte tú?

—Claro —dijo el hombre—. Contrataré a un par de camareros para que se encarguen del bar. Y Tess, no se te ocurra pagar nada, de todos los pagos me encargo yo.

—De acuerdo. Voy a contratar a un grupo sudamericano que conozco.

—Qué bien, va a ser una fiesta animada —dijo Cath.

—Yo te ayudaré con la cena.

—Tess, no necesitaré ayuda.

—El sábado no tengo nada que hacer y sabes que me gusta cocinar.

—Cómo quieras.

—Espero que no te emborraches ese día —dijo Jack.

Tess se rio.

—Ese día no habría problema porque estaré en casa pero, teniendo en cuenta que vendrán mis suegros y algunos socios de Delaney, me comportaré.

Delaney llegó a casa a medianoche el jueves. Subió a la segunda planta y al ver la puerta abierta entró. No encendió la luz pero estaba lo suficientemente iluminado con el resplandor de la luz del pasillo para poder ver a Tess.

Se acercó a la cama y la vio plácidamente dormida.

Dejó una bolsa en el suelo junto a la cama, le dio un suave beso en los labios y salió de la habitación.

Tess se despertó a las ocho menos cuarto. Cuando se sentó en la cama para levantarse vio la bolsa en el suelo y sonrió. Eso era señal de que Delaney había vuelto.

Sacó el paquete más grande de la bolsa y lo abrió. Eran una sandalias italianas rojas con el tacón alto.

—Preciosas —dijo sonriendo.

Luego abrió el otro paquete pequeño que había en la bolsa y vio un estuche cuadrado de color granate. Cuando lo abrió se quedó sin respiración. Había una gargantilla de rubíes con la pulsera y los pendientes a juego. A pesar de que no le gustaba que Delaney le hiciera regalos caros, le encantaron. Eran sencillos, pero Tess sabía que le habrían costado una fortuna.

Tess se volvió hacia su osito y lo cogió. Los rubíes eran idénticos. Carter tenía razón, Delaney le había puesto el collar al osito porque sabía que, de lo contrario, Tess no lo aceptaría.

Su marido le había dejado claro que después de la boda tendría que aceptar todos los regalos que él le hiciera y Tess sonrió porque deseaba quedarse ese regalo con toda su alma.

Sabía que Delaney no sentía nada por ella, además de atracción sexual, pero tenía unos detalles fantásticos.

Tess bajó de la cama y fue rápidamente a la habitación de su marido con la esperanza de que no se hubiese marchado, pero estaba vacía.

Decidió que para la fiesta se pondría un pantalón vaquero estrecho y la camiseta que llevaba cuando volvió de Las Maldivas con las letras rojas que decían: *I love you to the moon and back*, que sabía que a Delaney le había gustado y quería que él volviera a pensar que se lo decía a él. Le quedaba muy ajustada, tenía un gran escote y, era perfecta.

Además, se pondría los regalos que le había dejado Delaney esa noche. Había coincidido que las sandalias eran rojas y le quedarían bien con las letras rojas de la camiseta. Los rubíes tal vez fuesen excesivos, pero no le importaba, eran *sencillos*.

A Tess le habría gustado que Delaney la despertara cuando subió a dejarle los regalos. No se habían besado desde que hicieron el amor cuatro semanas atrás, y Tess lo había deseado cada día.

Tess había echado un vistazo al jardín antes de subir a acostarse. El suelo de madera ya estaba colocado. Había unas mesas alargadas que se cubrirían con manteles y donde se colocaría la comida. A otro lado había otra

mesa en donde los camareros se ocuparían de las bebidas. Y los farolillos de colores estaban instalados.

Esa noche tampoco vio a Delaney porque llegó a casa cuando Tess ya estaba dormida.

Capítulo 17

Tess se levantó temprano el sábado. Se lavó, se vistió y salió de casa rápidamente. Y antes de las siete y media ya estaba de vuelta con el regalo de Delaney.

Fue a la cocina después de asegurarse de que su marido no estaba allí. Jack estaba con la caja preparada. Metieron dentro a la perrita y Tess envolvió la caja con un papel de regalo negro brillante. Jack hizo algunos agujeros en el papel, como había hecho con la caja, para que la perrita pudiera respirar. Y para finalizar Tess puso una cinta de un rojo brillante alrededor de la caja con un gran lazo.

El cachorrito no hacía sonido alguno, estaba dormido.

Cuando Delaney entró en la cocina y vio a Tess le dio un salto el corazón, al ver la sonrisa que ella le dedicaba. No sabía la razón, pero cada vez que la tenía cerca sentía un nudo en el estómago.

Tess se levantó de la silla y se dirigió a él para abrazarlo. Estaba guapísimo. Lo había echado muchísimo de menos y habría querido besarlo, hasta hacerle perder el sentido.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias.

Jack y Cath lo abrazaron también para felicitarlo.

—Ese es tu regalo —dijo Tess señalando la caja que estaba sobre la mesa.

—Un regalo muy grande —dijo él sonriendo.

—Cuando hago algo, siempre lo hago a lo grande. Ábrelo.

Delaney deshizo el lazo y luego rasgó el papel. Encontró una caja de cartón corriente. La abrió y se quedó petrificado al ver aquellos ojos verdes del precioso cachorro que lo miraban.

—Un perro.

—Es una perrita —dijo ella sonriendo.

—No quiero perros.

—Del, este no es un regalo que se pueda devolver —dijo ella contrariada.

—Entonces tendrás que regalárselo a alguien porque yo no lo quiero.

—No te preocupes por eso, me lo quedaré yo y lo mantendré en la segunda planta, alejado de ti —dijo sacando a la perrita de la caja—. Lo siento, te has quedado sin regalo.

Tess se dirigió a la escalera, conteniendo las lágrimas que le oprimían los ojos y subió a su habitación.

—Eso no ha sido muy amable de tu parte —dijo Jack.

—No quiero perros.

—¿Quieres desayunar? —preguntó Cath sin mirarlo porque tenía un nudo en la garganta y estaba a punto de llorar.

—Sí, por favor.

Nadie mencionó nada sobre el perro en la cocina. Delaney desayunó con Jack, en silencio. Sabía que había sido brusco con Tess y que ella no se sentiría muy bien. Pensó en subir a disculparse, pero seguramente Tess estaría llorando y tendría que abrazarla, consolarla, y... si hacía eso, sabía que no podría detenerse. Llevaba un mes intentando no verla y lo había conseguido. Y llevaba un mes pensando en ella, soñando con ella. Dios, cómo la deseaba.

Los invitados empezaron a llegar a las ocho de la tarde.

Jack, no muy contento, fue a recoger a Charlotte, la amante de Delaney.

A las nueve, todos los invitados estaban en el jardín, y todos vestidos de manera informal, como Tess les había pedido.

Tess se mostraba contenta con todos y no estaba enfadada con Delaney por no haber aceptado a la perrita ya que se lo habían avisado Nathan y Jack, pero sí decepcionada. Aunque, lo que la sacaba de quicio era tener en casa a la amante de su marido. Se había mostrado amable con ella cuando Delaney se la presentó, pero a partir de ahí logró mantenerse indiferente ante ella, y ante Delaney.

Tess no estuvo cerca de su marido ni un solo momento. Se dedicó a atender a los invitados como una buena anfitriona.

La cena fue fantástica y todos disfrutaron de ella. Los socios de Delaney eran divertidos y Tess no se sintió desplazada en ningún momento porque tanto ellos como Sean, Carter, Logan y Carlo y sus acompañantes cuidaron de ella y no la dejaron sola. Tess pensó que tal vez fuera porque estaban al corriente de que la mujer que no se separaba de su marido era su amante.

De vez en cuando las miradas de Delaney y Tess se encontraban, pero ella la apartaba rápidamente.

Después de cenar, los camareros retiraron los platos y las bandejas de la comida y las sustituyeron por la bebida, los vasos, las copas y el hielo. Y cuando tenían todo listo y las botellas de champán preparadas llevaron una tarta con treinta y tres velas encendidas que dejaron en una de las mesas delante de Delaney.

Tess ni siquiera estuvo junto a su marido en ese momento, ya que su amante estaba a su lado.

Le cantaron el cumpleaños feliz y Tess le dijo que pidiera un deseo. Delaney miró a su mujer durante un breve instante y luego sopló apagando todas la vela.

El camarero cortó la tarta y la sirvió en platos que el otro camarero iba entregando a cada uno de los invitados, incluidos Jack y Catherine. Luego se repartieron copas de champán para brindar por Delaney.

Los invitados se dirigieron a la pista de baile que estaba rodeada por sillones y sofás con mesitas delante. El grupo de música empezó a tocar un tema lento. Tess pensó que Delaney la sacaría a bailar, pero él estaba sentado en uno de los sofás, con su amante al lado, y no hizo mención de levantarse.

Patrick, el padre de Delaney vio la situación y se acercó a Tess, la cogió de la mano y la llevó al centro de la pista para bailar con ella. Sean y su madre les siguieron y luego se unieron otras parejas.

—¿Qué os pasa a mi hijo y a ti? —preguntó Patrick.

—Mi regalo no le ha gustado. Debería ser yo quien estuviera molesta, pero parece que es él quien se ha enfadado.

—¿Qué le has regalado?

—Una perrita, un cachorrito de dos meses y medio.

—¿De qué raza?

—Alaskan Malamute. Es preciosa. Cuando sea adulta será una perra impresionante.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Quedármela, por supuesto. Como Delaney no la quiere aquí, la llevaré a una guardería cada día, antes de ir al trabajo y la recogeré cuando termine. Ya he hablado con ellos. Además, el propietario es adiestrador e irá enseñándole a obedecer poco a poco.

—Puede que mi hijo quiera que se marche de casa.

—Si quiere que se marche tendrá que elegir, porque yo me iré con ella.

—Eres igual que mi mujer —dijo el hombre riendo—, siempre hace lo que quiere. ¿Me la enseñarás antes de irme?

—Claro. ¿Qué tal se te dan los bailes latinos?

—No lo sé, nunca he bailado.

—Te será fácil. En la despedida de soltera te desmadraste y lo hacías bien.

—Me gusta bailar.

Después de dos temas empezó a sonar una pieza con mucho ritmo. Sean se acercó a Tess y a su padre.

—Vengo a sustituirte, papa —dijo sonriendo—, esto ya no es para ti.

—No es para mí, de momento, hasta que os vea y le coja el tranquillo.

Tess lo besó y Patrick se alejó.

—Vamos a demostrarles a todos cómo se baila —dijo Sean cogiéndola de la mano y haciéndola girar.

Los dos empezaron a moverse delante del otro, tentándose y seduciéndose. Sean la cogió de las caderas y la acercó a él rodeándola por la cintura. Luego empezaron a moverse juntos.

Delaney los miraba sin perder detalle. Deseaba ser él quien estuviera bailando con ella, pero no se movió de su asiento.

Tess bailó luego con Logan y a Delaney le hacía gracia que un sacerdote bailara de esa forma tan descarada, con su mujer.

Cuando sonó música más lenta Delaney salió a bailar con su amante. Y mientras lo hacía vio que Tess bailaba con uno de sus socios y en el siguiente tema, con otro. A Delaney no le gustó que sus socios bailaran tan pegados a ella.

Cuando empezó un tema de salsa Tess sacó a bailar a su suegro que, después de dos copas se sentía animado. Tess vio que su suegra bailaba con Carter y más tarde con Logan y con Nathan y se sintió bien. Le gustaba que sus suegros se divirtiesen.

Cuando Patrick volvió a su asiento para descansar Nathan se presentó delante de Tess y ella empezó a moverse delante de él de manera sensual.

A Delaney se lo llevaban los demonios. No le gustaba que Nathan bailara de esa manera con ella. No le gustaba que Tess se riera con todos como si estuviera completamente feliz. No quería que bailara con nadie. Tess era suya.

Tess se sentó un momento a descansar junto a su suegra.

—¿Os habeis peleado mi hijo y tú?

—No exactamente —dijo Tess.

—Sea lo que sea lo que os pasa, lo estás haciendo bien. Sigue bailando

con todos los hombres. Por la expresión con la que te mira mi hijo, no le hace mucha gracia.

—¿Tú crees?

—Sí. Procura pegarte bastante a ellos. Delaney necesita una lección.

Tess la miró y supo que su suegra se refería a que Delaney tenía que pagar, por haber llevado a su amante a casa.

Delaney bailó con todas las mujeres, menos con la suya. Miraba a Tess de arriba abajo cuando se contoneaba delante de los hombres de manera sensual, provocándolos. Y Tess lo miraba cuando Delaney estaba sentado, junto a su amante, pero mirándola a ella, con ojos depredadores.

Tess iba a menudo a la mesa de las bebidas y pedía un vaso de agua con hielo y limón, aunque todos pensarían que era alcohol. Tenía un retraso en la menstruación y no era lo normal en ella. Deseaba no estar embarazada porque eso la aterraba, pero en su interior sabía que estaba esperando un bebé.

Delaney no la perdía de vista y sabía que con lo que estaba bebiendo pronto estaría borracha.

Delaney vio que después de bailar con Sean, Tess lo cogió por la cintura y se dirigieron a la casa. Y se intranquilizó quince minutos después, al ver que no habían salido. Llevaba toda la noche sintiendo unos celos que lo estaban matando, y ya pensaba lo peor de todos los hombres que estaban allí.

Tess había llevado a Sean a que viera la perrita, que por cierto le encantó. Cuando volvieron a la fiesta, Delaney estaba bailando con su amante. Al verlos Sean llevó a Tess a la pista y bailó con ella, tal vez demasiado pegados.

—¿Cómo estás? —le preguntó Sean al oído.

—Estoy bien. Supongo que todos se preguntarán por qué Delaney no baila conmigo. Aunque yo también me lo pregunto. Pensarán que prefiere hacerlo con ella.

—¿Desde cuando te importa lo que dice la gente?

—Esto no es lo mismo que las revistas. La gente que hay aquí me importa.

—Pídele que baile contigo.

—Sean, yo también tengo mi orgullo. Y no me extrañaría que me rechazara, si se lo pidiera.

—Delaney no haría eso. Estará molesto por lo del perro y se sentirá culpable por haberlo rechazado.

—En ese caso, debería ser yo quien estuviera molesta.

Uno de los socios de Delaney se acercó a ellos cuando empezó un tema con más ritmo.

—Me he dado cuenta que eres quien mejor baila de todas las mujeres que hay aquí. ¿Te apetece bailar otra vez conmigo?

—Por supuesto —dijo Tess acompañándolo.

—¿Os sucede algo a Delaney y a ti?

—Le he hecho enfadar —dijo ella mirándolo y sonriendo.

—¿Y sonrías por ello?

—Me gusta verlo enfadado. Lo encuentro muy sexy.

Él se rio.

—Me dijeron que eras muy guapa, pero se quedaron cortos.

—Gracias, eres muy amable.

—Bien, hagamos enfadar un poco más a tu marido —dijo él riendo—, por cómo me mira yo diría que le gustaría arrancarme la cabeza.

Tess soltó una carcajada y se abrazó a él.

Delaney no podía soportar que todos los tíos que había en la fiesta manosearan a su mujer. Cada vez estaba más irritado. Se levantó y fue a hablar con dos de sus socios que estaban con Carlo.

Cuando Delaney vio que Tess se acercaba a ellos penso que le pediría que bailase con ella, pero para su sorpresa, Tess cogió de la mano a Carlo y lo arrastró a la pista.

—Tess, yo no sé bailar esto —dijo Carlo.

—Tonterías —dijo ella—. Un tío que hace lo que tú en la cocina, puede hacer cualquier cosa.

Más tarde Tess cogió a su suegro de la mano y lo llevó al interior de la casa.

—Es preciosa —dijo Patrick al ver a la perrita.

—Sí —añadió ella orgullosa.

—Llévala a nuestra casa, allí estará bien.

—Se quedará aquí.

Patrick se rio.

Cuando volvieron a la fiesta Delaney estaba bailando con la acompañante de uno de sus socios. Tess no pudo evitar detenerse para contemplarlo. Estaba para tirarlo al suelo y hacer cualquier locura con él.

Cada vez que Delaney miraba a Tess y se fijaba en la camiseta que llevaba, deseaba que la frase escrita en ella se la dedicara a él.

Tess se encontraba sentada con sus suegros. Estaba de espaldas y no vio

acercarse a su marido.

—¿Quieres bailar? —preguntó él cuando llegó a su lado.

Tess levantó la vista para mirarlo.

—Gracias, pero ya he tenido suficiente por esta noche —dijo ella sonriéndole.

Louise miró a su hijo a los ojos, reprochándole su conducta de toda la velada.

Delaney estaba furioso, porque Tess no quisiera bailar con él, y por la mirada de su madre.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —preguntó Delaney a Tess.

—Claro —dijo ella haciéndose a un lado para que él se sentara.

—A solas.

Tess se levantó. Delaney la cogió de la mano y la llevó caminando hacia la piscina.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—Me gusta tu camiseta.

—Y a mí me gustan los zapatos que me has comprado —dijo ella mirándose los pies—, son fantásticos.

—Estás muy sexy con ellos.

—¿Y qué me dices de las joyas? ¿Crees que me sientan bien?

—Estás para follarte llevando puestas únicamente las joyas.

Tess se giró para mirarle.

—Qué romántico —dijo riendo—. ¿De qué quieres hablar?

—No quiero hablar. Quiero besarte —dijo cogiéndola de la cintura y acercándola a él.

Tess colocó las manos sobre el pecho de él para frenarlo.

—Perdona pero, no quiero que me beses.

—¿Primero rechazas bailar conmigo y ahora esto?

—No me has invitado a bailar en toda la velada. Has bailado con todas las mujeres, menos conmigo, ¿y ahora quieres besarme? Has bailado bastantes veces con tu amante, y creeme que entiendo que me ignores estando ella aquí. Ella sí es tu tipo, así que bésala a ella.

—Si sabías que era mi amante, ¿por qué la invitaste?

—Porque tú querías que estuviese aquí.

- No acostumbras a hacer lo que te digo.
—Hoy es tu cumpleaños y tenía que cumplir tus deseos.
—¿Vas a cumplir lo que deseo?
—El tiempo de los deseos se acabó cuando soplaste las velas.
—Tienes que concederme este deseo.
—¿Qué dese...?

Delaney no la dejó acabar la frase. La pegó a él y la besó con desesperación. Cada vez que Tess intentaba finalizar el beso, Delaney insistía un poco más obligándola a no cerrar los labios para seguir degustándola a conciencia. Delaney la sujetó de la nuca con una mano y ella pudo sentir la presión de sus dedos. A Tess la atravesó una especie de descarga eléctrica que la aceleró poniéndola a cien. Delaney la besaba de forma insolente, con besos largos, húmedos y voraces y no paró hasta que a Tess le flaquearon las piernas y le rogó que se detuviera.

Tess le rodeó la cintura para no caerse y él escondió el rostro en el cuello de ella.

Cuando recuperó el aliento se apartó de él.

—Ya has conseguido lo que querías, ¿estás contento?

Tess estaba allí, frente a él, con los ojos brillantes por las lágrimas retenidas. Delaney se sintió invadido por una emoción totalmente desconocida y de pronto se sintió vacío. La miró sin saber realmente de qué hablaba.

—Pensaba que eras un tío con clase, a pesar de tu indiscreción con las mujeres y permitiendo que todo el mundo esté al corriente de que mi marido me es infiel. Sabes, ya me he acostumbrado a ello y, sinceramente, ya no me importa lo más mínimo lo que piensen de mí los que leen la prensa sensacionalista. Pero muchas de las personas que están en esta fiesta me importan, algunas de ellas me importan mucho. Te habrás dado cuenta que solo he invitado a Logan y a Carter por mi parte. En un principio pensé invitar a mis dos jefes y a mis compañeros de trabajo, pero cuando tu secretaria me envió la lista de las personas que querías que asistieran a tu fiesta, sentí vergüenza de invitarles. Carter y Logan no van a sentir lástima de mí, porque ellos me quieren. Has traído a tu amante a mi casa, y digo *mi casa* porque es donde vivo, y con ello has hecho que me sienta avergonzada y humillada delante de tus amigos, de tu familia y de mis amigos. Y sobre todo has hecho que me humillara delante de tu amante. Esto ha hecho que te conozca un poco más. Has sido muy cruel conmigo y no creo que yo me haya portado contigo, tan mal para merecer algo así. Casi siempre ocultas muy bien al cretino que

llevas en tu interior, pero de repente surge como un relámpago —dijo ella intentando esbozar una sonrisa—. Eres un cretino arrogante e inhumano.

Tess se sentía satisfecha consigo misma porque había contenido las lágrimas. No quería que él la viera llorar.

Delaney se pasó las manos por el pelo, nervioso y arrepentido por su comportamiento.

—Lo siento, Tess. No sé lo que me pasa, pero tú haces que saque lo peor de mí.

—Si es eso lo que hago, quiero que sepas que no es mi intención. Procuro mantenerme lo más alejada de ti. De haber sabido que te sentías tan mal, te aseguro que habría encontrado alguna excusa convincente para no estar presente en tu fiesta porque está claro que para ti, he estado de más.

—¿Crees que no quería que estuvieras aquí?

—Yo... Dios, tienes una facilidad asombrosa para hacer que me sienta aturdida. Primero con esos dedos acariciándome el pelo, con esa boca, y esos labios..., esos endiablados labios que cuando me besan consiguen alejar de mi mente cualquier pensamiento congruente.

Delaney la miró sonriendo.

—En cuanto a lo de tu regalo.

—Olvídalo.

—Siento que tengas que llevar al perro a otro sitio.

—¿Quién ha dicho que el perro va a marcharse?

—Yo.

—Si la perrita se va, yo me iré con ella, y daremos por finalizado nuestro acuerdo.

—¿Pretendes hacerme chantaje?

—Podría llamarse así si sacara algo a cambio, pero los dos sabemos que si me marcho no obtendré nada de ti.

—Entonces, ¿es un ultimatum?

—Llámalo cómo quieras. Míralo por el lado bueno, si nos vamos las dos, te ahorrarás un montón de pasta.

—Me estás amenazando.

—No seas ridículo. Te estoy dando la oportunidad, otra vez, de que acabemos con esta estúpidez. No seas cobarde, Stanford. Rescinde el contrato y así te sentirás el dueño y señor del universo. Y fíjate lo que voy a decirte. Te doy permiso para que digas que yo soy la culpable de nuestra separación. Puedes alegar que soy promiscua, desvergonzada e infiel, y así quedarás como

el poderoso hombre que *crees* que eres, y yo como una pobre fracasada que ha perdido la oportunidad de su vida.

—Estás intentando por todos los medios romper conmigo.

—Estás confundido. Tú eres quien me está forzando a querer terminar con lo *nuestro*. Por otra parte, si decides que la perrita y yo nos quedemos, te doy mi palabra de que permanecerá siempre a mi lado y que no nos cruzaremos en tu camino, ni ella ni yo, nunca.

—¿Vas a llevarla a trabajar contigo?

—Donde la lleve no es asunto tuyo. Piénsalo y hazme saber tu decisión. Parece que algunos de los invitados piensan marcharse —dijo ella al ver que se ponían de pie.

Tess y Delaney se despidieron de casi todos. Quedaba Charlotte, que estaba hablando con Delaney. Y Nathan que estaba con Tess.

—Nathan, ¿te importaría que pasara hoy la noche en tu casa? —preguntó Tess.

Nathan miró a Delaney que estaba mirándolos.

—Tess, sabes que no puedo hacerlo.

—Creo que me has malinterpretado, no quería pasar la noche contigo sino en tu casa, en el sofá. Mierda. Perdona. Había olvidado que eres amigo de Delaney, pero no mío. Olvída que te lo he pedido —dijo ella abrazándolo.

—También soy amigo tuyo. Ha sido una fiesta fantástica.

—Gracias.

Tess y Nathan se acercaron hasta donde estaban Delaney y su amante.

—Espero que hayas disfrutado de la fiesta —dijo Tess a Charlotte.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por invitarme.

—Tendrás que agradeceréselo de manera especial a mi marido, él ha sido quien deseaba que estuvieras aquí. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Charlotte.

—Buenas noches, Nathan, me ha encantado tenerte aquí —dijo Tess besándolo en la mejilla y abrazándolo luego.

—Tuviste una idea estupenda al celebrar una fiesta como esta y ha sido un placer bailar contigo. Buenas noches.

—La fiesta ha sido un éxito —dijo Jack cuando Tess entró en la cocina.

—Sí, no ha estado mal.

—¿Qué ha pasado con lo de la perrita? —preguntó Cath.

—De momento se quedará aquí, en mi habitación. Esta noche no dormiré en casa.

—¿Dónde dormirás? —preguntó la mujer.

—Todavía no lo he decidido —dijo Tess abandonando la cocina.

—Delaney se lo ha hecho pasar mal esta noche —dijo Jack.

—¿Cuándo se lo ha hecho pasar bien? —dijo la mujer—. No me extrañaría que Tess se marchara esta noche y no volviera. Pensaba que Delaney era un hombre inteligente.

Tess bajó minutos después con una bolsa que contenía las cosas de la perrita y otra con sus cosas. La perrita caminaba a su lado. Entraron en la cocina.

—Jack, ¿serías tan amable de meter estas bolsas en el maletero de mi coche?

—Lo meteré en el coche de Delaney y te llevaré donde quieras.

—Gracias, pero prefiero conducir.

—Sabes que tengo que ir contigo.

Tess lo miró y empezaron a resbalarle lágrimas por la mejillas.

—Por favor, Jack, no me lo pongas difícil. Necesito estar sola, por favor.

—De acuerdo, pero tranquilízate —dijo acercándose a ella y secándole las lágrimas.

Jack entró en el garaje por la puerta interior y dejó las bolsas de Tess en su coche. Luego volvió a la cocina.

—Escucha, cuando llegues a donde vayas a ir, llámame —le dijo el hombre.

—Gracias, Jack.

Tess entró en el garaje y sentó a la perrita en el asiento de atrás después de cubrirlo con una sábana. Luego subió al asiento del conductor, abrió la puerta con el mando y arrancó el vehículo.

Delaney, su amante y Nathan seguían hablando en el mismo sitio. Al oír el motor del coche se volvieron los tres. Tess ni siquiera los miró.

Cuando el coche salió de la propiedad, Delaney se disculpó con Charlotte y entró en la casa. Fue directamente a la cocina. Jack y Cath estaban sentados en la mesa.

—¿Por qué no has ido con Tess? —le dijo Delaney a Jack—. Son más de las dos de la mañana y con lo que ha bebido no creo que esté en condiciones de conducir.

—Tess no ha bebido alcohol en toda la noche.

—¿Cómo sabes que no ha bebido?

—Mi trabajo es cuidar de ella. Si hubiera bebido, no la habría dejado conducir. Necesitaba estar sola.

—¿Conduciendo a estas horas? Jack, como bien has dicho, eres quien tiene que cuidar de ella.

—Es lo que estoy haciendo —dijo Jack sin mirarlo—. ¿Tengo que llevar a tu amante a casa?

—La llevaré yo.

—Entonces, nos veremos mañana. Buenas noches, Cath.

Jack abandonó la cocina y salió de la casa.

—¿Qué le pasa?

—Preguntáselo a él —dijo la mujer saliendo de la cocina.

Delaney se preguntó que les ocurría a esos dos. Salió de nuevo al jardín y le pidió a Nathan que acercara a Charlotte a casa, que él estaba cansado.

Cuando Delaney se quedó a solas subió a la segunda planta y entró en los dominios de su mujer. La perrita no estaba por ninguna parte. Vio sobre la cama los rubies que Tess se había sacado y la camiseta que había llevado durante la fiesta. Luego bajó a su habitación y se acostó preguntándose dónde habría ido Tess.

No conseguía dormir. Estaba pensando en ella, en la fiesta que había organizado para él, y en el comportamiento que él había tenido con ella. Pensó en las palabras que Tess le había dicho en la piscina. Y en el beso que habían compartido, después de haberlo deseado durante cuatro largas semanas, que le parecieron una eternidad.

Delaney se levantó a las diez de la mañana al día siguiente, harto de estar en la cama pensando y martirizándose. Subió al cuarto de Tess y se sorprendió al ver que no había pasado la noche allí.

Tess había pasado la noche en casa de sus suegros. Y no regresó a casa de Delaney hasta pasadas las diez de la noche del día siguiente.

Cath le dijo que Delaney había salido a cenar y que todavía no había llegado. Tess le dio las buenas noches y subió a su apartamento con las bolsas y la perrita.

La noche anterior no había podido dormir pensando en la maldita fiesta y en Delaney y tan pronto se acostó después de tomar una ducha, se durmió.

Delaney llegó a casa después de la una de la madrugada. Antes de ir a su habitación subió a la segunda planta, la puerta estaba entornada y entró. La luz de la mesita de noche estaba encendida, sin duda para que la perrita no se sintiera sola. El cachorrito estaba acostado en la cunita que había en el suelo junto a la cama. La puerta de la terraza estaba abierta y había periódicos cubriendo el suelo. La perrita lo seguía con la mirada, pero sin moverse de su cama. Delaney se agachó y la acarició.

—Parece ser que te quedarás con nosotros —le murmuró a la perrita.

Delaney se puso de pie, se acercó a la cama y se inclinó para besar a Tess en los labios. Luego abandonó la estancia.

Cuando Delaney se acostó le abordó la mente un pensamiento. Había estado con su amante hasta hacía un rato y estaba pensando en cuando la había besado. Se había esforzado en besarla exactamente como había besado a Tess la noche anterior en la fiesta. Fue un beso profundo y excitante y el cuerpo de Delaney se removió hasta excitarse aún más, pero se dio cuenta de que en ese beso, con su amante, faltaba calor, pasión, faltaba la sensualidad apasionada que había sentido besando a Tess, que siempre sentía besando a Tess. Dios, cada vez que la besaba perdía el control por completo. Su deseo por ella se había incrementado hasta casi no poder contenerse. Y esa era la razón de que la evitara con tanta insistencia.

Una semana después del cumpleaños de Delaney coincidieron en casa, por primera vez. Era sábado por la tarde. Tess había bajado a prepararse un café y se encontró a su marido sentado en la mesa de la cocina antes de marcharse a cenar. Cath estaba preparando la cena. Tess se sentó frente a él mientras se hacía el café y le sonrió.

—¿Recuerdas que te dije que iban a poner a la venta el piso de arriba de la librería?

—Sí —dijo Delaney.

—Pues lo han vendido, antes de ponerlo a la venta.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he comprado yo.

Tess le miró sorprendida.

—Ahora tendrás más espacio para tu negocio.

—Pero..., Sean ya tiene todo diseñado.

—Hablé ayer con él y le di las llaves. Sean cambiará todo lo que haya que cambiar. Queda con él para ir a verlo.

Tess se levantó, se acercó a él, se inclinó y le dio un beso, que él no esperaba y que le hizo temblar.

—Eres el mejor —dijo Tess. Luego cogió su café y salió de la cocina.

—¿El mejor? —dijo Cath.

—Lo ha dicho ella, no yo.

—Te tomas muchas molestias con esa chica —dijo Cath.

—Es mi mujer.

Tess no volvió a verle ese día porque Delaney salió a cenar y llegó a casa tarde.

Pasaron unos días más sin verse porque Tess salía muy temprano de casa para llevar a la perrita a la guardería, y cuando se acostaba por la noche, Delaney todavía no había llegado. Además, los fines de semana Tess se organizaba para pasar fuera de casa el mayor tiempo posible.

El jardinero, que adoraba a Tess, le reservó un sitio detrás de la casa para que la perrita hiciera sus necesidades y le dijo que él se ocuparía de tenerlo siempre limpio.

Tess se encontraba en la sala de espera de la consulta de Carter. Había pedido una cita ese jueves a última hora de la tarde. La enfermera le dijo que podía pasar.

—¿Para qué has pedido cita? —le preguntó Carter al verla entrar en su despacho y acercándose a ella para abrazarla.

—Porque no he venido a una revisión rutinaria.

—¿Te encuentras mal?

—Creo que estoy embarazada.

—¿Tienes algún síntoma?

—La última menstruación la tuve el ocho de Junio, hace más de tres semanas, ¿crees que es suficiente síntoma?

—En ti, que tienes la regla tan regular, sí. Comprobémoslo.

La prueba salió positiva.

—Felicidades, mamá.

—Lo esperaba.

—No pareces contenta.

—No tenía intención de que fuera tan pronto. Ahora ya no hay remedio.

Me quedé embarazada el veinticuatro o el veinticinco del mes pasado así que estoy de seis semanas.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Tengo que hablar contigo.

—Dime.

—¿Me invitas a cenar en tu casa?

—Claro, llamaremos para que nos traigan algo. ¿Ocurre algo?

—Luego hablaremos.

Carter la reconoció y supo que, ciertamente, estaba de unas seis semanas. Le hizo una receta para que se hiciera unos análisis y que se los llevara cuando tuviera los resultados. Luego la pesó y le dio unas vitaminas para que se las tomara.

—¿Has dejado el coche en el garaje?

—Sí, junto al tuyo.

—¿Llevas las llaves de mi casa?

—Las llevo en el llavero juntos con las de Logan y las mías.

—Bien, sube a casa y espérame allí, tengo que ver a otra paciente.

—Vale.

Carter vivía en un precioso ático del edificio en el que en la primera planta tenía la consulta.

Carter entró en su casa media hora después.

—¿Tienes hambre ya? —dijo entrando en el salón.

—Sí.

—En ese caso, pediré la comida, ¿qué te apetece?

—Pide lo que quieras, ya sabes que no me quejaré.

Carter fue a la cocina para coger el teléfono del restaurante que tenía en la nevera sujeto por un imán e hizo el pedido.

—He pedido ensalada y pasta, lo traerán en cuarenta minutos.

—Estupendo.

—¿Quieres tomar algo mientras esperamos?

—No, pero puede que tú sí necesites una copa.

—¿Tan grave es lo que vas a decirme? —dijo él sonriendo.

—No es grave, pero no te va a gustar.

—En ese caso me tomaré un whisky —dijo dirigiéndose al mueble bar —. Y no te preocupes, cualquier problema que tengas, lo solucionaremos.

Cuando Carter fue hasta el sofá con la copa, se la encontró llorando en silencio.

—Teniendo en cuenta que eres la mujer más fuerte que conozco y que no lloras nunca, parece que sí es grave —dijo sentándose a su lado y abrazándola—. ¿De qué se trata?

—Estoy enamorada de Delaney. Muy enamorada.

—Eso ya me lo has dicho muchas veces, de hecho, demasiadas —dijo riendo en su cuello.

—Será mejor que empiece por el principio, pero por favor, no digas nada hasta que termine —dijo separándose de él.

—De acuerdo.

—Y dame tu palabra de que no te enfadarás conmigo.

—Cariño, ya sabes que no puedo enfadarme contigo, o al menos, los enfados no me duran mucho.

—Dame tu palabra.

—Vale, la tienes.

Tess le contó todo desde que ella y Delaney se conocieron, lo del acuerdo y lo de cuando hicieron el amor.

—¡El muy cabrón! —dijo irritado levantándose del sofá como si hubiera un muelle en el mueble—. ¡Por supuesto que estaría de acuerdo para hacerte el amor!

—Me has dado tu palabra de que no te enfadarías.

—¿Cómo no voy a enfadarme?

—Toda la culpa no es de él, yo quería perder la virginidad, con él. Y no me arrepiento.

—¿Qué no es culpa suya? ¡Tú eres una cría y él te ha manejado y te ha utilizado a su antojo, como ya te avisé que haría!

—¿Por qué me gritas?

—¡Porque te has portado como una estúpida y estoy furioso! ¡Te he dicho mil veces que yo te montarí una librería, si eso es lo que querías y siempre me has dicho que lo harías por tu cuenta! ¿Y ahora me dices que te has casado, con ese cabrón, para que te monte un negocio?

—No me casé con él por eso. Me enamoré de él y de no haber aceptado lo que me ofreció, no habría vuelto a verlo.

—¡Eso es lo que deberías haber hecho, rechazar su proposición! Bueno, ya no hay remedio. Dime, supongo que te haría firmar un acuerdo antes de casaros.

—Por supuesto.

—¿Lo leíste?

—Claro.

—Hablame de lo que firmaste.

—En caso de divorcio los dos mantendríamos las propiedades y bienes que teníamos con anterioridad al matrimonio. Y...

—Sigue, ahora viene lo mejor, ¿verdad?

—Yo renuncié a todos los derechos de pensión, en cualquiera de sus formas.

—Perfecto. A pesar de que te hayas portado como una estúpida, me gustaría pensar que no has sido lo suficientemente gilipollas, como para no exigirle un documento detallando todo lo que te ofreció en ese maldito acuerdo que te propuso.

—No tuve que exigírselo, lo tenía preparado cuando fui a firmar el acuerdo prematrimonial.

—¿Qué decía ese documento?

—Decía que al finalizar nuestro acuerdo yo recibiría un apartamento, una librería totalmente montada y un coche, constaba la dirección de las propiedades y la marca y matrícula del vehículo. Además decía que todos los regalos que me hubiera hecho Delaney hasta el momento, serían de mi propiedad, al igual que todo lo que hubiera comprado con la tarjeta que me dio. Y además decía que si a él le ocurriese algo, antes de finalizar nuestro acuerdo, obtendría todo lo que habíamos acordado.

—Bueno, al menos lo tienes todo asegurado y por escrito.

—No firmé el documento. Le dije que yo confiaba en él y que no lo necesitaba.

—¿Qué?!

—¡Que no lo firmé! ¡Delaney es un hombre de palabra, no como tú que sigues gritándome!

—¿Hombre de palabra? Delaney es un hombre de negocios y siempre obrará en su beneficio.

—Delaney no es como tú crees.

—Dios mío, te ha absorbido el cerebro. O sea que dentro de unos meses, cuando se cumpla el año, te dará una patada y te echará de su casa con una mano delante y otra detrás.

—No lo hará. El problema es que no usó preservativo cuando hicimos el amor.

—Eras virgen, estaba claro que no usabas ningún anticonceptivo. ¿Por qué no se lo mencionaste?

—Porque era mi primera vez con un hombre y estaba preocupada, nerviosa y aturdida y..., no pensé en ello.

—¿Cómo pudiste aceptar lo que te propuso?

—¿Por qué sigues enfadado conmigo? —dijo ella llorando.

Carter la acercó a él y la abrazó fuerte.

—Lo siento cariño. No llores, tranquilízate. No te preocupes, todo va a salir bien, ya lo verás. Yo me ocuparé de todo, ¿de acuerdo?

—Vale —dijo sollozando y separándose de él.

—¿Qué pasará con el bebé? ¿Vas a seguir adelante con el embarazo?

—Sí.

—Por lo que me has dicho, Delaney no quiere niños, ¿cómo crees que se lo tomará?

—No pienso decírselo.

—¿Crees que un embarazo puede pasar desapercibido?

—Me marcharé de su casa antes de que se me note. ¿Cuándo se me notará?

—A algunas mujeres se les nota a las doce semanas, otras a las dieciseis y en algunas ocasiones, incluso a las veinte.

—O sea que tengo entre seis y diez semanas antes de que alguien se de cuenta. Tengo que buscar un sitio en el que vivir.

—Te quedarás aquí, conmigo.

—No, no quiero que Delaney sepa dónde estoy.

—Has dicho que no le importas.

—Y así es, pero no es de los hombres que acepten que los dejen tirados. Le pediré el divorcio el mismo día que me marche, antes de que se me note el embarazo. Para entonces tendré que tener todo organizado. Tengo suficiente dinero para pagar un alquiler y mantenerme hasta que nazca el bebé y algunos meses más. Buscaré un apartamento que no sea muy caro y no saldré a la calle. Además, tiene que ser sin contrato, de lo contrario Delaney puede averiguar dónde estoy.

—No puedes estar encerrada en un piso, necesitas tomar aire y pasear. Yo alquilaré una casa con jardín.

—Si lo haces, Delaney lo descubrirá. Él sabrá que tú sabes dónde estoy.

—Alquilaré la casa a nombre de otra persona. Bueno, ya pensaré en algo.

—De acuerdo.

—No quiero que te preocupes por nada, en tu estado no es bueno.

—No lo haré.

—Por lo que me has dicho, cuando te marches no recibirás nada de él.

—Cierto.

—En ese caso lárgate de su casa ya. Habla mañana con él y dile que quieres terminar.

—No, por favor. Me gustaría pasar algún tiempo más con él.

—Pero, si me has dicho que prácticamente no os veis.

—Es cierto, pero..., solo serán unas semanas.

—Cómo quieras.

—Mañana llamaré a Logan para contárselo.

—Llámale ahora y dile que venga a cenar.

—Bien.

Treinta minutos después estaban los tres sentados a la mesa.

—¿Estás segura de que tu marido no te quiere? —preguntó Logan.

—Eres sacerdote y supongo que tienes que creer en los milagros —dijo ella con ironía.

—Veo que tu malhumor sigue intacto —dijo Logan sonriendo—. Las veces que he visto a tu marido, estaba muy pendiente de ti.

—¿Cómo el día de su cumpleaños, por ejemplo? —dijo Tess.

—A pesar de que estuviera con su amante, te aseguro que no apartó la mirada de ti en toda la noche.

—Es porque le gusta controlarme.

—Sé de una casa en la que podrías quedarte —dijo Logan de pronto porque había recordado algo.

—¿En serio?

—Sí. Es de un matrimonio que se ha ido a vivir a Florida por un tiempo. La hija se quedó embarazada y va a ser madre soltera. Como estaba sola, sus padres decidieron ir a vivir con ella. Se quedarán allí durante el embarazo y algo más, hasta que la hija organice su vida y se sienta capacitada. Se marcharon el mes pasado. La casa es preciosa y tiene un jardín enorme. La finca está rodeada por una vaya, o sea que tiene suficiente intimidad. Y está a veinte minutos del centro. Me dejaron la llave para que fuera a echar un vistazo de vez en cuando. El jardinero sigue yendo para el mantenimiento del jardín y la piscina. E incluso la chica de la limpieza va un par de veces al mes para mantener la casa en condiciones.

—Parece la casa perfecta —dijo Tess.
—Les llamaré mañana y les hablaré de ti.
—Si están dispuestos a alquilarla díles que sí, independientemente de lo que pidan. Yo me haré cargo de todos los gastos —dijo Carter.
—No creo que la alquilen, pero si les digo que es para una amiga mía, me la dejarán, sin más.

Habían pasado cuatro semanas desde el cumpleaños de Delaney. La perrita ya tenía casi cuatro meses y estaba muy grande. Ya no se hacía pipí fuera del sitio destinado a ello y se sentaba cuando Tess se lo ordenaba. Ahora le estaban enseñando a ir al lado de su dueña.

Jack y Cath eran muy cariñosos con ella. A veces, cuando Tess quedaba con alguien para ir a cenar, Jack se la llevaba a su casa para que la perrita no estuviera sola en la segunda planta ya que Tess no permitía que estuviera en el resto de la casa. Y Jack estaba encantado de que le hiciera compañía.

Delaney llegó a casa temprano ese viernes. Cuando Tess volvió del trabajo Cath le dijo que su marido estaba en el despacho y que quería hablar con ella.

Tess subió a la perrita a su habitación y volvió a bajar. Llamó a la puerta del despacho y la abrió sin esperar contestación.

—Hola —dijo Tess alterada solo por verlo.

—Hola.

—Cath me ha dicho que querías hablar conmigo.

—Sí —dijo levantándose de la butaca y rodeando la mesa para acercarse al sofá—. Siéntate, por favor.

Tess se sentó en el sofá y él se sentó a su lado.

—¿Sucede algo? ¿He hecho algo que no te haya agradado? ¿He invadido algún espacio prohibido?

—No lo sé, ¿has hecho algo que no deberías hacer? —dijo él sonriendo.

—Últimamente estoy tan ocupada que no tengo tiempo de hacer nada de nada. ¿Qué hago aquí?

—Quería preguntarte si puedes acompañarme mañana a una fiesta. Había quedado con alguien, pero está indispuesta.

—¿Quieres que te acompañe porque a la mujer a la que habías invitado te ha dado plantón?

—No te lo pediría si no te necesitara.

—¿Todas tus *amigas* están ocupadas?

—No he llamado a ninguna.

—A cualquiera que se lo pidas estará encantada de acompañarte.

—Menos tú.

—No es eso —dijo ella sonriendo—. Si me lo hubieras pedido antes de pedírselo a tu amiga, que seguro que lo sabe hace días, habría aceptado. Pero, además de que no me gusta ser la segunda opción, he quedado con Carter para ir a una cena benéfica, precisamente ese día. Me lo dijo hace una semana y no voy a dejarle colgado la noche anterior.

—Estoy seguro de que no irás a ninguna cena. Es una excusa para no acompañarme, ¿cierto?

—Parece que todavía no te has dado cuenta de que yo no miento nunca. Si no quisiera ir contigo te lo diría, no necesito excusas. De hecho, si Carter no me hubiera invitado, no iría contigo.

—¿Dónde será la cena?

—En una mansión en WestPoint.

—¿Sabes quién es el propietario?

—Eric Appleton.

—Vaya, parece que vamos a tener un problema.

—¿Problema?

—Tú y yo vamos a ir a la misma fiesta.

—Parece que sí tendremos un problema. Esto no será como la fiesta de tu cumpleaños, seguro que habrá periodistas.

—Supones bien.

—Hay dos maneras de arreglarlo —dijo ella.

—Sorpréndeme.

—La primera es que tú no asistas.

—Pero, yo quiero asistir.

—De acuerdo. La otra opción es decir que pensábamos ir juntos, pero que te surgió un viaje imprevisto y me pediste que fuera yo en tu lugar. Y cuando te vean allí dices que regresaste del viaje antes de lo previsto y como necesitabas una acompañante, te has buscado una. ¿Quién va a sospechar? Al fin y al cabo siempre vas acompañado a las fiestas, y no por mí. Si los dos decimos lo mismo, no habrá problema.

—De acuerdo. En ese caso, nos veremos en la fiesta.

—Tengo que decirte que, aunque seas mi marido, mi pareja será Carter durante toda la velada.

—Supongo que bailarás conmigo, aunque sea una vez, para que los periodistas nos vean juntos.

—Puedo bailar contigo, y hablar contigo, no hay problema. Pero, voy a hacerte una advertencia. A mí me da igual que salgas con todas esas mujeres, con las que te dejas ver. Lo cierto es que ya me trae sin cuidado y no me importa que me humillen en las revistas, pero no voy a permitir que me dejes en ridículo, estando yo presente.

—¿Eso es una amenaza?

—Te he dicho que es una advertencia. Si haces que me sienta avergonzada, yo haré que te avergüences también.

—Me portaré bien.

—En ese caso, yo también lo haré. De todas formas, como nunca te acompañó a ninguna parte, no me reconocerán, y seguro que pasaré desapercibida.

—No creo que tú puedas pasar desapercibida.

Tess le dedicó una mirada escéptica. Ese hombre era pura contradicción, evitaba verla como si ella tuviera una enfermedad contagiosa, pero cuando la veía era tierno y dulce y la hacía pensar que ella le importaba. Tess se despidió y salió del despacho.

Por la noche, cuando Tess estaba acostada escribiendo en su diario, pensó en el local que Delaney le había comprado para la librería, y el que había comprado en la primera planta de la misma recientemente. Se había gastado una fortuna y Tess estaba preocupada porque en unas semanas se marcharía y Delaney se quedaría con los locales y con el apartamento.

Delaney fue a recoger a su acompañante para ir a la fiesta antes de que viera a Tess arreglada.

Carter recogió a Tess quince minutos después de que Delaney se marchara. Y menos mal que no se encontraron, porque Carter no habría podido contenerse y le habría dicho de cabrón para arriba. Tess estaba preocupada porque los dos hombres se encontrarían en la fiesta y, aunque Carter le había dado su palabra de que sería cordial con Delaney, no las tenía todas con ella.

Carter se quedó impresionado al verla. Tess estaba radiante.

Salieron de la casa y el chófer les abrió la puerta de la limusina para que subieran.

—Dios mío, estás preciosa.

—Gracias.

—En serio, estás más guapa que nunca. El embarazo te sienta bien.

—Tengo más pecho. Estoy preocupada por si Delaney lo nota.

—No creo que el aumento de pecho le moleste a tu marido. A mí me gusta tu pecho —dijo sonriendo.

—No sabía que te fijaras en mis atributos.

—Cariño, no estoy ciego. ¿Te estás tomando las vitaminas?

—Sí.

—Quería hablarte de algo.

—Dime.

—Dijiste que le pedirías el divorcio a tu marido en unas semanas.

—Sí, lo haré el mismo día que decida marcharme.

—No tienes que ser madre soltera.

—¿Me has buscado un novio? No creo que ningún hombre esté dispuesto a cargar con una mujer que espera un hijo de otro.

—Si tu marido no va a enterarse de que esperas un hijo suyo, no hay problema.

—¿Puedo saber quién es el candidato?

—Yo.

Tess le miró seria, pero un instante después soltó una carcajada. Pero dejó de reír cuando vio la expresión en el rostro de su amigo.

—¿Estás loco?

—Llevo días pensándolo. Tú y yo siempre nos hemos compenetrado bien. Confiamos el uno en el otro. Tú me quieres y yo te quiero.

—Pero no de esa forma.

—Tess, tú tienes todo lo que un hombre puede desear en una mujer y creo que yo sería un buen padre para tu hijo, y un buen marido para ti.

—Es una proposición muy interesante, casi más interesante que la que me hizo Delaney, y agradezco que quieras ayudarme, pero estoy enamorada de él.

—Cuando lleves un tiempo sin verlo lo olvidarás.

—No lo olvidaré, nunca. Y yo jamás me casaría con un hombre estando enamorada de otro. Y menos aún, tratándose de ti. Además, tú no quieres casarte.

—Ya tengo edad para sentar la cabeza. Tess, puedo ofrecerte todo lo que desees y tendrás una librería si es lo que desees.

—Sabes que nunca he sido materialista y no me casaría con un hombre

por su dinero o por lo que pueda ofrecerme.

—Te casaste con tu marido, precisamente por eso.

—No, me casé con él porque estaba enamorada, el resto no me importaba. Cariño —dijo ella cogiéndole la mano y entrelazando los dedos con los de él—, sé que tu intención es buena, pero para mí eres como un hermano y eso no va a cambiar. Yo no podría hacer el amor contigo.

—Que tu marido sea bueno en la cama, no quiere decir que los demás no lo seamos.

—De eso no tengo la menor duda, sé que tienes mucho éxito con las mujeres. Pero yo quiero que encuentres a la mujer de tu vida, una mujer que haga que te quedes sin respiración cuando la mires.

—Se me ha cortado la respiración cuando te he visto aparecer vestida así.

—Eso es porque hoy estoy guapa —dijo ella sonriendo—. Gracias, Carter. Tú eres la persona más importante en mi vida y te quiero con locura, pero no eres mi media naranja.

—Mi primera petición de matrimonio y mi primer rechazo.

Tess le miró sonriendo y apretándole la mano.

Delaney estaba en la fiesta cuando Carter y Tess llegaron.

Cuando vio a su mujer, Delaney no pudo apartar los ojos de ella. El vestido que llevaba insinuaba sus curvas y el atrevido escote mostraba gran parte del pecho. A Delaney se le secó la boca cuando la vio.

Carter la condujo por la sala con la mano en la espalda de ella hasta llegar a un grupo de hombres y mujeres. Todos eran médicos y Tess conocía a algunos de ellos a quienes abrazó en vez de darles la mano.

Delaney se apartó de la gente y se apoyó en un pilar de uno de los rincones del salón para observar a su esposa. De pronto comprendió a qué se debía la obsesión que sentía por ella. Tess era la mujer más femenina que él había conocido. Era una mujer impredecible, indulgente y tierna. A Delaney le gustaba cuando se ponía seria y le desafiaba. Pero también era simpática y lo pasaba muy bien siempre que estaba con ella. Era inteligente y orgullosa, y tenía un punto de arrogancia, aunque ella no lo supiera. Le gustaba la entereza que mostraba cuando discutía con él y lo desafiaba. Siempre era correcta y empleaba bien las palabras. Y le gustaba que fuera tan provocativa, sobre todo cuando le soltaba alguna de sus frases, que él sabía que las pronunciaba, solo

pensando en él.

Delaney la veía caminar por el salón junto a su amigo. Tess tenía una elegancia genuina cuando caminaba, cuando comía, cuando hablaba. Dios, esa mujer, su mujer, era una preciosidad. Todo en ella le gustaba, pero su boca..., tenía una boca que invitaba a que la besaran. Y él deseaba hacerlo.

El sexo que Delaney había experimentado con todas las mujeres había sido un simple trueque de placer. Nada que ver con lo que había experimentado al estar con Tess. Delaney nunca había hecho el amor con ninguna mujer, excepto con ella. Hacer el amor con su mujer había sido una exquisitez. Por primera vez en su vida se había sentido completamente satisfecho físicamente, pero también con él mismo.

Delaney seguía sin apartar la mirada de ella. Tess difundía un ilimitado aire de atrevida confianza. Tenía una vitalidad y una seguridad en sí misma envidiable. Y eso era tener personalidad.

Delaney deseaba estar con ella. Deseaba bailar con ella. Deseaba volver a hacer el amor con ella.

Vio cómo Carter le pasaba la mano por la cintura y no pudo resistirlo. Delaney sintió dolor, celos, y la deseaba. No sabía que se pudieran sentir tantas cosas a la vez y con una intensidad tan grande. Intentó apartar todos esos sentimientos de su mente, quería ignorarlos, pero no pudo.

Delaney fue caminando hacia el grupo en el que se encontraba Tess.

—Hola, cielo —dijo deteniéndose detrás de ella y hablándole al oído mientras su aliento la acariciaba.

Tess se tensó al sentir la caricia de sus labios.

Delaney miró hacia las personas que estaban presentes y luego a Carter.

—Hola, Carter.

—Delaney.

Carter le presentó a los cirujanos que les acompañaban y a sus acompañantes y les dijo que era el marido de Tess. Aunque todos lo sabían. Después de hablar unos minutos con ellos, besó a Tess en la mejilla y se marchó a buscar a su acompañante.

Tess estuvo intranquila durante la fiesta. Delaney estaba la mayor parte del tiempo con su pareja, pero cada vez que Tess lo miraba, lo encontraba mirándola, a ella. Y pensó que su marido era un prepotente arrogante al dedicarle aquellas miradas que dejaban poco a la imaginación y la hacían ruborizarse.

Anunciaron la cena para que los invitados pasaran al grandioso

comedor.

Tess entró de la mano de Carter y se dirigieron a su mesa. Tess soltó un sonoro bufido al ver que Delaney y su acompañante se detenían justo delante de ellos y se sentaban.

Delaney le guiñó el ojo a su mujer y ella se sonrojó, cosa que complació a Delaney.

Él estuvo mirándola durante toda la cena hasta conseguir que Tess se sintiera nerviosa. Ella evitaba mirarle, pero su mirada siempre volvía a él.

Tess estaba sentada entre Carter y un banquero a quien Delaney conocía. Y estaba sorprendido porque Tess estuvo un buen rato hablando con el hombre de números y programas de Internet. Delaney alucinaba con ella y se preguntó si habría algún tema del que Tess no pudiera hablar.

De vez en cuando Delaney se ponía de mal humor porque Carter pasaba el brazo por detrás de la espalda de Tess para decirle algo al oído y Tess se reía.

Tess vio que la acompañante de Delaney metía la mano por debajo de la mesa y no le pasó desapercibido que él mirara de pronto a la mujer. Delaney volvió la mirada hacia Tess y supo que ella se había dado cuenta del atrevimiento de su acompañante, al tocarlo por debajo de la mesa.

Delaney le dedicó a Tess una sonrisa como de disculpa.

Delaney se percató de que Tess no había bebido vino en toda la cena. Había visto a Carter servirle agua, y eso le extrañó.

Cuando terminaron de cenar, los camareros recogieron los platos y sirvieron el café, el coñac y los licores. Fue entonces cuando el anfitrión animó a los invitados a que sacaran sus chequeras y firmaran sus talones ya que era una fiesta benéfica.

Carter firmó un talón, lo dobló y se lo entregó a Tess para que lo depositara en la bandeja cuando los recogieran. Delaney dobló el suyo y se lo dio a su acompañante. La mujer lo desdobló para ver la cantidad, cosa que a Delaney no le gustó, y la mujer lo miró asombrada al ver la cifra.

Delaney rellenó otro talón, lo dobló y se lo pasó a Tess por encima de la mesa. Y Tess lo depositó en la bandeja junto con el de Carter. Sin desdoblarlo, por supuesto.

Los invitados se levantaron de las mesas y se dirigieron al salón en donde tendría lugar el baile.

Tess estaba hablando con Carter y dos hombres más cuando se acercó a ellos una periodista. Tess la reconoció, era la misma que habían encontrado en

la puerta del restaurante, cuando Delaney le había pedido matrimonio.

—Buenas noches, señora Stanford.

—Buenas noches.

—¿Podría hacerle unas preguntas?

—Claro. Discúlpenme, por favor —dijo Tess a los tres hombres.

Las dos mujeres fueron caminando hasta que llegaron a un lugar apartado que estaba en alto.

—Soy Stephanie Summers.

—Mucho gusto. Usted fue quien dio la noticia de nuestro compromiso.

—Cierto.

—Contestaré a sus preguntas, pero si dice algo que yo no he dicho, nunca más le dedicaré tiempo.

—Seré fiel a sus palabras. ¿Le importa que grabe?

—No, adelante.

Delaney la buscó con la mirada hasta que la vio. ¡Dios todopoderoso! Su mujer era una belleza. Alta y delgada con unas curvas de infarto y unas piernas larguísimas. Tenía un rostro y un cuerpo para hacer que cualquier hombre tuviera un sueño erótico con ella. A Delaney no le habían pasado desapercibidas las miradas que los hombres de la sala le dedicaban a su mujer. Era imposible que Tess no llamara la atención. Tenía un pelo precioso que le caía ondulado por los hombros y la espalda. Sus ojos grises eran dignos de admirar. Y los pómulos altos, su boca carnosa... ¡Dios! Esa boca que él había besado tantas veces y que le había dado tanto placer en todo su cuerpo. Delaney pensó que Tess tenía un físico de ensueño, y era su mujer.

Tess y la periodista hablaron durante un rato. De vez en cuando Tess miraba a su marido, que estaba con su acompañante.

—Disculpe, pero tengo que ocuparme de mi acompañante y de mi marido.

—Gracias por concederme su tiempo.

—Ha sido un placer. Buenas noches, señorita Summers.

Tess había bailado varias veces con Carter y con muchos hombres de los que había allí. En ese momento estaba bailando con el banquero que había estado sentado a su lado en la cena. Cuando se acabó el tema, Delaney se acercó a ellos.

—Ryan, ¿te importa que baile con mi mujer? No he tenido ocasión de hacerlo en toda la noche.

—Por supuesto que no, Delaney. Gracias por bailar conmigo, Tess.

—Ha sido un verdadero placer.

—Has estado muy ocupada toda la velada —dijo Delaney abrazándola

—. ¿Has bailado con todos los hombres de la fiesta?

—Ahora que estoy bailando contigo, sí. Tú también has estado ocupado.

—Me habría gustado bailar solo contigo.

—Pues lo has disimulado muy bien. Pensé que también me estabas evitando aquí —dijo ella sonriendo.

—Esta noche estás diferente.

—Es porque llevo un vestido nuevo.

—No es el vestido. Algo ha cambiado en ti.

—¿Para mejor o peor?

—Para mejor. Estás... arrebatadora.

Ella lo miró con una radiante sonrisa.

—Vaya. Y eso, sin ser tu tipo. Tú estás increíble. Aunque vistas igual que los demás hombres, te distingues de ellos como un zorro entre gallinas.

Delaney se rio abrazándola más fuerte.

A Tess le encantaba bailar con él. Delaney tenía una forma de moverse y de arrastrarla con él que la excitaba. Y estaban tan cerca...

—Pareces nerviosa.

—Mis estúpidos sentidos todavía no han aprendido a relajarse cuando estás cerca.

Delaney sonrió. Dios, cómo le gustaba esa chica. Era sincera, franca y completamente abierta, al menos con él.

—Te he visto hablar con la periodista, ¿ha sido impertinente?

—No, ha sido muy amable.

Terminó de sonar el tema, pero Delaney no se apartó de ella y siguieron bailando cuando empezó a sonar el siguiente.

A Delaney no le apetecía hacer nada que no fuera abandonar esa maldita fiesta y llevar a Tess a su limusina. Deseaba estar a solas con su mujer, ¿tan difícil era de entender?

Le invadió algo extraño al pensar en hacer el amor con su mujer, jamás había pensado en ella como en *su mujer*. Delaney no era un hombre posesivo con las mujeres. No era propio de él pensar en una mujer como suya, en exclusividad. Y se preguntaba por qué se le había ocurrido pensar en *hacer el amor con su mujer*.

—Tal vez deberías pasar tiempo conmigo, estás centrada en Carter.

—Él es quien me ha invitado a acompañarlo.

—¿Por qué no llevas joyas?

—Creo que el vestido ya es demasiado llamativo de por sí.

—Eso es cierto. Tienes todos los ojos de los hombres centrados en tus pechos.

—¿Los tuyos también?

—Sobre todo los míos.

—Sé que el vestido es un poco atrevido, pero creo que me sienta bien.

—Eso no te lo discuto, estás preciosa.

—Gracias. Tal vez deberías mostrarte un poco cariñoso conmigo, la señorita Summers nos está mirando.

Delaney no se hizo de rogar. La acercó a él y la besó. Fue un beso largo, suave y tierno que Tess le devolvió de igual forma. Cuando separaron sus bocas se miraron ambos extrañados. Era la primera vez que se habían besado de esa forma. No había sido un beso apasionado, era como... como si realmente estuvieran enamorados. Siguieron mirándose en completo silencio sin dejar de bailar. El dueño de la mansión se acercó a ellos rompiendo el hechizo que los unía.

—¿Te importa que baile con tu encantadora esposa?

A Delaney le habría gustado decirle que se largara y los dejara en paz.

—Claro que no. Hasta luego, cielo —dijo Delaney besándola en la mejilla.

Un rato después de que el anfitrión de la fiesta dejara de bailar con Tess, se acercó a Delaney que estaba contemplándola mientras hablaba con dos hombres.

—Esa chica es la prueba patente de que Dios es hombre —dijo el hombre.

Delaney lo miró y se rio.

—Tu mujer no es solo preciosa, creo que tiene todo lo que deseamos los hombres en una mujer.

—Y no te equivocas —dijo Delaney orgulloso.

Media hora más tarde Delaney miraba a todas partes buscando a Tess con la mirada sin éxito. Carter y ella se habían marchado.

Delaney volvió a casa bastante tarde. Después de meterse en la cama le costó mucho dormirse pensando en Tess. Estaba harto de que ella estuviese siempre en sus pensamientos.

Cuando Delaney se levantó al día siguiente, Tess no estaba en casa. Jack le dijo que se había ido con la perrita y que pasaría el día fuera.

Delaney se maldijo por no haber aceptado a la perrita cuando ella se la regaló. Deseaba ver a Tess, pasar tiempo con ella. Aunque era consciente de que no la veía a menudo porque la evitaba, y ella a él.

Delaney no salió en todo el día.

Eran las nueve de la noche cuando Tess volvió a casa. Fue a la cocina a saludar a Cath que estaba preparando la cena. Tess le dijo que ya había cenado y que iba a subir a ducharse y se acostaría pronto. Ni siquiera le preguntó por Delaney. Ella y la perrita subieron a la segunda planta.

Delaney subió poco después. La puerta de Tess estaba entornada y entró. Oyó el agua de la ducha y fue hasta el baño seguido de la perrita. La puerta estaba abierta.

—Hola, Tess

—Hola —dijo sin preocuparse de que la viera a través de la manpara de cristal ya que se habían visto desnudos y de maneras bastantes comprometidas.

Tess cerró el grifo, salió de la ducha y cogió la toalla. Se secó y se envolvió en ella, consciente de que él estaba allí. Delaney no disimuló al mirarla.

—¿Dónde has estado todo el día?

—Por ahí. La perrita tiene que hacer ejercicio y yo necesito que me de el sol, paso toda la semana en la librería y en el pub.

—Si el jardín no es suficientemente grande para vosotros, puedo comprar la propiedad de al lado.

Tess empezó a reír.

—¿Por qué te ríes?

—Porque sé que lo dices en serio —dijo ella volviendo a reír.

—La perrita puede correr por el jardín.

—Es lo que hace cuando estás de viaje —dijo ella mirándolo con una sonrisa.

—¿Entonces, qué diferencia hay?

—Que tú no la ves. Te dije que no nos cruzaríamos en tu camino.

—A mí no me molesta la perrita. Es preciosa.

—Sí, lo es, pero es de mi propiedad y procuraré que no te moleste, y que la veas lo menos posible, como a mí —dijo saliendo del baño seguida de la perrita.

—¿Cómo se llama?

—Brooke —dijo sentándose en la cama y empezando a ponerse crema en las piernas.

Delaney se sentó en el sofá y tenía a Tess frente a él. La perrita se acercó a Delaney y lloriqueó. Delaney la acarició.

—¿Has estado con alguien hoy?

—He pasado el día en casa de tus padres y antes de que oscureciera he ido a casa de Logan y he cenado con él —dijo Tess poniéndose crema en los brazos y el escote.

Delaney no apartaba la mirada de ella. Seguía con la vista el movimiento de sus manos deslizándolas para extender la crema.

Tess retiró la toalla de su cuerpo y se puso de pie para ponerse crema en el pecho, el vientre y la espalda.

A Delaney se le secó la boca. Tess tenía un pecho increíble y no recordaba que tuviera tanto pecho, ¿era posible que se hubiera olvidado de ello?

Tess se puso la camiseta de tirantes y el pantalón corto del pijama.

—Hoy has vuelto pronto —dijo quitándose la pinza que le sujetaba el pelo.

Delaney vio derramarse el cabello, como si fuera seda, sobre sus hombros.

—No he salido en todo el día. He estado trabajando y en el gimnasio.

—Eso no parece muy divertido para un domingo.

—¿Vas a acostarte ya?

—Sí.

—Es pronto.

—Tengo que levantarme muy temprano.

—¿Entras antes a trabajar?

—No, pero tengo que llevar a la perrita a la guardería antes de ir al trabajo.

—¿A la guardería?

—¿Pensabas que la llevaba al trabajo conmigo? —dijo ella sonriéndole.

—Puedes dejarla en casa, Cath puede ocuparse de ella. O el jardinero.

—¿Eso significa que has tomado una decisión y quieres que nos quedemos?

—Por supuesto.

—En ese caso, la dejaré en casa. Gracias.

—¿Has visto el local recientemente?

—Fui hace unos días con Sean. Me ha dicho que los trabajadores están de vacaciones. Las obras están muy adelantadas. Dice que terminarán para finales del próximo mes.

—Estupendo.

—He pensado inaugurarla para antes de Navidad.

—Buena decisión.

—Ya he hablado con las editoriales y me han dicho que solo necesitarán un par de meses para preparar el pedido y enviarlo.

—Perfecto.

—A propósito de eso, no me has dicho la cantidad que puedo gastar.

—Puedes gastar todo lo que necesites.

—Va a costarte mucho llenar esa librería.

—Eso no importa.

—Te estás gastando mucho dinero. Cuando me hiciste la propuesta no pensé que gastarías tanto. A mí no me hacía falta un local como ese y en pleno centro, ni ese apartamento tan lujoso, ni siquiera ese coche europeo que te habrá costado una fortuna, me habría conformado con algo mucho más sencillo.

—Y yo te habría ofrecido mucho más de lo que voy a gastar, si no hubieras aceptado mi propuesta.

—Entonces, ya no me siento tan culpable —dijo abriendo la puerta de la terraza para que la perrita pudiera salir por la noche si quería hacer pís. Luego levantó a la perrita para darle un beso en la cabeza y la dejó sobre su camita.

—Dentro de poco no podrás levantarla, esa raza de perros se hace muy grande.

—Lo sé. Será una buena compañía cuando me marche de aquí, y me protegerá y me defenderá de los malvados, porque ya no tendré a Jack.

—Sí, sí que lo hará —dijo él pensando que un día, no muy lejano, las dos se marcharían.

Delaney miró hacia la cómoda que había a un lado, sobre ella habían un montón de portarretratos, de ella con Sean en Las Maldivas, una de ella con Carter y otra con Logan, una con Nathan que había recortado de una revista..., pero ninguna con él. Y eso le molestó, otra vez.

—Buenas noches, Del —dijo inclinándose para besarle en la mejilla.

Delaney la cogió de la cintura y la sentó en sus piernas.

—¿Qué haces?

—Quédate aquí, solo unos minutos, por favor.

Delaney le rodeó la espalda con sus brazos y la acercó hacia él. Luego metió el rostro entre el pelo de Tess.

—¿Sucede algo? ¿Va todo bien? ¿Has perdido algunos millones en algún negocio? Ya sé que no eres muy bueno negociando, pero tú eres muy rico, no tiene que afectarte el que pierdas algunos millones —dijo ella rodeándole el cuello y acariciándole el pelo.

—Sí, todo está bien, solo necesito estar así un momento —dijo sonriendo.

Tess se acercó más a él, para abrazarlo más fuerte. Sabía que le ocurría algo.

—Si quieres te dejo mi osito para que duerma contigo esta noche.

Tess sintió en su cuello que él se estaba riendo.

—Eres muy generosa.

—Puede que estés así por no haber salido hoy. Estás acostumbrado a estar con una mujer cada noche y el haber fallado un día habrá sido un cambio brusco para ti.

Delaney se rio de nuevo sin apartar el rostro del cuello de ella.

Siguieron así sin decir nada más durante unos minutos. Tess sentía que su respiración estaba acelerada, era imposible estar tan cerca de él y permanecer tranquila.

—Dime algo bonito.

—Creo que te estoy acostumbrado mal con tantos halagos —dijo ella metiendo los dedos entre el cabello de él —. Dijiste que te hacían sentir incómodo.

—Y así es, pero me fascina la facilidad que tienes para hacerme sentir incómodo.

—Vale, te halagaré de nuevo, aunque no es fácil así, programado. Cuando te digo algo es porque se me ocurre de manera espontánea.

—Inténtalo.

—No sé si te has dado cuenta, pero tú nunca me dices cosas bonitas.

—Yo no estoy acostumbrado a hacerlo.

—¿Y crees que yo sí? A nadie le digo las cosas que te digo a ti.

—Eso me halaga aún más.

—Bien, veamos. *No es justo que te hayan otorgado tanta belleza y que el resto de los hombres tengan que repartirse las sobras que tú has dejado*, le dijo ella al oído.

Delaney se rio mientras la besaba en el cuello. Luego se separó un poco

de ella y la miró a los ojos.

—¿Por qué me has mostrado tu cuerpo desnudo?

—No ha sido intencionadamente y espero que no lo hayas tomado como una insinuación. Estabas en la puerta del baño mientras me duchaba y seguías allí cuando he salido de la ducha. ¿Qué querías que hiciera, que me quedara bajo el agua hasta que te marchases? ¿Te habrías ido?

—No —dijo sonriendo.

—Eso suponía.

—¿Y cuando te ponías crema?

—Tampoco parecía que fueras a levantarte de ese sofá. Nunca me habías mirado así.

—¿Así cómo?

—Como si yo fuera un delicioso bocado y estuvieras planeando devorarme. Has conseguido ponerme nerviosa.

—Puede que eso fuera lo que deseara.

—El caso es que, he pensado que ya me habías visto desnuda. Y no soy una mojigata.

—Mojigata —repitió él riendo al oír esa palabra tan inusual—. Bésame.

Tess lo miró a los ojos. Acercó los labios a los de él y empezó a rozarlos con la lengua.

Delaney no hizo nada, se limitó a esperar.

Tess metió la lengua entre los labios de él y lo besó con ternura. Pero poco a poco fue deseándolo más y más y se encontraron devorándose la boca el uno al otro.

Tess sintió crecer la erección bajo sus nalgas y se excitó. Los pezones se le irguieron y una descarga abrasadora le recorrió el cuerpo, para concentrarse en su entrepierna. Se sentía mojada. Y necesitaba volver a estar con él más que respirar. Tess se apartó y le abrazó fuertemente.

—Me estás complicando la vida —murmuró ella.

—No se puede decir que tú me la estés haciendo más sencilla —dijo él besándola de nuevo.

Tess se separó un poco de él con la respiración entrecortada.

—Sabes, últimamente, cuando nos besamos, quiero decirte que esa será la última vez, pero no me atrevo —le susurró ella al oído.

—No lo hagas, por favor. Ya que no puedo tenerte de nuevo, al menos déjame eso.

—Ahora tienes que marcharte —dijo ella poniéndose de pie. Delaney

también se levantó.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Del.

Sarah, la secretaria de Delaney entró en el despacho detrás de su jefe cuando él llegó, para recordarle las citas del día.

—Te he traído una revista. Han publicado una entrevista que le hicieron a tu mujer en la fiesta a la que asististeis el sábado. Deberías leerla.

—Gracias.

Después de hablar de la agenda del día, la secretaria salió del despacho. Delaney abrió la revista en la página en la que hablaban de ellos y empezó a leer.

Ayer tuvo lugar la cena benéfica que celebran los señores Appleton cada año. A la gala asistieron destacadas personalidades entre las que se encontraba el magnate Delaney Stanford y su joven esposa.

Lo que nos llamó la atención fue que el matrimonio llegó por separado. Al señor Stanford lo acompañaba una atractiva mujer, del estilo con las que solemos verle.

A la señora Stanford la acompañaba el prestigioso ginecólogo Carter Hirsch.

En un principio pensamos que el matrimonio pudiera estar atravesando una crisis, a pesar de hacer poco más de cuatro meses que se casaron. Pero, después de ver a la pareja bailando y besándose apasionadamente, demuestra que la crisis mencionada anteriormente, es infundada.

La señora Stanford lucía un precioso traje de Versache. Estaba espectacular. Además de ser una mujer preciosa, tiene un cuerpo increíble, y el atrevido vestido daba buena cuenta de ello.

Theresa Stanford se atrevió a ir a la fiesta sin una sola joya, exceptuando su anillo de compromiso y la alianza de boda, por lo que llamó más la atención. Aunque podemos asegurarles que no necesitaba joyas para deslumbrar.

Con su juventud —recordemos que tiene veinticuatro años recién cumplidos—, es la acompañante más joven que ha tenido el magnate hotelero. Y parece que Stanford no puede resistirse a su belleza y juventud.

La señora Stanford fue muy amable al concedernos unos minutos de su tiempo y contestó a las preguntas que añadimos a continuación.

—Las personas que leen estas revistas y siguen la vida de la gente importante se preguntarán cómo una chica ingenua de veintitrés años, logró cazar al escurridizo multimillonario. Su marido ha salido con las mujeres más bellas y experimentadas, y ninguna lo consiguió, ¿puede decirnos cómo lo logró usted?

—He de decir que fue Delaney quien me pescó a mí. Puede que se sintiera atraído, precisamente por mi ingenuidad e inexperiencia.

—¿Qué puede decirnos del señor Hirsch, su acompañante de esta noche?

—Somos amigos, muy buenos amigos desde hace muchos años, desde mi época de la universidad.

—¿Salieron alguna vez juntos?

—Hemos salido juntos muchas veces, pero como amigos. Aunque Carter y yo somos más que amigos, es como un hermano para mí.

—¿Es su ginecólogo?

—Sí. Tener un amigo médico tiene sus ventajas, no me cobra las consultas.

—No suele acompañar a su marido en las fiestas, si no me equivoco, solo lo ha hecho una vez.

—Cierto. Y no habría venido hoy si no me lo hubiera pedido el doctor Hirsch. Mi marido tenía un viaje programado y no podía asistir, pero al final canceló el viaje. Esa es la razón de que hayamos venido por separado.

—¿Por qué nunca acompaña a su marido?

—No me gustan mucho las fiestas, son un poco ostentosas para mi gusto y mi marido lo sabe. Tal vez por eso permite que me quede en casa, no quiere que me aburra.

—¿No le importa que otras mujeres le acompañen?

—Mi marido adora a las mujeres y no va a ir solo a las fiestas.

—Pero, ¿a usted no le importa?

—¿Está usted casada?

—Prometida.

—¿A usted le importaría que su prometido fuera a fiestas con mujeres preciosas?

—A mí me molestaría incluso que fuera a fiestas solo.

—Usted ha contestado a la pregunta por mí. No me considero una

mujer celosa, aunque con el aspecto de mi marido, tal vez debería serlo, y mucho. Por supuesto que me molesta que vaya con otras mujeres, sobre todo si lo manosean, como está haciendo en estos momentos su acompañante, pero yo tengo la suerte de tenerle a él. ¿Usted se ha fijado en el aspecto que tiene mi marido?

—Es difícil no fijarse en él.

—Entiendo que las mujeres quieren estar con él, y le toquen. A los hombres les gusta que lo hagan, que coqueteen con ellos, está en su naturaleza. Pero, cuando termina la fiesta, vuelve a casa y lo tengo solo para mí.

—La he observado durante la velada. Usted es una mujer alegre, pero su marido es bastante serio.

—Mi marido representa el papel de hombre de negocios cuando no está en casa, pero conmigo es tierno, dulce y cariñoso. Es divertido y tiene un gran sentido del humor. Es un hombre con quien no puedes aburrirte.

—Pero, no salen juntos.

—Por supuesto que salimos, y más a menudo de lo que la gente piensa. Es solo que hemos hecho, de esquivar a la prensa, un arte. Salimos a menudo a cenar, al cine, vamos al teatro, a discotecas, de copas con los amigos... Pero también nos gusta pasar tiempo en casa hablando, escuchando música, cocinando..., y otras cosas. Delaney trabaja mucho y necesita descansar y relajarse. Y a mí me gusta estar con él, aunque no hagamos nada.

—Tiene fama de ser un empresario enigmático, dicen que la gente le teme.

—Y deberían. A veces a mí me intimida, pero eso también es algo que me gusta de él.

—Parece que está muy enamorada.

—¿Se me nota mucho?

—Un poco. ¿Piensan tener familia?

—Por supuesto, aunque no pronto. Antes queremos conocernos y disfrutar el uno del otro.

—¿Qué me dice de su diferencia de edad?

—Le aseguro que mi marido está en plena forma, a veces, me cuesta seguirle el ritmo. Y me gusta que sea mayor que yo y tenga experiencia.

—¿Cree que su matrimonio será duradero?

—Es imposible contestar esa pregunta. ¿Quién puede saber algo así?

En esta vida no hay nada seguro, pero para tener lo que uno quiere, hay que arriesgarse y yo me arriesgué al casarme con él. No podemos saber lo que nos deparará el futuro, pero eso es lo emocionante de la vida, ¿no cree? De todas formas, aún sin saber si nuestro matrimonio será duradero, le diré lo que pienso y siento en estos momentos. Me enamoré de mi marido la primera vez que lo vi, pero al ir conociéndolo, mis sentimientos se han hecho más fuertes. No puedo decir que haya sentido antes lo que siento por él, porque Delaney ha sido el primer hombre en mi vida. Cuando lo vi la primera vez me ocurrió algo, no sé cómo explicarlo, pero sabía que tenía que ser mío. Y si por cualquier razón nuestro matrimonio se acabara, le aseguro que no podría dejar de quererle.

—¿Su marido es el primer hombre con el que ha salido?

—Sí.

—Él ha salido con muchas mujeres.

—Nunca he pretendido ser la primera. Yo quiero ser la última.

—¿Qué desea para el futuro?

—Que a mi marido no se le crucen los cables y me abandone por otra.

Delaney volvió a leer la entrevista de nuevo y luego, otra vez más. Por una parte se sentía fatal porque sabía que Tess había sido sincera en todo lo que había dicho, excepto en lo que dijo que sentía por él. Pero por otra parte le gustó que hablara de sus sentimientos hacia él, aunque no fueran ciertos. Y sobre todo le gustó la frase que había dicho de que ella no quería ser la primera, sino la última. No sabía la razón pero eso le complacía terriblemente.

Jack siguió a Tess hasta casa cuando ella terminó su trabajo en el pub, como hacía siempre.

Cath, Jack y Tess cenaron juntos.

—Delaney y Nathan se van a Europa el próximo domingo, visitarán varios países durante un par de semanas —dijo Jack.

—¿Vas a ir con ellos? —preguntó Tess.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tengo vacaciones desde el próximo sábado. ¿Crees que a Delaney le importaría que les acompañara?

—Claro que no.

—Yo no lo tendría tan claro —dijo Tess pensando en la manera que

evitaba verla—. Aunque no los molestaría ni siquiera tendría que verlos. Pero me gustaría ir a Europa, puede que no tenga otra oportunidad como esta.

—Cariño, no hace falta que le preguntes nada, dile simplemente que irás con él —dijo Catherine.

—No puedo hacer eso. Se lo preguntaré a ver qué le parece, eso si consigo verlo antes de que se marche.

—Si no lo ves, le envías un mensaje para que lo sepa y listo —volvió a decir la mujer.

—¿Sabes a qué países irá?

—Dinamarca, Bélgica, Suiza, Mónaco, Inglaterra e Irlanda —dijo Jack.

—Vaya, va a ser un viaje relámpago.

—Dos días en cada país, no está mal —dijo Cath.

—Tess me ha dicho que quiere ir a Europa contigo —dijo Jack cuando llevaba a Delaney a la oficina al día siguiente.

—No creo que sea buena idea. Voy a estar muy ocupado y no voy a tener tiempo libre.

—Tess no quiere pasar tiempo contigo. Quiere ir a Europa.

—¿Eso te ha dicho? —dijo Delaney mirándolo por el retrovisor.

—Sí.

—Esperaré a que me lo pregunte.

—Cath le dijo que no necesitaba preguntártelo, que se limitara a informarte que iría contigo.

Delaney lo miró sonriendo.

—Pero Tess dijo que no podía hacer eso. Supongo que te lo preguntará.

Capítulo 18

Tess y Delaney no se vieron en toda la semana. Era sábado y Delaney se iría a Europa al día siguiente.

Tess empezaba las vacaciones ese mismo día. Le daba un poco de corte enviarle un mensaje a Delaney para preguntarle lo de acompañarle en su viaje, pero al final se decidió.

Delaney leyó el mensaje tan pronto entró en su despacho. Lo había estado esperando desde que Jack le dijo que quería ir con él.

Hola, Del. Perdona que te moleste. Jack me dijo que mañana ibas a Europa y visitarías varios países. Dijiste que mientras durara nuestro acuerdo tendría una habitación disponible en cualquiera de tus hoteles. Si eso sigue en pie, ¿te importaría que fuera contigo? Estoy de vacaciones desde hoy y no tengo planes.

Tess sabía que Delaney había leído el mensaje, pero pasaban las horas y él no contestaba. Ella sabía que estaría pensando en alguna excusa para que no le acompañara.

Delaney le contestó cuatro horas después. Tess leyó el mensaje.

¿Te apetece cenar conmigo esta noche? No hace falta que vayamos a un restaurante elegante, si no quieres arreglarte. Y durante la cena podremos hablar del viaje. Si estás de acuerdo te recogeré en casa a las ocho.

Tess le envió un escueto mensaje que Del leyó enseguida.

Vale, a las ocho y de manera informal.

Tess se sintió feliz. Ya no recordaba la última vez que habían salido a cenar.

A las ocho en punto estaba sentada en el salón con el portátil en las piernas y la perrita echada en el suelo a su lado.

Delaney entró en la casa y la perrita salió del salón disparada. Poco después Delaney entró con ella en brazos.

Tess le miró y no pudo evitar dedicarle una radiante sonrisa, que hizo que a Delaney, como siempre, se le aflojaran las rodillas.

—Hola, preciosa.

—Hola. Esta perra es una traidora.

—¿Estás lista? —dijo sonriendo y dejando a la perrita en el suelo.

—Sí.

—Dame cinco minutos para que me cambie.

—Claro.

Delaney abandonó el salón seguido por la perrita. Sonrió al verla subir la escalera tras él.

—Ya estoy, cuando quieras —dijo Delaney poco después desde la puerta del salón.

Tess se levantó del sofá y Delaney no pudo evitar echarle un buen vistazo recorriéndole el cuerpo perezosamente.

—¿No crees que ese vestido es demasiado corto? —dijo Delaney mientras la seguía a la cocina.

—Me lo regalaste tú.

—Pues, no sé en qué estaría pensando.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo mal en mis piernas para que no pueda enseñarlas?

—Tus piernas son perfectas.

—¿Qué sucede? —preguntó Cath que los había oído.

—Delaney dice que voy demasiado corta.

—No le hagas caso, tienes unas piernas preciosas y debes enseñarlas —dijo la mujer sonriendo al ver que su jefe estaba celoso.

—Tú ánimo.

—Nos vamos —dijo Tess besando a Cath—. No creo que volvamos muy tarde, pero por si acaso, ¿puedes llevar a Brooke a la segunda planta y dejarla allí.

—No te preocupes, yo me ocuparé. Divertios.

Jack estaba junto al coche cuando salieron de la casa.

—Jack, hoy conduciré yo.

—Bien.

—¿Quieres que vayamos en mi coche? —preguntó Tess—. Aún no lo has conducido.

—Vale.

Entraron en el garaje. Delaney le abrió la puerta para que ella subiera y su mirada se centró en los muslos de Tess. Cerró la puerta y suspiró mientras daba la vuelta por delante del vehículo y se sentaba al volante.

—Dios mío, eres un bombón de tío.

Delaney la miró sonriendo aunque algo avergonzado.

—Tengo un coche precioso, ¿a que sí?

—Sí, muy bonito —dijo cuando la verja se cerró detrás de ellos y se unieron al escaso tráfico—. Aunque cuando lo viste la primera vez me dio la impresión de que no te entusiasmaba.

—¡Qué dices! Lo que pasó es que me quedé sin habla. Los hombres no suelen regalarme algo de tanto valor.

—Pues ve acostumbRANDOTE porque mientras seas mi mujer, vas a recibir muchos regalos caros.

—Del, no tienes que hacerlo, sabes que esos regalos me hacen sentir incómoda.

Delaney la llevó a un restaurante italiano.

Delaney pidió una botella de vino, pero Tess dijo que tomaría agua. Pidieron ensalada y pasta para los dos.

Les sirvieron la bebida y los entrantes mientras esperaban la comida.

Delaney le preguntó sobre el trabajo y ella le contestó escuetamente para luego hablarle de la perrita. Le contó algunas anécdotas divertidas de sus clases de adiestramiento y Delaney no pudo evitar reírse.

Les llevaron las ensaladas y Tess las alió.

—Deberías ir más a menudo a sitios sencillos como este, se te ve contento.

—Puede que no sea por el lugar sino por la compañía.

—Es posible.

Delaney no podía pensar en nada que no fuera llevársela a la cama. Y esa noche era perfecta.

Tess le pidió que le hablara de su trabajo y él le agradeció que le diera la oportunidad de evitar pensar. Le habló sobre una patente japonesa que había comprado. Y luego siguió hablándole de una empresa de construcción en la que había invertido por primera vez. Estuvo hablando sin parar y Tess no perdía detalle.

—Te estoy matando de aburrimiento.

—Para nada. Puede que no entienda del todo lo que me estás diciendo,

pero no me aburro. Pareces un coche de fórmula 1 con el motor acelerado.

Delaney se rio.

—Además, aunque no sepa nada de algunas de las cosas que me hablas, pueden serme de utilidad en el futuro. Cuando me llevaste a la primera fiesta, bueno a la única que me has llevado, me fue muy útil lo que me explicaste sobre la empresa ferroviaria, y quedé de puta madre. Los que me escuchaban estaban completamente convencidos de que tenía conocimiento de ello, cuando en realidad no tenía ni zorra idea —dijo ella riendo y Del la acompañó.

El camarero retiró los platos de la ensalada. Luego volvió con la cena y les sirvió vino y agua, antes de retirarse.

—¿Por qué no bebes vino?

—*El vino saca a la luz los secretos ocultos del alma* —dijo Tess sonriendo.

—Has leído a Horacio —dijo Delaney.

—Y parece ser que tú también.

—¿Tienes secretos que no quieres que sepa?

—Todo el mundo tiene algo que ocultar. No has dicho nada sobre el viaje.

—¿Por qué quieres venir conmigo?

—No es que quiera ir contigo sino en tu mismo avión.

—¿Qué diferencia hay?

—Que no tendrás que preocuparte de mí, ni dedicarme tiempo. Sé que no nos vemos porque los dos nos esforzamos en evitarlo, y hacemos bien. Si voy contigo seguiré evitándote y tú a mí. Tú te ocuparás de tu trabajo, y de *tus cosas*, y yo me dedicaré a hacer turismo. El tiempo pasa muy rápido, ya llevamos casi cinco meses casados, y he pensado que podría aprovecharme un poco de las ventajas de estar casada contigo. Cuando vuelva a estar sola no podré permitirme viajar, bien por falta de dinero o de tiempo. Jack me ha dicho que no te acompañará en este viaje, pero yo no necesito guardaespaldas.

—Si vienes conmigo, Jack también vendrá, y te acompañará a todas partes.

—Eres un aguafiestas, ¿lo sabes?

Delaney se rio.

—No me hace gracia. ¿Sabes lo que es llevar a Jack pegado a mis talones? Nadie se atreverá a acercarse a mí.

—Puedes quedarte aquí, si quieres.

Tess iba a brir la boca para decir algo, pero lo pensó mejor y no dijo

nada.

—Y si se te ocurre despistarlo en algún momento, te obligaré a permanecer a mi lado todo el día.

—Supongo que eso no incluiría las noches, los tríos no me gustan.

Delaney volvió a reírse.

—¿Cómo sabes que no te gustan?

—Pues..., ¿a ti te gustan?

—No.

—De acuerdo, Jack me acompañará a todas partes, pero tienes que hacerme una concesión respecto a eso.

—Sabes que no hago concesiones.

—No te hagas el duro conmigo. Solo es una nimiedad que no alterará para nada el trabajo de Jack.

—¿De qué se trata?

—No me importa pasar todo el tiempo con Jack, de hecho, me divierto con él. Pero me gustaría que fuera conmigo, no detrás de mí.

Delaney la miró un instante.

—De acuerdo.

—Creo que no eres tan duro como intentas aparentar.

—Puede que no sea duro, contigo. Las mujeres suelen tener influencias sobre sus maridos.

—Sobre todo, eso —dijo ella riendo—. Mi influencia sobre ti es absoluta.

Delaney se rio con ella.

—¿Quieres café? —preguntó Delaney después de terminar los postres.

—Sí, gracias.

El camarero se acercó poco después con los cafés.

—¿Quieres volver a casa o vamos a tomar una copa?

—Una copa estaría bien. Además es sábado y no tengo que madrugar.

Había dos fotografías en la puerta del restaurante cuando salieron.

Delaney le pasó a Tess el brazo por encima de los hombros y ella metió la mano en el bolsillo trasero del vaquero de él. Delaney se tensó al sentirla.

Fueron caminando hacia el coche. Se miraron y Delaney la acercó para darle un ligero beso en los labios. Tess subió su mano hasta la que él tenía sobre su hombro y la sujetó. Una descarga la azotó de pronto sacudiéndole el cuerpo de la cabeza a los pies.

Cuando llegaron al coche, Delaney le abrió la puerta para que ella

subiera y luego rodeó el coche por delante. Tess lo miraba. La respiración se le había alterado mientras caminaban por la acera abrazados. Respiró hondo un par de veces para intentar tranquilizarse.

Delaney se sentó al volante y cerró la puerta.

Entraron en un bar y se sentaron en una de las mesas.

—¿Pedimos unos chupitos de whisky?

Tess se quedó sin habla. No podía beber. Carter le había dicho que podía tomar una copa de vino, de tarde en tarde.

—¿Vamos a emborracharnos?

—¿Es lo que quieres?

—Después de mi última experiencia con el alcohol, procuro no beber. Tomaré un chupito, pero tú puedes beber, yo conduciré.

—De acuerdo.

Pasaron una hora y media hablando y riendo. Delaney bebió cinco chupitos y Tess ni siquiera terminó el suyo.

Delaney le propuso ir a una discoteca cuando abandonaron el bar y ella aceptó.

—¿Por qué no has salido hoy con la mujer de turno? ¿Estaba indispuesta?—dijo ella sin mirarle porque estaba conduciendo.

—La mujer de turno —repitió él sonriendo.

—Llevamos dos meses evitando encontrarnos y con un éxito arrollador. ¿Por qué has querido salir hoy conmigo?

—Eres mi mujer y debemos mantener las apariencias.

—Así que salir conmigo es como un trabajo.

—Me gusta estar contigo.

—No estarás pensando en seducirme para llevarme a la cama, ¿verdad?

—No se me había ocurrido. ¿Es lo que quieres?

—Del, no vamos a estar juntos de nuevo.

—Siempre con tus retos.

—Tal vez deberíamos volver a casa.

—¿Tienes miedo de que me propase contigo bailando?

—¿Miedo? Yo no te tengo miedo.

—Gira a la derecha. Sabes, no he deseado a una mujer en toda mi vida, como te deseo a ti.

—Eso es porque sabes que no podemos estar juntos, a mí me sucede lo

mismo —dijo ella girándose para mirarlo sonriendo—. No me refiero a que te desee. Quiero decir que, cuando deseo algo y no puedo tenerlo, conseguirlo se convierte en mi prioridad.

—¿Lo consigues siempre?

—Por lo general. Aunque no soy una mujer caprichosa y no deseo muchas cosas.

—Suerte tuya.

—Me gustaría preguntarte algo.

—Adelante.

—¿Haces el amor todos los días?

Delaney la miró y ella a él.

—Yo no hago el amor.

—¿Follas todos los días? —dijo ella sin mirarlo porque estaba sonrojada.

—¿Algún problema con eso?

—No, ninguno. Solo me preguntaba por qué quieres volver a estar conmigo, cuando te acuestas cada día con alguna mujer.

Delaney se giró para mirar por la ventanilla. Le habría gustado decirle que desde que habían estado juntos, cuando estaba con una mujer, siempre imaginaba que era ella.

—Tú no eres como ellas.

—Buena respuesta.

—¿Has estado con muchos hombres desde que hicimos el amor?

Tess soltó una carcajada.

—¿Dónde está la gracia?

—No he estado con ningún hombre, y no porque no lo desee, pero, Dios, no tengo tiempo con los tres trabajos y ahora además con la perrita.

—¿No has estado con nadie desde que estuviste conmigo hace dos meses?

—He pasado veinticuatro años sin ningún hombre, puedo pasar unos meses. Puede que tú no lo entiendas, pero podría decir que para mí es lo normal —dijo ella riendo—. Puede que tenga suerte ahora en las vacaciones aunque con Jack a mi lado... Dios, cómo te envidio.

—¿Por qué?

—Hacer el amor es... ¡Joder! A mí también me gustaría estar con un hombre cada día y poder volver a sentir lo que sentí contigo.

—Te gustaría hacerlo, pero no conmigo.

—Sí, eso lo resume bastante bien. Pero, no te vayas a sentir mal porque yo no pueda desahogarme, solo tengo que encontrar a un hombre adecuado para ese propósito. Y lo encontraré, estoy segura de ello.

—Gira a la izquierda. Esa es la discoteca, pero el aparcamiento está detrás.

Tess aparcó y bajó del coche. Delaney ya había ido hasta su puerta.

Delaney colocó las manos en el techo del coche y ella quedó entre sus brazos. Tess le miró a los ojos.

—Quiero preguntarte algo.

—Dime —dijo ella algo intranquila.

—Tú y yo hemos hecho el amor, varias veces.

—¿Conmigo sí has hecho el amor?

—Ya te lo dije cuando lo hicimos —dijo él mirándola a los ojos con una cálida sonrisa.

—¿Cuál es la pregunta?

—Si ya hemos hecho el amor, ¿qué diferencia hay en volver a hacerlo?

—Para mí hay mucha diferencia.

—¿Puedes explicármela?

—Hice el amor contigo porque quería dejar de ser vírgen, y pensé que eras el hombre adecuado. Y creo que acerté.

—¿Me utilizaste?

—¿Ninguna mujer te ha utilizado antes? —dijo ella como si estuviera muy sorprendida.

—Soy yo quien las utiliza a ellas.

—Entonces, ¿por qué dejaste que yo te utilizara? Se supone que tú eras quién tenía experiencia y no yo.

—No sabía que era eso lo único que querías de mí. Pensaba que deseabas estar conmigo.

—Bueno, deseaba estar contigo. Quería averiguar por qué todas esas mujeres se morían por que las llevaras a la cama. Quería sentir lo que sintieron ellas cuando les hiciste el amor.

—Yo solo he hecho el amor contigo.

—Me has dicho eso varias veces, pero lo cierto es que no sé lo que quieres decir. Y tienes que reconocer que no eres un hombre corriente, de esos que se encuentra una a lo largo de la vida. Tú eres especial y tenía que aprovecharme —dijo ella sonriéndole.

Sus rostros estaban muy cerca.

—Eres muy sincera.

—Siempre lo soy.

Delaney acercó su cuerpo al de ella haciendo que Tess se apoyara en el coche. Luego acercó la boca a la de ella. Tess le apartó.

—Del, la prensa estará por aquí.

—La prensa me importa una mierda, y menos aún cuando tú y yo estamos juntos.

Delaney la besó. Sus labios eran suaves y dulces y la respuesta de Tess fue instantánea, como todas las veces que él la besaba.

Fue un beso con un deseo desenfrenado. Un beso apasionado rozando casi la violencia.

Gimiendo, Tess lo cogió del suéter para acercarlo más a ella. Luego metió las manos debajo del jersey, le acarició los pectorales y las llevó hasta la espalda de él acariciándola. Delaney se descontroló aún más con el contacto de sus manos.

Se separaron con las respiraciones agitadas. Delaney volvió a apoyar las manos en el techo del vehículo. Se miraron a los ojos y Tess sonrió.

—Besas como un dios, tienes que haber practicado miles de horas.

Delaney no pudo evitar reírse.

—Besarte era una de las cosas de mi lista de deseos. Me alegro de haberlo tachado —dijo ella sacando las manos de debajo de su suéter.

—¿Tienes una lista de deseos?

—Claro.

—¿Y uno de tus deseos era que yo te besara?

—Es lo primero que pensé el primer día que te vi.

—¿Tienes algún otro deseo conmigo?

—Tenía otro, pero también se cumplió —dijo ella riendo y apoyando el rostro en su pecho avergonzada—. Deberíamos entrar.

—Dame unos minutos, no puedo entrar así —dijo pegando las caderas a las de ella para que notara su erección.

—Oh.

—Eres la única mujer que me hace perder el control.

—Que no se entere nadie de que una novata lo ha conseguido.

—Tú ya no eres una novata.

—Te daré unos minutos para que te relajes. De todas formas, me gusta estar pegada a ti.

Tess se acercó a él y le lamió los labios. Luego metió de nuevo las

manos debajo del suéter de él para acariciarlo.

—Eso no me ayuda a relajarme.

—Lo siento, quería sentir el calor de tu piel en mis manos.

—Será mejor que te calles.

—Vale —dijo sacando las manos de debajo del jersey y rodeándole el cuello con los brazos.

Tess lo besó en el cuello y le acarició la barbilla con la lengua.

—Si sigues así, te meteré en el coche y te follaré.

—Qué romántico. El asiento trasero de mi coche es muy estrecho —dijo ella riendo.

—Lo que estás haciendo tiene un nombre, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé.

—No puedes calentar a un hombre y no permitirle que te toque.

—¿Quién lo dice?

—Estás volviendo mi mundo del revés.

—Siento haberte arrebatado la paz —dijo Tess sin dejar de abrazarlo.

Los labios de Delaney mostraron una sonrisa divertida.

—Hace mucho que me robaste la paz, Tess. Cada vez que estoy contigo, el cielo parece desplomarse sobre mí. ¿Por qué crees que evito que nos encontremos?

—Hoy me has invitado a salir.

—Sí, soy un poco masoquista. Entremos.

Consiguieron sentarse en uno de los sofás, en una zona en penumbra.

—No creo que este sea un buen sitio —dijo ella.

—¿Por qué?

—Demasiado apartado y oscuro.

—Por eso es perfecto. Siéntate.

—Has dicho que no te proparasías.

—He dicho que no lo haría bailando. ¿Qué quieres tomar?

—Un zumo.

—Tess, estamos en una discoteca, puede que no tengan zumos.

—No puedo creer que *tú* no puedas conseguir un zumo.

—Vuelvo enseguida.

Tess se quedó pensando en lo que había sucedido en el aparcamiento. Sabía que no tenía que haberlo tocado, había traspasado la línea y ahora no

podría evitar que él lo hiciera también. Pero, por Dios, deseaba volver a estar con él. Estaba segura de que volvería a besarla allí, y de que la tocaría. ¡Y llevaba un vestido corto! Ahora deseó haberse puesto un vaquero. ¿Qué pasaría si volvieran a hacer el amor?, se preguntaba. Solo le quedaban unas semanas para marcharse de casa y nunca más volvería a estar con él. No pasaría nada por estar con él una vez más, ¿no? O tal vez dos veces, antes de desaparecer de su vida. Pero, ¿qué ocurriría con el viaje? ¿Se creería Delaney con derecho a hacerle el amor en esas dos semanas? Tendrían que poner un límite, de nuevo. Eso, en caso de que decidieran hacer el amor esa noche. Absorta en sus pensamientos, Tess no se había dado cuenta de que Delaney había vuelto.

—Estás muy pensativa. Sí había zumo —dijo dándole el vaso.

—Gracias.

—¿En qué pensabas? —dijo sentándose a su lado.

—En que no debí haberte tocado en el aparcamiento. Lo siento.

—Yo no me he quejado.

—Tal vez hayas pensado que quería volver a estar contigo.

—¿Es lo que quieres?

—Es un poco difícil resistirse a ti, pero no, no quiero.

—No haremos nada que no desees hacer. Tú me has tocado y yo puedo tocarte, pero para hacer el amor tenemos que estar de acuerdo. Ya te he dejado claro que deseo volver a estar contigo, y me da la impresión de que tú desees lo mismo. Me has dicho muchas veces que siempre haces lo que quieres.

—No estaría en mi sano juicio, si dijera que no deseo estar contigo.

—¿Y entonces?

—Esto es algo muy personal, algo que no tiene nada que ver con nuestro acuerdo. Si vuelvo a estar contigo una segunda vez, querré otra, y otra, y otra...

—¿Y cuál es el problema —dijo él sonriendo—, yo querré lo mismo que tú.

—Para ti no es un problema, pero tú y yo somos diferentes. Estás acostumbrado a pasar unas semanas con una mujer y luego la dejas y buscas a otra. Pero yo..., yo solo he estado contigo y no tengo la sangre fría para hacer el amor y luego, si te he visto no me acuerdo.

—¿Hemos tenido algún problema porque estuviéramos juntos?

Tess sonrió. Le habría gustado decirle que no habían tenido ningún problema, excepto que iban a tener un hijo.

—No.

—Entonces no pasa nada. Podemos hacerlo cuando nos apetezca, sin compromiso de ningún tipo.

—Y cuando te canses de mí en un par de semanas, como sueles hacer con las mujeres, yo seguiría estando en tu casa. Sería violento.

—No saldría contigo como con ellas. Al fin y al cabo, tú y yo no nos vemos a menudo.

—Eso es cierto. Y yo pienso seguir evitándote. Vale, lo pensaré.

Delaney bebió un sorbo de su whisky y sonrió.

—Tendrás desconcertados a los periodistas. *El enigmático y multimillonario hotelero, con vaquero y tomando chupitos en un bar. Enrollado con su mujer en un aparcamiento. Y ahora, en una discoteca mezclándose con la gente normal.* Van a pensar que soy una mala influencia para ti.

—¿Acaso yo no soy normal?

—Cariño, tú eres todo menos normal.

—Vamos a bailar, quiero volver a estar pegado a ti —dijo levantándose y tendiéndole la mano.

Tess cogió su mano y se levantó. Fueron hasta la pista y Delaney la abrazó.

—Me gusta bailar contigo. Me gustan esas confianzas que te tomas, como si nos conociéramos de toda la vida. ¿Bailas así con todas?

—Solo contigo. Eres mi mujer.

—A mí también me gusta estar pegada a ti.

Cuando el ritmo de la música cambió a más movido Delaney se apartó de ella, la cogió de la mano y volvieron al sofá. Delaney se sentó y la sentó en su regazo.

—¿Qué haces?

—Voy a utilizar todo mi poder de seducción para que accedas a acostarte conmigo esta noche —le dijo Delaney al oído.

—¿Sueles hacerlo a menudo?

—No recuerdo la última vez que tuve que utilizarlo.

—Eres un engreído.

—No lo soy. Me vendrá bien practicar mis dotes de seducción, por si conozco a otra como tú.

—Bueno, puedes intentarlo, aunque he de decirte que soy muy dura —dijo ella mirándolo y mordiéndose el labio inferior.

Delaney desplazó la mirada a sus labios y se acercó a su boca para

sujetarle el labio que se estaba mordiendo con los dientes para que lo soltara.

—Me excita ver cuando te muerdes el labio.

—No lo habría hecho, de haberlo sabido.

Delaney acercó la boca a la de ella. Era un maestro genuino besando. Sabía exactamente cómo utilizar esa boca para privar a una mujer de su fuerza de voluntad, y con ella lo había conseguido demasiadas veces. Pero esa vez no la estaba seduciendo. La delicadeza, la suavidad, la ternura de ese beso la habían trastornado.

Delaney la hizo levantarse y le dio la vuelta para que volviera a sentarse sobre sus muslos, pero mirando hacia el otro lado, en donde había una pared.

—Así no veo nada —dijo ella todavía aturdida por el beso.

—¿Qué tienes que ver?

—A la gente.

—Concéntrate solo en mí por un rato.

—Eso no es difícil. ¿Te he dicho alguna vez que me gusta mucho tu pelo?

—No.

—Mi amigo Josh tenía razón, realmente pareces un surfista.

Delaney se rio.

—Ya me gustaría tener tiempo para hacer surf —dijo besándola en el cuello—. Háblame.

—¿De qué? —preguntó ella intentando serenarse porque su pulso se le había disparado.

—De lo que quieras. Cuéntame cómo vas a decorar la librería.

—¿Quieres que hable de la librería? ¿Ahora?

—Sí.

—Bien. Veamos... El mostrador me gustaría que fuera de madera oscura, y que estuviera tan lisa y brillante que pudieras reflejarte en él.

—Buena idea. El contraste con las paredes claras será elegante —dijo pasando la lengua por su cuello, lo que hizo que Tess se alterara aún más—. Sigue.

—En las paredes que no haya estanterías me gustaría poner posters de películas antiguas, enmarcados en madera del mismo color que el mostrador.

Delaney le besó el hombro y Tess sintió un escalofrío.

—Al ser tan joven pensé que te gustaría una librería moderna, con colores claros.

—Tu casa me encanta, y me he inspirado en ella.

—¿Qué otra cosa?

—La puerta de entrada me gustaría que fuera de madera, también oscura, y en la parte alta me gustaría que hubiera una vidriera de colores, ya sabes, como las de las iglesias.

—¿No quieres puertas de cristal y acero para que se vea el interior desde la calle?

—No, quiero algo serio, elegante.

—Pasas mucho tiempo con Sean y supongo que le habrás dicho todo eso a él.

—Sí.

Delaney empezó a acariciarle uno de los pechos por encima del vestido y Tess se tensó.

—Shhhh. Sigue hablando y no te preocupes por mí.

—Antes has dicho que me concentrara solo en ti.

—Pues olvídale —dijo él riendo.

—Vale.

—¿Cuántos aseos habrá? —dijo acariciándole el otro pecho.

—Uno en la planta baja y dos en la planta de arriba, uno para la cafetería y el otro para los empleados.

—¿Sabes ya cómo los quieres? —dijo él formando círculos con el pulgar sobre el pezón hasta que estuvo erecto—. No llevas sujetador.

—Este vestido tiene toda la espalda al descubierto.

—¿Por eso llevas la rebeca?

—No, la llevo porque a veces en algunos sitios el aire acondicionado está muy fuerte.

—¿Dónde se abrocha el vestido?

—En el lazo de la nuca, ¿no estarás pensando en quitármelo...?

—No, cariño. Solo lo aflojaré un poco para meter la mano por tu costado. Necesito tocarte —dijo él deshaciendo el lazo y volviendo a hacerlo más flojo.

—¿Vas a tocarme, aquí? Dijo ella respirando de manera agitada.

—Todo el mundo lo hace en las discotecas.

—Yo no lo he hecho nunca.

—Y me alegro de ello. Dime cómo te gustaría que fueran los baños.

—Las paredes y alrededor de los lavabos me gustaría que fueran de marmol color marfil. La grifería dorada, y algunos detalles de madera oscura, el marco del espejo, los apliques...

—¿Y el suelo? —dijo él metiendo la mano por el lado del vestido y posándola sobre uno de sus pechos.

—Del...

—Sigue hablando, déjame hacer.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Concéntrate en tu negocio.

—¿Has olvidado que mi negocio eres tú?

Delaney se rio junto a su oreja.

—Tienes razón. Háblame del suelo de los baños —dijo deslizando la parte superior del vestido a un lado y dejando un pecho al descubierto.

—Dios mío, me estás desnudando. Van a detenernos.

—Llamaré a Nathan para que nos saque y pagaré la fianza. Y habrá merecido la pena. Sigue hablando, no te distraigas.

—¿Que no me distraiga?

Delaney empezó a acariciarle el pecho hasta que el pezón estuvo erecto.

—Santo Dios, tus pechos son preciosos —dijo él recostándose en el sofá para poder contemplarla.

Delaney había descubierto también el otro pecho y sostenía con los dedos el lado de la rebecca para que nadie pudiera verla.

—Por favor...

—Por favor qué.

—No sigas.

—¿Quieres que pare?

—No.

—A ver si te pones de acuerdo, cielo —dijo él inclinándose para dar un ligero lametazo al pezón que tenía más cerca.

Tess le rodeó el cuello con los brazos y escondió el rostro entre su pelo con un gemido.

—Del, no podemos hacer esto aquí.

—Si salimos de aquí, puede que no me dejes tocarte, y necesito hacerlo. Sigue hablándome.

—No sé de qué estábamos hablando —dijo Tess con la respiración entrecortada.

—De los suelos de los baños —dijo tapando sus pechos—. Quítate la rebecca.

—¿Por qué? No tengo calor.

—La necesito. Además, en unos minutos estarás sudando.

Tess se quitó la rebeca y se la dio. Delaney la dejó sobre el regazo de ella. Colocó la mano sobre la rodilla de Tess y comenzó a deslizarla hacia el muslo.

—Del...

Tess dejó de hablar al sentir las caricias en un muslo y luego en el otro. Intentó estirarse el vestido para cubrirse.

—No hagas eso, quiero verte. Tienes unos muslos fantásticos.

—Te has vuelto loco. Esto no puede estar sucediendo.

—Háblame, Tess.

—Los suelos —dijo respirando con dificultad—. Los suelos de los baños me gustaría que fuesen como los de la librería y la cafetería, de madera oscura, como los de tu casa. Tu casa es preciosa.

—Gracias. ¿Algo más?

Delaney deslizó la mano entre sus piernas y el último roce hizo que a Tess la recorriera una profunda excitación.

Delaney jugueteó con uno de sus pezones con la otra mano haciéndola enloquecer. Delaney le acarició el sexo por encima del encaje del tanga.

Tess se abrazó a Delaney mientras sus gemidos se convertían en casi un sollozos.

—Del.

—Dime cielo.

—No pares —dijo ella en su oído.

—No lo haré.

Delaney subió un poco más la mano hasta alcanzar la parte superior del tanga.

—Levántate un poco.

Ella lo hizo y Delaney le bajó el tanga y se lo sacó dejándolo junto a él —. Dobla la pierna izquierda y así evitaremos que nadie vea lo que estamos haciendo. Y mantén la otra estirada y pegada todo lo que puedas al respaldo del sofá. Te quiero lo más abierta posible. Así, muy bien, buena chica.

—Dios, Dios, esto es excitante. Noto tu erección.

—Procura no moverte demasiado o me correré aquí mismo. Ahora coloca la rebeca sobre tus muslos y sujétala ahí.

Por un momento Tess se sintió desnuda y expuesta y vaciló cerrando las piernas, pero Delaney se las abrió y metió la mano entre ellas torturándola de manera deliciosa. Le acarició el clítoris.

—Sí, sí —dijo ella junto a su oído.

—Me gustaría lamerte el coño y saborearte.

—Madre mía, me estás poniendo a cien.

—Tómalo con calma, iré despacio. Sigue hablando.

Tess respiró profundamente intentando tranquilizarse.

—Me gustaría que delante del mostrador hubiera una alfombra grande, para poder tumbarte en ella y hacer lo que quiera contigo cuando vayas por allí.

—Vaya, ¿eso te gustaría? —dijo él pasando los dedos por los pliegues de su sexo y abriéndolos.

—En estos momentos tú eres lo único que deseo.

—Me alegro, pero será mejor que sigas hablándome de esa alfombra, no quiero que te corras enseguida.

—Quiero que la alfombra sea grande, de buena calidad, con los tonos que tiene la de tu salón.

—Ummm —dijo él al meter el dedo en su interior.

Tess dio un respingo al notar la intrusión.

Delaney empezó a moverlo adentro y afuera. Luego lo sacó y metió dos y Tess levantó las caderas buscando más profundidad.

—Tranquila, cielo. Estás deliciosamente húmeda.

—No pares, cariño, por favor.

—No voy a parar. Tengo unas ganas locas de follarte.

—Me gustaría sentarme sobre ti y meterme la polla hasta el fondo.

—¡Santo cielo! No me digas cosas como esa en estos momentos —dijo él.

Delaney seguía metiendo y sacando los dedos a un ritmo pausado. Con la mano que tenía libre echó la parte superior del vestido que tenía más cerca de él a un lado y se inclinó para meterse el pezón en la boca. Lo chupó y luego lo sujetó con los dientes. Aumentó el ritmo de su incursión.

Tess ahogó un grito y se le tensó todo el cuerpo al sentir aquel placer tan inmenso esparciéndose por todo su ser. Se encontró arrollada por una sensación húmeda y angustiada que aumentaba con cada invasión de los dedos de él.

Tess se estremeció de forma violenta. Delaney atrapó su boca cuando sintió las primeras convulsiones de ella, silenciando los gritos y jadeos con un beso salvaje.

Delaney retiró los dedos de su interior, pero siguió con la boca pegada a la de ella, besándola ahora delicadamente hasta que su respiración volvió a la

normalidad.

—Soy una desvergonzada.

—Teniendo en cuenta que soy tu marido, no has hecho nada vergonzoso —dijo levantando un poco las caderas para sacar un pañuelo del bolsillo trasero del vaquero.

—Madre mía, tienes una erección de un par de narices. Deberías relajarte.

Delaney se rio mientras se limpiaba los dedos y luego lo metía entre las piernas de Tess para limpiarle la humedad. Luego le anudó el vestido a la nuca y la ayudó a levantarse.

Delaney guardó el tanga de ella en el bolsillo de su vaquero y cogió el pañuelo.

—¿No pretenderás que vaya sin bragas? Este vestido es muy corto.

—Eso es lo que te he dicho en casa y has dicho que no era corto. De todas formas, tampoco se puede decir que el tanga te tapase mucho. Además, no lo necesitarás.

—¿No?

—No. Vámonos —dijo cogiéndola de la mano y llevándola hacia la salida.

Delaney tiró el pañuelo en la papelera que había a un lado de la puerta y salieron a la calle.

—Has bebido mucho, no deberías conducir —dijo ella cuando vio que le abría la puerta del copiloto para que entrara.

—No he bebido tanto, además no vamos a ir lejos.

—Vale —dijo sentándose. Él cerró la puerta y rodeó el coche para sentarse al volante.

Delaney arrancó el vehículo y salió del aparcamiento. Cuando vio por el retrovisor que los periodistas les seguían aceleró. Giró en la primera calle a la derecha y volvió a acelerar. Estuvo girando a derecha e izquierda durante unos minutos hasta que despistó al coche de los periodistas. Entró en el aparcamiento de la discoteca. Condujo hasta la parte más apartada y oscura y aparcó el coche.

—Hemos vuelto al aparcamiento de la discoteca —dijo ella—. ¿No pensarás seguir aquí con lo que estabas haciendo?

—Eso es precisamente lo que voy a hacer. Me debes un orgasmo —dijo

él apagando el motor del coche—. La próxima vez que salgamos yo elegiré el vehículo, no sé qué vamos a hacer en este coche tan reducido.

—¿Quieres que llame a Jack para que traiga la limusina?

Delaney se rio.

—No te rias, nunca lo he hecho en una limusina.

Delaney volvió a reírse.

—Hablas como si tuvieras mucha experiencia follando.

—Bueno..., supongo que, precisamente a ti, no te puedo engañar respecto a eso.

—Me gusta que tu experiencia con los hombres se limite a mí.

—De momento.

—Creo que voy a sentarme en el otro asiento —dijo Delaney haciendo el asiento del conductor lo máximo posible hacia atrás.

Delaney bajó del coche y fue a la puerta del copiloto. La abrió.

—Haz tu asiento hacia atrás, a tope.

—Pareces un poco desorientado —dijo ella haciendo lo que él le había pedido—. Cómo si no estuvieras acostumbrado a esto.

—Y no te equivocas. No he estado con una chica en un coche desde el instituto.

—Pues yo no te puedo ayudar, ya sabes que mi experiencia es casi nula.

—Y me alegro de ello.

Tess empezó a reír.

—¿Qué encuentras tan gracioso?

—¿Te das cuenta ahora de que no eres un hombre normal? Cualquier chico no tendría que pensar, y ya me estaría follando. Y tú, sin embargo, está ahí, de pie, estudiando opciones. Si tardas mucho me voy a enfriar.

—Yo me encargaré de calentarte.

—¡Joder! ¡Entra en el coche de una puta vez! —dijo ella cambiándose al asiento del conductor.

Delaney se sentó riéndose por su impaciencia y pulsó el seguro para que se bloquearan las puertas.

—¿Ves? Hay suficiente espacio —dijo sentándose a horcajadas sobre él.

Tess se lanzó a su boca y lo besó hasta dejarle sin respiración. Fue un beso tan ardiente y apasionado que lo dejó anonadado.

—¡Santo Dios! Si realmente he sido yo quien te ha enseñado a besar, deberían darme un premio.

—Vaya —dijo ella riendo—, eso es algo que diría yo, pero en ti, es

realmente un halago.

—Ya eres una experta. Besas mejor que muchas mujeres, con años de experiencia.

—Tu boca tiene mucho que ver. La besaría, con mucho gusto, cada día, durante el resto de mi vida.

—Podemos vernos cada día, hasta el fin de nuestros días, solo para besarnos —dijo él desatándole el vestido de la nuca.

—Eso sería divertido, ¿qué pasaría con nuestras parejas? Porque supongo que algún día nos casaremos.

—Podríamos pensar que tenemos un negocio juntos, de por vida —dijo bajándole el vestido hasta la cintura para dejar los pechos al descubierto—. Échate hacia atrás, quiero verte.

—Como se acerque alguien al coche...

Delaney le acarició los pechos con suavidad deslizando los pulgares por los pezones formando círculos hasta que estuvieron duros.

—Eres muy receptiva —dijo mirándola a los ojos.

—Lo sé, pero solo contigo. Estoy completamente mojada, y no respondo si te mancho los pantalones.

—Me gusta que sea solo conmigo y no te preocupes por los pantalones —dijo inclinando la cabeza para lamer y chupar un pezó y luego el otro.

—¡Dios! Eres fantástico —dijo metiendo las manos por debajo del suéter de él para acariciarle su musculoso pecho.

—Me estás poniendo malo moviéndote así encima mío.

—Me estaba quitando las sandalias. Pero eso lo solucionaré yo enseguida. Has dicho que te debo un orgasmo —dijo deslizándose para ponerse de rodillas entre las piernas de él.

Tess le desabrochó el botón de los vaqueros y le bajó la cremallera.

—Levanta un poco las caderas, tengo que bajarte el pantalón. Él lo hizo.

Tess empezó a lamerle el miembro en toda su largura para después metérselo en la boca mientras metía las manos debajo de su suéter para acariciarle y sentir la calidez de su piel.

—¡Eres la hostia! ¿Eso también te lo he enseñado yo? —dijo él metiendo los dedos entre su pelo.

—Puede que no —dijo apartando la boca de su miembro—, pero provocas en mí algo que me hace desear hacerte ciertas cosas.

—Creo que no voy a durar mucho —dijo cuando ella se apoderó de nuevo desu polla—. Si no quieres que me corra en tu boca...

Tess hizo caso omiso de sus palabras. En vez de apartarse de él afianzó más los labios alrededor del miembro y sujetó a Delaney de las caderas.

A Delaney lo arrastró un orgasmo eneguedor mientras acariciaba el pelo de ella. Tess retiró la boca, pasó la lengua por la punta para lamer el resto de la eyaculación y luego lo miró sonriendo.

—Si la prensa pudiera vernos ahora..., con todas tus mansiones, apartamentos, aviones, helicópteros y cochazos, y nosotros aquí, en un espacio minúsculo de un coche, como si fuéramos dos adolescentes.

—Jamás imaginé que volvería a hacer algo así —dijo ayudándola a levantarse y sentándola sobre sus piernas.

—Supongo que lo habrás hecho en la limusina.

—Eso es diferente, hay mucho espacio.

Tess sintió una punzada de celos.

—A mí también me gustaría hacerlo en una limusina.

—Entonces lo haremos.

—Puede que en otra vida.

—Colócate en el otro asiento, con las piernas hacia mí.

Cuando Tess lo hizo, Delaney empezó a besarle los pies, subiendo lentamente por sus piernas y dejando una estela de besos a su paso hasta que llegó a los muslos.

—Ábrete para mí, llevo toda la noche queriendo comerte el coño.

Tess separó las rodillas y Delaney fue lamiéndola desde el interior de los muslos hasta que llegó a la entrepierna. Tess tenía el pulso disparado y estaba gimiendo. Cuando Delaney empezó a jugar con su clítoris, ella levantó las caderas y lo sujetó del pelo para que bajase más la cabeza. Delaney se detuvo y levantó los ojos para mirarla.

—Creo que sí eres una desvergonzada, y una descarada, y una indecente —dijo sonriendo.

—Sigue con lo que estabas haciendo o eres hombre muerto.

Delaney soltó una carcajada mientras bajaba la cabeza de nuevo.

Tess jadeaba, arqueando las caderas para acercar su sexo más a él.

La lengua de Delaney hacía maravillas. Tess sintió la primera convulsión. Delaney metió la lengua en su vagina lo más adentro que pudo y Tess explotó en un orgasmo devastador.

—¡Dios mío! ¿Cómo he podido virvir sin esto?

Delaney la ayudó a incorporarse y la sentó a horcajadas sobre él. Luego la abrazó fuerte.

Tener a esa mujer entre sus brazos, poder escuchar su voz, verla reír, acariciarla, y hacerla disfrutar se había convertido en una adicción.

Delaney se separó de ella, cogió la cabeza de Tess entre sus manos y se apoderó de sus labios. Parecía estar devorando un delicioso manjar. Luego la hizo hacia atrás y bajó su boca hasta uno de sus pechos. Rozó con la lengua el pezón lamiéndolo hasta que estuvo duro. Lo mordisqueó provocándole a Tess una oleada de excitantes sensaciones.

Tess lo sujetó por los hombros y deslizó las manos para acariciar sus musculosos bíceps.

Delaney buscó entre sus piernas el bolsillo de su pantalón para sacar un condón. Lo rasgó con los dientes y haciendo un poco a Tess hacia atrás, se lo puso.

Tess sonrió al verlo. Quería evitar dejarla embarazada. Le hizo gracia que la primera vez no lo usara, y lo hiciera ahora, que estaba esperando un hijo suyo.

—¿Quieres follarme?

—Sí —dijo ella sosteniéndose en las rodillas y colocando el miembro en su entrada.

—Hoy no tendrás ninguna molestia. De todas formas, ve bajando despacio para que entre lentamente.

Tess se ayudó con la mano para meterla. Cuando tuvo la punta en su interior dio un respingo.

—¡Dios! Qué apretada estás —dijo acariciándole los pezones.

Tess se sujetó de los hombros de él y fue bajando. El miembro fue deslizándose en su interior poco a poco hasta que Tess estuvo sentada sobre él. Tenía a Delaney en lo más hondo de su ser.

—Esto es estupendo —dijo Delaney moviendo las caderas para que entrase aún más—. ¿Te duele o tienes alguna molestia?

Tess se vio inundada por una ola gigantesca que le recorrió el cuerpo. Sentía un calor abrasador en su interior y notaba el placer correr por sus venas. Y aún no se había movido.

—Esto es una maravilla —dijo ella—. Me gusta tenerte dentro de mí.

—Muévete, cielo, busca el ritmo que desees.

Tess empezó a subir y a bajar lentamente, una y otra vez. Se levantó hasta que el miembro estuvo casi fuera en su totalidad y luego bajó de golpe. Los dos gimieron.

—No sabes el placer que me estás dando —dijo Delaney haciendo que

se detuviera para besarla—. Descansemos un instante, de lo contrario me correré enseguida. Estás tan cerrada como el primer día.

—Será porque no he practicado.

—Me gusta que practiques solo conmigo —dijo pasando la lengua por el cuello de ella y mordiéndole el lóbulo de la oreja—. Quiero pedirte algo.

—Has elegido el momento más adecuado —dijo ella—, ahora no podría negarte nada.

—Quiero que pases la noche conmigo.

Tess le abrazó mientras pensaba si esa sería una buena idea.

—¿No vas a contestar?

—Ni siquiera deberíamos estar haciendo esto —dijo ella.

—¿Te arrepientes?

—Yo no suelo arrepentirme de mis actos, puede que a veces me equivoque en mis decisiones, pero lo hecho hecho está.

—¿Qué diferencia hay entre estar aquí o en la cama?

—La incomodidad —dijo ella empezando a moverse de nuevo.

—Quieta. Contesta antes.

—¿No terminaremos si no te contesto?

—No.

—En ese caso, no me queda otra opción, pasaré la noche contigo.

Delaney la besó. Tess empezó a moverse hasta que llegó el éxtasis y el orgasmo la alcanzó.

—Muévete, cielo —dijo él después de que ella se serenara y subiendo las caderas con brusquedad porque estaba casi al límite.

Tess siguió moviéndose hasta que él se vació en ella.

Los dos se quedaron abrazados mientras se tranquilizaban. Tess deslizó los dedos entre el sedoso pelo de Delaney y luego lo besó con dulzura.

—Ha sido un polvo interesante —dijo besándole la punta de la nariz mientras le subía el vestido y se lo ataba en la nuca—. Vamos a casa.

Tess se sentó en el asiento del conductor. Sacó de la guantera las toallitas húmedas, cogió una y le pasó luego el paquete a él.

—Qué prevenida —dijo él sonriendo.

—Esa soy yo. Nunca se sabe cuando va a aparecer un tío bueno —dijo mirándolo con una sonrisa—. Mejor estar preparada.

Tess arrancó el coche y salió del aparcamiento. Los dos estaban en silencio.

Delaney se preguntaba por qué con ella todo era distinto. Con Tess el

sexo no era solo sexo, había algo mucho más importante, algo que no llegaba a comprender.

—Salir contigo ha sido alucinante —dijo Tess sonriendo—. Jamás pensé que yo haría algo así en una discoteca, y en un coche.

—Yo tampoco pensé que haría algo así.

—Pero no me arrepiento. Lo he pasado muy bien contigo. En la cena, en el bar, en la discoteca, en el coche..., y seguro que lo pasaré genial en tu cama.

Cuando llegaron a casa fueron directamente a la cocina a beber agua. Delaney cogió la nota que había sobre la mesa.

—Es para ti, de Cath.

—¿Qué dice?

—Hola, cariño. Espero que te hayas divertido. Jack y yo hemos dado un paseo por el jardín con Brooke antes de acostarnos y Jack se la ha llevado a su casa. De manera que no tienes que levantarte temprano mañana. Te quiero. Cath.

—Estupendo.

—Cath te quiere.

—Y yo a ella. Voy a echarla de menos cuando me vaya.

Subieron al dormitorio de Delaney llevando con ellos una botella de agua. Él la dejó entrar en la habitación y la siguió cerrando la puerta tras de sí.

—¿Te importa si tomo una ducha rápida? —dijo Delaney dejando la botella de agua sobre la mesita de noche.

—Claro que no, yo también lo haré.

—No entres en la ducha conmigo porque te follaría allí y no quiero hacerlo —dijo quitándose el suéter.

Tess lo miró. *¿No vamos a hacer el amor? ¿Querrá solo dormir conmigo?*

—Hoy quiero disfrutar contigo en la cama —dijo quitándose los zapatos, los vaqueros y el bóxer y contestando, sin hablar, a las preguntas que se estaba haciendo Tess.

Tess le miraba mientras se dirigía al baño desnudo. Cuando Delaney desapareció de su vista Tess respiró hondo, estaba en tensión.

Delaney salió de la ducha y volvió al dormitorio con una toalla rodeando sus caderas. La habitación estaba vacía. Delaney sonrió.

Tess entró en el dormitorio poco después.

—Apuesto a que has pensado que me había arrepentido de querer estar contigo —dijo ella mirándole el cuerpo semidesnudo y todavía húmedo.

—La verdad es que sí.

—He subido a mi cuarto a por una pinza para sujetarme el pelo y a lavarme los dientes. ¿Alguna vez te ha rechazado alguna mujer?

—No, que yo recuerde.

—Eso pensaba. Y yo no voy a desperdiciar la oportunidad de pasar otra noche contigo —dijo quitándose el vestido y lanzándolo a un sillón.

Delaney se sentó en el borde de la cama para contemplarla y Tess lo hizo en la butaca para desabrocharse las sandalias. Luego se levantó.

—Vuelvo enseguida —dijo dirigiéndose al baño.

Delaney respiró profundamente porque se había olvidado de respirar. Deseaba sentir cómo su polla empujaba dentro de ella, con desenfreno. Lo deseaba más que respirar.

La innata sensualidad que había percibido en Tess desde que la conocía era real, y no una fantasía.

Cada movimiento que hacía Tess, cada contacto que compartían estaban cargados de algo que escapaba al entendimiento de Delaney. Era una sensación que él no había experimentado anteriormente, era algo muy profundo y a la vez delicado, algo diferente.

Tess volvió a los cinco minutos envuelta en una toalla que le cubría hasta el borde inferior de las nalgas. Delaney la miró de arriba abajo.

—Acércate —dijo él que seguía sentado en el borde de la cama.

Tess se acercó y Delaney le quitó la toalla dejándola en el suelo. Luego le quitó la pinza del pelo y este cayó en cascada sobre sus hombros.

—Tienes un cuerpo fantástico —dijo acercándola a él y colocándola entre sus piernas.

—Tú también —dijo después de abrir la toalla y ver su poderosa erección.

Delaney acarició la suave piel de sus hombros con la punta de los dedos. Notó cómo cambiaba el ritmo de la respiración de Tess. Pensó en todas las cosas que deseaba hacer con ella, todas las maneras en que quería penetrarla y complacerla. Tess era suya y deseaba poseerla.

—Bésame, Del. Quiero sentirme especial y eso es lo que sucede cuando me besas.

Delaney la sentó en su regazo y la besó. Al principio suavemente, hasta

que el beso se convirtió en salvaje.

Tess perdió el ritmo de su respiración y la capacidad de pensar. Lo único que sentía eran las sensaciones que la inundaban.

Delaney la puso de pie y luego se levantó él. Retiró la colcha hasta los pies de la cama e hizo lo mismo con la sábana superior. Tess subió a la cama y se acostó apoyando la cabeza sobre la almohada.

Delaney se colocó sobre ella a horcajadas. Se inclinó para besarla en el hombro y fue lamiéndola hasta llegar al lóbulo de la oreja que mordió e hizo que Tess diera un respingo. Le hizo levantar un poco la cabeza para tener mejor acceso y la besó en la garganta. Le lamió los labios y Tess se mordió el labio inferior ante la expectativa de que volviera a besarla. Y Delaney se acercó a ella y la besó, y mientras lo hacía bajó una mano hasta su trasero y la pegó más a él para que sintiera su dura erección.

Tess se excitó de tal forma que pensó que moriría de placer. Deseaba tocarlo, pero cuando lo intentó Delaney la cogió de las muñecas y le puso las manos por encima de la cabeza.

—Quiero tocarte —se quejó ella.

—Luego. Cuando me tocas pierdo el control. Quiero centrarme en tu cuerpo. Quiero disfrutarte. Quiero hacer que te corras, utilizando solo mi boca. Quiero saborearte.

—Si sigues hablando me correré y no necesitarás ni siquiera la boca para ello. Me portaré bien, no quiero que pierdas el control —dijo sonriendo.

—Buena chica —dijo besándola en los labios.

Delaney se tomó su tiempo besando, lamiendo y acariciando con su lengua cada centímetro de la piel de Tess. Sus manos descendían por sus muslos invitándola a separarlos. Sus dedos se concentraron en el clítoris e hicieron que Tess diera un grito y levantara las caderas. Delaney deslizaba sus labios por el cuerpo de ella, mordisqueándolo, lamiéndolo, chupándolo, pero sin dejar que Tess llegara a lo más alto.

Tess se sentía aturdida y respiraba entrecortadamente, jadeando, sollozando y rogando.

La boca de Delaney era incansable y Tess se estremeció cuando él le abrió más los muslos y bajó su boca para saborearla entre sus piernas. Tess gritó incapaz de contener la avalancha de sensaciones que la invadían. Incapaz de controlar nada. La excitación fue aumentando poco a poco hasta que no pudo soportarlo y colocó las manos sobre la cabeza de él para mantenerlo pegado a ella, a su sexo.

Delaney le sujetó las muñecas fuertemente y le colocó los brazos a los costados para que no los moviera y no la soltó. Inmovilizada y con las piernas separadas, Tess empezó a jadear mientras él la lamía, la mordía y la besaba hasta que el cuerpo de ella empezó a tensarse de manera involuntaria. De pronto sintió un estremecimiento en todo su cuerpo y se vio invadida por una liberación desmesurada que la dejó aturdida y la sensación la atravesó de manera salvaje.

A pesar de que Tess acababa de correrse, Delaney seguía utilizando su lengua para suavizar los temblores y espasmos que la sacudían por todas partes.

Delaney introdujo dos dedos en ella y Tess dio un grito gimiendo. Ese hombre era implacable moviendo su lengua mientras la penetraba con los dedos. Y Tess volvió a experimentar las sensaciones de minutos atrás.

Delaney era inagotable y su paciencia no conocía límites. No se detuvo hasta que el calor invadió a Tess de nuevo y siguió insistiendo hasta que la llevó a un nuevo clímax más potente que el anterior. Se sentía aturdida, turbada y muy débil, y... absolutamente saciada.

Delaney cogió un preservativo del cajón de la mesita de noche y se lo puso. Le separó los muslos y la penetró de una sola embestida. Y Tess se retorció subiendo las caderas.

Delaney se echó sobre ella mientras la penetraba y ella se removió debajo de él por el exquisito placer que sentía con el peso de su cuerpo. La tensión iba en aumento. Los músculos internos de Tess se contraían con la deliciosa dureza que la invadía.

Las arremetidas de Delaney eran cada vez más profundas y Tess soltaba un gemido con cada una de ellas. La boca de Delaney se acercó a la de ella para absorber cada gemido.

Delaney aumentó el ritmo de sus acometidas sin poder contenerse, pero Tess no quería que las suavizara, al contrario, levantaba las caderas contra él con cada embestida intentando que llegara más adentro. Todo era demasiado fuerte, demasiado intenso para ella. El musculoso cuerpo de él, moviéndose sobre el suyo, el vello de su potente torso rozando sus pezones, las manos firmes de Delaney instándola a que elevara sus caderas con cada embestida...

Tess sintió el placer estallando en sacudidas bruscas en su cuerpo mientras pronunciaba el nombre de él una y otra vez. Delaney silenció sus sollozos con la boca sin dejar de empujar cada vez con más profundidad.

Los dos gemían y se estremecían de placer. Tess se convulsionaba con

cada arremetida hasta que alcanzó un devastador orgasmo. La penetró lo más adentro posible una última vez y se detuvo para vaciarse en ella.

Delaney se desplomó sobre Tess y escondió el rostro en su cuello, entre su pelo. No alcanzaba a comprenderlo. Era imposible sentir más placer del que sentía con Tess. Cada vez que la penetraba era como si la tierra se abriera a sus pies y el cielo se desplomara sobre él. Era algo que no había experimentado con ninguna mujer.

Delaney sacó el miembro del interior de Tess y se quitó el condón. Después de dejarlo en el suelo junto a la cama se echó al lado de ella.

Los dos estaban exhaustos. Delaney se colocó de lado y la arrastró hasta tener su espalda pegada a su pecho.

—No sabes cuánto me gusta hacer el amor contigo.

—Creía que tú no hacías el amor.

—Hacer el amor... —pensó Delaney en voz alta—. Nunca lo había llamado de esa forma porque nunca había hecho el amor con una mujer. Tú fuiste la primera.

—¿Porque era virgen?

—No, porque eres mi mujer y emplear otra forma de decirlo no me sonaría bien. Contigo, siempre haré el amor.

—Muy considerado de tu parte. Aunque, no volveremos a hacerlo.

—Eso es lo que dijimos la última vez que lo hicimos, y míranos.

—¡Es que eres una tentación muy grande! —dijo ella sonriendo.

—Supongo que tenemos que volver a revisar las reglas de nuestro acuerdo.

—¿Te refieres al sexo?

—Hemos estado juntos dos veces, no hay razón para que no volvamos a hacerlo.

—Tú estás, cómo máximo, tres semanas con la misma mujer.

—No me refiero a acostarnos cada día sino de vez en cuando, cuando nos apetezca. Yo voy a seguir evitándote, de lo contrario, sí querría estar contigo cada día. Y supongo que tú también me evitarás. Lo que quiere decir que no nos veremos más de dos o tres veces al mes. ¿Me estás escuchando?

—Tienes toda mi atención.

—Podemos estar juntos cuando nos veamos. Salir a cenar, tomar una copa, como hemos hecho hoy, y luego hacer el amor.

Tess pensó que en unas semanas tendría que desaparecer de su vida y le gustó el plan. Deseaba pasar con él el mayor tiempo posible. Pero permaneció

callada.

—Cuando salgamos me encargaré de que vayamos en limusina, por si nos apetece hacer algo en el coche.

—Mi coche no ha estado mal —dijo riendo—. Vale, de acuerdo. Quiero hacerte algunas peticiones.

—¿Peticiones? ¿En plural?

—Ajá.

—Bien, Expón tus peticiones.

Tess se dio la vuelta para estar frente a él.

—Me gustaría hacer el amor contigo en tu limusina, en tu despacho, en el ático que tienes en tus oficinas, y en todas tus casas.

—¿Por qué?

—Tal vez para poder sentir lo que han sentido las mujeres con las que has estado en esos sitios.

—Tú no eres como esas mujeres.

—No suelo pedirte muchas cosas. ¿No vas a concederme eso al menos?

—Lo haré, si es lo que deseas. ¿Algo más?

—Sí, hay algo más. Mañana subiré a un avión contigo, con Nathan y con Jack. Voy a esquivarte todo lo posible en ese viaje y quiero que tú hagas lo mismo. No desayunaré contigo, no comeré, ni cenaré, al menos a solas. No quiero hacer el amor contigo, no voy a hacer el amor contigo durante el viaje —dijo ella rectificando.

Delaney reprimió una sonrisa al darse cuenta de que ella había rectificado.

—Tú haz lo que tengas por costumbre hacer en tus viajes y olvídate de mí. Jack me cuidará. Entre tú y yo solo hay un acuerdo de negocios, y sexo esporádico. Nada de obligaciones, así que, tú harás tu vida y yo la mía. Con Jack.

—De acuerdo. De todas formas, no voy a tener mucho tiempo libre.

—Y Del, no hace falta que duerma en la suite de al lado de la tuya, de hecho, preferiría estar en una lejos de ti.

—En eso no voy a complacerte, lo siento. Y, otra cosa. Yo me haré cargo de todos tus gastos. Como Jack irá contigo a todas partes, él será quien pague.

—Pero...

—Si no aceptas, no vendrás conmigo.

—Está bien. Pero yo pagaré los regalos que compre.

—Vale.

Delaney le acarició el pelo. Empezó a rozarle los pezones con el dorso de los dedos, a deslizar sus manos por su cuerpo.

Tess se encontró pronto ardiendo de deseo de nuevo. Las sensaciones la recorrían en todas direcciones concentrándose en su sexo, que sentía caliente y húmedo.

Delaney deslizó la mano hasta su entrepierna y la penetró con un dedo comprobando que ya estaba húmeda. Todos los músculos de Tess se tensaron ante esa leve invasión.

Delaney cogió otro condón y se lo puso. Se colocó entre las piernas de Tess separándole los muslos y la penetró con calmada lentitud.

Todas las sensaciones que acuciaban a Tess se centraron hasta hacerla enloquecer.

Delaney la sujetó de las caderas y la acercó más a él. Tess le rodeó con las piernas y él la embistió hasta el fondo una y otra vez a un ritmo acompasado. Delaney no apartó la mirada de ella, ni ella la de él.

El placer fue aumentando hasta que Tess se estremeció mientras las lágrimas brotaban de sus ojos sin poder frenarlas. Se sentía tensa y con todo el cuerpo estremecido. De pronto pensó que eso era lo más cerca que Delaney estaría de su hijo, o hija y eso hizo que las lágrimas ya no fueran solo de placer sino de tristeza.

Las convusiones la llevaron a gritar el nombre de Delaney cuando el orgasmo la alcanzó dejándola abrumada.

Delaney se inclinó hacia ella y la besó con desesperación al mismo tiempo que se corría jadeando.

Se dejó caer sobre ella asombrado por todas las sensaciones que experimentaba cada vez que la penetraba. Era solo sexo, se decía Delaney una y otra vez. Era sexo y no una relación, ni ninguna clase de sentimientos. Tess había dejado claro que lo que había entre ellos era solo un negocio y sexo esporádico.

Delaney nunca se había permitido sentir nada con ninguna mujer, pero con Tess..., cada emoción que sentía era desmesurada, y cada vez era más intensa y más fuerte. Y eso lo tenía muy preocupado.

Delaney se incorporó y se quitó el preservativo que dejó en el suelo junto al anterior. Luego se tumbó al lado de Tess exhausto.

—¿Puedo tocarte ya? —dijo ella mirándole mientras le acariciaba el vello del pecho.

—Cielo, puedes hacer lo que quieras conmigo, siempre que no tenga que

levantarme.

—Ahora soy yo quien no quiero que hagas nada.

La boca de Tess empezó a deslizarse por el cuerpo de él repartiendo besos, lametones y algún que otro mordisco leve.

Delaney se colocó la otra almohada detrás de la espalda para mirar a Tess, ya excitado de nuevo.

Tess permaneció acariciándolo mucho tiempo hasta que se puso a horcajadas sobre él y le ordenó que se pusiera otro condón.

Tess fue introduciéndose el miembro lentamente mientras gemía con la deliciosa invasión. Empezó a subir y bajar con un ritmo lento. Los dos permanecieron mirándose.

Oleadas de sensaciones crecían y estallaban contra Tess para llenarla con las embestidas. Era una delicia estar con él.

Delaney la echó sobre la cama y la colocó boca abajo. Le levantó las caderas dejándola de rodillas. Le separó las piernas y la penetró desde atrás con una sola estocada. Tess empujó hacia atrás para que la penetrara más hondo y Delaney soltó un gruñido.

Delaney marcó un ritmo enfebrecido, con arremetidas salvajes. Cada envite era más profundo hasta que no hubo ni el más mínimo resquicio sin alcanzar por él.

El orgasmo de ambos estalló al unísono, enceguedor, devastador y apoteósico.

Cuando se tranquilizaron Delaney fue al baño. Se encontraba agotado, por primera vez, al estar con una mujer.

Delaney hacía mucho que había dejado de buscar el amor, es más, se resistía a él. No quería que volvieran a traicionarlo. Y no quería pensar que lo que sentía por Tess era amor, pero aún sin quererlo sabía que se estaba enamorando de ella. Y estaba seguro de ello porque jamás había experimentado algo así, ni siquiera con su ex. Y tenía que reconocer que estaba asustado.

—Puedes volver a la cama —dijo Tess al ver que tardaba mucho en salir—. No tenemos que dormir, si no quieres.

Delaney volvió al dormitorio riendo.

—Nunca pensé que encontraría a una mujer que me dejara agotado. Eres la mejor.

—Yo también estoy agotada, pero no quería dártelo a entender.

—Menos mal porque ahora solo me apetece dormir.

—Entonces dormiremos.

Delaney subió a la cama y se acostó boca arriba. Tess se puso a su lado, pero con la mitad del cuerpo sobre él, con la cabeza sobre su hombro y acariciándole el pecho.

—¿A qué hora saldremos mañana?

—A las ocho y media de la tarde, ¿por qué?

—Quiero despedirme de mis amigos.

—Pueden venir aquí, si quieres.

—Lo pensaré. ¿Tienes que ir a trabajar mañana?

—No creo que esté en condiciones de trabajar después de lo de esta noche. He quedado con Nathan para comer y luego iremos a la oficina un rato. Tienes que estar lista a las ocho.

Tess se durmió rápidamente.

Delaney estaba aturdido. Jamás se había entregado a una mujer con tanta intensidad.

La atracción que sentía por ella, desde el principio, se incrementaba con cada minuto que pasaba a su lado. Sonrió al pensar en lo que había creído antes de hacer el amor con ella por primera vez, que después de hacerlo una vez ya no la desearía. ¡Santa madre de Dios! Cada día que pasaba la deseaba más y cada vez que hacían el amor su deseo se incrementaba.

Delaney se despertó al amanecer y miró a Tess.

—Estás despierta.

—Una deducción brillante —dijo ella con una sonrisa radiante.

—Ya me voy acostumbrando a tu sarcasmo.

—Te has despertado pronto.

—Tú también. Y ya que los dos estamos despiertos y no tenemos nada que hacer, podíamos aprovechar una última vez —dijo él acariciándole los pezones.

Delaney deslizó la mano sobre su cuerpo y se detuvo en el clítoris.

—Ummm —dijo Tess.

Delaney cogió un preservativo de la mesita de noche.

—¿Usas preservativo con todas las mujeres? —preguntó Tess mientras él se ponía el condón.

—Sí.

—Dijiste que haces el amor todas las noches.

—Yo nunca te he dicho eso.

—Perdona. Dijiste que follas todas las noches.

—Eso está mejor.

—¿Cuántas veces lo haces cada noche? Me refiero a penetración, no valen las felaciones.

Delaney se rio.

—¿Por qué me preguntas algo así?

—Es una pregunta sencilla. No hace falta que seas exacto, dime simplemente un número aproximado, la media por noche.

—Dos, tres...

—Pongamos solo dos, sé que eres un poco engreído.

Delaney volvió a reír.

—Vale.

—Dos por noche, trescientos sesenta y cinco días. Eso hace setecientos treinta condones al año, puede que alguno más.

—Vaya, no me había parado a pensar en ello, son muchos condones —dijo él sonriendo.

—Imagínate, en diez años habrás consumido unos ocho mil condones. Deberías plantearte en comprar la fábrica que fabrica la marca de condones que usas. Ahorrarías un montón de pasta.

—Tienes razón —dijo él colocándose entre sus piernas y colocándo los tobillos de Tess sobre sus hombros.

Delaney la cogió de las caderas y la penetró suavemente. Todas las sensaciones se propagaron a través del cuerpo de Tess. Delaney entraba y salía de su cuerpo con suavidad y ella sintió un placer tan intenso que deseó que no acabara nunca.

Tess se corrió y después de eyacular él la besó con un beso tierno y cálido. Luego se echó sobre ella y Tess lo abrazó.

—Sabes, Del. Hay hombres tremendamente atractivos por lo cual no necesitan ser sexys, y luego hay otra clase de hombres tan increíblemente sexys que no les hace falta ser atractivos. Tú tienes ambas cosas. Y eso demuestra lo terriblemente injusta que es la vida.

Delaney soltó una carcajada con el rostro escondido en el cuello de ella.

—Ya me has alegrado el día.

—Me alegro de contribuir a ello. ¿Qué hora es?

—Las doce y cuarto —dijo él mirando el móvil—. Tengo el tiempo justo para ducharme y vestirme.

—Subiré a ducharme a mi habitación y luego bajaré a comer algo. Estoy desfallecida. ¿Quieres que te prepare un café y algo para acompañarlo?

—Tomaré un café.

Delaney sacó la polla del interior de Tess y ella gimió.

—Ha sido una noche fantástica —dijo él levantándose—. Y la mañana tampoco ha estado mal.

—Sí, soy buena practicando sexo.

—Buena no, eres muy buena —dijo él sonriendo—. Volveremos a estar juntos, pronto.

—Ya veremos —dijo Tess levantándose de la cama también.

Delaney la cogió del brazo para atraerla hacia él y la besó de manera desesperada.

—Pronto —repitió Delaney antes de separarse de ella.

Tess entró en la cocina con pantalón corto y camiseta y con el pelo mojado.

—Hola, Cath.

—Hola, cariño —dijo la mujer mirándola.

Tess estaba sonrojada y tenía los labios hinchados.

—¿Estás preparando la comida?

—Sí, está casi lista.

—Voy a preparar un café para Delaney.

—Ya lo preparo yo —dijo la mujer—. No has madrugado mucho.

—Ayer llegamos muy tarde. ¿Dónde está la perrita?

—Está en el jardín, con Jack —dijo Cath sirviendo el café para Delaney, como a él le gustaba, en una taza— ¿Sabes si Delaney comerá aquí?

—Ha quedado para comer con Nathan. Voy a subirle el café.

Delaney estaba en la ducha, pensando. Estaba convencido de que lo que tenía con Tess no era solo sexo, a pesar de no querer creerlo. La conexión que había entre los dos era abrumadora. Desde que había terminado con su ex había encontrado el nivel de control necesario para protegerse de las mujeres. Pero esa protección, que él se había preocupado de mantener a raya, se estaba desmoronando, y no estaba seguro de si era Tess la causante o él mismo quien estaba destruyendo esa barrera que le protegía. Y estaba aterrorizado.

Cuando pensaba en el día en que Tess se marchara de su lado al finalizar su acuerdo, un escalofrío viajaba por su espalda. Le aliviaba pensar que tal

vez, cuando Tess desapareciera de su vida, todo volvería a la normalidad y esos estúpidos sentimientos que creía que crecían en su interior y que a veces le impedían respirar, desaparecerían de su pecho.

Tess entró en el dormitorio, que olía a sexo. Delaney seguía en el baño, afeitándose. Ella dejó el café sobre el escritorio y abrió la ventana. Luego abandonó la habitación.

Delaney salió del baño y al ver el café humeante sonrió.

—¿Falta mucho para que comamos? Estoy hambrienta —dijo Tess entrando en la cocina.

—Comeremos tan pronto prepare la ensalada.

—Esta noche me voy a Europa.

—Lo suponía. Me voy a quedar muy sola. Menos mal que la perrita estará conmigo.

—¿No te importa quedarte con ella?

—Por supuesto que no, me vendrá bien su compañía.

—Gracias. Voy a ver a Jack —dijo saliendo de la cocina.

Jack estaba jugando con la perrita. Le tiraba una pelota y Brooke se la traía.

—Hola, Jack.

—Hola, Tess.

—Me temo que vas a tener que cuidar de mí durante las vacaciones —dijo sentándose en los escalones de la entrada y acariciando a la perrita que había corrido hacia ella.

—Me gusta cuidar de ti.

—La buena noticia es que Delaney ha aceptado a que vayas conmigo, no detrás de mí. Será como si fuéramos juntos de vacaciones.

—Eso es estupendo. Lo pasaremos bien haciendo turismo.

—Haremos un millón de fotos.

Delaney entró en la cocina con vaqueros y camiseta. Cath le sirvió otro café y lo miró. Se sintió satisfecha al ver las sombras oscuras que tenía debajo de los ojos, de cansancio, y de no haber dormido lo suficiente. Supo que la pareja había tenido una noche movida y se alegró de ello.

Tess fue a tomar café con Carter y Logan después de comer.

Después fueron a la consulta de Carter. Su amigo quería echarle un vistazo a Tess para asegurarse de que todo iba bien y le dio algunos consejos a seguir.

Cuando Tess se despidió de ellos llamó a Sean y al decirle que estaba en casa fue a verlo.

Tess le dijo que Delaney y ella habían pasado la noche juntos, pero que Delaney había usado condones esa vez. A Sean le hizo gracia.

Tess llegó a casa a las seis de la tarde. Cath le dijo que Jack había ido a comprar algunas cosas y que se había llevado a la perrita con él.

—Voy a subir a hacer el equipaje.

—Vale —dijo la mujer—. Quería preguntarte algo.

—Dime —dijo Tess deteniéndose antes de abandonar la cocina.

—He encontrado un tanga en el bolsillo de los vaqueros de Delaney que estaban en la ropa sucia. Me gustaría saber si es tuyo, de lo contrario, lo tiraré a la basura.

—Es mío —dijo Tess un poco ruborizada—. Delaney es una tentación y no tengo fuerza de voluntad.

—Cariño, es tu marido y puedes hacer con él lo que te plazca.

Tess la miró con una sonrisa antes de salir de la cocina.

Delaney había ido con uno de sus coches al restaurante de su amigo Carlo donde había quedado con Nathan. El abogado estaba en un reservado con Carlo. Después de hablar un instante con Delaney, Carlo volvió a la cocina.

—Pareces cansado —dijo Nathan mirándolo y sonriendo porque sabía que la noche anterior había salido con Tess.

—Estoy bien.

—¿Una noche movida?

—No más que otras. Tess vendrá de viaje con nosotros y Jack se ocupará de ella.

—¿Y eso?

—Tiene dos semanas de vacaciones y me ha pedido acompañarnos. Ha dicho que no me molestará.

—A mí no me importaría que una chica como ella me molestara.

Delaney lo miró intentando ocultar la irritación que le produjeron sus palabras.

Tess bajó a las ocho menos cuarto con una maleta y entró en la cocina.

—¿Por qué no me has avisado para que te bajara la maleta?

—Jack, soy una mujer, no una inválida.

—No llevas mucho equipaje para dos semanas.

—Voy a ir en plan turista. Así y todo, llevo dos trajes de noche y un par de vestidos.

Delaney y Nathan entraron en la cocina.

—Hola preciosa —dijo Nathan acercándose a Tess y abrazándola.

—Dios, cada día estás más guapo —dijo ella devolviéndole el abrazo

—. Verte es como encontrar el día en una noche oscura.

—Vaya, eso me ha halagado mucho.

—Dejaos de carantoñas o llegaremos tarde —dijo Delaney.

Nathan lo miró y supo que estaba celoso y eso le divirtió.

Delaney y Nathan se despidieron de Cath y salieron de la casa. Tess se acercó a la mujer y la abrazó.

—No olvides que Nathan es perfecto para darle celos a tu marido. Me he dado cuenta de que no le ha gustado que te abrazara.

—Cath, creo que ves cosas que no existen, pero lo tendré en cuenta. Te llamaré cuando lleguemos.

—Muy bien. Diviértete.

Delaney la esperaba en la entrada.

—¿A Nathan también le dices *frases*, como a mí?

—Bueno, es muy guapo, ¿no crees?

Delaney la miró irritado.

Capítulo 19

Nada más subir al avión, Delaney y Nathan se sentaron el uno frente al otro y abrieron los portátiles sobre la mesa que había entre ellos. Jack se sentó en un sofá y Tess a su lado.

El piloto les dio la bienvenida y entró en la cabina. La azafata fue a la parte en donde estaba la cocina y se sentó para el despegue.

—Tess, ¿tienes hambre? —preguntó Delaney tan pronto despegaron.

—No te preocupes por mí, cenaré cuando tú lo decidas.

Delaney la miró sorprendido por la sumisión y sonrió.

Tess estuvo entretenida con su portátil, haciendo planes con Jack para visitar los lugares más emblemáticos del primer país que visitarían.

Cenaron los cuatro juntos con una conversación distendida.

Nada más terminar Tess dijo que iba a acostarse. Se levantó de la mesa y los tres hombres se levantaron con ella. Tess les besó a todos y se retiró al dormitorio.

Tess escribió en el diario lo de la noche anterior y lo de esa mañana. Luego se metió en la cama, apagó la luz y se quedó dormida casi al instante.

Habían salido de Nueva York a las ocho y media de la tarde y llegarían a Copenhague a medianoche del domingo, hora de Dinamarca.

Delaney despertó a su mujer poco antes de aterrizar con un beso en los labios. Había dormido seis horas y estaba descansada, cosa que no se podía decir de él que había estado echado en un sofá porque no quería acostarse en la misma cama que ella y la otra habitación la ocupaba Nathan.

Delaney pasó la mayor parte de la noche pensando en lo que había ocurrido la noche anterior con Tess y preguntándose por qué ahora la deseaba más que antes.

Cuando llegaron al hotel fueron directamente a sus suites. Las cuatro estaban en la última planta y eran habitaciones contiguas.

Tess pensó que no podría dormir después de haber dormido en el avión, pero en cuanto se metió en la cama se quedó frita.

Tess bajó al restaurante a las siete de la mañana para reunirse con Jack

para desayunar. Él la esperaba en la puerta.

—Buenos días, Jack —dijo besándolo en la mejilla.

—Buenos días, ¿has dormido bien?

—Como un tronco, ¿y tú?

—También.

Los dos tuvieron un día completo. Jack decidió hacer los desplazamientos en taxi. Tenían que ver muchas cosas y pensó que ahorrarían tiempo. Jack le había dicho que podían coger un coche con chófer del hotel, pero Tess le dijo que de ese modo sería como si Delaney la estuviera controlando.

Hicieron cientos de fotos. De vez en cuando entraban en algún bar a tomar algo frío y picar algo. Cenaron en un restaurante típico danés que les había aconsejado un taxista.

Llegaron al hotel pasadas las diez de la noche, agotados, al menos ella.

El día siguiente siguieron la misma rutina, a excepción de que cuando llegaron al hotel a última hora de la tarde se ducharon y bajaron a cenar al restaurante.

Tess estaba cumpliendo su palabra de que Jack se hiciera cargo de todos sus gastos, excepto los pequeños regalos que iba comprando aquí y allá.

Jack y ella acordaron que irían cada día a primera hora al gimnasio para hacer ejercicio.

Tess vio a Delaney y a Nathan, por primera vez desde que habían salido de Nueva York, el miércoles cuando la limusina del hotel los llevó al aeropuerto a las seis de la mañana. Se dirigían a Bélgica.

Jack y Tess desayunaron solos en el avión porque Delaney y su abogado tenían que revisar unos documentos antes de llegar a Bruselas.

Delaney y Tess no cruzaron ni una sola palabra excepto un *buenos días*.

Nathan fue el único que se interesó preguntándole si lo había pasado bien en Dinamarca y si le había gustado.

Después de desayunar Jack y Tess se sentaron en el sofá. Estuvieron viendo la fotos, que habían hecho los últimos dos días, después de que ella las pasara a su portátil.

Llegaron al hotel a las ocho y media de la mañana.

Como era de suponer, el hotel de Delaney era increíble. Y volvían a tener cuatro suites contiguas.

Después de dejar el equipaje en las habitaciones, Jack y Tess bajaron al gimnasio. Luego se ducharon y se vistieron con vaquero y zapatos cómodos para patear la ciudad.

Al regresar al hotel a última hora de la tarde, Jack le dijo que se pusiera algo elegante para ir a cenar.

El hombre fue a recogerla a su suite. Estaban esperando al ascensor cuando las puertas se abrieron y salió una mujer morena muy atractiva, seguida de Delaney. Al salir del ascensor Delaney se detuvo.

—¿Dónde vais? —preguntó sin preocuparse de su acompañante y mirando a Tess de arriba abajo.

—Vamos a cenar —dijo Jack, serio.

Tess miró a Delaney con una radiante sonrisa y él apartó la mirada de ella rápidamente.

—Que os divertais —dijo antes de alejarse con la morena.

—Tú también —dijo Tess.

Tess subió al ascensor cuando las puertas se abrieron seguida por Jack. Las puertas se cerraron. Tess se colocó a un lado y Jack frente a ella. El hombre se dio cuenta de que le brillaban los ojos.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Jack, preocupado.

—Sí. Es solo que, últimamente estoy un poco sensible. No paro de decirme a mí misma que soy una estúpida por quererlo pero, ¿cómo puedo evitarlo? El amor es una mierda.

—Espero que no te sientas triste durante la cena.

—Por supuesto que no. Doy gracias porque estás conmigo —dijo sonriendo y cogiéndole del brazo para salir del ascensor.

Al día siguiente Jack y Tess fueron al gimnasio a primera hora de la mañana. Luego estuvieron un rato en la piscina y comieron allí.

Tess no tenía ánimos de ir a patear la ciudad, aunque por la tarde salieron a dar un largo paseo y Tess aprovechó para comprar algunos regalos.

Volvieron al hotel a última hora de la tarde, con el tiempo justo de hacer el equipaje y salir para el aeropuerto.

Al subir al avión les sirvieron la cena y cuando terminaron de cenar ya habían llegado a Suiza.

Cuando llegaron al hotel Nathan le preguntó a Tess si quería ir a tomar una copa con él y con Delaney. A Tess le molestó que fuera Nathan quien se lo pidiera, pero nadie lo notó. Tess se lo agradeció, a él solamente, pero declinó la invitación.

Tess subió a su suite acompañada de Jack. Tomó una ducha, escribió unos minutos en su diario y se metió en la cama, abrazada a su osito.

Tess se reunió con Jack a las siete de la mañana al día siguiente para ir al gimnasio.

A Jack le extrañaba que ella se limitara a utilizar la cinta de correr y le pareció aún más raro que solo la utilizara para caminar rápido. Y se dio cuenta de que solo usaba aparatos que no requirieran, mucho esfuerzo. Jack la había visto entrenar con anterioridad y sabía que se machacaba.

Pero Carter le había dicho que nada de esfuerzos. Tess solo iba al gimnasio porque quería quemar calorías para no engordar demasiado y que se le notara el embarazo.

Después de ducharse y vestirse salieron a recorrer la ciudad.

Tess compró algunos regalos. Comieron en un coqueto restaurante. Y por la tarde siguieron con el recorrido sin dejar de hacer fotos.

Después de cenar volvieron al hotel. Tess estaba rendida. Ese día no vio a su marido ni a Nathan.

Tess llamó a Carter como hacía cada día. Y después llamó a Logan, a Cath y a Sean.

Pensó que no debería haber acompañado a Delaney en ese viaje. Se sentía cansada, triste y deprimida. Carter le había dicho que todos esos eran síntomas del embarazo y que se le pasarían, pero Dios, quería volver a casa.

Tess se despertó a las seis y media de la mañana al día siguiente. Ese día cumplía diez semanas de embarazo y sabía que le quedaba poco tiempo para abandonar a Delaney.

Estaba cansada y desanimada y no quería moverse de la cama. Después de comer saldrían para Mónaco y no le apetecía hacer absolutamente nada.

Cogió el móvil y llamó a Jack.

—Buenos días, Tess.

—Hola, Jack, espero no haberte despertado.

—No lo has hecho. ¿Qué ocurre?
—Hoy no me apetece salir.
—¿Por qué? ¿No te encuentras bien?
—Sí, estoy bien, solo un poco cansada.
—Duerme un rato más y más tarde podemos bajar a la piscina.
—Hoy prefiero quedarme en la cama.
—¿Estás segura?
—Sí. ¿A qué hora tenemos que marcharnos al aeropuerto?
—A las cuatro de la tarde.
—Estaré lista para esa hora.

Tess siguió en la cama y se durmió.

A las nueve y media volvió a despertarse y pidió el desayuno. No porque tuviera hambre sino porque tenía que tomar las vitaminas durante las comidas.

Después de desayunar se lavó los dientes y volvió a la cama. Se abrazó a su osito y empezó a llorar. Carter también le había dicho que llorar era otro de los síntomas que experimentaban las embarazadas.

Delaney entró en la suite de Tess a la una de la tarde por la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Estaba dormida. El osito estaba en el suelo. Delaney lo cogió sonriendo al ver el collar de rubíes y lo metió bajo la sábana junto a ella. Se sentó en el borde de la cama y la besó en los labios.

—Hola —dijo ella abriendo los ojos y sonriendo.

Delaney la encontró preciosa con el pelo revuelto.

—Hola. ¿Por qué no has salido hoy?

—Estaba cansada. Esto es agotador. De haber sabido que sería así, no habría venido. Creo que soy demasiado mayor para seguir este ritmo.

—Demasiado mayor —repitió él sonriendo—. Vístete, vamos a comer. He quedado con Nathan y Jack en media hora.

—Ve tú, yo voy a seguir durmiendo.

—¿No tienes hambre?

—No.

—¿Te encuentras mal?

—¿Por qué iba a encontrarme mal?

—Porque tú siempre tienes hambre.

—Hoy no. Dormiré hasta la hora de marcharnos y tomaré algo en el

avión.

—¿Segura?

—Sí.

—De acuerdo. Recuerda que tenemos que marcharnos a las cuatro.

—Estaré preparada.

Delaney la besó en los labios y abandonó la suite pensando que no sabía si no quería comer con ellos porque no quería estar con él o porque realmente no tuviera hambre.

Tess no tenía apetito cuando llegaron al avión pero se comió una manzana.

Delaney la miraba sin que ella se diera cuenta. Se excitaba solo con verla morder la fruta. Pero estaba algo intranquilo por si a Tess le ocurría algo que él desconocía. ¿Sería algo serio?

Llegaron a Mónaco antes de la hora de cenar y decidieron cenar los cuatro en el restaurante del hotel.

Delaney se dio cuenta de que Tess prácticamente no había comido, aunque lo había disimulado moviendo la comida de un lado al otro. Tampoco había comido al medio día, y eso no era normal en ella.

Después de cenar y antes de que a los tres hombres les sirvieran los cafés que habían pedido, Tess se disculpó y dijo que iba a acostarse. Jack dijo que él la acompañaría y luego se acostaría también.

Tess escribió unas líneas en su diario y apagó la luz.

Al día siguiente, domingo, Tess se levantó como nueva. Se sentía animada y contenta. Podría decir incluso que se sentía feliz.

Antes de levantarse había pasado un tiempo pensando en la cama. Hasta el momento se había sentido aterrorizada por el bebé, y porque le quedaban cuatro o cinco semanas como mucho para marcharse de casa y empezar una nueva vida. Pero ahora se sentía bien por su embarazo. Sí, tendría que abandonar a Delaney y no volvería a verlo. Además, echaría muchísimo de menos a Jack, y a Cath, pero tendría algo que siempre le recordaría a Delaney. Tendría a su hijo y nadie se lo arrebataría.

A las siete bajó al gimnasio con Jack.

Después de ducharse y vestirse fueron a desayunar a una cafetería frente

a los lujosos yates. Hacía un día precioso y Jack se sintió bien al verla tan contenta.

Pasaron el día haciendo turismo y muchas fotos. Volvieron al hotel bien entrada la tarde.

Tess estuvo hablando con su cuñado durante más de una hora mientras veía en el ordenador las fotos que Sean le había enviado del local.

A las siete y media llamaron a la puerta de la suite y Tess fue a abrir pensando que sería Jack. Acababa de ducharse e iba con el albornoz del hotel. Abrió la puerta.

—Ah, hola —dijo al ver a Nathan.

—Hola, ¿te cojo en mal momento?

—Siempre es un buen momento para recibirte. Me estaba pintando las uñas. Pasa.

Nathan entró y cerró la puerta. Tess subió a la cama y siguió pintándose las uñas de los pies.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Tu amigo te ha abandonado? ¿Tal vez por alguna mujer...?

—¿Tienes planes para esta noche?

—Cenaré con Jack, como hago casi todas las noches. No se me permite separarme de él —dijo ella sonriendo—. ¿Quieres tomar algo?

—Tomaré un whisky. No te molestes, yo me serviré —dijo él al ver que iba a bajar de la cama.

Nathan se sentó en el sofá, con el vaso en la mano.

—¿Te apetece cenar conmigo?

—¿No tienes planes? —dijo ella levantando la vista para mirarlo.

—No. He pensado que podrías descansar de Jack por unas horas.

—Me gusta estar con Jack.

—¿En serio?

—Sí —dijo bajando de la cama y sentándose en la silla que había en el escritorio para pintarse las uñas de las manos.

—Si no vienes conmigo, cenaré solo.

—Supongo que eso podrías cambiarlo con una sola llamada.

—Me apetece cenar contigo.

—¿Por qué no cenas con tu amigo?

—Necesito descansar de él —dijo sonriendo—. Además, tiene una cena de trabajo.

—Y te ha dejado fuera —dijo ella mirándolo y sonriendo.

Nathan no dijo nada.

—No te habrá pedido que me saques a cenar para entretenerme, ¿verdad?

—Eso no entra en mi trabajo. Lo que sí puedo asegurarte es que si se entera de que te lo he pedido, se cabreará.

—Me has convencido, cenaré contigo.

—Me da la impresión de que no has aceptado por mi compañía sino por cabrearlo.

—Lo pasé muy bien cuando cenamos juntos y me gustará repetir. Pero, si saliendo a cenar contigo consigo irritarlo, es otro aliciente. ¿Tengo que ir elegante?

—Todo lo elegante que puedas, voy a llevarte al casino más importante de la ciudad.

—Muy bien.

—¿Cuánto tardarás en estar lista?

—Cuarenta y cinco minutos.

—Estupendo, te recogeré aquí —dijo tomándose el whisky que le quedaba y levantándose—. Hasta luego.

—Hasta luego, Nathan.

Tess llamó a Jack por teléfono para decirle que Nathan la había invitado a cenar y él le dijo que los esperaba en la limusina en la puerta del hotel.

A Jack le alegró que Nathan la hubiera invitado. Ahora lo que deseaba era que Delaney los viera, juntos.

Nathan se quedó atónito al verla arreglada. La encontró increíblemente preciosa.

En el vestíbulo del hotel se encontraron con Delaney y la despampanante mujer que lo acompañaba. Delaney miró a Tess de arriba abajo y luego a su amigo.

—Hola —dijo Delaney.

—Hola —dijeron Nathan y Tess al mismo tiempo.

—¿Dónde vais?

—A cenar —dijo Nathan.

—¿Dónde está Jack? —le preguntó a su mujer.

—No lo sé, pero hoy no lo necesito, Nathan cuidará de mí —dijo ella omitiendo que Jack los llevaría—. Hasta luego.

—Te veo mañana —añadió Nathan.

Tess pasó una velada muy agradable. Cenaron en un comedor de ensueño y luego fueron al casino.

Nathan la animó a jugar a los dados y Tess ganó mil dólares. Se sentía eufórica, pero no quiso seguir jugando. Para ella mil dólares eran una pasta y no quiso tentar a la suerte.

Volvieron al hotel casi a la una de la madrugada y Nathan la acompañó hasta la puerta de su habitación. Tess le dijo que entrara a tomar una última copa y él aceptó.

Nathan abrió una botella de champán y lo sirvió en dos copas. Tess había tomado media copa de vino en la cena y no pensaba tomar más de media copa de champán.

Tess le dijo que lo disculpara un momento porque quería cambiarse y ponerse cómoda. Nathan se preocupó. Sabía lo que significaba que una mujer le dijera eso, y esperaba que saliera con algo sexy y provocativo, como hacían las mujeres con las que acostumbraba a salir.

Tenía que haber recordado que Tess no era como ellas, pensó al verla aparecer con un pijama de pantalón corto y una camiseta de tirantes, y sin nada de maquillaje.

Estuvieron hablando y riendo casi dos horas.

Delaney bajó a acompañar a la mujer con la que se había acostado hasta el coche del hotel que la esperaba en la puerta. Cuando salió del ascensor para volver a su suite vio a Nathan salir de la habitación de su mujer.

Eran más de las tres de la madrugada. Nathan llevaba la chaqueta en la mano, la pajarita desanudada y los tres botones superiores de la camisa desabrochados.

—¿Ya has terminado con el negocio de esta noche? —preguntó Nathan claramente irritado.

—¿Qué estás haciendo, Nathan? —preguntó Delaney abriendo la puerta de su suite y entrando seguido por su amigo.

—¿A qué te refieres?

Delaney lo miró molesto.

—¿Te ha molestado que invitara a Tess a cenar?

—¿No tenías a nadie que te acompañara?

—Ninguna mujer sería mejor compañía que la tuya. Sabía que tú estarías

ocupado. Demonios, Delaney, sé que lo que hay entre vosotros son solo negocios, pero nunca has tratado tan mal a ninguno de tus socios. Dios, no hemos visto a Tess prácticamente desde que salimos de Nueva York. Pasa los días con Jack, como si fueran los mejores amigos del mundo. ¿No crees que merece un poco de distracción?

—No te necesita a ti para distraerse. Y quiero que Jack la acompañe a todas partes.

—Delaney, Tess estaba conmigo.

—Especialmente cuando está contigo. ¿Por qué estabas en su habitación?

—Me ha invitado a una copa. Me ha dicho que iba a ir a tu suite para que nos acompañaras y le he dicho que no era buena idea. Sabía que no estabas solo. Nos hemos puesto a hablar y..., Dios cuando hablas con ella no notas como pasa el tiempo.

—Y sales de su cuarto sin chaqueta, con la corbata desanudada... —dijo Delaney señalándolo.

—Bueno, ella llevaba pijama. ¿Se puede saber por qué estás cabreado? Ya veo, estás celoso.

—Tú no tienes que ocuparte de mi mujer.

—Tu mujer. Tal vez deberías ser tú quien se ocupara un poco de *tu* mujer, en vez de ocuparte de otras mujeres. Te veo mañana —dijo abandonando la suite.

Delaney llamó a la puerta de Tess y entró cuando ella le dijo que pasara. Estaba en la cama con el portátil sobre las piernas.

—Hola —dijo ella con una cálida sonrisa.

—Hola, Tess —dijo inclinándose para besarla en los labios. Tess giró la cara para que la besara en la mejilla.

Delaney no se lo tuvo en cuenta porque en una ocasión le había dicho que no le gustaba que la besara después de haber estado con otra mujer—. ¿Qué haces? Es tarde.

—No tengo sueño. Esta tarde he hablado un buen rato con Sean y me ha enviado unas fotos de la librería. Estoy viéndolas de nuevo.

—¿Puedo verlas?

—Estás pagando tú la obra, supongo que tienes todo el derecho.

Delaney se sentó a su lado y se puso la almohada en la espalda. Tess fue

pasando las fotos.

—El mostrador ha quedado precioso. Tal y como tú lo querías.

—Sí. Sean dice que lo próximo que haga serán los baños y el suelo de la planta superior.

—Lo llevan muy adelantado.

—Estará todo terminado para final de mes. Sean ha encontrado una puerta para la entrada, de un edificio antiguo que están derribando y dice que es preciosa. Parece ser que en la parte alta tiene un cristal y va a llevarme a hablar con un hombre que solo se dedica a hacer vidrieras.

—Me alegro que todo esté saliendo como querías. ¿Cómo estás pasando estos días?

—Genial. Jack es fantástico. La gente nos mira y especula sobre cual es nuestra relación. Supongo que se preguntan si somos padre e hija, matrimonio, o amantes —dijo dejando el portátil en el suelo.

—¿Eso te molesta?

—¿Después de que todo el país crea que soy una mala esposa y una desvergonzada? En absoluto. Hay una botella de champán abierta, por si te apetece.

—Me tomaré una copa —dijo levantándose—. ¿Quieres una?

—No, gracias. La ha abierto Nathan.

—Lo suponía. Me lo he encontrado en el pasillo, cuando salía de tu habitación —dijo él volviendo a sentarse en la cama—. ¿Lo has pasado bien en la cena?

—Muy bien. Es un hombre increíble.

—Pensaba que te caía mal.

—Eso era al principio. Ahora me cae muy bien, y me gusta estar con él. Me ha llevado a cenar a un casino precioso. Todas las mujeres iban muy elegantes.

—Tú estabas preciosa.

—Gracias. Luego hemos ido a la sala de juegos y he ganado mil dólares.

—La suerte del principiante.

—Sí, supongo que ha sido eso.

—¿Habéis estado aquí después de cenar?

—Has dicho que lo has visto salir de mi habitación. Le he invitado a tomar una última copa, cuando hemos vuelto del casino. ¿No es eso lo que hacen las mujeres cuando el hombre que las ha invitado las acompaña a casa? —preguntó sonriendo.

—Sí, cuando quieren acostarse con ese hombre.

—Bah, estamos hablando de Nathan. Él nunca te traicionaría. Además, le dejé claro que no podía estar con él, mientras tú y yo estemos casados.

—¿Y luego? —preguntó él con los ojos entrecerrados.

—Luego, Dios dirá —dijo sonriendo.

—Siento no poder dedicarte tiempo.

—Tú no tienes que dedicarme tiempo. Y Jack se ocupa de tenerme entretenida, durante el día.

A Delaney no le pasó por alto que ella le había dado a entender que las noches las pasaba sola, no como él.

—¿Qué planes tienes para mañana?

—Jack y yo haremos lo que hacemos cada día.

—¿Has hablado con la gente de Nueva York?

—Sí. Cada dos o tres días hablo con Cath y Logan. A tu hermano lo llamo a menudo o me llama él. Y con Carter hablo a diario.

A Delaney no le gustó que hablara tan a menudo con Carter y con su hermano.

—Jack me ha dicho que el próximo país que visitaremos será Inglaterra.

—Sí, saldremos pasado mañana sobre las seis y media de la mañana.

—Me apetece volver a ver Londres. Me gustó lo que vi.

—Me alegro. ¿Vas a llevar a tu osito a todos tus viajes?

—Sí, ya sabes que es el sustituto de mi marido —dijo sonriendo.

—Puedo dormir en tu cama, si quieres tener al original. Solo dormir.

—Mejor no, sería demasiada tentación. Y mi marido me convencería en un pis pas para que hicieramos algo más que dormir..

—¿En serio?

—Sí. Es un demonio con lengua de plata.

Delaney la miró sonriendo.

—¿Y si te doy mi palabra de que solo dormiremos?

—Del, yo confío plenamente en ti. De quien no confío es de mí.

—Como quieras. ¿Qué tal un beso de buenas noches? Acabo de tomar champán y habrá desaparecido de mi boca cualquier germen —dijo él sonriendo.

—Un beso estaría bien para completar la maravillosa noche que me ha ofrecido tu amigo.

—Siéntate sobre mí, por favor.

Tess se sentó a horcajadas sobre él. Delaney la acercó hasta tenerla

pegada a él y la besó.

Delaney era implacable y completamente arrollador. La besaba con total autoridad logrando que Tess se estremeciera entre sus brazos, que la rodeaban de manera posesiva para devorarla como si fuera de su propiedad. Y a Tess no le importó lo más mínimo porque se sentía suya desde hacía mucho tiempo.

Delaney volvió a su habitación pensando que la boca y los labios de Tess no debían tomarse a la ligera. Al principio Tess no tenía ningún conocimiento, pero en poco tiempo había conseguido aprender lo suficiente para volverlo, loco cada vez que se besaban. Tess sabía con pasmosa exactitud cómo hacerle perder el control. Aquellos labios con los que Delaney había fantaseado desde que la conocía, se habían convertido en algo adictivo.

Delaney no tenía idea de por qué Tess lograba atravesar sus defensas con tanta facilidad, pero no había duda de que lo hacía. Ella era capaz de hacerle reaccionar como ninguna otra mujer. Eso le desconcertaba y se sentía trastornado.

A las nueve de la mañana llegaron al hotel de Londres. Tess y Jack se fueron a desayunar al *Wetherspoon*, un restaurante en el que Tess había estado en su viaje anterior, sin ni siquiera subir a sus habitaciones.

Pidieron un desayuno inglés, con huevos fritos, salchichas, tomates fritos, champiñones, tostadas...

En el avión Tess no podía pensar en otra cosa que no fuera ese desayuno. Suponía que era un antojo, el primero que había tenido desde que estaba embarazada, pero sentía unas ganas irrefrenables de comerlo.

Después de desayunar comenzaron su jornada como turistas. Tess ya había visto lo más interesante de la ciudad, pero quería volver a ver todos esos sitios, con Jack.

Tess y Jack cenaron temprano en el restaurante del hotel y luego subieron a cambiarse porque Jack había comprado entradas para llevarla al musical de *El rey león*.

Cuando Jack se lo dijo ella se abrazó a él llorando de emoción. Dios, ese embarazo la estaba descontrolando.

El día siguiente Jack y Tess lo pasaron en *Candem*. Tess compró un montón de cosas, camisetas para sus amigos, un vestido, una rebeca para Cath.

Incluso compró una carcasa para el móvil de Sean, después de que le pidiera a Jack que averiguara qué móvil tenía su cuñado. Había encontrado una tienda como la de Las Maldivas y había escrito en la carcasa una frase, especialmente para él.

Eran casi las ocho de la tarde cuando regresaron al hotel. Después de dejar las bolsas de las compras, Jack la llevó a cenar a un restaurante italiano.

Llegó el miércoles. Ese día lo dedicaron a ir de tiendas. A Jack no le gustaba ir de compras, pero sí le gustaba pasar tiempo con Tess y al final incluso se divirtió.

Estuvieron en *Harrods* y *Selfridges*, dos selectos grandes almacenes de la capital.

Tess compró en ellos una camisa de seda de *Armani*, un suéter y dos corbatas de *Hermès* para Delaney. También compró una corbata para Carter, Logan y Jack.

Esa noche cenaron en el restaurante del hotel y Nathan se unió a ellos. Les dijo que Delaney tenía una cena de *trabajo*, aunque no se lo preguntaran.

Después de cenar Nathan le dijo a Tess de ir a tomar una copa, pero estaba muy cansada y declinó la invitación. Aunque añadió, que tomaría esa copa si fuera en su habitación.

Y estuvieron en la habitación de Nathan, los dos con pijama, hablando hasta bien entrada la madrugada. Y por supuesto, Jack se encargó de informar a su jefe de dónde y con quién había estado su mujer.

Llegaron a Dublín a las ocho y media de la mañana del jueves.

Nada más llegar al hotel Tess llamó a Ian, el hombre que había conocido en su anterior viaje, y quedaron para comer y pasar la tarde juntos.

Tess iba en el coche de su amigo, pero Jack les siguió a todas partes.

A última hora de la tarde fueron al pub de Ian para cenar. Tess se quedó de piedra al ver a Delaney y a Nathan sentados en una de las mesas. Se acercó a ellos seguida por Ian. Jack entró en el pub tras ellos.

Delaney y Nathan se pusieron de pie cuando Tess y su amigo se acercaron a la mesa.

—Ian, te presento a Delaney, mi marido. Del, este es Ian, el amigo de quien te hablé.

—Un placer conocerte —dijo Delaney tendiéndole la mano. Aunque, en realidad, no sentía ningún placer.

—El placer es mío, tú mujer me ha hablado mucho de ti —dijo Ian estrechándole la mano fuertemente.

—Espero que bien —dijo Delaney mirando a su mujer sorprendido.

—Puedes estar seguro de ello.

—Ian, él es Nathan, un amigo nuestro. Nathan, Ian.

—Mucho gusto —dijo Nathan dándole la mano.

—Igualmente. Tess también me ha hablado de ti. Parece que eres muy importante para ella —dijo estrechándosela—. Tess y yo habíamos pensado cenar aquí, ¿nos acompañais?

—Sí —dijo Delaney.

—Estupendo. Sentaos. Voy a echar un vistazo a la cocina, enseguida vuelvo.

Antes de sentarse Tess fue a la mesa en la que se había sentado Jack y lo llevó a la mesa con ellos.

—Ian, este es Jack —dijo Tess cuando su amigo volvió—. Es como un padre para mí y quien me cuida. Jack, Ian.

Los dos se dieron la mano y luego se sentaron.

Regresaron al hotel poco después de las once de la noche. Delaney entró con Tess en la suite de ella y cerró la puerta.

Tess se quitó los zapatos, estaba muerta de cansancio, y sabía que pronto tendría que dejar de usar zapatos altos. Delaney se quitó la chaqueta y la dejó sobre el sofá.

—¿Te importa si me tomo una copa?

—Adelante. Si no te importa, voy a cambiarme —dijo Tess cogiendo el pijama y entrando en el baño.

Poco después volvió al salón con el pijama que Delaney le compró, precisamente en Londres unos meses atrás, el que ponía sexy en la camiseta.

Delaney pensó que Tess no se daba cuenta de lo sexy que estaba con aquel pijama y tuvo que controlarse para no acercarse a ella y devorarla. Y volvió a pensar que Tess tenía más pecho.

—¿Quieres una copa?

—No, gracias —dijo sentándose en el sofá junto a él.

—Ha sido una cena muy agradable.

—Sí —dijo ella.

—Me cae bien tu amigo.

—Tengo buen gusto para elegir a mis amigos.

—Hoy me has sorprendido.

—¿Y eso?

—No esperaba que tu amigo supiera que estabas casada.

—Ya te dije que no suelo mentir.

—Me diste a entender que te gustaba.

—Y me gusta.

—Si no le hubieses dicho que estabas casada, podrías haberte acostado con él.

—No creo que el estar casada fuera un impedimento. Si hubiera querido acostarme con él lo habría hecho.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Te dije que no estaría con ningún hombre, mientras estuviera casada contigo.

—¿Por qué?

—¿Por que qué?

—¿Por qué no vas a acostarte con otro hombre?

—No me gusta faltar a mi palabra. Y en la boda dije que te sería fiel.

Qué estupidez, ¿verdad? —dijo ella sonriendo—. Una cosa es que la prensa insinue que estoy con otros hombres y otra, que sea cierto.

—Pero, yo te soy infiel —dijo sonriendo.

—¿En serio? No lo había notado —dijo ella con sarcasmo—. El que sea fiel no tiene que ver contigo, solo lo hago por principios. Yo soy así y no voy a cambiar.

Delaney acercó a ella la mano que tenía apoyada sobre el respaldo del sofá y le acarició el pelo.

—¿No estarás con otro hombre mientras estemos casados?

—No.

—¿Crees que nuestro matrimonio te aportará algo, además de las cosas materiales que recibirás debido a nuestro acuerdo?

—Bueno, en principio he perdido mi virginidad contigo. Y he estado contigo una segunda vez. Eso ya es bastante para mí.

Delaney le dedicó una cálida sonrisa.

—Además, he conocido a Jack y a Cath. Ellos significan mucho para mí, y seguiré viéndolos cuando me marche. En tu casa no, por supuesto.

—Tú podrás venir a mi casa, siempre que quieras.

—Gracias, pero eso no sucederá. Aunque puede que vaya cuando estés de viaje y no te enterarás.

—Me lo dirá Jack.

—No, si le pido que no lo haga. Y no puedo olvidarme de tu hermano. Sabes, hay algo muy fuerte entre nosotros, y eso no desaparecerá cuando tú y yo nos separemos. Y también seguiré viendo a Nathan. De manera que sí, voy a obtener mucho más de lo que tú me ofreciste.

—¿Querrás verme a mí?

—No.

—Vaya, no lo has pensado mucho.

—Delaney, entre tú y yo solo hay negocios, y eso acabará cuando me marche de tu casa.

—¿Y si yo quisiera verte?

Tess se rio.

—Del, cuando me marche, ni te acordarás de mí, tienes una vida muy ajetreada. Tú seguirás con tu existencia disipada y yo volveré a mi vida rutinaria.

—Ven aquí —dijo cogiéndola y sentándola en sus piernas—. Sabes, no voy a poder estar sin besarte.

—Sí, ya sé que beso bien —dijo sonriendo.

Delaney la estrechó fuertemente entre sus brazos. El pulso de Tess se disparó. Sentía las pulsaciones golpearla en el pecho y sabía que él lo notaría.

—Te estás poniendo melancólico —dijo ella murmurando en su cuello—. Será porque estás lejos de casa.

—No podré estar sin verte, aunque solo sea de vez en cuando.

—Como una de tus amantes.

—Tú nunca serás como ellas.

—Cuando todo acabe no querré volver a verte. No me siento muy orgullosa de mi comportamiento. Me refiero a lo de aceptar tu proposición. Tú y yo no volveremos a vernos, Del. Es lo mejor, creeme.

—No podré soportar no besarte.

—¡Venga ya! Eso podría decirlo yo, pero tú... Delaney, deberías irte a tu habitación.

Delaney acercó su boca a la de ella. La besó lentamente y con una calidez que a Tess se le aceleró el pulso aún más. Parecía como si el fin del mundo fuera algo inminente y Delaney no pudiera desperdiciar el tiempo que

le quedaba. Él sabía exactamente lo que le gustaba a ella y la complació haciéndola gemir.

—Sabes, Del. Me gustaría pasar toda la noche besándote.

—A mí también me gustaría. Hagámoslo.

Tess se rio.

—Será mejor que me vaya —dijo separándose de ella y ayudándola a levantarse. Luego se levantó él—. Buenas noches.

—Buenas noches, Del.

Tess se tomó el día siguiente con tranquilidad. Jack y ella salieron a desayunar. Y luego fueron paseando a una galería de arte para ver el trabajo de un escultor de quien Tess había oído hablar.

Estuvo dando vueltas alrededor de una escultura. Le habría gustado comprarla para regalársela a Delaney para que cuando la viera pensara en ella. Eran un hombre y una mujer besándose. Tan pronto la vio le recordó a ellos dos. Pero costaba casi cuarenta mil libras y Tess no podía permitirse gastar esa cantidad, teniendo en cuenta su incierto futuro.

Jack la vio tan interesada que le dijo que la comprase y que Delaney la pagaría, pero ella no aceptó.

Mientras Tess seguía por la sala viendo la obra del artista, Jack habló con el encargado y compró la escultura que a Tess le había gustado. La recibirían en casa de Delaney en dos o tres semanas.

Cuando salieron de allí fueron a comer y luego se sentaron en una terraza a tomar un helado.

Llegaron al hotel poco después de las seis de la tarde y Tess le dijo a Jack que estaba cansada y que ya no saldría. Jack le dijo que la recogería más tarde para bajar al restaurante a cenar y ella le dijo que fuera a su habitación más tarde y cenarían allí.

Jack volvió al ascensor y bajó al despacho de Delaney.

—Hola, Delaney, Nathan —dijo Jack entrando en el despacho.

—¿Dónde está Tess? —preguntó Delaney al verlo solo.

—Ha subido a acostarse un rato, estaba cansada.

—¿Se encuentra mal?

—No creo, aunque no es que hayamos hecho nada extraordinario para

que se sienta cansada.

—¿Dónde habéis ido hoy?

—Esta mañana, después de desayunar hemos ido una sala de arte. Tess vio ayer un folleto en recepción y conocía la obra del artista. Hemos estado allí casi tres horas.

—¿Ha comprado algo?

—Ella no, pero tú sí.

—¿Yo? —dijo Delaney echándose hacia atrás en la butaca y sonriendo.

—A Tess le gustó una de las esculturas y me dijo que iba a comprártela, pero cuando le dijeron que costaba casi cuarenta mil libras dijo que era demasiado. Me ofrecí a comprarla con tu dinero, pero no aceptó. Así que, cuando estaba distraída la compré.

—Has hecho bien. ¿Saldreis a cenar esta noche?

—Cenaremos en la suite de Tess.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Creo que está un poco de bajón. No se comporta como en los otros viajes.

—¿A qué te refieres?

—No quiere que vayamos a correr por las mañanas, cosa que sé que le gusta hacer. Y además, en el gimnasio no hace nada para cansarse, y te aseguro que ella suele machacarse en el gimnasio. Parece desanimada. Tal vez deberías cenar tú con ella.

—Esta noche no puedo.

—No te preocupes, yo cenaré con ella —dijo Nathan.

—Cena tú con ella, Jack —dijo Delaney sin mirar a su amigo—. Y recuérdale que nos marchamos mañana a las siete y media de la mañana.

—Lo haré.

Al día siguiente, sábado, a las ocho de la mañana estaban volando de vuelta a casa.

Iban a desayunar cuando el avión despegó, pero Tess dijo que no tenía hambre y que iba a acostarse.

Tess no podía dormirse. No podía dejar de pensar que, precisamente ese día cumplía once semanas de embarazo. Estaba aterrorizada porque cuando se marchase de casa no volvería a ver a Delaney nunca más.

Delaney entró en el dormitorio cuando estaban a punto de aterrizar. Se

acercó a la cama y se inclinó hacia ella para besarla en los labios una y otra vez hasta que Tess abrió los ojos y le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—¡Dios! Eres mejor que un sueño.

Delaney sonrió complacido. Volvió a besarla en los labios y luego se echó en la cama a su lado.

—Deberías levantarte, aterrizaremos en diez minutos.

—¿Qué hora es?

—Casi las ocho de la mañana, hora de Nueva York.

—¿He dormido durante todo el viaje?

—Eso parece. Jack me ha dicho que ayer te sentías algo cansada.

—Ha sido un viaje estresante.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—No, lo he pasado muy bien con Jack.

—Me alegro.

—Qué bien que lleguemos temprano así podré aprovechar el día.

—¿Haciendo qué?

—Tengo que ver a mis amigos. Y he quedado con tu hermano para ir a ver el local y luego me llevará a ver al hombre ese que te dije de las vidrieras. Puede que cenemos juntos. Puedes apuntarte, si quieres.

—Hoy no puedo.

—Lo imaginaba. Has estado mucho tiempo fuera y supongo que te habrán echado de menos. También iré a ver a tus padres —dijo ella para cambiar de tema—, y les llevaré lo que les he comprado.

—¿Les has comprado un regalo?

—Dos tonterías.

—Parece que vas a estar ocupada el fin de semana.

—Sí. Y el lunes, vuelta a la rutina.

Cath se puso muy contenta al verlos, y la perrita se volvió loca al ver a Tess, pero también a Delaney.

Nathan, Delaney y Jack se sentaron en la mesa de la cocina a tomar un café. Y Tess aprovechó para darles lo que les había comprado.

—Te he comprado un regalo en nuestro viaje —le dijo Tess a Nathan entregándole un paquete.

—¿Me has comprado un regalo? Si íbamos los dos en el mismo viaje.

—No te lo he comprado como souvenir, es un detalle para agradecerte

las dos noches que me dedicaste.

—Cariño, no estuve contigo para que me lo agradecieses, en todo caso debería ser yo quien lo hiciera.

—No digas tonterías. Ábrelo

Nathan abrió el paquete. Era un precioso suéter de hilo azul.

—Muy bonito —dijo él al verlo.

—Cuando lo vi pensé en ti. Es del mismo color de tus ojos.

—Gracias —dijo Nathan abrazándola.

—No hay de qué. Y esto es para ti, Jack.

—¿Para mí también? —dijo el hombre cogiendo los dos paquetes que le entregó Tess.

—Después de haberme aguantado tantos días, creo que debí haberte comprado algo más.

—Tess, sabes que es un placer estar contigo.

—Muy amable, Jack.

El hombre abrió los paquetes. En uno había una camisa de seda negra de *Armani*, y en el otro una corbata de *Hermès*.

Luego le dio a Cath el vestido que le había comprado y la mujer se lo agradeció con un abrazo.

—He visto muchos países, pero si volviera atrás, no habría ido a ese viaje. Ha sido agotador —dijo Tess dirigiéndose a la cafetera para servirse un café.

Delaney se sintió molesto porque Tess no hubiera comprado ni un detalle para él. Después de pensar detenidamente se dio cuenta de que no le había dedicado a Tess ni un solo día, ni un solo momento durante el viaje.

Jack llevó a Delaney y a Nathan a las oficinas. Tess subió a su habitación a deshacer la maleta que Jack había subido a la segunda planta, junto con algunas bolsas de compras.

Tess dejó a un lado los regalos que había comprado para Delaney y colocó todas sus cosas en su sitio.

Y más tarde salió de la casa para comer con Carter y Logan.

Por la tarde fue con Sean a ver el local, que a Tess le encantó. Y luego estuvieron en el taller del hombre que hacía las vidrieras, que estaba a las afueras de la ciudad.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó Tess mientras caminaban

hacia el coche.

—¿Lo preguntas por curiosidad o porque quieres salir conmigo?

—No quiero salir contigo. Con un Stanford es más que suficiente —dijo ella sonriendo—. Pero cuando dispongas de tiempo, me gustaría que habláramos.

—Desde este momento, todo mi tiempo es tuyo —dijo él abriendo la puerta del vehículo para que ella subiera—. Dame un minuto que haga una llamada.

—Sean, si vas a cancelar algo, no lo hagas. Podemos hablar en otro momento.

Sean marcó un número de teléfono sin prestar atención a sus palabras.

—Lauren, tenemos que aplazar la cena de hoy. ¿Te parece que quedemos mañana? Vale, preciosa. Te compensaré —dijo después de que la mujer le dijera algo—. Te llamo mañana.

—No tenías que haberlo hecho —dijo Tess cuando colgó.

—Me da la impresión de que hoy me necesitas —dijo mirándola y viendo que tenía los ojos anegados de lágrimas.

Sean arrancó el coche y se unió a la circulación.

—Es pronto para cenar, ¿vamos a tomar una copa? Aunque, si tenemos que hablar tal vez sea mejor que vayamos a casa y pediremos que nos lleven algo cuando tengamos hambre.

—Gracias.

—Ponte cómoda. ¿Quieres tomar algo? —dijo Sean cuando entraron en su preciosa casa.

—No, gracias.

Sean se sirvió un whisky y luego fue a sentarse en el sofá al lado de Tess.

—Antes de nada tengo que darte lo que te compré en Londres.

—¿Me has traído un regalo?

—Es una tontería —dijo sacando un paquete pequeño del bolso.

—Veamos que me ha comprado mi cuñada —dijo él abriéndolo.

Dejó el papel a un lado y abrió la cajita. Sacó la carcasa del móvil y le dió la vuelta para leer la frase que había escrito con la letra de Tess.

Eres un lujo exquisito para cualquier mujer. Tess.

—Vaya, no esperaba algo así. Me encanta —dijo abrazándola—.

Gracias.

—No hay de qué.

—Bien, ¿qué ocurre? —dijo él mientras colocaba la carcasa en su móvil.

—Voy a pedirle a Delaney el divorcio. Quiero que nuestro acuerdo finalice.

—Pero..., según me dijiste, si abandonas antes de finalizar no sacarás nada.

—No me importa.

—¿Es porque Delaney sale con otras mujeres?

—Eso no me gusta, pero esa no es la razón. Estoy embarazada.

Sean la miró fijamente durante un instante.

—¿El bebé es de mi hermano?

—Teniendo en cuenta que no he estado con ningún otro hombre, sí, es suyo.

—¿De cuánto tiempo estás?

—Esta noche cumpliré once semanas.

—¿Lo sabes exacto?

—Me quedé embarazada el día que perdí la virginidad.

—O sea que lo de no usar condón dio sus frutos.

—Sí, la otra vez que estuvimos juntos, hace dos semanas, usó preservativo.

—¿Se lo has dicho ya a Delaney?

—No, y no voy a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque para él solo soy un negocio. Delaney no siente nada por mí, pero si sabe que tiene un hijo, me lo arrebatará. Él es un hombre poderoso y yo no soy nadie. Así que, este bebé será solo mío.

—¿Y cómo vas a ocultárselo?

—Cuando le pida el divorcio me marcharé y no volveré a verlo.

—Si Delaney se entera de que estás embarazada y no se lo has dicho se enfadará, y mucho.

—No se enterará. Supongo que tú no se lo dirás... Sé que es tu hermano, pero...

—Te aseguro que no lo sabrá por mí. ¿Cuándo le pedirás el divorcio?

—Pronto. Todavía no se me nota nada, pero ya me aprietan los vaqueros. Y el pecho me ha cambiado. No podré esperar más de un par de

semanas, como mucho, hasta final de mes.

—¿Qué pasará con la librería?

—Bueno, el local es de Delaney. Está quedando precioso y podrá venderlo o alquilarlo. Tal vez deberías paralizar las obras hasta que me haya marchado y él decida lo que quiere hacer con él.

—Terminaré tal y como tú y yo hemos acordado. Luego que él haga lo que quiera.

—Siento haberte hecho perder tiempo.

—Cariño, no he perdido tiempo. Estoy haciéndolo con mucha ilusión, precisamente porque se trata de ti. Y Delaney me paga cada semana. Antes de que te marches dejaré los baños terminados y quiero que elijas los muebles de la cafetería.

—¿Para qué?

—Seguirá siendo tu librería hasta que hables con Delaney.

—Si es lo que quieres.

—Sí, es lo que quiero.

—Lo siento por él. Se ha gastado un montón de pasta con las obras — dijo ella llorando.

—Pasta es lo único que le sobra. Sabes, aunque vayas a divorciarte de mi hermano, estoy contento porque voy a ser tío. Supongo que no me impedirás ver al bebé.

—¿Cómo puedes decirme algo así? Tú siempre serás su tío y podrás verlo o verla siempre que quieras.

—Vas a ser madre soltera.

—No seré la única.

—¿Estás completamente segura de que no vas a hablarle a Delaney del bebé?

—Sí. Cuando le pida el divorcio, me marcharé y no volveré a verlo.

—Tendrás que verle en unos meses para firmar los papeles del divorcio.

—Se puede hacer por mediación de un abogado, sin que tengamos que vernos. De todas formas, no tendremos nada de qué hablar, firmé un acuerdo prematrimonial renunciando a todo.

—Ese niño no puede nacer sin un padre.

—Claro que sí.

—Me casaré contigo tan pronto estéis divorciados.

Tess soltó una carcajada.

—¿Por qué te ríes? Hablo en serio.

—Pensaba que los hombres salían corriendo cuando oían la palabra *embarazo*. Y tiene gracia porque eres el segundo que se ofrece a casarse conmigo. El tercero, si contamos a Logan que me dijo que se casaría conmigo, si no fuera cura.

—¿Quién es el otro?

—Carter. Sabes Sean, es un orgullo que dos tíos como vosotros lo hayais pensado. Apuesto a que no se me volverá a presentar una oportunidad como esta.

—Carter no te servirá, si pensamos en el bebé, pero si te casaras conmigo, el ADN coincidiría con el mío y nadie dudaría de que soy el padre.

—En eso tienes razón —dijo Tess sonriendo.

—Tú y yo nos llevamos bien y nos sentimos cómodos juntos. Te aseguro que seré un buen marido. Y un buen padre.

Tess empezó a llorar de nuevo y Sean la abrazó.

—Eso no lo dudo ni por un momento —dijo ella cuando se tranquilizó un poco—. Y también estoy segura de que me harías feliz.

—Pero...

—Tú y yo no estamos enamorados. Y yo nunca me casaría si no fuera por amor.

—Lo dice la mujer que se casó por un acuerdo de negocios.

—No me casé porque me ofreciera un negocio. Lo hice porque estaba enamorada de él. Y ahora le quiero mucho más. No podría casarme contigo estando enamorada de él. Pero te agradezco la oferta. En un hombre como tú sería dar un gran paso, algo que no tenía intención de hacer. Pero, te dejaré malcriar a tu sobrino o sobrina.

—Yo prefiero niña. Se me dan bien las mujeres. Vamos a pedir la cena y mientras esperamos me cuentas tus planes.

Tess llamó a Cath para decirle que se quedaría a cenar con Sean y que él la llevaría a casa.

—Cuéntame que piensas hacer —dijo Sean cuando se sentaron a cenar.

—Les diré a todos que una prima mía que vive en el pueblo en donde nací está enferma y que iré a cuidar de ella algún tiempo.

—Dijiste que no tenías familia.

—Diré que es una prima lejana.

—Tengo que hacerte una advertencia. Mi hermano no es de las personas

que encaje bien el que lo dejen tirado.

—Lo sé, pero no voy a dejarlo tirado. Cuando me hizo la proposición, acordamos que si uno de los dos quería terminar con nuestro *negocio*, lo haríamos.

—Yo solo te digo lo que pienso. Delaney no te dejará en paz hasta que vuelvas con él.

—No digas tonterías. Delaney no se rebajaría a eso.

—Sigue hablándome de tus planes para el futuro inmediato.

—Le diré a Delaney y a mis jefes lo de mi prima enferma. Podría decirles incluso que tiene un embarazo de riesgo y tiene que guardar reposo. Y cuando dé a luz, puedo decir que ha fallecido y que tengo la custodia de su bebé.

—¿Y si el bebé se parece a mi hermano?

—¿Crees que Dios es tan cruel? ¡Mierda! No había pensado en ello. Bueno, lo dejaré con que está enferma. Pediré en el trabajo una excedencia de un año, seguro que me la conceden. Pero si no es así, no importa, buscaré otra cosa cuando vuelva. Tengo el trabajo de las tarjetas y, aunque no es mucho, no pienso dejarlo. Además, tengo ahorrados casi setenta mil dólares y puedo permitirme estar algún tiempo sin trabajar.

—¿Vas a ir de verdad a tu pueblo hasta que tengas el bebé?

—No, me quedaré aquí.

—¿Crees que Delaney no te encontrará?

—No lo hará. Me han prestado una casa con jardín y no pienso salir de ella.

—¿Vas a llevarte a la perrita?

—Claro.

—Delaney te encontrará a través del chip de Brooke.

—Oh, no lo había pensado. Hablaré con el veterinario, es amigo de Carter, él lo arreglará.

—Sé que Delaney te encontrará. ¿Qué me dices del móvil?

—Tengo un amigo informático y me ha dicho que se puede localizar incluso estando apagado. Así que lo dejaré en casa de Delaney.

—Sabes que él tiene el poder y el dinero necesarios para remover cielo y tierra, hasta que dé contigo.

—Lo sé, pero no estamos hablando de espionaje —dijo ella riendo—, simplemente es la ruptura de un acuerdo de negocios.

—Delaney no se lo tomará así, creeme. ¿Por qué no buscas un sitio

alejado de Nueva York?

—Porque Carter tiene que hacerme las revisiones y tengo que dar a luz en casa, con él. No puedo ir a un hospital porque Delaney podría enterarse.

—Veo que estás pensando en todo. No dejes ningún cabo suelto. Si tienes Ipad, Kindle, Ipad..., cualquier aparato electrónico a tu nombre...

—Ya me lo ha dicho mi amigo. Lo dejaré todo en casa de Delaney.

—¿Por qué en su casa?

—Voy a pedirle de dejar allí mis muebles. Si no acepta, lo llevaré todo a un trastero.

—Cuando lo sepas dímelo, yo tengo un almacén muy grande.

—Gracias.

—No podré llamarte con mi teléfono, Delaney sabe que tú y yo nos llevamos bien y apuesto a que me intervendrá el móvil, el fijo de casa y el del trabajo.

—¿Crees que haría eso?

—Por supuesto. Compraré dos teléfonos de prepago y te daré uno. Y solo nos comunicaremos con ellos.

—Vale —dijo Tess riendo—. Parece que vaya a huír de un monstruo.

—Todas las medidas que tomes serán pocas. Iré a verte siempre que pueda.

—A lo mejor Delaney hace que te sigan.

—De eso estoy seguro, pero encontraré la manera de despistarlos.

—Si vas a verme te localizarán por el móvil o el coche. ¡Dios! Me has contagiado la paranoia —dijo ella riendo.

—No los llevaré.

—Esto es emocionante, ¿a que sí?

—Acuérdate de lo que voy a decirte, Tess. Cuando Delaney se entere de lo de tu embarazo y sepa que yo sabía donde te encontrabas, acabará con nosotros.

—Yo no le tengo miedo —dijo ella sonriendo.

—No sabes cuánto me gustas —dijo él riendo—. ¿Quién sabe lo del embarazo?

—Carter y Logan. Aunque antes de marcharme se lo diré a Cath.

—¿A Cath? Ella nos quiere como si fuésemos sus hijos.

—Lo sé, pero está al corriente de todo lo que hay entre Delaney y yo, y quiero que sepa la razón por la que me marchó. Cath no dirá nada. Compraré un teléfono también para ella. Tal vez debería contárselo también a Jack.

—Ni se te ocurra. Jack es leal a Delaney.

—Yo creo que también me sería leal a mí, pero tienes razón, no puedo hacerle eso.

Al final Tess se quedó a dormir en casa de su cuñado porque se les hizo muy tarde hablando.

Sean llevó a Tess a casa a las ocho y media de la mañana porque él había quedado con alguien para desayunar.

Tess fue a la cocina a saludar a Cath y la mujer le dijo que Delaney todavía no se había levantado. Tess subió a su habitación para coger los regalos que había comprado para él. Cogió las bolsas con los regalos y bajó a la planta inferior. Llamó a la puerta del dormitorio de Delaney. Y la abrió sin esperar contestación.

—¿Puedo entrar en la guarida del diablo?

Delaney estaba sentado en la cama y apoyado en el cabecero con el torso desnudo. Estaba escribiendo algo en el móvil.

—Mi puerta siempre estará abierta para ti —dijo él mirándola y sonriendo—. ¿Hay algo que desees del diablo?

—¡Madre mía! Delaney con un look descuidado y salvaje. Vaya imagen para empezar el día —dijo acercándose a la cama.

—Tú ya has alegrado mi día, con tu presencia —dijo él.

—Quería darte lo que te compré en el viaje.

—¿Me compraste algo?

—Ya sabes que compré algo para todos.

—Sí, incluso para Nathan.

Tess sonrió quitándose los zapatos y subiendo a la cama.

—Tus dedicatorias hoy van de demonios.

—Siempre he pensado que Lucifer es irresistible.

—Yo también te compré algo en el viaje.

—Vaya, eso no lo esperaba.

—Siempre te he traído algún regalo de mis viajes. ¿Cuál es tu excusa?

—Quería agradecerte de alguna forma, el que me permitieras conocer todos esos países.

—No tenías que hacerlo.

—Quería hacerlo —dijo ella sacando las cosas de las bolsas y dejándolas sobre la cama—. Ya sé que son cosas que no necesitas porque

tienes de todo. Y esa es la causa de que sea tan difícil comprarte algo.

Delaney empezó a abrir los paquetes: un suéter, dos corbatas, una camiseta del grupo *U2*, una camisa, una sudadera que le compró en *Candem* junto con un cuadro que tenía una frase escrita: *Solo se vive una vez, pero si lo haces bien, una vez es suficiente*.

Delaney supo que se había gastado mucho dinero porque la ropa era de diseñadores importantes.

—Si hay algo que no te guste, no hace falta que lo uses, pero no puedo devolverlo.

—Me gusta todo, sobre todo el cuadro.

—Me alegro.

Delaney la cogió de la cintura y la colocó sobre él. Luego la besó.

—Gracias por haber pensado en mí.

—Es difícil no pensar en ti.

Delaney abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un estuche de terciopelo.

—¡Mierda! ¿No podías haberme comprado una camiseta, o un pijama...?

—No tuve mucho tiempo libre para ir de tiendas.

—¿Tengo que aceptarlo?

—Por supuesto que sí —dijo él riendo. Delaney nunca se acostumbraría a verla tan reacia de aceptar un regalo suyo, de una joyería.

Cuando Tess abrió el estuche se quedó sin habla. Era un juego increíble de collar, pulsera y pendientes de esmeraldas. Los ojos empezaron a brillarle.

—¿No irás a llorar? —dijo él retirándole el pelo de la cara.

—Delaney, ya sé que haces regalos como este a tus amantes, pero yo no necesito regalos.

—¿Crees que te hago este regalo porque me he acostado contigo?

—Eso es lo que sueles hacer, y... es como si pagaras a las mujeres para complacerte.

—Tú no eres una de esas mujeres. Eres mi mujer.

—Por un año.

—Por el tiempo que sea.

—En ese caso, gracias. Es un regalo precioso —dijo echándose sobre él para esconder el rostro en su cuello.

—Anoche no dormiste aquí —dijo mientras la abrazaba.

—Cené con tu hermano en su casa. Luego nos pusimos a ver las fotos del

viaje y a hablar y se nos hizo muy tarde.

—¿Pasaste todo el día con él?

—No, por la mañana fui a ver a tus padres. Luego fui a comer con Carter y Logan. Por la tarde fui con Sean a ver el local y me llevó a ver al hombre ese del que te hablé, el de las vidrieras. Y luego fuimos a su casa y pedimos la cena.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Voy a ir a comer con Carter.

—¿Otra vez?

—Sí. Me ha echado de menos y yo a él. ¡Mierda! —dijo separándose de él—. Ayer dejé el coche en el aparcamiento del trabajo. Bueno, le diré a Carter que me recoja aquí. ¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a pasar un rato en el gimnasio. ¿Me acompañas?

—Me estoy tomando un descanso del gimnasio, aunque creo que he engordado durante las vacaciones.

—Estás estupenda.

—El pecho es lo primero que me aumenta cuando cojo peso —dijo al notar que él había bajado la mirada hacia él.

—Tu pecho es fantástico.

—Gracias.

—Después de hacer ejercicio desayunaré y trabajaré un rato.

—¿Comerás aquí?

—Sí.

—¿Quieres venir a comer con nosotros?

—No.

—Entonces comeré contigo. Le diré a Carter que me invite a cenar. ¿Quieres acompañarnos a cenar?

—Lo siento, ya he quedado.

—No importa. ¿Irás de viaje esta semana?

—Sí, el viernes tengo que ir a Los Ángeles. Podríamos quedar a cenar algún día, antes de que me marche.

—Esta semana no podré. Tengo que trabajar en el pub todos los días durante dos semanas. Mi compañero hizo todos mis turnos durante mis vacaciones y ahora tengo que sustituirlo yo. Podemos quedar en dos sábados, si no estás de viaje.

—De acuerdo.

—Espero que no lo olvides.

—¿Crees que voy a olvidar pasar una velada contigo?
—Gracias de nuevo por el regalo —dijo Tess dándole un rápido beso en los labios—. Voy a desayunar.

El sábado de la semana siguiente Tess se levantó tarde. Había tenido una semana muy ocupada, agotadora. Había ido al pub cada día después del trabajo y llegaba a casa tarde y muerta de cansancio. Y nada más cenar subía a acostarse.

Había quedado con Carter en su consulta a media mañana. Él no trabajaba los sábados, pero Tess no había tenido tiempo durante la semana y Carter quería reconocerla y asegurarse de que todo iba bien.

Ese día cumplía doce semanas de embarazo. Nadie se lo había notado todavía, pero ella sí porque ya no podía abrocharse los pantalones ni las faldas y por eso llevaba vestidos.

Estaba preocupada porque vería a Delaney el siguiente sábado y estaba segura de que harían el amor. Ella se aseguraría de ello, porque esa sería su última vez.

Carter y Tess fueron a comer a un restaurante de manera informal y hablaron de los planes de futuro. Tess le dijo que había tomado una decisión y que hablaría con su marido en dos semanas. Y luego desaparecería.

Delaney ya había vuelto de Los Ángeles el sábado siguiente. Pero había olvidado que tenía que cenar con Tess y ya había quedado con la mujer con la que salía últimamente.

Tess estuvo toda la tarde fuera de casa y se había llevado lo necesario para pasar el fin de semana en casa de Logan. Tenía el presentimiento de que Delaney olvidaría la cita que tenían.

No se apartó del móvil ni un solo instante. Esperaba una llamada o un mensaje de Delaney diciéndole a la hora que la recogería. Pero Delaney no se puso en contacto con ella.

Tess pasó el fin de semana llorando. Logan no era capaz de consolarla. Tess repetía una y otra vez que ya nunca más podría estar con él.

Delaney volvía a casa al día siguiente por la noche, después de haber

estado con una mujer. Había llamado a Tess varias veces a lo largo del día, desde que recordó la cena que tenía acordada con ella para el día anterior y que él había olvidado, pero Tess tenía el teléfono desconectado.

Era casi medianoche cuando llegó a casa. Encontró a Cath en la cocina preparándose un vaso de leche.

—¿Sabes si mi mujer está despierta?

—No tengo ni idea porque no está en casa.

—¿Dónde está?

—Se marchó ayer por la tarde y dijo que pasaría el fin de semana fuera, pero aún no ha vuelto.

Logan llevó a Tess al trabajo el lunes porque la había recogido él en casa.

A la una y diez, cuando Tess estaba almorzando en la cafetería sonó su teléfono. Era Delaney y estuvo a punto de no contestar. No quería hablar con él, pero no pudo resistirse.

Respiró profundamente antes de contestar para tranquilizarse. No tenía intención de parecer enfadada, ni siquiera molesta.

—Hola.

—Hola, Tess. Ayer te llamé unas cuantas veces.

—Lo sé, he visto las llamadas esta mañana. ¿Ha sucedido algo? ¿Me llamabas por algo en especial?

—¿Por qué tuviste el teléfono apagado?

—Estaba ocupada y..., la verdad es que no me apetecía hablar con nadie.

—¿Dónde has pasado el fin de semana?

—Con Logan.

—Olvidé nuestra cita del sábado. Lo siento.

—Bah, no te preocupes, sé que estás muy ocupado. Además no era una cita, era solo una cena.

—Yo no quería solo cenar.

—Espero que lo que te hizo olvidar nuestra cena fuera al menos agradable. No le des más importancia de la que tiene.

—¿Vamos a cenar esta noche?

—Hoy me siento un poco cansada. Si no te importa, lo dejaremos para más adelante.

—¿Quedamos para el sábado que viene?

Tess estuvo un instante en silencio.

—De acuerdo. Hasta el sábado —dijo ella con lágrimas en los ojos porque sabía que el sábado se verían, pero no precisamente para cenar.

Tess pasó los ratos libres que tuvo toda la semana organizando su huida. Sacó del banco cuarenta mil dólares. Ya tenía la excedencia de un año que había solicitado en el trabajo de la librería y que su jefe le concedió. Habló con su jefe del pub para decirle que estaría unos cuantos meses sin trabajar porque iba a cuidar a un familiar enfermo. A su amigo Josh, el de la cafetería le dijo lo mismo, por si Delaney se pasaba por allí y le preguntaba. Compró ropa de embarazada...

El jueves habló con Sarah, la secretaria de Delaney y pidió una cita con Delaney y su abogado. Y le pidió que no le comentara nada a su marido, a lo que la mujer accedió.

El viernes, aprovechando que Jack estaba con Delaney decidió hablar con Cath mientras cenaban. Estaban sentadas en la mesa de la cocina.

—Tengo que hablarte de algo —dijo Tess.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer al verla preocupada.

—Lo que voy a decirte tiene que quedar entre nosotras.

—Cariño, yo no comento con nadie lo que hablamos tú y yo.

—Esto es diferente. Tienes que darme tu palabra de que no lo comentarás con nadie, ni siquiera con Jack. Sabes, Cath, has llegado a importarme mucho, en el poco tiempo que nos conocemos. Eres como una madre para mí.

—Tú también eres como una hija. Te doy mi palabra, y la respetaré hasta la muerte. ¿Qué te preocupa?

—Tengo una cita mañana con Delaney y su abogado.

—¿Por qué te ha citado en su despacho?

—He sido yo quien a pedido la cita. Voy a dar por finalizado nuestro acuerdo y voy a pedirle a Delaney el divorcio.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho esta vez?

—No me ha hecho nada fuera de lo normal —dijo ella sonriendo—.

Excepto dejarme embarazada.

—¿Qué? ¿Estás embarazada?

—Sí. Me quedé embarazada la primera vez que estuvimos juntos, cuando perdí la virginidad. Es patético, ¿a que sí?

—Delaney se va a volver loco de contento.

—¿Qué dices! Delaney ni siquiera quiere casarse.

—Un momento —dijo la mujer parándose a pensar—. No se lo vas a decir, ¿es eso?

—No te equivocas, no se lo voy a decir. Mañana, después de hablar con él me marcharé y no volverá a saber de mí.

—No puedes hacer eso. ¿Vas a ser madre soltera?

—Eso no me preocupa.

—¿Qué vas a hacer?

—He pedido una excedencia de un año en el trabajo. Le he dicho a la gente que conozco que tengo una prima enferma y voy a ocuparme de ella. Le diré lo mismo a Delaney.

—Pero, eso no es cierto.

—No me gusta mentir, pero Delaney no puede enterarse. Viviré en casa de unos conocidos que estarán ausentes durante un tiempo. La casa tiene un jardín muy grande y podré pasear por él sin tener que abandonar la propiedad. Tendré el bebé allí.

—¿Qué pasará luego?

—Luego no sé lo que haré, pero voy a tener mucho tiempo para pensar.

—¿Y vas a vivir sola?

—Sí, pero Logan y Carter se ocuparán de mí e irán a verme.

—¿Podré ir a verte yo?

—Cath, me gustaría mucho, pero no quiero ponerte en un compromiso. Sean me ha dicho que Delaney no va a tomarse bien el que yo cancele nuestro acuerdo antes de tiempo y que removerá cielo y tierra para encontrarme. Y si tiene razón te van a vigilar porque Delaney sabe que te quiero. Pero le diré a Logan que te llame y te mantenga informada.

—¿Sean sabía lo de vuestro acuerdo?

—Sí, desde hace tiempo.

—¿Para cuando darás a luz?

—Como sé el día exacto que me quedé embarazada, Carter sabe la fecha. Si no me adelanto ni me atraso lo tendré el treinta y uno de marzo.

—Voy a dejar el trabajo y me iré contigo, no quiero que estés sola.

Tess se rio.

—No hay nada que me gustase más que pasar los futuros meses contigo

porque te aseguro que estoy asustada, pero no puedo permitirlo. Tú eres el pilar de esta casa y Delaney te necesita.

—Delaney va a preocuparse cuando desaparezcas, y también pienso que va a utilizar todos los medios a su alcance para encontrarte.

—No me encontrará. Espero —dijo Tess riendo—. Mañana dejaré la segunda planta limpia y ordenada. Voy a pedirle a Delaney de dejar mis cosas aquí. Cath, no quiero que nadie entre en el dormitorio, ni siquiera para limpiar. Voy a dejar allí todos los aparatos electrónicos para que Delaney no pueda localizarme.

—Descuida. Voy a estar muy preocupada por ti.

—Estaré bien. Sabes que Logan y Carter no permitirían que me pasara nada.

—Pero cuando tengas el bebé estarás sola. Me alegro de que se lo hayas dicho a Sean, al menos el bebé tendrá un tío. Y Sean se ocupará de ti.

—Lo sé.

—¿No vas a decírselo a Jack? Él te quiere como si fueras su hija.

—Me gustaría hacerlo, pero no puedo ponerlo en ese compromiso. Se ha portado muy bien conmigo, siempre, y va a pensar que soy una desagradecida —dijo llorando—. Yo también le quiero.

—Sabes, si Jack supiera lo de tu embarazo y le pidieras que se fuera contigo, lo haría sin pensárselo. Pero no tienes que preocuparte por Jack. Cuando todo se aclare lo entenderá. Y él me mantendrá al corriente de tu búsqueda y te lo haré saber.

—Luego llamaré a Logan y le diré que mañana compre un móvil de prepago antes de venir a recoger mis cosas y a la perrita, y te lo daré. Pero escúchame, Cath, ese móvil solo lo utilizarás para hablar conmigo, nadie puede saber que lo tienes. Cuando estés segura de que estás sola, me haces una llamada perdida y yo te llamaré. Y por favor, no lo dejes nunca en ninguna parte, llévalo siempre encima. Cath, si alguien lo descubre, Delaney me encontrará.

—Nadie lo sabrá.

—Gracias por todo. Tú has hecho que mi vida aquí sea agradable y llevadera. Y también agradezco el que me escucharas cada vez que necesitaba hablar.

—No me des las gracias, te quiero tanto como quiero a Delaney. Y voy a decirte algo, esto no va a terminar mañana. Puede que todo se arregle con el tiempo.

—Eres muy optimista. Voy a preparar una maleta con algunas cosas. Te veré mañana en el desayuno.

—¿A qué hora es la cita con Delaney?

—A las doce.

—Que descanses, cariño. Y no te preocupes de sacar a la perrita, ya lo he hecho yo.

—Gracias.

Tess subió a su habitación y se puso el pijama. Colocó una maleta sobre la cama y empezó a meter ropa: los jerseys anchos que usaba para estar en casa, dos pantalones con cordones a la cintura, deportivos... Eligió un par de vestidos cortados debajo del pecho que podría utilizar durante las siguientes semanas.

El bebé nacería a principios de primavera así que cogió algo de ropa de entretiempo para usar después de tener al bebé, ya que suponía que permanecería en la casa algunos meses después de dar a luz.

Cuando Delaney se marchó Tess bajó a su habitación. Cogió la camisa que había sobre el respaldo de un sillón y que Delaney se habría sacado la noche anterior. Luego entró en su vestidor y cogió uno de sus jerseys. Se lo acercó al rostro, olía a él. Se lo puso en el brazo junto con la camisa. Y añadió el pantalón del pijama que estaba sobre la cama.

Tess volvió a su habitación, metió las tres prendas en la maleta y la cerró.

Delaney y Tess no se habían visto en semanas y esa mañana también había evitado verlo. Tess bajo con la perrita, que saltaba a su alrededor, llevando todas las cosas del cachorro.

Cuando llegó Logan, subió a la segunda planta a coger la maleta de Tess, después de darle a su amiga el teléfono que le había pedido que le comprara.

Tess grabó en el móvil el número del de ella y se lo dio a Cath.

La mujer se despidió de la perrita y de Logan y le pidió que cuidara de Tess. Logan se marchó, con el cachorro y el equipaje, a la casa en la que Tess permanecería encerrada durante meses.

Tess subió a tomar un baño. Estaba muy nerviosa y necesitaba relajarse. Luego se pintó las uñas y se maquilló. Eligió un vestido ancho que la hacía muy joven, se puso los zapatos de tacón y cogió el bolso y una bolsa de una tienda.

Bajó a la primera planta y entró en el cuarto de Delaney. Sacó de la bolsa un sobre cerrado con el nombre de él escrito y lo dejó sobre el escritorio. Y junto a él dejó las llaves de la librería, las del apartamento y las del coche. Y para finalizar dejó sobre el escritorio la tarjeta que Delaney le había dado del banco, y que no había utilizado, ni una sola vez. Y los estuches con todas las joyas que él le había regalado.

Tess bajó a la cocina a esperar a Carter. Cuando llegó entró en la casa para despedirse de Cath.

Carter paró el Mercedes delante del edificio de las oficinas de Delaney. Bajó para abrirle la puerta a su amiga y la ayudó a bajar del vehículo. Luego la besó en los labios y le dijo que la esperaría allí.

Jack estaba dentro del Lexus de Delaney que estaba aparcado delante del de Carter. Estaba esperando a su jefe, que saldría a las doce y media.

Al hombre le extrañó ver a Tess porque Delaney no le había comentado que pensaba ir a verle y bajó del coche para hablar con ella.

Tess abrazó a Jack y eso todavía le extrañó más, ya que habían acordado que en la calle se comportaría como si Jack fuera el empleado de su marido, cosa que era cierta.

—¿Has quedado con Delaney?

—Sí, a las doce.

—¿Qué sucede?

—Voy a dar por finalizado nuestro acuerdo.

—¿Por qué? —preguntó el hombre confundido.

—No quiero seguir con ello.

—Tess... —dijo Jack al ver que a ella le brillaban los ojos.

—Jack, no quiero llorar, por favor.

—Vale, luego hablamos.

Tess estaba muy nerviosa cuando entró en el ascensor. Se abrieron las puertas y caminó con seguridad hacia la mesa en la que se encontraba la secretaria de Delaney.

—Hola, Sarah.

—Hola, Tess. Me alegro de verte.

—Yo también. ¿Mi marido está en su despacho?

—No, pero llegará en un instante con el señor Brooks. Le he dicho que alguien quería hablar con ellos. Espérales en el despacho. ¿Te apetece un café?

—No, gracias —dijo Tess antes de entrar en el despacho.

Tess cerró la puerta tras ella y caminó hacia el ventanal, para contemplar las maravillosas vistas.

—Oh, hola, cielo dijo Delaney entrando en la estancia seguido de Nathan.

—Hola. ¡Dios mío! Parecéis dos dioses enviados a la tierra con el único propósito de satisfacer los sueños de las mujeres.

—Vaya, nos has alegrado el día —dijo el abogado sonriendo y acercándose para besarla—. ¿Qué tal, Tess?

—Bien, gracias.

—No sabía que vendrías. Hemos quedado con alguien aquí. Ahora —dijo Delaney comprobando la hora en el reloj y acercándose para besarla en los labios.

—Yo soy ese alguien.

—¿Tú? ¿Qué sucede?

—Quería hablar contigo y con Nathan..., sobre nuestro acuerdo.

—Bien. Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —dijo ella sentándose en el sofá.

Delaney se sentó a su lado y le cogió la mano al notar que estaba intranquila. Tuvo un mal presentimiento. Nathan se sentó frente a ellos.

—Bien. Tú dirás —dijo Delaney.

—Quiero rescindir nuestro acuerdo...

—Un momento —dijo Delaney interrumpiéndola—. ¿Quieres cortar conmigo?

—¿Cortar contigo? —repitió ella—. Tú y yo no estamos saliendo, Del. Entre tú y yo no hay nada, solo un negocio al que quiero poner fin. Quiero que nos divorciemos.

Delaney le soltó la mano y se levantó. Se apoyó en el borde de la mesa, observándola en silencio.

Viendo que ninguno de los dos decía nada, Nathan intervino.

—Tess —dijo el abogado inclinándose hacia delante y apoyando los antebrazos en las rodillas—, sabes que si das por finalizado vuestro acuerdo, no te llevarás nada.

—No quiero nada.

—¿Me estás diciendo que te vas a ir con las manos vacías, después de pasar medio año con Delaney?

—No he pasado medio año con él sino en su casa. Con él habré estado treinta horas, como mucho, desde que nos casamos.

—¿Qué es lo que tienes en mente, Tess? —dijo Nathan—. Aunque tú y yo seamos amigos, sigo siendo el abogado de Delaney.

—¿De qué hablas?

—¿Qué vas a exigirle para divorciarte?

—¿Exigirle? Creo recordar que firmé un documento, en el que decía que no tenía derecho a exigir nada. Y te he dicho, que no quiero nada. Puedes redactar otro documento, si te quedas más tranquilo con ello, diciendo..., no sé, tú eres el abogado. Nathan, renuncio a todo. No quiero dinero, ni pensión ni nada de nada. No quiero ni un dólar del dinero de Delaney. Quiero acabar con esto ahora porque voy a marcharme de la ciudad y estaré algún tiempo fuera.

El abogado miró a su amigo. Delaney miró a su mujer.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo ella, intentando parecer tranquila.

Nathan volvió a mirar a su jefe.

—Prepara el documento.

—De acuerdo. Volveré en unos minutos —dijo Nathan levantándose y saliendo del despacho.

—¿Tenías que venir a mi oficina para hablarme de esto? ¿No crees que debías haber hablado conmigo a solas?

—No te he visto desde hace... veinte días. Para verte, tendría que haber ido a casa de tu amante.

—¿Quieres terminar conmigo porque salgo con otras mujeres?

—No seas engreído Stanford. Todas las mujeres no están locas por ti.

—¿Es porque olvidé que habíamos quedado para cenar?

—¡Por favor! Por supuesto que no. ¿Crees que me importaría algo así? Sales a cenar todas las noches con alguna mujer. Del, a mí, tu vida privada no me importa. Bueno, y la profesional tampoco.

A Delaney no le sentaron bien esas palabras. Quería importarle a ella, en todos los aspectos.

—Habíamos quedado para cenar esta noche.

—Lo sé, pero me temo que no voy a poder acompañarte.

—Acordamos que nuestro acuerdo duraría un año.

—No hay ningún contrato legal ni nada firmado. Fue algo privado. Pero puedes denunciarme, si eso te hace sentir mejor.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Delaney, tú no has hecho nada. Simplemente, quiero volver a mi vida de antes. Si necesitas un motivo para solicitar el divorcio, invéntate lo que quieras.

—El divorcio llevará algún tiempo.

—No tengo prisa.

—¿Vas a largarte sin sacarme nada?

—Ya he conseguido lo que quería de ti.

—¿He hecho algo que te haya molestado?

—Has hecho muchas cosas que me habrían molestado, de haber sido tu esposa, pero no lo soy.

—Dime por qué.

—Acordamos que, si uno de los dos quería finalizar el acuerdo antes del plazo, no habría problema.

—Sé lo que acordamos.

—En ese caso, no entiendo por qué me preguntas. Del, no le des más importancia de la que tiene.

—Has dicho que vas a marcharte de la ciudad.

—Me ha llamado una prima que vive en el pueblo en el que nací. Está enferma y sola. Voy a ir a ayudarla.

—Dijiste que no tenías familia.

—Es una prima lejana. Voy a estar fuera unos meses y es un buen momento para acabar con nuestro acuerdo. De todas formas, cuando volviera, nuestro acuerdo ya habría finalizado.

—¿Qué pasará con la librería?

—Llevo unos días pensando en eso y... Siento que te hayas gastado tanto dinero en la obra. El miércoles estuve allí con Sean. Ya ha terminado con la reforma y ha quedado preciosa. No creo que tengas problemas para vender el local.

—No quiero que lo nuestro termine.

—¿Lo nuestro? —dijo ella riendo—. Lo nuestro ha sido tan breve e intenso como una tormenta de verano. Pero no vamos a engañarnos, solo ha sido sexo.

—¿Eso ha sido para ti?

Tess lo miró, pero no dijo nada.

—¿Vas a irte sin nada?

—No voy a irme con las manos vacías. He perdido la virginidad contigo. Me has enseñado a besar. Me has enseñado a hacer el amor. No todas las mujeres pueden conseguir todo eso, de alguien como tú. Y, además, te he conocido. Lástima que no nos hayamos visto mucho.

—¿Qué vas a hacer con tu vida, después de divorciarnos?

—Supongo que volveré a mi antigua vida. Aunque..., no sé, puede que haga algún cambio. Carter me ha pedido que me case con él.

Delaney se puso tenso y apretó tanto las manos que sujetaban el borde de la mesa, que los nudillos se le pusieron blancos.

—Como ves, tenía razón cuando te dije que Carter estaba interesado en ti.

—Sí, eso parece.

—¿Te casarás con él?

—Pensaré en ello, cuando estemos divorciados. Parece que te ha molestado que quiera terminar con nuestro acuerdo, pero no creo que todos los negocios te salgan bien, ¿no?

—Me has dejado de piedra.

—¡Venga ya! Me dijiste una vez que nada podía sorprenderte.

—Tú me has sorprendido cada vez que nos hemos visto. Voy a echar de menos esas frases tuyas que tanto me gustan.

—Del, busca una esposa de verdad. Alguien que te quiera, y ella se encargará de halagarte. Y olvídate de todas esas chorradas de los acuerdos. Tú vales más que eso.

—Puede que lo haga.

—Sé que me equivoqué al aceptar tu propuesta, pero no me arrepiento del tiempo que hemos pasado juntos, aunque haya sido breve. Eres un hombre increíble. El tipo de hombre que hace que a una mujer se le olvide que tiene que respirar. Y te aseguro que es lo que me ha sucedido a mí, cada vez que te he visto.

—¿Estás segura de que quieres marcharte?

—Sí. A propósito. Quería preguntarte algo.

—Dime.

—¿Te importaría que dejase mis cosas en tu casa? Me refiero a lo de la segunda planta. Si no te parece bien, no te preocupes, Carter puede encargarse de buscar un trastero.

—Puedes dejar tus cosas donde están todo el tiempo que quieras. ¿Podré

llamarte?

—Del, es mejor que no mantengamos ningún contacto. Ha sido agradable para mí haberte conocido. De hecho, ha sido muy agradable las veces que nos hemos visto, pero tengo que volver a la realidad. Volver a la vida sencilla y tú, no encajas en las cosas sencillas —Tess lo miró de arriba abajo—. Tienes un aspecto magnífico, sublime y..., perfecto. Eres la personificación del pecado. No me extraña que vuelvas locas a las mujeres. Eres realmente sexy.

Delaney la miró con una cálida sonrisa, pero en el fondo, estaba aterrado porque sabía que la iba a perder. Aunque, no le daría el gusto a ella, de que lo viera afectado.

Nathan entró en el despacho y le dio a Del la hoja que había redactado para que la leyera. Delaney se la entregó a Tess después de leerla. Tess miró a su marido después de leer el documento. Él le dio un bolígrafo y ella firmó.

—Bien —dijo Tess levantándose y abrazando a Nathan—. Ha sido un placer conocerte.

—El placer ha sido mío, te lo aseguro —dijo Nathan abrazándola fuertemente—. Te deseo lo mejor.

—Gracias. Te llamaré cuando vuelva.

—Hazlo —dijo el abogado antes de salir y cerrar la puerta.

—Lamento haberte causado tantos problemas. Y haberte hecho la contraria tantas veces. Y haberte desafiado.

—Si hubieras sido dócil y sumisa, no me habría supuesto ningún reto —dijo él con una sonrisa.

—Me siento orgullosa de haber hecho negocios contigo. Y sobre todo, de haber llevado tu apellido, durante todos estos meses. Gracias por todo lo que me has enseñado.

Delaney avanzó hacia ella y la abrazó.

—Eso ha sido un verdadero placer.

—Ya es hora de que me marche —dijo ella con lágrimas en los ojos.

Tess se apartó de él y Delaney vio las lágrimas que estaban a punto de brotar.

—Jack está en la puerta. Te llevará adónde le digas.

—Gracias. Por favor, no me acompañes —dijo al ver que pretendía salir con ella—. Seguramente me pondría a llorar, y no quiero que pienses que no soy buena rompiendo acuerdos. Él sonrió.

Tess caminó hacia la puerta. Antes de abrirla se volvió para mirarlo, una

última vez.

—Adiós, señor Stanford.